

POIRE

TRIPLICE

CORONA

4

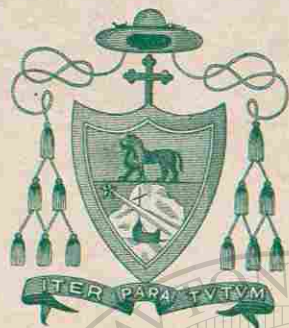
BT600

P65

v.4

1854-55

008754



1080014875

EX LIBRIS

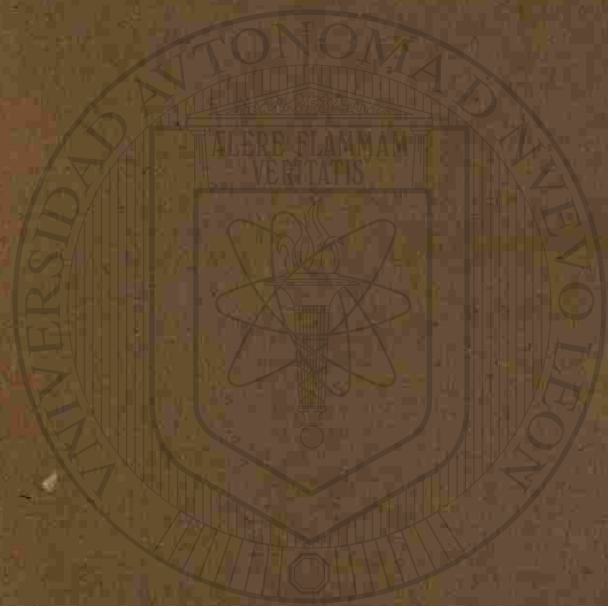
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TIP. CATÓLICA CASALS
SECCIÓN DE LIBRERÍA
CASPE, 108. - BARCELONA



LA TRIPLICE CORONA

DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN

MARIA, MADRE DE DIOS.



®

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA TRIPLICE CORONA

DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN

MARÍA, MADRE DE DIOS,

TEJIDA DE SUS PRINCIPALES GRANDEZAS

DE EXCELENCIA, PODER Y BONDAD,

Y ENRIQUECIDA CON DIVERSAS INDUSTRIAS PARA AMAR, HONRAR, Y
SERVIR A ESTA SEÑORA :

OBRA ESCRITA EN IDIOMA FRANCES

POR EL P. FRANCISCO POIRE,

de la compañía de Jesus,

Y TRADUCIDA EN CASTELLANO

POR DON JUAN DE VILLASEÑOR Y ACUÑA,

Director de la Biblioteca Religiosa.

CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

TOMO IV.

MADRID:

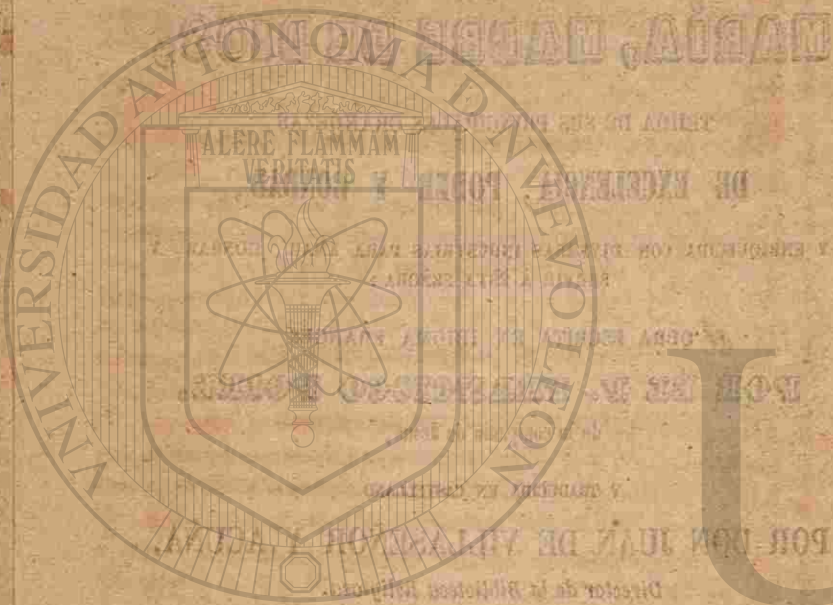
IMPRENTA DE LA COMPAÑIA DE IMPRESORES Y LIBREROS DEL REINO,
A CARGO DE D. A. AVRIL.

1855.



BT 600

P. 65
V. 14
1854-55



FONDO EMERITIO
VALVERDE Y TELLO



LA TRIPLICE CORONA

DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN

MARIA, MADRE DE DIOS.

TRATADO CUARTO.

Si es verdad lo que enseñan S. Juan Damasceno (1) y S. Andrés de Jerusalen (2) y aun lo que publica la iglesia católica; conviene á saber, que la virgen María fué figurada por la escala misteriosa de Jacob; me parece tener justo motivo para decir que el Espíritu Santo quiso dar á entender por ese hermoso diseño que asi como los ángeles vienen continuamente á nosotros con las manos llenas de gracias concedidas á María en nuestro favor, asi deben de volver cargados de las pruebas de nuestra gratitud y reconocimiento por tantos bienes como recibimos por la mediacion de la misma señora. Esta consideracion me ha hecho añadir á los otros discursos sobre las grandezas de la madre de Dios el presente tratado, que comprende la gratitud y reconocimiento que le debemos por todo lo que ella es para nosotros y nosotros somos para ella asi en general como en particular. Para este intento me atrevo á esperar su auxilio y asistencia de la misma manera que he experimentado en lo pasado su afectuosa bondad.

(1) Orat. de nativit. B. Virg. (2) Orat. 4 de dormit. B. V.
TOMO IV.

003754

DISCURSO FUNDAMENTAL DEL TRATADO CUARTO.

CAPITULO I.

QUE SOMOS EXCITADOS POR DIVERSOS TITULOS A MOSTRAR
RECONOCIMIENTO A LA MADRE DE DIOS.

Decencia del reconocimiento: primer titulo.

I. En primer lugar somos excitados por la decencia del reconocimiento, porque confieso francamente que no comprendo la sutileza de la respuesta de Furnio, no obstante que algunos han querido colocarla entre los dichos agudos de la antigüedad. Este hombre creyó haber usado de un fino cumplido para con César, que le habia servido en un negocio importante, quejándose de que le habia puesto en la necesidad de vivir y morir ingrato. Juzguen los demas como quieran: á mí me parece que la ocurrencia fué muy fria, porque nada puede obligarnos á incurrir en la nota de ingratitud mas que nuestra mala voluntad; y el sostener lo contrario es ignorar de todo punto la propiedad de este vicio feo. Con efecto solo merece ser llamado ingrato, como dice Séneca en su tratado de los beneficios, el que niega haber sido favorecido cuando lo ha sido en realidad, el que disimula ó oculta el beneficio, el que no cuida de pagarle cuando puede, y mas que todos el que olvida el beneficio recibido; de suerte que todo el que procura conservar la memoria de él y está pronto á dar pruebas de su reconocimiento en las ocasiones oportunas, aun cuando estuviere cargado de beneficios, no puede ser tenido por ingrato, especialmente si se atiende á que

esta palabra es una de las mas odiosas que pueden aplicarse á los hombres. Concedo, dice el citado filósofo, que sea una cosa fea ser tenido por homicida, ladrón y adúltero; pero aun lo es mas tener fama de ingrato, á no que se diga que no puede incurrirse en aquellos delitos sin estar antes manchado con este vicio. La ingratitud, dice S. Anselmo (1), es la raiz de todo nuestro mal espiritual. No hay mayor iniquidad en el mundo, dice S. Ambrosio (2). Todos los males se encuentran en ese vicio, dice el orador romano. Pero el ser ingrato y el quedar obligado son dos cosas tan diferentes como el cielo y la tierra. Puede acontecer, y aun acontece todos los dias, que uno debe á otro tantos beneficios, que le es imposible pagárselos; no obstante nunca será ingrato sino cuando se vuelva desnaturalizado y borre de su ánimo la memoria de los beneficios recibidos y de su voluntad el deseo eficaz de pagarlos. No está en nuestra mano pagar á nuestros padres lo que les debemos, y mucho menos igualar con nuestros servicios los beneficios de la majestad divina: lo mismo digo yo proporcionalmente de los de la reina del cielo; con todo no será ingrato para con ella el que no quiera. María no mira mas que al corazón y se contenta con el aprecio que hacemos de sus gracias, y algun corto servicio con que se las agradecemos. De aqui colijo que se hacen en gran manera culpables aquellos que pudiendo á tan poca costa satisfacerla no tienen ningun sentimiento de gratitud para reconocer tamaños favores. Esas almas son de todo punto indignas de ver la luz y mucho mas de sentir las benéficas influencias del caritativo corazón de la madre de Dios. Lejos de sus queridos hijos un vicio tan infame: lejos de ellos unos sentimientos tan poco adecua-

(1) Soliloquium, cap. 18. (2) Præfat. in psalm. XXXV.

dos á su condicion: lejos de ellos tanta bajeza de ánimo; al contrario abriguen en sus corazones la gratitud, la cual producirá frutos dignos de ser admirados por los hombres, presentados por los ángeles, aceptados por la reina del cielo y mirados con ojos benignos por aquel en quien termina finalmente todo beneficio y todo reconocimiento.

Los méritos de la Virgen santísima: segundo título.

II. En segundo lugar somos atraídos por el suave olor de sus grandezas, que derraman sobre nosotros tantos beneficios. Dijo uno muy acertadamente que corresponde á las gracias, hijas del cielo, coger la preciosa mies de los beneficios divinos y que el solo agradecimiento cordial que tenemos de ellos, puede suplir la imposibilidad de pagarlos. El antiguo templo de Júpiter edificado en Cizico, ciudad del estrecho de Gallipolis, resplandecía de todas partes por las piedras preciosas tan hábil y simétricamente dispuestas, que no habia una que no despidiese algun brillo sobre la estátua de la deidad; queriendo dar á entender con esto que los beneficios del cielo son como perdidos, si no vuelven al principio de donde proceden, y que en vano nos enriquece Dios con sus dones, si no recibe por ellos algun tributo de gloria. Las naves que vienen cargadas de ricas mercancías de tierras extranjeras, son detenidas donde se cobran los derechos de puerto; y las almas que han conseguido las mejores gracias de Dios, estan tambien obligadas á pagar fielmente los derechos del cielo. Confieso que aun cuando nos hiciéramos pedazos y fueran destiladas todas las potencias de nuestra alma para sacar algun jugo de reconocimiento, no pueden llegar al menor átomo de bondad que sale del amante corazon de Maria. Pero ¿hemos de desanimarnos porque no pode-

mos hacer cuanto quisiéramos? ¿Hemos de dejarlo todo, porque nuestros sentimientos no subirán nunca á tan alto punto como sus beneficios? Al contrario debe de ser para nosotros una singular satisfaccion que esté incomparablemente encumbrada sobre nuestras fuerzas y que estemos muy distantes de llegar á la grandeza de sus méritos. Se trata de rendirle homenaje tanto de lo que no podemos, como de lo que podemos, y aun mas, porque aqui la voluntad se admite por obra, y se aprecia tanto lo que desearia hacer, como lo que hace con efecto.

Los derechos de la Virgen santísima: tercer título.

III. En tercer lugar estamos obligados por los justos derechos de la misma Virgen, que nos ha escogido por sus hijos muy amados con la condicion de que le correspondamos con algun afecto; de suerte que asi como Dios pactó en estos términos con Salomon: El me reconocerá por padre, y yo le trataré como á hijo; asi nuestra señora contrata ser para nosotros una madre muy buena, amable y fiel con la condicion de que nos portemos como verdaderos hijos con ella; es decir que no nos contentemos con recibir de ella beneficios á manos llenas, sino que los paguemos y hagamos subir el amor á su origen en cuanto seamos capaces. Un hijo á quien falta este sentimiento, no es un hijo, sino una estátua que se mueve, ó una peña animada: si es hijo, no puede ser legítimo, ó si pasa por tal, no ha de esperar otra cosa mas que verse privado de todas las esperanzas de los verdaderos hijos de adopción. Antes morir que incurrir en tan extrema desgracia y llevar con falsos motivos el título honroso de hijos de la virgen Maria. Ella por su bondad aleje de nosotros esa calamidad, y entre otras infinitas obligaciones tengámosle tambien la de estimar los bienes que recibimos por su mano, tanto como ella desea.

Los frutos del agradecimiento: cuarto título.

IV. En cuarto y último lugar somos obligados por el amor que nos tenemos á nosotros mismos, porque el único medio de perseverar en su gracia y obtener la continuación y aumento de sus beneficios es mostrar que los que hemos recibido, han echado hondas raíces en nuestro corazón. S. Gerónimo afirma haber observado entre las tradiciones hebráicas que la enfermedad de que creyó morir el rey Ezequías, fué un justo castigo de su ingratitude; porque despues de una victoria semejante á la que ganó á los asirios, en que el cielo abrazó visiblemente su partido, no trató de cantar las alabanzas de Dios, como hicieron Moisés despues que Faraon con su ejército quedó anegado en el mar Rojo, Débora despues de la rota de Sisara, y Ana, mujer de Elcana, despues que consiguió por sus oraciones al niño Samuel. El Sabio dice que la esperanza del ingrato se deshará como la helada del invierno y se perderá como agua inútil (1). S. Bernardo nos advierte que la ingratitude es el enemigo mortal del alma y de su aprovechamiento; que aniquila los méritos, arruina las virtudes y disminuye los beneficios; que es el viento que seca la fuente de bondad, resuelve el rocío de la misericordia y detiene la corriente de las gracias del cielo (2). Al contrario el agradecimiento, dice el Crisóstomo, es un tesoro de inestimable precio y un bien inagotable (3). Por esta causa san Basilio Magno considera muy sabiamente estas palabras del salmo CXV: ¿Qué retornaré al Señor por todas las cosas que me ha dado? Dice que nuestro reconoci-

(1) Sabid., XVI.

(2) Sermo 52 in Cantico.

(3) Homil. 4 ad. pop. antióch.

miento obliga á Dios á hacernos nuevos beneficios y que aunque no reciba de nosotros mas que aquello que le es debido por el interés de sus beneficios, es tan bueno para nosotros, que lo sienta en la cuenta del capital; para que ningun impulso bueno de nuestro corazón deje de lucrar con él (1). Esto tambien debe de entenderse de la reina del cielo en la misma proporeion que participa ella de la bondad y mansedumbre de Dios. De aquí se sigue que debemos de poner tanto conato en multiplicar el talento de las gracias del cielo en esa banca santa, cuanto es lo que nos amamos á nosotros mismos y queremos nuestro provecho. La madre de Dios que tiene las llaves del tesoro de su hijo, nos convida á ello; nuestro propio interés nos insta; Dios consiente; y si hay algun escrúpulo, es de desperdiciar tan buena ocasion. ¿Qué cosa puede detener nuestro afecto y embotar nuestros deseos?

V. Supuesto pues que por todas estas consideraciones estamos obligados al reconocimiento para con la madre de Dios, me parece que puedo ya pasar libremente á indagar los medios de poner en práctica esa virtud nobilísima.

CAPITULO II.

DE LA ALTA ESTIMACION QUE DEBEMOS HACER DE LA REINA DEL CIELO; PRIMER RECONOCIMIENTO DEBIDO A SUS GRANDEZAS.

Comienza el reconocimiento debido á la reina del cielo por la alta estimacion que estamos obligados á hacer de ella, como por la regla y medida de los demas.

(1) Hom. 5 in martyr. Julittam.

Los frutos del agradecimiento: cuarto título.

IV. En cuarto y último lugar somos obligados por el amor que nos tenemos á nosotros mismos, porque el único medio de perseverar en su gracia y obtener la continuación y aumento de sus beneficios es mostrar que los que hemos recibido, han echado hondas raíces en nuestro corazón. S. Gerónimo afirma haber observado entre las tradiciones hebráicas que la enfermedad de que creyó morir el rey Ezequías, fué un justo castigo de su ingratitude; porque despues de una victoria semejante á la que ganó á los asirios, en que el cielo abrazó visiblemente su partido, no trató de cantar las alabanzas de Dios, como hicieron Moisés despues que Faraon con su ejército quedó anegado en el mar Rojo, Débora despues de la rota de Sisara, y Ana, mujer de Elcana, despues que consiguió por sus oraciones al niño Samuel. El Sabio dice que la esperanza del ingrato se deshará como la helada del invierno y se perderá como agua inútil (1). S. Bernardo nos advierte que la ingratitude es el enemigo mortal del alma y de su aprovechamiento; que aniquila los méritos, arruina las virtudes y disminuye los beneficios; que es el viento que seca la fuente de bondad, resuelve el rocío de la misericordia y detiene la corriente de las gracias del cielo (2). Al contrario el agradecimiento, dice el Crisóstomo, es un tesoro de inestimable precio y un bien inagotable (3). Por esta causa san Basilio Magno considera muy sabiamente estas palabras del salmo CXV: ¿Qué retornaré al Señor por todas las cosas que me ha dado? Dice que nuestro reconoci-

(1) Sabid., XVI.

(2) Sermo 52 in Cantico.

(3) Homil. 4 ad. pop. antióch.

miento obliga á Dios á hacernos nuevos beneficios y que aunque no reciba de nosotros mas que aquello que le es debido por el interés de sus beneficios, es tan bueno para nosotros, que lo sienta en la cuenta del capital; para que ningun impulso bueno de nuestro corazón deje de lucrar con él (1). Esto tambien debe de entenderse de la reina del cielo en la misma proporeion que participa ella de la bondad y mansedumbre de Dios. De aquí se sigue que debemos de poner tanto conato en multiplicar el talento de las gracias del cielo en esa banca santa, cuanto es lo que nos amamos á nosotros mismos y queremos nuestro provecho. La madre de Dios que tiene las llaves del tesoro de su hijo, nos convida á ello; nuestro propio interés nos insta; Dios consiente; y si hay algun escrúpulo, es de desperdiciar tan buena ocasion. ¿Qué cosa puede detener nuestro afecto y embotar nuestros deseos?

V. Supuesto pues que por todas estas consideraciones estamos obligados al reconocimiento para con la madre de Dios, me parece que puedo ya pasar libremente á indagar los medios de poner en práctica esa virtud nobilísima.

CAPITULO II.

DE LA ALTA ESTIMACION QUE DEBEMOS HACER DE LA REINA DEL CIELO; PRIMER RECONOCIMIENTO DEBIDO A SUS GRANDEZAS.

Comienza el reconocimiento debido á la reina del cielo por la alta estimacion que estamos obligados á hacer de ella, como por la regla y medida de los demas.

(1) Hom. 5 in martyr. Julittam.

Con efecto así como el conocimiento es lo que da impulso á los movimientos de nuestra alma, de la misma manera de la estimacion que hacemos de una cosa, depende el afecto que le tenemos. No cuesta trabajo amar y honrar lo que apreciamos mucho; al contrario solemos necesitar mas bien de freno que de espuela; pero excede en cierto modo á las fuerzas del hombre el inclinarse con ansia á aquello de que hace poco caso. Por este motivo nuestro Dios, deseoso de atraer nuestro corazón y afecto hácia él por los vínculos del amor y de la esperanza, difundió ante todo en nuestros entendimientos un rayo de su divina luz que llamamos fé, cuya propiedad es descubrirnos las grandezas de sus infinitas perfecciones y sugerirnos pensamientos sublimes de su divina majestad, por cuyo medio atrae nuestros corazones y maneja nuestras voluntades como le parece bien. Por ese mismo motivo, aunque todo lo dicho hasta aquí de las grandezas de la madre de Dios se ha encaminado principalmente á formar en nuestros entendimientos un alto concepto de sus calidades peregrinas, me creo obligado á presentarlas de nuevo como en un cuadro abreviado y por una simple ojeada para ayudar á nuestra comprension en la práctica del reconocimiento, que es á donde se endereza este tratado.

§. I.—Alta estimacion que los santos y Dios mismo hacen de la Virgen santísima.

I. ¿Qué dicen los hombres de mí? preguntó un día nuestro señor Jesucristo á sus discípulos (1). Los unos, le respondieron, creen que eres Juan Bautista; los otros te tienen por Elías, ó por Jeremías, ó por algun

(1) Mat., XVI, 13.

otro profeta. Pero vosotros, repuso el Señor, ¿quién decís que soy? Entonces Pedro, tomando la palabra por todos, pronunció en forma de oráculo esta sentencia digna de estamparse con letras de oro: Maestro, tú eres Cristo, hijo de Dios vivo. Ved, dice Victor de Antioquia, la diferencia del juicio que hacen del hijo del hombre el comun del pueblo y los discípulos. Todos verdaderamente le tienen en gran estimacion; sin embargo era muy razonable que los que le habian tratado mas tiempo y conocido mejor que los otros, tuviesen mas alto concepto de él. Por esta causa el Salvador segun la observacion de S. Gerónimo los separa del comun del pueblo en su modo de preguntar, como si fueran mas que hombres en este juicio, en el que no siguieron la apariencia exterior de los hombres, sino la revelacion del Padre eterno. A mi parecer hallariamos una cosa semejante, si pudiéramos hacer que la mayor parte de los cristianos explicasen el concepto en que tienen á la Virgen santísima. La experiencia haria ver que aunque todos tengan gran opinion de esta señora, solamente forman un concepto digno de su grandeza aquellos que por serle mas afectos son mas particularmente iluminados de arriba (1).

(1) Adicion de la madre *Maria Jacoba de Blemur*. — «Pero porque es imposible agradar á Dios sin la fé, y porque el Señor exigió el tributo de la de los apóstoles para guiarlos por sus caminos, es necesario valerse de la misma antorcha para llegar á la Virgen santísima: cualquiera otra luz no puede agradarle. Ella es la madre de la verdad, opuesta á todo lo que le es contrario; de suerte que el primer medio de honrarla es tener una creencia ortodoxa de todos los misterios de nuestra religion, en que ella tiene tanta parte, no solo de lo que el Evangelio nos propone, sino de lo que nos han transmitido la respetable tradicion y los santos padres. La fé pues es la que nos descubre las excelencias y perfecciones de la madre de Dios, y produce en nuestras almas una altísima estimacion de su persona y de todos los dones que ha recibido de Dios: ella nos hace ver la santidad supereminente de su alma, la plenitud de su gracia, la infusion del Espíritu Santo y todos los otros privilegios.»

II. Algunos que estan acostumbrados á medir la grandeza por las dignidades y por el esplendor exterior, se la representan como una reina llena de gloria y majestad, sentada en un trono eminente al lado de su amado hijo y rodeada de millares de cortesanos que la reconocen por princesa soberana del cielo y de la tierra y le tributan sus respetos y homenajes. Este noble pensamiento basta para que se muestren respetuosos cuando hablan con ella ó vacan á algun acto de su servicio.

III. Otros que no hacen caso mas que de la santidad, toman la regla de oro del santuario formando su idea de todas las perfecciones interiores mas acendradas del alma, y conciben una plenitud de gracias y bendiciones del cielo que exceden á quanto se encuentra reunido en las simples criaturas. Este concepto á mas del sentimiento de respeto y honor que produce en sus almas, atrae insensiblemente á ellas por amor é imitacion las virtudes que tienen en principal estima y observan en la reina del cielo como en su idea perfectísima.

IV. En algunos hace mas fuerte mella el lustre de tantos y tan preciosos privilegios de excelencia, que hemos acotado en el tratado primero. La contemplan como á la primogénita de las simples criaturas en el orden de la predestinacion eterna, como á una verdadera criatura de gracia, formada en un diseño aparte con su hijo, exenta de toda corrupcion de Adam, pero dada é incluida por favor en la descendencia de este para santificarla, como la esperanza de los patriarcas, el objeto de los profetas, la idea de las antiguas figuras y el tesoro de las gracias celestiales. Admiran sin fin su virginidad fecunda, su maternidad virginal y otras muchas singularidades de naturaleza, gracia y gloria, de las cuales componen como de otras tantas piedras preciosas la piedra de las maravillas, el milagro de los milagros y el prodigio de los prodigios del mundo.

V. Otros fundan la alta estimacion que tienen de ella en la grandeza de su poder. Considéranla como á la reina y señora del universo, cuyo imperio se extiende á todo el orden de naturaleza y gracia, como á la omnipotente despues de su hijo y la hacedora de las grandes maravillas, como á la gobernadora de la iglesia y capitana de los ejércitos de Dios, como á la fortaleza de los principes, la proteccion de los pueblos, la victoria de los cristianos, la confusion y terror de Satanás. No cesan de alabar el poder que tiene para detener la muerte, forzar el infierno, ahuyentar las enfermedades, cambiar los accidentes funestos, aplacar la justicia divina y proporcionar eficazmente la salvacion de todos aquellos á quienes protege.

VI. Los que han experimentado mas particularmente sus misericordias y han gustado sus dulcedumbres, tienen mas altos pensamientos de su bondad que los otros, y desearian supiesen todos que ella es verdaderamente la madre del amor hermoso y de las misericordias eternas: que tiene entrañas de caridad para todos en todas épocas y en todas las necesidades: que no hay pecador, por grande que sea, que no encuentre seguro refugio en ella, ni tan desesperado, que no halle consuelo: que nunca despide á nadie mal despachado: que no cesa de hacer bien; pero sobre todo tiene un cuidado imponderable de los suyos hasta en las cosas mas pequeñas: que los saca del pecado y la miseria á pesar del infierno: que los forma, instruye y perfecciona de un modo admirable: que los protege, consuela y tranquiliza á la hora de la muerte; y por último los lleva en sus manos al paraíso. Dios mio, ¡qué dichosas son esas almas que se entretienen en tan dulces pensamientos asi para su consuelo como para la debida estimacion y respeto de las grandezas de la Virgen santísima! Porque parece que como entre los atributos de Dios la bondad

es la que mejor nos expresa la perfeccion de su naturaleza, asi la Virgen y los santos quieren sobre todo que estimemos en ellos la bondad y la caridad que les comunicó Dios.

VII. Y aunque todas estas perfecciones son relevantes y debidas á la inestimable grandeza de la reina de los ángeles, segun piensan los santos doctores, cuyos textos y autoridad hemos alegado en los tres primeros tratados; no obstante el lector habrá ya reparado que queda otra mucho mas alta, sobre la cual fundan principal y como esencialmente la estimacion que hacen de esa gran señora. Tú eres Cristo, hijo de Dios vivo, dijo el principe de los apóstoles á Jesucristo; y con esto creyó haberlo dicho todo. Pues del mismo modo si queremos comprender en pocas palabras todo lo grande y sublime que puede concebirse de la Virgen, digámosle: Tú eres Maria, madre de Dios vivo; porque esta dignidad de madre es la justa medida y la forma de todas sus grandezas. Despues de haberla comprendido es imposible subir mas arriba, porque llegaremos al tronó de la divinidad. Como dice el mártir Metodio, la veremos caminar en cierto modo con Dios bajo de un pabellon imperial por el privilegio de la relacion materna que tiene con él. En nuestros dias se ha descubierto el modo de reunir en un cristalito cilindrico las partes de una imágen dispersas en diversos lugares sobre un mismo lienzo y dirigirlas cada una en su lugar de perspectiva para representar la figura completa. Pues valgámonos con semejante industria de las palabras *Maria madre de Dios* y reunamos todas las otras ideas y todo lo que está expresado en diversos lugares de los tratados precedentes. Si la contemplamos en su majestad y gloria, concibamos la majestad y gloria de la madre de Dios. Si nos la figuramos como santa, admirable, poderosa y buena, tengamos á la vista la santidad, el poder, la

bondad, las maravillas y los privilegios de la madre de Dios. De esta suerte todo cuanto encontremos en ella, nos causará éxtasis de admiracion y raptos de amor. Pero contentémonos con lo dicho en otros dos lugares (1) y adoremos en silencio lo que vale mas respetar con santa simplicidad que escudriñar con una curiosidad atrevida.

VIII. Cuando uno entra en un salon muy espacioso de esos que suele haber en los palacios, le sucede que despues de haber visto todo lo que le parecia habia que ver, estando ya á la puerta para salir descubre nuevos objetos y tiene que volver pies atras para registrar lo todo mas despacio y contemplar todas las preciosidades contenidas en él. En la misma situacion me encuentro yo, porque cuando creía haber dicho á lo menos en general todo lo que me parecia adecuado para hacer concebir una alta estimacion de la Virgen santísima, se me ocurre una idea que me empeña de nuevo en el mismo discurso, y ahora y no antes creo haber encontrado la verdadera regla de las grandezas de la madre de Dios. He empezado pues á discurrir de esta suerte: supuesto que cada uno es en realidad lo que es delante de Dios y nada mas, y la sabiduria eterna no puede engañarse en la estimacion que hace del valor de las cosas, ¿á dónde podríamos ir á buscar un concepto mas cabal y adecuado á las grandezas de la madre de Dios que al entendimiento divino, donde estan las verdaderas imágenes y las ideas sustanciales de las obras producidas por él? Los filósofos y teólogos enseñan con santo Tomás (2) que la verdad de cada cosa no puede declararse mejor que por una relacion de conformidad con el

(1) Trat. 1, c. 2, y trat. 2, c. 3.

(2) Opusc. 41. cap. 2 in fine.

primer entendimiento, que es el de Dios. Y para valerme de una comparacion aun mas comprensible, los pintores tienen que las imágenes aparecen mejor en el espejo que en su propio cuerpo; por lo cual se valen de él cuando quieren sacar alguna figura. Ahora bien es cierto que el entendimiento de Dios es el espejo esencial de todas las obras que ha criado; espejo en que aparece mucho mas perfectamente su perfeccion que en ellas mismas; de suerte que allí y no en otra parte es donde los espíritus bienaventurados las miran cuando quieren formar verdadero juicio de ellas. De ahí proviene que muchas veces hacen ellos poquísimo caso de lo que nosotros admiramos locamente, y al contrario aprecian en gran manera aquello de que hacemos muy poco caso. Bien sé que no nos es dado penetrar en el secreto de esa luz inaccesible por una vision clara; pero podríamos por ciertas aberturas descubrir algun rayo pequeño de ella. Con efecto si conocemos la estimacion que Dios hace de las personas por el oficio á que las destina; ¿no nos veremos precisados á confesar que habiendo juzgado digna á la virgen María de ser madre de su hijo unigénito (dignidad la mas eminente que puede comunicarse á una simple criatura) la estimó de consiguiente mas que á ninguna de estas? ¿Y qué diré del honor que quiso se tributase á aquella señora? ¿Quién no ve por aquí qué aprecio debemos hacer de este excelente vaso reservado para un uso tan precioso, hermoseado y enriquecido sin cesar desde entonces hasta que le vió completo y digno de recibir al Verbo eterno? ¿Quién no conoce que nuestros pensamientos son muy bajos y nuestra comprension muy ruda para formar de ella una idea que corresponda con corta diferencia á su original? Así hagamos en este punto lo que tenemos que hacer en otros muchos misterios de nuestra fé: creamos lo que no podemos comprender, y por la estimacion que hacemos de

Dios, apreciemos lo que él aprecia; aunque no conocamos bien su valor.

§. II.—Efectos y práctica de este reconocimiento.

Primer efecto.

I. Venid ahora y condenad desde luego vuestra infidelidad los que no habeis tenido hasta ahora mas que un concepto comun de la grandeza de esa reina incomparable. Considerad qué agravio haceis á sus méritos, cómo habeis contrariado el juicio de los santos y aun del mismo Dios, y de consiguiente qué poco le habeis agrado honrando tan poco á la que él honra tanto. ¿Habeis sido por ventura de aquellos que al ver los elogios y maravillas que los doctores católicos publican de nuestra señora, dicen ocultamente en su corazon que esas son expresiones exageradas de la oratoria ó efecto de la devocion de los hombres sencillos de otros tiempos? ¿Diréis acaso que verdaderamente la Virgen es grande en dignidad, santidad y valimiento con el Todopoderoso y que en verdad es madre de Dios; pero que hay que guardar mas moderacion en sus alabanzas, porque al cabo no es sino una criatura, y que el atribuirle toda suerte de excelencias es traspasar los límites de la razon y olvidarse de la gloria y honor que debemos á Dios solo? Si esto es así, tened por cierto que vuestra desgracia proviene únicamente de no haber estudiado bien el fondo de las grandezas de María. Así corregid de aquí adelante la idea que habeis formado, restabeciéndola en el punto de la verdad; y entonces así como en la filosofia natural despues de encontrada la definicion exacta de una cosa se juzga sin errar de las propiedades y calidades que le convienen, del mismo modo habiendo concebido en vuestro entendimiento

la verdadera estimacion que debeis de hacer de la dignidad de madre de Dios, vereis y confesareis francamente que á la manera que seria una blasfemia dar á la criatura lo que pertenece á Dios solo, asi es un sacrilegio negar á esta señora incomparable una perfeccion de las que están debajo de Dios. Estoy seguro de que despues de pedirle humildemente perdon de lo pasado os unireis de boca y corazon á todos los santos para decir en proporcion lo que decia el Eclesiástico de las grandezas del mismo Dios: «Glorificad á la madre de Dios cuanto mas pudiéreis, que aun sobrepujará y es admirable su magnificencia. Bendecid á esta señora y ensalzadla cuanto podais, porque es mayor que toda alabanza. Recoged todas vuestras fuerzas para ensalzarla y no os canseis, porque no llegareis allá (1).»

Segundo efecto.

II. En segundo lugar esta misma estimacion condenará la irreverencia, hija de una hermana de la infidelidad, es decir, de la mala costumbre ó de una comprension débil y muerta de lo que creemos. De ahí proviene que cuando hablamos ó pedimos á la Virgen, lo hacemos con poco respeto, el cual es tanto menor, cuanto mas frecuentamos el trato con la señora. Se dice que para conocer á un hombre espiritual unido con Dios no se necesita saber sino cómo se conduce en sus devociones menores y con qué esmero cumple ciertos deberes que ocurren muchas veces al dia, aunque de paso y en horas diferentes; porque si los hace atenta y devotamente es señal indudable de que vive en la presencia y en el amor actual de Dios. Pues lo mismo digo

(1) Eccli., LXIII.

que se conocerá la estimacion que cada uno hace de la Virgen y el amor que le profesa, por el respeto con que cumpla sus deberes y practique sus devociones ordinarias. S. Epifanio escribe de sí que un dia subió al paraiso por la escala de la fê y de la Escritura y quedó extático considerando los honores que los cortesanos del cielo tributaban á nuestra gloriosa reina. Me atrevo á esperar que si nosotros hubiéramos hecho lo mismo, conversariamos en adelante de diferente modo con ella y procurariamos imitar por una decencia exterior é interior el respeto á que nos convidan los espiritus bienaventurados.

Tercer efecto.

III. Finalmente este reconocimiento producirá en nosotros una gran estimacion de todo lo que toca á su servicio, y hará nos tengamos por honrados con ser de sus últimos siervos; que nos gloriemos mas del título mas humilde de su casa que de las mayores dignidades de las cortes, tan ambicionadas por los magnates de la tierra; que estimemos mas ser sus esclavos que señores poderosos entre los hombres; que nos honremos mas con servir en su capilla ó altar que con tener entrada en el retrete del monarca mas grande del mundo. Esto lo comprenderemos mejor sin comparacion en el dia clarísimo de la eternidad, que alumbrará nuestras tinieblas; pero la práctica nos descubrirá maravillosos arcanos, que nunca penetrariamos con sola la especulacion. Lo demás se quedará para el capítulo VIII, donde me propongo tratar mas largamente del reconocimiento de honor.

CAPITULO III.

DE LA CONFIANZA, SEGUNDO RECONOCIMIENTO DEBIDO A LAS GRANDEZAS DE LA MADRE DE DIOS.

Ya que he empezado por la alta estimacion que debemos tener de la Virgen santísima (la que propiamente corresponde á la fè y es el fundamento de todos los santos afectos de nuestro corazon hácia la misma señora); soy de parecer de seguir el órden de las virtudes teológicas y poner en segundo lugar la confianza. Aunque considerándolo bien, la confianza ó la esperanza en calidad de virtud divina lo mismo que la fè y la caridad mira directamente á Dios como á su objeto primero y principal, cuyo goce busca y de quien espera los auxilios necesarios para lograrlo; no obstante así como debajo de ese sumo bien esperamos algunos otros que nos sirven de medios para alcanzarle, así nos es permitido aspirar á los mismos beneficios por la mediacion de los amigos de Dios, el cual se deleita en honrarlos favoreciéndonos y favorecernos honrándolos, y sin embargo que recurrimos á estos, él continúa siendo nuestro último fin y el primer principio de todas nuestras esperanzas. Supuesto pues que entre todos los amigos de Dios se aventaja incomparablemente la virgen Maria tanto en poder como en valimiento, pide la razon que tengamos especialísima confianza en ella. En esto se manifiesta de un modo admirable la bondad del Señor para con nosotros, que recibe por reconocimiento de lo que debemos por varios titulos, unos actos de que sacamos nuevas ventajas; de suerte que no los practicamos jamás sin que produzcan en nosotros nuevos aumentos de gracias, como veremos en la serie de este discurso.

§. I.—Primer efecto de confianza: no emprender cosa alguna sino con el favor y bajo la conducta de la madre de Dios.

I. El primer efecto que esta confianza produce en el alma de los hijos de la Virgen, es que no emprenden cosa alguna de importancia sino bajo la direccion y con el favor de ella. Así como en tiempo de la gentilidad todos invocaban á la luna bajo diferentes nombres; así despues que amaneciò el dia claro de la verdad, casi no hay nadie, por ligera noticia que tenga de la madre de Dios, que no recurra á ella en todas sus empresas y no piense que se expondrían á malograrse si no se acometiesen bajo su conducta.

Los caminantes.

II. Los caminantes se persuaden á que la felicidad de su viaje y de las personas que dejan en su pais, depende de tomarla por guia en el camino y por guarda de sus casas. El patriarca Sofronio refiere un buen ejemplo en el capítulo 73 de su Prado espiritual. Dice que habia en Alejandria un hombre muy piadoso, á cuya casa concurrían los pobres y especialmente los religiosos: su mujer era tan caritativa como él y además muy humilde y abstinente, tanto que ayunaba todos los dias. Como él era mercader, tuvo que hacer un viaje á Constantinopla, y estando para partirse, le dijo su mujer: ¿Y á quién nos encomiendas? A la madre de Dios, respondió el mercader; ella cuidará de vosotros. Con efecto no tardó la mujer en conocer el mérito de esta recomendacion, porque aun no se habia alejado mucho su marido, cuando el diablo, envidioso del bien que se hacia en aquella casa, persuadió á un criado, que se habia quedado solo con su ama y una niña de seis años, matára á las dos,

robára cuanto hubiese y huyera. Resuelto á ejecutar tan horrendo designio entró en la cocina, cogió un cuchillo y se fué al aposento de su ama. ¡Cosa singular! Apenas salió de la cocina, la Virgen santísima le dejó ciego en tales términos, que no pudo ni ir al lugar á donde se dirigia, ni volver á aquel de donde habia salido. Llama á su ama, la cual responde que vaya él si quiere. Persiste en llamarla y la ruega acuda á aquel sitio; mas ella se resiste. El malvado viendo que no se lograba su intento y que no podia menos de ser descubierto se clava el cuchillo en el pecho dando un gran grito, al cual salió el ama para averiguar lo que habia acontecido. Ella levanta las manos al cielo, corre á socorrer prontamente al herido y llama á la justicia. Se le toma declaracion, y Dios permite que viva el tiempo necesario para confesar su delito; de donde los presentes toman pie para bendecir á Dios y apreciar mas que antes la proteccion de su santísima madre.

Los letrados.

III. Los letrados encomiendan á esta señora sus estudios y la invocan para resolver las dificultades que encuentran en las ciencias. Testigo S. Eduardo, arzobispo de Cantorbery, que habiendo sido exhortado por su madre ya difunta á que dejara el estudio de la geometria para aplicarse al de la teologia le emprendió con grande resolucion y diligencia; pero fué con el favor y bajo la conducta de la virgen Maria, cuya imágen tenia siempre delante cuando estudiaba. Poco tiempo despues leyó él la teologia con aplauso, produciendo frutos admirables y la conversion de cuantos le oian. Su sabia y amada maestra le daba de tiempo en tiempo señaladas pruebas de lo contenta que estaba de su devocion. Los anales de nuestra compañía atestan que el P. Francisco Suarez empezó á leer teologia con el favor de la madre de

Dios y que recurria con frecuencia á ella en sus dudas. Paréceme que no hay necesidad de hablar aqui del fruto que sacó, supuesto que no hay un alumno de teologia á cuya noticia no haya llegado la fama de doctrina que adquirió entre los mas sabios aquel ilustre doctor. Yo he conocido á varias personas que antes de empezar algun acto público en que tenian que dar pruebas de su capacidad, prometian á la Virgen alguna devocion particular para que los sacase airosos.

IV. Mientras dure el nombre cristiano y haya fieles, nunca se borrará la grata memoria del esclarecido analista de la iglesia César Baronio. Por los años de 1360 comenzaron á salir del pozo del abismo los infames volúmenes de los centuriadores de Magdeburgo, que tenian muy buena apariencia y llevaban en su frontispicio el titulo especioso de historia eclesiástica; pero en realidad no eran otra cosa que la destruccion de la historia, un monton de falsedades y calumnias, una ropavejería, digámoslo así, de todas las antiguas herejias y un albañal de blasfemias contra Dios, la Virgen y los santos. S. Felipe Neri, inflamado en zelo por la casa de Dios, que veia tan maltratada en aquellos libros abominables, resolvió al punto levantar un baluarte para la defensa de la iglesia y la destruccion del error. A este fin escogió entre todos los individuos de su religiosa congregacion que le parecieron capaces de coadyuvar á su intento, á César Baronio, de edad entonces de veinte y un años, oponiendo este único soldado bisoño á aquella cohorte de satélites de Satanás, que habia emprendido la edificacion de la torre de Babel para escalar el cielo y arruinar la iglesia. Para que Baronio se amestrara, le mandó el santo patriarca dar lecciones de historia eclesiástica todas las tardes en la iglesia del oratorio de Roma, cuyo ejercicio continuó por espacio de veinte y cinco años completando hasta siete veces un curso de

historia universal desde el principio hasta el fin según el orden y sucesión de los tiempos. Desde luego puso mano á la obra de sus Anales y llegó hasta el siglo XII de la era cristiana; pero viendo muy bien que aquella era una empresa gigantesca y reputándose él por un pigmeo, no quiso empeñarse en ella sin obtener la guía y asistencia particular del cielo. Para mejor conseguirlo se echó en los brazos de la madre de las ciencias y protectora de la iglesia y le dijo resueltamente que sin ella no daría un paso, ni escribiría una letra sobre el papel; protesta que hace al frente de cada uno de los doce volúmenes y reitera varias veces en el discurso de su historia. El docto Enrique de Sponde, obispo de Pamiers, que compendió los Anales de Baronio, nota en la breve noticia de la vida del cardenal que hasta seiscientas veces se encontró entre sus papeles una cifra que formaba estas devotas palabras: «César siervo de María, siervo de María César.»

V. El éxito manifestó bien claramente que la reina del cielo no solo había aceptado las tareas de su fiel siervo, sino inspirado la idea á Felipe y facilitado á Baronio las mejores piezas de que compuso los Anales. Con efecto ¿quién ilustró mas doctamente que él las tradiciones apostólicas y las costumbres de la edad de Cristo? ¿Quién aclaró mas los sacrosantos concilios? ¿Quién refutó con mas firmeza las herejías? ¿Quién probó mas sólidamente los dogmas de la creencia católica? ¿Quién pintó con mas gloria y majestad el estado de la iglesia romana? ¿Quién contó con mas fidelidad los hechos heroicos de los santos de todas las órdenes de la milicia cristiana? ¿Quién descubrió secretos mas preciosos de la venerable antigüedad? ¿Quién escribió de las cosas santas mas devota, grave, metódica y juiciosamente que él? ¿Quién habiéndose ocupado en una tarea tan árdua y prolija tuvo la dicha de llegar como él á la edad mas

avanzada gozando de perfecta salud y de una tranquilidad inalterable de ánimo? ¿Qué obra desde el tiempo de los apóstoles se ha recibido con aplauso mas universal que la suya? ¿Qué escritos han aprovechado mas al público ya para sacar del error á los descarriados, ya para mantener en la fe á los que iban por el buen camino, ya para dilatar generalmente los términos del reino de Jesucristo? ¿De cuántos modos se han reducido y compendiado! ¿En cuántas lenguas se han traducido! Los italianos, los alemanes, los polacos, los franceses, los españoles y las otras naciones han hecho suyos estos Anales por medio de versiones debidas á la pluma de escritores tan doctos como piadosos. Esta es una prueba evidéntisima de la bendición que el cielo ha echado liberalmente así sobre el autor como sobre sus obras por la intercesión de la que él había elegido por su guía y protectora.

Los que deliberan acerca del estado de vida.

VI. Los que deliberan acerca del estado que han de abrazar, recurren á ella con toda confianza. Los ejemplos acotados por mí en otros lugares al tratar del cuidado que tiene de colocar á los suyos, podrán bastar sin necesidad de que yo busque otros. Solamente diré que Eliezer, mayordomo de Abraham, tuvo el encuentro que esperaba cerca de la fuente de Nacor, y que los que están perplejos como él cuando buscaba mujer para el hijo de su amo, no pueden discurrir mejor plegaria que la que aquel criado fiel dirigió al Señor. Así repitan confiados con él: Dios del cielo, séme ahora propicio y haz misericordia con tu siervo. Aquí me tienes delante de la verdadera fuente de dulzura y de gracia, que es la madre de tu hijo unigénito: te ruego por sus méritos y valimiento te sirvas de inclinarme al estado mas propio

para promover tu gloria y obrar mi salvacion. Asi lo espero de tu infinita bondad por la intercesion de aquella á quien no puedes negar nada.

Los que se consagran á la virtud.

VII. Los amantes de la virtud no entran en esta liza sino con el favor de la reina de las virtudes, y mediante su asistencia esperan alcanzar el premio. El bienaventurado Luis Gonzaga, de la compañía de Jesus, se figuraba que sin esta guía y proteccion le era imposible llegar á ser virtuoso; pero confortado con su auxilio esperaba conseguirlo y especialmente la humildad, que estaba resuelto á poseer á toda costa.

Los contemplativos.

VIII. Los contemplativos y los que se dan á la oracion, van en derechura á ella y procuran captarse su gracia para tener entrada en el retrete de Dios y conversar con él. S. Bernardo y S. Anselmo les sugieren este consejo, y los que se han aprovechado de él como san Elzeario y otros varios, nunca han hallado cerradas las puertas del cielo.

Los que aconsejan.

IX. Los que quieren dar un buen consejo á los demas, consulten antes con el oráculo del cielo, con la madre de la sabiduría increada. Asi lo hacia santa Catalina de Suecia, hija de santa Brigida é imitadora de sus virtudes: como varias personas acudian á pedirle consejos, ella levantaba el corazon á la Virgen rezando una Ave María y preguntaba lo que habia de responder; por lo comun recibia tanta abundancia de sabiduría ce-

lestial, que muchos con sus acertados consejos se libraron de grandes peligros y de molestas tentaciones. Entre estos se cuenta una viuda jóven, hija de una señora romana de distincion, que siendo atormentada todas las noches de un espíritu inmundo y no atreviéndose á manifestar á nadie lo que padecia, se resolvió al cabo á abrir su pecho á santa Catalina y pedirle consejo. La santa despues de recurrir segun costumbre á la Virgen aconsejó á la viuda que fuese por espacio de ocho dias descalza y sin camisa á la iglesia de santa Cruz y rezase siete veces cada un dia el Pater noster y el Ave María. Aquella señora lo hizo asi puntualmente con su buena madre, y llegado el dia octavo se presentó á ella el diablo en la misma forma que antes; pero despechado y maldiciendo á la hija de Brigida que le habia dado tan fatal consejo, con el que quedaban desbaratadas todas sus trazas y arruinados todos sus proyectos.

Los que vacan á las obras de piedad.

X. Los que vacan á las obras de piedad, esperan salir con bien cuando las han encomendado á Maria. Ve aquí un ejemplo reciente, pero muy gracioso y edificante. Fray Francisco del niño Jesus, carmelita descalzo, que murió en Madrid con grandísima opinion de santo el 26 de diciembre del año 1604, tenia en su celda una imágen de nuestra señora, á la que profesaba particular devocion. Pues el dia que habia de salir para algun negocio importante al servicio de Dios, antes de marcharse ponía la figura del diablo con la cabeza hácia abajo á los pies de nuestra señora y le decia: «Virgen santísima, madre de Dios, ten bien guardado á ese tiñoso (asi acostumbraba llamar al espíritu malo), no sea que se escape y desbarate los buenos propósitos de las arrepentidas;» que era una de las ocupaciones principales del

santo religioso. Este afirmaba haber experimentado muchas veces que con tal oracion se frustraban los esfuerzos del enemigo comun. Si le acontecia olvidarse de esta contramina espiritual, al punto lo conocia en el éxito de sus asuntos y en las cosas que pasaban entre las arrepentidas, á quienes encontraba por lo comun congojosas y desavenidas. Entonces decia á su compañero: «Sin duda nos hemos olvidado de sujetar al tiñoso: por eso vomita ahora el veneno.» Cuando volvía al convento y hablaba que era así, se vengaba de su enemigo pisoteándole muchas veces.

Los militares.

XI. Los capitanes ilustres y los arrojados conquistadores han recurrido á la capitana de los ejércitos de Dios para llevar al cabo sus empresas, y se han tenido por dichosos de pelear bajo de las banderas de ella. Ya se ha hablado de los emperadores Constantino, Heraclio, Mauricio, Justiniano y de la prosperidad de sus armas mientras la tuvieron propicia. El infante D. Enrique de Portugal, hijo de D. Juan I y principe tan piadoso como denodado, fué movido por inspiracion divina á surcar los mares de Levante para descubrir nuevas tierras. Se hizo á la vela el año 1410 bajo los auspicios de la reina del cielo y siguió la costa de Africa con felicísimo suceso, y adelantando cada dia mas en sus descubrimientos llegó en el espacio de cincuenta años hasta el cabo del Unicornio. En agradecimiento edificó á su guia y protectora una bella iglesia junto al puerto de Lisboa. Despues penetró el pabellon lusitano hasta el interior de la India con grandísimo provecho de la religion cristiana. El zelo del rey Manuel obró portentos bajo la conducta de la madre de Dios; lo cual manifestó él claramente cuando ensanchó la iglesia edificada por D. Enrique y la hizo una de las mas magnificas de todo el reino: de-

mas llamó á muchos religiosos para prestar auxilios espirituales á los que arriban á dicho puerto ó se embarcan en él.

Los que se ven en algun aprieto.

XII. Los que se ven en algun aprieto, no tienen refugio mas seguro que la virgen Maria. Ya he citado muchos ejemplos en comprobacion: así me contentaré ahora con referir el del emperador Isaac, que viéndose afligido de guerras civiles promovidas por el tirano Branco hácia el año 1187 no discurrió mejor arbitrio que mandar llevar á Constantinopla la imágen de nuestra señora de la Guia, venerada en una iglesia extramuros que habia edificado la emperatriz Pulqueria, para rogarla le protegiese y amparase, como así sucedió. El tirano fué vencido y muerto por el duque de Monferrato Conrado, y el emperador quedó libre de tan peligroso enemigo y tranquilo.

XIII. ¿Quién creerá que los heroes inflamados en zelo por el servicio de Dios, que acometieron la empresa de conquistar nuevos mundos no por granjearse fama ó adquirir grandezas terrenas, sino por dilatar el reino de Dios, tuvieran menos respeto y consideracion á la virgen Maria que los conquistadores de la tierra? No hablaré aqui mas que de S. Jacinto, ilustré ornamento de la órden de santo Domingo, de S. Francisco Javier, confirmado por la santa sede en el glorioso título de apóstol de las Indias, y del bienaventurado mártir Gonzalez Silveira, ambos á dos religiosos de la Compañia, dejando por ahora á un lado centenares de otros que podria presentar.

S. Jacinto.

XIV. Luego que Jacinto tomó en Roma el hábito de la órden de predicadores de mano del mismo santo fun-

dador, fué enviado á su patria Polonia con la bendición del sumo pontífice Honorio III y las saludables instrucciones de aquel patriarca. El documento que este procuró grabar mas hondamente en el ánimo de Jacinto, fué que se mantuviese en muy íntima union con la reina del cielo, que no emprendiese nada sino bajo la conducta de ella y que la mirase siempre como el áncora de sus esperanzas y la estrella y norte de todas sus empresas. Jacinto se aprovechó grandemente de este documento; con lo cual es indecible cuánto promovió la gloria de Dios en aquellas regiones. La Virgen le prometió que cuanto pidiera por su mediación á su hijo, lo alcanzaria, y Jacinto recordándole esta promesa en todas sus necesidades convirtió no pocas ciudades, edificó y fundó muchas iglesias y monasterios, introdujo su orden en diferentes lugares de Polonia y obró mas de ochocientos milagros, que refiere largamente Severino de Cracovia, religioso de la misma orden, en su obra sobre la canonización y maravillas del siervo de Dios. En una palabra trabajando de dia y de noche en la reducción de los descarriados y en la confirmación de los que iban por el camino derecho, ganó infinitas almas á Dios y una corona de gloria inmortal.

S. Francisco Javier.

XV. S. Francisco Javier, apóstol de las Indias, considerando cuán importante suerte le había tocado, se echó en los brazos de la Virgen santísima, á quien amaba tiernamente, le ofreció todos sus afanes y conquistas y la suplicó le favoreciese con su bendición. Era comun verle en nuestra señora de Goa, de Malaca y de Cochín postrado ante el altar de María y encomendándole las cosas de aquella nueva cristiandad. Su mayor gusto era pasar las noches en las iglesias entretenido en amorosos

coloquios con la reina del cielo. Cuando enseñaba la doctrina cristiana, á medida que explicaba un mandamiento de Dios ó de la iglesia, hacia arrodillar á los niños para impetrar por la intercesión de la Virgen la gracia de cumplirlos. Nuestra señora bendijo de tal suerte los afanes y tareas de Francisco, que en menos de diez años bautizó él por su propia mano mas de seiscientas mil almas, obró maravillas sin cuento, restauró la religion en muchos lugares donde estaba muy decayda, y la llevó á ocho reinos donde no se habia predicado nunca. Pero especialmente puedo decir que mediante la particular asistencia de esta madre bondadosa y á pesar de los esfuerzos del demonio y del infierno entró en el dilatado reino del Japon el dia mismo de la Asunción de nuestra señora, y trabajó con tanto acierto y fortuna, que llegó á formar una de las cristiandades mas fervorosas.

Gonzalez Silveira.

XVI. Sabiendo Gonzalez Silveira que estaba destinado á la mision de Etiopia y que la divina providencia le habia escogido para ir á labrar aquella viña regada en otro tiempo con la sangre del apóstol S. Mateo, procuró antes de todo captarse la gracia de la reina del cielo en la firme persuasión de que si llegaba á tenerla propicia, no habria para él nada imposible. A este efecto comenzó á meditar sobre sus grandezas; en lo que empleaba una hora cada dia durante el viaje; y para que los sentimientos que le inspiraba Dios en la oración acerca de las excelencias de nuestra señora, no se concretasen á él solo, los trece primeros dias de navegación congregó á todos los que iban embarcados, y les habló de las alabanzas de ella y de la manera de servirla. También consiguió del capitán del buque que todas las noches se cantasen solemnemente las letanías de la Virgen, é

hizo cuanto pudo para promover la honra de esta señora. Queriendo ella manifestar cuánto se complacia con el zelo de Silveira, hizo que en el día de la Purificación descubriesen tierra por primera vez y que despues de una horrible y tenaz borrasca divisasen en Mozambique la iglesia de nuestra señora del Muro, que les sirvió de fanal y de buen presagio. En cuanto saltaron á tierra, Silveira se descalzó y en esta forma se fué á cumplir sus votos á dicha iglesia, donde se estuvo algunos dias sin salir; y si uno de los navegantes mas principales no le hubiese sacado de allí á la fuerza, habia resuelto permanecer hasta el momento de reembarcarse. Su primer cuidado así que llegó al reino de Monomotapa, fué enviar un buen número de intercesores á la Virgen, á fin que esta señora dispusiera el corazón del rey á quien era enviado, para recibir con provecho la nueva de la salud eterna. Era un espectáculo agradable á los ángeles y á los hombres verle en un bosquecillo de palmeras implorando el auxilio de su tutelar y arrodillándose á cada Ave María ante la imágen de la Virgen, que habia colgado de un árbol. Pudo tanto con sus oraciones y súplicas, que mediante el favor de nuestra señora el rey recibió el santo bautismo con mas de trescientos señores principales de su corte, segun queda dicho en otro lugar. Pero el colmo de la dicha para Silveira fué que ganó la corona del martirio y mereció disponer á la nación de los cafres para recibir mas adelante la semilla del Evangelio por el zelo é industria de varios diligentes operarios.

Los que gobiernan á los demas.

XVII. Aquellos á quienes ha elegido Dios para gobernar el mundo ya en lo espiritual, ya en lo temporal, han recurrido desde luego á la madre del ángel del gran consejo á fin de regir á los pueblos en justicia. Yo no sé

si lo ha hecho nadie con mas afecto y confianza que San Esteban, rey de Hungria. Este principe transfirió á nuestra señora todo el derecho de soberania que tenia en su reino, contentándose con ser considerado como lugarteniente de ella. Ademas ordenó que en adelante fuese llamada absolutamente la señora, cuyo nombre le quedó despues. Como un día temiese de resultas de las turbaciones del reino que la semilla del cristianismo tan arraigada en todas partes se sofocase en su primavera, recurrió á la Virgen diciéndole: Santa señora, te suplico no permitas que tu heredad sea destruida por los enemigos de tu nombre, á lo menos que no acontezca esto por mi flojedad ó desconfianza, pues tienes tantos otros medios de vengarte de un mal rey como yo soy.

XVIII. Siempre me he complacido muchísimo con la singular piedad del cardenal de Joyeuse, honor de los prelados franceses, que habiendo sido nombrado protector de su reino al principio del pontificado de Sixto V, se encaminó en derecha á Loreto á implorar la protección de la Virgen santísima para cumplir dignamente su encargo. Dijo misa con mucha devocion en la santa capilla y ordenó la oracion de las cuarenta horas, á cuyo buen suceso contribuyeron en gran manera los sermones del obispo de Loreto y el fervor del clero y pueblo de aquel lugar y de otros, que habian acompañado al cardenal ó acudido con la noticia de su devota romeria.

XIX. ¿Qué diré de S. Carlos Borromeo, lumbrera brillantísima de la iglesia, gloria y ornamento del episcopado y modelo de toda santidad? Diré segun testimonio de un familiar suyo é historiador de su vida que desde que se vió como una antorcha puesto sobre el candelero de la iglesia, se echó en brazos de la madre de Dios; que no emprendió nunca cosa alguna sin encomendársela antes; y que dió otras muchas pruebas de su humilde servidumbre, como se verá en diferentes oca-

siones. Diré que nuestra señora contribuyó á hacerle el diligentísimo restaurador de la disciplina, el ardentísimo defensor de los derechos é inmunidades de la iglesia, el perfectísimo dechado de la vigilancia pastoral, el zelador infatigable del servicio de Dios, el muro fortísimo de su casa, el dispensador liberalísimo de los dones de su señor, el refugio seguro de los afligidos, el justo terror de los malos, el padre benignísimo y amable de los buenos; es decir, un Atanasio en la paciencia, un Crisóstomo en la libertad, un Tomás en la firmeza, un Anselmo en la dulzura, un Ambrosio en el valor, un Agustín en el zelo, un Juan el limosnero en la caridad, un Basilio en la piedad, un Leon en la gravedad, un Gregorio en la vigilancia, un Taumaturgo en los prodigios, y para comprenderlo todo en pocas palabras, un pastor perfectísimo. Diré, pero sin exageracion, todo lo que el Sabio dice de Moisés y Aaron, modelos acabados de sacerdotes. Diré que fué querido de Dios y de los hombres, los cuales conservarán siempre y bendecirán su memoria: que igualó en gloria á los mayores santos: que con sus fervientes oraciones ahuyentó la horrible peste que asolaba á la ciudad de Milan: que Dios le glorificó en presencia de los príncipes y magnates de la tierra: que le mandó comunicar sus disposiciones y decretos á su pueblo: que le hizo eminente en la contemplacion é ilustre en todo género de virtudes de las que constituyen un prelado ejemplar. Diré que sus sacrificios diarios eran animados del fuego del amor divino: que el supremo pastor de la iglesia, su tío materno, le ungió las manos con el óleo santo: que Dios castigó á los que se declararon contra él é intentaron quitarle la vida por no poder sufrir el resplandor de sus heroicas virtudes; en fin que quiso ser su heredad y su porcion. Le daré sin recelo las alabanzas que el mismo escritor sagrado da al sumo sacerdote Simon, hijo de Onias, en el capítulo L del Ecce-

siástico, y diré que él durante su vida sostuvo el templo y afirmó la casa de Dios: que en sus dias se hincharon las fuentes de la doctrina celestial como las aguas del mar para desparramarse por todas partes é inundar la tierra: que curó á infinitas personas de las enfermedades espirituales de que eran atormentadas, y apartó á muchos del camino de perdicion: que amplificó extraordinariamente la iglesia dándole buenos ministros y reformando por todos los medios las costumbres corrompidas. Diré que resplandeció en su vejez como una estrella en medio de una nube densa y negra, como la luna llena entre las estrellas y como el sol entre los demas astros: que fué como el arco iris en tiempo de lluvia, como la rosa de la primavera, como la azucena en la corriente de un arroyo, como el incienso que destila en el estío ó se evapora en el incensario. Diré que fué tan precioso como un vaso de oro guarnecido de piedras finas; y que no deleita mas ver al verde olivo lleno de vástagos ó al ciprés que se eleva hasta el cielo, que verle á él cuando revestido de la sagrada púrpura y de los ornamentos pontificales subia á celebrar al altar en medio de su clero. Por último diré que todo lo grande y sorprendente que hubo en él, fué obra de su confianza en la madre de Dios y del esmero con que esta cuidó de él.

XX. Vé aquí otro cardenal que pudo servir de pauta á los otros dos y que fué ornamento de toda la iglesia: hablo de S. Buenaventura. Este esclarecido santo segun testimonio de Pedro Galois que escribió su vida, no bien fué elegido general de la órden de S. Francisco (cuyo cargo desempeñó por espacio de diez y ocho años), recurrió á la virgen María, de quien era devotísimo desde la niñez, y la escogió por su guia y protectora. Cuando le ocurría alguna dificultad, al punto acudia á su celestial maestra. Mientras fué superior de toda su religion, mandó expresamente á los predicadores de la mis-

ma que en sus sermones exhortaran con frecuencia los fieles á la devocion hácia nuestra señora y á saludarla con la oracion angélica cuando oyesen tocar la campana despues de completas. Además ordenó que desde Natividad hasta la Epifanía se concluyesen los himnos del oficio divino con estas palabras: *Gloria tibi, Domine, qui natus es de Virgine*; costumbre que despues fué observada por la iglesia uniyersal. Instituyó en Roma una cofradia titulada del Gonfalon y prescribió á los cofrades ciertas oraciones para honrar é invocar á la Virgen santísima. Esta por su parte hizo maravillas para asistirle y engrandecerle delante de Dios y de los hombres; de suerte que despues de S. Francisco no ha habido otro general que haya hecho tanto por su órden como él. Restauró la disciplina regular que en algun modo habia decaido de su primitivo fervor: formó nuevos estatutos y escribió á todos los prelados de la religion para que contribuyesen á restituírle su antiguo esplendor: arregló las provincias y custodias; y fué padre de todos sus religiosos mezclando la severidad con la dulzura y templando el rigor de que tenia que usar á las veces, con un afecto cordial. No por eso dejó de servir á la iglesia universal, porque se habia granjeado tal fama de sabiduría y santidad, y con estas dos calidades habia adquirido tal influencia sobre los ánimos, que estando vacante la santa sede ya hacia unos tres años por muerte de Clemente IV á causa de no poder convenirse diez y siete cardenales congregados en Viterbo para la eleccion de sucesor, todos unánimemente dieron sus votos á S. Buenaventura, para que él solo nombrase al que juzgara idóneo y digno de ocupar la cátedra de S. Pedro; con la condicion de que si él queria nombrarse á sí mismo, sería reconocido por papa. Pero el santo que por su profunda humildad se hallaba bien distante de tal pensamiento, nombró á Tibaldo, vizconde de Placencia y arcediano de Lieja, varon muy famoso por

su gran piedad y ocupado entonces en la conquista de la tierra santa. El nuevo pontifice, que tomó el nombre de Gregorio X, justificó de tal manera por su conducta el juicio de S. Buenaventura, que mereció ser canonizado en la iglesia de Arezzo, donde se guardan sus reliquias. A esto añadiré que habiendo convocado el mismo Gregorio un concilio general en Leon de Francia mandó á S. Buenaventura asistiese á él, y para mas autorizarle le dió el capelo y la mitra de Albano, que es una de las seis iglesias sufragáneas del obispo de Roma. En aquel agosto concilio llevó S. Buenaventura el peso principal así en la disputa con los griegos que fueron reducidos á la obediencia del vicario de Jesucristo y á la unidad de la iglesia, como en las demas definiciones de los padres. Finalmente allí mas cargado de méritos que de años fué llamado por Dios á gozar de las delicias del paraíso con tanto sentimiento de la iglesia militante como contento de la triunfante.

XXI. El B. Jordan, general de la órden de santo Domingo, veneraba muchísimo á la reina del cielo y protectora de su religion, de suerte que no emprendia cosa alguna sin encomendársela. En sus viajes su principal ocupacion era conversar con ella y cantar himnos en loor suyo; lo que solia hacer con tal devocion que vertia mas lágrimas que palabras pronunciaba.

XXII. A estos insignes varones me parece que sin lisonja puedo añadir el P. Claudio Aquaviva, quinto general de nuestra compañía, nombrado para este cargo y presentado á nuestro Señor por su gloriosa madre, segun he dicho en otra parte. En todo el tiempo de su generalato se portó como fidelísimo siervo é hizo todo lo posible para que fuese especialmente venerada en la órden, á cuyo fin escribió una carta preciosa. Nunca esperaba le saliese bien cosa alguna como no se la hubiese encomendado á la Virgen. Esta señora en recompensa le

alcanzó la gracia de vencer infinitas dificultades y obstáculos en los treinta y cuatro años que fué general, de propagar la Compañía, de dotarla de muchos y buenos estatutos, de darle por decirlo así la última mano y de hacerse digno del respeto y amor universal.

XXIII. La singular confianza de santa Teresa de Jesús merece ser imitada de todos los que mandan á los otros de parte de Dios. En su vida se lee que en cuanto llegó al convento de la Encarnación de Avila para tomar posesion del oficio de priora, lo primero que hizo fué colocar en la silla prioral del coro una imágen de bulto de nuestra señora, entregarle las llaves del convento y manifestar á las religiosas que ella no era nada y que la verdadera priora y la que habia de gobernarlas era la Virgen santísima, á quien está particularmente dedicada esta religion. No se pasaron muchos dias sin que le mostrase nuestra señora cuán agradable le habia sido aquel acto, segun lo dejó por escrito la misma santa madre; porque la vispera de S. Sebastian cuando se entonaba la salve en el coro, vió Teresa bajar á María santísima con crecida muchedumbre de ángeles y ocupar la silla prioral donde se habia colocado su imágen, y acabada la antífona dijo á la santa: Bien has hecho en ponerme aquí: yo estaré presente á las alabanzas que se canten á mi hijo y cuidaré de presentárselas.

XXIV. Por no alargarme mas á indagar otras muchas particularidades diré solamente en general que la práctica de los mejores siervos de la Virgen ha sido siempre y lo es aun ahora mas que nunca no emprender cosa alguna sin aconsejarse antes de ella y sin haberle pedido su santa bendicion; práctica muy digna de ser imitada por todos los que hacen alarde de servirla, ya en razon de las muchas ventajas que sacarán á cada instante, ya por la honra y gloria que redundará á aquella á quien no pueden reverenciar bastantemente.

§. II.—La segunda señal de confianza: recurrir á ella en todas las dificultades.

I. El seráfico doctor S. Buenaventura de quien acabo de hablar, deseando satisfacer la devocion de un amigo suyo que le habia pedido alguna regla para vivir bien, le envió un cuadernito llamado los veinte y cinco memoriales, que son otros tantos preceptos dignos de conservarse en la memoria. El décimotercero dice así: «Tributa en todo tiempo un honor cordial á la gloriosa madre de Dios y recurre á ella como á un refugio seguro en todas tus necesidades y peligros; eligela por abogada y con gran confianza encomiéndale todo lo que mire á ti.» Esta máxima nos pone en la mano la llave de oro de la confianza para abrir el retrete de las delicias de nuestra amorosa madre y sacar de allí la medicina de todas nuestras miserias, porque todo lo alcanza esa confianza. S. German de Constantinopla tenia presente esta consideracion cuando decia á la virgen Maria: «Santa señora, ¿qué eres tú sino la medianera de nuestra salvacion, nuestro auxilio cierto, nuestra infalible asistencia y nuestra abogada, que llevas en tus labios la palabra de nuestra reconciliacion y haces parezcan buenas nuestras disculpas para alcanzar el perdon de nuestros pecados, el asilo de que se gloria nuestra confianza, el muro inexpugnable de los cristianos, la armería de los buenos reyes, la principal batería de los principes fieles, el ángel de las batallas que les ciñes la corona de laurel y les pones la palma en las manos? Por este motivo te suplicamos humildemente no deseches á los que se acogen á ti; da la mano á los que están en peligro; tranquiliza á los que son asaltados de la borrasca; y aniquila las insolentes amenazas de los que nos insultan en desprecio de tu querido hijo y de ti.» Esa misma confianza es el gran escudo del alma, que está á prueba de todas las tentaciones del ene-

alcanzó la gracia de vencer infinitas dificultades y obstáculos en los treinta y cuatro años que fué general, de propagar la Compañía, de dotarla de muchos y buenos estatutos, de darle por decirlo así la última mano y de hacerse digno del respeto y amor universal.

XXIII. La singular confianza de santa Teresa de Jesús merece ser imitada de todos los que mandan á los otros de parte de Dios. En su vida se lee que en cuanto llegó al convento de la Encarnación de Avila para tomar posesion del oficio de priora, lo primero que hizo fué colocar en la silla prioral del coro una imágen de bulto de nuestra señora, entregarle las llaves del convento y manifestar á las religiosas que ella no era nada y que la verdadera priora y la que habia de gobernarlas era la Virgen santísima, á quien está particularmente dedicada esta religion. No se pasaron muchos dias sin que le mostrase nuestra señora cuán agradable le habia sido aquel acto, segun lo dejó por escrito la misma santa madre; porque la vispera de S. Sebastian cuando se entonaba la salve en el coro, vió Teresa bajar á María santísima con crecida muchedumbre de ángeles y ocupar la silla prioral donde se habia colocado su imágen, y acabada la antífona dijo á la santa: Bien has hecho en ponerme aquí: yo estaré presente á las alabanzas que se canten á mi hijo y cuidaré de presentárselas.

XXIV. Por no alargarme mas á indagar otras muchas particularidades diré solamente en general que la práctica de los mejores siervos de la Virgen ha sido siempre y lo es aun ahora mas que nunca no emprender cosa alguna sin aconsejarse antes de ella y sin haberle pedido su santa bendicion; práctica muy digna de ser imitada por todos los que hacen alarde de servirla, ya en razon de las muchas ventajas que sacarán á cada instante, ya por la honra y gloria que redundará á aquella á quien no pueden reverenciar bastantemente.

§. II.—La segunda señal de confianza: recurrir á ella en todas las dificultades.

I. El seráfico doctor S. Buenaventura de quien acabo de hablar, deseando satisfacer la devocion de un amigo suyo que le habia pedido alguna regla para vivir bien, le envió un cuadernito llamado los veinte y cinco memoriales, que son otros tantos preceptos dignos de conservarse en la memoria. El décimotercero dice así: «Tributa en todo tiempo un honor cordial á la gloriosa madre de Dios y recurre á ella como á un refugio seguro en todas tus necesidades y peligros; eligela por abogada y con gran confianza encomiéndale todo lo que mire á ti.» Esta máxima nos pone en la mano la llave de oro de la confianza para abrir el retrete de las delicias de nuestra amorosa madre y sacar de allí la medicina de todas nuestras miserias, porque todo lo alcanza esa confianza. S. German de Constantinopla tenia presente esta consideracion cuando decia á la virgen Maria: «Santa señora, ¿qué eres tú sino la medianera de nuestra salvacion, nuestro auxilio cierto, nuestra infalible asistencia y nuestra abogada, que llevas en tus labios la palabra de nuestra reconciliacion y haces parezcan buenas nuestras disculpas para alcanzar el perdon de nuestros pecados, el asilo de que se gloria nuestra confianza, el muro inexpugnable de los cristianos, la armería de los buenos reyes, la principal batería de los principes fieles, el ángel de las batallas que les ciñes la corona de laurel y les pones la palma en las manos? Por este motivo te suplicamos humildemente no deseches á los que se acogen á ti; da la mano á los que están en peligro; tranquiliza á los que son asaltados de la borrasca; y aniquila las insolentes amenazas de los que nos insultan en desprecio de tu querido hijo y de ti.» Esa misma confianza es el gran escudo del alma, que está á prueba de todas las tentaciones del ene-

migo. » Ve aquí cómo hablaba S. Efren á la misma señora: «Dígnate, santa señora, de recibirme bajo la sombra de tus alas, no sea que me arrebatte el buitres del infierno, porque soy como un ruin polluelo que ha caído en el lodo y no tiene ningun medio de salir de allí. No me queda ninguna esperanza fuera de tí, porque tu eres mi puerto y mi refugio seguro: toda mi salvacion depende de tu asistencia y proteccion, que imploro con lágrimas y con toda la humildad de mi corazon (1)»

Santa Maria egipciaca.

II. Santa María egipciaca experimentó bien cuánto vale esta confianza, y en sus palabras descubrimos los sentimientos de un corazon derramado como el agua en presencia de Dios: no pueden leerse sin que se salten las lágrimas. María era aun una mujer escandalosa cuando resolvió ir en compañía de otras á adorar la santa cruz en Jerusalem; mas al querer entrar en la iglesia fué repelida hasta tres veces por una fuerza invisible. No sabiendo á quién encomendarse en aquella confusion y vergüenza, alzó los ojos y vió sobre la puerta de la iglesia una imágen de nuestra señora, que de repente le ablandó el corazon. Madre de misericordia, le dijo María, aunque los pecadores desagradan á tu hijo, no puede darles repulsa cuando son penitentes. No permitas que se me cierren las puertas de la salvacion negándome la entrada en este santo templo, y si te dignas de ser mi fiadora, te juro por lo mas sagrado que hay en el cielo de abandonar desde ahora para siempre mis liviandades y desórdenes pasados y despedirme del mundo. Dichas estas palabras, entró sin dificultad en el templo, y Dios

(1) Orat. de S. Virgine.

sabe cuáles fueron los sentimientos de su agitado corazon y cuántas lágrimas vertió ante el signo adorable de nuestra redencion. Despues de haber desahogado algun tanto su pecho hizo un exámen general de su vida pasada, y libre ya de tan enorme peso se fué á una iglesia que estaba junto al Jordan, para recibir la sagrada eucaristia. Allí se abrió de nuevo la herida de su corazon, y es increíble lo que dijo á la madre de Dios. Madre de bondad y de misericordia (le decia), ahora estás empeñada en mi auxilio, pues que te has dignado de salir fiadora por mí. Verdaderamente siento en mí alguna buena voluntad de no faltar á la palabra dada; pero ¿qué puedo esperar de un corazon tan estragado como el mio sin tu continua asistencia? Por lo demas haz de mí lo que quieras, y enviame á donde te parezca: no quiero despues de Dios otra guarda que tú, porque de tí debo de esperar que habiendo dado hoy principio á mi dicha la completes y perfecciones. Asi extasiada de amor y confianza y respirando una vida celestial pasó el Jordan y sin saber á dónde iba se metió en lo mas espeso del desierto, donde hizo asperísima penitencia por espacio de cuarenta y siete años. Parecen increíbles las tentaciones que sufrió en tan largo periodo de tiempo; pero siempre tenia presente á su fiadora, cuya asistencia imploraba de continuo con palabras tan fervorosas y con tanta confianza, que hubieran podido partir las peñas. Asi es que recibió tanta fortaleza y resolucion, que triunfó gloriosamente de todos sus enemigos y acabó su vida á pesar del infierno con un fin que desearian las almas mas inocentes. Todo esto lo descubrió al abad Zósimo, que por inspiracion divina le llevó el sagrado viático, y luego lo refirió el patriarca Sofronio en su Prado espiritual y se leyó en el segundo concilio niceno.

III. Esta misma confianza es el áncora del alma, cuando se ve asaltada de temores en la última ho-

ra de la muerte. Nunca olvidaré un hecho notable del emperador Andrónico el anciano, que solo podia provenir de un corazon amante de la virgen María. Viéndose de repente en peligro de muerte por haber bebido agua fria con exceso (lo cual solia hacer en ciertas ocasiones por no sangrarse) y no teniendo quien pudiera ir á traerle el sagrado viático, se levantó como pudo, se hincó de rodillas y bañado en lágrimas cogió un medallon de oro con la imágen de la Virgen, que siempre llevaba pendiente al cuello: encomendóse á ella de todo corazon y se le metió en la boca para que le sirviese de viático, ya que no tenia esperanza de recibir á nuestro Señor. Asi lo refiere Gregoras, que habia conversado largo rato con el emperador aquella misma noche, sin que hubiese traza alguna de muerte ni de enfermedad.

IV. María es el puerto seguro á donde deben acudir todos los afligidos y atribulados, y siempre serán benignamente recibidos. Quiero copiar aquí para ejemplo y edificacion de muchos un trozo de la devota arenga que le hizo el monje Teostericto cerca de ochocientos años há, y que se lee en el libro de las oraciones de los griegos: «Reina del cielo y de la tierra, gloriosa madre del Verbo encarnado, si alguna vez se ha presentado á implorar tu clemencia un infeliz oprimido de males y miserias, es el que hoy viene á echarse á tus pies. Mis pasiones mal reprimidas y mis afectos desordenados son á manera de vientos impetuosos, que trastornan la nave de mi alma y amenazan echarla á pique: ¿de qué me servirá que hayas llevado en tu sagrado seno al verdadero piloto y al puerto donde nos debemos refugiarnos para salvarnos, si tú no acudes pronto en mi auxilio y calmas la borrasca? Los espíritus de tinieblas me hacen una guerra cruel y me asaltan con recias tentaciones: ¿para qué eres la madre del que quiso ser nuestra paz, sino para ahuyentarlos y librarme de los

continuos peligros en que me encuentro? Conozco que soy pobre y estoy privado de todo bien; ¿y de qué me servirá que tengas á tu disposicion todos los tesoros del cielo, si no te compadesces de mi indigencia? Las enfermedades del cuerpo y mucho mas las del alma me molestan y atormentan de mil modos; ¿y no eres tú la madre de nuestro médico soberano y posees un caudal de medicinas? ¿A qué fin habias de haber sido hecha un abismo de misericordia y por qué habia de haber encarnado en tus entrañas el Dios de la misericordia sino para el alivio de nuestras miserias? ¿De quién podemos esperar el verdadero gozo del corazon y el consuelo interior sino de tí que llevaste el gozo del mundo? Confieso que nunca hubo cautivo mas fuertemente oprimido con grillos y cadenas que lo estoy yo con mis culpas y pecados; pero sé que el que bajó del cielo para libertarnos, puso en tus manos el precio de nuestro rescate y te dió plenos poderes para redimirnos. ¿Tendrás valor para verme podrir en un calabozo en medio de las tinieblas de mi ceguedad tú que encendiste la luz que ilumina á todos los que vienen á este mundo? Echa una mirada á este pobre siervo tuyo, que tiembla con sola la memoria de su partida, queda yerto de terror por la incertidumbre de lo que le sucederá despues de la muerte, y se muere ya de temor del juicio de Dios. Acuérdate que nuestro juez es tu hijo y que con una sola palabra puedes hacernosle propicio. Si pides lágrimas, me avengo á derramar un mar de ellas; pero prefiero pedirte una de las que vertió mi amable Salvador, porque puede anegar y borrar los pecados de todo el mundo. En una palabra tú eres, Virgen santa, mi madre, y yo soy tu hijo: tú eres mi señora y yo tu siervo, aunque indigno de estos dos titulos. Tú tienes medio de favorecerme, y confio que quieres: te lo pido en virtud de esta confianza y mucho mas en consideracion de tu natural bondad.» Asi

se elevaba el corazón de aquel devoto siervo de la Virgen: así nos enseñaba á recurrir á ella con absoluta confianza en todas nuestras necesidades.

V. En nuestros días ha habido otro que ha realizado en gran manera esta práctica y ha hecho que tomen gusto á ella infinitas personas: hablo del devotísimo Francisco de Sales, modelo de santos prelados. Mucho más debemos á los que han procurado transmitirnos los sentimientos de aquella hermosa alma, que á los que han conservado su cuerpo. Ordinariamente dirigía á la Virgen una breve oración, que retrata al natural la bondad de su corazón é infundirá motivo de confianza en María santísima, á lo menos á aquellos que veneran la memoria de ese insigne varón.

VI. «Yo te saludo, dulcísima virgen María, madre de Dios: tú eres mi madre y mi señora; así te suplico me recibas por tu hijo y siervo, porque no quiero tener otra madre, ni otra señora que á tí. Te ruego pues, oh madre mía bondadosa, benigna y dulce, que te sirvas consolarme en todas mis angustias y tribulaciones espirituales y corporales. Acuérdate, Virgen dulcísima, de que eres mi madre y yo tu hijo, que tú eres poderosísima y yo un hombre débil y ruin. Así te suplico, dulcísima madre mía, que me gobiernes y defiendas en todos mis caminos y obras, porque soy un pobre indigente y mendigo, que tengo gran necesidad de tu santa protección. Ea pues, santísima Virgen y dulce madre mía, preserva y libra mi cuerpo y mi alma de todos los males y peligros y hazme participante de tus bienes y virtudes y principalmente de tu santa humildad, de tu excelente pureza y de tu ferviente caridad. No me digas que no puedes, oh Virgen bondadosa, porque tu amado hijo te ha dado toda potestad así en el cielo como en la tierra. No me digas que no debes, porque eres la común madre de todos los pobres mortales y singularmente la

mía. Si no pudieras, te excusaría diciendo: Es verdad que es mi madre y me quiere como á su hijo; pero la pobre carece de facultad y poder. Si no fueras mi madre, tendría paciencia y diría: Ella es muy rica para socorrerme; pero como que no es mi madre, no me ama. Supuesto pues que eres mi madre, oh dulcísima Virgen, y puedes, ¿cómo te disculparé si no me socorres y me das tu ayuda y asistencia? Mira, madre mía, que estás obligada á otorgarme todas mis peticiones. Ensalzada pues seas sobre los cielos y la tierra, gloriosa virgen y madre mía María, y para honra y gloria de tu hijo recíbeme por tuyo sin atender á mis pecados y miserias: librame de todo mal en el alma y en el cuerpo y dame todas tus virtudes, en especial tu humildad. Concédeme todos los dones, bienes y gracias que agradan á la santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Amen.»

VII. También es digna de honrosa mención la carta que las caritativas huéspedas de Jesús Marta y María le escribieron cuando la enfermedad de su hermano Lázaro. No contenía aquella carta más que estas pocas palabras: «Aquel á quien amas, está enfermo.» Pero san Agustín confiesa (1) que en esas pocas palabras había singulares bellezas retóricas y cierta elocuencia del corazón mucho más persuasiva que la que enseña el arte. «Advertid, dice el santo, que ellas no muestran solicitud, ni convidan al Salvador á que vaya á visitar y curar á su hermano, ni siquiera le piden que ahuyente desde lejos la enfermedad. Saben bien que después de decir: Aquel á quien amas, está enfermo; ya no queda que decir. Este rasgo de confianza es muy común en los hijos de María, porque están seguros de enternecerla.

(1) Tract. 49 in Joan.

al punto por este medio y ablandar sus entrañas maternas. Bátales presentarse á ella y mostrarle la necesidad que tienen de su auxilio: lo demás lo dejan al amor, que abogará eficazísimamente por ellos y empleará toda la influencia que tiene con su buena madre. Persuadirá todo lo que quiera sin hablar, como leemos de Moisés (1), á quien preguntaba Dios por qué clamaba á él, siendo así que el santo caudillo no hablaba una palabra; pero el hacer ver al amante que el amado padece es clamar muy alto á los oídos de su corazón.

VIII. ¿Qué diremos de aquel otro, de quien habla Alfonso Salmeron (2), que habia penetrado tan profundamente los abrasados impulsos del corazón amoroso de nuestro Dios, que hubiera creído hacer agravio á la divina bondad si le hubiese pedido algo, en particular fuera de lo que mandó expresamente se le pidiese? Así se contentaba con ofrecerle las veinte y cuatro letras del alfabeto y suplicarle le concediese ó negase todo lo que puede salir de la combinación de estas letras, según juzgara convenir para bien de su alma y gloria de su divina majestad. Confesemos que este es un rasgo de confianza y una invención de un buen corazón, que entendía bien lo que es habérselas con la bondad infinita. Así proceden algunos con la madre de amor, dejando al cuidado de ella todo lo que les interesa en el tiempo y en la eternidad. No quieren sino lo que ella quiera, cuando quiera, por quien quiera y de la manera que quiera: son gustosos de que ella disponga del poco bien que hacen, como quiera y en favor de quien quiera: que conceda, niegue y dirija el rumbo de su ventura según juzgue más conveniente, estando seguros de que basta se digne de pensar en ellos. Estas almas merecen

(1) Exod., XIV. *... et dixit ei Dominus. (2) Tract. 12 de passione.*

vivir y morir en el seno de la reina de los corazones, si es que se puede morir en el seno de la vida, y nada tienen que temer mientras se mantengan dentro de la fortaleza de esa confianza. Pero es tan elevado este punto, que necesita considerarse más despacio.

§. III.—Tercer rasgo de confianza: descansar enteramente en ella en todas las cosas sin congoja ni anhelo.

I. Escribe S. Marcos en el capítulo VI de su Evangelio que estando fatigados los discípulos de remar en el lago Tiberiades, bajó el Salvador de la montaña inmediata, á donde se habia retirado á orar, y comenzó á andar sobre las aguas para ir á socorrerlos; pero que faltó poco para que habiéndose acercado á ellos no pasase adelante y los dejase perecer. El Evangelio da la razón, y es porque le tenían por una fantasma, cuando no debían de desconocerle por haberlos asistido tantas veces en sus necesidades. No sé si á mí me engaña mi pensamiento; pero diré que tengo por cierto que una de las razones principales por que Dios, la Virgen y los santos suelen pasar de largo por delante de nosotros cuando estamos en necesidad, y no hacen gran caso de nuestras oraciones, es porque nos los figuramos como fantasmas y como infinitamente distantes de nosotros, no hacemos la debida estimación de su afecto, y así llegamos á ellos ó por el bien parecer, ó con cierta idea de grandeza que nos oprime el corazón y casi nos hace creer que no es para nosotros todo cuanto se dice de su desmedida bondad, sino solamente para los santos y para algunas almas privilegiadas y supereminentes.

II. El discurso que S. Bernardo hace de la confianza en su sermón tercero sobre el milagro de los panes y los peces, me agrada tanto, que no puedo menos de darle cabida aquí para confirmar esta última práctica. «Tres

cosas, dice el santo, alientan mi corazón, de suerte que ni la escasez de merecimientos, ni el conocimiento de mi bajeza, ni la estimación de la dicha que espero, son capaces de quitarme el grado de esperanza que he concebido. Estas tres cosas son la caridad con que he sido prevenido para participar de la gracia de adoración, la verdad y la firmeza de las promesas divinas, y el poder que tiene el que las hizo para cumplirlas á su tiempo. Estos son á mi juicio los tres peñascos en que está fundada la confianza imperturbable de los hijos de María. El primero es la incomparable caridad que la movió á recibirlos en el número de sus hijos mas queridos sin ser atraída por los méritos de ellos ú obligada por ningunos servicios. El segundo es la promesa irrevocable que empeñó de no abandonarlos jamás, sino de llevar al cabo su empresa. El tercero es el poder que tiene para dar cima á sus planes; poder que no puede ser impedido, ni retardado por ninguna fuerza extraña. Si ahora mi necio pensamiento me pone delante mi nada y me pregunta en qué méritos fundo mi confianza, le responderé resueltamente que la fundo no en mis buenas obras, ni en mis servicios pasados, sino en la bondad, fidelidad y poder de aquella que no tiene igual á sí despues de Dios. Le diré que no estriban mis esperanzas en la arena movediza de los intereses humanos, y que mi fuerza no procede de un brazo de carne, sino que he edificado sobre el terreno firme de una confianza indefectible, sobre una bondad inalterable, sobre una verdad infalible y sobre una fuerza inexpugnable.

III. Por lo demas no se me hable de desconfianza, ni de congoja, porque no quiero oirlas nombrar por no ofender el caritativo corazón de aquella que se digna de cuidar de mí y de mis cosas. Debe de bastarme saber que es la mejor madre del mundo y que yo soy su hijo por especial elección suya, sin querer entremeterme á

governarme, ni acongojarme por lo que toca á mí. Desde ahora desapruero toda especie de cuidados angustiosos, y no quiero que mi corazón se entretenga voluntariamente en ellos; porque el dudar de su poder es un delito, y el desconfiar de su bondad ó fidelidad es hacerse indigno para siempre de todas sus gracias. Crea quien quiera lo contrario: yo de mi parte tengo por indudable que esta es la resolución de una alma digna de la protección especial de la madre de Dios, y no sé que esta tenga nada en mayor aprecio que el sentimiento de una alma que vive confiada y sin temor alguno como el niño en el regazo de su madre. Si entre nosotros no puede apreciarse tal confianza tanto como merece, y si aquel en quien otro confiase de esta suerte, debería de tenerse por infinitamente obligado así por la estimación que se hacia de él, como por el deleite de que naturalmente gozamos en poseer un corazón con dominio absoluto; ¿nos persuadiremos á que la madre de bondad agradezca menos los testimonios de una voluntad resuelta á depender enteramente de ella despues de Dios? Santa madre de bondad, quizá sea disimulable que los que no saben quién eres, obren con alguna cautela y discreción; pero á los que te conocen, nunca les disimularé que hayan usado de reserva contigo, hasta que les salga fallida la creencia en que estan acerca de tu bondad y fidelidad. Y si esto es imposible, desechen todo temor de perderse contigo, y no duden que cuanto menos se fien de sí y de su prudencia, mas seguramente caminarán en santa paz y aprovecharán en la vida espiritual.

CAPITULO IV.

DEL AMOR, TERCER RECONOCIMIENTO DEBIDO A LAS GRANDEZAS DE LA MADRE DE DIOS.

El amor en cuanto al orden de su naturaleza ocupa el tercer lugar entre las virtudes divinas, aunque en perfeccion y nobleza es sin disputa el primero. Este es el reconocimiento mas digno con que puede retribuirse la bondad de Maria. Los motivos que para ello tenemos, son poderosos y quedan recopilados al fin de los tres tratados anteriores (1).

§. I.—El primer rasgo de amor es ofrecerse á la Virgen santisima por una donacion solemne é irrevocable.

I. Pongo este rasgo antes de los otros, porque los contiene todos en perfeccion y les da un precio y mérito inexplicable; y le agrego dos condiciones queriendo que sea una donacion solemne é irrevocable. Digo irrevocable, ya porque no puede hallarse ningun objeto capaz de hacernos desdecir de lo que una vez hemos prometido á la madre de Dios, ya porque semejante retractacion mereceria el nombre de infame sacrilegio. Pero ademas ha de ser solemne, como que es uno de los actos mas honrosos é importantes de nuestra vida, pues practicándola no solamente somos alistados en el número de los siervos de la Virgen, sino la glorificamos de un modo muy excelente dándole cuanto puede dar una criatura como nosotros. Bien es verdad que yo no pido tanto aqui preparativos terrenos y ceremonias exteriores, como pláticas

(1) Véase la adición de la nota A, que va puesta al fin del madre M. J. de Blemur en la tomo.

celestiales y disposiciones interiores. No impido que sean llamadas las personas espirituales y de la misma profesion; mas intento que el principal cortejo se forme en el cielo: porque sin hablar de la Virgen, por quien es la solemnidad, debe de ser convidada la beatissima Trinidad para honrar el acto, el Salvador como mas interesado que nadie en la gloria de su madre, los santos ángeles y especialmente el de la guarda, que sirve de paraninfo en esta ceremonia, los que por derecho de naturaleza ó parentesco tienen relaciones con Maria, sus validos y devotos mas especiales y en general toda la corte celestial.

II. La mejor preparacion será el exámen de toda la vida pasada seguido de una confesion general y de una puntual averiguacion de lo que nos impide de agradar á su divina majestad, y de actos fervientes de fé, esperanza, caridad y otras virtudes. El salon destinado á esta fiesta no puede ser otro que la iglesia ó algun oratorio, porque esos son los lugares donde Dios tiene su corte y donde se tratan las cosas mas augustas de la religion. El banquete es el mismo que la sabiduria increada preparó para el sustento y refrigerio de sus hijos, es decir, el adorable sacramento del altar. El acto principal á que propiamente se refiere todo lo demas, es una solemne protesta que el alma devota hace á la Virgen santisima en presencia del cielo y de la tierra, de querer ser de ella por una deliberada, franca é inmutable voluntad, de querer depender de ella en todo por el estado y condicion de una humildisima servidumbre, de reconocerla por señora y soberana perpetuamente, de entregarse á su voluntad y poder, de ofrecerle todos los instantes de su vida, todos los actos de sus potencias y sentidos, todo lo que puede ser ó esperar en el orden de la naturaleza y de la gracia, en una palabra todo lo que puede presentarle en homenaje, suplicándola

que disponga de ella con absoluto dominio como de cosa que le pertenece despues de Dios. Tal me parece ser la profesion auténtica que S. Gregorio Nazianceno hace en cierto lugar de sus escritos (1), donde elige á la reina del cielo por su señora, su único tesoro y su soberana medianera.

III. Tal fué sin dificultad la noble resolucion de san Edmundo, arzobispo de Cantorbery, que en la flor de su juventud se ofreció á Dios y á su santa madre con una invencion ingeniosa y propia de un corazon enamorado; y fué que habiendo hecho voto de perpetua castidad ante una imágen de la Virgen, á quien tomó desde entonces por esposa, le metió en el dedo por arras de su fidelidad un anillo de oro, donde estaba grabada la salutacion angélica. Despues de su muerte se notó que la misma oracion estaba grabada en el anillo episcopal de su uso. Merece referirse lo que acaeció entonces. Como cada cual tratase de llevarse alguna reliquia del santo, el sacristan del monasterio de Soissac donde murió aquel, puso los ojos en el anillo con la esperanza de que en cuanto se marchase la gente, podria cogerle y quedarse con él. Con efecto se acercó al cadáver y quiso sacar el anillo; pero encontró tal resistencia, que no pudo arrancársele con todas sus fuerzas. Sobrecogido de un santo horror y de un temor justo del castigo se hincó de rodillas delante del cuerpo y hablando en voz baja al oido del santo le pidió humildemente perdon de su temeridad y juntamente su consentimiento, sin el cual no queria quitarle ni un solo hilo de su ropa. Apenas habia acabado su plegaria, cuando el anillo cayó por sí del dedo del santo en la mano del sacristan, quien se lo contó al abad. Luego por el contacto de este anillo

(1) Traged. de Christo paciente.

se obraron muchos milagros y se curaron diversas enfermedades.

IV. Aqui puede ponerse por la semejanza que tiene con el caso anterior, lo que sucedió á un mozo, segun refiere Vicente de Beauvais en el Espejo de los ejemplos. Estando jugando algunos mancebos delante de una iglesia, uno de ellos se quitó del dedo un anillo que apreciaba mucho, por no romperlo, y como no encontrase lugar seguro donde colocarle, entró en el templo y desde luego fijó la vista en una imágen de bulto de nuestra señora. Parecióle esta tan hermosa, que no pudo menos de postrarse de rodillas y confesar que nada valía en su comparacion la mujer de quien habia recibido el anillo, y que no habia en el mundo belleza igual á aquella. Añadió que si la Virgen se dignaba de recibirle por su siervo, él desde luego daba de mano á cualquier otro amor y nunca tendria otra señora de su corazon que Maria. Dicho esto, se levantó y puso su anillo en el dedo de nuestra señora, que le parecia mas hermosa cuanto mas atentamente la consideraba: la Virgen para manifestarle que aceptaba su proposicion dobló el dedo que antes tenia extendido. El mozo alegre y atónito al mismo tiempo sale á la calle y llama á sus compañeros, para que sean testigos de lo acontecido. Todos llegan y ven la verdad del caso; todos envidian al favorecido y le condenan á que deje el mundo para servir mejor á Maria santísima, como ha ofrecido. Sin embargo se pasan algunos meses, y el mundo que le tiene aprisionado con cadenas doradas, apaga poco á poco en su alma la llama celestial que la Virgen habia encendido: al fin arrebatado de las pasiones fogosas de la edad se olvida de aquella á quien habia empeñado tan solemnemente su palabra, y pone su corazon en otro objeto contra lo que tenia prometido. La misma noche de su boda se le apareció la Virgen y le preguntó dónde estaba la fé

prometida, y que es lo que le habia movido á dejarla á ella para tomar otra mujer. A la segunda vez le amenazó si no cumplia su promesa, é hizo tal mella en su corazón, que el recién casado mancebo se escondió cual otro Alejo y empleó el resto de su vida en servir á la Virgen de las vírgenes.

V. Tal fue sin disputa la heroica accion de S. Esteban, rey de Hungría, que antes de ceder el dominio de todos sus estados á la madre de Dios, segun queda dicho, se habia hecho él con su hijo Emerico vasallo de la misma señora entregándole solemnemente su libertad y prometiendo hacer cada año el reconocimiento ordinario. Solo diré aqui de paso que el santo rey no podia menos de querer con entrañable amor á la reina del cielo, porque casi desde que mamaba habia sido hijo espiritual de S. Adalberto, el cual fué consagrado desde la cuna á la misma señora. Siendo todavía niño este gran siervo de Dios (que luego ocupó la silla episcopal de Praga, predicó el Evangelio á los húngaros y polacos por encargo expreso de Dios y recibió la corona del martirio), fué acometido de una fiebre maligna: asustados sus padres que le amaban con extremo, suplicaron á la Virgen se dignase de conservar le la vida con la condicion de que él la emplearia en servicio de nuestra señora y dependeria de ella hasta la muerte. Hecha esta súplica, fué llevado el niño al altar de la Virgen y recobró de repente la salud: mientras vivió, se portó siempre como fiel y agradecido siervo de la madre de Dios.

VI. Tal fué la santa invencion de Marino, hermano de S. Pedro Damiano, de quien escribe este mismo (1) que estando un dia delante del altar de la Virgen se ofreció á ella no solo como siervo, sino como esclavo; se

(1) Opusc. 34, c. 4.

ató el cuello con su mismo ceñidor; se disciplinó en el mismo lugar, y para no omitir ningún deber de los que eran propios de su nuevo estado, puso en un ángulo del altar una moneda de plata prometiendo pagar todos los años el mismo tributo.

VII. Acaso á imitacion de este el animoso Gualtero de Bibrach, pariente del duque de Lorena, se dedicó enteramente al servicio de la Virgen. Era un señor joven, valeroso y diestro en los torneos y demas ejercicios ordinarios de la nobleza, aunque para decir verdad su pasión mas vehemente fué el obsequiar á la madre de Dios y captarse su gracia. No omitia medio alguno para conseguirlo; pero un dia hizo un esfuerzo de amor y resolución, que merece transmitirse á la posteridad. Se fué á la iglesia en compañía de un sacerdote para que sirviese como de sacrificador, y habiéndose subido al altar se hincó de rodillas con una soga al cuello en actitud de reo y se dió á María santísima con el titulo mas estrecho y bajo de donacion que puede discurrirse, y como un vasallo sujeto á talla. Antes de salir del templo quiso pagar el primer tributo y continuó pagándole toda su vida. El devoto Cesáreo, que trató luego mucho tiempo con él en el monasterio de Hemmerode en Alemania, donde Gualtero tomó la cogulla del Cister, afirma haberlo sabido todo de su misma boca y haber sido testigo de los edificantes ejemplos de virtud que dió á cuantos le conocieron.

VIII. Tal fué la cristiana empresa de Luis II, conde de Vendoma y señor de Epernon y Mondoubleau, de que se conserva memoria en el archivo de nuestra señora de Chartres: tambien hace mencion de ello Sebastian Rouillard en el capítulo quinto de su Parténice. Habiendo caído prisionero este buen principe en poder de los borgoñones y siendo guardado estrechamente por espacio de nueve ó diez meses en términos de temer que iba á dejar allí la vida recurrió á su madre la virgen Maria, se

ofreció á ella con todo su corazón y la suplicó se sirviese socorrerle en tan extrema necesidad. Así lo hizo nuestra señora el día mismo de su Anunciación, en el cual fué puesto el conde en libertad y en el pleno goce de todos sus bienes. Agradecido á este rasgo de amor se partió para Chartres en cuanto pudo, y el día de la Ascension despues de maitines se dirigió desnudo y con un cirio de cincuenta libras en las manos á la iglesia de nuestra señora: acompañábanle cien caballeros en muy buen orden y cada uno con su cirio en la mano. Luego que llegó delante de la sagrada imágen, se hincó de rodillas con toda su comitiva, y hecha oración y cumplido su voto á la reina del cielo se dirigió á los capitulares solemnemente congregados y dijo que en consideración á los beneficios que confesaba haber recibido de María santísima, se declaraba desde entonces para siempre su vasallo y de la iglesia de Chartres. Esta donación fué aceptada al punto por los capitulares, y todos dieron gracias á Dios y á la Virgen con himnos y cánticos.

IX. Tal es la forma de ofrecerse á María santísima en estado de dependencia y servidumbre, que se pone al fin del libro de las Grandezas de Jesús escrito por el cardenal de Berulle. Tales son las dedicatorias personales que se hacen hoy en muchas piadosas cofradías, y entre otras la ofrenda solemne que le hacen en toda la cristiandad los individuos de las congregaciones erigidas en las casas de la compañía de Jesús, donde en presencia del cielo y de la tierra la eligen por señora y prometen firmemente no abandonarla, ni decir ó hacer cosa alguna que sea contra su honor, ni permitir á los que esten bajo su potestad, ninguna palabra ó acto ofensivo á María santísima.

X. Para alivio del devoto lector, que leyendo esto desea quizá dedicarse solemnemente á la Virgen sin alistarse en tales congregaciones, he discurrido poner aquí

una fórmula de ofrecimiento, de la que podrá servirse en caso que no encuentre otra mas de su agrado. Yo le aconsejaria que la repitiese todas las mañanas para renovar su empeño ó á lo menos para no olvidar su buena resolución. La fórmula es esta.

XI. Santísima é inmaculada madre de Dios, refugio seguro de todos los que esperan en tí, yo N., puesto hoy en presencia de la beatísima Trinidad, de tu amado hijo nuestro salvador, del arcángel S. Gabriel y el ángel de mi guarda, de los bienaventurados S. Pedro y S. Pablo, S. Joaquin y santa Ana, S. José, S. Juan Bautista, S. Juan evangelista, S. N., mi abogado, y generalmente de toda la corte celestial, te elijo por mi madre y especial patrona y protectora, y me propongo desde ahora servirte toda mi vida lo mas fielmente que pueda: te ofrezco en homenaje todos los instantes de mi vida, todos los movimientos de mi corazón, todas mis palabras, obras y pensamientos, y te suplico por los méritos de tu amado hijo te dignes de recibirme en tu particular servicio, dirigir mis pasos durante la vida y amparar mi alma á la hora de la muerte. Amen.

XII. Añadiré aquí que entre los que se dedican de esta suerte al servicio de la Virgen, los mas afortunados y los que por lo comun gozan de mas favor, son los que le consagran la juventud y las primicias de la vida; porque á la verdad esas hermosas y frescas flores merecen presentarse á la reina de los ángeles y de los hombres. Es cierto que no desprecia esta señora las otras, aya ya de pasar por tantas manos y de haber recibido el hálito del mundo y de la carne, y que han perdido el buen olor de la inocencia con su lozania y frescura; pero no hace ni con mucho tanto aprecio de ellas como de las primeras. «Si entre nosotros, dice el Crisóstomo (1), no

(1) In psalm. XIV.

hay quien no prefiera un siervo jóven, robusto y gallardo á otro viejo, cascado y achacoso; ¿por qué no hemos de creer que en el cielo serán siempre mas estimados los servicios de la virginidad inocente que los de la vejez corrompida y casi inútil para todo lo bueno? Aun cuando no hubiera otra razon, seria muy digno de tenerse en cuenta que los que vienen de jóvenes al servicio de la Virgen, se asemejan mucho mas á ella, de quien escribe S. Juan Damasceno (1) que fué como un arbolillo sacado de la casa paterna, como un plantel de santidad arrancado de allí para ser trasplantado al vergel del esposo celestial y regado en el templo de Dios con las gracias especiales del cielo y las mas suaves influencias del Espíritu Santo. Por esa causa pide tan encarecidamente en los Cantares ser atraída por su divino esposo para alentar á muchas doncellitas que arden en deseos de seguirla. Esto mismo me persuade á que no hay nada mas envidiable que la dicha de aquellos, á quienes el cielo propicio ha llamado al servicio de esta gran reina desde la cuna y aun desde el vientre de sus madres. De algunos he hecho mencion en los tratados anteriores: ahora me contentaré con citar solamente dos. El primero será el cardenal Baronio, que parece tuvo particularísimos sentimientos ó á lo menos señalados instintos de esta devocion en las entrañas de su madre, mujer muy virtuosa. Segun dice Enrique de Sponde en el elogio del cardenal, aquella señora declaró haberle acontecido muchas veces sentir á la criatura dar saltos en su vientre cuando se acercaba á alguna iglesia de la Virgen, como si desde entonces hubiera querido ponerse en actitud de adorarla; lo cual fué causa de que la madre apenas parió á César, le ofreciese y dedicase perpetuamente á la

(1) De fide, lib. 4, cap. 15.

reina del cielo. No tardó mucho en recibir muestras infalibles del gusto que habia tenido la Virgen con la ofrenda de aquel tierno siervo, porque siendo acometido á los dos años de una enfermedad peligrosísima, le llevó su madre en la cuna á la iglesia de nuestra señora no lejos de Sora en la campiña de Italia. Allí pasó tres dias en oracion, y cuando parecia que el niño iba á espirar, se oyó una voz que dijo distintamente: Animate y alégrate; que tu hijo no morirá esta vez. Con efecto comenzó desde luego á mejorar y en poco tiempo sanó del todo. De allí á unos cuantos meses entró un peregrino en la casa, y acercándose á la cuna del niño y haciéndole la señal de la cruz en la frente dijo con extraordinaria firmeza á la madre y á la nodriza que estaban allí presentes: Cuidad de criar bien á este niño, porque ha de ser un hombre grande y una lumbrera de la iglesia. La madre consolada con esta fausta nueva, como era muy limosnera, echó mano al bolsillo para socorrer al peregrino; pero este desapareció de repente, y nunca pudo saberse qué habia sido de él. Probablemente era algun ángel del cielo, enviado tal vez por la reina de los ángeles para recomendar la educacion de aquel tierno siervo suyo, á quien destinaba para promover la gloria de su hijo y ser el ornamento de la iglesia.

XIII. El segundo será S. Bernardino de Sena, el cual predicando un dia con sumo fervor de las grandezas y devocion de la madre de Dios dijo públicamente que él por todo derecho era de la Virgen santísima y que desde su niñez estaba infinitamente obligado á esta señora. El primer favor que recibí por su intercesion, dijo, fué el nacer y recibir las aguas saludables del bautismo en el mismo dia de su natiuidad. En igual dia tomé el hábito de S. Francisco, y cumplido el año profesé en el mismo dia, en el cual dije tambien mi primera misa á su debido tiempo. Aun cuando todo lo demas no se tu-

viere en nada, ¿no bastaría esto solo para ser de la reina del cielo desde la cuna?

XIV. Aquí exclamaría yo de buena gana con Jeremías: ¡Oh qué bueno es llevar desde la mocedad el yugo del servicio de la madre de Dios! ¡Con qué satisfacción se recogerá dentro de sí mismo el que le lleve y se elevará sobre sí para bendecir á Dios cien veces al día por haber sido prevenido tan dulcemente con sus bendiciones y para consagrar todos los instantes de su vida al servicio de la reina de los ángeles! ¡Oh qué aprecio hará de un favor tan singular y tan estimable! ¡Con qué esmero le buscará para captarse mas y mas la gracia de nuestra señora!

XV. Una de las mayores ventajas de que gozan las almas justas, es el ser presentadas por buena mano á nuestra señora. Esta fué la dicha de santa Matilde, á quien nuestro señor Jesucristo se dignó de hacer la gracia de darla él mismo á su madre. Estaba la santa leyendo un día aquel pasaje del Evangelio, en que el Salvador dice á Maria santísima hablando de S. Juan: Mujer, ve ahí á tu hijo; y ella se sintió inspirada para pedir á su esposo la ofreciese á su madre y le dijese: Madre, ve ahí á tu hija. En el mismo instante oyó que Jesus le hablaba de esta suerte: Mi venerada madre, te recomiendo esta mi esposa y te ruego cuides de ella como harías de mí mismo si me vieras delante de ti lleno de heridas y llagas. Acuérdate del aprecio que hice de ella cuando derramé toda mi sangre por su salvacion. En fin te la recomiendo como la amada de mi corazón. ¿Podría inventar el entendimiento humano una recomendacion mas eficaz ó alcanzar una dicha mayor que esta? No obstante aunque el favor es de los mas singulares que podemos esperar en la tierra, no se piense que no es posible conseguirle si ponemos la diligencia y el ahinco de los grandes santos. Santa Matilde considerando

la dicha que le habia acontecido, y cobrando nueva confianza se atrevió á preguntar á nuestro Señor si estaba dispuesto á hacer la misma gracia á los que lo desearan; á lo cual respondió el Salvador que sí con la cabeza, asegurando que en el despacho de sus gracias no habia acepcion alguna de personas.

XVI. Ea pues, buenas almas, vamos á Jesus, si queremos ser recibidos propiciamente de su madre; porque así como es propio de la Virgen llevar las almas á su hijo, segun mostré en el tratado anterior, así tambien es certísimo que uno de los oficios mas agradables del hijo en el cielo es atraerlas al amor y devocion de su madre y recomendárselas con el mejor afecto.

§. II.—El segundo rasgo de amor es tratar frecuentemente con ella y tenerla siempre en la memoria.

I.—El amor no sabe lo que es descansar, porque siempre está en vela y atento al objeto amado. Y no se crea que el amor sobrenatural posee mas débilmente los corazones que el humano; al contrario es mas fogoso cuanto mas noble en su origen. Por eso los amantes de la madre de Dios suelen dejar muy atrás á todos los esclavos del amor insensato.

II. La primera prueba que dan de esta memoria amorosa, es llevar siempre consigo alguna señal que les recuerde la Virgen. Los braemanes ó gimnósifistas de la India por no olvidar jamás á uno de sus falsos dioses llevaban al cuello tres cordones en honor de los tres hijos que este habia dejado. Sabemos por S. Juan Crisóstomo (1), S. Agustín (2), Clemente Alejandrino (3) y otros varios que los antiguos llevaban las imágenes de

(1) Hom. 35 in Genes.

(2) Quæst. 112 in Genes.

(3) Pædag., lib. 2, c. 41.

viere en nada, ¿no bastaría esto solo para ser de la reina del cielo desde la cuna?

XIV. Aquí exclamaría yo de buena gana con Jeremías: ¡Oh qué bueno es llevar desde la mocedad el yugo del servicio de la madre de Dios! ¡Con qué satisfacción se recogerá dentro de sí mismo el que le lleve y se elevará sobre sí para bendecir á Dios cien veces al día por haber sido prevenido tan dulcemente con sus bendiciones y para consagrar todos los instantes de su vida al servicio de la reina de los ángeles! ¡Oh qué aprecio hará de un favor tan singular y tan estimable! ¡Con qué esmero le buscará para captarse mas y mas la gracia de nuestra señora!

XV. Una de las mayores ventajas de que gozan las almas justas, es el ser presentadas por buena mano á nuestra señora. Esta fué la dicha de santa Matilde, á quien nuestro señor Jesucristo se dignó de hacer la gracia de darla él mismo á su madre. Estaba la santa leyendo un día aquel pasaje del Evangelio, en que el Salvador dice á Maria santísima hablando de S. Juan: Mujer, ve ahí á tu hijo; y ella se sintió inspirada para pedir á su esposo la ofreciese á su madre y le dijese: Madre, ve ahí á tu hija. En el mismo instante oyó que Jesus le hablaba de esta suerte: Mi venerada madre, te recomiendo esta mi esposa y te ruego cuides de ella como harías de mí mismo si me vieras delante de tí lleno de heridas y llagas. Acuérdate del aprecio que hice de ella cuando derramé toda mi sangre por su salvacion. En fin te la recomiendo como la amada de mi corazón. ¿Podría inventar el entendimiento humano una recomendacion mas eficaz ó alcanzar una dicha mayor que esta? No obstante aunque el favor es de los mas singulares que podemos esperar en la tierra, no se piense que no es posible conseguirle si ponemos la diligencia y el ahinco de los grandes santos. Santa Matilde considerando

la dicha que le habia acontecido, y cobrando nueva confianza se atrevió á preguntar á nuestro Señor si estaba dispuesto á hacer la misma gracia á los que lo desearan; á lo cual respondió el Salvador que sí con la cabeza, asegurando que en el despacho de sus gracias no habia acepcion alguna de personas.

XVI. Ea pues, buenas almas, vamos á Jesus, si queremos ser recibidos propiciamente de su madre; porque así como es propio de la Virgen llevar las almas á su hijo, segun mostré en el tratado anterior, así tambien es certísimo que uno de los oficios mas agradables del hijo en el cielo es atraerlas al amor y devocion de su madre y recomendárselas con el mejor afecto.

§ II.—El segundo rasgo de amor es tratar frecuentemente con ella y tenerla siempre en la memoria.

I.—El amor no sabe lo que es descansar, porque siempre está en vela y atento al objeto amado. Y no se crea que el amor sobrenatural posee mas débilmente los corazones que el humano; al contrario es mas fogoso cuanto mas noble en su origen. Por eso los amantes de la madre de Dios suelen dejar muy atrás á todos los esclavos del amor insensato.

II. La primera prueba que dan de esta memoria amorosa, es llevar siempre consigo alguna señal que les recuerde la Virgen. Los braemanes ó gimnósifistas de la India por no olvidar jamás á uno de sus falsos dioses llevaban al cuello tres cordones en honor de los tres hijos que este habia dejado. Sabemos por S. Juan Crisóstomo (1), S. Agustín (2), Clemente Alejandrino (3) y otros varios que los antiguos llevaban las imágenes de

(1) Hom. 35 in Genes.

(2) Quæst. 112 in Genes.

(3) Pædag., lib. 2, c. 41.

sus dioses grabadas en anillos y pendientes ó en collares que les caian sobre el corazon. Algunos doctos intérpretes juzgan que esto es lo que el Espíritu Santo llama escribir sobre las tablas del corazon. Los filósofos epicúreos para tener siempre á la vista la imágen de su maestro la estampaban en los vasos de que usaban en la mesa, y en las demas piezas de la vajilla. Y el esposo de los Cantares ¿no pide á su casta esposa que lleve siempre su retrato sobre el corazon y en el brazo, para que no se le aparte jamás del pensamiento? Si el amor carnal desordenado sugiere tantas industrias é invenciones á los que estan dominados de él, ¿será menos industrioso el de los siervos de la Virgen? Por no incurrir en esta nota unos graban su imágen en anillos; otros la llevan en algun medallon junto al corazon; otros visten su librea ó gastan algun cordon, correa ú otra cualquier insignia propia de ella. Pero seria ofender al amor el querer enseñarle todas estas particularidades, porque antes dejará de calentar el fuego que á él le faltan arbitrios.

III. Otra prueba de esta memoria amorosa es apreciar las pláticas con la reina del cielo y deleitarse en tratar con ella gastando todo el tiempo que se pueda. Estanislao de Kostka aprovechaba todas las ocasiones para abrirle su pecho; lo cual hacia con increíble ternura, porque no la llamaba mas que su buena madre, lo mismo que el cardenal Pedro de Luxemburgo y otros muchos. Tomás Cantipratense, obispo de Lusence y uno de los hombres mas doctos de su tiempo, cuenta una cosa chistosa. Un judío rico de Colonia tenia una niña de cinco años llamada Raquel, muy aficionada á la religion cristiana y en especial á oír hablar de la madre de Dios, en cuyo nombre daba á los pobres todo lo que podia hallar en su casa. Su padre se la llevó á Lovaina y sin pensar le proporcionó el medio de ser ins-

fruida en nuestra santa religion. Aun no habia cumplido Raquel siete años, cuando conociendo el padre la inclinacion que tenia á hacerse cristiana, la prometió á un joven de su secta y trató de enviarla al otro lado del Rin. Pero la niña que lo supo por revelacion de Maria santísima, se fué á casa del sacerdote que le servia de maestro, y contándole el apuro en que se veia, consiguió ser bautizada con el nombre de Catalina en un monasterio de monjas bernárdas y tomar allí mismo el hábito para consagrarse al servicio de Dios y de su madre santísima. Entretanto el padre avisado de lo que pasaba no dejó piedra por mover é interesó á las personas mas poderosas de la ciudad para entrar en tratos con el obispo y escribir al papa Honorio III, á fin que se le permitiera sacar á su hija del convento y tenerla en su casa hasta que cumpliese doce años. Catalina se opuso con mucha firmeza á esta invencion de Satanás y defendió su causa ante el obispo de Lieja con tanta resolucion y expuso razones tan convincentes, que todos cuantos la oyeron, juzgaron que el Espíritu Santo hablaba por su boca y que de su parte estaba la justicia. Pero lo que hace mas á mi intento, es que habiendo ganado la causa quedó tan agradecida toda su vida á la Virgen santísima por aquel beneficio, que cuando las otras religiosas bajaban al locutorio á hablar con sus parientes, ella que no tenia á nadie en el mundo, se iba á postrar ante una imágen de nuestra señora y le decia: Virgen santísima, tú no querrás dar repulsa á una pobre huérfana, que viene á tí como á su reina, su madre, su tia, su hermana, su prima, en fin su única parienta. A medida que pronunciaba estas palabras, vertia dulces lágrimas y olvidándose de todo lo demas tenia inefables coloquios con Maria. El mismo Tomás Cantipratense afirma haber hablado muchas veces con ella y oído de su misma boca lo que escribe.

IV. ¿Quién nos dirá cuáles eran los sentimientos del inflamado corazón de Alfonso Rodríguez, religioso de nuestra compañía, cuando arrebatado y como fuera de sí de amor decía á la Virgen: Oh madre mía bondadosa, yo te amo á ti mas que tú á mí. Y la amante madre le respondió: Te engañas, mi querido Alfonso: nadie me ha excedido nunca en amor mas que mi hijo. El de tu corazón no es mas que una centellita al lado del mio, que es una verdadera hoguera de amor. Dios mio, ¡qué atrevimiento por un lado y qué bondad por otro! ¡Qué atrevimiento de aquel corazón filial, de donde salían tales arranques de amor! ¡Qué bondad de aquel corazón maternal, que no se ofendía de semejante libertad! ¡Qué dulcedumbres y qué gustos en aquellos coloquios amorosos! ¿No prueba esto el dicho de S. Juan Damasceno; que el que hace de su memoria y de su entendimiento un retrete ó mas bien un oratorio á la Virgen, goza sin intermision de una quietud indecible y de un contento perfecto (1)? ¿Y qué otra cosa hacia aquel siervo bueno y fiel de María, que sin hablar de la continua memoria en que la tenía como á su buena madre, no dejaba jamás de saludarla á todas las horas del dia con una Ave María y una Salve, para que rogase á su hijo por él? Los que saben lo que es esta comunicacion, confiesan que hay dulcedumbres que pueden saborearse, pero no explicarse con palabras, y que se encuentran en ella ventajas que merecen ser buscadas con toda la diligencia imaginable. Con efecto si la amistad es un pincel que insensiblemente pinta en nuestros corazones los vicios ó las virtudes y los demás afectos de nuestros amigos; ¿qué provecho no sacarán los devotos de la Virgen de la conversacion que tienen con ella, pues estampa

(1) Orat. 4 de B. Virg.

en sus almas los caracteres de sus mas excelentes virtudes y celestiales calidades?

V. Debo hacer un elogio particular de Juan Berk-mans, uno de los ángeles de nuestra compañía, porque una de las principales virtudes entre las muchas de que estuvo adornada su corona á manera de piedras preciosas, fué su tierna devocion á la Virgen, á quien tenia de continuo en la memoria. Gustaba mucho de que se supiera esta devocion, no porque desease hacer alarde de su piedad, sino por poder hablar de ella con mas libertad y en todas ocasiones. La noche antes de morir dijo á un condiscipulo suyo que el principal y mas poderoso medio de que se habia valido para aprovechar en la perfeccion, habia sido el amor y devocion á la Virgen santísima, á quien llamaba ordinariamente con el acento de la confianza su buena madre. Ve aquí cómo habla en un pasaje de sus memorias: «Oh maestra y aya de mi aprovechamiento en la virtud, de mi salud y de mis estudios, dulce virgen Maria, tú eres mi bondadosísima madre.» En todas sus conversaciones particulares buscaba siempre ocasion de hablar de ella y de sus eminentes virtudes. En el colegio romano hay una capillita dedicada á nuestra señora, la que visitaba Juan tan á menudo, que puede decirse hacia lo mismo que S. Bernardino con una imágen de la Virgen colocada sobre una puerta de la ciudad de Sena, segun queda referido en otra parte. Oiga el lector en qué términos y con qué sentimientos de afecto hablaba de esta gloriosa señora: «Si yo amo á Maria, estoy cierto de mi salvacion y de mi perseverancia en la religion y de que además alcanzaré de Dios cuanto quiera, y seré omnipotente.» En sus breves escritos devotos se halla repetido á cada paso el propósito de amar y servir fielmente á la Virgen.

VI. Solia decir que todos necesitan tener como un asilo cierto, á donde puedan recurrir con confianza en

todas sus necesidades, especialmente en las que ocurren de repente y como de sorpresa, y que el mejor eran las llagas de nuestro Señor y el manto sagrado de la Virgen. Preguntándole un día de qué medicinas usaba en sus tribulaciones, respondió: De cuatro, que son la oración, la ocupación, la paciencia y el regazo de María. Todos los días rezaba el rosario con tan devota atención, que muchas veces le acontecía no ver siquiera á los que pasaban ó le saludaban. Había recopilado de diferentes autores las alabanzas de la Virgen, y á cada paso echaba mano de ellas; pero en especial meditaba las doce virtudes principales de nuestra señora cuando rezaba la corona de las doce estrellas. Acostumbraba decir nueve veces al día estas palabras: *Beata viscera Marie virginis, que portaverunt aeterni Patris filium*; arrodillándose siempre que las decía.

VII. Pero la época mas favorable de todo el año para que su corazón tomara vuelo, era la de la recreación despues de acabado el curso. Por el camino iba rezando el oficio de la Virgen y la letanía lauretana, conversaba con nuestra señora ó discurría acerca de sus incomparables méritos con los otros; y esta era su mayor recreación. Si encontraba algunos particularmente devotos de María, su gusto era trabar una especie de competencia sobre quién la alabaría y ensalzaria mas. ¡Cuánto se le ocurría entonces! Muchas veces no sabiendo ya los otros qué decir y habiendo agotado la materia, él continuaba con extraordinario gozo y con tanta copia, que antes le faltaba el tiempo que el modo. Dormía como buen soldado de la Virgen con el rosario en el brazo, y al fin de su vida le llevaba colgado al cuello. Ayunaba todos los sábados y siempre añadía al ayuno alguna otra mortificación, porque en tal día nació y entró en la Compañía. Había hecho voto de defender perpetuamente la inmaculada concepción

de nuestra señora, con tal que la iglesia no definiese otra cosa, y que el primer libro que compusiera seria del mismo asunto. Ya tenia formado el plan y anotaba cuidadosamente en los libros de los santos padres y demás que leía, cuanto podia servirle para aquel. Cuando deseaba alcanzar algo de nuestra señora para si ó para los otros, lo escribía en un papel añadiendo algun voto que se obligaba á cumplir cuanto antes, por ejemplo rezar algunas partes de rosario ú otras oraciones: despues ataba este papel á una imagen de la Virgen, se ponía á hacer oración y por lo comun conseguía lo que habia pedido. Finalmente por no ser mas largo pondré las devotas palabras que se encontraron escritas de su puño: «Nunca tendré descanso mientras no alcance un tierno amor á mi dulcísima madre la bienaventurada vírgen María.»

VIII. Véase si el amor es ingenioso y si son admirables sus invenciones. Pero si deleita leerlas ú oirlas referir, aun deleita mas experimentarlas. ¡Qué dichosas son las almas á quienes Dios ha hecho la merced de conceder en porción tan santos y devotos sentimientos! Abriguense por siempre en el seno de la madre del amor hermoso, y allí esten libres de todas las fatales ocasiones con que tropezamos en este valle de lágrimas.

§. III.—El tercer rasgo de amor es gozarse de sus perfecciones y compadecerse de sus dolores.

I. El devoto S. Anselmo da un privilegio singular al amor cordial de la madre de Dios diciendo que el que ha gustado la dulzura de él, puede esperar tener parte en los méritos de la Virgen santísima. Juzgo que este privilegio corresponde al sentimiento de que voy á tratar, mas bien que á los otros por el interés que toma en el bien y en el mal de aquella celestial princesa.

todas sus necesidades, especialmente en las que ocurren de repente y como de sorpresa, y que el mejor eran las llagas de nuestro Señor y el manto sagrado de la Virgen. Preguntándole un día de qué medicinas usaba en sus tribulaciones, respondió: De cuatro, que son la oración, la ocupación, la paciencia y el regazo de María. Todos los días rezaba el rosario con tan devota atención, que muchas veces le acontecía no ver siquiera á los que pasaban ó le saludaban. Había recopilado de diferentes autores las alabanzas de la Virgen, y á cada paso echaba mano de ellas; pero en especial meditaba las doce virtudes principales de nuestra señora cuando rezaba la corona de las doce estrellas. Acostumbraba decir nueve veces al día estas palabras: *Beata viscera Marie virginis, que portaverunt aeterni Patris filium*; arrodillándose siempre que las decía.

VII. Pero la época mas favorable de todo el año para que su corazón tomara vuelo, era la de la recreación despues de acabado el curso. Por el camino iba rezando el oficio de la Virgen y la letanía lauretana, conversaba con nuestra señora ó discurría acerca de sus incomparables méritos con los otros; y esta era su mayor recreación. Si encontraba algunos particularmente devotos de María, su gusto era trabar una especie de competencia sobre quién la alabaría y ensalzaria mas. ¡Cuánto se le ocurría entonces! Muchas veces no sabiendo ya los otros qué decir y habiendo agotado la materia, él continuaba con extraordinario gozo y con tanta copia, que antes le faltaba el tiempo que el modo. Dormía como buen soldado de la Virgen con el rosario en el brazo, y al fin de su vida le llevaba colgado al cuello. Ayunaba todos los sábados y siempre añadía al ayuno alguna otra mortificación, porque en tal día nació y entró en la Compañía. Había hecho voto de defender perpetuamente la inmaculada concepción

de nuestra señora, con tal que la iglesia no definiese otra cosa, y que el primer libro que compusiera seria del mismo asunto. Ya tenia formado el plan y anotaba cuidadosamente en los libros de los santos padres y demás que leía, cuanto podia servirle para aquel. Cuando deseaba alcanzar algo de nuestra señora para si ó para los otros, lo escribía en un papel añadiendo algun voto que se obligaba á cumplir cuanto antes, por ejemplo rezar algunas partes de rosario ú otras oraciones: despues ataba este papel á una imagen de la Virgen, se ponía á hacer oración y por lo comun conseguía lo que habia pedido. Finalmente por no ser mas largo pondré las devotas palabras que se encontraron escritas de su puño: «Nunca tendré descanso mientras no alcance un tierno amor á mi dulcísima madre la bienaventurada virgen María.»

VIII. Véase si el amor es ingenioso y si son admirables sus invenciones. Pero si deleita leerlas ú oirlas referir, aun deleita mas experimentarlas. ¡Qué dichosas son las almas á quienes Dios ha hecho la merced de conceder en porción tan santos y devotos sentimientos! Abriguense por siempre en el seno de la madre del amor hermoso, y allí esten libres de todas las fatales ocasiones con que tropezamos en este valle de lágrimas.

§. III.—El tercer rasgo de amor es gozarse de sus perfecciones y compadecerse de sus dolores.

I. El devoto S. Anselmo da un privilegio singular al amor cordial de la madre de Dios diciendo que el que ha gustado la dulzura de él, puede esperar tener parte en los méritos de la Virgen santísima. Juzgo que este privilegio corresponde al sentimiento de que voy á tratar, mas bien que á los otros por el interés que toma en el bien y en el mal de aquella celestial princesa.

II. Este sentimiento es como un árbol bueno que produce muchos frutos buenos: el primero es recordar á la Virgen los gozos que tuvo en el cumplimiento de los misterios de nuestra salvacion, y las grandes cosas que obró Dios en ella. Deseando un dia santa Matilde ofrecer á nuestra señora alguna cosa que le fuese agradable, le dijo la madre de bondad: «Hija mia, recuérdame el gozo que tuvo mi corazon cuando el hijo de Dios salió del seno del eterno Padre como un esposo del tálamo nupcial para bajar á mis entrañas. Recuérdame ademas el gozo de que fui inundada cuando saliendo ese mismo hijo de mis virginales entrañas fué para mí un hijo de cariño y regocijo.»

III. El glorioso mártir santo Tomás Cantuariense acostumbraba saludar todos los dias á la Virgen con siete Ave Marias en conmemoracion de los siete gozos que sintió estando en la tierra; es á saber, la santa dilatacion de su corazon cuando la embajada celestial del ángel, la visita á su prima santa Isabel, la natividad del Verbo, la adoracion de los magos, el hallazgo del niño perdido, la gloriosa resurreccion y la ascension triunfante de Jesucristo. Queriendo la Virgen manifestar á su fiel siervo el gusto que tenia en esta devocion suya, se le apareció un dia y le dijo: «Hijo mio Tomás, he querido venir á verte para asegurarte que me agradan tus servicios y parabienes; pero ¿por qué no me hablas sino de los gozos que sentí cuando vivia en la tierra? ¿No crees que los que siento ahora en el cielo, son mayores sin comparacion? Pues sábet que todo el que los recuerde con reverencia, me hallará propicio á la hora de la muerte, porque entonces le daré gozo y consuelo y le llevaré yo misma ante el tribunal de mi hijo.» Santo Tomás respondió que con muchísimo gusto cumpliria aquel deber, pues ella se dignaba de aprobarle; pero que no teniendo bastante conocimiento de los

gozos que experimentaba la Virgen en el cielo, no estaba en su mano el darle el parabien de ellos. A esta proposicion replicó la Virgen: «Para que no puedas alegar ignorancia, te prevengo que digas de este modo: Me congratulo, ó santa señora, de que debajo de la santísima Trinidad no hay ninguna simple criatura á quien no excedas en gloria. Me congratulo de que la corona de tu inmaculada virginidad se aventaja á la de todos los órdenes así de los ángeles como de los hombres. Me congratulo de que los resplandores de gloria que salen de tu rostro celestial, iluminan cual hermoso sol á la santa Sion. Me congratulo de que todos los ciudadanos del cielo te reconocen y honran como á la digna madre de Dios. Me congratulo del poder que tienes sobre la voluntad de tu amado hijo, de quien nunca eres mal despachada. Me congratulo del medio que tienes de adelantar á tus fieles siervos. Me congratulo de que tu gloria recibe y recibirá siempre algun aumento en el discurso de los siglos y de que el honor que recibes en la ciudad de los bienaventurados, durará tanto como la eternidad.»

IV. El B. Herman, religioso dominico enviado por el santo fundador á Polonia en compañía de S. Jacinto, se enternecia extraordinariamente siempre que penetraban en su corazon estos dulces sentimientos de congratulacion. Bendecia el seno de la Virgen, donde estuvo encerrada toda la grandeza del cielo por espacio de nueve meses. Bendecia su amable corazon, que fué el santuario de todos los principales misterios de nuestra fé. Bendecia sus pechos virginales, que criaron al padre de todas las cosas. Bendecia sus santas manos, que tantas veces envolvieron al artifice del universo. Bendecia sus sagrados brazos, que tantas veces sostuvieron al que tiene suspendida de tres dedos toda la tierra. Bendecia su regazo, sobre el cual descansó

el que es el descanso de los bienaventurados. Bendecía su divina boca, que tuvo la dicha de pegarse á los labios divinos del hijo del eterno Padre. En estas bendiciones se derretia en lágrimas de dulzura acordándose de los gustos y contentos que su buena madre habia recibido en cada acto de estos, y le daba sus parabienes. De allí pasaba al interior de la Virgen y á la santidad que esta señora manifestó en los mismos misterios. Bendecía su fé singular, su maravillosa confianza, su ardiente caridad, su profunda humildad, su imaculada pureza, su increíble modestia, su fé sobrehumana y todas sus otras virtudes, que miraba como un paraiso delicioso elegido por la santísima Trinidad para su huelgo. A cada parabién de estos añadía la salutación angélica y las concluía todas con estas palabras: *Jesu suavissime, dignare me meam et tuam matrem super omnes speciosam ore laudare, corde admirari et imitatione subsequi*; que quieren decir: Dulcísimo Jesus, dignate de concederme que alabe con la boca á tu madre y la mia hermosa sobre todas, que la admire con el corazón y que la imite en mis acciones. Son indecibles las gracias que le hizo María santísima y las que le impetró en premio de su amor cordial y de sus devotos sentimientos. Por lo comun le prevenía con tanta copia de consuelos, que apenas podia él soportarlos; y como un dia le pidiese que le quitara sus dulcedumbres y las trocara en el conocimiento de los misterios que se contienen en las santas escrituras, y le desatara la lengua tarda y balbuciente para poder publicar mas fácilmente sus grandezas y las de su amado hijo, nuestra señora le otorgó ambas cosas con tanta liberalidad, que con dificultad podrian contarse los frutos que sacó de su predicacion en Polonia y en Alemania, de donde era natural.

V. Pero ¿qué extraño es que María aceptase los devotos sentimientos de estas almas justas, cuando tan ge-

nerosamente ha premiado otros que no merecian, si puede decirse así, tomarse en consideracion? Hací unos veinte y dos años se apareció á Martin Guttric, luterano alemán, y habiéndole predicho que le llevaria al cielo la víspera de Navidad, le mandó reconciliarse con la iglesia católica y disponerse á este tránsito con la recepcion del sacramento de la eucaristia. El hereje llamó al P. Federico Fournier, que predicaba entonces en la catedral de Bamberga, y le rogó le manifestara qué habia de hacer para cumplir las órdenes de la Virgen. El religioso admirado de la novedad quiso saber qué es lo que habria obligado á la madre de Dios á conceder aquella gracia; y el hereje le dijo que todas las mañanas rezaba siete Ave Marias y añadía estas palabras: Ruega por nosotros; y que lo mismo hacia todas las noches para recordar á la Virgen el gozo que recibió en la encarnacion del Verbo.

VI. Otro fruto de este mismo sentimiento es deleitarse con el pensamiento de sus perfecciones y congratularse con ella de sus grandezas. Santa Brigida supo por la Virgen este secreto, cuando le reveló nuestra señora cuán provechoso habia sido este ejercicio á un hijo recién muerto de la santa. Este mancebo no fué abandonado ni un punto de la Virgen á la hora de la muerte. Ella mitigó los dolores que le atormentaban en aquel terrible trance, no fuera que por esta causa flaquease el espíritu: ella le proveyó de los auxilios necesarios para aquel arriesgado viaje, y en cuanto el alma se separó del cuerpo, la condujo ante el juez para defenderla en el tremendo tribunal. Satanás no dejó de seguirla en desempeño de su oficio de acusador de los hombres y produjo los siguientes cargos contra la madre de Dios: «Justísimo juez, aunque conozco muy bien que mi causa está mal parada teniendo por adversaria á tu madre, no obstante confio tanto en tu justicia, que espero no la

niegues á tu enemigo, aunque sea contra tu misma madre. Me quejo á ti de haber sido agraviado por ella en dos cosas. La primera es que me ha negado enteramente la entrada durante la agonía de esa alma y no me ha permitido tentarla con arreglo á la facultad general que he recibido de tí. La segunda que correspondiéndome como á ministro de tu justicia traerte las almas, se ha metido ella á hacer mi oficio trayendo esta en sus brazos para presentarla á tu divina majestad. Pido justicia de estos agravios, justísimo juez.» El Salvador esperaba que replicase su madre, como lo hizo en estos términos: «Amado hijo mio, aun que Satanás es el padre de la mentira, no puedo negar lo que ha dicho y solo tengo que hacer presente á tu clemencia que me he visto precisada á obrar así: porque habiendo sido este mancebo tan aficionado á venerarme y congratularse conmigo, que preferia todos los contentos y gustos del mundo al gozo que de ahí le redundaba, y habiéndose ofrecido muchas veces á sufrir las penas eternas antes que consentir la menor diminucion de mi gloria, juzga, hijo mio, si podia yo hacer menos que socorrerle en esta necesidad.» El supremo juez satisfecho de esta respuesta terminó el juicio con estas breves palabras: «Mi madre tiene todo poder en mi reino y no está sujeta á la condicion de los demas: manda como reina y como señora y puede dispensar en mis leyes por un motivo justo como este: porque quien le ha tributado tanto honor, merece una asistencia especial. Así no se hable mas de esto.» La madre entonces hizo una profunda reverencia á su hijo y condujo su siervo al cielo, mientras Satanás confuso y avergonzado se preparaba á vengarse del descalabro que habia sufrido.

VII. Para esto aprovecha una buena educacion, porque sin duda aquel piadoso mancebo lo habia aprendido de su devota madre, que lo practicaba, como se ve por el libro segundo de sus Revelaciones. Allí cuenta

que habiéndose postrado un dia ante la Virgen y quedando arrobada le dijo estas palabras: «Seas eternamente alabada, ó María madre de Jesus, y sea por siempre alabado tu hijo por todos los gozos que me ha hecho experimentar hasta aqui de la dicha que posees de ser su venerada madre. Le pongo por testigo á él, que no ignora nada de cuanto pasa en nuestro corazon, si no es verdad que amo mas sin comparacion á Maria, hija de Joaquin, que á mis propios hijos, y que preferiria que Brígida, hija de Birger, no hubiese visto la luz del dia antes que Maria, hija de Joaquin, no hubiese sido lo que fué: en fin me seria mas soportable verme sepultada en los infiernos que saber que Maria, hija de Joaquin, no era madre de Dios y reina del universo.» Merece copiarse la respuesta que le dió la Virgen: «Hija mia, has de tener por cierto que esa Maria, hija de Joaquin, á quien quieres tanto, valdrá mas para Brígida, hija de Birger, que esta para sí misma, y será mil veces mejor madre para los hijos de Brígida que esta misma, aunque sea buena.»

VIII. Ya que tocamos el punto de los parabienes, nunca me olvidaré de la singular piedad del antiguo pueblo de Efeso y de la insigne devocion que mostró á la Virgen. El año 431 del Señor fué convocado un concilio general en la ciudad de Efeso por el papa Celestino I, que ocupaba entonces la silla de S. Pedro. Le presidió S. Cirilo, patriarca de Alejandria, en calidad de legado de la santa sede, y asistieron unos trescientos obispos. Tratábase de la herejía de Nestorio, que blasfemando con sacrilega impiedad de Jesucristo y de su madre negaba á esta el título de madre de Dios. El lugar donde se juntó el concilio, fué la iglesia dedicada á nuestra señora. En esta ocasion se conoció claramente el zelo y cordial devocion de aquel pueblo por conservar los privilegios de la reina del cielo, porque en

cuanto se supo que los padres del concilio habian concurrido al templo, se juntaron á la puerta un número increíble de personas de ambos sexos y de todas edades y condiciones como para servir de guardia á los defensores de la Virgen, aterrar á sus enemigos y saber inmediatamente lo que se definiese en el concilio. Fueron tan importantes los asuntos tratados en él, que los padres estuvieron reunidos desde por la mañana hasta la noche, y el pueblo se mantuvo firme en su puesto, á pesar de que muchos se encontraban allí desde el amanecer. Cuando se abrieron las puertas del templo, todos se precipitaron para saber lo que se habia resuelto. Entonces se presentó el legado S. Cirilo y dió al pueblo la fausta nueva de que el concilio habia decidido mantener á la reina del cielo y de la tierra en sus derechos y privilegios y especialmente en el título glorioso de madre de Dios, y que el obispo que intentaba usurpársele, habia sido degradado de todo oficio y dignidad eclesiástica y desterrado á una isla desierta. Aquí siento que me tiembla la mano y que mi pluma es incapaz de expresar los sentimientos de gozo y las aclamaciones de júbilo de aquel pueblo reunido, porque los naturales de Efeso, que tan ciegamente habian adorado á la falsa diosa Diana, cuando recibieron la luz del Evangelio, profesaron inefable afecto de devoción á Maria, madre de Jesus. Durante algunos dias todo fué hacimientos de gracias y alabanzas al Salvador por haber tomado tan claramente la defensa de su santa madre, parabienes y aplausos á esta por haber sido mantenida en la posesion de sus títulos y en especial del de madre de Dios, y bendiciones á los padres del concilio por haber defendido animosamente la causa del cielo. En testimonio de honor el pueblo los acompañó á sus respectivas moradas con hachas encendidas y estrepitosas aclamaciones de júbilo. Todo fué festejos en la ciudad, gozo, vivas y aplausos á la Virgen primero y luego á los pa-

dres del concilio. S. Cirilo envió de Efeso una relacion de cuanto habia pasado, á su iglesia de Alejandria, como se ve en su epístola 34 y en las actas del concilio. Así la Virgen coronada de laureles y adornada de palmas triunfaba en la tierra y en el cielo, mientras su enemigo el desdichado Nestorio se preparaba para marchar á la pestifera isla de Oasis, donde habia de acabar sus dias cayéndosele las carnes á pedazos y especialmente su lengua sacrilega, que habia vomitado tantas blasfemias contra Jesucristo y su madre.

IX. El tercer fruto del mismo sentimiento es dar gracias á Dios por todas las que ha hecho á la Virgen, y emplear para este efecto las voces de todas las criaturas y particularmente de los espíritus bienaventurados. San Pablo, gran maestro de sabiduria celestial, entendia perfectamente este punto cuando rogaba á los fieles de Corinto le ayudasen tambien con sus oraciones, para que por el don que se le habia concedido por respeto de muchas personas, diesen unidas las gracias á Dios. Y como son incomparablemente mayores las que se han dispensado á la Virgen, por eso cree ella estar infinitamente obligada á los que bendicen con ella misma la infinita bondad de Dios. Esos son los vapores celestiales y agradables que suben de los incensarios de los santos en el Apocalipsis y regocijan á los moradores del cielo viendo que es sobremanera honrado el principe á quien sirven.

X. El último fruto es compadecer sus dolores, porque el amor no seria amor, si no tomase interés por la persona amada y no se afligiese y alegrase respectivamente con ella. La reina del cielo se quejó una vez á santa Brigida de que tan pocos cristianos la amasen de veras, alegando en prueba de ello que son pocos los que compadecen sus dolores. Si alguno desea saber qué contento reciben el Salvador y su santísima madre cuando compadecemos los dolores y tormentos que sufrieron por nosotros; lean lo que dice la misma santa en el libro

sexto de sus Revelaciones. Estaba un dia pidiendo á Dios con lágrimas por un enfermo muy distinguido y caracterizado segun el mundo; pero enteramente pechero delante de Dios. Su ferviente oracion llamó tan á tiempo á las puertas de la misericordia del Redentor, que mandó á santa Brigida enviase su confesor á aquel desdichado. El confesor fué primera y segunda vez, y siempre le halló obstinado y resuelto á morir en su triste situacion. Brigida ordenó de parte de Dios á su confesor que volviera tercera vez y le manifestara claramente que Jesucristo estaba dispuesto á salvarle, si él no oponia resistencia. ¡Cosa admirable! Estas palabras le ablandaron el corazon, y al punto sus dos ojos se convirtieron en dos fuentes de lágrimas. Declaró con palabras interrumpidas por los sollozos que nunca se habia confesado: que habia encanecido en el servicio del diablo, el cual se le habia presentado muchas veces y á quien se habia entregado en cuerpo y alma; y que habia descuidado enteramente hasta allí su salvacion y perdido toda esperanza de ella. En el mismo dia confesó cuatro veces los pecados de toda su vida y al siguiente recibió el sacramento de la eucaristia con unos sentimientos que no habia experimentado jamás. Al cabo de seis dias espiró animoso y lleno de confianza. De allí á poco tiempo nuestro Señor reveló á santa Brigida que aquel caballero habia ido al purgatorio mediante la contricion que le dió gratuitamente; pero lo que le habia obligado en cierto modo á concedérsela, eran las muestras de compasion que daba siempre que oia hablar de la espada de dolor de la virgen María.

XI. Y si unos sentimientos tan débiles y acompañados de tantas imperfecciones le agradan tanto; ¿qué será de aquellos que muestran las almas purificadas y favorecidas del cielo? Santa Margarita de Cortona, de la tercera orden de S. Francisco, á quien llamaban la pe-

nitente, pidió á nuestro Señor participar de los dolores que sintió su madre santísima al pie de la cruz. El Salvador le dió aviso de que se fuera á la iglesia de S. Francisco como á las nueve de la mañana, y ella concibió un sentimiento tan vehemente de los dolores del hijo y de la madre, que faltándole las fuerzas hubo que acudir á sostenerla. A eso de las tres de la tarde cuando Jesus espiró en la cruz inclinando la cabeza, ella la inclinó tambien y quedó sin movimiento hasta la noche. A resultas de este suceso recibió muchas y señaladas gracias de nuestro Señor: tan cierto es que Dios se deleita de que tomemos parte en los dolores de María y de Jesus (1).

§. IV.—El cuarto rasgo de amor es tener un afecto cordial á su sagrado corazon.

I. El esclarecido S. Ildelfonso nos anima á pasar adelante convidando nuestros corazones á amarla cuanto puedan, ya que nuestra lengua y nuestro entendimiento son demasiado débiles para alabarla. Paréceme que nada mas digno puede añadirse á lo dicho hasta aquí que la bella leccion que nuestro Señor mismo dió á santa Matilde. Descubrióle un dia los tesoros de dulzura y gracia que estan escondidos en los dos sacratísimos corazones, á quienes podemos llamar con razon dos fuentes vivas de todo bien, y le enseñó el modo de recurrir á ellos. El primero es el corazon abrasado de Jesus, único principe de amor, á quien aprendió Matilde á saludar de diversas maneras y á hablar en dulces coloquios. De esto se aprovechó en tales términos, que decia un dia con la ingenuidad propia de las almas santas que si estuvieran escritas las gracias que habia recibido ella por medio de este ejercicio, habria materia para componer un libro bien abultado. El segundo

(1) Véase al fin del tomo la Blemur, que va en la nota B. adición de la madre M. J. de

sexto de sus Revelaciones. Estaba un dia pidiendo á Dios con lágrimas por un enfermo muy distinguido y caracterizado segun el mundo; pero enteramente pechero delante de Dios. Su ferviente oracion llamó tan á tiempo á las puertas de la misericordia del Redentor, que mandó á santa Brigida enviase su confesor á aquel desdichado. El confesor fué primera y segunda vez, y siempre le halló obstinado y resuelto á morir en su triste situacion. Brigida ordenó de parte de Dios á su confesor que volviera tercera vez y le manifestara claramente que Jesucristo estaba dispuesto á salvarle, si él no oponia resistencia. ¡Cosa admirable! Estas palabras le ablandaron el corazon, y al punto sus dos ojos se convirtieron en dos fuentes de lágrimas. Declaró con palabras interrumpidas por los sollozos que nunca se habia confesado: que habia encanecido en el servicio del diablo, el cual se le habia presentado muchas veces y á quien se habia entregado en cuerpo y alma; y que habia descuidado enteramente hasta allí su salvacion y perdido toda esperanza de ella. En el mismo dia confesó cuatro veces los pecados de toda su vida y al siguiente recibió el sacramento de la eucaristia con unos sentimientos que no habia experimentado jamás. Al cabo de seis dias espiró animoso y lleno de confianza. De allí á poco tiempo nuestro Señor reveló á santa Brigida que aquel caballero habia ido al purgatorio mediante la contricion que le dió gratuitamente; pero lo que le habia obligado en cierto modo á concedérsela, eran las muestras de compasion que daba siempre que oia hablar de la espada de dolor de la virgen Maria.

XI. Y si unos sentimientos tan débiles y acompañados de tantas imperfecciones le agradan tanto; ¿qué será de aquellos que muestran las almas purificadas y favorecidas del cielo? Santa Margarita de Cortona, de la tercera órden de S. Francisco, á quien llamaban la pe-

nitente, pidió á nuestro Señor participar de los dolores que sintió su madre santísima al pie de la cruz. El Salvador le dió aviso de que se fuera á la iglesia de S. Francisco como á las nueve de la mañana, y ella concibió un sentimiento tan vehemente de los dolores del hijo y de la madre, que faltándole las fuerzas hubo que acudir á sostenerla. A eso de las tres de la tarde cuando Jesus espiró en la cruz inclinando la cabeza, ella la inclinó tambien y quedó sin movimiento hasta la noche. A resultas de este suceso recibió muchas y señaladas gracias de nuestro Señor: tan cierto es que Dios se deleita de que tomemos parte en los dolores de Maria y de Jesus (1).

§. IV.—El cuarto rasgo de amor es tener un afecto cordial á su sagrado corazon.

I. El esclarecido S. Ildelfonso nos anima á pasar adelante convidando nuestros corazones á amarla cuanto puedan, ya que nuestra lengua y nuestro entendimiento son demasiado débiles para alabarla. Paréceme que nada mas digno puede añadirse á lo dicho hasta aquí que la bella leccion que nuestro Señor mismo dió á santa Matilde. Descubrióle un dia los tesoros de dulzura y gracia que estan escondidos en los dos sacratísimos corazones, á quienes podemos llamar con razon dos fuentes vivas de todo bien, y le enseñó el modo de recurrir á ellos. El primero es el corazon abrasado de Jesus, único principe de amor, á quien aprendió Matilde á saludar de diversas maneras y á hablar en dulces coloquios. De esto se aprovechó en tales términos, que decia un dia con la ingenuidad propia de las almas santas que si estuvieran escritas las gracias que habia recibido ella por medio de este ejercicio, habria materia para componer un libro bien abultado. El segundo

(1) Véase al fin del tomo la Blemur, que va en la nota B. adición de la madre M. J. de

es el de nuestra amante madre María, cuya llave fué dada un dia á Matilde, asi como la facultad de entrar en él siempre que quisiera. Discurriendo ella por el advenio algún medio de agradar á la Virgen, se le apareció el esposo de las almas justas y le dió la práctica mas excelente de amor que se puede discurrir. «Saludarás, le dijo el Señor, al sacratísimo corazon de mi madre con la abundancia de todas las gracias que le fueron comunicadas de arriba. Le saludarás como el mas puro que ha habido nunca despues del mio, porque fué la primera que enarboló el estandarte de la virginidad. Le saludarás como el mas humilde, porque su humildad me llevó á la tierra desde el seno del eterno Padre. Le saludarás como el mas encendido, porque nunca hubo otro tal para amar á Dios y al prójimo. Le saludarás como el mas devoto, porque sus lágrimas y suspiros causaron la salvacion de los hombres. Le saludarás como el mas complaciente, porque se aprovechó de todos los actos de mi infancia, de mi adolescencia y de mi edad viril. Le saludarás como el mas paciente, porque fué traspasado de infinitas espadas de dolor cuando mi pasion. Le saludarás como el mas fiel, porque ella tuvo valor para ofrecer mi vida por la redencion del mundo. Le saludarás como el mas cuidadoso y diligente, porque no puede ser apreciado, ni conocido el cuidado que tuvo de mi iglesia naciente. Le saludarás como el mas alto en contemplacion, porque son indecibles las gracias que ha impetrado para los hombres por la eficacia de su oracion.»

II. ¡Oh! el que encontrara esta rica vena para sacar de ella el oro celestial, ¡qué pronto se enriqueceria con toda especie de gracias! El real profeta considerando un dia los innumerables beneficios que Dios le habia hecho y los que le preparaba para lo porvenir, se conmovió de tal manera, que el exceso de su amor le sugirió un

nuevo modo de hablar y dijo: «Señor, tu siervo ha hallado su corazon para hacerte esta plegaria (1).» Y yo comentando estas preciosas palabras digo á mi alma: ¿No hallaremos jamás nuestro corazon para amar á uno tan amable como es el de la madre de Dios? ¿Andará siempre perdido entre los espinosos cuidados de las riquezas, el cebo pegajoso de los deleites sensuales y los humos de la vanidad? ¿Será siempre llevado del flujo y reflujo de los negocios terrenos? ¿Se ahogará siempre en las congojas de esta vida? ¿Estará siempre tan lejos de si y de la verdadera quietud, que no se pueda parar? ¿Hasta cuándo se entretendrá con esas frivolidades y esos juegos de niños? ¿No llegará el tiempo en que pueda gozar de las delicias de las almas escogidas y deleitarse en los objetos que tanto gusto dan á estas? ¿Se resolverá á unirse por afecto á este sagrado corazon, de donde ha de sacar infinitos bienes y deleites? Ese seria mi único deseo, ó santa madre de amor; pero ¿cómo he de llegar á tu corazon sin ser atraído por él? Rompe las ataduras que me tienen aprisionado, y despréndeme de mí y de todo cuanto me impide ir hasta ti, de quien quiero ser despues de Dios, confesando que tú me darás el medio de conseguirlo.

S. V.—El quinto rasgo de amor es amar con un amor tierno y ardiente á su hijo.

I. No produce la apacible primavera tantas flores, ni el abrasado estio tantas mieses, ni el templado otoño tantos frutos, ni el riguroso invierno tantas nieblas y escarchas como atractivos tiene el adorable Jesus para obligar á nuestros corazones á amarle. Su excelencia merece nuestro afecto; su complacencia le gana, su utilidad le cautiva, su bondad le arrebató, su amor le vio-

(4) II Reg., VII.

es el de nuestra amante madre María, cuya llave fué dada un dia á Matilde, asi como la facultad de entrar en él siempre que quisiera. Discurriendo ella por el advenio algún medio de agradar á la Virgen, se le apareció el esposo de las almas justas y le dió la práctica mas excelente de amor que se puede discurrir. «Saludarás, le dijo el Señor, al sacratísimo corazon de mi madre con la abundancia de todas las gracias que le fueron comunicadas de arriba. Le saludarás como el mas puro que ha habido nunca despues del mio, porque fué la primera que enarboló el estandarte de la virginidad. Le saludarás como el mas humilde, porque su humildad me llevó á la tierra desde el seno del eterno Padre. Le saludarás como el mas encendido, porque nunca hubo otro tal para amar á Dios y al prójimo. Le saludarás como el mas devoto, porque sus lágrimas y suspiros causaron la salvacion de los hombres. Le saludarás como el mas complaciente, porque se aprovechó de todos los actos de mi infancia, de mi adolescencia y de mi edad viril. Le saludarás como el mas paciente, porque fué traspasado de infinitas espadas de dolor cuando mi pasion. Le saludarás como el mas fiel, porque ella tuvo valor para ofrecer mi vida por la redencion del mundo. Le saludarás como el mas cuidadoso y diligente, porque no puede ser apreciado, ni conocido el cuidado que tuvo de mi iglesia naciente. Le saludarás como el mas alto en contemplacion, porque son indecibles las gracias que ha impetrado para los hombres por la eficacia de su oracion.»

II. ¡Oh! el que encontrara esta rica vena para sacar de ella el oro celestial, ¡qué pronto se enriqueceria con toda especie de gracias! El real profeta considerando un dia los innumerables beneficios que Dios le habia hecho y los que le preparaba para lo porvenir, se conmovió de tal manera, que el exceso de su amor le sugirió un

nuevo modo de hablar y dijo: «Señor, tu siervo ha hallado su corazon para hacerte esta plegaria (1).» Y yo comentando estas preciosas palabras digo á mi alma: ¿No hallaremos jamás nuestro corazon para amar á uno tan amable como es el de la madre de Dios? ¿Andará siempre perdido entre los espinosos cuidados de las riquezas, el cebo pegajoso de los deleites sensuales y los humos de la vanidad? ¿Será siempre llevado del flujo y reflujo de los negocios terrenos? ¿Se ahogará siempre en las congojas de esta vida? ¿Estará siempre tan lejos de si y de la verdadera quietud, que no se pueda parar? ¿Hasta cuándo se entretendrá con esas frivolidades y esos juegos de niños? ¿No llegará el tiempo en que pueda gozar de las delicias de las almas escogidas y deleitarse en los objetos que tanto gusto dan á estas? ¿Se resolverá á unirse por afecto á este sagrado corazon, de donde ha de sacar infinitos bienes y deleites? Ese seria mi único deseo, ó santa madre de amor; pero ¿cómo he de llegar á tu corazon sin ser atraído por él? Rompe las ataduras que me tienen aprisionado, y despréndeme de mí y de todo cuanto me impide ir hasta ti, de quien quiero ser despues de Dios, confesando que tú me darás el medio de conseguirlo.

S. V.—El quinto rasgo de amor es amar con un amor tierno y ardiente á su hijo.

I. No produce la apacible primavera tantas flores, ni el abrasado estio tantas mieses, ni el templado otoño tantos frutos, ni el riguroso invierno tantas nieblas y escarchas como atractivos tiene el adorable Jesus para obligar á nuestros corazones á amarle. Su excelencia merece nuestro afecto; su complacencia le gana, su utilidad le cautiva, su bondad le arrebatada, su amor le vio-

(4) II Reg., VII.

lenta; y además el respeto de la madre de amor le hace tomar alas para volar al encuentro de aquel á quien quiere el alma.

II. Su excelencia lo merece, porque por vuestra vida ¿qué es Jesus sino el honor del cielo y de la tierra, la gloria del paraiso, el regocijo de los espíritus puros, la cabeza de la iglesia, el primogénito de los escogidos, el terror de los demonios y el gran conquistador del universo? ¿Qué es Jesus sino el rey de la majestad, el juez de vivos y muertos, el pontífice sumo, el único mediador entre Dios y los hombres, el admirable, el príncipe de paz, el ángel del gran consejo y el príncipe del siglo futuro? ¿Qué es Jesus sino el hombre Dios esperado de los siglos, predicho por los profetas, anunciado por los ángeles, deseado por los hombres, temido de los demonios y bendecido de todas las criaturas? ¿Qué es sino un Dios de tal suerte unido al hombre, que no perdió nada de lo que era, y un hombre de tal suerte unido á Dios, que fué incomparablemente ensalzado sobre todo lo que era? ¿Qué es sino un Dios abatido hasta el centro de la tierra sin deshonor y un hombre encumbrado hasta el trono de Dios sin perjuicio de su dependencia? ¿Qué es sino un Dios humanado sin mezcla de sustancia, un hombre divinizado sin confusion de naturaleza, en fin un hombre Dios, cuya herencia son las naciones, cuya posesion son los últimos límites del mundo y cuya pension son todas las perfecciones de naturaleza, gracia y gloria? Las inteligencias santas dirían alguna cosa mejor, pero no más excelente.

III. Y si la excelencia de Jesus merece todo el amor de nuestros corazones; ¿qué será la extraordinaria complacencia que tuvo con nosotros uniéndose á nuestra naturaleza? Entonces fué, dice S. Bernardo (1), cuando se

(1) Serm. 15 et 19 in Cantic.

derramó copiosamente el unguento precioso de su divinidad en el seno de la Virgen, y de ahí se difundió el olor por todos los lugares de la tierra para atraer los corazones de los hombres á que le siguieran y amaran: porque los espíritus bienaventurados gozaban ya bastante en el cielo de ese perfume, aunque encerrado en el seno del Padre eterno. Antes que se derramase sobre la tierra, los ángeles penetraban ya en los insondables abismos de los juicios de Dios, en cuya ejecucion estaban ocupados ordinariamente. Los arcángeles conocian los arcanos de la sabiduria increada, cuyos intérpretes eran. Las virtudes estaban bastante ciertas del poder de su majestad tocante al trastorno del orden de la naturaleza criada, porque se habia servido muchas veces de ellos para este efecto. Las potestades tenian pruebas perentorias de la omnipotencia del Criador. Los principales estaban certisimos de la soberania de Jesus sobre los imperios y reinos de este mundo. Las dominaciones habian descubierto mil rasgos de su amorosa providencia. Los tronos podian dar su juicio acerca de la infinita grandeza del que descansaba sobre ellos. Los querubines tenian los ojos bien perspicaces para descubrir los tesoros de ciencia y verdad escondidos en el Verbo del Padre. Los serafines no ignoraban que si ardian en amor, era solo por reflexion de los rayos de su infinita caridad. En una palabra todos los espíritus bienaventurados tenian motivos muy poderosos para abismarse en el amor del divino Verbo, á quien contemplaban cara á cara y sin ningun velo. Pero los hombres que no eran tan espirituales, necesitaban de un atractivo proporcionado á su naturaleza para moverse á amarle. Esta fué la maravilla que Dios manifestó en la tierra cuando nos dió Jesus, el amante y el amor de nuestros corazones, el objeto mas capaz de arrebatarnos que puede imaginarse, porque despues de tan extremada complacencia y tan es-

trecha amistad como es la que quiso entablar con nosotros, el que no ame al Señor Jesús, merece ser anatema, según dice S. Pablo.

IV. ¿Qué diré de los increíbles provechos que los hombres reciben á cada paso de su única dicha Jesús? El mismo apóstol parece quiso encerrarlos todos en pocas palabras, cuando dijo (1) que Dios compendió en él cuanto se hallaba esparcido en la tierra y en el cielo; como si afirmara que teniendo nosotros á Jesús, la rica joya del cielo, no habíamos menester ni de la fé de Abraham, ni de la obediencia de Isaac, ni de la fortaleza de Jacob, ni de la paciencia de Job, ni de la benignidad de Moisés, ni de la caridad de David, ni de la sabiduría de Salomón, ni de la bondad de Ezequías, ni de la piedad de Josías, porque todo esto é infinitamente más está compendiado en Jesús. También viene á ser como si hubiera querido insinuar lo que dice en otra parte (2): que Jesús nos fué dado para ser nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra santidad, nuestra redención, en una palabra el principio, el medio y el fin de toda la dicha que podemos esperar. Porque ¿quién de nosotros, dice admirablemente S. Bernardo (3), por muy profundamente sumergido que estuviese en la tristeza y la amargura, no ha hallado la paz y serenidad del corazón si ha recurrido á Jesús? ¿Quién estando ya al borde del sepulcro y próximo á caer en la desesperación no ha empezado á respirar y esperar la vida si ha invocado á Jesús? ¿Quién postrándose ante él en las sequedades y aflicciones de su alma no ha sentido sosegar su espíritu y bañarse sus ojos en lágrimas de devoción? ¿A quién no ha servido de consejero en las dudas, de fortaleza en las desconfianzas y de asilo en las adversidades? Si el nombre de

(1) Ad ephes., I.
(2) I ad cor., I.

(3) Serm. 45 in Cantic.

padre es amoroso, ¿dónde se encontrará uno igual á Jesús, de quien recibimos la vida, pero una vida divina, el sustento, pero un sustento celestial, la manutención pero una manutención de príncipes é hijos del rey del cielo, la herencia, pero una herencia eterna, que es gozar de Dios? Si los nombres de madre, hermano, esposo, tutor, proveedor, pastor y otros semejantes son origen de continuas obligaciones; ¿no es Jesús para nosotros todo esto y lo que no puedo decir ni pensar? En suma podemos decir de él con toda verdad lo que la madre de Tobías decía de su hijo por un raptó de amor; que tenemos en él todas las cosas; de suerte que quien tiene á Jesús, lo tiene todo, y el que no le tiene, no tiene nada; quien le ha perdido, bien puede hacer cuenta de que lo ha perdido todo.

V. Si la dulzura tiene en sí no sé qué especie de atractivo á que no puede resistirse el corazón humano; ¿dónde hay más dulzura que en Jesús, que no es otra cosa que una quinta esencia de dulzura? Jesús, dice el meliflúo S. Bernardo, es dulce en sus palabras, porque de sus labios destilan leche y miel; es dulce en sus miradas, porque no hay nada más apacible que ellas ni entre los hombres, ni entre los ángeles; es dulce en su nombre, que es el unguento misterioso prometido por los ángeles y figurado por los profetas; es dulce en sus obras, porque no hay nada más dulce que sus milagros, que el perdón que concedió, y la muerte que padeció. Y si es dulce en este valle de lágrimas, ¿qué será en el cielo, cuando anegué á los suyos en los torrentes de delicias y dulcedumbres? El venerable maestro Juan de Avila, que en el siglo XVI ilustró á toda España con los rayos de su doctrina y la edificó con los ejemplos de su piedad, escribía en estos términos á una señora afligida de enfermedades corporales y de tribulaciones interiores: «Aunque las aflicciones de vuesa mer-

ced sean tales y tantas, que padezca por mar y por tierra, como suele decirse; tengo por cierto que los trabajos interiores exceden á los exteriores tanto como el alma se aventaja al cuerpo. Pero si Dios por su infinita misericordia hubiera enviado alguna vez á vuesa merced una persona espiritual que supiese declararle los bienes que posee en Jesus, experimentaria vuesa merced que con solo pronunciar este santo nombre huirian de su corazon las tribulaciones con tanta prontitud como el demonio salia del cuerpo del rey Saul al oír tañer el arpa á David. No hay una persona por mas atribulada que esté, cuyo corazon no se inunde de gozo cuando se le anuncia la grata nueva de Jesus, si quiere recibirla como debe, porque no se figure vuesa merced que el ángel dijo por otro motivo á los pastores cuando les anunció el nacimiento de Jesus, que les traia la nueva de un gran gozo. ¿Será posible, dice S. Bernardo (1), que no nos sintamos aliviados siempre que pensamos en Jesus? ¿Será posible que encontreis algun otro objeto que conforte mas eficazmente vuestras almas, dé mas vigor á vuestros sentidos abatidos y despierte mas suavemente vuestros corazones que el nombre y la memoria del amable Jesus? A mí que no me presenten ninguna especie de manjares espirituales sin eso, porque toda vianda me parecerá insípida, si no está sazonada con la grata memoria de Jesus. Por mas que lea, escriba y conferencie, yo no tendré gusto en ello si no se encuentra allí Jesus, la miel de mi boca, la música de mis oidos y la alegría de mi corazon. Otra vez enajenado de amor y como embriagado con los torrentes de dulzura que manan del sagrado corazon de Jesus, prorumpió en estas tiernas aspiraciones: «Oh Dios, ¡qué dulce es el pensamiento del alma que se siente herida de las flechas de tu amor divi-

(1) Serm. 45 in Cantic.

no! ¡Qué inmenso regocijo experimenta el corazon á quien ocupas tú dia y noche con tu adorable presencia! Los cánticos mas melodiosos no son tan suaves como el nombre de mi redentor: el espíritu no tiene objeto mas deleitable que el Verbo eterno. Oh suerte libre de borrasca, donde el hombre escapado del naufragio asegura el áncora de la esperanza. Tu bondad es dulce para el que te busca, y dulcísima para el que te tiene. ¡Oh vino delicioso, que excedes al celebrado néctar de la ciega gentilidad! ¡Oh fuente, donde el amor casto inflama á las almas frias y apaga la deshonestidad! ¿Qué entendimiento me hará comprender ó en qué libro podré aprender la ciencia de amarte? Bien pueden decir tus hijos que tu amor es un martirio inefablemente dichoso. Cuando dejando el cielo por la tierra te labras un jardin en el corazon, la verdad ahuyenta á la mentira y el amor vence á los errores. Tu amor en su ternura es un manjar exquisito que harta sin empachar, ni causar fastidio: cuanto mas nos acercamos á tu mesa, mas crece en nosotros el deseo de comer tu carne y beber tu sangre. El que ha gustado estas delicias, tiene por un suplicio lo demás: para él los palacios son calabozos, el mundo un desierto, los deleites ponzoña. Oh Jesus, maravilla de los ángeles, melodía que embelesa el oido y arrebató el corazon de los mortales, panal de sabrosa miel, cuya imponderable dulzura nos llama al altar; mi corazon herido con tus golpes suspira de continuo por tí y corresponde con sus suspiros á tus ardientes miradas; permite pues que mi corazon y mi boca paladeen tus dulcedumbres. El fuego que abrasa mi pecho, excita un ardor que me consume: ese es el objeto en que pienso de dia y de noche, y así paso los dias y los años, todos los instantes de mi existencia, Jesus, amor de las almas santas; Jesus, blanco único de mis deseos, por tí suspiro, en tí y por tí respiro y en tí tengo mis mayores delicias.

VI. Grandemente se equivocaría quien pensase que estos son todos los motivos que tenemos para amar á Jesus, porque aun no he dicho nada del amor que nos manifestó, aunque es la cadena mas fuerte con que aprisiona los corazones y las voluntades de los hijos de Adam. «Es verdad, dice S. Bernardo (1), que hay mil titulos que me obligan á amarte, oh dulcísimo y benignísimo Jesus; pero todo bien considerado nada te hace mas amable á mi corazon, ni se lleva mas fuertemente mi cariño que el cáliz que te dignaste de apurar por mi amor, y la obra de mi redencion tan animosamente acabada por tí. Como esta es la pieza maestra de tu amor, es la que atrae mas suavemente el mio, le exige mas justamente, le obliga mas estrecha é irrevocablemente. En todo lo demás que hiciste por nosotros, es verdad que le instas fuertemente para que se dé á tí; pero aquí le compeles y violentas en un todo; y es preciso que deje el nombre de amor, si no se rinde á tan fuertes asaltos como los que le dieron tu corazon traspasado por la lanza, tu cuerpo golpeado y acardenalado y tu alma oprimida de dolor.

VII. Me parece que esto basta para despertar nuestros afectos, aunque estuviesen sumergidos en la mas profunda modorra. Pero ¿me atreveré á decir (que es lo que principalmente hace relacion á mi propósito) que aun cuando faltasen todos esos titulos, la sola consideracion de la madre de amor bastaria para estimular nuestros corazones y obligarlos á amar al adorable Jesus? Si que bastaria para aquellos que aprecian el ser de ella, saber que Jesus es el hijo de Maria y que por esta sola calidad merece mas amor que cuanto puede caber en los pechos de todas las criaturas. Con efecto Maria hace sin duda tanto caso del amor que se tiene á

(1) Serm. 20 in Cantic.

Jesus, que preferiria no ser amada, digo poco, desearia mil veces mas no existir que el que Jesus no fuera amado ó que se disminuyese algun tanto el amor que le es debido. El punto mas alto de su ambicion y el colmo de sus deseos es verle amado sobre todas las cosas y cuanto merece. Por donde es fácil conocer que de ningún modo mejor que de este podemos agradecer á la Virgen todas las obligaciones que le tenemos, porque amar á Jesus es mas para ella que gastar toda la vida en bendecirla, servirla, honrarla, amarla y hacer que la sirvan, honren y amen todas las criaturas del mundo. Así discurria un dia con santa Brígida, diciéndole: «Hija mía, si quieres hacerme un señalado servicio, ama á mi hijo por amor mio, ó mas bien ámale por amor de él mismo, atento á que es el mas hermoso entre todos los hijos de los hombres, el mas honesto, el mas manso, el mas cabal y el mas digno de ser amado que puedes imaginarle.»

VIII. Aquí desearia yo con todo empeño que esta madre incomparable, que toma tan á pechos el amor de Jesus, se dignase de servirnos de maestra y enseñarnos la manera de amarle, ó á lo menos nos enviase uno de esos espíritus abrasados del mismo amor, para que nos descubriera el secreto. Pero quizá esto es presumir demasiado de nosotros; por lo tanto á falta de un ángel del cielo que uno de la tierra nos dé leccion y nos enseñe el modo de amar al que es infinitamente mas amable que lo que podemos amarle. Ese ángel será el hijo predilecto de la Virgen, S. Bernardo, que á mi juicio se ha remontado á la mayor altrua á que puede llegar ningún mortal. «Aprende, dice (1), oh cristiano, del mismo Jesus el modo de amar á Jesus. Aprende á amarle tierna,

(1) Serm. 20 in Cantic.

cuerta y firmemente: tiernamente, para que nada de lo que halaga los sentidos, te desvie de su amor; cuerdamente, para que no te engañe ninguna apariencia vana; firmemente, para que no te eche por tierra ninguna fuerza: tiernamente, es decir, con todo tu corazón; cuerdamente, es decir, con toda tu alma; firmemente, es decir, con todas tus fuerzas. La caridad inflame tu zelo; la ciencia le dirija; la constancia le afirme: sea ferviente, circunspecto y animoso. •

IX. •El que ama á Jesus de la primera manera, continúa, siente enternecerse su corazón así que se habla de su amado. Nada oye de mejor gana, ni lee con más afición, ni medita con más gusto. La memoria de Jesus es para él un continuo banquete, en el que se sirve el ternero más cebado y su espíritu es regalado grandemente. El no puede perder de vista al Verbo encarnado y le tiene siempre presente ó naciendo, ó reclinado en el regazo de su madre, ó enseñando, ó muerto, ó resucitado, ó subiendo al cielo, ó en cualquier otro acto; con lo que queda embebecido su corazón. • Esas son las señales por donde puede conocerse el amor tierno á juicio de este gran siervo de Jesus y de Maria. Pero me parece que aun lo expresa mejor por obras que por palabras y en sí mismo mejor que en otros, como lo hace en el sermón 43 sobre los Cantares, donde explicando los delicados sentimientos de la esposa, que ve que su amado estará siempre sobre su seno como un hacedito de mirra, ajusta un pacto indisoluble con la cruz y los clavos, con la lanza y demás instrumentos de la pasión de su buen maestro Jesus y la toma por ramillete y por todo recreo. De ahí proviene que ordinariamente se pinta al santo estrechando sobre su pecho los instrumentos de la pasión. El ilustre mártir S. Ignacio, patriarca de Antioquia, en su carta á los de Efeso les manifestaba la disposición de su corazón para con el

Salvador. •Yo no quisiera, les decía, que respiráseis siquiera sin acordaros de Jesus. Por mi parte deseo separar todo el mundo que ahí está mi única esperanza, mi gloria y mi tesoro y que por amor de él voy arrastrando estas cadenas hasta Roma, como si fueran perlas orientales ó diamantes de inestimable precio. • Sin disputa había aprendido este amor de su maestro S. Pablo, que no tenía otra academia que la de Jerusalem, ni otra escuela que el Calvario, ni otro maestro que el Crucificado, ni otra cátedra que la cruz, ni otra pluma que los clavos, ni otras letras que las llagas de su salvador, ni otro libro que su costado abierto, según manifiesta en infinitos lugares de sus epístolas.

X. Con razón podríamos llamar á este modo de sentir la práctica general de los santos: tan común ha sido en ellos. El glorioso S. Francisco se abismaba cada vez que meditaba los misterios de la vida de Jesus, especialmente los de su nacimiento y muerte. Al dulce Jesus le llamaba con extraordinaria ternura el niño de Betelem, y su corazón se derretía de tal suerte recordando la infancia del Señor (dice S. Buenaventura en su vida), que una vez consiguió licencia del romano pontífice para decir la misa de Navidad en un lugar dispuesto á manera de pesebré con un buey y un asno y convidar á este espectáculo el pueblo devoto, que no podía contener las lágrimas de ternura viendo los amorosos sentimientos de S. Francisco respecto de Jesus, niño y pobre por nuestro amor. S. Elzeario se mantenía ordinariamente en el costado abierto del Salvador, según escribía á su santa esposa Delfina. S. Edmundo de Cantorbery estaba tan acostumbrado á esta meditación, que por haberla omitido un día á causa de sus urgentes ocupaciones el diablo le impidió de hacer la señal de la cruz por algún tiempo. Santa Clara se hundía á veces tanto en el mismo sagrado costado, que costaba mucho trabajo sacarla de

alli. Santa Coleta, reformadora de la órden seráfica, estando en el convento de Besanzon, permaneci6 extática y sin sentido por espacio de tres dias en la contemplacion del amor que Jesus habia tenido á los hombres. Yo he conocido á un sugeto, que para hacer mas fácil la conversacion con el amabilisimo Jesus se habia asociado con él y con su santa madre andando siempre en su compañía, hablando continuamente con ellos, y no diciendo ni haciendo nada sin su consejo y beneplácito. Felipa de Güeldres, primero reina de Sicilia y duquesa de Lorena y despues pobre religiosa de santa Clara, queriendo dejar á la posteridad una muestra de su devocion á Jesus, dispuso un jardin espiritual que mandó pintar para consuelo de sus hermanas. Las portereras eran la esperanza y el temor de Dios, y el hortelano el amor de Jesus. El seto estaba formado de caléndulas y los cuadros llenos de pensamientos; pero muy diferentes de los que nacen en nuestros jardines, porque estaban rodeados de llamas. El jardinero andaba por el medio arrancando las flores nocivas á los pensamientos, y si hallaba algunos mustios y moribundos, cavaba al rededor y los cuidaba mucho para que reviviesen. ¿No son estas ocupaciones regias y dignas de tal alma?

XI. Santa Magdalena de Pazzis, religiosa carmelita de Florencia, se consumia en un fuego de otra especie, porque á veces la oian exclamar teniendo los ojos clavados en el cielo: ¡Oh amor! ¡Oh amor! ¡Oh Dios de amor! ¡Oh cuán grande es el amor que tienes á tus criaturas! No, Jesus mio, no es mucho para tu grandeza; pero si lo es para la criatura tan vil y abyeeta. Otras veces corria por el convento con un crucifijo en las manos pronunciando estas palabras amorosas, que inflamaban á las otras religiosas en llamas de amor: ¡Oh amor! ¡Oh amor! ¡Oh amor! Nunca cesaré de llamarte amor, nuestra esperanza y nuestro todo. Luego volviéndose á sus

hermanas les decia: ¿No sabeis, hermanas, que nuestro Jesus es amor y nada mas? Y á su amado le hacia esta súplica: Señor, dame una voz tan fuerte y sonora, que llamándote amor sea oida desde Oriente á Occidente y en todas las partes del mundo hasta los infiernos, para que seas conocido y amado y agradecido como verdadero amor. Seria difícil explicar las otras caricias que hacia á Jesus crucificado tomándole en sus manos, estrechándole sobre su seno, limpiándole el sudor y la sangre con su velo ó su pañizuelo; pero con tanta y tan extraordinaria fuerza, que despues se encontraban aquellos lienzos empapados todos como si realmente hubiera hecho este oficio con Jesus agonizante en la cruz. Era tan violento el fuego que la abrasaba, que muchas veces en el rigor del invierno tenia que abrir su túnica y echarse agua fríisima sobre el pecho, el rostro y las manos, bebiendo buenos tragos de ella para calmar en algun modo las llamas del amor divino que la iban consumiendo. Un dia de la invencion de la santa cruz se la oyó exclamar: Oh amor, ¡qué poco conocido y amado eres! Si no encuentras dónde reclinar te, ven, divino amor, ven á mí, y yo te hospedaré. Oh alma, ¿por qué no amas al amor? ¡Ay de mí! El amor me hace morir viviendo y vivir muriendo. Otras veces corria por la huerta y el claustro buscando almas que conociesen y amasen al amor, y si encontraba á alguna religiosa, le tomaba la mano y decia: Oh alma, ¿amas al amor como amas tu propia vida? ¿No sientes que desfalleces y mueres de amor? Traspasaría yo los límites de este discurso, si continuase acotando pasajes semejantes de las vidas de santa Catalina de Sena, santa Brigida, santa Gertrudis, santa Hildegarda, santa Matilde, santa Lutgarda, santa Maria Egipciense y otras muchas.

XII. Algunos para conservar siempre fresca la memoria del amor y del amante imprimieron en sus cuer-

pos ciertas señales sensibles, y otros las recibieron del cielo como libreas y mercedes señaladas. El devoto Enrique Suson, religioso dominico, habia grabado sobre su corazon con un punzon el sagrado nombre de Jesus. El autor de las antigüedades de Paris refiere que tambien se halló grabado el mismo nombre en el pecho de la doncella Eustoquio, natural de dicha ciudad, despues de su muerte. El sabio maestro Fr. Luis de Granada escribe que en Castello, ciudad de Italia, al abrir el cadáver de una virtuosísima doncella se encontró dentro del pecho una perla gruesa, en donde estaba grabado el misterio de la Natividad y la doncella de rodillas delante del pesebre adorando al niño Jesus. ¿Quién no ha oído decir que habiendo abierto el cuerpo de santa Clara de Montefalcó despues de su muerte, se encontraron en medio del corazon los instrumentos de la pasión? Hallándose santa Magdalena de Pazzis contemplando extática el misterio de la Encarnacion la vispera de la Anunciación del año 1583, mereció que S. Agustín escribiese en el corazon de ella las dos palabras *el Verbo* con letras de oro, y estotras *se hizo carne*, con letras de sangre. No hablo de S. Francisco, ni de santa Catalina, ni de algunas otras cuyas vidas son muy sabidas. Solo añadiré con S. Bernardo (1) para concluir que uno de los fines principales por que Dios regala á las almas devotas este amor tierno y sensible, es para ahuyentar un amor con otro amor y desterrar de sus corazones todo sentimiento del sensual y profano. Este es á su parecer el motivo por qué el Verbo tomó nuestra carne, para que aquellos que no tuviesen aun el amor bastante acendrado para amar el espíritu, fuesen atraídos al amor puro por el de una carne divina que podian amar inocentemente.

(1) Sermo 20 in Cantic.

XIII. El amor prudente y discreto se conoce principalmente en dos cosas, en una gran codicia y una santa ansia de saber todo lo que toca á la vida, á los misterios y perfecciones de Jesus y á una verdadera y cordial imitacion de sus excelentes virtudes. El mismo Jesus que comprendia mejor que nadie la naturaleza de este amor, decia un dia á sus apóstoles (1) que la vida eterna, es decir, la felicidad que podemos esperar en esta vida, consiste en el conocimiento que tenemos de Dios y de su hijo único Jesucristo enviado por él á la tierra. San Pablo hacia tanto caso de este estudio, que escribia á los de Corinto (2) que no apreciaba otra ciencia que la de Jesus crucificado; y á los filipenses que todo lo juzgaba pérdida por el eminente conocimiento de Jesucristo, y que reputaba por basura todo lo que habia perdido, con tal que ganara á Cristo (3). En la que dirige á los de Efeso, dice (4) que postrado de rodillas pide al padre de nuestro señor Jesucristo que les dé el comprender con todos los santos cuál sea la anchura, y la longitud, y la altura, y la profundidad de la caridad del mismo Jesus, cuyo conocimiento sobrepuja todo entendimiento. Es verdad que esta ciencia tan estimada por S. Pablo y los otros santos no tanto consiste en una luz especulativa, cuanto en un conocimiento afectivo y práctico, que nos lleva á la perfecta imitacion de Jesus. La esposa de los Cantares no halla al principio cosa mejor que pedir á su amado que un beso de su boca celestial; pero luego reparando que en tales deseos podia haber demasiada complacencia y satisfaccion de su propio gusto, muda de tono y le dice que en cuanto á esas finezas menores haga lo que le parezca bien. Sin embargo le pide absolutamente

(1) Joan., XVII.
(2) 1 ad cor., III.

(3) Ad philip., III.
(4) Ad ephes., III.

una cosa, y es que la atraiga eficazmente en pos de sí, para que principie de veras á correr con las doncellas que la acompañaban. Dicen que los que desean poblar un palomar, no tienen mas que perfumar un pichon y soltarle, porque fácilmente le seguirán otros atraídos por el olor y se harán al palomar. De esta industria se valió el Padre eterno para repoblar el cielo, donde habían quedado vacantes tantas sillas desde la rebelion de los ángeles; porque ungió á su amado Jesus con el bálsamo de la divinidad y le perfumó con todas las virtudes del paraíso, para que le siguiesen las castas é inocentes palomas, que separadas de los cuervos carnívoros deben de ocupar aquellos asientos desiertos.

XIV. Con efecto si reparamos, la consideracion que en todos tiempos ha movido mas poderosamente á las almas deseosas de agradar á Dios y obrar su salvacion, ha sido el ejemplo de su padre y salvador Jesus, el cual les dice por Jeremias: «Vosotros me llamareis vuestro padre y no cesareis de caminar en pos de mí (1).» Nada les es imposible desde que han puesto los ojos de veras en este objeto y han meditado maduramente aquel dicho de S. Pablo: que la señal mas cierta de su predestinacion es su conformidad con la imágen de Jesus (2). Si alguna vez se han cansado y fatigado en el camino de la virtud, al punto han fijado los ojos con el apóstol en Jesus, á quien llama autor y consumidor de la fé (3), que sufrió muerte de cruz menospreciando la deshonra. Si han querido excitarse al amor de la abstinencia, no han tenido motivos mas poderosos que el hambre, la sed y las amarguras de Jesus. El abad Pacomio recibió un dia de Pascua la visita del abad Palemon, y como en celebridad de una fiesta tan grande hubiese sazonado con un

(1) Jerem., III.
(2) Ad rom., VIII.

(3) Ad hebr., XII.

poco de aceite y sal las yerbas que eran su manjar, el penitente Palemon comenzó á llorar á lágrima viva y exclamó: ¡Cómo! ¿Se dirá que yo halago así mi paladar teniendo delante al Salvador del mundo que gustó hiel y vinagre? Si han abrazado animosamente la humildad y el desprecio de sí mismos en todo, los ha obligado en cierto modo á hacerlo la humildad sin igual del Salvador. S. Francisco de Borja, verdadero espejo de la humildad cristiana, tenia tan bajo concepto de sí, que no hallaba lugar que le conviniera mas que á los pies del Salvador; pero luego que vió á su maestro y señor el jueves santo, se avergonzó en tales términos, que creyó no quedaba otro sitio digno de él mas que el infierno. Si se han animado á soportar las injurias y maltratamientos que se les hacen, nada les ha aprovechado tanto como el ejemplo de Jesus despreciado y que no se harta de oprobios, de desprecios y de afrentas. Yendo á Génova S. Ignacio de Loyola al principio de su conversion, cuando ardia la guerra entre Francia y España, fué aprehendido por algunos soldados de esta nacion, registrado y desnudado hasta dejarle en camisa: en tal situacion le llevaron á la presencia de un capitan, el cual le hizo varias preguntas; mas el santo no respondió nada, sino cuando se le preguntó si era espia, que entonces dijo terminantemente que no. El capitan le mandó retirarse y reprendió agriamente á sus soldados, porque le habían presentado un hombre que tenia trastornado el juicio; de lo que se indignaron tanto, que le despidieron con gritos y silbidos, le abofetearon y le apalearon dejándole casi muerto. En medio de estos maltratamientos Ignacio se deleitaba con la consideracion de la honra que Dios le hacia en asemejarle algo á su amado hijo, llevado ignominiosamente á presencia de Herodes, tratado como loco, golpeado é insultado por la soldadesca de este cruel tirano.

XV. Merece referirse aquí lo que aconteció un día á S. Pedro mártir de Verona. Hallándose este gran siervo de Dios absorto en alta contemplación en el convento de S. Juan Bautista cerca de Roma, fué visitado por santa Inés, santa Catalina y santa Cecilia, las cuales trataron con él de las cosas celestiales tan largo rato y en tan alta voz, que un religioso que pasaba por allí, quedó escandalizado teniéndolas por unas mujeres ordinarias, y á poco acusó al santo en capitulo pleno con las ponderaciones que hubiera merecido semejante culpa caso de haber sido real y verdadera. Pedro quedó enteramente sorprendido de la acusacion y dudó por mucho tiempo si se resolveria á guardar silencio ó á defender su inocencia acusada mas imprudente que maliciosamente. Por un lado le parecia estar obligado á evitar el escándalo que podrian tomar los débiles de aquella supuesta conversacion con unas mujeres; por otro veia no ser posible defenderse sin descubrir los favores extraordinarios que recibia de Dios y que juzgaba no debian de publicarse todavia. Los santos dan siempre golpes de santos y caminan por caminos ignorados de los prudentes del siglo. El prior que no ignoraba la gran virtud del acusado y veia por otra parte la firmeza del acusador y la confesion tácita del delincuente, tomó verdaderamente la culpa por una simpleza inconsiderada, aunque digna de alguna correccion; por lo que impuso á Pedro una penitencia ejemplar y le envió á un convento de la marca de Ancona, donde debia de ser encerrado reparando con su conducta el escándalo que habia dado. Allí pasó algun tiempo con gran valor y gozo de espíritu considerando cuán honrado era en tener alguna parte en la cruz de su divino maestro; pero al cabo las incomodidades que padecia, y los vituperios cada dia mayores que recibia, le hicieron vacilar y cobrar tedio á su estado; de manera que estando un dia de

rodillas ante un crucifijo con los ojos bañados en lágrimas y el corazón oprimido de tristeza comenzó á quejarse al Salvador y le manifestó que pues no ignoraba su inocencia, era llegado el tiempo de hacerla patente; que los favores recibidos de su bondad no debian de perjudicarle de aquella suerte; y que la infamia que habia caido sobre él, tornaria en notable detrimento del servicio de Dios. Entonces el Salvador le respondió: «Pedro, ¿y qué habia hecho yo para ser clavado en este madero? A lo menos aprende de mí á sufrir las injurias y la infamia, porque lo que tú padeces, no es nada en comparacion de lo que padeci yo por tí.» Estas palabras causaron al principio alguna confusion al siervo de Dios; pero despues le infundieron tantos deseos de padecer, que no bastaban todas las injurias é improperios del mundo para hartarle: desde entonces estimó tanto los desprecios sufridos por el amor y á ejemplo de Jesus, que no los hubiera trocado por las mayores felicidades de los reyes, ni aun por las satisfacciones y contentos mas sensibles de los santos.

XVI. Mientras me engolfo en el discurso de la imitacion de Jesus, no advierto que entro muy adentro en la consideracion del amor fuerte y animoso, al que san Bernardo daba el tercer lugar y que se lleva el premio sobre todos los otros amores. Los grandes trabajos y tribulaciones son los últimos quilates del amor refinado en el horno de la paciencia, cuya obra es perfecta y cabal, segun nos dice el apóstol Santiago. La casta esposa cree que no ama si no llega á la perfeccion de ese amor, que es fuerte como la muerte é indomable como el infierno, cuyo ardor son unas llamas que en vano se procuran apagar con las aguas de las tribulaciones. Este es el rasgo que Dios ha presentado á todos sus mejores amigos como la obra acabada de su fidelidad: esta es la prueba por que quisieron pasar todos los santos como

único ensayo del amor puro. Por esto se resolvieron á unirse estrechamente y para siempre á la cruz, abrazar todo género de trabajos y persuadirse á que no habian dado al amor pena por pena, sangre por sangre y vida por vida. Santa Catalina de Sena tomaba tres disciplinas al dia de casi hora y media azotándose con una cadena de hierro y tan cruelmente, que le chorreaba la sangre por todos lados, á fin de dársela, segun decia, al que derramó toda la suya por ella. Cuando los verdugos rasgaban las carnes de santa Olalla con garfios de hierro, les decia la santa: «Animo, amigos; no os andeis en contemplaciones por vida vuestra, porque el tratamiento que me dais, es el único medio de grabar profundamente en mi corazon el amor y la pasion del amabilísimo Jesus.» Asi lo decia ella y era verdad, porque el piadoso Gerson nota muy bien que nadie siente mas cordialmente el amor y la pasion del Salvador que el que padece algo por conformarse á él y por su amor. Por eso S. Pablo escribiendo á los de Macedonia no pedia que dijese bellos discursos ó tuviesen agudos pensamientos acerca de los trabajos de su maestro crucificado, sino que sintiesen de veras en sí lo que él habia padecido por ellos.

XVII. Dios de amor, ¿quién podrá expresar lo que sintieron los santos y de cuántos modos fortaleció el mismo Jesus el amor de ellos haciéndolos participantes de su cruz y su pasion? Santa Teresa de Jesus se encendia tanto en estas consideraciones, que exclamaba: O padecer, ó morir. A Alfonso Rodriguez, de la compañía de Jesus, no se le caian de la boca estas palabras: Jesus y Maria, dulcísimos amores míos, que yo padezca y muera por amor vuestro, y sea todo de vosotros y nada de mí. La serenísima señora Felipa de Güeldres, de quien he hablado antes, era tan delicada en este sentimiento, que á la menor palabra que oia de la cruz,

de la lanza y de las espinas de su dulce Jesus, vertia arroyos de lágrimas y exhalaba un sin número de suspiros con tan vehemente palpitacion de corazon, que habia que socorrerla prontamente porque se desmayaba; tal era el exceso de su amor. En los siete últimos años de su vida llegaron estos deliquios al punto de empezar todas las semanas el jueves por la noche y durar hasta el sábado por la mañana. Ademas sentia unos dolores y unas punzadas tan agudas y unas emociones tan violentas, que tenia que pasar todo aquel tiempo en la cama con los ojos clavados en un crucifijo y sufrir allí sin chistar la mano poderosa de su maestro, que la labraba á martillazos y la hacia conforme á sí. A santa Magdalena de Pazzis le aconteció no sé cuántas veces sentir en el cuerpo y en el alma los angustiosos tormentos que el Salvador del mundo su dulce esposo habia sufrido en la cruz; pero especialmente una vez en un éxtasis que le duró veinte y seis horas, en que siguió á su señor como paso por paso y tuvo los mismos sentimientos que si hubiera padecido con él la agonía en el huerto, y hubiera sido prendida, maniatada, paseada por las calles, presentada á Pilato, mostrada al pueblo, azotada á la columna, condenada á muerte y obligada á llevar la cruz á cuestas al Calvario. Allí alargando una y otra mano como si hubiera sido clavada en la cruz y luego por milagro levantándose en pie sin doblar las rodillas, ni mudar en modo alguno de postura se arrimó á la pared cual si hubiera sido crucificada en realidad, y se mantuvo asi mucho tiempo diciendo todas las palabras que habia dicho Jesucristo en la cruz: finalmente como si el alma separada del cuerpo la hubiese dejado sin ningun sosten, inclinó ella la cabeza y cayó tiesa al suelo con peligro de lastimarse, si las religiosas no hubieran acudido con presteza á recibirla en sus brazos.

XVIII. ¿Cuántas veces sucedió á santa Lidwina andar

las estaciones con Jesus desde el huerto hasta el Calvario y volver con los pies hinchados, las piernas llagadas, los labios partidos, los miembros desencajados y cubierta de espinas y malezas para manifestar que aquello no era una imaginacion, sino una participacion real de los tormentos del esposo amado de su corazon! Santa Catalina de Génova ¿no pasó treinta y seis años en continuos dolores y tormentos? ¿Qué pena hubo del martirio de su amado en que ella no tuviese parte sin exceptuar ni aun la efusion de sangre, de que echó gran cantidad inmediatamente antes de morir, habiéndose consumido la restante por un fuego interior que la abrasaba de tal suerte, que con solo meter la mano en el agua la hacia hervir al momento?

XIX. Como pudiera creerse que proponiendo yo los ejemplos de algunos santos hago agravio á los otros, pues todos llevaron mas ó menos las señales de su maestro crucificado, lo suspendo aquí con una consideracion que nos volverá otra vez á la Virgen, de la que nos desviamos en algun modo por conversar con su hijo. Esta consideracion es que nuestra amante madre viene á ser como la dispensadora de tales favores, que son las verdaderas finezas con que regala á sus queridos hijos; y los que aspiran á gozarlas, deben de recurrir principalmente á ella despues de Dios. Tal ha sido siempre el sentir de la santa iglesia, que le canta lo siguiente en la prosa *Stabat mater*:

Ea, fuente de amor y madre pura,
Sienta mi corazon pena tan dura:
Haz que contigo llore, gima y pene.
Haz que mi corazon se abra vivo
En el amor de Cristo mas activo
Para lograr con él gozo perene.
Oh madre la mas santa, hazme esta gracia.
Fija en mi corazon con eficacia
Las llagas de Jesus crucificado.

Divide pues conmigo las heridas,
Los dolores y penas tan crecidas,
Que se dignó sufrir por mi pecado.

Haz que contigo llore enternecido
De su pasion y muerte condolido
Hasta el último aliento de mi vida.

Junto á la cruz deseo, Virgen santa,
Estar y acompañarte en pena tanta,
En llanto y alieccion tan sin medida.

Oh Virgen entre todas generosa,
Sé benigna á mis ruegos y amorosa:
Haz que contigo llore amargamente:

Que la muerte de Cristo fiel padezca,
Consorte de sus penas ser merezca
Y sus llagas medite atentamente.

Haz que con ellas sea yo llagado,
Con su cruz y dolores inebriado
Por amor de tu hijo tan precioso (1).

XX. Pero no dispone solo de los dolores y tormentos de su hijo en favor de quien quiera, sino que en general da parte del amor de Jesus en toda su extension juntamente con él mismo á sus queridos hijos segun las órdenes de Dios, el deseo que advierte en ellos, y los servicios que le hacen. Ve aquí la humilde súplica con que su fidelísimo siervo S. Anselmo concluye una devota oracion: «¡Oh dulce Jesus! ¡Oh dulce madre de Jesus! Supuesto que es razonable amemos todo lo que vosotros amáis, concedednos el amor del padre de nuestra vida, que es digno de todo amor. ¡Oh constante amador de los hombres! ¿Se dirá que tú nos amaste hasta

(1) Estas estrofas del *Stabat Mater*, puestas en metro castellano, las he copiado del *Ejercicio cotidiano y novísimo devocionario escrito en verso y en variedad de metros* por D. Miguel Agustín Principe (N. del T. E.).

la muerte y que puedes rehusar tu amor y el de tu querida madre á los que te le piden de todo corazón y con el mas tierno afecto? Oh madre de este divino amante, á quien mereciste llevar en tus entrañas y criar con tus pechos virginales, ¿tendrás valor de negarnos tu amor y el de tu amable hijo, que pedimos con las manos juntas por la bondad de tu corazón maternal? Venérete mi espíritu como mereces: ámete mi corazón como conviene: quíerate mi alma cuanto pueda, para que todo lo que hay en mí y todo lo que yo soy, cante por siempre: El hijo y la madre sean alabados en todos los siglos.»

§. V.—El sexto rasgo de amor es amar por amor de ella á todos los que son suyos ya por título de parentesco, ya por elección: donde se habla especialmente de S. Joaquín, santa Ana y S. José.

No sin motivo se compara el amor al aceite, porque tiene las propiedades de este y especialmente que no se detiene en la persona amada, sino que se extiende y comunica como el aceite á todo lo que está conjunto á ella. La experiencia diaria enseña que por amor de nuestros amigos sentimos inclinación hácia ciertas personas, que de otra suerte nos serian indiferentes. No es mi ánimo sentar esto de los parientes ó amigos de la madre de Dios, porque tienen de suyo calidades que los hacen dignos del amor y reverencia de todos; mas quiero decir que su relación con ella les da singular realce y esplendor y mueve á todos los siervos amantes de la Virgen á redoblar su cariño para con ellos. En primer lugar pongo á los que mas tiernamente la amaron y honraron ya por medio de sus escritos ó de otro modo, y á quienes dió ella testimonios de amor reciproco, que no quiero enumerar aquí, porque se ha dicho ya lo bastante en los tratados de esta obra. En segundo lugar pongo á los

que la honraron en vida y tuvieron la dicha de poseer su amistad y gozar de su dulce trato, como su parainfante el arcángel Gabriel, los apóstoles y discípulos del Señor, la Magdalena, Marta y las otras santas mujeres que la acompañaron en sus trabajos y adversidades. También comprendo con mas justicia á sus parientes y deudos, como S. Zacarías, santa Isabel, S. Juan Bautista, santa Maria Cleofé, Santiago el menor hijo de esta, Salomé con sus dos hijos Santiago el mayor y S. Juan, el cual dió nuevo realce al título de pariente por los buenos servicios hechos á Maria santísima en calidad de su hijo adoptivo y escudero. Pero entre todos me siento obligado por especialísimo afecto á sus padres S. Joaquín y santa Ana y á su muy digno esposo S. José, y juzgo ser un deber notar algunas obligaciones particulares que tenemos de honrarlos.

De las obligaciones que tenemos de honrar á S. Joaquín y santa Ana.

I. Con razón dice el filósofo Protarco en Aristóteles que son dichosas las piedras de que se construyen los templos y se labran los altares, por el honor que reciben en ser empleadas en el servicio de Dios. Esta dicha toca muy ligeramente á las piedras muertas, porque no sienten; mas no así á las vivas como S. Joaquín y santa Ana, que tuvieron la honra de contribuir á la edificación de la virgen Maria, templo augusto de la sabiduría encarnada, porque ademas de ser inexplicable la dicha de que gozan, llega á su colmo por el conocimiento que tienen de ella. ¿No parece haber sido figurados por aquellas piedras grandes y preciosas, que segun la Escritura se pusieron en los cimientos del templo de Salomon (1)?

la muerte y que puedes rehusar tu amor y el de tu querida madre á los que te le piden de todo corazón y con el mas tierno afecto? Oh madre de este divino amante, á quien mereciste llevar en tus entrañas y criar con tus pechos virginales, ¿tendrás valor de negarnos tu amor y el de tu amable hijo, que pedimos con las manos juntas por la bondad de tu corazón maternal? Venérete mi espíritu como mereces: ámete mi corazón como conviene: quíerame mi alma cuanto pueda, para que todo lo que hay en mí y todo lo que yo soy, cante por siempre: El hijo y la madre sean alabados en todos los siglos.»

§. V.—El sexto rasgo de amor es amar por amor de ella á todos los que son suyos ya por título de parentesco, ya por elección: donde se habla especialmente de S. Joaquín, santa Ana y S. José.

No sin motivo se compara el amor al aceite, porque tiene las propiedades de este y especialmente que no se detiene en la persona amada, sino que se extiende y comunica como el aceite á todo lo que está conjunto á ella. La experiencia diaria enseña que por amor de nuestros amigos sentimos inclinación hácia ciertas personas, que de otra suerte nos serian indiferentes. No es mi ánimo sentar esto de los parientes ó amigos de la madre de Dios, porque tienen de suyo calidades que los hacen dignos del amor y reverencia de todos; mas quiero decir que su relación con ella les da singular realce y esplendor y mueve á todos los siervos amantes de la Virgen á redoblar su cariño para con ellos. En primer lugar pongo á los que mas tiernamente la amaron y honraron ya por medio de sus escritos ó de otro modo, y á quienes dió ella testimonios de amor reciproco, que no quiero enumerar aquí, porque se ha dicho ya lo bastante en los tratados de esta obra. En segundo lugar pongo á los

que la honraron en vida y tuvieron la dicha de poseer su amistad y gozar de su dulce trato, como su parainfante el arcángel Gabriel, los apóstoles y discípulos del Señor, la Magdalena, Marta y las otras santas mujeres que la acompañaron en sus trabajos y adversidades. También comprendo con mas justicia á sus parientes y deudos, como S. Zacarías, santa Isabel, S. Juan Bautista, santa María Cleofé, Santiago el menor hijo de esta, Salomé con sus dos hijos Santiago el mayor y S. Juan, el cual dió nuevo realce al título de pariente por los buenos servicios hechos á María santísima en calidad de su hijo adoptivo y escudero. Pero entre todos me siento obligado por especialísimo afecto á sus padres S. Joaquín y santa Ana y á su muy digno esposo S. José, y juzgo ser un deber notar algunas obligaciones particulares que tenemos de honrarlos.

De las obligaciones que tenemos de honrar á S. Joaquín y santa Ana.

I. Con razón dice el filósofo Protarco en Aristóteles que son dichosas las piedras de que se construyen los templos y se labran los altares, por el honor que reciben en ser empleadas en el servicio de Dios. Esta dicha toca muy ligeramente á las piedras muertas, porque no sienten; mas no así á las vivas como S. Joaquín y santa Ana, que tuvieron la honra de contribuir á la edificación de la virgen María, templo augusto de la sabiduría encarnada, porque ademas de ser inexplicable la dicha de que gozan, llega á su colmo por el conocimiento que tienen de ella. ¿No parece haber sido figurados por aquellas piedras grandes y preciosas, que segun la Escritura se pusieron en los cimientos del templo de Salomon (1)?

Porque ellos fueron grandes y preciosos en todas las calidades que pueden realzar á una persona ya delante de Dios, ya delante de los hombres (1).

Su nobleza.

II. Fueron esclarecidos en nobleza, como que ambos descendian de la familia real de David y por consiguiente de los patriarcas y profetas, á quienes Dios honró tanto. Así lo enseña S. Justino martir (2), Tertuliano (3), S. Ambrosio (4), S. Gerónimo (5), S. Andrés de Candia (6), S. Hilario (7) y otros muchos (8); y aun cuando faltasen sus testimonios, son indudables los de la sagrada escritura, que dice que el redentor del mundo debía de descender de la familia de David; cosa que sería difícil de probar si la Virgen misma no hubiera nacido de los descendientes de David. Con efecto de poco serviría que su esposo S. José fuese hijo de David, si ella no lo fuera en su tronco, porque no habiendo Jesus tomado nada de S. José no podría decirse que fuese verdadero hijo de David segun la carne por solo el motivo de su padre putativo. Así esto debe de quedar fuera de controversia, principalmente por lo que toca á S. Joaquin. En cuanto á santa Ana bien sé que S. Hipólito, S. German de Constantinopla y Nicéforo enseñan que descendia de la tribu sacerdotal para probar lo que han

(1) Véase la adición de la madre M. J. de Blemur en la nota B, que va puesta al fin del tomo.
(2) Apol. secunda pro christian.
(3) Adversus judæos, cap. 9.
(4) De Spiritu Sancto, l. 2, c. 9.

(5) In cap. XII Isai.
(6) Orat. 2 de dormit. B. Virg.
(7) In Matt.
(8) Apud Canis, l. 4 de B. Virg. c. 4, et Christophor. à Castro, cap. 4 Histor. virginalis, donde enseña especialmente esto de santa Ana.

dicho los mas de los santos padres; á saber, que Jesucristo no solo descendia de los reyes de Judá, sino tambien de los sumos sacerdotes, como que en él habian de unirse todos los títulos de nobleza y él habia de ser rey y sacerdote sumo á un mismo tiempo. No obstante san Ambrosio siguiendo la antigua tradicion es de la opinion contraria, y sostiene que santa Ana lo mismo que santa Isabel eran de la familia real de David, á lo menos en cuanto á la linea paterna. Ni habria necesidad de que los doctores citados recurriesen á esos extremos para hacer descender á nuestro Señor de la raza de los sumos sacerdotes, pues basta que estas dos líneas hubiesen emparentado muchas veces entre si, como se manifiesta en diversos lugares de la Escritura, y que la tribu sacerdotal tuviera el privilegio de poder emparentar con las otras tribus (1).

Su piedad.

III. Fueron grandes en piedad y devocion, porque afirma S. Andrés de Jerusalem (2) que santa Ana ofrecia á Dios muchas oraciones, votos y sacrificios. S. Gregorio Niseno (3) y S. Juan Damasceno (4) dicen que á imitacion de Ana la madre de Samuel recurria ella al santuario suplicando á la majestad divina no privase de la bendicion de la ley á la que no habia contravenido jamás á la ley. S. Epifanio dice lo mismo de S. Joaquin (5) y defiende que la Virgen fué concedida á sus oraciones y á las de su santa esposa Ana. S. German de Constantinopla nota que las oraciones engendraron á nuestra señora

(1) Véase la adición de la madre Maria Jacoba de Blemur, que va puesta al fin del tomo en la nota C.

(2) Orat. de dormit. B. Virg.
(3) Orat. in natalem Domini.
(4) De fide, l. 4, cap. 15.
(5) Hæres, 78.

mas bien que sus padres Joaquin y Ana. El piadoso Gerón en un sermón que predicó el día de la Concepcion en la iglesia de S. German de Paris, dijo agudamente que cuando Dios iba buscando entre sus criaturas un hombre y una mujer dignos de ser padres de la que había de llevar en las entrañas á su hijo único, recibió la suplica que le presentaron S. Joaquin y santa Ana. Los más de los santos padres dicen lo mismo; pero S. Gerónimo (1), Metafrasta (2) y Nicéforo (3) cuentan con mas particularidades la historia del modo siguiente. Joaquin y Ana llevaban veinte años de casados sin haber tenido sucesion por la esterilidad de Ana; lo cual los afligia sobremanera, de suerte que no se pasaba un día en que no pidiesen á Dios con lágrimas que les quitara aquel oprobio dándoles sucesion. Pero nada los avergonzó tanto como la accion del sumo sacerdote Isacar, porque habiendo ido ellos á Jerusalem segun costumbre á celebrar una de las fiestas solemnes, Isacar los reprendió públicamente porque llevando sobre sí las señales de la maldicion de Dios se atrevian á presentarse entre el pueblo. Los dos esposos lo sintieron tanto, que no sabiendo de quién recibir consuelo dieron confiados sus quejas á Dios y prometieron consagrarle el fruto de su matrimonio, si se dignaba de librarlos de aquella afrenta. Asi no atreviéndose á presentarse delante de la gente se retiraron Joaquin al monte con sus pastores y Ana á su huerto para vacar á la oracion con mas libertad y tranquilidad de espíritu. A principios de diciembre bajó un ángel del cielo á visitarlos á cada uno de por sí y les prometió de parte de Dios una hija llamada Maria, que no solo les causaria gozo, sino que seria la dicha del mun-

(1) Orat. de orta B. Virg.

(2) Historia de vita et dor-

mitione Beatae Virginis.

(3) Hist. eccles., l. 4, c. 7.

do, pues que debía de ser la madre del Mesías prometido en la ley. Añadió en testimonio de verdad que les anunciaba saliesen de su retiro y se encontrarian en el camino; lo cual aconteció puntualmente como les había dicho.

Su abstinencia y mortificacion.

IV. Fueron grandes en abstinencia y mortificacion, porque si S. Pablo pudo decir con verdad que no cedia ventaja á los principales apóstoles, ni aun á aquellos en quienes habia alguna cosa que los ensalzaba sobre los otros, me parece poder decir que los padres de la Virgen igualaron en acciones heroicas á los más insignes patriarcas y profetas. S. German de Constantinopla escribe que ayunaron cuarenta días como Moisés y Elias (1). S. Gregorio Niseno (2), S. Andrés de Candia (3) y otros dicen que sus ayunos eran acompañados de continuas lágrimas y que estas les servian de pan y de sustento como al rey David. Este es á mi juicio el motivo por el cual S. Juan Damasceno los llama un par de tórtolas racionales, porque así como estos animalitos pasan parte de su vida en la soledad gimiendo sobre los árboles más áridos que encuentran, así aquellos santos esposos hacian en la austeridad de su retiro una vida mas semejante á los solitarios que á las personas comunes del siglo. Tal vez por esta causa llama S. Buenaventura á la Virgen un sauce verde, queriendo manifestar que así como este árbol nunca crece, ni prospera mejor que cuando está plantado á la orilla de algun rio, así la santa niña vino al mundo despues de haber sido regada abundantemente con las lágrimas de S. Joaquin y santa Ana. ¡Dichoso el fruto concebido en medio de tan santos ejercicios!

(1) Orat. de present. B. Virg.

(2) En los lugares citados.

(3) Orat. de Nativit.

Su castidad.

V. Ellos fueron grandes en castidad, porque como dice S. Pedro Crisólogo (1), el ayuno es la insignia de la castidad y la gala de la honestidad, y segun S. Basilio el cuerpo de guardia del matrimonio y el padre y sustentador de la virginidad. S. Vicente no quiere se ponga en duda la castidad de estos santos casados, y sostiene que así que S. Joaquin conoció ser verdaderamente estéril santa Ana, no se llegó mas á ella hasta que recibió mandato expreso del cielo. La razon que el santo alega, es que habiéndose instituido el matrimonio por Dios para dos fines solamente, á saber, para mitigar el fuego de la concupiscencia y para procrear, parece que las excelentes virtudes de estos dos siervos de Dios y el estado á que eran llamados, alejaban de ellos esos apetitos bestiales, que otras muchas personas de menos importancia que ellos no sintieron. De aquí se sigue que no teniendo ninguna esperanza de sucesion se abstendrian enteramente de usar el permiso que el matrimonio les daba. La virgen Maria se lo reveló así un día á santa Brigida asegurando que el fuego del deleite sensual estaba enteramente muerto y apagado en sus padres, y que hubieran preferido morir antes que inclinarse al matrimonio por el cebo del deleite solo: que fueron obligados á contraerle por orden del cielo; y que el amor de Dios tuvo sobre ellos un influjo que el amor sensual no hubiera tenido nunca; de suerte que su castísimo cuerpo fué concebido por un simple movimiento del amor divino y no por ningun desorden del apetito sensitivo. Con efecto si es verdad lo que dice S. Efren (2),

(1) Serm. 42.

(2) Parænes. 46.

que Dios al revés de la carne siembra por lo comun en cuerpos secos y consumidos, y que el Espiritu Santo se complace con los que aman la castidad, pedia la razon que los cuerpos de donde habia de salir la pureza misma, tuviesen una gordura mas espiritual que carnal, y que los vasos que debian de recibir tan abundantemente la operacion y las gracias del Espiritu Santo, fuesen perfumados mucho tiempo antes con el suave olor de la castidad. Convenia que la cantera de donde habia de sacarse el templo místico de la santísima Trinidad, fuera santa y celestial, y que la flor de la virginidad proviniese de la vara del matrimonio mas santo del mundo. En una palabra era de todo punto razonable y conveniente que si Dios habia de dar pruebas de su omnipotencia haciendo nacer á la Virgen de las virgenes de padres estériles, fuesen estos dignos de tan singular merced por su castidad. Esto parecerá mucho mas cierto, si se medita lo que dice el elocuente arzobispo de Ravena á un propósito semejante (1): «¡Dichosa la naturaleza, que habia faltado en un hombre y una mujer para recibir con tantos intereses en la persona del mismo Dios el honor de que ella habia caido! Dichosa por haber visto reparadas las ruinas de la esterilidad con las admirables ventajas de la virginidad fecunda. Dichosa con haber adelantado mas en una sola concepcion que hasta allí con tantos lastimosos preñados. Dichosa por haber sido la madre de la vida, cuando antes era la madre de los que nacian muertos, cuando paria con trabajo victimas de pena y de dolor, cuando paria con lágrimas los que solo habian de sentir pesares, cuando daba á luz con peligro sus hijos que debian de vivir entre riesgos y azares, cuando devoraba su propio fruto como quien sabia

(1) Serm. 87.

bien que engendraba con muchos trabajos unas criaturas que apenas habian nacido, eran condenadas á muerte. Esas mismas consideraciones le hacian mas tolerable su esterilidad temiendo que su fecundidad tornase en perjuicio de los suyos y que diese al mundo llantos mas bien que hijos. Entre tantos gritos y gemidos no se encontraba mas que un solo bien; á saber, que se dirigian al autor de la misma naturaleza, el cual habiéndola hecho sin defectos podia repararla tan fácilmente como lo habia ejecutado la vez primera; y este fué el motivo por el cual quiso abrirse un nuevo camino en la misma naturaleza pasando con una firmeza mas divina que humana por una concepcion y nacimiento virginales como por una senda desconocida sin dejar rastro ni huella á fin de restaurar á la naturaleza en su primitiva libertad y limpiar los arroyos purificando la fuente.

Su fé y su esperanza.

VI. Fueron grandes en la fé y la esperanza, porque si la fé, como dice S. Ambrosio (1), vive y obra milagros aun despues de la muerte y hasta tiene la virtud de resucitar á los muertos, ¿quién negará que fué grandísima la fé de S. Joaquin y santa Ana, pues segun el lenguaje de S. Pedro Crisólogo (2) hizo reverdecer á unos cuerpos ya secos, rejuveneció á unas personas muy ancianas y en cierto modo restituyó la vida del poniente al levante? Si es propio de la esperanza á juicio del bienaventurado Antioco producir excelentes frutos por medio de la fé que le sirve como de regadera; ¿cuál debió de ser la esperanza que dió al mundo un fruto tan hermoso, es decir, Maria, el fruto de bendicion? Si las lágrimas son la

(1) Orat. in funer. Theodos. (2) Serm. 87.

sangre del alma, como las llamaba S. Antonio de Pádua (1), y si la esperanza es la sangre de la fé, como la llamaba Clemente Alejandrino (2); ¿cuál sería la fé de aquellos santos que derramaron tantas lágrimas, y cuál la esperanza fundada en una fé tan firme? ¿Cuánta sangre les costaria la prenda preciosa que dieron al mundo! La sagrada escritura pone en las estrellas la fé de Abraham, á quien da el glorioso título de padre de los creyentes, aunque el Crisóstomo y S. Gerónimo le acusan de algo desconfiado fundándose en el capítulo XVII del Génesis, donde se dice que despues de asegurarle un ángel que tendria un hijo comenzó el patriarca á sonreirse en su corazon diciendo para sí: ¿Cómo es posible que me nazca un hijo á los cien años y que Sara de edad de noventa años tenga ya hijos? Es verdad que S. Pablo parece le defiende con energia en el capítulo IV de la epistola á los romanos, diciendo que creyó firmemente y esperó contra toda esperanza: que ni la consideracion de su ancianidad, ni la de Sara, en quien habia aun menos probabilidad de concebir, hizo vacilar su fé. Sea de esto lo que se quiera, para no menoscabar en nada los méritos de los santos, si la fé de Abraham y Sara fué grande, puedo certificar que no fué menor la de S. Joaquin y santa Ana, atento á que S. Epifanio, S. Gerónimo, san Gregorio Niseno, S. German, S. Andrés de Candia y los otros padres susodichos defienden que nunca vacilaron en su creencia ni aun en la sílaba mas pequeña de lo que les habia predicho el ángel. Si Abraham y Sara creyeron que todas las naciones serian benditas en el hijo que habia de nacer de ellos, san Joaquin y santa Ana tuvieron por cierto que serian padres de aquella á quien S. Efren llama (3) la esperanza de

(1) Dominic. 4. post. Epi-phan. (2) Pædagog., 4. (3) Serm. de laudib. B. V.

los antiguos padres, la alegría de los buenos, la luz de los justos, el honor de Abraham, Isaac y Jacob, la gloria de Moisés y Aaron y la corona de todos los santos. Aquellos saludaron de lejos la preciosa joya del cielo, que habia de ser el honor de su linaje; estos merecieron estrechar entre sus brazos á la madre y al hijo, por quien debia ser reparado todo el mundo. Aquellos no tuvieron noticia de la dicha que habia de venirles por medio de Isaac, hasta que se la comunicó el ángel; estos habian tenido de antemano algun conocimiento de la suya; de donde procedian las encarecidas súplicas y las continuas oraciones que hacian á Dios, segun manifiestan los citados doctores. En fin si la fé estuvo en su infancia en los patriarcas y en su adolescencia en los profetas, como dice el abad Guerrico (1); ¿no puedo decir que estuvo en su edad madura en estos que alcanzaron tan de cerca la gracia del nuevo testamento?

Su caridad.

VII. Fueron grandes en caridad para con Dios y el prójimo. En cuanto á esta los doctores dicen cosas estupendas del esmero con que los santos esposos socorrian á los pobres, hospedaban á los peregrinos y asistian á los menesterosos de todas clases. S. Gerónimo atesta (2) que dividian sus rentas en tres porciones, destinando la una á sustentar á los ministros del templo, la otra al socorro de los pasajeros y de los necesitados y la tercera á la manutencion de su corta familia. En cuanto al amor de Dios es fácil juzgar por lo dicho hasta aquí, si se atiende á que segun observacion de Ricardo de S. Victor (3) esta virtud es la fortaleza y la medula de las otras y la

(1) Serm. 4 de nativit. Domini.

(2) Orat. de ortu Virg.

(3) De gradibus charitatis.

que las pone á todas en accion; pero mucho mas por lo que dice S. Gerónimo (1); que su vida era sencilla é inocente, recta delante de Dios é irrepreensible delante de los hombres; en una palabra que se hacian singularment e amables tanto á estos como á aquel.

Sus nombres y la alteza de sus virtudes.

VIII. Finalmente fueron grandes en todo género de virtudes. Asi debemos de creerlo de los padres de Maria y de los abuelos de Jesus. Fijemos la atencion solamente en los nombres de ambos, dice S. Epifanio (2), y veremos como unos presagios de su santidad. Joaquin vale tanto como preparacion del Señor, y Ana significa la gracia. ¿No era esto dar á entender al mundo que estaban bien adornados de gracia y de todo lo que suele acompañarla, y que tenian todo lo necesario para preparar el hospedaje al señor del universo? Porque convenia, dice S. Pedro Crisólogo (3), que la morada de la santidad estuviese mucho tiempo antes preparada y limpia en la persona misma de los padres de la Virgen. El ángel que instruia á santa Brigida, le hizo ver la excelencia de la santidad de ellos por el siguiente razonamiento. Figúrate, oh casta esposa de Jesucristo (le decia) una águila real, que queriendo hacer el nido para sus aguiluchos va de bosque en bosque y vuela de monte en monte para escoger un árbol á propósito. Aquella ave no descansa hasta que encuentra el mas alto y lozano, el que tiene mas profundas raices y está mejor guarecido de las borrascas. Luego que le halla, se posa allí, escoge la rama mas firme y elevada y cria á sus polluelos con indecible cuidado. Imaginate ahora que Dios se asemeja

(1) En el lugar citado.

Deipara.

(2) Serm. de sancta Maria

(3) Serm. 94.

al águila tanto por la soberanía que tiene sobre todo lo criado, como por su vista perspicaz que descubre cuanto ha sido, es y será, y que repasando todos los matrimonios que debían de celebrarse desde el primero hasta el último, no ve ninguno mas digno que el de S. Joaquin y santa Ana de recibir á la virgen María, nido donde debia de albergarse el celestial aguilucho Cristo Jesus. Allí se posó como en un árbol del paraíso, alto en su devoción, profundo en su humildad, ancho en su caridad, verde en su esperanza, oloroso en sus buenos ejemplos, acabado en todo género de virtudes y perfecciones.

IX. Esto me hace creer que la Virgen ve con singular satisfacción que sus queridos hijos reverencien á sus padres, tan dignos por otra parte de honor y respeto. Esto me hace juzgar que ella misma da singulares gracias á Dios, á quien se reconoce infinitamente obligada por haber tenido unos padres tan santos y perfectos, porque no se considera tanto la hija de S. Joaquin y santa Ana, como la hija de la oración y de las lágrimas, de la limosna, de la hospitalidad, de la caridad, de la templanza, de la abstinencia, de la castidad, de la paciencia, de la longanimidad, de la modestia, de la justicia y generalmente de todas las virtudes que resplandecieron en S. Joaquin y santa Ana, ó por mejor decir, la hija amada de la divina providencia, que habia reunido en sus padres todas las virtudes para ensalzarla y hacerla reina de las virtudes y digna madre del rey de las virtudes.

X. Esto me hace creer que todos los plácemes y congratulaciones de los santos padres, que pusieron en el mas alto concepto á Joaquin y Ana, aun se quedaron cortos por no poder decir lo que debían y tenían en su mente. Oigamos sin embargo lo que escribieron, y no temamos hasta dónde se remontan sus pensamientos. ¡ Dichosos esposos! dice S. Juan Damasceno con otros va-

rios y en nombre de todos (1), es preciso confesar que el mundo os está infinitamente obligado, porque por vuestro medio ofreció á Dios criador un don inestimable, es decir, una hija digna de ser madre de su hijo unigénito. ¡ Oh qué exquisita es esta merced y cómo merece contarse entre las mas excelentes! Regocijese ahora santa Ana y convide á todos los habitantes de la tierra á regocijarse con ella, porque llevó en su vientre estéril las primicias de nuestra reparación y crió con su leche el fruto de toda bendición. Convide para este festejo público á Ana, madre de Samuel, y consuélense juntas de haber participado, aunque desigualmente, de una misma dicha. Llame en pos de la casta Sara á todas las mujeres estériles de la antigüedad, para que tomen parte en el gozo de su admirable fecundidad. Acudan todas las madres del mundo á honrar á la hija y á la madre y bendecir al que dió tal bendición al vientre estéril. Todos, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, vengan en tropa á tributar honor al tronco de David, de donde salió esta preciosa rama, y al sagrado vientre donde se labró la verdadera arca de la alianza. Bienaventurada una y mil veces, oh digna madre de la madre de Dios, por haber dado al mundo una hija, cuyo nacimiento es la reparación del universo. Nosotros te estamos obligados así como á tu esposo S. Joaquin, porque empezamos á respirar el aura apacible de la esperanza al aparecer esa hermosa alba del día, en quien y por quien te presentamos los testimonios de humilde reconocimiento acompañados del deseo de honrarte, mientras gocemos de las gracias que nos han sido otorgadas por tu medio (2).

(1) Orat. 4 de Nativ.

(2) Orat. 4 de nativ. B. Virg.

De las obligaciones que tenemos de honrar al patriarca S. José, esposo de la Virgen santísima.

XI. Seria una curiosidad muy desatenta querer indagar á quien estamos mas obligados, si á los padres ó al casto esposo de la Virgen, á quien de ellos se debe el primer lugar y quien es preferido en el cariño de nuestra señora. Bástenos saber que todos son grandes sin poner en parangon su grandeza y que si los padres fueron excelentes en méritos, su esposo iguala en prendas á los mas encumbrados moradores del cielo despues de ella. Dificilmente dudará de esto el que quiera considerar sus principios, su aprovechamiento y la dignidad para que fué elegido y ensalzado por Dios. Yo por mí le considero como un hermoso sol de estío, que habiendo aparecido claro y despejado al nacer va creciendo en luz y en calor hasta llegar á la mitad de su carrera. Cualquiera podrá ver que es asi como digo, tomándole no solo desde la cuna, sino desde el vientre de su madre, de donde salió con el lustre de la mas esclarecida y antigua nobleza de la tierra y con un rayo de hermosura capaz de dar honor á su esposa, la mas hermosa de las criaturas, y de levantar en la estimacion de los hombres el titulo de padre de Jesus, el mas bello de todos los principes del mundo. Si se quisieran pruebas, podria yo alegar los testimonios de muchos doctos escritores (1); pero como no quiero hacer caso de esos ornatos exteriores, me contentaré con decir que vino al mundo con tres calidades tan eminentes, que no sé si se encontraron juntas en otro.

(1) Justin. mart., Dialog. Sermon. de Nativitat. etc. contr. Triphonem: Joan. Gers.,

Su primera santificacion.

XII. La primera es la limpieza de su alma, que creo fué santificada en el vientre de su madre. Asi lo han enseñado varios autores modernos despues de Gerson, el cual en un sermon predicado al concilio de Constanza el dia de la natividad de nuestra señora aseguró que esta doctrina estaba contenida en el oficio de S. José, que se rezaba en Jerusalem. El docto escritor de la vida del santo alega la autoridad de Teófilo, patriarca de Alejandria, y de S. Juan Crisóstomo, que fueron del mismo parecer, segun afirma. La razon principal que dan todos, es que los que fueron santificados en el vientre de sus madres, obtuvieron esta gracia ó en consideracion á la dignidad á que eran ensalzados, ó á causa de la relacion que tuvieron con el Salvador, principio de toda santidad. Y si esta gracia se otorgó á Jeremias, para que desempeñara dignamente el oficio de profeta de las naciones, que le encomendaba el Espíritu Santo; si no se negó al Bautista, porque debia ser el precursor del Mesias; ¿no habrá casi necesidad de decir que el esposo de la Virgen immaculada y padre putativo, ayo y guardador del Verbo encarnado requeriria tanta santidad y pureza por lo menos como aquellos? ¿Quién perteneció mas de cerca al hijo de Dios, ni quien tuvo mejor parte en el misterio de la Encarnacion que él? Considérese que Jesus, Maria y José vivieron juntos y compusieron la sacra familia por espacio de treinta y mas años; ¿y no era conveniente que hubiese entre ellos la mas estrecha semejanza y que S. José participase de la incomparable pureza de la madre y del hijo? Parece era razonable que el hijo poseyese la santidad por naturaleza, la madre por privilegio de inmunidad y el padre por una condonacion anticipada de la culpa original y por la anticipacion de la gra-

cia santificante. S. Anselmo insta extraordinariamente en este punto diciendo que era de todo punto conveniente que no hubiese pureza igual á la de María despues de Dios; y yo digo lo mismo proporcionalmente de S. José respecto de su esposa.

Su confirmacion en la gracia.

XIII. La segunda es la confirmacion en la gracia, como enseñan los doctores citados. Hace mucho tiempo que S. Agustin abrió camino á la opinion de ellos afirmando que S. José no perdió nunca la gracia de Dios por ningun pecado actual (1); pero ellos han dicho mas y han asegurado que su libertad habia sido fortalecida con una gracia tan eficaz y extraordinaria, que se habia fijado inmutablemente en el bien no para cometer jamás ningun pecado, ni aun venial (porque esta especie de confirmacion en la gracia estaba reservada á la madre de Dios con exclusion de otro cualquiera), sino para no poder incurrir en desgracia de Dios por ningun accidente. Parece que esta segunda gracia es casi como una dependencia necesaria de la primera y que Dios al prevenir tan liberalmente á sus amigos con las bendiciones de dulzura se impone una cierta especie de necesidad de congruencia de hacerles la gracia entera y de reponerlos en la posesion inmutable de un bien tan grande.

La extincion de la concupiscencia.

XIV. La tercera es la extincion de la concupiscencia, que S. Pablo llama la ley ó mas bien la libertad licenciosa de los miembros y de los movimientos desordena-

(1) De natur. et grat.

dos de nuestro cuerpo. En este punto temeria yo dar un paso siquiera sin la guia de personas seguras, como pienso lo son los doctores susodichos y otros varios que los han seguido (1); y todo bien considerado, parece que la razon está de su parte. Con efecto pues Dios no deja jamás de proveer á aquellos á quienes destina para algun cargo, de las gracias conducentes para el digno desempeño de él, era convenientísimo que S. José elegido para acompañar, servir y agradar á la virgen mas hermosa y mas cumplida que hubo nunca, para estar á solas con ella en casa y fuera de casa, para habitar bajo de un mismo techo y sentarse á la misma mesa, todo esto en presencia de un Dios encarnado y visible, tuviese el corazon empapado en alguna celestial dulcedumbre y que su cuerpo fuera repuesto en la posesion de la justicia original. Y aunque las gracias actuales de Dios eran mas que suficientes para impedir toda clase de movimientos carnales, y además la hermosura de la Virgen antes era un estímulo de castidad que un incentivo de la concupiscencia; no obstante es razonable decir que el recato de S. José provenia de un principio interior fijo y permanente y no solo de un principio exterior ó de una gracia transitoria, en especial si se atiende á la gran semejanza que hay entre este privilegio de que trato, y la santificacion anticipada que se propuso arriba para que sirviese de fundamento á todas sus otras calidades.

Su voto de virginidad.

XV. A estos dones gratuitos como á la primera mano de una excelente santidad añadió S. José los vivos

(1) Joan. Ekius, Serm. de I. 5, c. 13: Ribad. in vita S. Jo-
S. Joseph.: Canis., De B. Virg., seph. etc.

colores de todas las virtudes y especialmente de una integridad virginal, que le asemejó á los ángeles del cielo. S. Pedro Damiano da esta doctrina por sentada y la considera como una tradicion eclesiástica que no es lícito alterar (1). S. Pedro Crisólogo (2), Hugo de S. Victor (3), santo Tomás (4), Alcuino (5) y otros muchos (6) la tienen por una verdad indudable, y varios autores graves (7) añaden que ofreció su virginidad á Dios por voto formal. Alberto Magno (8) y S. Bernardino de Sena (9) dicen mas, y es que como la Virgen y S. José fueron los primeros que prometieron á Dios vivir en perpetua virginidad, les fué respectivamente revelado este santo propósito y que antes de contraer matrimonio renovaron su voto de comun consentimiento. Esto es muy verisímil así para que la Virgen entendiese que Dios le habia dado una ayuda semejante á ella, como porque habiéndose obligado María á guardar inviolablemente la integridad virginal no podía consentir por prudencia, ni con justicia en dar dominio sobre su cuerpo á aquel cuya resolucion ignorase. De aqui es fácil inferir que á resultas del conocimiento que tuvo de la pureza de S. José, hizo singular estimacion de él y trató y conversó con él tan confiadamente como con los querubines y serafines. S. Gregorio Taumaturgo lo confirma citando á este propósito (10) la vision misteriosa de Isaías y el libro sellado que cuando le dieran al que sabe leer, y le dijeren:

(1) Epist. 41 ad Nicolaum papam.

(2) Serm. 175.

(3) In epist. ad gal. q. 3.

(4) In epist. ad gal.

(5) In cap. II Joan.

(6) Baron., Appar. : Bel-larm., Controv. 5, t. 1, lib. 2

de monach., cap. 22: Isolan., de S. Joseph., p. 4, c. 13 et 14 etc.

(7) Abul. in cap. I Mat. q. 30: Gerson y otros que refiere Canis. en el lib. 2 de B. Virg. cap. 13: Baron., tom. 4, lib. 5, cap. 7.

(8) Super Missus est, c. 38.

(9) Sermo de S. Joseph, cap. 4.

(10) Serm. 3 de Annunt.

Lee aqui; responderá: No puedo, porque está sellado (1). A mi parecer, dice S. Gregorio, este libro sellado es la purísima é inmaculada virgen María. ¿Quién es el hombre inteligente á quien fué dado, sino el patriarca san José, que comprendia muy bien los misterios de la union del Verbo divino con nuestra carne y de la virginidad fecunda de su castisima esposa? ¿Quién son los que le entregaron ese libro sino los sacerdotes y ministros del templo, que se le pusieron en las manos por expreso mandato del cielo? Mas ¿por qué dice que no puede leer en ese libro? Porque está bien informado de que María debe de concebir sin detrimento de su virginidad. ¿Y á quién está reservado el abrir ese libro sino al Espíritu Santo, que como esposo invisible de la misma esposa ha de cumplir en ella la obra de la encarnacion del Verbo sin alterar en nada el sello de su integridad? Finalmente el abad Ruperto escribiendo sobre el Cantar de los cantares nos advierte que si acaso oimos que el amado de las almas escogidas se recrea entre las azucenas, nos figuremos que es Jesus en compañía de María y de José, los cuales con justisima razon son comparados á las azucenas por sus bodas virginales y su castisima cohabitacion.

La limpieza de corazon.

XVI. No es dado pensar que la limpieza de corazon fuese menor que la del cuerpo, ya porque aquella seria poco sin esta, ya porque S. José estaba destinado al trato y comunicacion familiar del Verbo encarnado y de la virgen mas santa del mundo. Así los tres debian de formar un concierto de alabanzas á Dios, de santas aspiraciones y de generosa abnegacion y entrega en manos del mismo.

(1) Isai., XXIX.

La humildad.

XVII. Tampoco hay que dudar de su humildad, porque si tenemos derecho de conjeturar las demás virtudes de que estuvo dotado, y las singulares mercedes que recibió, por el estado á que estaba destinado y por su íntimo trato con la Virgen santísima; ¿quién no ve que militan las mismas causas para que se le conceda la humildad mas profunda, como que había de vivir en compañía de un Dios anonadado y de una criatura humildísima, es decir, en comunicacion continua de la misma humildad? Así es que algunos insignes doctores atribuyen á esta virtud del santo patriarca la determinacion que tomó para si de separarse ocultamente de su castísima esposa en cuanto advirtió que estaba preñada. La humildad y no otra causa, dicen, fué la que hizo que juzgándose enteramente indigno de habitar mas tiempo con un Dios hecho hombre y una virgen hecha madre de Dios, de ser reputado por padre del uno y esposo de la otra y de tener dominio sobre aquellos á quienes no merecian servir los ángeles del cielo, prefirió retirarse ocultamente antes que ver su humildad rendida con el peso de tanto honor. A mas de habérselo revelado así un dia la Virgen á santa Brigida, opinaron del mismo modo Orígenes, S. Basilio, Teofilacto, el autor de la obra imperfecta sobre S. Mateo, S. Bernardo y otros muchos doctores modernos; de suerte que así como despues el apóstol S. Pedro, habiendo conocido mas claramente que antes la divinidad de su maestro, exclamó poseido de extraordinario fervor y humildad: Apártate de mí, Señor, que soy pecador; del mismo modo S. José profundamente penetrado de sí y de su nada al ver preñada á una virgen (maravilla no vista, ni oida desde el principio del mundo) juzgó ser superior á sus méritos el contemplar con sus ojos y tener en sus

manos al Verbo encarnado y habitar con la que veneraban los serafines como á la madre de su soberano señor.

La justicia.

XVIII. Para no hablar de sus demás virtudes bastará decir en su elogio con el Espiritu Santo que fué justo con aquella justicia cabal que comprende la perfeccion de todas las virtudes segun Clemente Alejandrino (1). Y si se me permite valerme del razonamiento del angélico doctor, el cual enseña (2) que cuanto mas se acerca una cosa al principio de alguna perfeccion, mas participa de esta; puedo decir que habiendo estado S. José mas próximo al autor de la gracia y al principio de toda virtud que los demas del antiguo testamento, obtuvo mas gracias que todos, y él solo heredó todas las bendiciones de los mismos. Así será licito creer que en él se ve la inocencia de Abel, la pureza de Enoch, la justicia de Noé, la paciencia de Job, la fé de Abraham, la obediencia de Isaac, la fortaleza de Jacob, la castidad de José, la bondad de Moisés, la confianza de Josué, la piedad de Samuel, la sinceridad de David, la sabiduria de Salomon, la longanimidad de los patriarcas, la fidelidad de los profetas y la santidad de todos los mayores amigos de Dios: en una palabra que todo lo que estuvo repartido entre los otros, se halló reunido en él, segun convenia al esposo de aquella en quien resplandece toda la santidad de las simples criaturas. «Yo para mí tengo por cierto, dice S. Bernardino, que este varon fué excelentísimo en pureza, profundísimo en humildad, ardentísimo en la caridad, altísimo en la contemplacion, diligentísimo en procurar la salvacion del

(1) Stromat., l. 6.

(2) Part. 3, q. 27, art. 5.

mundo, todo para imitacion de aquella á quien debia de asemejarse en lo posible.» Pero ¿á qué fin voy yo mendigando pruebas de fuera, cuando tengo el testimonio doméstico é irrecusable de la misma Virgen, la cual tratando familiarmente con santa Brígida le declaró en pocas palabras las calidades y condiciones de su bienaventurado esposo? «La boca de José, le dijo, se parecia á la puerta de un templo: tal era el escrupuloso esmero con que estaba guardada. Nunca salió de ella una palabra que oliese nada á chacota, ira ó murmuracion. Estaba contentísimo con su pobreza y era muy diligente en el trabajo, muy paciente en la tribulacion y muy puntual en mi servicio. Era tan animoso en defender mi virginidad contra todos, como fiel en pregonar las maravillas de Dios cuando lo requería la ocasion. Estaba enteramente muerto al mundo y á la vanidad, como quien solo tenia aficion al cielo. Era cordialmente fiel á Dios y á sus promesas, como quien no tenia otro deseo que verlas cumplidas. Vivía santamente retirado y recogido en su interior, como quien nada tenia que tratar con los hombres y ponía todos sus pensamientos en contentar á Dios, único bien de su corazón.»

El primer designio de Dios sobre S. José fué hacerle esposo de la Virgen.

XIX. Asi como en la ciudad santa, de que se habla en el capítulo XXI del Apocalipsis, echó Dios los fundamentos de rubies, zafiros, esmeraldas y piedras preciosas para levantar sobre ellos paredes de jaspe y pórvido y puertas de perlas de enorme tamaño; de la misma manera el gran arquitecto del universo puso en san José tantas virtudes peregrinas para servir de fundamento á tres admirables designios ejecutados con gloria suya, honor del santo y pasmo de todo el mundo. El

primero fué hacerle esposo de la madre de su hijo unigénito y presentarnos por este medio la idea del matrimonio mas santo y perfecto que ha habido jamás. En primer lugar se contrajo entre dos personas las mas ilustres en nobleza, perfecciones naturales, gracias gratuitas, méritos, pureza y toda clase de virtudes. En segundo fué ejecutado y dirigido por la suma sabiduría de Dios, inspirando á los sacerdotes en cuyo poder estaba entonces la Virgen, los medios de llevarle al cabo y contribuyendo por su parte con sucesos maravillosos, como diré en el capítulo XI. En tercero fué un matrimonio verdadero y perfecto, y por tal le declara el Espíritu Santo en las sagradas escrituras, en los concilios y en los escritos de los antiguos padres. En cuarto fué acompañado de todas las bendiciones que pueden imaginarse en un matrimonio. Tuvo la fecundidad, que es uno de sus primeros frutos, porque aunque el Salvador no nació por la via ordinaria, no obstante S. Agustín no tiene reparo en llamarle el fruto del matrimonio virginal. Fué santo en perfeccion, santo en la persona del esposo, mas santo en la de la esposa, santísimo en la del hijo, que fué Jesus. Fué ejemplarísimo en la paz, concordia y amor mútuo, porque se amaron el uno al otro con el amor mas casto, santo y cabal que hubo jamás. Se amaron con un amor natural fundado en las singulares calidades de ambos y en las grandísimas semejanzas que tenían en nobleza, parentesco (como descendientes de dos hermanos), hermosura corporal, gracia, genio apacible y toda clase de perfecciones. Se amaron con un amor adquirido y aumentado por un largo trato, por continuos servicios, por la comunicacion de sus corazones y por todas las demostraciones que puede producir una amistad honesta y sincera. Se amaron con un amor sobrenatural en consideracion de las gracias extraordinarias que ad-

vertian el uno en el otro de resultas de la elección que Dios habia hecho de ellos, y por amor de Jesus, honor de su matrimonio y vínculo sagrado é indisoluble de su recíproco cariño. ¡Oh matrimonio mas celestial que terreno y mas angelical que humano! «¿Quieres, decia S. Gregorio Nazianceno á su hermano, que en pocas palabras te manifieste quién era el marido de Gorgonia? Pues era el marido de Gorgonia, y eso basta; porque este breve elogio comprende en sustancia todo lo que puedo decir á un hombre de raro mérito.» «¿Deseais saber, pregunta el abad Ruperto (1), quién era S. José? Pues le conocereis por estas pocas palabras que suelta como al paso el evangelista S. Mateo: Era el esposo de María. No preguntéis mas, porque en oyendo decir que es el esposo y la cabeza de la madre de Dios y por consiguiente el padre putativo del Salvador, tenéis motivo para formar la idea mas alta que vuestro entendimiento puede concebir (2).»

El segundo designio fué hacerle padre de su hijo.

XX. Mas sin pensar he indicado el segundo designio que Dios tenia sobre S. José, que era hacerle padre putativo de su amado hijo. Mas no quisiera yo que al oír este nombre se juzgase que no fué padre mas que en la opinion y estimacion de los hombres, porque el Espíritu Santo (3) y la Virgen (4), que no se gobernaban simplemente por opinion, le dieron sin reparo el nombre de padre. No permita Dios que intente yo agraviar en nada la pureza mas que angelical de la inmaculada

(1) De gloria et honore filii in la nota D al fin del tomo.
hominis, in cap. I Mat., lib. 4. (3) Luc. II.
(2) Véase la adición de la madre M. J. de Blemur, que va (4) Ibid.

madre de Jesus; mas asiento siguiendo á S. Juan Crisóstomo (1), á S. Agustin (2) y á los otros doctores que exceptuada solamente la generacion corporal fué padre de todos los modos que pueden convenir á este título. «Fué padre del Salvador, dice S. Agustin, no en sola la creencia de los hombres, sino en la realidad, en cuanto Jesus era por naturaleza hijo de su verdadera y legitima esposa, sobre la cual tenia dominio segun la sentencia del Apóstol, que la mujer no es dueño de su cuerpo, sino el marido á quien ha transferido el derecho de él. Esto es mucho mas cierto por cuanto María habia concebido aquel hijo despues de contraído el matrimonio y despues que su casto esposo habia adquirido derecho sobre el cuerpo de ella. Fué padre por dominio, como que era el verdadero y legitimo superior de la madre y del hijo en cuanto hombre; superioridad que el divino niño respetó toda su vida obedeciendo mas puntualmente á san José que ningun hijo á su padre.» «En cuanto el criador de todas las cosas, dice el elocuente obispo de Ravena, redujo su grandeza á la pequeñez de nuestra carne, quiso tener su patria al modo de los hombres y ser reputado como habitante de la Judea: quiso tener padres, él que era el padre comun de todos, para convidar por amor, atraer por caridad, ganar por afecto y cautivar por exceso de benignidad á aquellos que el temor y la dominacion habian enajenado y como desterrado de la bondad de Dios. Adviértase que los despachos de la superioridad de san José estan registrados en la corte celestial y que se le conserva su derecho en todo y por todo. Con efecto si se trata de dar al Salvador el nombre de Jesus, se encarga la comision á S. José lo mismo que á la Virgen. Si hay que huir á Egipto por libertar al divino niño de la perse-

(1) Homil. 4 in Mat. (2) De consens. Evang., l. 2, c. 4.

cucion de Herodes, el ángel habla inmediatamente á san José. Si hay que volver á Nazareth, S. José recibe la orden. En fin José lo ordena y dispone todo. Fué padre, porque alimentó y sustentó á Jesus. ¡Oh qué leal y prudente debia de ser este varon, dice S. Bernardo (1), cuando solo él fué buscado por Dios para ser el consuelo de su madre, el sustentador de su carne y la ayuda fidelísima del ángel del gran consejo! Fué padre por amor y cariño: nunca hubo un corazon, ni una ternura paternal semejante á la del santo patriarca.

XXI. Con efecto, Dios mio, ¿quién podrá explicar los raptos de amor de aquel corazon, cuando vió delante de sí al criador de todas las cosas recién nacido, cuando le vió derramar su sangre en la circuncision, cuando le vió adorado de los magos y cuando presencié los otros misterios que causan tanta dulcedumbre á los que solo los ven con la consideracion? ¿Quién podrá expresar las ansias que sentia cuando tenia, abrazaba y besaba á aquel niño divino, cuando le vestia y desnudaba, cuando le acariciaba y era acariciado de él, cuando Jesus ya grandecito le llamaba padre tartamudeando, cuando ya mayor le obedecia puntualmente, trabajaba en compañía de él y de paso le echaba unas miradas capaces de inflamar en amor á los corazones mas frios? Si José salia de casa para los asuntos domésticos, el niño Jesus le daba un beso por despedida, y á la vuelta le abrazaba y le ofrecia algun refrigerio con un talante que arrebatava á los ángeles del cielo. José estaba embobado viendo al divino niño hacer todas las haciendas domésticas con una gracia y diligencia singular. Mas cuando hablaba á sus padres de las cosas celestiales y tenia con ellos unos razonamientos mas sabrosos que todas las delicias ima-

(1) Homil. 3 super Missus.

ginables; ¿qué corazon no se hubiera derretido de gusto y de contento? El pasar esta vida y gozar de esta compañía durante treinta años en medio de las inocentes caricias de Jesus niño, del recato y honestidad de su adolescencia y de los ejemplos y documentos divinos de su edad viril y en el trato de la mujer mas cabal, santa y amable que ha existido jamás, ¿qué otra cosa era que vivir siglos enteros en la compañía de los espíritus bienaventurados? ¿Quién podria declarar cuánto agradecia el Salvador á S. José tantas penas y fatigas como se tomaba por él? Mas ¿quién podria decir el aprecio que Dios hizo de él, ensalzándole á la dignidad de padre, ayo y tutor de su único hijo? Si el amor de Jesus á S. Juan se conoce bastante en haberle encomendado su santa madre al tiempo de morir; si el que tuvo á S. Pedro, se manifestó en el encargo de apacentar á sus ovejas; y si todos los santos ponen á uno y á otro en las estrellas por tales muestras de cariño; ¿qué estimacion habremos de hacer del glorioso patriarca S. José? Yo por mi parte desisto de toda comparacion; pero debo de confesar que despues del título de madre de Dios no encuentro otro en la tierra que se asemeje al de padre. Con efecto ¿á qué ángel dijo jamás el Verbo encarnado: Tú eres mi padre, mi ayo y mi superior por encargo formal de mi padre celestial? Esta consideracion me detiene y me hace juzgar tienen razon los que dicen que S. José no cede en nada á los espíritus gloriosos, pues es ángel por integridad, arcángel por oficio, principe por poder, potestad por comision, virtud por accion, dominacion por empleo, trono por servicio, querubin por conocimiento y serafin por amor.

El tercer designio fué darle un asiento particular en el cielo.

XXII. Muchos graves y sabios doctores (1) fundan en tantas grandezas una piadosa creencia, y este es el tercer designio que Dios tuvo sobre S. José y en el que terminan todos los demas; á saber, que fuese colocado en el cielo inmediatamente debajo de su esposa la Virgen santísima. Sus razones no son livianas, porque en primer lugar dicen que S. José tiene mejor parte que nadie despues de María santísima en el misterio de la encarnacion del Verbo y que asi como la sagrada familia se compuso en la tierra de tres personas, Jesus, María y José, del mismo modo es muy razonable que en el cielo se forme un órden particular de ellos tres. En segundo lugar dicen que S. José por estado fué encumbrado sobre todos los órdenes de los santos del viejo y nuevo testamento, y que asi como el oficio de padre del Salvador no tiene igual sobre la tierra, asi exige en el cielo un lugar superior al de todos los que llevaron el titulo de siervos y se emplearon en las comisiones ordinarias de la casa de Dios. En tercer lugar (2) dicen que los dilatados y continuos servicios hechos por él al hombre Dios llevan una ventaja en cierto modo infinita á todas las obras de los otros: finalmente que como despues de su casta esposa estuvo unido al principio de toda santidad mas que nadie, pide la razon que participase de ella

(1) Bernard. Senens. Concio de S. Joseph: Gerson, Sermó de nativit. Virg.: Osorius, Serm. 4 de S. Joseph.: Granat., De mysterio Incarnation., cap. 20: Barard., tom. 4 Concordiæ, l. 6, c. 8: Suarez, tom. 3, in 3 part., disput. 8, sec. 4: Morales in cap. I Mat., l. 5, tract. 14: Bernardin. de Bustis, p. 4: Cartagen., de sacr. arcanis Deiparæ et Joseph, lib. 8, hom. ult.: Isid. Isolanus, de S. Joseph, part. 40, c. 2, etc.

(2) Isolan. en el lugar citado.

mas que todos y por consiguiente debe de entrar en posesion de la gloria con la misma proporcion.

XXIII. Añaden (1) que su hijo el rey del cielo, deseoso de remunerarle de todos los modos posibles, le distinguió con preciosas aureolas y en especial con la de la virginidad que guardó escrupulosamente, la del doctorado que ejerció con honor, y sobre todo durante la mansion en Egipto, y la del martirio por su acendrada caridad, la cual le hizo ofrecer mil veces su vida por su hijo y su Dios perseguido de muerte.

La devocion á S. José.

XXIV. Por último concluyen que uno de los medios mas excelentes que tenemos para captarnos la gracia y amistad de Dios, es gozar del favor de S. José: porque no se crea que el Salvador siente ver honrados y ensalzados á los santos, á quienes quiere infinito; al contrario se alegra de que sean rogados y venerados de todos. Las puertas del cielo estan siempre abiertas para recibir á los que van á cortejar á los bienaventurados, de que se huelga el rey de la gloria; pero sobre todo de que sea engrandecido el patriarca S. José por tantos y tan buenos servicios como recibió de él cuando vivia en carne mortal en la tierra. Jesucristo mismo convida á los hombres para que recurran á él como á quien goza de todo poder con su divina majestad. A este fin promueve de dia en dia su gloria y descubre cada vez mas sus excelencias á la iglesia alumbrándola hasta que llegue á la claridad del medio dia. De ahí proviene que diariamente vemos crecer á este gran santo en la estimacion de los hombres, en particular de los mas provecotos en la virtud, y

(1) Isolan. en el lugar citado.

todos se cobijan hoy á porfia bajo de su proteccion. Los magnates y poderosos se reputan honrados con su valimiento, considerándole muy grande según la nobleza del mundo é incomparablemente mayor por las relaciones que tuvo con Dios. Los pequeños acuden á él con toda confianza, porque no se desdenó de vivir en su condicion y de seguir la suerte de ellos. Los contemplativos imploran su favor para introducirse con Jesus y Maria, con quienes él trató tan familiarmente. Los que se ocupan en la vida activa ó mixta, le eligen por su deschado, considerando cuán hábilmente concilió las dos, y los dos medios que tenemos para nuestro aprovechamiento espiritual. Los religiosos hallan en la familia de S. José la verdadera idea de una familia regulada y en su conducta la suma de toda perfeccion. Las vírgenes le eligen por abogado lo mismo que los casados: los caminantes se le encomiendan: en una palabra las personas de todas clases y de todos paises acuden á él como á padre y comun protector en todos los negocios. Los enfermos, los moribundos, los afligidos y atribulados, todos hallan en él el auxilio que apetecen, y ninguno deja de experimentar la eficacia de su poder.

XXV. ¿Quién creerá que mostrando Jesus tanta inclinacion á que su padre putativo sea venerado de todos en la tierra y en el cielo, ha de olvidarse la Virgen de los servicios pasados y de los infinitos testimonios de perfecta amistad que se dieron mutuamente? ¿Quién no se persuadirá á que ahora que tiene ella un poder soberano, ha de procurar por todos los medios que sean reconocidos y remunerados como se debe los méritos de su casto esposo? ¿Quién no creerá que entre las deudas de sus buenos siervos lleva particular cuenta de todo lo que hacen para promover la honra de este santo? No quiero mas prueba que lo que aconteció á santa Teresa de Jesus el mismo dia de la Asuncion. Tenia la santa

singular devocion al patriarca S. José y la manifestaba por todos los medios que podia sugerirle su amor. Una de las cosas que mas deseaba, era erigir el primer convento de carmelitas descalzos en Avila bajo la advocacion de S. José; pero no parece sino que el cielo y la tierra se oponian á su intento: tantas eran las contradicciones que experimentaba. Finalmente el dia de la Asuncion estando en oracion advirtió que le vestian una túnica blanca y extraordinariamente resplandeciente. Al principio no vió á los que se la vestian; pero de allí á un rato conoció que eran la madre de Dios por un lado y S. José por el otro, quienes le hacian caricias muy extraordinarias. Mas lo que le inundó el corazon de indecible júbilo, fué que la madre de Dios cogiéndola de la mano y tocándola suavemente le dió gracias por el afecto y buena voluntad que tenia á su santo esposo. Ademas le manifestó el contentamiento que recibia de ello, y le dijo que no se apurase por nada; que á pesar de toda la oposicion ellos la asistirian fiel y constantemente; que su amado hijo andaria con ella según se lo habia prometido; que se haria el convento; y que en él serian en gran manera honrados y servidos los tres, es decir, Jesus, Maria y José. En confirmacion de todo esto le regaló una flor de oro con una cruz tan brillante, que afirmaba no haber otra cosa igual en la tierra. Luego se remontó hácia el cielo en compañía de S. José y seguida de innumerable muchedumbre de espíritus bienaventurados, dejando tan consolada á la santa y tan deseosa de emplearse en el servicio de Jesus, Maria y José, que estuvo largo rato sin poder menearse, ni hablar. Son indecibles las gracias que despues recibió por la intercesion del santo patriarca; de lo que no podemos tener mejor prueba que su propia confesion. Afirmó diferentes veces que habia experimentado en muchas ocasiones los efectos del valimiento de que goza S. José en

el cielo, añadiendo que le parecia haber conocido que conserva allá arriba una cierta potestad de padre á resultas de la que Dios mismo le habia concedido sobre su hijo mientras vivia este en la tierra, y que se persuadia á que no habia otra intercesion mas poderosa despues de la de la Virgen que la de su santo esposo.

XXVI. Hallándose atormentado de una recia calentura en Valladolid el P. Baltasar Alvarez, confesor y director espiritual de la santa por mucho tiempo, un religioso de la compañía que le asistia, le enseñó una imágen de nuestra señora y de S. José y le dijo que se encomendase al glorioso esposo de la Virgen. El P. Baltasar le respondió: «Tiene razon V. R., porque esa señora me lo ha mandado así (señalando la imágen de la Virgen).» Admirado de esta respuesta el otro religioso preguntó al hermano Juan Sanchez que le habia acompañado á Roma, si sabia alguna particularidad de la devocion del P. Baltasar á S. José. El hermano le respondió que se acordaba muy bien de que una mañana despues de haber hecho oracion juntos en el santuario de Loreto le dijo el padre al salir: «La Virgen santísima me ha entrado en ganas de ser devoto de S. José.» Bastante era esto para un hombre tan reservado en hablar de lo que tocaba á él.»

XXVII. Juan Gerson profesó toda su vida una devocion tan cordial á la madre de Dios, que no puede ponderarse, y yo creo que la misma señora le habia hecho aficionarse tanto á la de S. José. Escribió un buen poema en loor del santo patriarca y un panegirico que predicó el dia de su fiesta. Tambien compuso una misa y un oficio entero para la misma. Dirigió diferentes cartas á muchos prelados rogándolos que hicieran celebrar la fiesta del santo, y otra al duque de Berri persuadiéndole con poderosas razones á que contribuyera todo lo posible á propagar esta devocion. Todas estas

son muestras ciertas de la piedad del ilustre canciller de Paris.

XXVIII. Así se complace Dios en honrar y ensalzar á los que despreciaron las honras. Así realza Jesucristo la gloria de su padre putativo, y la Virgen procura dar á conocer á los hombres los méritos de su castísimo esposo. Así los que quieren agradar al uno y al otro, hacen todo lo posible por servirle y publicar sus grandezas y procuran descubrir á los otros el tesoro que han hallado en la asistencia y el favor de este santo (1).

§. VII.—El sétimo rasgo de amor es hablar á Maria por inteligencias secretas.

I. El corazon es muy hablador, especialmente cuando ama; pero no es menos ingenioso. Con efecto viendo que no podia la lengua y mucho menos la pluma seguirle, inventó ciertas cifras harto mas misteriosas que los geroglificos egipcios, y á las veces con una sola letra ó muy pocos caracteres dice mucho mas que el papel en varias páginas. El corazon herido del amor divino no es menos elocuente, ni ingenioso que el otro y además tiene la ventaja de que como habla el lenguaje del cielo, es entendido fácilmente. Quiero encerrarme en mi recinto y no alargar mi discurso mas allá que los siervos de la madre de Dios. Luego que la aman ardentemente, quisieran hablarle siempre, conversar siempre con ella y no apartarse jamás de ella. Quisieran amarla y honrarla sin fin y decirle repetidas veces lo que pasa en su corazon. Pero ¿cómo lo han de hacer en este mundo y en medio del tráfigo de tareas y negocios que suelen ocupar toda el alma, aunque fuera mas capaz de lo que es? El amor ha discurrido el medio haciendo pacto

(1) Véase al fin del tomo la adición de la madre M. J. de Blemur, que va en la nota E.

el cielo, añadiendo que le parecia haber conocido que conserva allá arriba una cierta potestad de padre á resultas de la que Dios mismo le habia concedido sobre su hijo mientras vivia este en la tierra, y que se persuadia á que no habia otra intercesion mas poderosa despues de la de la Virgen que la de su santo esposo.

XXVI. Hallándose atormentado de una recia calentura en Valladolid el P. Baltasar Alvarez, confesor y director espiritual de la santa por mucho tiempo, un religioso de la compañía que le asistia, le enseñó una imágen de nuestra señora y de S. José y le dijo que se encomendase al glorioso esposo de la Virgen. El P. Baltasar le respondió: «Tiene razon V. R., porque esa señora me lo ha mandado así (señalando la imágen de la Virgen).» Admirado de esta respuesta el otro religioso preguntó al hermano Juan Sanchez que le habia acompañado á Roma, si sabia alguna particularidad de la devocion del P. Baltasar á S. José. El hermano le respondió que se acordaba muy bien de que una mañana despues de haber hecho oracion juntos en el santuario de Loreto le dijo el padre al salir: «La Virgen santísima me ha entrado en ganas de ser devoto de S. José.» Bastante era esto para un hombre tan reservado en hablar de lo que tocaba á él.»

XXVII. Juan Gerson profesó toda su vida una devocion tan cordial á la madre de Dios, que no puede ponderarse, y yo creo que la misma señora le habia hecho aficionarse tanto á la de S. José. Escribió un buen poema en loor del santo patriarca y un panegirico que predicó el dia de su fiesta. Tambien compuso una misa y un oficio entero para la misma. Dirigió diferentes cartas á muchos prelados rogándolos que hicieran celebrar la fiesta del santo, y otra al duque de Berri persuadiéndole con poderosas razones á que contribuyera todo lo posible á propagar esta devocion. Todas estas

son muestras ciertas de la piedad del ilustre canciller de Paris.

XXVIII. Así se complace Dios en honrar y ensalzar á los que despreciaron las honras. Así realza Jesucristo la gloria de su padre putativo, y la Virgen procura dar á conocer á los hombres los méritos de su castísimo esposo. Así los que quieren agradar al uno y al otro, hacen todo lo posible por servirle y publicar sus grandezas y procuran descubrir á los otros el tesoro que han hallado en la asistencia y el favor de este santo (1).

§. VII.—El sétimo rasgo de amor es hablar á Maria por inteligencias secretas.

I. El corazon es muy hablador, especialmente cuando ama; pero no es menos ingenioso. Con efecto viendo que no podia la lengua y mucho menos la pluma seguirle, inventó ciertas cifras harto mas misteriosas que los geroglificos egipcios, y á las veces con una sola letra ó muy pocos caracteres dice mucho mas que el papel en varias páginas. El corazon herido del amor divino no es menos elocuente, ni ingenioso que el otro y además tiene la ventaja de que como habla el lenguaje del cielo, es entendido fácilmente. Quiero encerrarme en mi recinto y no alargar mi discurso mas allá que los siervos de la madre de Dios. Luego que la aman ardentemente, quisieran hablarle siempre, conversar siempre con ella y no apartarse jamás de ella. Quisieran amarla y honrarla sin fin y decirle repetidas veces lo que pasa en su corazon. Pero ¿cómo lo han de hacer en este mundo y en medio del tráfigo de tareas y negocios que suelen ocupar toda el alma, aunque fuera mas capaz de lo que es? El amor ha discurrido el medio haciendo pacto

(1) Véase al fin del tomo la adición de la madre M. J. de Blemur, que va en la nota E.

solemne con la reina del cielo de que cuando él diga tal ó cual palabra, sea como si hubiese dicho muchas mas según lo convenido entre ellos. Como la práctica de este convenio es muy cómoda y no menos provechosa, pienso dilucidarla algo mas en favor de aquellos que quieren amar á la madre de amor con todo su corazón.

II. Escoja pues el que quiere ser enteramente de ella, algun dia favorable para abrirle su pecho y contratar con ella de esta manera: Oh madre, único deseo de mi corazón despues de Dios, si lo permitiera mi condicion mortal, nunca querria apartarme de tu lado; pero ya que no me es dado gozar continuamente de esta dicha, quiero disfrutarla lo mas frecuentemente que pueda. Ve aqui el pacto irrevocable que intento hacer hoy contigo para ese objeto, ya que con tu clarísimo entendimiento previenes los movimientos de nuestro corazón.

Yo te amo.

III. Siempre que levante mi alma á ti, oh Virgen santísima, y te diga solamente: Te amo, mi querida madre; quiero y entiendo que sea como si dijera: Te amo con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas, con todas mis potencias; te amo mas que á todas las criaturas; te amo mas que á mi cuerpo, mas que á mi alma, mas que á mi honor, mas que á mi contento, mas que á mi salud, mas que á mi vida, mas que á mi salvación eterna.

Te ofrezco.

IV. Cuando yo diga: Te ofrezco, oh reina de las grandezas; sea lo mismo que si te dijera: Te ofrezco mi corazón, mi salud, mi honor, mi contento y mi vida; te ofrezco todo el honor que hasta ahora se te ha tri-

butado en el cielo y en la tierra; te ofrezco todos los buenos deseos que he tenido de honrarte y servirte, todos los deseos de los santos, todas las bendiciones que se te han de dar durante la eternidad; te ofrezco todo lo criado con la misma buena voluntad con que te lo ofrecería, si fuese mio.

Me congratulo.

V. Cuantas veces pase por mi corazón ó salga de mis labios esta expresion: Me congratulo, séate tan agradable como si yo dijera: Me congratulo de tus grandezas y excelencias; me congratulo de que eres la maravilla de las criaturas, la obra acabada y perfectísima de naturaleza, de gracia y de gloria; me congratulo de la felicidad de que gozas, del poder que tienes, y del dominio que posees; me congratulo del honor que se te tributa, y especialmente de verte tan encumbrada y ensalzada, que ninguna criatura puede igualar á tus méritos por ningunos servicios ú honor.

Quisiera.

VI. Si alguna vez te dice mi espíritu: Yo quisiera, madre mia; estas pocas silabas equivalgan á decirte: Quisiera tener el medio de honrarte yo solo tanto como las demas criaturas; quisiera tener un corazón capaz de amarte como deséas; quisiera poseer toda la grandeza y gloria del mundo solamente para ponerla á tus pies; quisiera que todos los sentidos y miembros de mi cuerpo y todas las potencias de mi alma se convirtiesen en lenguas para bendecirte y hacerte amar de todos.

Tú eres.

VII. Cuando yo te diga: Tú eres; há de entender lo siguiente: Tú eres la honra del cielo y de la tierra;

tú eres la madre incomparable, la protección de los justos y el refugio de los pecadores; tú eres mi contento y mi alegría, mi fortaleza, mi valor, mi esperanza, mi dulzura, mi todo; tú eres el blanco de mis deseos, el deseo de mi alma, el alma de mis designios, el designio de mi vida, la vida de mi espíritu, el espíritu de mis afectos.

VIII. Si mi corazón llega á articular estas dos palabras: Yo soy; sea como si dijese: Yo soy, oh madre admirable, tu siervo humildísimo y obligadísimo, aunque indigno, y el hijo de tu pobre sierva; yo soy el menor de los tuyos y el último de los que tienen la confianza de llamarte madre y acordarse de tí; yo estoy enteramente á tu disposición y resuelto á seguir todos los impulsos de tu voluntad: haz conmigo lo que te parezca, y dispon de mi vida y de todo lo que me toca, como de cosa totalmente tuya.

IX. Baste esto para abrir el camino á quien halle gusto en este ejercicio, porque en cuanto empiece á ensayarle, el amor ingenioso le sugerirá otros muchos pensamientos y otras invenciones que las mías. Solamente añadiré que para no olvidar esta santa práctica conviene de cuando en cuando renovar el pacto y reiterar las mismas protestas, y luego usar á menudo de esas breves expresiones á todas las horas del día y en cualesquier actos de la vida, en fin lo mas frecuentemente que sea posible para sazonar con estas dulces aspiraciones todas las obras del día.

X. Desde luego los teólogos examinarán el mérito de estas mociones interiores con la severidad de sus razones: por mi parte siempre estaré pronto á someter mi juicio al suyo; no obstante sé que en el cielo hay gran-

des dulcedumbres y suma caridad para aquellos que tienen el corazón recto y puro. De estos arcanos que no son enteramente de la competencia de las escuelas, solo la experiencia puede hablar y juzgar dignamente. Mas basta que estas mociones agraden á nuestra amorosa madre, para que los que las sienten, vean de todo punto cumplidos sus deseos.

CAPITULO V.

DEL ZELO DE LAS ALMAS; CUARTO RECONOCIMIENTO QUE SE DEBE A LAS GRANDEZAS DE LA MADRE DE DIOS.

El zelo es la espada del amor, el cual vuelve la punta de ella contra lo que turba la pacífica posesion de la cosa amada ó contraria el contento del amigo. Por eso cuanto mas ardiente es el amor, dice santo Tomás (1) despues de S. Dionisio (2), mas se enardece para repeler cuanto se opone á su goce ó al bien de la persona amada. Esta es la razon por que yo le doy lugar inmediatamente despues del amor. Si alguno desea saber qué relacion tiene el zelo con el reconocimiento que se debe á las grandezas de la Virgen, voy á satisfacerle.

§. I. — Que el zelo de las almas es un reconocimiento muy grato á la madre de Dios.

1.º A causa del amor que tiene á Dios y á las almas: 2.º á causa del interés que se toma por ellas.

I. Cuando se prende fuego en la casa de un amigo nuestro y va propagándose de aposento en aposento y

(1) 1.º secund. q. 28, art. 4. del (2) De div. nom., cap. 4.

tú eres la madre incomparable, la protección de los justos y el refugio de los pecadores; tú eres mi contento y mi alegría, mi fortaleza, mi valor, mi esperanza, mi dulzura, mi todo; tú eres el blanco de mis deseos, el deseo de mi alma, el alma de mis designios, el designio de mi vida, la vida de mi espíritu, el espíritu de mis afectos.

VIII. Si mi corazón llega á articular estas dos palabras: Yo soy; sea como si dijese: Yo soy, oh madre admirable, tu siervo humildísimo y obligadísimo, aunque indigno, y el hijo de tu pobre sierva; yo soy el menor de los tuyos y el último de los que tienen la confianza de llamarte madre y acordarse de tí; yo estoy enteramente á tu disposición y resuelto á seguir todos los impulsos de tu voluntad: haz conmigo lo que te parezca, y dispon de mi vida y de todo lo que me toca, como de cosa totalmente tuya.

IX. Baste esto para abrir el camino á quien halle gusto en este ejercicio, porque en cuanto empiece á ensayarle, el amor ingenioso le sugerirá otros muchos pensamientos y otras invenciones que las mías. Solamente añadiré que para no olvidar esta santa práctica conviene de cuando en cuando renovar el pacto y reiterar las mismas protestas, y luego usar á menudo de esas breves expresiones á todas las horas del día y en cualesquier actos de la vida, en fin lo mas frecuentemente que sea posible para sazonar con estas dulces aspiraciones todas las obras del día.

X. Desde luego los teólogos examinarán el mérito de estas mociones interiores con la severidad de sus razones: por mi parte siempre estaré pronto á someter mi juicio al suyo; no obstante sé que en el cielo hay gran-

des dulcedumbres y suma caridad para aquellos que tienen el corazón recto y puro. De estos arcanos que no son enteramente de la competencia de las escuelas, solo la experiencia puede hablar y juzgar dignamente. Mas basta que estas mociones agraden á nuestra amorosa madre, para que los que las sienten, vean de todo punto cumplidos sus deseos.

CAPITULO V.

DEL ZELO DE LAS ALMAS; CUARTO RECONOCIMIENTO QUE SE DEBE A LAS GRANDEZAS DE LA MADRE DE DIOS.

El zelo es la espada del amor, el cual vuelve la punta de ella contra lo que turba la pacífica posesion de la cosa amada ó contraria el contento del amigo. Por eso cuanto mas ardiente es el amor, dice santo Tomás (1) despues de S. Dionisio (2), mas se enardece para repeler cuanto se opone á su goce ó al bien de la persona amada. Esta es la razon por que yo le doy lugar inmediatamente despues del amor. Si alguno desea saber qué relacion tiene el zelo con el reconocimiento que se debe á las grandezas de la Virgen, voy á satisfacerle.

§. I. — Que el zelo de las almas es un reconocimiento muy grato á la madre de Dios.

4.º A causa del amor que tiene á Dios y á las almas: 2.º á causa del interés que se toma por ellas.

I. Cuando se prende fuego en la casa de un amigo nuestro y va propagándose de aposento en aposento y

(1) 4.º secund. q. 28, art. 4. del (2) De div. nom., cap. 4.

comunicándose de un piso á otro con ruina y destrucción de todo cuanto encuentra, es indudable que el servicio mas grato que podemos hacer á aquel, es emplear toda nuestra industria en salvar lo que nos consta que tiene en mayor estimacion y cuya pérdida por consiguiente le seria mas sensible. El fuego del pecado ha prendido en la casa de Dios, que es tambien la de la Virgen, y el incendio va cundiendo de dia en dia y haciendo nuevos estragos; ¿y creemos nosotros que nos es lícito estar con los brazos cruzados preguntando lo que hay que hacer? ¿No es casi estolidez cuando la cosa habla por sí y cuando vemos á los demas ir á buscar agua y procurar atajar el fuego por todos los medios posibles? ¿No es una indiscrecion preguntar á la señora de la casa si le agrada que acudamos en su auxilio? En primer lugar para hacer semejante pregunta es preciso dudar antes que María ama á Dios, cuyas son las almas que corren peligro de perecer. Y si no podemos dudar de esto sin impiedad, ¿por qué hemos de dudar que se complazca en vernos acudir en socorro de ellas y procurar conservar todas las que podamos? Viendo Afrates que el emperador Valente tenia la tea en la mano para incendiar la casa de Dios, abrasado de un fuego mas voraz abandonó su amada soledad y marchó apresuradamente á Antioquia para socorrer hasta el último aliento á los que corrian riesgo de perecer, y morir en medio de las llamas, si era necesario (1). Santa Catalina de Sena estaba dispuesta á tapar con su cuerpo la boca del infierno para impedir que bajasen á él las almas. S. Pablo se ofrecia á ser anafema por sus hermanos, siempre que esto aprovechase á los de su nacion. Estos santos con una centella de caridad que habia prendido en su corazon, hubieran dado

(1) Theodoret., Hist. eccles., lib. 4, cap. 24.

sus cuerpos y sus almas por impedir las ofensas de Dios y la perdicion de un solo hombre; ¿y nos figuraremos nosotros que la desolacion del reino de Dios sea una cosa indiferente á la Virgen ó que la tema ella débilmente, cuando su corazon es un incendio de amor capaz de abrasar al mundo entero?

II. Mucho es lo que acabo de decir; pero todavia hay mas, porque aunque no fuera otra cosa, su propio interés la obligaria á gritar pidiendo agua y á emplear todos los operarios que pudiese á fin de atajar el fuego. Estaria obligada como reina y como señora, que perderia todos los súbditos que pudiesen en el incendio. Estaria obligada como esposa, que debe tomar parte en todas las satisfacciones y disgustos de su esposo. Estaria obligada como madre, cuyas entrañas se parten de dolor siempre que ve la ruina de alguno de los suyos. Digo como madre, porque deyo demostrado suficientemente en otro lugar que todos los hijos de salvacion fueron concebidos en su seno, llevados en su vientre, criados con su leche y educados por su industriosa caridad. Digase ahora si tal madre puede ver sin dolor la perdicion de sus queridos hijos ó dejar de salvar á los que corren desalados hácia el precipicio.

2.º A causa del amor que tiene á su hijo.

III. Pero ¿qué diré del amor incomprensible que tiene á su hijo, y de la estimacion que hace de la preciosa sangre derramada por él para salvar á las almas? ¡Oh qué herida recibiria siempre que se pierde esa sangre por culpa de los hombres, si pudiera ahora penetrar la tristeza en su corazon! Al contrario ¿de cuánto gozo le sirve ver que cae en buena tierra y produce los frutos apetecidos! ¿Con qué ojos mirará á los que recogen hasta la última gota de ella y procuran sea aprovechada; ¿Qué

aliento les infundirá para que no se cansen jamás de este ejercicio! ¡Qué gracias les impetrará para que lleven dignamente al cabo tan santa resolución! ¡Con qué afecto bendecirá sus designios y protegerá sus empresas! Dejo aparte otras innumerables consideraciones, que la hacen amar de los que trabajan en el zelo de las almas por llegar pronto á la práctica.

§. II. — Diversos caracteres del zelo de las almas.

Sentimiento por la perdición de las almas.

I. El primer carácter es un sentimiento cordial de la perdición de las almas y un deseo ardiente de impedir á toda costa la desgracia eterna de ellas. Jesucristo comparaba este deseo al hambre y á la sed, que hacen despreciar las coronas y acometer cosas singulares á los que son atormentados de ellas. El real profeta decia (1) que este deseo era un fuego que le devoraba y le hacia caer en un deliquio de todas sus potencias. Ese deseo causaba en S. Pablo unos sentimientos semejantes á los de una madre que se aflige cuando está enfermo su hijo, se abate viéndole desfallecer, se consume á medida que él empeora, y no quiere la vida si llega él á morir. Ese deseo hacia que S. Juan Crisóstomo hablase así á sus hijos espirituales en una homilia sobre los Hechos de los apóstoles: Creedme que para mí no hay nada en el mundo preferible á vuestro bien. No me es tan preciada la luz, y mil veces perdería el gozarla por ganar una sola alma vuestra; porque ¿qué gusto puedo recibir de la claridad del sol material, si mis ojos se ofuscan con la tristeza que siento por vuestra perdición? Dadme por

(1) Salmó LXXVIII.

favor el contentamiento de que os salveis todos y yo solo pague y responda por todos. Poco importa que sea á mi costa, con tal que os vea á todos en libertad. ¡Oh qué dignos son estos sentimientos de una alma hermosa! ¡Oh con qué gusto los ve nuestra amante madre en una alma! ¡Oh qué bien empleadas juzga las gracias que se reconocen de este modo! ¡Oh qué nuevas gracias prepara á los que ve así dispuestos!

Oraciones por las almas.

II. El segundo carácter consiste en orar frecuente y fervorosamente por las almas. Así lo hacian aquellos dos grandes zeladores del bien público en Judea, que fueron mostrados en vision al valiente Judas Macabeo (1): hablo del sumo sacerdote Onias y del profeta Jeremias. Al primero le vió con las manos levantadas al cielo implorando la misericordia de Dios, y al segundo con el rostro encendido y vertiendo arroyos de lágrimas; y como no le conociese, oyó esta respuesta de Onias: Ese que ves, es el profeta Jeremias, que arrebatado de un amor increíble á sus hermanos ora continuamente por el pueblo y por todos los moradores de la ciudad santa. Así lo hacia Moisés, el cual ataba las manos á Dios por decirlo así con sus fervientes y continuas oraciones (2). Por eso queriendo David esforzar el efecto de ellas dice que Dios hubiera destruido á los hebreos, si Moisés su escogido no se hubiese puesto en su presencia (3). Así lo hacia S. Pablo, que tenia siempre los ojos humedecidos de lágrimas, y como dice él mismo (4), no cesó en tres años de llorar y encomendar á Dios la nueva

(1) II. Machab., XV.
(2) Exod., XXXII.

(3) Salm. CV.
(4) Act., XX.

iglesia que habia plantado. Pero en tal caso los hijos de la reina de los cielos recurren particularmente á su buena madre para implorar su ayuda y favor acordándose de que tiene todo poder con su hijo y las llaves de sus tesoros, y que le toca á ella como á gobernadora de la iglesia y capitana de los ejércitos de Dios dar feliz cima á sus empresas. Así he hecho ver mas arriba que los valientes conquistadores que peleaban bajo de su blanco estandarte, nunca hubieran adelantado un paso á no haberla llamado en su auxilio; lo cual hacian con una confianza igual á la franqueza con que despues le cedian toda la gloria de sus conquistas, segun diré mas adelante.

III. El tercer carácter es poner manos á la obra de todas veras y no perdonar trabajo ni fatiga cuando se trata de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas; porque si el fuego llega á penetrar en el corazon, por necesidad ha de manifestarse y salir por los ojos, por la boca, por las manos y por los pies. Esto es lo que pedia S. Pablo á su discípulo Timoteo cuando decia: Predica la palabra de Dios; insta á tiempo y fuera de tiempo; reprende y ruega; amonesta con toda paciencia y doctrina (1). Así lo hacia él mismo de un modo admirable. «Ved á ese hombre sin par, dice el Crisóstomo, que hace el judío con los judíos, el gentil con los gentiles, el enfermo con los enfermos para llevarlos todos al cielo. Reparad qué cuidado tiene de toda clase de personas como si fueran sus propios hijos. Mirad cómo va y viene, cómo se apresura y pone toda diligencia para ganar almas á Jesucristo. Enseña, promete la vida eterna, ora de dia y de noche, consueta y amedrenta, echa á los demonios.... ¿qué sé yo lo que hace? Trabaja

70. mlg (L)

77. dalsm. II (1)

(1) II. ad Timot., IV.

presente y ausente, por sí y por sus discípulos, por todos los medios imaginables. Ya se le ve levantar á los caidos, ya afirmar á los que se mantienen en pie, unas veces aliviar á los enfermos, otras animar á los flacos, resistirse á los contumaces, en fin hacer él solo muchas personas diferentes. Me parece que no puedo expresar mejor lo que fué S. Pablo, que diciendo que fué la caridad misma y que se transformó enteramente en amor á la manera que un pedazo de hierro echado en la fragua parece mas bien un pedazo de fuego. Ya no me admiro de que el esposo de los Cantares haga al zelo mas fuerte que la muerte y mas insensible que el sepulcro, y diga que su fuego es una hacha encendida, la que no es posible apagar con toda el agua del mundo. Es preciso confesar que ha producido efectos maravillosos en las almas: las ha hecho despreciar los deleites de este mundo, los amigos, los parientes, la patria, el honor y hasta la vida misma: las ha hecho amar á sus enéimigos como á sus mejores amigos, aborrecer los deleites como la muerte, correr tras los trabajos y tribulaciones y abrazar la cruz como su bien sumo: las ha hecho desapiadadas para consigo mismas, infatigables en las penalidades, insensibles á las injurias, impenetrables á los golpes é invencibles en los tormentos. Hubieran deseado tener mas pies para correr, mas manos para trabajar, mas lenguas para hablar, mas cuerpos para padecer, mas vidas que dar, mas entendimientos para discurrir medios de emplearse en el servicio de Dios y la salvacion de las almas, mas mundos que conquistar. Ponderé el mundo cuanto quiera á sus esclavos, y pregone por todas partes lo que han hecho y acometido para agradarle: yo diré para gloria de Dios y de su madre y honor de los fieles siervos de ambos que lo que el mundo ha hecho, no tiene comparacion con las hazañas de estos. Los siervos de Dios y de la Virgen han hecho mas que los otros han

pensado hacer: aquellos han sufrido mas trabajos que estos han discurrido: un dia de aquellos ha sido mas glorioso que toda la vida de estos: uno solo de aquellos ha tenido mas valor y firmeza que todos los otros juntos.

CAPITULO VI.

DE LA MISERICORDIA, QUINTO RECONOCIMIENTO DEBIDO A LAS GRANDEZAS DE LA MADRE DE DIOS.

El angélico doctor, siguiendo al apóstol S. Juan, que enseña que el que tuviere riquezas de este mundo y viere á su hermano tener necesidad y le cerrare sus entrañas, no está la caridad de Dios en él (1), pone á la misericordia entre los efectos ordinarios de la caridad (2). Este es el único motivo por que le doy aquí lugar antes de las otras especies de reconocimiento que se deben á la Virgen santísima.

§. I.—Que la misericordia es un reconocimiento muy grato á la madre de Dios.

1.º Porque ella es madre de misericordia.

I. Si el sol tuviera algun conocimiento de los actos que alumbra en este mundo, y de los impulsos de nuestros corazones, no dudo que agradecería la estimación que hacemos de su luz, y quedaría así satisfecho del bien que comunica á los hombres. O mucho me equivoco, ó este es el motivo de que se vale el Espíritu Santo cuando nos exhorta á amar la misericordia, porque nuestro padre celestial es misericordioso. Esto viene á ser precisamente como si dijera que se huelga mucho de vernos honrar la misericordia de su amada hija, una

(1) I. Joan., III.

(2) Secunda secundæ, q. 30.

de las prendas mas preciosas que posee, y que se alegra del bien que nos ha hecho, cuando advierte que le imitamos haciendo bien á los demas. Con efecto dice san Gregorio Niseno que cuando Dios nos exhorta á ser misericordiosos, no intenta otra cosa mas que marcarnos con su sello y grabar en nuestra frente un carácter, porque en frase del Nazianceno el que socorre á los necesitados, es como el Dios de ellos. Esta es la primera razón que me persuade á que la misericordia es uno de los modos gratos á la madre de Dios con que podemos pagar sus piedades. El que se acuerde de que nuestra señora es madre de ella y que ese es uno de sus títulos mas preciados y honoríficos, no podrá dudar que la ama profundamente en sus hijos y que tiene suma satisfacción de verlos sobresalir en esa virtud por amor suyo. Hasta los animales mas pequeños se deleitan en sus semejanzas; pues ¿cómo el hombre, criado á imagen y semejanza de su Dios, dejará de complacerse en ser misericordioso con los otros hombres sus hermanos?

2.º Porque es madre de los hijos de Dios.

II. Mas cuando la considero como á madre de una familia dilatada donde hay infinitos menesterosos, pareceme estar convencido de que ha de agradecer sobremanera la misericordia que por su respeto se hace con ellos. La Virgen á imitación de su hijo tiene pequeños, en cuya persona quiere ser reconocida, ó mejor dicho, aquellos á quienes Jesucristo llama sus pequeños, lo son tambien de su madre santísima. De suerte que no es él solo el que nos dice: Lo que hagais con uno de mis pequeños, lo hareis conmigo; sino que María usa el mismo lenguaje, porque no es solamente madre, sino madre de misericordia, y á ella corresponde en cierto modo mas inmediatamente el cuidado

pensado hacer: aquellos han sufrido mas trabajos que estos han discurrido: un dia de aquellos ha sido mas glorioso que toda la vida de estos: uno solo de aquellos ha tenido mas valor y firmeza que todos los otros juntos.

CAPITULO VI.

DE LA MISERICORDIA, QUINTO RECONOCIMIENTO DEBIDO A LAS GRANDEZAS DE LA MADRE DE DIOS.

El angélico doctor, siguiendo al apóstol S. Juan, que enseña que el que tuviere riquezas de este mundo y viere á su hermano tener necesidad y le cerrare sus entrañas, no está la caridad de Dios en él (1), pone á la misericordia entre los efectos ordinarios de la caridad (2). Este es el único motivo por que le doy aquí lugar antes de las otras especies de reconocimiento que se deben á la Virgen santísima.

§. I.—Que la misericordia es un reconocimiento muy grato á la madre de Dios.

1.º Porque ella es madre de misericordia.

I. Si el sol tuviera algun conocimiento de los actos que alumbra en este mundo, y de los impulsos de nuestros corazones, no dudo que agradecería la estimación que hacemos de su luz, y quedaría así satisfecho del bien que comunica á los hombres. O mucho me equivoco, ó este es el motivo de que se vale el Espíritu Santo cuando nos exhorta á amar la misericordia, porque nuestro padre celestial es misericordioso. Esto viene á ser precisamente como si dijera que se huelga mucho de vernos honrar la misericordia de su amada hija, una

(1) I. Joan., III.

(2) Secunda secundæ, q. 30.

de las prendas mas preciosas que posee, y que se alegra del bien que nos ha hecho, cuando advierte que le imitamos haciendo bien á los demas. Con efecto dice san Gregorio Niseno que cuando Dios nos exhorta á ser misericordiosos, no intenta otra cosa mas que marcarnos con su sello y grabar en nuestra frente un carácter, porque en frase del Nazianceno el que socorre á los necesitados, es como el Dios de ellos. Esta es la primera razón que me persuade á que la misericordia es uno de los modos gratos á la madre de Dios con que podemos pagar sus piedades. El que se acuerde de que nuestra señora es madre de ella y que ese es uno de sus títulos mas preciados y honoríficos, no podrá dudar que la ama profundamente en sus hijos y que tiene suma satisfacción de verlos sobresalir en esa virtud por amor suyo. Hasta los animales mas pequeños se deleitan en sus semejanzas; pues ¿cómo el hombre, criado á imagen y semejanza de su Dios, dejará de complacerse en ser misericordioso con los otros hombres sus hermanos?

2.º Porque es madre de los hijos de Dios.

II. Mas cuando la considero como á madre de una familia dilatada donde hay infinitos menesterosos, pareceme estar convencido de que ha de agradecer sobremanera la misericordia que por su respeto se hace con ellos. La Virgen á imitación de su hijo tiene pequeños, en cuya persona quiere ser reconocida, ó mejor dicho, aquellos á quienes Jesucristo llama sus pequeños, lo son tambien de su madre santísima. De suerte que no es él solo el que nos dice: Lo que hagais con uno de mis pequeños, lo hareis conmigo; sino que María usa el mismo lenguaje, porque no es solamente madre, sino madre de misericordia, y á ella corresponde en cierto modo mas inmediatamente el cuidado

de sustentar y atender á sus hijuelos. Habiendo pues cargado con esta obligacion por amor de su hijo, no puede decirse que no está extraordinariamente agradecida á aquellos por cuyas manos la desempeña.

2.º Porque por la misericordia nos hace medrar en la amistad y gracia de Dios.

III. La tercera consideracion es la ocasion que tiene asi de ponernos en gracia con su hijo; porque es cosa admirable en esta madre amorosa: ella exige verdaderamente nuestro reconocimiento; pero como cuida de nuestro bien mucho mas sin comparacion que nosotros mismos, hace particular estima de aquellos modos de reconocimiento que la obligan á proporcionarnos nuevas gracias, y mas especialmente la misericordia, porque por un privilegio singular es pagada en moneda del cielo en cuanto es hecha. Por mas secretamente que se haga en el seno del pobre, al punto la columbra la madre de los pobres, la recibe en sus manos y la presenta á su hijo aun antes que el necesitado se aproveche de ella. ¡Cómo desearia yo que las personas compasivas y piadosas tuvieran los ojos limpios para ver lo que pasa en el cielo en favor de la misericordia, con qué afecto la recibe la Virgen como hecha á su propia persona y la ofrece á su amado hijo, cómo la mira este, y qué precio tiene porque ha pasado por las manos de nuestra madre misericordiosa! ¡Oh cómo crecerian en el amor de esta santa virtud y reiterarian los actos de ella! Porque si aquel solitario que vió un dia á los ángeles contando los pasos que daba por el servicio de Dios, los multiplicó cuanto pudo en el resto de su vida; creo firmemente que estos al ver la satisfaccion y contentamiento que el cielo recibe por su caridad, la ejercitarian frecuente y diligentemente y muchos se quedarian sin nada por socorrer á

los necesitados. Ya es tiempo de especificar los actos de misericordia.

§. II.—Diversos rasgos de misericordia.

Tener buena voluntad de socorrer á los necesitados.

I. El rasgo de misericordia de que hablamos, consiste en un gran deseo de socorrer á los necesitados por amor de Dios y de su madre, porque nadie, aunque carezca de facultades, está dispensado de esta virtud. Los pobres estan obligados á ella lo mismo que los ricos y muchas veces se alzan con el premio mejor que los que tienen pingües haciendas. El arca de sus ahorros es la buena voluntad, la cual no queda exhausta sino cuando quieren ellos. Si no pueden echar mano á la bolsa, por lo menos pueden tener buenos deseos, pedir por los menesterosos, encomendarlos á la madre de misericordia y suplicarla que los socorra. Tales caridades, aunque invisibles, suelen surtir grandisimos efectos en favor de los necesitados, que se encuentran socorridos por una parte de donde nunca hubieran esperado auxilio.

Socorrerlos con lo que se pueda.

II. Es un rasgo de misericordia socorrer al pobre como se puede y dar lo poco que uno tiene con rostro alegre y con gran afecto de agradar á Dios y á la Virgen. Siendo jóven santa Isabel de Hungría no tenia grandes riquezas que repartir; pero su devocion á la madre de Dios la hacia hallar facultades acomodadas á su edad y condicion. Siempre separaba á un lado una parte del dinero que le daban para sus pasatiempos, y le repartía en limosnas á los pobres por amor de la Virgen pidiéndoles que rezasen una *Ave María*. Cuenta S. Gregorio que san Diosdado, de oficio zapatero, iba todos los sábados á la

iglesia de S. Pedro en Roma, donde repartía á los pobres en reverencia de María santísima todo el jornal que había ganado en la semana. Nuestra señora agradeció tanto esta caridad, que manifestó á un siervo suyo el palacio de oro que fabricaban unos arquitectos para Diosdado; pero lo que le causó mas admiracion antes de saber el secreto, es que solo los veia trabajar los sábados. Santa Catalina de Sena, viviendo aun en la casa paterna, era vigilada cuidadosamente para que no hiciese demasiadas limosnas. Un día que estaba á punto de tirar un poco de harina echada á perder en la época mas rigurosa del año, discurrió aprovecharla en beneficio de los pobres y confiada en Dios y en la Virgen se puso á hacer pan con aquella misma harina. ¡Cosa admirable! Al punto apareció la madre de Dios, se puso haldas en cinta y empezó á trabajar con Catalina derramando su bendicion sobre aquella masa en tales términos, que no solo salió un pan excelente, sino que se multiplicó de una manera asombrosa y hubo para socorrer con profusion á los pobres por muchas semanas. Habiendo sabido por la voz comun lo que pasaba S. Raimundo, confesor de la santa, quiso oír de boca de ella la verdad del suceso, y dijo por escrito lo que queda referido.

No negar nada de lo que se pide en reverencia de la Virgen.

III. No quiero multiplicar los rasgos de misericordia; pero no puedo omitir uno señalado, que practicaron algunos tan generosa como ingeniosamente en reverencia de la Virgen; y es un propósito inalterable de no negar nada de lo que les han pedido por amor de la misma, siendo posible. S. Gerardo, primer obispo y mártir de Hungría, otorgaba todo cuanto se le pedia á nombre de la madre de Dios. Los presos que sabian esta piadosa costumbre, se aprovechaban de ella para recobrar su li-

bertad; lo que les concedía Gerardo con lágrimas en cuanto nombraban á María santísima. Pero como es cosa muy diferente repartir uno sus bienes y darse á sí mismo, me parece singular el hecho del venerable Alejandro de Hales, maestro de santo Tomás y clara lumbrera de la orden de S. Francisco. Era doctor de París, dice S. Antonino (1), y cautivaba la admiracion universal por su talento sobresaliente y su copiosa ciencia. Amaba tan tiernamente á nuestra señora, que había hecho voto de no negar cosa alguna razonable que se le pidiese en su nombre. Habiéndolo sabido un religioso franciscano fué á buscarle por inspiracion de Dios, y despues de varias pláticas le rogó en nombre de aquella á quien tanto amaba, que tomase el hábito de la orden seráfica. Sorprendido en extremo quedó Alejandro, que por entonces no pensaba en tal cosa; no obstante respondió que lo meditaria. Así que se quedó solo, se postró ante una imágen de la Virgen y deshecho en lágrimas le preguntó qué significaba aquella amonestacion y qué designios tenia sobre él. En el instante mismo se sintió tocado interiormente y no pudo contener la mocion impetuosa de la divina gracia, que le inclinaba á tomar el mejor partido. Con efecto desde allí se marchó al convento de S. Francisco y pidió el hábito, que fácilmente le fué concedido: el éxito manifestó que aquello había sido cosa de la madre de Dios.

IV. Referiré un hecho memorable que trae el cardinal Baronio en sus Anales al año 1181, por donde se verá que así como la Virgen aprecia infinito un corazon tan franco para con ella, que concede por su amor cuanto se puede otorgar, así se perjudican mucho y la agravian extraordinariamente los que rogados en su nombre niegan lo que se les pide. Cerca de Cahors en Quercy hay una

(1) Part. 3, tit. 24, cap. 8, §. 1.

antigua y famosa iglesia de nuestra señora de Rocamadour, de que hablé en el capítulo XII del tratado primero. Hallándose un día en necesidad los religiosos destinados al servicio de la reina de los ángeles, recurrieron á un ricacho de la ciudad y le pidieron prestada cierta cantidad de dinero dejándole en prenda las cortinas de la iglesia. Llegó una fiesta solemne de la Virgen, y los religiosos fueron á suplicar á aquel hombre les hiciese la merced por la misma señora de dejarles las cortinas para adornar el templo por un solo día. El bárbaro (porque no se le debe dar otro nombre), lleno de presuncion y rebosando en impiedad, respondió que la Virgen se pasase si queria sin las cortinas; que estaban puestas en la cama de su mujer, la cual habia parido tres dias antes; y que su clase exigia que en un dia tan fausto recibiese decorosamente las visitas. La Virgen enojada de esta respuesta descomedida é impía se apareció la noche siguiente á la mujer del ricacho y le dijo que estaba muy ofendida de la conducta de su marido; que en castigo el niño recién nacido moriria de allí á tres dias, y cinco despues su padre empedernido como un turco; que ella se marchase á Betlehem, donde hallaria tres sepulcros, sirviendo el de enmedio, que estaba vacío, para enterrarla; que hasta la hora de su muerte todos los miércoles desde las tres de la tarde á igual hora del sábado echaria mucha sangre por la boca y las narices, caeria desmayada y seria tenida por muerta; pero que despues se pasaria las manos por la cara y volveria en sí recobrando las fuerzas. Así aconteció puntualmente como habia predicho la Virgen: otras muchas cosas notables pasaron en aquella mujer, que omito porque no hacen á mi intento.

V. Pero cuando me acuerdo de que S. Pedro Crisólogo llama á la Virgen una casa de hospitalidad (1), no

puedo dudar que recibirá particularísima satisfaccion de la fundacion de hospitales y otras casas semejantes destinadas á acoger y socorrer á los pobres y menesterosos. En esto difícilmente podrá encontrarse, segun creo, mas caridad de una parte y de la otra mas devocion á la Virgen que en la ciudad de Nápoles, donde casi todos los lugares de misericordia están erigidos bajo el nombre de nuestra señora. Si entramos en la capital de aquel hermoso reino, á cualquiera parte que nos dirijamos, descubriremos vestigios de la piedad antigua y moderna. Veremos un vasto hospital llamado de nuestra señora del Pópulo ó de incurables, donde hay multitud de enfermos de todas clases, sin contar la dependencia de las arrepen- tidas, que por lo comun pasan de doscientas y setenta. Sus rentas ascienden á sesenta y seis mil ducados sin las limosnas, que en años comunes montan á mas de dos mil. Hallaremos el convento de nuestra señora de Jesus, redencion de cautivos, de donde cada tres años se despacha un comisario á la Mauritania con el rescate de cien cautivos escogidos entre los que son naturales del reino de Nápoles. Nos enseñarán las casas de nuestra señora del Monte de piedad, donde se presta dinero sin interés á los necesitados; nuestra señora del Monte de misericordia, donde se practican casi todas las obras de misericordia corporales y espirituales; nuestra señora del monte de la Natividad, donde se atiende especialmente al socorro de los pobres vergonzantes; nuestra señora de Loreto, donde se mantienen hasta doscientos huérfanos; nuestra señora de la Columna, donde se mete á los vagamundos; nuestra señora de la Visitacion de los pobres, de la Concepcion, de la Claridad, de Constantinopla y de la Soledad (en una de estas casas se educan en la virtud hasta doscientas y cincuenta doncellas pobres y en las otras mas ó menos segun las rentas que hay); nuestra señora de la Caridad, del Refugio y de Carminel, en cada

una de las cuales se mantienen cierto número de mujeres pobres. Pero entre todos estos asilos de piedad cristiana no hay ninguno parecido al de la Anunciada tanto en el edificio, como en rentas y buenas obras. Montan las rentas á ochenta y ocho mil ducados; pero las expensas ascienden casi á un duplo; de donde es fácil de inferir que la caridad suple lo que falta. En esto se distingue la nobleza, cuya liberalidad sería increíble si no lo confirmaran personas fidedignas. Gástanse hasta diez mil ducados en sostener el culto divino y mantener á los eclesiásticos que sirven á él, diez y seis mil en la manutencion y salarios de cuatro mil nodrizas para los niños expósitos, cerca de setenta mil en los gastos ordinarios, y cuarenta mil anuales en un censo. Dejo aparte lo demas, porque no me he propuesto hacer una relacion individuada; pero si he querido contar lo que queda dicho, para que se vea hasta dónde puede llegar la piedad de una ciudad sola cuando la caridad y el zelo por la honra de Dios corresponden á las facultades de los habitantes, y para que se sepa que los necesitados y atribulados de todas clases y condiciones están bajo la proteccion y providencia especial de la madre de bondad.

No puede darse una cosa mas magnífica, ni mas útil al pueblo que la congregacion de la misericordia erigida en la ciudad de Lisboa bajo los auspicios de la Virgen el año 1498 por la reina doña Leonor, princesa de incomparable virtud. Esta congregacion se extendió rápidamente á las principales ciudades y lugares del reino con notable aumento de la gloria de Dios y provecho corporal y espiritual de los fieles. Todos los años el dia de la Visitacion de nuestra señora se eligen doce cofrades, seis de la nobleza y seis del estado llano, aquellos que se juzgan mas á propósito para ejercer las obras de misericordia. De estos doce, que llaman asesores, se elige el mas distinguido en nobleza y virtud, para que haga de

cabeza de toda la congregacion, y despues se nombran dos, uno noble y otro del estado llano, para que visiten á los enfermos, socorran á los menesterosos, entierren á los muertos ó los acompañen con hachas y hagan otros oficios semejantes. Hasta los reyes entran en esta cofradia y tienen á honra ser presidentes de ella; y es admirable cómo se muestran fervorosos y puntuales en todos los actos de caridad. Cuando hay carestía de víveres, se junta á los pobres y se los distribuye por las casas mas acomodadas ó por los conventos de mas rentas. A los pobres vergonzantes se hace de modo que no les falte nada de lo necesario. A los presos les suministran el alimento y el vestido; además les buscan buenos abogados para su defensa y sufragan á todas las expensas del proceso. Seria cuento de nunca acabar, si hubiera de referirse por menor á cuántos pobres visten todos los años, á cuántas huérfanas casan, á cuántos cautivos rescatan, á cuántos muertos entierran. En vista de esto ¿no es un continuado milagro que la congregacion sin mas rentas que las caritativas dádivas de las buenas almas no carezca nunca de recursos para socorrer todas las necesidades, en lo que se emplean anualmente mas de cincuenta ó sesenta mil ducados? ¿No son estas maravillas de la madre de misericordia y testimonios evidentes de lo gratas que le son tales obras de piedad?

una de las cuales se mantienen cierto número de mujeres pobres. Pero entre todos estos asilos de piedad cristiana no hay ninguno parecido al de la Anunciada tanto en el edificio, como en rentas y buenas obras. Montan las rentas á ochenta y ocho mil ducados; pero las expensas ascienden casi á un duplo; de donde es fácil de inferir que la caridad suple lo que falta. En esto se distingue la nobleza, cuya liberalidad sería increíble si no lo confirmaran personas fidedignas. Gástanse hasta diez mil ducados en sostener el culto divino y mantener á los eclesiásticos que sirven á él, diez y seis mil en la manutencion y salarios de cuatro mil nodrizas para los niños expósitos, cerca de setenta mil en los gastos ordinarios, y cuarenta mil anuales en un censo. Dejo aparte lo demas, porque no me he propuesto hacer una relacion individuada; pero si he querido contar lo que queda dicho, para que se vea hasta dónde puede llegar la piedad de una ciudad sola cuando la caridad y el zelo por la honra de Dios corresponden á las facultades de los habitantes, y para que se sepa que los necesitados y atribulados de todas clases y condiciones están bajo la proteccion y providencia especial de la madre de bondad.

No puede darse una cosa mas magnífica, ni mas útil al pueblo que la congregacion de la misericordia erigida en la ciudad de Lisboa bajo los auspicios de la Virgen el año 1498 por la reina doña Leonor, princesa de incomparable virtud. Esta congregacion se extendió rápidamente á las principales ciudades y lugares del reino con notable aumento de la gloria de Dios y provecho corporal y espiritual de los fieles. Todos los años el dia de la Visitacion de nuestra señora se eligen doce cofrades, seis de la nobleza y seis del estado llano, aquellos que se juzgan mas á propósito para ejercer las obras de misericordia. De estos doce, que llaman asesores, se elige el mas distinguido en nobleza y virtud, para que haga de

cabeza de toda la congregacion, y despues se nombran dos, uno noble y otro del estado llano, para que visiten á los enfermos, socorran á los menesterosos, entierren á los muertos ó los acompañen con hachas y hagan otros oficios semejantes. Hasta los reyes entran en esta cofradia y tienen á honra ser presidentes de ella; y es admirable cómo se muestran fervorosos y puntuales en todos los actos de caridad. Cuando hay carestía de víveres, se junta á los pobres y se los distribuye por las casas mas acomodadas ó por los conventos de mas rentas. A los pobres vergonzantes se hace de modo que no les falte nada de lo necesario. A los presos les suministran el alimento y el vestido; además les buscan buenos abogados para su defensa y sufragan á todas las expensas del proceso. Seria cuento de nunca acabar, si hubiera de referirse por menor á cuántos pobres visten todos los años, á cuántas huérfanas casan, á cuántos cautivos rescatan, á cuántos muertos entierran. En vista de esto ¿no es un continuado milagro que la congregacion sin mas rentas que las caritativas dádivas de las buenas almas no carezca nunca de recursos para socorrer todas las necesidades, en lo que se emplean anualmente mas de cincuenta ó sesenta mil ducados? ¿No son estas maravillas de la madre de misericordia y testimonios evidentes de lo gratas que le son tales obras de piedad?

CAPITULO VII.

DEL HACIMIENTO DE GRACIAS, SEXTO RECONOCIMIENTO DEBIDO A LAS GRANDEZAS DE LA MADRE DE DIOS (1).

§. I.—El primer carácter del hacimiento de gracias es recibir los beneficios de la madre de Dios con un corazón franco y reconocido y estimarlos todo cuanto podamos.

I. En vano me cansaría yo en indagar los motivos que tenemos de este hacimiento de gracias, que de mejor gana llamaría reconocimiento, si no hubiese usado hasta aquí esta palabra mas en general. Voy en derecho a la práctica, que ha de ser el blanco principal.

II. Para comprender mejor este carácter es de notar que la liberalidad y el agradecimiento no son un tráfico ó una negociacion mecánica, sino un comercio secreto que se hace entre dos personas, una de las cuales dispensa el beneficio y la otra le recibe. Pero así como la liberalidad procede del corazón mas bien que de la mano; del mismo modo el reconocimiento se efectúa mas con el corazón que con la lengua. Este es un misterio, decía un antiguo filósofo, que se ha de tratar en el santuario de nuestras almas. El cariño pone á puja los beneficios, tanto los que hace, como los que recibe: él los encarece y los desprecia como le parece. Sucede con los beneficios lo que con los sacrificios: lo que da el precio á estos, no es la víctima con cuernos dorados, coronada de flores y adornada de gualdrapas de oro, sino la volun-

(1) Véase la adición de la que va en la nota F al fin del tomo. madre María Jacoba de Blemur,

tad religiosa, la cual puede tanto, que halla materia de liberalidad aun en las chozas mas ruines.

III. Pero no se crea que el reconocimiento es de peor condicion que la liberalidad y que no puede encontrar con que pagar sus deudas donde esta halla que dar. Esquines lo mostró así cuando quejándose á su maestro Sócrates de que le habia sido madrastra la fortuna y ofreciéndose á servirle, que era el único medio que le quedaba para probar su reconocimiento, hizo mas que Alcibiades y otros señores de Atenas, que ofrecían grandes comodidades al célebre filósofo. No es cosa tan difícil como se cree el ser reconocido, porque para pagar el beneficio no hay mas que recibirle francamente y segun la intencion del que le hace; y pues este, si no es mercader mas que liberal, no ha de llevar otro fin sino que sea bien recibido lo que da, debe de quedar satisfecho cuando se recibe su don con buena voluntad. En esto se equivoca el mundo casi siempre, porque no tanto se trata de alargar la mano para pagar pronto, cuanto de disponer el corazón para recibir bien. Las virtudes, hijas del cielo, estan verdaderamente representadas con toda la perfeccion que una hermosura cumplida requiere; pero aun cuando no tuvieran pies, ni manos, no dejarían de ser virtudes, porque para eso les basta tener buena alma y buen corazón. De otra suerte si siempre que uno recibe un beneficio, tuviera que pagar, habria de resolverse á no recibir nada de Dios, ni de la Virgen, con quienes no podemos usar de reciprocidad. Mas lo que debe de infundirnos confianza, es que no esperan eso de nosotros.

IV. Hablemos aquí solamente de la madre de Dios: esta señora no nos pide otra cosa sino que recibamos sus beneficios y los conservemos en nuestro corazón como el lugar mas honorífico. Ese es un precioso relicario que no requiere otra tela, ni otra guarnicion que una buena

voluntad, en que todos aun los mas necesitados pueden ser ricos. Lo que pide es que los recibamos como finezas de nuestra bondadosa madre, que excede en benignidad á todas las madres del mundo. Cuando las llamo finezas, hablo sin excepcion y pretendo dar este nombre generalmente á todo lo que nos viene de su mano, por mas que nos desagrade: porque muchas veces lo que nos parece mas molesto, es lo mejor, y lo que recibimos á manera de medicina frunciendo el entrecejo, es lo que ella da con mas afecto. Quedando pues sentado mas arriba que el afecto es el que debe de empeñar mas nuestro reconocimiento, siguese que no hemos de hacer ninguna diferencia en lo que procede de un mismo corazon y de un afecto igual.

§. II.—El segundo carácter del hacimiento de gracias es publicar los beneficios recibidos en cuanto lo permite el bien parecer, y emplear á cuantos podamos para darle gracias con nosotros.

I. Digo en cuanto lo permite el bien parecer, porque hay ciertos beneficios de tal suerte conjuntos con nuestra propia estimacion, que seria muy dificil distinguirlos ó exponerlos en público, sin que corriese riesgo nuestra humildad. Son como las estátuas de Fidias, en las cuales colocaba tan ingeniosamente el artifice su retrato, que para quitarle habia que destruir la obra. En igual caso los santos han aconsejado siempre que se oculten las gracias del cielo con la ceniza de la humildad y se reciban secretamente: muchos lo practicaban asi. Fuera de ese caso enseña Séneca que es propio de un hombre envidioso ó de ánimo bajo no querer recibir mas que de noche y so capa, y de un ingrato el dar las gracias al oido y sigilosamente. Con efecto asi como el que hace bien á otro, ha de sepultarlo en el olvido en cuanto pueda, de la misma manera el favorecido debe hacer

todos los esfuerzos posibles para que sea conocido el beneficio. Con mas razon ha de entenderse esto de los bienes que nos vienen del cielo, cuyo autor conviene sea publicado para convidar á todo el mundo á que le ame. El santo ángel Rafael dió este consejo á la familia de Tobías manifestándoles la diferencia que hay entre el secreto del principe y las maravillas de Dios, y enseñándoles que asi como aquel debe guardarse religiosamente, estas se han de publicar y pregonar por todas partes. Por eso el santo anciano y su familia despues de haber permanecido postrados tres horas bendiciendo al padre de todos los bienes salieron fuera para publicar en alta voz las magnificas obras de que habian sido testigos (1). Y David ¿no convida á todos los que tienen temor de Dios, á que acudan á oir los beneficios recibidos de su divina majestad (2)? ; En cuántos lugares nos exhorta á hacer resonar el cielo y la tierra publicando los dones de Dios!

II. Esta especie de reconocimiento agrada mucho mas á la madre de Dios, porque termina en el honor de aquel cuya gloria procura grandemente. Esto ha movido á muchas personas á colgar de los altares pinturas, votos y otras muestras de su reconocimiento por los beneficios recibidos, á fin de que lleguen á noticia de la posteridad. Por este medio se ha inflamado la devocion de los pueblos: por este medio su nombre ha llegado á los últimos términos de la tierra, y la han amado millares de personas, que de otra suerte no la hubieran conocido. Si no obstante se encontrasen muchas dificultades para publicar entre los hombres las gracias obtenidas por su mediacion; no creo que pueda haber ningun impedimento para contarlas á los ángeles del cielo y á

(1) Tob., II.

(2) Salmo LXV.

los mejores amigos que allí tenemos, aunque no seas mas que para convidarlos á bendecir con nosotros á la que los ha impetrado, y acompañarnos á cantar sus alabanzas y grandezas. Todo espíritu bendiga al Señor, decia David; pero bendiga juntamente á la madre del mismo Señor, de quien nos vienen tantos bienes.

III. Entre todos los siervos reconocidos á la Virgen me parece que S. Anselmo tuvo un acierto particular en presentar sus sentimientos con mucha naturalidad. Oigamos los devotos arranques de su pecho agradecido. «Oh santa señora, dice (1), á quien deseo amar con todo mi corazón, honrar con toda mi alma y alabar con todas mis fuerzas, ¿no eres tú esa gran María, de quien tanto se habla, el dechado de las mujeres y el portento de las criaturas? Si lo eres, y siendo así, quiero que cuanto hay en mí, rinda homenaje á tu grandeza. Pero ¡ay! ¿quién soy yo y qué puedo para atreverme á presentarme á ti? ¿Cómo puedo amar y alabar dignamente á aquella cuyo favor imploro todos los días, y que de continuo me previene con sus beneficios? Oh madre de mi vida y nodriza de mi salvador, ¿qué quieres que yo te diga? Mi lengua enmudece, mi espíritu desfallece, mi entendimiento queda suspenso cuando se trata de hablar de ti, que eres la madre de aquel cuya santidad borra todas mis manchas, cuya integridad me libra de mi corrupción y cuya pureza me hace digno de una unión eterna con Dios. Aun cuando yo me derritiera todo en sentimientos de gratitud, ¿qué podría hacer por ti, cuya fecundidad me parió, cuyo parto me libró de la muerte eterna, y cuyo hijo me reconcilió con mi Dios? Tú eres el origen de mi vida, la puerta de mi salvación, el camino de mi reconciliación y la medianera de mi

(1) Orat. ad B. Virg.

reparación. Pero ¿con qué intento limito tus beneficios y los reduzco á mí mismo? ¿Por qué no digo mas bien que tú eres la cámara regia, donde se ajustó la paz de todo el mundo, el templo vivo de la divinidad, donde todos recibimos la vida, y el instrumento auténtico de la concordia que Dios ha hecho con los hombres? Si hemos tenido la dicha de ver á un Dios conversando familiarmente con nosotros, ha sido el fruto de tu singular virginidad, de tu admirable fecundidad y de tu inestimable santidad: el olor de tus virtudes celestiales le trajo á la tierra para liberrar á los cautivos, sanar á los enfermos y resucitar á los muertos. Y si mi consideración se fija principalmente en los hombres, no por eso son ellos solos los que te están obligados. El cielo con sus brillantes astros, la tierra y los otros planetas, los elementos, el día y la noche, en una palabra todas las criaturas se reconocen deudoras á tu majestad y confiesan que tú las repusiste en el grado de honor de que las habia desposeído la infame idolatria de los hombres cruelmente engañados. Cuando digo que todo el mundo confiesa ser deudor á tu majestad, no exceptúo ni á los que moran en los cielos, ni á los que estaban detenidos en el centro de la tierra; porque así como los espíritus bienaventurados recibieron un gozo extraordinario de ver ocupados otra vez los asientos de aquellas moradas por tu medio, del mismo modo los cautivos de la tierra celebraron festejos por haber recobrado gracias á ti su antigua libertad. Oh mujer singularmente admirable y admirablemente singular, por quien fueron reunidos los elementos, se salvaron los hombres, se regocijaron los ángeles, quedaron despoblados los infiernos, los demonios vencidos y todo el mundo restaurado. Oh Virgen santa, que posees el cúmulo de las gracias y bendiciones, ¿por qué te remontas tan alto, que mi espíritu no puede llegar hasta ti para alabarte y darte gracias

como es debido? ¿Por qué te engolfas profundamente en el abismo de las perfecciones divinas? ¿Por qué te ocultas á mi vista? ¿Por qué quitas que te siga con mis pensamientos y mis alabanzas? Ya que mis oraciones te encuentran tan propicia, no te hagas inaccesible de modo que yo no cumpla mis deberes; y ya que no puedo llegar con mi pensamiento á tus excelencias, permite que mi voluntad supla el defecto de mi entendimiento y mi lengua, y recibe todos los hacimientos de gracias que deseo tributarte no solo en mi nombre, sino generalmente en el de todos los que por siempre se conocen obligados á ti. »

IV. No olvidemos un rasgo de reconocimiento, que el amor sugirió á algunos siervos escogidos de la Virgen. Considerando que algunas personas de buenos sentimientos han tomado el nombre de sus bienhechores para mostrar de esta suerte su gratitud, ellos escogieron por nombre propio ó añadieron al que habian recibido en el bautismo, el de Maria para dar á entender que dependian singularmente de ella despues de Dios y que cuantas gracias poseian, las habian recibido en feudo de la misma. No acontezca jamás el no hacer aprecio de las personas de tan buen corazon, pues han manifestado que los sentimientos de la gracia no ceden ventaja á los de la naturaleza y que son tanto mas esforzadas, cuanto mas las ensalza su condicion sobre las otras.

§. III. — El tercer carácter del hacimiento de gracias es darle toda la gloria de las empresas que haya llevado ella á feliz término.

I. La gloria es como el diezmo que el cielo cobra de las buenas obras practicadas con su ayuda: es una cosa sagrada, en que no se nos permite poner mano, como si fuese el árbol prohibido. Es un derecho señorial, contra el que no podemos atentar sopena de confiscacion de todos nuestros bienes. Así que maravilla el ver cuán

escrupulosos fueron los santos en esta parte, y cuánto temieron se sospechase siquiera que habian aspirado á la porcion reservada por Dios para si. Aquí no hablo mas que de los siervos de la Virgen, porque lo requiere mi asunto.

II. S. Francisco de Paula temia tanto se le achacasen los innumerables milagros que obraba, que al punto atribuía á la reina del cielo el honor de ellos: esto lo hacia comunmente; pero en especial una vez que habiendo sanado á un demente congregó á todos los religiosos para cantar la salve en accion de gracias á la madre de Dios.

III. Es memorable lo que se cuenta del abad Leoncio, que llevó el título de capellan y misionero de Maria santísima por espacio de cuarenta y mas años. Nunea daba limosna por su mano mas que á los ciegos ó á los que no podian tomarla: á los otros se la ponía en la tarima del altar ó en la basa de una columna para que pudiesen verla. Preguntado un dia acerca de la causa de esta conducta respondió que lo hacia para que entendiesen todos que no era él quien les daba limosna, sino la madre de Dios á quien servia.

IV. Los ejemplos tienen un cierto lustre particular en las personas visibles y de alta categoria: he aquí uno. En el año 974 acaeció que los rusos, búlgaros, escitas y turcos, reunidas sus fuerzas que componian mas de trescientos y treinta mil combatientes, se dispusieron á hacer una irrupcion en el imperio. El emperador Juan Zemises imploró con fervorosas súplicas el auxilio poderoso de la madre de Dios, y en seguida salió al encuentro del enemigo bajo los estandartes de Maria con tanto arrojo y denuedo, que los derrotó. Su piedad le sugirió un medio ingenioso y tan digno de su grandeza como de su amor para mostrar su reconocimiento á la Virgen. Mandó preparar un mageífico carro

triumfal para nuestra señora, que iba sentada sobre los despojos de los enemigos: él con los suyos la seguía vestido sencillamente y montado en un caballo blanco.

V. El emperador Juan Comneno que tenía á la vista este ejemplo, quiso sobrepujarle, porque mandó llevar la imágen de la Virgen en un carro de plata guarnecido de piedras preciosas en accion de gracias de la famosa victoria que ganó el año 1123. Los mas cercanos á él iban á pie y con la cabeza descubierta guiando los cuatro caballos blancos que tiraban del carro, y él también á pie y descubierta marchaba delante con el lábaro en las manos.

VI. A estos ejemplos añadiré el de tres reyes de Francia, valientes en el campo de batalla y siervos sumisos y agradecidos de la Virgen. El primero será Felipe Augusto, el cual habiendo ganado una victoria gloriosa en el año 1213 al emperador Oton y otros muchos valerosos y esclarecidos campeones bajo la proteccion de Maria santísima, fundó para perpetua memoria del hecho y muestra de su gratitud la abadía de nuestra señora de la Victoria junto á Senlis.

VII. El segundo será Felipe el hermoso, el cual viendo desbandado su ejército en una batalla contra los flamencos recurrió tan de veras á nuestra señora de Chartres, que en el acto se rehicieron sus tropas y el enemigo huyó dejando mas de treinta y seis mil muertos en el campo sin contar el gran número de prisioneros: él no perdió mas que mil y quinientos hombres. Esto ocurrió á los dos dias de la asuncion de la Virgen; lo cual confirmó mas al rey en la creencia certísima de que un resultado tan feliz y contrario á todas las probabilidades solamente podia provenir del cielo y de la madre de bondad. Por esta causa de regreso á Francia fué á visitar á nuestra señora de Chartres, y en agradecimiento

del beneficio recibido le dió perpetuamente el estado y señorío de Barres, fundó un aniversario en memoria de tan feliz jornada, y dejó á la iglesia todo el equipaje y arneses que llevaba el dia de la batalla. La costumbre es colgar del atril el dia del aniversario todos los utensilios que componian dicho equipaje y arnés.

VIII. El último será Felipe de Valois, quien sorprendido por los flamencos la vispera de S. Bartolomé del año 1328 recurrió á Maria santísima, protectora del reino de Francia, y la suplicó encarecidamente le socorriese en tan terrible trance. No bien habia acabado su oracion, cuando la madre de bondad comunicó tan extraordinarios brios al rey y á su ejército, que en pocas horas pusieron en rota cerca de veinte mil enemigos. El rey no olvidó tan señalado beneficio, y el mismo dia que entró en Paris, donde fué recibido en triunfo, se fué á visitar la iglesia de nuestra señora, y entrando á caballo hasta donde está la imágen de Jesucristo crucificado, ofreció su caballo y armas á la capitana de los ejércitos de Dios, á quien protestaba deber aquella victoria. La figura del principe á caballo se vé aun en un pilar de la iglesia, á la que señaló ademas cien libras de renta sobre su estado de Gatinois para celebrar perpetuamente un aniversario.

IX. ¡Ojalá que estos esclarecidos principes sean imitados en su cordial cariño por todos los que reciban algun beneficio de la madre de Dios, mientras haya quien implore su auxilio! De este modo se cumplirá la participacion que hizo el ángel que anunció la buena nueva del nacimiento del Salvador, cuando dió la gloria á Dios y la paz á los hombres de buena voluntad. De este modo los siervos de la Virgen vencerán enteramente el deseo desmedido de gloria que vicia nuestras mejores obras. De este modo obligarán á la reina del cielo á que les sea siempre propicia y los favorezca en sus empresas.

CAPITULO VIII.

SÉPTIMO RECONOCIMIENTO DEBIDO A LAS GRANDEZAS DE LA MADRE DE DIOS.

No se piense que el honor nació en la Tierra y de aquí fué trasladado al cielo; antes por el contrario el honor nació en el cielo, de donde bajó á la tierra; y aquellos á quienes Dios ha hecho la merced de descubrirles algo de las grandezas de su casa, como Isaías, Ezequiel, S. Juan y otros, la vieron siempre llena de honor y majestad. Por tanto trataré del honor debido á la Virgen santísima como de una cosa toda celestial y procuraré tomar el modelo por lo que se practica en el cielo, aunque solo pueda hablar con pensamientos y palabras humanas.

§. I.—El primer rasgo de honor es adorarla.

I. Para no perderme en este discurso será conveniente notar en primer lugar que la adoracion, segun decia el obispo Anastasio en el sinodo séptimo, no es otra cosa que una sobreeminencia y excelencia de honor; es decir, segun S. Juan Damasceno una sumision y exhibicion de honor que se hace á otro en consideracion de alguna excelencia ó preeminencia suya; de modo que hay que considerar quatro cosas para comprender la naturaleza de la adoracion. La primera es la persona que la da, reconociéndose inferior á la otra y bajándose á ella: la segunda la persona ó cosa á quien se da: la tercera el motivo de adoracion, que es la excelencia de la persona ó cosa adorada, y la superioridad que tiene ya por naturaleza, ya por alguna prenda suya singular sobre aquel que le rinde sumision; y la quarta el honor y culto que rinde, y el testimonio voluntario que presenta de la estimacion

interior de tal persona ó cosa. Porque no se crea que la adoracion consiste en solo el concepto que formamos de otra persona, por elevada que sea: ademas ha de bajarse la voluntad á la persona adorada con testimonios de honor, ya sean meramente interiores, ya vayan acompañados de alguna señal de reverencia exterior y visible.

II. En segundo lugar es de notar que hay tres especies principales de adoracion tanto por la diversidad de las personas á quienes se da, como por el culto religioso con que se las honra. La primera se llama comunmente latría, y es el honor supremo y sin limitacion alguna que damos á Dios en razon de su excelencia divina é infinita. La segunda se llama dulía, y es el culto que se da á los santos por su santidad y las singulares perfecciones de gloria que poseen; culto tan superior á todo el honor político como lo es la gracia á la naturaleza; pero por lo demas infinitamente inferior al de latría. La tercera, que es un medio entre las otras dos, tiene el nombre de hiperdulía, es decir, servicio sobre el comun, servicio verdaderamente inferior sin comparacion al divino; pero sumamente superior al ordinario que se debe á los santos. Este es el homenaje propio que rendiríamos á la sacratísima humanidad del Salvador, si se considerara separadamente de su supuesto divino, y el que rendimos á la virgen María en consideracion de los grandísimos privilegios y preeminencias que tiene sobre las demas criaturas.

III. En tercer lugar hay que tener presente que la adoracion tomada en estos tres grados puede ser absoluta ó relativa. Llamamos absoluta á la que se da á alguna persona ó naturaleza intelectual atendiendo á las perfecciones y excelencias que hay en ella. Digo á alguna persona ó naturaleza intelectual, porque ella sola es adorable con esta especie de culto, como que es la única

capaz de honor y excelencia que merece ser reverenciada en sí, tal como la virtud, la santidad, la gracia, la gloria y otras semejantes, en atención á que el hombre en calidad de criatura intelectual no puede razonablemente someter su dignidad por esta especie de respeto más que á una naturaleza de igual ó mayor nobleza que la suya. Con este honor adoramos á Dios, á la Virgen, á los ángeles y á los hombres. La relativa es la que damos á una cosa no por ninguna calidad que propiamente haya en ella, sino por la relación que dice á alguna persona ó naturaleza intelectual, que es digna de tal honor de adoración. De este modo adoramos la cruz, las imágenes y otras cosas semejantes que tocaron á los santos y que con motivo de ellos participan en alguna manera de su santidad.

IV. Presupuesta esta doctrina, no hay duda de que la iglesia católica ha dado en todo tiempo á la Virgen santísima el honor de adoración de que hablamos, como puede fácilmente mostrarse por la liturgia romana, la de Santiago, de S. Basilio y otras, por las actas del sínodo quinto, por el concilio tridentino (1) y los escritos de los santos doctores de todas las edades y naciones del mundo. S. Juan Damasceno hablará por todos. «Es cosa muy puesta en razón, dice (2), que la madre de Dios posea lo que pertenece á su hijo y sea adorada de todos.» Si hallamos que S. Epifanio (3), Jonás, obispo de Orleans (4), y algunos otros doctores dijeron que no la adoremos y que no debe ser adorada, ha de entenderse de la adoración suprema de latria, que la iglesia no le ha dado jamás; lo cual dicen con motivo de los

(1) Ses. XXV, de reliquiis et
veneratione sanctorum. (3) Hæres. 78.
(2) Orat. de Nativ. et 2 de num. (4) Orat. 2 de cultu imagi-
Assumpt.

coliridianos, herejes que la adoraban como á una diosa y le ofrecían sacrificios (1).

V. Quizá alguno desee preguntar con qué título le es debida la adoración de hiperdulia, superior á la que se da á los otros santos. A lo que respondo brevemente que es en calidad de madre de Dios, la cual la ensalza indeciblemente sobre todos los santos adorados con el culto de dulia: porque en cualquiera categoría de mérito, santidad y excelencia que los consideremos, siempre quedan siervos, y la madre siempre es madre, es decir, como explican S. Atanasio (2), S. Agustín (3), S. Juan Damasceno (4), S. Anselmo (5), el abad Ruperto (6) y otros, reina y señora absoluta de ellos en todos los dominios de su hijo. «En una palabra, dice S. Pedro Damiano (7), ¿qué cosa hay más grande que la Virgen madre, que encerró en su seno la grandeza de la divinidad soberana?» «Ella es cosa aparte, dice S. Ildefonso (8), porque lo que recibió y lo que hizo, no admite comparación con los demás.» «¿Qué honor podrá discurrirse, dice Jorge de Nicomedia (9), capaz de igualar el mérito de aquella de quien se prendó Dios, en quien habitó este y en quien se cumplió enteramente la voluntad del Padre eterno?» Bastantes motivos son estos para adorarla. Pasemos á la práctica de dicha adoración.

S. II.—Práctica de la adoración interior de la Virgen santísima.

I. Entre los saludables documentos que da S. Buenaventura á un amigo suyo para llegar á la perfección,

(1) S. Epiphani. lug. citad. (6) Lib. 3 in Cantic.
(2) Sermo de S. Deipara. (7) Sermo 4 de Nativ.
(3) Sermo 33 de sanctis. (8) Serm. 2 de Assumpt.
(4) De fide, lib. 4, cap. 45. (9) Orat. de oblatione Deip.
(5) De excellent. Virg., c. 8.

uno de los primeros es que no deje pasar dia alguno sin tributar especial honor á la virgen Maria; porque además de que esta señora aprecia todos los servicios que se le hacen, por livianos que sean, el acto de suyo es muy agradable á Dios, pues pertenece á la virtud de la religion, una de las principales (1). Esta produce dos especies de actos, unos interiores y otros exteriores; pero que proceden siempre del principio interior, que es el que da el impulso, el peso y el mérito al acto. Por esta razon comienzo por los actos interiores de adoracion, y especialmente porque estan mas á la mano que los otros, pues para los exteriores puede haber impedimentos del cuerpo, de la edad, de la salud y otros tales y pueden interrumpirse ó dificultarse por las visitas, los negocios y las ocupaciones; pero los interiores se practican con toda libertad en casa y fuera, en la ciudad y en el campo, solo ó acompañado, en la ocupacion y en el ocio, en todo tiempo y lugar, en toda disposicion de alma y cuerpo, como podrá verse considerándolos unos despues de otros.

Diversas especies de adoracion interior.

II. Adoramos interiormente á la Virgen, cuando veneramos las gracias y virtudes que le fueron otorgadas para ser digna madre de Dios; á saber, su singular piedad, su profundísima humildad, su pureza angelical, su caridad seráfica y así sucesivamente de las demas. La adoramos interiormente, cuando le ofrecemos algun homenaje en consideracion de sus grandezas mirándola como á la hija del Padre, la madre del Hijo y la esposa del Espíritu Santo, la primogénita de las criatu-

(1) Lib. viginti quinque memorabilium, n. 13.

ras y la reina y señora de todas. La adoramos interiormente, cuando ante sus singulares grandezas abatimos todas las potencias de nuestra alma, el entendimiento, la memoria y la voluntad, reconociendo que son muy bajas y ruines para tributarle el honor que merece, y deseando tener mas capacidad para honrarla mas perfectamente. La adoramos interiormente, cuando le ofrecemos todo el honor que le tributan los bienaventurados en el cielo, el que recibió en la tierra desde el principio del mundo, y el que pudiera tributársele y nosotros no conocemos por no saber el modo de hacer la corte en el cielo. La adoramos interiormente cuando deseamos veria honrada en todas partes y servida con la mayor pureza y cuando pedimos que Dios haga sea conocida, amada y honrada de todos. La adoramos interiormente, cuando tributamos honor á su sagrado cuerpo, á su bendita alma y á todos los misterios de su vida, á su inmaculada concepcion, á su anunciacion, á su parto, á su dichoso tránsito, á su gloriosa asuncion, á su consagracion real y casi de todo lo demas.

III. Santa Brígida puso muy extensamente en cuatro oraciones devotísimas la práctica de esta adoracion segun las aprendió por revelacion. En la primera habla así á la Virgen: «Santísima madre de Dios, mi reina y señora, yo te bendigo con todo mi corazon como á la criatura mas noble de todas y á la que amó mas sincera y fielmente á su criador. Yo te bendigo y venero como á aquella cava concepcion fué anunciada á sus padres por el mismo arcángel que luego te llevó la nueva de la encarnacion del Verbo en tus purísimas entrañas. Yo te bendigo y venero como á la que nació de tan santo matrimonio y despues de una infancia y educacion angelical fue llevada al templo á los tres años de edad para consagrarse entre las vírgenes al servicio de Dios. Yo te bendigo y venero como á quien amó y glorificó á su criador

con todas sus fuerzas, en cuanto apuntó á su alma la primera luz de la razon. » Así prosigue considerando todos los misterios de la vida y muerte de la Virgen hasta que fué coronada con la corona de la inmortalidad y reconocida por reina y señora del universo. En la última oracion llena de bendiciones á Maria santísima diciendo: «Reina del cielo y de la tierra, mi señora, mi vida y mi dicha, mil veces bendita sea tu adorable cabeza realzada con la diadema de gloria é incomparablemente mas brillante que el sol. Benditos sean tus hermosos cabellos rubios, que á guisa de rayos del sol se esparcen sobre tus espaldas; y aunque son sin número, todavía los sobrepuja la innumerable muchedumbre de tus divinas virtudes. Bendita sea tu frente espaciosa y tu rostro mas blanco que la luna, en el que nadie fijó la vista sin recibir alivio y consuelo. Benditos sean tus ojos de paloma, mas claros que las estrellas del cielo y mas puros que los entendimientos de las inteligencias bienaventuradas: nunca se abrieron mas que para contemplar las cosas perdurables y eternas. Benditas sean tus sonrosadas mejillas, mas graciosas cien veces que la aurora: sobre ellas sentaron la modestia y el pudor el trono de la castidad.» Lo mismo dice en proporcion de las otras partes del cuerpo de la Virgen; y no puede uno leerlo sin moverse á amarla de todo corazon.

Adorar á su amado hijo.

IV. Finalmente á esta misma adoracion se refiere el honor que tributamos á su amable y amado hijo Jesus. Oigamos lo que la misma señora dijo un dia á santa Brígida: «Hija mia, si deseas saber de qué modo podrás alabarme y honrarme, sabe que siempre recibiré como tributados á mí los honores y alabanzas que presentes á mi querido hijo, porque el corazon y el alma de los dos

son uno. Así juzgaré que me alabas y enalteces en sumo grado cuando digas: Bendito seas sobre todas las cosas, mi criador y mi Dios, que te dignaste de encerrarte en las entrañas de tu humildísima sierva. Bendito seas, mi Señor y soberano, que naciste de esta virgen purísima sin detrimento de su virginidad, ni menoscabo de su santidad. Bendito seas, mi Dios y mi todo, que en el punto en que fuiste concebido de la reina de las vírgenes, llenaste de gozo y contento todas las partes de su cuerpo y todas las potencias de su alma. Bendito seas, rey de gloria y majestad, por la gloria á que la ensalzaste, y la majestad de que la llenaste. Bendito seas tantas veces como granos de arena hay en la playa del mar, y haz misericordia á tu humilde sierva por la intercesion de la misma Virgen, tu venerada madre y mia. Amen.»

§. III.—Práctica de la adoracion exterior de la Virgen santísima.

I. No hay duda de que la adoracion interior es mas noble que la exterior, á la que anima como el alma al cuerpo; no obstante la exterior no deja de ser de mucho mérito y muy agradable á la reina del cielo. Como el hombre consta de alma y cuerpo, es cosa cierta que debe á nuestra señora no solo un homenaje interior, sino un culto exterior.

Besar las imágenes de la Virgen.

II. Sabemos por los libros santos y especialmente por el de Job que los antiguos daban culto á las cosas sagradas besándolas; de donde vino el nombre de adoracion. Desde el origen de la iglesia cristiana se empleó esta ceremonia para venerar las imágenes y reliquias de Jesucristo, de la Virgen y de los santos, y en todos tiem-

con todas sus fuerzas, en cuanto apuntó á su alma la primera luz de la razon. » Así prosigue considerando todos los misterios de la vida y muerte de la Virgen hasta que fué coronada con la corona de la inmortalidad y reconocida por reina y señora del universo. En la última oracion llena de bendiciones á Maria santísima diciendo: «Reina del cielo y de la tierra, mi señora, mi vida y mi dicha, mil veces bendita sea tu adorable cabeza realzada con la diadema de gloria é incomparablemente mas brillante que el sol. Benditos sean tus hermosos cabellos rubios, que á guisa de rayos del sol se esparcen sobre tus espaldas; y aunque son sin número, todavía los sobrepuja la innumerable muchedumbre de tus divinas virtudes. Bendita sea tu frente espaciosa y tu rostro mas blanco que la luna, en el que nadie fijó la vista sin recibir alivio y consuelo. Benditos sean tus ojos de paloma, mas claros que las estrellas del cielo y mas puros que los entendimientos de las inteligencias bienaventuradas: nunca se abrieron mas que para contemplar las cosas perdurables y eternas. Benditas sean tus sonrosadas mejillas, mas graciosas cien veces que la aurora: sobre ellas sentaron la modestia y el pudor el trono de la castidad.» Lo mismo dice en proporcion de las otras partes del cuerpo de la Virgen; y no puede uno leerlo sin moverse á amarla de todo corazon.

Adorar á su amado hijo.

IV. Finalmente á esta misma adoracion se refiere el honor que tributamos á su amable y amado hijo Jesus. Oigamos lo que la misma señora dijo un dia á santa Brígida: «Hija mia, si deseas saber de qué modo podrás alabarme y honrarme, sabe que siempre recibiré como tributados á mí los honores y alabanzas que presentes á mi querido hijo, porque el corazon y el alma de los dos

son uno. Así juzgaré que me alabas y enalteces en sumo grado cuando digas: Bendito seas sobre todas las cosas, mi criador y mi Dios, que te dignaste de encerrarte en las entrañas de tu humildísima sierva. Bendito seas, mi Señor y soberano, que naciste de esta virgen purísima sin detrimento de su virginidad, ni menoscabo de su santidad. Bendito seas, mi Dios y mi todo, que en el punto en que fuiste concebido de la reina de las virgenes, llenaste de gozo y contento todas las partes de su cuerpo y todas las potencias de su alma. Bendito seas, rey de gloria y majestad, por la gloria á que la ensalzaste, y la majestad de que la llenaste. Bendito seas tantas veces como granos de arena hay en la playa del mar, y haz misericordia á tu humilde sierva por la intercesion de la misma Virgen, tu venerada madre y mia. Amen.»

§. III.—Práctica de la adoracion exterior de la Virgen santísima.

I. No hay duda de que la adoracion interior es mas noble que la exterior, á la que anima como el alma al cuerpo; no obstante la exterior no deja de ser de mucho mérito y muy agradable á la reina del cielo. Como el hombre consta de alma y cuerpo, es cosa cierta que debe á nuestra señora no solo un homenaje interior, sino un culto exterior.

Besar las imágenes de la Virgen.

II. Sabemos por los libros santos y especialmente por el de Job que los antiguos daban culto á las cosas sagradas besándolas; de donde vino el nombre de adoracion. Desde el origen de la iglesia cristiana se empleó esta ceremonia para venerar las imágenes y reliquias de Jesucristo, de la Virgen y de los santos, y en todos tiem-

pos los siervos fieles de María santísima han practicado lo mismo besando sus imágenes y reliquias, su nombre escrito, los lugares que santificó con su presencia, ya en vida, ya apareciéndose despues que está en el cielo etc.

Las genuflexiones.

III. Las genuflexiones, reverencias é inclinaciones de todo el cuerpo se practican continuamente en el cielo en presencia del rey de la gloria, segun sabemos por las profecías de Isaías, Ezequiel, Daniel y S. Juan en el Apocalipsis. De allí fueron traídas á la tierra y se emplearon como culto religioso desde el principio del mundo. Estos eran los cumplimientos mas ordinarios de los patriarcas antiguos, como vemos á cada paso en la sagrada escritura. La iglesia cristiana nació con esta piadosa costumbre, que fué autorizada con el ejemplo del Salvador, el cual oraba por lo comun con el rostro pegado al suelo. S. Bartolomé y santa Marta se postraban cien veces al dia y otras tantas por la noche. Santiago, obispo de Jerusalem, estaba continuamente arrodillado. Los antiguos monjes pasaban en este ejercicio gran parte de su vida, siendo admirable S. Simeon Estilita, de quien escribe Teodoreto que habiendo querido averiguar un compañero suyo cuántas reverencias hacia, estuvo un rato en observacion y en aquel breve tiempo contó hasta ciento y cuarenta, pero tan profundas, que daba con la cabeza en tierra. Al fin él se cansó mas pronto de contar que Simeon de hacer reverencias. Los amantes de María le han tributado esta especie de adoracion.

IV. S. Alberto, monje del monasterio de S. Crispin, que vivia por los años de 1140, discurría mil medios para adorar á la Virgen, de quien era devotísimo: entre otros se arrodillaba cien veces al dia y se postraba cincuenta cuan largo era, rezando cada vez la salutacion angélica.

Santa Catalina de Suecia, hija de santa Brigida, empleaba cuatro horas todos los dias en doblar la rodilla hasta el suelo, que solia regar con muchas lágrimas. Santa Isabel de Hungría tenia mandado á una de sus damas que la despertara á cierta hora de la noche apretándole el pie. Entonces se levantaba silenciosamente y empleaba parte de la noche en este santo ejercicio. Santa Margarita tambien reina de Hungría, luego que llegó á la edad de discrecion, se postraba en tierra y rezaba una Ave María siempre que pasaba por delante de una imagen de nuestra señora; lo cual hacia mil veces en cada un dia de los ocho anteriores á las festividades principales de la misma. El cardenal Santiago de Vitry escribe de santa María de Oignies que solia arrodillarse hasta mil y cien veces en las veinte y cuatro horas del dia para honrar á la Virgen. Esta devocion la practicaba de cuando en cuando por espacio de cuarenta dias en la forma siguiente: primero doblaba las rodillas seiscientas veces sin interrupcion; luego decia los ciento y cincuenta salmos del salterio de David, rezando al fin de cada uno una Ave María y haciendo una genuflexion en honor de nuestra señora. En seguida se daba trescientos azotes y á cada uno se postraba en tierra y rezaba una Ave María: en este ejercicio derramaba por lo comun mucha sangre. Por último concluía esta especie de sacrificio con cincuenta Ave Marias y otras tantas genuflexiones que le faltaban para completar las mil y ciento.

V. El B. Herman de Steinváld, de quien he hablado en diversas ocasiones, no hubiera acabado jamás de hacer genuflexiones á haberse dejado llevar de su afecto. Siendo costumbre en la orden de los canónigos premonstratenses besar el reclinatorio cuantas veces se pronuncia el nombre de la Virgen en el oficio de los dias comunes, y besar la mano en los feriados, siempre que Herman rezaba el oficio fuera del coro, especialmente en

los dias de fiesta, se postraba en tierra al pronunciar el nombre de nuestra señora, y así permanecía todo el tiempo que podia sin dar en ojos á los presentes. Un dia le preguntó otro monje, varon discreto y espiritual, por qué motivo hacia aquello; y Herman respondió ingénuamente que cuantas veces lo ejecutaba, le parecia sentir de pronto el olor de todas las flores de la primavera; de suerte que cuando tenia que levantarse, se le figuraba que le sacaban de un jardin ameno. Así se verificaba en él lo que el Eclesiástico dice de Josías (1): la memoria de María era para él una composicion aromática y un conjunto de perfumes; aquello era muy diferente del olor de las rosas que se abren en la primavera, y de las azucenas plantadas junto á la corriente de las aguas. El P. Gonzalez, de la compañía de Jesus, á quien los naturales de Monomotapa martirizaron en odio de nuestra religion sacrosanta, hacia una profunda inclinacion con la cabeza y con los ojos á cuantas imágenes de la Virgen encontraba, y cuando creia no ser visto de nadie, hacia la reverencia era hasta el suelo. Observaba esto muy escrupulosamente al rezar el rosario siempre que empezaba la salutacion angélica.

VI. Quizá alguno al leer esto dirá para sí que semejante devocion es buena para los solitarios ó para personas desocupadas; pero no para los que viven en medio del tráfigo del mundo. Sea así como se figuran, concediendo algo á nuestra flaqueza y poca devocion; pero ¿qué siervo de María podrá excusarse de hacer una reverencia á alguna imagen suya siempre que salga de su aposento ó entre en él, mas ó menos profunda segun esté solo ó acompañado, diciendo de boca ó con el corazon: Virgen santísima, te adoro con toda mi alma; madre amorosísima,

(1) Ecli., XLIX.

ma, te ofrezco mi corazon? Y nadie se excuse con sus muchas ocupaciones, porque esta loable práctica, á que acompaña siempre la bendicion de la reina de los ángeles, es causa de que se haga mejor y mas pronto cuanto se emprende, y cuando llega á ser costumbre, no cuesta mas trabajo que el quitarse el sombrero para saludar á un amigo.

Descubrirse al pasar por delante de las imágenes ó santuarios de la Virgen.

VII. Es un acto de devocion exterior descubrirse al pasar por delante de las imágenes y santuarios de nuestra señora ó cuando se oye pronunciar su santo nombre. Entre los infinitos rasgos de virtud que he notado en la congregacion de nuestra señora de la ciudad de Aviñon, he admirado muchas veces á un hombre de singular mérito, que habia asistido con la mayor puntualidad por espacio de treinta años á la congregacion, sin que nadie le hubiera visto jamás cubierto por muy mal tiempo que hiciere. He conocido á una persona que todas las noches antes de recogerse ponía las rodillas desnudas en tierra, y descalzo, con la cabeza descubierta y una vela encendida en la mano pedia perdon y daba satisfaccion á la madre de Dios. En otra ocasion hablé de las primicias de la devocion de S. Bernardino de Sena é indiqué de paso á qué grado de santidad llegó por este loable ejercicio.

Pronunciar muchas veces reverentemente el santo nombre de María.

VIII. Es un acto de adoracion exterior pronunciar muchas veces reverentemente el nombre augusto de María. Cuentan nuestros anales que en el año 1621 se confirió el bautismo á una mujer del Japon, tan desatina-

damente dada al culto de su falso dios Amida, que repetía el nombre de él hasta cierto y cuarenta mil veces al día levantándose con este motivo muy temprano. Ayudábala de ordinario un espíritu que le servía de despertador. En cuanto se hizo cristiana, trocó esta superstición en devoción y se obligó por afecto y gratitud á pronunciar otras tantas veces los sagrados nombres de Jesus y de María; y como la había abandonado el espíritu de tinieblas, le sucedió en el mismo servicio el ángel de la guarda: tanto se deleitaba el cielo en la sencilla piedad de aquella mujer.

Encender lámparas y cirios.

IX. La santa costumbre de encender lámparas y cirios ante las imágenes y altares de la Virgen está acreditada en muchos lugares de la cristiandad; y si se quiere averiguar su origen, habrá que subir hasta el de la iglesia. En el tratado tercero hice ver cómo se practicaba en la ciudad de Constantinopla, especialmente en vida de santa Pulqueria: aquí me creo obligado á hablar del monje Juan, de quien se trata en el Prado espiritual, y cuyo ejemplo se citó en el concilio segundo de Nicea (4). Este santo anciano vivía en una cueva distante como unas diez leguas de Jerusalem, y siempre que salía de su morada ó para alabar á Dios en el desierto á ejemplo de S. Antonio, ó para visitar los santos lugares ó los sepulcros de los mártires, ó para ir á orar en el monte Sinai, acostábrase encender un cirio ante la imagen de la Virgen que tenía en el fondo de la cueva como su tesoro y su consuelo, y al despedirse de nuestra señora la rogaba cuidase del cirio. A veces estaba de viaje seis

(4) Sofronio, Prado espiritual, c. 180.

semanas, otras tres, cuatro y seis meses, y á la vuelta encontraba siempre encendido el cirio y en el mismo estado en que le había dejado, dándole á entender la Virgen con este continuado milagro cuán gratas le eran su sencilla devoción y su singular confianza.

Quemar aromas y perfumes.

X. Otros ofrecen incienso á sus imágenes y queman aromas y perfumes ante sus altares para honrarla con una ceremonia antiquísima. Nunca se admirará bastante la singular devoción de S. Gerardo, primer obispo y mártir de Hungría. El rey S. Estéban había encontrado en él precisamente lo que buscaba, es decir, un siervo zeloso de la reina del cielo, si los hubo jamás. Entre otros varios rasgos de su devoción edificó á nuestra señora una iglesia, en la cual escogió una capilla para sí dedicándola á la Virgen. Todos los sábados se cantaba allí el oficio de nueve lecciones como el día de la Asunción: los demás días iba dos veces en procesion con su clero y pueblo despues de maitines y de visperas. Pero lo que mas hace á mi intento, es que fundó dos plazas para dos ancianos que velaban día y noche ante el altar de nuestra señora, á fin de que no faltase incienso en un incensario de plata construido para este objeto.

XI. Otros la honran coronando sus imágenes con guirnaldas de flores. Ya dije en el tratado tercero que esta piadosa práctica aprovechó á un turco obstinado, y diré mas en el capítulo siguiente. Otros muchos modos hay en este culto exterior; pero mi ánimo no es agotar el asunto, sino solamente apuntar como de paso lo mas notable.

Presentarle coronas y flores.

XII. Me parece muy digna de atenderse la consideracion de Ricardo de S. Lorenzo, penitenciario de la igle-

sia de Ruan, que vivia hace unos cuatrocientos años. Este doctor despues de alegar hasta cuarenta razones por las qualés estamos obligados á honrar y servir á la Virgen, y hacer ver que ella nos ha servido diligente y fielmente con todas las partes de su cuerpo, enseña por menor (1) cómo debemos consagrar á su servicio todas las potencias de nuestra alma y todos los miembros de nuestro cuerpo para poder decir con el real profeta: Bendiga mi alma á la madre del Señor, y todo cuanto hay en mí, rinda homenaje á su santo nombre. Lea quien quiera su razonamiento sobre este asunto: yo me contento con poner aquí por conclusion la leccion que la Virgen dió un dia á santa Brigida, para que entiendan todos qué circunstancias han de acompañar las adoraciones que le ofrecemos, especialmente las exteriores. Dijo pues que de cuatro clases de personas es honrada y servida. Los primeros son aquellos, que no aspiran en su servicio y honor mas que á agradarla y en lo demas tienen tan completa confianza en ella, que se echan descuidados en sus brazos dejando el cuidado de sí y de las cosas propias á su amorosa providencia. Los obsequios de los que están así dispuestos, añadió nuestra señora, me son tan gratos como lo sería un vaso de malvasia para una persona sumamente sedienta. Los segundos son los que por temor de incurrir en las penas eternas recurren á mí y procuran mantenerse en mi gracia por diversos medios. A estos les voy mudando el corazon poco á poco é infundiéndoles un espíritu de amor y un verdadero temor filial en vez del servil de que están dominados, y me doy á conocer á ellos cuanto puedo para obligarlos á que me sirvan por consideraciones mas puras y elevadas. Los terceros son los que me cortejan

(1) De laudibus B. Virg., l. 2.

con la esperanza de alguna medra humana ó de alguna prosperidad temporal. Como tienen las almas muy bajas y se contentan con muy poco, por lo comun les concedo lo que piden, y los pago en moneda del tiempo hasta que levanten sus pensamientos y afectos. Los últimos son los que abusando de mi bondad é indulgencia para continuar mas libremente en sus desórdenes no dejan de ofrecerme sus cortos servicios. Estos se parecen propiamente al que ofreciese á un principe en copa dorada un licor corrompido. Con esto vea cada cuál escudriñando su corazon á qué clase pertenece; y si en su vida ó en sus intenciones no encuentra bastante pureza, procure subir mas y hacerse digno de las gracias que distribuye ordinariamente la Virgen á aquellos que la sirven con un corazon recto y entero.

§. IV.—Práctica de la adoracion de las reliquias de la Virgen santísima.

I. Quédase para los Julianos, los Vigilancios y otros apóstatas é impíos semejantes reirse del culto que se da á las reliquias de los santos, llamándole idolatria y supersticion. Los verdaderos hijos de la iglesia han tenido en todo tiempo una opinion muy diferente de esta: han venerado lo que Dios mismo honra con tantos milagros: han reverenciado los huesos y las preciosas reliquias de los que tanto trabajaron y padecieron por Dios, para participar de la bendicion que esté derramó sobre ellos; pero como es razonable, han puesto muy particular cuidado en buscar las reliquias que nos han quedado de Maria santísima para honrarlas todo lo posible.

Diversas reliquias de la virgen Maria.

II. No sé si debo de atribuir á la dicha ó á la diligencia de santa Helena ó á las dos cosas juntas el precio-

sia de Ruan, que vivia hace unos cuatrocientos años. Este doctor despues de alegar hasta cuarenta razones por las qualés estamos obligados á honrar y servir á la Virgen, y hacer ver que ella nos ha servido diligente y fielmente con todas las partes de su cuerpo, enseña por menor (1) cómo debemos consagrar á su servicio todas las potencias de nuestra alma y todos los miembros de nuestro cuerpo para poder decir con el real profeta: Bendiga mi alma á la madre del Señor, y todo cuanto hay en mí, rinda homenaje á su santo nombre. Lea quien quiera su razonamiento sobre este asunto: yo me contento con poner aquí por conclusion la leccion que la Virgen dió un dia á santa Brigida, para que entiendan todos qué circunstancias han de acompañar las adoraciones que le ofrecemos, especialmente las exteriores. Dijo pues que de cuatro clases de personas es honrada y servida. Los primeros son aquellos, que no aspiran en su servicio y honor mas que á agradarla y en lo demas tienen tan completa confianza en ella, que se echan descuidados en sus brazos dejando el cuidado de sí y de las cosas propias á su amorosa providencia. Los obsequios de los que están así dispuestos, añadió nuestra señora, me son tan gratos como lo sería un vaso de malvasia para una persona sumamente sedienta. Los segundos son los que por temor de incurrir en las penas eternas recurren á mí y procuran mantenerse en mi gracia por diversos medios. A estos les voy mudando el corazon poco á poco é infundiéndoles un espíritu de amor y un verdadero temor filial en vez del servil de que están dominados, y me doy á conocer á ellos cuanto puedo para obligarlos á que me sirvan por consideraciones mas puras y elevadas. Los terceros son los que me cortejan

(1) De laudibus B. Virg., l. 2.

con la esperanza de alguna medra humana ó de alguna prosperidad temporal. Como tienen las almas muy bajas y se contentan con muy poco, por lo comun les concedo lo que piden, y los pago en moneda del tiempo hasta que levanten sus pensamientos y afectos. Los últimos son los que abusando de mi bondad é indulgencia para continuar mas libremente en sus desórdenes no dejan de ofrecerme sus cortos servicios. Estos se parecen propiamente al que ofreciese á un principe en copa dorada un licor corrompido. Con esto vea cada cuál escudriñando su corazon á qué clase pertenece; y si en su vida ó en sus intenciones no encuentra bastante pureza, procure subir mas y hacerse digno de las gracias que distribuye ordinariamente la Virgen á aquellos que la sirven con un corazon recto y entero.

§. IV.—Práctica de la adoracion de las reliquias de la Virgen santísima.

I. Quédase para los Julianos, los Vigilancios y otros apóstatas é impíos semejantes reirse del culto que se da á las reliquias de los santos, llamándole idolatria y supersticion. Los verdaderos hijos de la iglesia han tenido en todo tiempo una opinion muy diferente de esta: han venerado lo que Dios mismo honra con tantos milagros: han reverenciado los huesos y las preciosas reliquias de los que tanto trabajaron y padecieron por Dios, para participar de la bendicion que esté derramó sobre ellos; pero como es razonable, han puesto muy particular cuidado en buscar las reliquias que nos han quedado de Maria santísima para honrarlas todo lo posible.

Diversas reliquias de la virgen Maria.

II. No sé si debo de atribuir á la dicha ó á la diligencia de santa Helena ó á las dos cosas juntas el precio-

so hallazgo de tantas reliquias como reunió; pero creo que no habrá jamás una tan afectuosa devoción como la que empleó en buscar todo lo que merece ser reverenciado por haber estado en contacto con la Virgen ó por cualquier otro concepto. En la iglesia de santa Cruz en Jerusalem que mandó edificar en Roma, dejó entre otras reliquias algunos cabellos de la reina del cielo con una parte del velo que llevaba en la cabeza. Algunos autores afirman que envió á Tréveris la túnica inconsútil del Salvador labrada por su santísima madre, aunque muchos creen que ahora se guarda en una urna de mármol que está sobre el altar de santa María Magdalena en la iglesia de S. Juan de Letran. El peine de la misma señora, que se enseña hoy en Tréveris, es también un regalo de santa Helena, á quien debemos la conservación de una buena parte de las reliquias halladas en la tierra santa y en otros lugares.

III. Santa Pulqueria heredó no menos la piedad que las grandezas de ella. Mandó levantar una iglesia magnífica á nuestra señora en Constantinopla, y allí puso el cenidor de la Virgen que había heredado de su padre Arcadio. También hizo construir otra iglesia en el puerto de dicha ciudad para depositar el santo sudario en que fué envuelto el cuerpo de la Virgen, y que regaló á Pulqueria S. Juvenal, obispo de Jerusalem. A la tercera iglesia labrada por ella bajo la advocación de nuestra señora de la Guia le donó un huso que había servido á la Virgen, y unos pañales del Salvador que su cuñada Eudoxia le había enviado, y además la imagen de María hecha por el evangelista S. Lucas.

IV. Ya manifesté en el tratado tercero que el emperador Leon III edificó otra iglesia á nuestra señora junto al puerto de Constantinopla. Allí puso honoríficamente una túnica de la Virgen que había recibido de los ilustres hermanos Galbino y Candidio, los cuales con un ardid

se la habían sacado á una mujer judía, descendiente de una de las dos vírgenes ó viudas á quienes la madre de Dios la legó por testamento, según refieren más á la larga Metafrasta (1), Nicéforo (2) y los otros historiadores eclesiásticos.

V. El rey Hugo Capeto envió á S. Enrique una porción de los cabellos de la Virgen, que este piadoso emperador mandó conservar en el monasterio de la isla de Croilandia.

VI. Volviendo de Constantinopla el emperador Carlo Magno trajo con una parte de la corona de espinas, un clavo de la cruz y un sudario del Salvador una túnica blanca de María santísima, que regaló á la iglesia de Aquisgran, donde después fué enterrado. Es antigua tradición de esta iglesia que esa túnica es la misma que nuestra señora vestía cuando parió al que había de dar la paz al mundo. La camisa de la Virgen, que dije más arriba ser el ornamento y el tesoro de la ciudad de Chartres, es un don de Carlos el Calvo, así como la imagen de nuestra señora del Puy en Velay, de que he hablado en otra ocasión, es un presente de S. Luis.

VII. Otras varias iglesias se glorían de poseer reliquias semejantes. La de santa María la mayor de Roma guarda como un precioso tesoro una porción de los cabellos de nuestra señora con una parte de su túnica, así como la de S. Lorenzo extramuros. La de S. Juan de Letran enseña iguales tesoros y además una camisa del niño Jesus labrada por su santísima madre y un velo de esta, que algunos creen ser el mismo con que cubrió á su hijo desnudo cuando iba á ser enclavado en la cruz. Nuestra señora de París se gloria de poseer algunas go-

(1) Orat. de obitu Deipar. y lib. 45, capit. 44.

(2) Histor., lib. 2, capit. 24.

tas de la leche de la Virgen, como tambien la santa capilla de la misma ciudad, y ademas una porcion de su túnica. Asegura Marineo Siculo que la iglesia de Oviedo en España goza del mismo privilegio y tiene tambien algunos cabellos. En quanto á su leche virginal hay otros lugares donde se guarda preciosamente, como en la iglesia de S. Damiano de Asis, reedificada por S. Francisco y poseida despues por las monjas de santa Clara, la de Toledo y otras varias. En Semur en un priorato que fundó Gerardo, conde del Rosellon, se conserva el anillo con que se desposó la Virgen segun testimonio del sabio arzobispo de Aix. Soissons conserva una sandalia de nuestra señora. En Brujas se ve una trenza de sus cabellos dada por un obispo de Siria llamado Moisés á un paborde de la misma iglesia. En Arrás parte de su velo lo mismo que en la iglesia del noviciado de la compañía de Jesus de Nancy, que se intitula de nuestra señora de Gracia. En Forli en la iglesia de la misma compañía se guarda una gran porcion de la túnica de nuestra señora en una efigie de la misma que se trajo de Alemania. Ya he hablado en otro lugar de las casullas que regaló á S. Ildefonso, arzobispo de Toledo, y á S. Bonito, obispo de Clermont. Los que tengan devocion de saber en particular los santuarios donde se conservan reliquias de la Virgen, pueden leer el inventario que formó de ellas el bienaventurado siervo de Dios Antonio Belinghen, de la compañía de Jesus. Yo confieso ingenuamente que desearia mas saber cómo habia de darles el culto y veneracion que se merecen.

Diversos modos de venerar las reliquias de la Virgen.

VIII. La misma devocion que movió á estos príncipes y princesas á buscar con tanta diligencia las reliquias de la Virgen, engastarlas en oro y plata y guar-

necerlas de piedras preciosas, incitó á otros á emprender largos viajes para ir á adorarlas y rendirles homenaje de respeto, y veneracion, asi como sirvió de estímulo á otros para llevar siempre consigo alguna como un escudo contra los tiros de Satanás. Algunos no quisieron mas pasaporte ni salvoconducto que ese para emprender lejanas peregrinaciones y acometer grandes empresas en honra y gloria de Dios. Asi leemos que S. Benito envió su amado discípulo S. Mauro á Francia con una arquita de marfil, donde se guardaban entre otras reliquias algunas de la Virgen. Otros que poseian semejantes tesoros, atajaron el curso de las enfermedades y sosegaron la furia de los elementos. S. Gregorio turenense escribe de sí que yendo un dia de camino divisó á un hombre y una mujer con sus pobres hijos, que afligidos en extremo procuraban en vano atajar el fuego que habia prendido en una choza. El santo prelado compadecido se quitó del cuello una cruz de oro donde habia algunas reliquias de la Virgen, y levantándola con viva fé mandó al fuego que cesara en sus estragos, como sucedió en el acto con gran pasmo y no menor satisfaccion de los atribulados campesinos.

IX. Yo creeria caer en falta, si entre los que han venerado de diversas maneras las reliquias de la Virgen, no hiciera mencion de los doctos escritores que han sido sus panegiristas. Entre otros he admirado siempre la elocuencia y zelo de S. German de Constantinopla, que mas de una vez arengó sobre la adoracion del ceñidor de la madre de Dios y nos dejó en sus escritos señales de su singular devocion á la Virgen y de su gallardo entendimiento. Habla á aquella joya del cielo como si fuera una cosa animada, y le dice: «Ceñidor maravilloso, que ceñiste el cuerpo que habia tenido dentro de sí á Dios, y serviste de ornamento á la verdadera arca de la alianza, ¡cuántas veces fuiste rociado con la leche pu-

risima que salía de los pechos de la virgen de las vírgenes! Qué suave olor y qué gracia de atracción has recibido del contacto de ese sagrado cuerpo; que era como un unguento divino! Ceñidor singular, que confortas á unos contra las flaquezas de la carne y aprestas á los otros para pelear por la virtud contra el vicio, que atas las manos á nuestros enemigos visibles é invisibles y sirves de recinto murado á la ciudad, es decir, al alma que sabe invocarte; ceñidor precioso, que oprimiste con gran ventaja tuya al Verbo hecho carne y participaste de sus bendiciones, que tuviste la honra de tocar el cuerpo virginal de la madre del Salvador y sacaste de él cierta incorrupción, rodea nuestros riñones de fortaleza, justicia y mansedumbre, preserva nuestros cuerpos de la corrupción del pecado y sirvenos de baluarte contra nuestros enemigos. Así nos enseña el santo patriarca á estimar lo que dice la menor relación á la madre de Dios, y á venerar con incomparable santidad todo aquello que le sirvió para su uso. Confío que la devoción que movió á unos y á otros á hacer prodigios para rendir sus homenajes á la Virgen, suplirá fácilmente lo que yo no puedo decir.

§. V.—Prácticas de la adoración de las imágenes de la Virgen.

I. La devoción de los fieles ha conservado siempre las imágenes de la Virgen en las iglesias como gajes de santidad, en los palacios como prendas de seguridad, en los arsenales como armas bien templadas para vencer, en las academias como clave de la ciencia, en las puertas de las ciudades como salvaguardias, en las enérucijadas como guías seguras, en las casas y aposentos como la mejor defensa y amparo. S. Lucas fué el primero que hizo un singular servicio á la cristiandad sacando no solo un retrato, sino varios de aquel rostro adorable y pe-

regrino, porque á mas de la imagen que se venera en Roma, también se conserva en España la de Guadalupe (1) y en Polonia la de Clermont. Despues que el santo evangelista consagró su pincel á trasladar la imagen de la madre, como habia consagrado su pluma á dejar por escrito la vida y hechos del hijo, todos los pintores se tuvieron por dichosos de trasladarla al lienzo, los grabadores de esculpirla y los escultores de labrarla en mármoles y bronces segun la idea que cada cual podia formarse de la hermosura y majestad de la misma señora. Asi en poco tiempo se llenó el orbe de imágenes de la Virgen, como fácilmente puede comprobarse por las historias. Pero yo atribuyo á particular bendición de nuestro siglo que se haya extendido tanto su uso, que en ninguna casa por ruin y pobre que sea, falta una imagen de nuestra señora ó deja de observarse alguna muestra de devoción á la misma. La posteridad será deudora á S. Francisco de Borja, tercer general de nuestra compañía, del gran número de imágenes de nuestra señora la Mayor, que se ven hoy en todos los lugares del mundo: porque estimulado del ardiente deseo de poseer un verdadero retrato de la Virgen instó para que se le permitiera llevar á su aposento la de S. Lucas, que se guarda en Roma en la iglesia de nuestra señora la Mayor; y aunque hubo grandes dificultades por la suma veneración en que es tenida, su devota perseverancia las venció todas. Teniéndola ya en su poder mandó sacar muchas copias de ella, que envió á diferentes príncipes y señores y á varias casas de la Com-

(1) A mas de esta milagrosa imagen se veneran otras muchas en nuestra España, de las que es tradicion haber sido labradas por S. Lucas, como queda declarado en la noticia que dimos al fin del tomo primero de las imágenes célebres y milagrosas de este católico reino. (Nota del traductor español).

pañía: desde entonces se hizo comun el goce de este bien. S. Carlos, espejo de prelados ejemplares, propagó extraordinariamente la devoción á la Virgen por medio de sus imágenes, porque no contento con haber mandado y hecho cumplir puntualmente que á la entrada de todas las parroquias hubiera una imagen de nuestra señora, exhortó á sus ovejas á que llevasen siempre consigo alguna de dichas imágenes, porque él sabia ser un medio poderosísimo para desbaratar los planes del enemigo.

Culto tributado desde tiempo antiguo á las imágenes de la Virgen.

II. Subiendo mas arriba, es innegable que esta devoción tiene fecha muy antigua en la iglesia. Con efecto omitiendo decir nada de la imagen de nuestra señora que mandó á S. Mercurio mártir herir de muerte á Juliano el apóstata, segun se refirió en el tratado primero; pasando en silencio la que descubrió á S. Alejo en Edeasa de Siria, la que obró la conversión de santa María egipciaca en Jerusalem, la que echaba aceite de una mano en Sozópolis, y otras muchas de que hacen mencion las historias; dejando á un lado la santa costumbre observada en Constantinopla de llevar todos los años la imagen de nuestra señora labrada por S. Lucas á la capilla del palacio imperial desde el jueves antes de la dominica de pasion hasta el segundo dia de Pascua, en cuyo dia era conducida otra vez solemnemente al monasterio de la Guia; y pasando por alto el estatuto que santo Domingo dió desde el principio á sus religiosos para que todos tuviesen una imagen de la Virgen en sus oratorios; no puedo callar lo que refiere S. Antonino. Dice este santo (1) que antiguamente la imagen de Jesucristo

(1) Part. 4, tit. 15, cap. 22, §. 3.

crucificado se ponía á los pies de la iglesia, como se ve aun hoy en los templos de santa María la Mayor y de nuestra señora *trans Tiberim* en Roma, y en el altar mayor la de la Virgen con su hijo en los brazos, para que teniéndola siempre delante el sacerdote juzgase cuál debe ser el que á ejemplo de esta señora hace bajar á Dios del cielo con una sola palabra. En el pontifical romano se lee que el obispo en la bendición de las imágenes bendice las otras sin mitra y con una sola oración seguida de la aspersion del agua bendita; pero para la de la Virgen emplea muchas mas ceremonias poniéndose la mitra, incensando y diciendo varias antifonas, salmos y oraciones. Asi aun cuando no tuviéramos otro argumento de la estimacion que la iglesia ha hecho en todo tiempo de esas imágenes, nos bastaría este. Pero voy á buscar la práctica de venerar las imágenes de la madre de Dios en los edificantes ejemplos que nos han dejado tantas personas eminentes en nobleza y santidad.

III. Santa Isabel, reina de Hungría, mostró desde la cuna una singular devoción á la madre de Dios. Tenia varias imágenes pequeñas de esta señora, que dejó en herencia á su hija Sofia, la cual las estimaba como su mas pingüe mayorazgo. La una la regaló al monasterio de monjas de Vilverde, que luego se llamó nuestra señora de Consolacion por los muchos milagros obrados allí y el consuelo espiritual y corporal que recibian cuantos visitaban aquel santuario. Otras tres las donó á su cuñada Matilde, y las tres fueron célebres en milagros. Matilde dejó una en Gravesande no lejos del monasterio de Loudun fundado por ella, otra en la iglesia de carmelitas de Harlem y otra en Hainaut. Justo Lipsio recopiló una parte de las infinitas maravillas que aquí se obraron.

IV. Santa Heduvigis, duquesa de Polonia, que murió el año 1243, llevaba siempre consigo una imagen de

la Virgen, la cual no se le pudo quitar de las manos después de muerta. Abierto su sepulcro á los veinte y cinco años de su muerte, se hallaron enteros los tres dedos que tenían agarrada la imágen, y el cerebro tan fresco como si acabara de morir: además manaba de su cabeza cierto aceite que despedía un olor balsámico y manifestaba cuán agradable había sido su devoción á la madre de Dios.

V. Ludovico Pio, verdadero heredero de la piedad de su padre Carlo Magno, no dejaba jamás una imágen de nuestra señora que le servía de fiel compañera y con quien muchas veces tenía sabrosas pláticas. Cuando estaba en el campo, se desviaba un trecho de su servidumbre é hincado de rodillas ante ella hacía un rato de oración. El emperador Luis IV se volvió á Baviera llevando abrazada una imágen de la Virgen, que al fin de su vida dejó en acción de gracias al monasterio de Etalem, edificado por él en medio de los bosques y dedicado á la madre de Dios.

VI. Godofredo de Bouillon, rey de la Palestina, que recibió de mano de un ángel la cruz por palma de sus triunfos y seguridad de sus conquistas, había puesto su ejército bajo la protección de la Virgen, á quien invocaba en sus batallas colocando su imágen en la tienda real con los honores de reina. Cuando estudiaba teología S. Eduardo, que luego fué arzobispo de Cantorbery, tenía siempre delante una imágen de nuestra señora, en cuyo pie estaban grabados los misterios de la vida y pasión del Salvador.

VII. El P. Ignacio de Acebedo, que con treinta y nueve compañeros, todos de la compañía de Jesus, murió á manos de los calvinistas en el año 1570, estaba armado de una imágen de nuestra señora, que nunca pudieron arrancarle de las manos los enemigos de la fé. Así fué arrojado al mar con su imágen, á la que se atri-

buyó la gran maravilla que aconteció, porque el cuerpo del P. Acebedo no se sumergió como los otros, sino que habiendo puesto los brazos en cruz fué llevado por las olas hasta que le perdieron de vista sus bárbaros verdugos. El P. Baltasar Alvarez llevaba siempre una imágen de la Virgen. El P. Bernardo Colnago, de la misma compañía, que dejó en Italia suavísimo olor de santidad, tenía una imágen de nuestra señora, por la cual lograba del cielo todo cuanto quería. Hacía mil caricias á la misma y le hablaba con sumo candor, como si fuera á la señora á quien representaba. Un dia habiendo recibido una redoma de bálsamo la derramó por un raptó de devoción sobre la imágen, á quien después llamaba por este motivo su negra. Del cardenal Baronio leemos que llevaba siempre una imágen pendiente del pecho sobre el corazón.

VIII. Concluiré con algunos ejemplos no menos notables por los sujetos á quienes acontecieron, que por las gracias recibidas. Después de la toma de la ciudad de Casanova llevaron al duque de Milan Francisco Sforzia una doncella de peregrina hermosura, la cual viéndose sola y sin amparo en lo humano registró todo el aposento, y como divisase una imágen de la Virgen junto á la cama, se hincó de rodillas y con las manos juntas suplicó al duque le salvase la honra por el respeto que debía á la madre de Dios. Estas palabras acompañadas de lágrimas y esforzadas por una moción poderosa de la divina gracia hicieron tan fuerte mellá en el generoso duque, que concedió de buena gana á la doncella lo que pedía, y mandó llevarla con toda seguridad á sus padres.

IX. Fernando de Gonzaga, que luego fué duque de Mantua, montaba una vez un caballo fogoso, el cual sintiendo el acicate arrojó al jinete contra la verja de una iglesia inmediata. El príncipe se encomendó á nuestra señora de Loreto, y se levantó sano y salvo. En memo-

ria de este favor ofreció despues en aquel santuario un hombre á caballo todo de plata, y desde entonces llevó siempre pendiente del cuello una imágen de la misma señora. De lo dicho podrá cada cual tomar la práctica que le parezca mas propia para dar culto á las imágenes de la Virgen: yo paso á los demas ejercicios de religion.

X. He sabido de un hombre fidedigno, encargado de hacer las informaciones del venerable Cesáreo Buz, que murió en Aviñon con opinion de santo, que segun las deposiciones de los testigos lo que acabó de obrar su conversion venciendo su irresolucion, fué una imágen de la Virgen pintada sobre la puerta de la iglesia de santa Clara. En cuanto la vió, sintió interiormente tal mudanza, que postrándose en tierra en medio de la calle puso toda la esperanza de su salvacion en la Virgen despues de Dios: desde aquel punto mudó de vida y aprovechó extraordinariamente en la virtud (1).

S. VI.—El segundo rasgo de honor es publicar sus alabanzas.

I. Todos los santos padres concuerdan en que ninguna criatura puede con sus alabanzas igualar las grandezas de la madre de Dios. S. Juan Damasceno dice (2) que ella se aventaja á todo lo que podemos publicar en su elogio, y que aun cuando las lenguas de todos los hombres fuesen una sola, no serian capaces de alabarla dignamente. Aunque se añadan las de los ángeles, no llegaremos á las excelencias de aquella, por cuyo medio entramos en posesion de la gloria de

(1) Véase la adición de la madre M. J. de Blemur en la nota G, puesta al fin del tomo.

(2) Orat. 2 de Assumpt. B. Virg.

Dios. «Por mas que uno se remonte, dice S. Basilio de Seleucia, ponderando las alabanzas de la Virgen, no tema excederse, porque es cosa absolutamente imposible llegar al punto que se merece.» «Alabemos, honremos y amemos á la bienaventurada virgen Maria hasta donde puedan alcanzar nuestras fuerzas, dice el devoto Dionisio Richel al principio de los cuatro libros que compuso de las alabanzas de nuestra señora, y despues de haber hecho cuanto podamos, conoceremos que no nos acercamos á la magnitud de sus méritos y de los beneficios que nos ha dispensado.» «Nosotros, pequeñas criaturas (es consideracion de S. Agustin), ¿qué podriamos presentar que fuese digno de ella, aun cuando todos los miembros de nuestro cuerpo se volviesen lenguas, supuesto que ella sube mas alto que el cielo y baja mas abajo que los profundos abismos? Paréceme que los dos querubines que extendian sus alas sobre el arca de Moisés, decian tácitamente que la verdadera arca de la alianza, que no es otra que la madre de Dios, quedaba siempre oculta, aunque sus entendimientos representados por las alas hiciesen todos los esfuerzos para comprenderla (1).» «Nadie se engañe, dice S. Anselmo (2), porque es la verdad que nadie está exento de alabarla y que gracias á Dios hay materia para que se empleen los entendimientos mas aventajados; pero el que se resuelva á esto, tenga entendido que caerá con el peso de la carga.» Pedro Comestor dijo en muy buenos versos latinos lo que trasladamos á continuacion en romance y sin el artificio del metro: «Si pudiera ser que las arenas de la tierra y del mar, las olas, las flores de la primavera, el fuego y el aire, los vientos, todo género de aves y animales, los árboles de los bosques, la yerba y las mieses, el rocío y

(1) Orat. 35 de sanctis.

(2) De excellent. Virg., c. 2.

ria de este favor ofreció despues en aquel santuario un hombre á caballo todo de plata, y desde entonces llevó siempre pendiente del cuello una imágen de la misma señora. De lo dicho podrá cada cual tomar la práctica que le parezca mas propia para dar culto á las imágenes de la Virgen: yo paso á los demas ejercicios de religion.

X. He sabido de un hombre fidedigno, encargado de hacer las informaciones del venerable Cesáreo Buz, que murió en Aviñon con opinion de santo, que segun las deposiciones de los testigos lo que acabó de obrar su conversion venciendo su irresolucion, fué una imágen de la Virgen pintada sobre la puerta de la iglesia de santa Clara. En cuanto la vió, sintió interiormente tal mudanza, que postrándose en tierra en medio de la calle puso toda la esperanza de su salvacion en la Virgen despues de Dios: desde aquel punto mudó de vida y aprovechó extraordinariamente en la virtud (1).

S. VI.—El segundo rasgo de honor es publicar sus alabanzas.

I. Todos los santos padres concuerdan en que ninguna criatura puede con sus alabanzas igualar las grandezas de la madre de Dios. S. Juan Damasceno dice (2) que ella se aventaja á todo lo que podemos publicar en su elogio, y que aun cuando las lenguas de todos los hombres fuesen una sola, no serian capaces de alabarla dignamente. Aunque se añadan las de los ángeles, no llegaremos á las excelencias de aquella, por cuyo medio entramos en posesion de la gloria de

(1) Véase la adición de la madre M. J. de Blemur en la nota G, puesta al fin del tomo.

(2) Orat. 2 de Assumpt. B. Virg.

Dios. «Por mas que uno se remonte, dice S. Basilio de Seleucia, ponderando las alabanzas de la Virgen, no tema excederse, porque es cosa absolutamente imposible llegar al punto que se merece.» «Alabemos, honremos y amemos á la bienaventurada virgen Maria hasta donde puedan alcanzar nuestras fuerzas, dice el devoto Dionisio Richel al principio de los cuatro libros que compuso de las alabanzas de nuestra señora, y despues de haber hecho cuanto podamos, conoceremos que no nos acercamos á la magnitud de sus méritos y de los beneficios que nos ha dispensado.» «Nosotros, pequeñas criaturas (es consideracion de S. Agustin), ¿qué podriamos presentar que fuese digno de ella, aun cuando todos los miembros de nuestro cuerpo se volviesen lenguas, supuesto que ella sube mas alto que el cielo y baja mas abajo que los profundos abismos? Paréceme que los dos querubines que extendian sus alas sobre el arca de Moisés, decian tácitamente que la verdadera arca de la alianza, que no es otra que la madre de Dios, quedaba siempre oculta, aunque sus entendimientos representados por las alas hiciesen todos los esfuerzos para comprenderla (1).» «Nadie se engañe, dice S. Anselmo (2), porque es la verdad que nadie está exento de alabarla y que gracias á Dios hay materia para que se empleen los entendimientos mas aventajados; pero el que se resuelva á esto, tenga entendido que caerá con el peso de la carga.» Pedro Comestor dijo en muy buenos versos latinos lo que trasladamos á continuacion en romance y sin el artificio del metro: «Si pudiera ser que las arenas de la tierra y del mar, las olas, las flores de la primavera, el fuego y el aire, los vientos, todo género de aves y animales, los árboles de los bosques, la yerba y las mieses, el rocío y

(1) Orat. 35 de sanctis.

(2) De excellent. Virg., c. 2.

las estrellas, los peces y demás habitantes del agua, los montes y los valles, los riscos y peñascos, las serpientes y dragones, los moradores del cielo y de la tierra se volvieran todas lenguas, nunca podrían mostrar cuán grande es la virgen María, ni los monumentos, ni las edades podrán representar justamente sus virtudes.»

II. Pero porque no podemos, dice S. Juan Damasceno (1), alabarla como merece, ¿juzgaremos ser lícito callar y creemos que nuestro silencio puede pasar sin vituperio? Nada de eso; al contrario debemos conciliar el afecto con el temor y del respeto y del amor como de diferentes flores hacer una corona que le agrade y sea como las primicias de nuestro pobre jardín. Lejos de desalentarnos la elevación de la gloria debe de animarnos y convidarnos á hacer cuanto podamos, porque como dice un gran sabio, estamos seguros de que no agotaremos jamás la fuente de sus alabanzas.

III. Nos convidan sus singulares méritos y las palabras de Salomon, que dice: Dadle del fruto de sus manos, y alábenla sus obras en las puertas (2). Nos convida la gran facilidad que Dios nos ofrece de pagar por este medio las obligaciones que le tenemos. Acuérdomé á este propósito que hallándose un día apurada santa Matilde por no saber cómo pagar á la Virgen y lamentándose de no haber hecho jamás cosa que mereciera decirse, se le apareció el esposo de las almas y le habló así: «Hija mía, por todas las mercedes que has recibido de mi amada madre, alaba la singular fidelidad con que aceptó y cumplió la voluntad de mi padre así tocante á mí como á ella: alaba su singular fidelidad en servirme de todas las maneras imaginables y en sentir dentro de su alma todos los tormentos que yo padeci en mi cuerpo:

(1) Serm. 4 de Assumpt.

(2) Proverb., XXXI.

alaba su singular fidelidad en dedicarse aun ahora á ganarme almas y la diligencia con que las trae á mi aprisco.

IV. Nos convida la gloria que redunda de estas alabanzas á Jesucristo, porque si el honor que se tributa á la sierva, pasa hasta el ama, dice S. Ildelfonso (1), con mas razon el que se da á la madre, toca al hijo: así ella tiene muy buena parte en el que su hijo recibe como rey de la gloria. Nos convida la gana que debemos de tener de responder con nuestras alabanzas á las horribles blasfemias que el infierno y sus satélites vomitan diariamente contra ella. Nos convida el extraordinario galardón preparado y prometido á aquellos que se emplean en alabarla y darla á conocer: este galardón es la vida eterna segun las palabras del Eclesiástico, que la iglesia acomoda á nuestra señora (2). Finalmente nos convidan, dice el mismo S. Ildelfonso (3), los ejemplos de su hijo y del Espíritu Santo á entonar cánticos armoniosos delante del trono de su gloria. Nos convida el ejemplo de tantos santos, que hicieron prodigios por alabar á la maravilla del cielo. Con efecto ¿qué no hicieron un S. Epifanio, un S. Atanasio, un S. Cirilo, un S. Agustin, un S. Ildelfonso, un S. Andrés de Candia, un S. Efren, un S. Pedro Damiano, un S. Bernardo, un abad Ruperto, un S. Buenaventura, un san Bernardino, un S. Alberto y otros muchos, que han dado materia para nuestros discursos sobre las grandezas de la madre de Dios? ¿Con qué anhelo pelearon por defender este título y la virginidad de nuestra señora, por ensalzar su humildad, admirar su caridad, pregonar sus

(1) De virginit. Mariæ, c. 2.

(2) Eccli., XXIV.

(3) Serm. de Assumpt.

excelencias y convidar á todo el mundo á conocer y amar su singular bondad (1)!

V. Hablando solamente de algunos de los padres sudichos, ¡con qué deleite vemos la afectuosa devoción de S. Buenaventura y las invenciones que le sugiere esta para alabar á Maria! No sabe qué decir, ni qué hacer para honrarla y reverenciarla. En su Espejo nos presenta una suma de las principales grandezas de nuestra señora: le compuso un salterio de ciento y cincuenta salmos á imitación del de David: le cantó letanias á semejanza de las de Roma: le labró una corona de gozos y alabanzas: hizo una lamentacion en forma de oficio sobre sus principales dolores: le dedicó varias prosas donde están comprendidas las antiguas figuras que la representaban, y se enumeran sus mas eminentes calidades: le acomodó los cánticos de Moisés y de Maria, su hermana, el de Débora y los otros que la iglesia ha incluido en el oficio divino. En fin no se pueden abrir sus obras sin echar de ver el fuego del amor de Maria en que se inflamaba su corazon. Sus elogios y alabanzas son tantos y tan escogidos y oportunos, que al leerlos tiene uno que amar á la Virgen aun cuando no quisiera. Si la considera en términos de gracia y santidad, dice que es la fuente de gracia, la idea de las buenas costumbres, la flor de lis del cielo, la luz sin oscuridad, la rosa sin espinas, la palma sin hiel, la regla de la castidad, el nivel de la justicia, la vara de perfecta hermosura, la señora de la vir-

(1) Adición de la madre Maria Jacoba de Blemur.—«Es una especie de alabanza hablar de ella en las ocasiones con palabras honrosas y de estimacion tratando de sus virtudes y publicando sus beneficios y las mercedes recibidas de su misericordia. Tambien contribuye á sus alabanzas el que asiste de buena gana á los sermones que se predicán en honor de esta señora, deleitándose en oírlos, el que lee los libros donde se trata de sus excelencias aprobándolas y consinténdolas con toda su alma, el que desea y procura que sea alabada de todo el mundo.»

tud y de la verdad; el ejemplo del mundo. Si la considera en punto de mansedumbre y bondad, la llama panal de miel, escanciador de la gracia y de la dulzura, tálamo de la piedad, cofrecillo de los divinos ungüentos, fuente de clemencia, madre de amor, nodriza de los espíritus, nube cargada de gracia, red de los beneficios celestiales. Si habla de ella por forma de reconciliacion y refugio, la llama hermoso arco iris, inventora de la gracia, cámara de la paz, la que suspende la ira de Dios, la salud del mundo, la escala del cielo, el camino que lleva á la vida, la guía de la salvacion, la puerta del paraíso, la reparadora del mundo, la medianera de los pecadores, la guardadora de los hombres, el refugio singular, la esperanza de los desgraciados, el áncora de nuestras esperanzas, la nave, el piloto y el puerto juntamente, la madre de los huérfanos, la fuente de la salud, el venero de la misericordia, el faro de los descaaminados, el valor de los combatientes. Si se trata de su autoridad y poderio, la llama la muerte del pecado, el martillo de las herejías, la ruina de los demonios, la columna de la religion, la reina de los reyes, la señora de los imperios, la omnipotente ya para proporcionar beneficios, ya para dar auxilios, ya para llevar al cabo empresas. Si se trata de su gloria y excelencia, la apellida el retrete, el trono y el templo de la divinidad, el palacio de la santísima Trinidad, el prodigio de las obras de Dios, el vaso que sirvió de molde á su alfarero, el arroyo que es el manantial de su fuente, la estrella que produce á su sol, la virgen digna de Dios, el portento de grandeza, el dechado de excelencia, el honor de la tierra, la gloria del cielo, el cielo intelectual, el esplendor de la luz divina, la suprema inteligencia, la reina de los siglos, la hija, madre y esposa de Dios.

VI. La virgen Maria reveló á santa Brigida que perpetuamente haria de madre con el obispo sueco Hem-

mingo, le asistiría á la hora de la muerte y aun presentaría su alma en el juicio de Dios en premio de la devoción que mostraba hácia ella empezando todos los sermones con sus alabanzas. S. Vicente Ferrer no podía oír tratar de las excelencias de la Virgen sin que su corazón se derritiese y sus ojos se deshicieran en llanto. El padre Ventura de Bérgamo, religioso de la orden de predicadores, tenia la loable costumbre de predicar todos los sábados de las grandezas de la Virgen; lo que se verificaba por lo comun con grandísimo concurso, á veces hasta de treinta ó cuarenta mil oyentes. La reina de los ángeles pagó de varios modos la devoción de su siervo y en especial apareciéndosele y descubriéndole muchos secretos.

VII. S. Estanislao de Kostka la llamaba su buena madre, y era tan grande el gozo que recibía hablando de ella, que los que le conocían, por complacerle y deleitarse tambien ellos sacaban la conversacion en cuanto le veían. He dicho por deleitarse ellos tambien, porque era imposible ver cómo se inflamaba y con qué fuego sostenía la conversacion, sin conmoverse y sentir el alma inundada de contento. ¿Qué mayor gozo que oír á S. Gregorio Taumaturgo tocar la trompeta y convidar á todo el mundo á alabar, glorificar y llamar bienaventurada á la reina del cielo y honrar su memoria con aplausos y cánticos de alegría (1)? ¿Qué consuelo ver á Ricardo de S. Lorenzo hacer los mayores esfuerzos para ensalzar á aquella á quien amaba mas que á su vida! En los doce libros que compuso sobre las alabanzas de la Virgen, considera sus prerogativas, privilegios y virtudes, y va buscando materiales para satisfacer su devoción en la fecundidad de la tierra, la profundidad del

(1) Orat. 3 in Annualiat.

Océano y las dilatadas regiones del aire: en fin no deja pieza alguna de la naturaleza que no emplee en ponderar el mérito de la madre de Dios.

VIII. No permita el Señor que al hablar de los que con tan particular afecto se han dedicado á pregonar las alabanzas de la virgen María, me olvide yo de S. Casimiro. Este príncipe mozo, infinitamente mas ilustre por su singular piedad que por su noble prosapia, se consagró desde la niñez al servicio de la madre de Dios y entre otros homenajes de reconocimiento que le rendía, no pasaba un dia sin rezar una prosa latina compuesta por él mismo en alabanza de nuestra señora. A la hora de la muerte mostró deseos de que la entonasen con él, como se hizo; y cuando se abrió su sepulcro el año 1609, se halló colocada sobre su pecho. Ve aquí parte de los bellos pensamientos que contiene dicha composicion, traducida en romance sin el artificio del metro. «Corazon mio, no pienses ni de dia, ni de noche mas que en aquella que ha cautivado tu amor: tus mas ardientes deseos y el deleite de mayor atractivo para tí sean honrar con tus alabanzas á aquella Virgen, cuyas prendas enamoraron y pasmáron á los ángeles. El resplandor de sus gloriosas facciones no puede consentir que ninguna nube venga á ocultar á nuestros ojos la majestad de su semblante. Así es que todos dicen con franqueza que nada se iguala á su hermosura ni en el cielo, ni en la tierra, ni en el mar y que el sol es nada en comparacion de su claridad y resplandor. ¿Y seré yo acusado de soberbia ó de imprudencia por haber emprendido descabelladamente publicar su excelencia, si no puedo ni con mucho (por mas que se afane mi corazón y mi pluma) pintar al vivo todos los rayos de ese sol resplandeciente, que me alumbrá y me admira? Aunque los mejores ingenios, cuando se trata del mérito de ella, temen siempre la carga y mudos y suspensos se ven reducidos á admirar

su gran perfeccion; no obstante hay que ver que mi silencio no sea causa de exponerme á una cobarde desconfianza por temor de apreciarla muy poco. Aquel por quien peleas, señora de las regiones celestiales, tiene por subyugados sus enemigos y por segura la palma: puede desafiar á la muerte y esperar salvarse bajo la proteccion de la reina de los cielos á pesar de la rabia é insolencia de los demonios enfurecidos. ¿Quién ignora que tu valor ha atado á esos mastines y que sin tí íbamos á ser precipitados en los tormentos? ¿Quién ignora que el infierno iba á abrir su boca para tragarnos y que sin tu divino auxilio el cielo no pensaba mas que en castigarnos eternamente? Todo era terror é imagen de la muerte. Ya el infierno con espantosos silbidos amenazaba sepultarnos: ya los truenos y relámpagos nos anunciaban la ira del cielo; pero todos estos siniestros signos se desvanecieron como humo, y los principes infernales no ganaron mas que la fama de haber acrecentado sus tormentos. Tantos instrumentos monstruosos forjados para nuestra ruina no sirvieron sino para destruir sus máquinas. Tus manos, oh Virgen, nos han libertado de esta lamentable esclavitud, y sin tí éramos perdidos. En ti redunda todo el honor de esta dicha señalada. Es un rasgo de tu valor que esos espíritus abominables hayan experimentado el poder de tu brazo. La infiel Eva, que por satisfacer su apetito cerró las puertas del paraiso á todos sus descendientes, puso por su temeridad en manos de un Dios enojado la espada vengadora de los pecados; pero tú por tu bondad sacaste á las víctimas de las manos de aquel. Hija del cielo y de la gracia, obra del brazo omnipotente, Virgen que no tienes igual en inocencia en todo tu linaje, el mismo Dios cede á tu voz y dispone á tu voluntad de sus mas singulares prodigios. Manda, porque los cielos están preparados y la tierra escucha atenta para cumplir tus deseos. Al ver

al padre de bondad y autor de la santidad dispuesto á complacerte, ¿quién puede dudar de la firmeza del destino de los que te tienen por madre? Así como la desigualdad de los años, de los meses y de las estaciones y el movimiento de los cielos se ajustan al curso del primer astro del mundo, así la dicha de los mortales sigue obediente el impulso de tu mano. Seguro yo pues, oh Virgen santa, de que mis intenciones igualmente complacientes siguen la inclinacion de tu dulce providencia, te doy mi corazon, para que venciendo el vicio y el mal ejemplo haga un esfuerzo generoso y te erija en su centro un templo magnifico. Supuesto que con toda libertad y plena confianza busco un asilo seguro en el seno de tu clemencia, no me despidas por Dios, sino guia mis pasos entre las sombras, para que evite yo los escollos donde intenta estrellarme el príncipe de los abismos. En vano será que el infierno vomite sobre mí todo el veneno de su furia, que perturbe y conmueva la tierra y el firmamento, que renueve sus maquinaciones y revuelva las regiones del aire y las profundidades del mar: á mí me basta una palabra de María para desbaratar todos esos planes. Vive gloriosa por siempre, fuente de nuestra felicidad; vive eternamente dichosa y bienaventurada. En balde se alborota el infierno: tu suerte es invariable, y mientras Jesus sea Dios, tú ocuparás por derecho el primer lugar despues de él.

IX. La afectuosa devocion de otros ha inventado nuevos medios para honrarla, como el que publicó recientemente un librito con este solo verso:

Tot tibi sunt dotes, Virgo, quot sidera celo;
pero diversificado tantas veces como estrellas cuentan los astrólogos en el firmamento, esto es, mil veinte y dos. A la verdad la razon pide que todo cuanto puede inventar el entendimiento humano sirva para honrar las gran-

dezas de aquella que nunca será honrada de los hombres como merece.

X. Algunos han consagrado sus plumas, sus vigili-
as y sus tareas á ponderar y agradecer las mercedes y gra-
cias recibidas de ella. El célebre Justo Lipsio despues de
haber empleado largos años en la indagacion de la anti-
güedad con el favor de la madre de Dios, como protesta
él mismo, le dedica la última produccion de su pluma,
que es una recopilacion de los milagros obrados por
nuestra señora de Hault y de Monteagudo. S. Ignacio al
dejar el mundo y la milicia temporal por la espiritual veló
sus armas en Monserrat delante de la imágen de la Vir-
gen, colgando allí su espada y su daga como quien le de-
jaba el honor adquirido con las armas y ponía á sus
pies el que habia de adquirir en adelante.

XI. Pero me parece que los mas dichosos son aque-
llos, que por merced del cielo han publicado de palabra
ó por escrito las excelencias de la reina del cielo y exci-
tado al mundo á amarla, honrarla y servirla; porque su
condicion es infinitamente mucho mas aventajada que
la de todos los cortesanos y validos de la tierra. Mas di-
chosos son aun los que Dios por especialísima gracia ha
destinado para ser en el cielo los cantores de la capilla
real de la Virgen y los panegiristas de sus grandezas.
¡Oh quién tuviera la fortuna de ser de ese número y de
estar escrito en la lista de los domésticos de la reina de
los ángeles! Yo me contentaría con pasar todos los tra-
bajos de esta vida por ocupar el último y mas estrecho
lugar. Aquellos á quienes ha cabido esta feliz suerte,
bendigan por siempre su envidiable condicion: nosotros
la suplicamos que no se nos caigan jamás de la boca sus
alabanzas y que con ellas nos enfrene, como dice un
profeta (1), para que no perezamos. Dichoso aquel,

(1) Isai., XLVIII.

dice S. Buenaventura (1), que no se harta jamás de cantar
tus alabanzas, ni de publicar tus virtudes, porque pene-
trará en su corazon una luz celestial y el Espiritu Santo
dirigirá las tinieblas de su entendimiento.

§. VIII. — El tercer rasgo de honor es celebrar religiosamente sus fiestas.

I. Las fiestas y solemnidades de la Jerusalem celestial
son tan grandes, que se oyen en la tierra, porque nues-
tros regocijos y festividades no son mas que ecos y dé-
biles imitaciones de los triunfos de allá arriba. Así no
es extraño que entre todas las fiestas del año ocupen el
primer lugar las de la Virgen despues de las de su hijo,
en atencion á que en el cielo no hay un honor igual al que
se le rinde á ella. Bien es verdad que sin perjuicio de lo
que se hace allí, la iglesia militante guiada por el Espiri-
tu Santo ha venerado siempre mas particularmente ciertos
misterios de la madre de Dios y celebrado algunas fies-
tas suyas con mas aparato y ostentacion exterior que
otras, segun se ve en las de la Concepcion, Natividad,
Anunciacion, Purificacion y Asuncion, que se celebran
de muy antiguo en la iglesia. Fácil me será demostrarlo
respecto de todas menos la de la Concepcion, acerca de
la cual hablé largamente en el capítulo VIII del trata-
do tercero. La orden de nuestra señora del Cármen ce-
lebra la fiesta de la Anunciacion con octava, como ha-
cen tambien otras religiones con la Purificacion y la Vi-
sitacion.

II. La de la Natividad empezó á celebrarse con extra-
ordinario júbilo inmediatamente despues del concilio de
Efeso, donde fué condenado Nestorio y mantenida la
Virgen en posesion del título glorioso de madre de Dios;

(1) In psalt. B. Virg.

dezas de aquella que nunca será honrada de los hombres como merece.

X. Algunos han consagrado sus plumas, sus vigili-
as y sus tareas á ponderar y agradecer las mercedes y gra-
cias recibidas de ella. El célebre Justo Lipsio despues de
haber empleado largos años en la indagacion de la anti-
güedad con el favor de la madre de Dios, como protesta
él mismo, le dedica la última produccion de su pluma,
que es una recopilacion de los milagros obrados por
nuestra señora de Hault y de Monteagudo. S. Ignacio al
dejar el mundo y la milicia temporal por la espiritual veló
sus armas en Monserrat delante de la imágen de la Vir-
gen, colgando allí su espada y su daga como quien le de-
jaba el honor adquirido con las armas y ponía á sus
pies el que habia de adquirir en adelante.

XI. Pero me parece que los mas dichosos son aque-
llos, que por merced del cielo han publicado de palabra
ó por escrito las excelencias de la reina del cielo y exci-
tado al mundo á amarla, honrarla y servirla; porque su
condicion es infinitamente mucho mas aventajada que
la de todos los cortesanos y validos de la tierra. Mas di-
chosos son aun los que Dios por especialísima gracia ha
destinado para ser en el cielo los cantores de la capilla
real de la Virgen y los panegiristas de sus grandezas.
¡Oh quién tuviera la fortuna de ser de ese número y de
estar escrito en la lista de los domésticos de la reina de
los ángeles! Yo me contentaría con pasar todos los tra-
bajos de esta vida por ocupar el último y mas estrecho
lugar. Aquellos á quienes ha cabido esta feliz suerte,
bendigan por siempre su envidiable condicion: nosotros
la suplicamos que no se nos caigan jamás de la boca sus
alabanzas y que con ellas nos enfrene, como dice un
profeta (1), para que no perezamos. Dichoso aquel,

(1) Isai., XLVIII.

dice S. Buenaventura (1), que no se harta jamás de cantar
tus alabanzas, ni de publicar tus virtudes, porque pene-
trará en su corazon una luz celestial y el Espiritu Santo
dirigirá las tinieblas de su entendimiento.

§. VIII. — El tercer rasgo de honor es celebrar religiosamente sus fiestas.

I. Las fiestas y solemnidades de la Jerusalem celestial
son tan grandes, que se oyen en la tierra, porque nues-
tros regocijos y festividades no son mas que ecos y dé-
biles imitaciones de los triunfos de allá arriba. Así no
es extraño que entre todas las fiestas del año ocupen el
primer lugar las de la Virgen despues de las de su hijo,
en atencion á que en el cielo no hay un honor igual al que
se le rinde á ella. Bien es verdad que sin perjuicio de lo
que se hace allí, la iglesia militante guiada por el Espiri-
tu Santo ha venerado siempre mas particularmente ciertos
misterios de la madre de Dios y celebrado algunas fies-
tas suyas con mas aparato y ostentacion exterior que
otras, segun se ve en las de la Concepcion, Natividad,
Anunciacion, Purificacion y Asuncion, que se celebran
de muy antiguo en la iglesia. Fácil me será demostrarlo
respecto de todas menos la de la Concepcion, acerca de
la cual hablé largamente en el capítulo VIII del trata-
do tercero. La orden de nuestra señora del Cármen ce-
lebra la fiesta de la Anunciacion con octava, como ha-
cen tambien otras religiones con la Purificacion y la Vi-
sitacion.

II. La de la Natividad empezó á celebrarse con extra-
ordinario júbilo inmediatamente despues del concilio de
Efeso, donde fué condenado Nestorio y mantenida la
Virgen en posesion del título glorioso de madre de Dios;

(1) In psalt. B. Virg.

es decir, despues del año 456, segun declara Baronio y se manifiesta por los sermones de S. German, de S. Andrés de Jerusalem, de S. Juan Damasceno, de S. Fulberto, de S. Bernardo, de S. Pedro Damiano y otros y por el libro de la virginidad de nuestra señora, que escribió S. Ildefonso cerca de mil años hace. Refiere Vicente, obispo de Beauvais, que el dia en que se celebra (el 8 de setiembre), fué revelado á un devoto monje, el cual oia todos los años en tal dia los conciertos armoniosos de los ángeles, y al fin supo por uno de ellos que celebraban el dia natalicio de su reina, ignorado hasta entonces de los hombres (1). Afirman varios autores fidedignos que el papa Inocencio IV concedió octava á esta fiesta de resultas de la merced que recibió la iglesia por la intercesion de María santísima. Muerto Celestino IV, como el emperador Federico II impidiese la eleccion del sucesor de S. Pedro entorpeciendo con sus arterias la resolucion del consistorio por espacio de veinte y un meses, los cardenales hicieron voto de celebrar esta fiesta con octava, si por el patrocinio de la Virgen se lograba nombrar pacificamente la cabeza visible de la iglesia. Conseguida esta gracia, el papa electo, que fué Inocencio IV, cumplió lo prometido.

La Anunciacion.

III. La fiesta de la Anunciacion se celebraba en la iglesia mucho tiempo antes que la de la Natividad, porque S. Agustin cita como antigua tradicion (2) que se celebraba el dia 25 de marzo, el cual se creia fué el de la muerte del Salvador; y ademas de los sermones del

(1) Specul. exempl., lib. 6, (2) De Trinit., l. 4, c. 5. cap. 65 et lib. 7, cap. 449.

mismo santo doctor, de S. Ambrosio, de S. Pedro Crisólogo y otros tenemos tres excelentes de S. Gregorio Taumaturgo, anterior á todos ellos cerca de trescientos años. Aunque en varias iglesias se celebró esta fiesta el dia 18 de diciembre, segun vemos por el concilio de Laodicea y el segundo de Toledo, que presidió Eugenio, tio de S. Ildefonso, porque la iglesia comunmente en fin de marzo está ocupada con la memoria de la pasion y muerte de su esposo; sin embargo el mismo S. Ildefonso restableció el uso antiguo y trocó la fiesta que se celebraba el 18 de diciembre, en la de la expectacion de nuestra señora.

La Purificacion.

IV. La fiesta de la Purificacion, llamada por los griegos Hipapante ó encuentro y por los antiguos fiesta de Simeon y de la profetisa Ana, es posterior á ambas, y no estan acordes todos con respecto á la época de su institucion. Nicéforo (1), Teófanés (2) y S. Agustin la refieren al año décimo quinto del imperio de Justiniano ó sea el 545 del Salvador; Sigeberto (3) al año 542; Cedreno al año noveno de Justino el anciano, que caeria en el 518, aunque todos opinan haberse instituido á causa de una gran mortandad que cesó por la intercesion de la Virgen. Pero en la iglesia latina es mas antigua, como que muchos juzgan (4) que comenzó en el pontificado de Gelasio, que vivia mas de treinta años antes de Justiniano, y dicen que aquel piadoso papa tomó ocasion para instituir esta festividad de los abusos que se

(1) Hist., lib. 17, cap. 28. diene á este año.
(2) In Miscell., 2 p. summ., (4) Baron. in notis ad rom. martyrolog. ad diem 2 febr.
(3) En la crónica correspon-

cometian en las fiestas llamadas Lupercales, reliquias del paganismo, á las que substituyó la celebracion de los misterios que la iglesia venera en la festividad de la Purificacion. El papa Sergio, que fué electo el año 688, ordenó la bendicion de las candelas y la procesion.

La Asuncion.

V. La Asuncion, que podriamos llamar la fiesta principal de la Virgen es antiquisima, como vemos por el discurso ó epístola de Sofronio á santa Paula y su hija santa Eustoquio. El autor era coetáneo de S. Gerónimo, á quien atribuyen algunos aquel escrito. Lo que dice Nicéforo de que el emperador Mauricio mandó celebrar esta fiesta en todas partes, no ha de entenderse en manera alguna de su institucion primera, sino del edicto que publicó para que se guardase en todo el Oriente á imitacion de la iglesia occidental. La octava se añadió de orden del papa Leon IV en hacimiento de gracias por haber librado á la ciudad de Roma de un basilisco que causaba grandes estragos. No es para omitido el milagro que cita Pedro el venerable, abad de Cluny: afirma este siervo de Dios como cosa averiguada en su tiempo que las velas que ardan en la iglesia de santa María la mayor de Roma desde las primeras vísperas de la Asuncion hasta las segundas, se hallaban enteras al cabo de las veinte y cuatro horas como cuando se encendieran.

La Presentacion.

VI. A mas de estas cinco fiestas principales se celebran otras en la iglesia universal ó en alguna particular, aunque son menós solemnes. La de la Presentacion es antiquisima en la iglesia griega, como vemos por los discursos de S. German de Constantinopla, de Jorge de

Nicomedia y otros, por el menologio de los griegos y por la constitucion del emperador Manuel que trae Teodoro Balsamon. Ya se celebraba en Francia el año 1375, como se ve por la ereccion del monasterio de los celestinos de Metz hecha en reverencia de esta fiesta. El papa Paulo II la mandó poner en el calendario romano el año 1464 para aplacar la ira de Dios y conjurar los males que afligian á la iglesia: ademas concedió indulgencias al pueblo cristiano por su celebracion, como habia hecho su predecesor Pio II. Borrada despues del calendario con otras varias fiestas por Pio V, la repuso Sixto V por un breve, en donde mostró la antigüedad de ella en la iglesia de Dios. No contribuyó poco á esto el docto Francisco Turiano, de la compañia de Jesus, que por merced de la Virgen murió en el mismo dia de la Presentacion.

La Visitacion.

VII. La fiesta de la Visitacion tuvo origen algun tiempo antes que la otra, es decir, el año 1385 segun S. Antonino. Fué instituida por el pontífice Urbano VI y confirmada ó mejor dicho promulgada por Bonifacio IX con motivo del cisma que habia dividido á la iglesia desde la muerte de Gregorio XI hasta la eleccion de Martino V, como se ve por el breve de dicho Bonifacio.

Santa Maria de las Nieves.

VIII. De esta festividad hablé ya en el capítulo XII del tratado primero.

Los desposorios de nuestra señora.

IX. La iglesia de Francia hace conmemoracion de los desposorios de nuestra señora el dia 22 de enero con

el consentimiento del papa Paulo III, que aprobó el oficio compuesto por Pedro Daurat, religioso dominico, y concedió que pudiese rezarse en la iglesia.

Santa Maria de los mártires.

X. En Roma se celebra la fiesta de santa Maria de los mártires el dia 15 de mayo, porque en tal dia fueron desterrados de aquella ciudad los falsos dioses por el papa Bonifacio IV bajo el imperio de Focas y consagrado el templo donde eran adorados, en honor de la madre de Dios y de todos los santos mártires. Luego Gregorio IV ordenó se celebrase esta fiesta con el titulo de la madre de Dios y todos los santos el dia 1.º de noviembre.

La Expectacion de nuestra señora.

XI. En España se celebra el dia 18 de diciembre la Expectacion de nuestra señora, que ha sido autorizada por el papa Gregorio XIII hace algunos años. Tambien se llama nuestra señora de la O, porque en este dia comienzan á rezarse en el oficio las famosas antífonas, que principian todas por O.

XII. En Constantinopla se celebraba antiguamente con gran solemnidad en el dia tercero de Pentecostés la fiesta de nuestra señora de la Guia con motivo de la magnífica iglesia fundada por la emperatriz Pulqueria bajo de esa advocacion.

Nuestra señora de los Angeles.

XIII. La orden de S. Francisco celebra el dia 2 de agosto con particularísima devocion la fiesta de nuestra señora de los Angeles ó de la Porciúncula en memoria

de las gracias que el santo patriarca recibió del cielo en aquella iglesia, y de las indulgencias que consiguió por la intercesion de la Virgen para todos los que visitasen el templo de nuestra señora de los Angeles en Asis.

Nuestra señora del Carmen.

XIV. La religion carmelitana celebra con singular devocion la fiesta de nuestra señora del Carmen el dia 16 de julio.

*Nuestra señora de la Victoria.—Los dolores de nuestra señora.—
Los gozos de nuestra señora.*

XV. En el dia 7 de octubre la iglesia universal da gracias á Dios por la victoria ganada á los turcos, celebrando á nuestra señora bajo la advocacion de la Victoria, segun se ve en el Martirologio romano. El viernes antes de la dominica de Ramos se celebran los dolores de nuestra señora, y de los gloriosos se hace conmemoracion en la dominica tercera de setiembre. Omito otras fiestas por no cansar al lector.

El sábado.

XVI. Yo incurriria en alguna nota, si no incluyese entre las fiestas de la Virgen el sábado, dia consagrado á ella casi en todos tiempos. La iglesia como gobernada por el Espiritu Santo ha creído que sería muy poco hacer memoria de Maria santísima, su madre y maestra, una sola vez al año como hace con todos los santos; y así le dedica un dia á la semana en reconocimiento de tantos beneficios. Si se me pregunta por qué ha elegido el sábado mas bien que otro dia, diré que los doctores alegan varias razones. En primer lugar para manifestar que en el

tiempo que medió entre la pasión y la resurrección de su hijo, que propiamente fué el sábado, quedó en ella sola la fé viva y distinta de la misma resurrección; lo que se representa también por la vela que queda sola encendida en el candelero triangular los tres días últimos de la semana santa durante las tinieblas. Digo fé viva y distinta, porque es opinión de graves autores que los apóstoles no perdieron jamás enteramente su fé; mas quedó en ellos muy debilitada y como desfallecida. Esta es la razón que alegan S. Bernardo (1), S. Buenaventura (2), S. Antonino (3), el Abulense (4), Guillermo Durando y otros (5). En segundo lugar en memoria de la soledad en que quedó después de la muerte de su hijo, que era su único consuelo. En tercero para mostrar que el sábado así como es la entrada del domingo, día del descanso y de la resurrección, también es la puerta del cielo y la entrada de nuestra bienaventuranza. En cuarto para que por la fiesta de la madre se entrase inmediatamente en la del hijo, que es el domingo. La última razón es toda mística y tomada de la semejanza que la Virgen tenía con el sábado antiguo; pero no quiero detenerme en ella, porque este discurso se dirige únicamente á deducir alguna práctica para honrar á nuestra señora en sus fiestas. Por lo que toca á las devociones particulares del sábado y en especial á las abstinencias y otras mortificaciones, que hacen en tal día los más de los siervos de la Virgen, hablaré al tratar del décimo reconocimiento.

XVII. Grande es el disgusto con que tengo que interrumpir mi relación para hacerme cargo de las fútiles observaciones de ciertos espíritus profanos degenerados de la pureza de nuestra santa religión. No obstante

(1) De passione Dom., c. 2.

(2) In 3 dist. 3, art. 2, q. 3.

(3) Part. 4, tit. 15, c. 21.

(4) Præfat. in Mat.

(5) Rational. divinor. offic.,

l. 4, c. 4.

diré aquí de paso que los griegos cismáticos, aunque han caído en muchos errores absurdos después de separados de la unidad de la iglesia, conservan grandísimo respeto á las fiestas de la Virgen, si bien mezclando en sus devociones según costumbre prácticas judaicas ó invenciones extravagantes de sus trastornados cerebros. Dicen que toda la naturaleza se siente de tal manera de la santidad de nuestras fiestas, que en las cinco principales de la Virgen dos de las cuatro columnas en que se sostiene el cielo, se doblan por respeto, así como se inclinan las otras dos en las solemnidades de nuestro Señor. Si acontece que ocurre en un mismo día una fiesta del hijo con otra de la madre, tienen por cierto que ha de perecer el mundo, faltándole el apoyo al cielo mientras se doblan las cuatro columnas que le sostienen. Por esta causa habiendo caído años pasados el día de Pascua en 23 de marzo, que es el mismo de la Anunciación, estaban tan persuadidos de que había de acabarse el mundo, que nadie hacía provisiones más que para un día. Si por aquellas columnas entendían las inteligencias bienaventuradas que sostienen el mundo según el santo Job, no dudo que mientras la iglesia militante celebra los misterios de Jesucristo y de la Virgen, hagan actos de profundísima reverencia. Pero dejémoslos delirar y pasemos á la práctica de honor en que estamos empeñados.

XVIII. Siempre he creído que nuestras solemnidades debían celebrarse con dos especies de sentimientos muy diferentes. Los unos convienen á los que desterrados de su patria y confinados en tierra extraña se parecen á los israelitas cuando sentados á la orilla de los ríos de Babilonia con los ojos arrasados en lágrimas, los brazos cruzados y las cítaras colgadas de los sauces conversaban de las fiestas y cánticos de Sion. Por esta disposición entiendo los suspiros de una alma contrita

y los ejercicios de saludable penitencia y mortificación que nuestra madre la iglesia nos enseña á practicar especialmente en las vigilijs de las grandes festividades. Tal ha sido siempre la santa ocupacion de los siervos devotos de la Virgen, como haré ver en el discurso de la mortificación.

XIX. Però por otra parte como verdaderos hijos de la celestial Jerusalem, que tenemos derecho por la adopcion divina y la gracia de la regeneracion á las delicias y contentos de la casa real de donde descendemos, debemos despertar nuestros corazones y participar en nuestras fiestas de los regocijos del cielo del modo que se observa en las solemnidades de allá arriba. S. Juan, segun leemos en su Apocalipsis (1), fué convidado á asistir en espíritu á los prodigios que pasaron en la solemne ceremonia de abrir el libro de siete sellos efectuada por el cordero y en el triunfo de la corte celestial. Vió á los veinte y cuatro ancianos y á los cuatro animales misteriosos que tenian en la mano cítaras y vasos de perfumes, que son las oraciones de los santos, postrarse en tierra cantando las alabanzas del cordero. Oyó las voces de miles de millares de espíritus gloriosos que clamaban: Digno es el cordero que fué muerto, de recibir el poder, la divinidad, la sabiduría, la fortaleza, el honor, la gloria y la bendicion. Oyó á todas las criaturas que hay en el cielo y en la tierra, repetir en tono diferente el mismo cántico y con nueva cadencia dar mil bendiciones al cordero que está sentado en el trono de Dios vivo. Ve ahí á mi juicio la idea verdadera de nuestras fiestas y el modelo acabado de los actos que debemos practicar en ellas; á saber, la oracion, el gozo, el hacimiento de gracias y la glorificación.

(1) Apocal., v.

La oracion y el gozo.

XX. Digo la oracion, representada por los aromas que S. Juan vió subir junto al trono de Dios y perfumar con su grato olor la ciudad santa; porque la razon pide que en tales dias empleemos un rato en la consideracion de los misterios propuestos por la iglesia y que nuestro corazon se desahogue en santos afectos. El P. Francisco Suarez, varon no menos ilustre por su profunda ciencia que por sus singulares virtudes, empleaba á lo menos dos horas en la consideracion de las grandezas de Maria antes de decir misa los dias de festividad de esta señora. Todos los que la aman de corazon, procuran en tales ocasiones saborear la dulzura de sus misterios y conversar con ella el mas tiempo que pueden.

XXI. La santa escritura manifiesta que así como Sanson halló la miel en la boca del leon, nosotros hallamos la dulzura y el contento en la oracion, que es representada por el leon á causa de su mucha fortaleza. Esto nos acontece cuando hablamos de las grandezas de la reina del cielo, porque el alma queda como inundada del gozo causado por el pensamiento de ella. Allí el espíritu como enajenado de contento se congratula de verla tan ensalzada: allí se deleita y se abisma: allí dice que ya no desea mas luego que ver transformado en Dios el objeto de sus amores. Los impulsos de este gozo son tales en algunos, que harian desfallecer el corazon si Dios no le confortase.

El hacimiento de gracias.

XXII. De la consideracion y del gozo nacen los sentimientos de accion de gracias, que el corazon da á la santísima Trinidad por haber ensalzado la Virgen á tan

alto grado de honor y especialmente por haberle hecho las mercedes peculiares de aquella fiesta. Esta accion de gracias la presenta de una manera especialísima al rey de la gloria, para quien, por quien y en quien recibió ella tantos favores del cielo. Finalmente envia esta accion de gracias á ella misma, porque nunca pasan estas fiestas sin recordarnos alguna señalada obligacion que le tenemos.

La glorificacion.

XXIII. Toda esta alegría se termina en bendiciones y glorificaciones, y el alma que conoce su poca capacidad para poder dar abasto á ellas, llama en su auxilio al cielo y á la tierra para adorar al padre de la luz, de quien procede todo don perfecto, cantar y publicar sus grandezas y darle á conocer á todas sus criaturas. Lo mismo hace para bendecir y glorificar proporcionalmente á aquella á quien Dios ensalzó por caminos imposibles de imaginar: le dice cosas sorprendentes dictadas por el amor; y no quisiera dar de mano á estas amorosas pláticas.

La comunión.

XXIV. A estos ejercicios hay que añadir la comunión, porque como la Virgen respondió un día á una alma justa, no esperemos hacerle un servicio mas grato que presentarle su querido hijo. Tambien se ha de ejercitar la caridad con los menesterosos, porque está puesto en razon que distribuyamos mas liberalmente los bienes temporales cuando recibimos con mas abundancia los espirituales.

La limosna. Una preparacion notable.

XXV. Mas para no omitir lo principal conviene saber que la preparacion mas importante consiste en ejercitarse algunos dias en actos de contricion, de mortificacion, de deseo, de religion, de fê, de esperanza, de caridad y de otras virtudes excelentes. Es máxima infalible que á poca preparacion corresponde poca gracia y que Dios guarda los favores singulares para las almas bien dispuestas. Así estas cuando se acerca alguna fiesta, procuran aprovechar de un modo notable en la vida espiritual; para lo cual aumentan su devocion é imploran el favor del cielo. Muchos presentan al Señor á manera de un ramillete compuesto de ciertas oraciones, penitencias y otros actos de virtud como si fueran otras tantas flores. En el año 1621 advirtiéndolo uno de los padres de la Compañía residentes en la China que aquellos naturales acostumbran enviar regalos y presentes á las mujeres que estan próximas al alumbramiento, resolvió sacar provecho de este estilo, como lo hizo. Se acercaba la fiesta de Navidad, y el padre propuso en un sermón á sus oyentes que guardasen aquella costumbre para con la reina del cielo y le ofreciesen por vía de regalo algunos ayunos, oraciones y otras buenas obras; lo cual les agradó tanto, que desde entonces no han dejado de prepararse con tales obsequios para celebrar la natividad de Jesucristo y de María santísima. Estando santa Gertrudis oyendo misa la vispera de la Asuncion, al llegar el sacerdote á las palabras *ut sua nos defensione munitos jucundos faciat sue interesse festivitati* de la colecta *Deus qui virginalem aulam*, vió á la Virgen que tenia debajo de su manto muchas doncellas de peregrina hermosura, las cuales eran puestas en fila y defendidas por los ángeles y extraordinariamente agasajadas por la misma Virgen. La santa supo que

aquellas eran las almas que habian cuidado de prepararse dignamente para celebrar la festividad de nuestra señora. Conoció al mismo tiempo que habian sido admitidas por la Virgen á mas alto grado de proteccion que antes; que ademas les habia dado mejor parte de sus dulcedumbres y consuelos que á todas las otras; por último que habian sido encomendadas de una manera especial á los espíritus bienaventurados, para que las guardasen y defendiesen contra sus enemigos. Habiendo recurrido la misma santa á la Virgen el dia de la Anunciacion para preguntarle cuál seria el obsequio mas grato que pudiera hacerle en tal dia, respondió nuestra señora: «Si en cada dia de la octava rezas treinta y cinco Ave Marias para completar los dias que estuvo mi amado hijo en mis entrañas, sábete que agradeceré este obsequio tuyo como si me hubieras hecho toda clase de servicios desde el dia en que le concebí, hasta que le parí. Y si entonces no hubiera yo podido negarte ninguna cosa, mucho menos podré ahora que tengo mas medios de favorecer á los que procuran agradarme.» Lo que se le dijo á la santa el dia de la natiuidad, solo se diferencia en un punto; á saber, que el que rezase en cada un dia de la octava el mismo número de Ave Marias en reverencia de los dias que nuestra señora estuvo en el vientre de su madre, mereceria tener en el cielo una parte muy especial en todos los gozos que experimentó el corazón de la Virgen en la tierra, y ademas en todos los contentos de que Dios inunda ahora su espíritu. ¿Habrá alguno tan insensible, que no se conmueva con la grandeza de estas promesas, ni ceda á los atractivos de tan desmedida caridad (1)?

(1) Adicion de la madre *Maria Jacoba de Blemur*. «Consideremos pues todos estos dias solemnnes de nuestra madre celestial como dias verdaderamente venturosos, dias de gracia y

§. VIII.—El cuarto rasgo de honor es erigirle iglesias y santuarios.

I. El honor que redunda á Dios de la edificacion de las iglesias, es de los principales que podemos tributarle, porque en cuanto se le consagra un templo, baja él á tomar posesion y empeña su palabra de escuchar á los que recurran á implorarle en aquel lugar. Y aunque no entra siempre con tanto aparato y magnificencia exterior como hizo cuando la dedicacion del templo de Salomon; con todo es indudable que viene con una abundancia de virtud divina tanto mayor, cuanto que las iglesias cristianas son mas distinguidas é ilustres que aquel templo, donde solo se guardaban las sombras y figuras de nuestros misterios sacrosantos. Por esta causa digo que es obra de relevante mérito levantar iglesias al Señor, pues es obligarle á bajar á la tierra de un modo particular y ofrecerle el medio de manifestar sus grandezas y distribuir largamente sus bienes; es dar motivo á que se salven millares de personas por el ejercicio de todas las virtudes; es multiplicar los santuarios de Dios y los lugares donde está presente realmente; es en cierta manera hacer bajar el cielo á la tierra ó por mejor decir construir en la tierra cielos abreviados, donde se practican actos celestiales de dia y de noche, en todo tiempo y sazón, donde Dios es bendecido y adorado continuamente, donde se otorga el perdon de los pecados, donde se reengendran las almas para la salud eterna, donde se comprueba el derecho que tienen adquirido á la herencia del cielo, donde se celebran los divinos misterios, donde son ungidos y consagrados los ministros del altar, donde se

bendicion, de los que no ha de perderse un instante, sino antes bien emplearlos útil y fielmente segun la devocion y el tiempo que Dios se sirva darnos.

aquellas eran las almas que habian cuidado de prepararse dignamente para celebrar la festividad de nuestra señora. Conoció al mismo tiempo que habian sido admitidas por la Virgen á mas alto grado de proteccion que antes; que ademas les habia dado mejor parte de sus dulcedumbres y consuelos que á todas las otras; por último que habian sido encomendadas de una manera especial á los espíritus bienaventurados, para que las guardasen y defendiesen contra sus enemigos. Habiendo recurrido la misma santa á la Virgen el día de la Anunciacion para preguntarle cuál seria el obsequio mas grato que pudiera hacerle en tal día, respondió nuestra señora: «Si en cada día de la octava rezas treinta y cinco Ave Marias para completar los días que estuvo mi amado hijo en mis entrañas, sábete que agradeceré este obsequio tuyo como si me hubieras hecho toda clase de servicios desde el día en que le concebí, hasta que le parí. Y si entonces no hubiera yo podido negarte ninguna cosa, mucho menos podré ahora que tengo mas medios de favorecer á los que procuran agradarme.» Lo que se le dijo á la santa el día de la natiuidad, solo se diferencia en un punto; á saber, que el que rezase en cada un día de la octava el mismo número de Ave Marias en reverencia de los días que nuestra señora estuvo en el vientre de su madre, mereceria tener en el cielo una parte muy especial en todos los gozos que experimentó el corazón de la Virgen en la tierra, y ademas en todos los contentos de que Dios inunda ahora su espíritu. ¿Habrá alguno tan insensible, que no se conmueva con la grandeza de estas promesas, ni ceda á los atractivos de tan desmedida caridad (1)?

(1) Adición de la madre *Maria Jacoba de Blemur*. «Consideremos pues todos estos días solemnes de nuestra madre celestial como días verdaderamente venturosos, días de gracia y

§. VIII.—El cuarto rasgo de honor es erigirle iglesias y santuarios.

I. El honor que redundá á Dios de la edificación de las iglesias, es de los principales que podemos tributarle, porque en cuanto se le consagra un templo, baja él á tomar posesion y empeña su palabra de escuchar á los que recurran á implorarle en aquel lugar. Y aunque no entra siempre con tanto aparato y magnificencia exterior como hizo cuando la dedicacion del templo de Salomon; con todo es indudable que viene con una abundancia de virtud divina tanto mayor, cuanto que las iglesias cristianas son mas distinguidas é ilustres que aquel templo, donde solo se guardaban las sombras y figuras de nuestros misterios sacrosantos. Por esta causa digo que es obra de relevante mérito levantar iglesias al Señor, pues es obligarle á bajar á la tierra de un modo particular y ofrecerle el medio de manifestar sus grandezas y distribuir largamente sus bienes; es dar motivo á que se salven millares de personas por el ejercicio de todas las virtudes; es multiplicar los santuarios de Dios y los lugares donde está presente realmente; es en cierta manera hacer bajar el cielo á la tierra ó por mejor decir construir en la tierra cielos abreviados, donde se practican actos celestiales de día y de noche, en todo tiempo y sazón, donde Dios es bendecido y adorado continuamente, donde se otorga el perdon de los pecados, donde se reengendran las almas para la salud eterna, donde se comprueba el derecho que tienen adquirido á la herencia del cielo, donde se celebran los divinos misterios, donde son ungidos y consagrados los ministros del altar, donde se

bendicion, de los que no ha de perderse un instante, sino antes bien emplearlos útil y fielmente segun la devocion y el tiempo que Dios se sirva darnos.

ofrecen los votos, en una palabra donde se ejercen los actos mas augustos de que el hombre es capaz en esta vida.

II. Lo mismo digo en proporcion de las iglesias dedicadas á los santos y especialmente á la reina de ellos, porque ademas de que los santos se gozan infinito del honor que Dios recibe en las casas que les estan dedicadas, á mas del contento que les resulta de la salud y aprovechamiento de los hombres, sacan ellos mismos grandísima parte de gloria, toda la que pueden esperar de las personas de nuestra condicion. Esto me hace creer que la madre de Dios se siente extraordinariamente obligada á los que hacen tan santo uso de las facultades recibidas del cielo. Y si leemos muchas veces en la Escritura que Dios edificó casas á los que le hicieron algun servicio señalado, es decir, afirmó las familias de ellos y bendijo su posteridad; ¿qué deberán de esperar aquellos que hospedaron á la Virgen en palacios y templos, sino que ella misma les labre un palacio eterno en el cielo, afirme sus esperanzas, dirija sus planes y los colme de toda suerte de felicidades? Aquí tenia yo asunto para entretenerme si quisiera; pero me contentaré con lo dicho al fin del primer tratado, donde hice una visita á los principales santuarios de nuestra señora en todo el orbe. Los que se emplearon en estos generosos planes, segun notamos allí, son los mismos que en los tratados siguientes hemos visto prosperar de todas maneras para gloria de Dios y honra de aquella que nunca es vencida en liberalidad.

§. IX.—El quinto rasgo de honor es visitar los santuarios que le están particularmente dedicados.

I. Desde la mas remota antigüedad escogió Dios ciertos lugares para ser venerado mas particularmente, y nadie lo llevará á mal, pues él es el señor de los lugares y los

tiempos, y á nosotros nos toca disponernos á recibir sus gracias donde y como quiere distribuirlas. La Virgen á imitacion suya tiene tambien sus lugares de eleccion, en los que parece se huelga ella mas y se da á conocer por efectos maravillosos la majestad de la que allí preside. Y aunque no hay ningun rincon en el mundo por recóndito que sea, que no oiga las súplicas y oraciones de sus fieles siervos, no obstante quiere que estos veneren los lugares donde ella gusta de ser reverenciada y servida, á no que queramos decir que ha escogido tales santuarios ó á lo menos la mayor parte por honrar la memoria de alguno de sus queridos hijos. Como quiera que sea, muchos sin hacer mas indagaciones se han contentado con saber que la Virgen se holgaba de ser servida en tal ó cual parte para ir allá á ofrecerle sus corazones. No hay, á Dios gracias ningun país del mundo que María no mire con ojos benignos y donde no se cojan sus gracias á manos llenas, aunque no todos son igualmente privilegiados. En el tratado primero hice ya ver que esta madre comun no ha tenido á ninguna provincia por extraña y que ha estampado en todas partes las huellas de su bondad y liberalidad; y bien podia yo decir en reciprocidad algo acerca del concurso y afecto de los pueblos á venerarla, si no tuviéramos las pruebas delante á cada paso. Basta que haya materia para consolarnos y glorificar á Dios viendo la concurrencia de los fieles á los santuarios que nuestra señora mira con predileccion. Los grandes quieren dar ejemplo á los pequeños, y estos se persuaden á que pueden ser tan ricos en buena voluntad como aquellos: así unos y otros procuran á porfía propagar el honor de la Virgen santísima. No hay mas que leer las historias de los santuarios de Loreto, Montserrat, el Puy, Chartres, Monteagudo, donde se ven las peregrinaciones de los papas, cardenales y prelados, de los monarcas y príncipes, de los señores y potentados,

de los fieles de todas clases y condiciones, los cuales se esmeraron en ofrecer dones y presentes á la madre misericordiosa de los cristianos.

II. Mas de poco serviria que la Virgen fuese venerada así en ciertos santuarios célebres, si no nos hubiera facilitado los medios de ir á ofrecerle nuestras plegarias; pero se puede decir con verdad que apenas hay una ciudad en la cristiandad donde no tenga algun santuario frecuentado de sus devotos. Lo he observado con curiosidad en todas partes y especialmente en la ciudad de Aviñon, en la que hay muchas personas que por nada del mundo dejarian de visitar todos los dias la iglesia de nuestra señora aun en el rigor del invierno y estando los caminos intransitables. Animo, almas piadosas, ánimo; que la Virgen desde el empireo cuenta todos vuestros pasos para recompensar generosamente vuestra afectuosa devocion. Vendrá un dia en que cesen esos viajes y en que pareis en el monte santo del Señor, uniéndoos inseparablemente á la que venerásteis en la tierra con todas vuestras facultades. Pero mientras llega ese dia, emplead en su servicio vuestro cuerpo y vuestra alma, porque tal es la voluntad de aquel por quien y en quien debeis amarla y honrarla.

III. Un dia habla á otro dia, dice el profeta David, y de cuando en cuando los hombres iluminados por el espíritu de Dios inventan nuevas devociones así como nuevas artes. Ve aquí una que ha nacido en nuestros dias y que no dudo será muy grata á la reina del cielo. Hay muchas personas de calidad de uno y otro sexo, que deseosas de obsequiarla acuden todas las mañanas á alguna iglesia de su advocacion para rendirle homenaje y pagarle el tributo de respeto y reconocimiento que los cortesanos acostumbran pagar á los soberanos de la tierra. Esta práctica no deja de hallar fundamento en las santas escrituras, donde leemos con frecuencia que Dios

trata con los hombres del mismo modo que ellos entre si, y les pide servicios y honores semejantes á los que ellos se hacen mutuamente. Luego que tomemos el aire de la corte celestial, variaremos de conducta: por ahora nos basta saber que no son despreciados allí nuestros servicios, sino que se reciben benévolamente y se nos prepara un galardón eterno.

CAPITULO IX.

DE LA DEVOCION; OCTAVO RECONOCIMIENTO DEBIDO A LAS GRANDEZAS DE LA MADRE DE DIOS.

Juntemos la devocion al honor, de quien es hermana carnal, como hijos de un mismo padre, que es Dios, y de una misma madre, que es la virtud de la religion; y exijamos algunas prácticas de esta virtud, las mas autorizadas por la iglesia y las mas habituales á los fieles siervos de la Virgen. Tales ejercicios son en frase de S. Atanasio (1) los presentes que las doncellas de Tiro, de quienes habla David (2), y los mas notables del pueblo cristiano llevan en sus manos cuando van á ofrecer sus servicios y rendir sus homenajes á la esposa sin par. Los que faltan á este deber, dice S. Buenaventura (3), justamente pueden creer que ofenden y desagradan á la Virgen santísima.

§. I.—El primer rasgo de devocion es celebrar ú oír misas en honor de nuestra señora.

I. Empiezo por el santo sacrificio de la misa como el acto mas sublime de la religion, y aunque hablando con

(1) Serm. de Annuntiat.
(2) Salmo XLIV.

(3) Specul. B. Virg.

de los fieles de todas clases y condiciones, los cuales se esmeraron en ofrecer dones y presentes á la madre misericordiosa de los cristianos.

II. Mas de poco serviría que la Virgen fuese venerada así en ciertos santuarios célebres, si no nos hubiera facilitado los medios de ir á ofrecerle nuestras plegarias; pero se puede decir con verdad que apenas hay una ciudad en la cristiandad donde no tenga algun santuario frecuentado de sus devotos. Lo he observado con curiosidad en todas partes y especialmente en la ciudad de Aviñon, en la que hay muchas personas que por nada del mundo dejarían de visitar todos los dias la iglesia de nuestra señora aun en el rigor del invierno y estando los caminos intransitables. Animo, almas piadosas, ánimo; que la Virgen desde el empireo cuenta todos vuestros pasos para recompensar generosamente vuestra afectuosa devoción. Vendrá un dia en que cesen esos viajes y en que pareis en el monte santo del Señor, uniéndoos inseparablemente á la que venerásteis en la tierra con todas vuestras facultades. Pero mientras llega ese dia, emplead en su servicio vuestro cuerpo y vuestra alma, porque tal es la voluntad de aquel por quien y en quien debeis amarla y honrarla.

III. Un dia habla á otro dia, dice el profeta David, y de cuando en cuando los hombres iluminados por el espíritu de Dios inventan nuevas devociones así como nuevas artes. Ve aquí una que ha nacido en nuestros dias y que no dudo será muy grata á la reina del cielo. Hay muchas personas de calidad de uno y otro sexo, que deseosas de obsequiarla acuden todas las mañanas á alguna iglesia de su advocacion para rendirle homenaje y pagarle el tributo de respeto y reconocimiento que los cortesanos acostumbran pagar á los soberanos de la tierra. Esta práctica no deja de hallar fundamento en las santas escrituras, donde leemos con frecuencia que Dios

trata con los hombres del mismo modo que ellos entre si, y les pide servicios y honores semejantes á los que ellos se hacen mutuamente. Luego que tomemos el aire de la corte celestial, variaremos de conducta: por ahora nos basta saber que no son despreciados allí nuestros servicios, sino que se reciben benévolamente y se nos prepara un galardón eterno.

CAPITULO IX.

DE LA DEVOCION; OCTAVO RECONOCIMIENTO DEBIDO A LAS GRANDEZAS DE LA MADRE DE DIOS.

Juntemos la devoción al honor, de quien es hermana carnal, como hijos de un mismo padre, que es Dios, y de una misma madre, que es la virtud de la religion; y exijamos algunas prácticas de esta virtud, las mas autorizadas por la iglesia y las mas habituales á los fieles siervos de la Virgen. Tales ejercicios son en frase de S. Atanasio (1) los presentes que las doncellas de Tiro, de quienes habla David (2), y los mas notables del pueblo cristiano llevan en sus manos cuando van á ofrecer sus servicios y rendir sus homenajes á la esposa sin par. Los que faltan á este deber, dice S. Buenaventura (3), justamente pueden creer que ofenden y desagradan á la Virgen santísima.

§. I.—El primer rasgo de devoción es celebrar ú oír misas en honor de nuestra señora.

I. Empiezo por el santo sacrificio de la misa como el acto mas sublime de la religion, y aunque hablando con

(1) Serm. de Annuntiat.
(2) Salmo XLIV.

(3) Specul. B. Virg.

propiedad, no es licito ofrecerle á otro que á Dios, como advierte el sacrosanto concilio de Trento (1), puede emplearse para dar gracias á Dios por los beneficios conferidos á los santos y á la reina de ellos y para suplicarlos que sean nuestros intercesores. Por aquí puede cada cual conjeturar la satisfaccion que la Virgen recibe de esta especie de reconocimiento, atento á que en el tesoro de los méritos infinitos del Salvador no tenemos nada mas excelente, ni mas digno de ser ofrecido á Dios por todos sus beneficios, ni cosa alguna en que sea mas glorificado. Esa es la razon por que está hoy tan acreditada esta devocion en toda la iglesia, que cuando uno quiere emprender algun negocio ó dar gracias por algun beneficio, manda decir las misas de la Virgen. En algunos países y especialmente en España, suelen conmutarse las misas de difuntos en misas de la Concepcion; de modo que muchas personas dejan dispuesto en su testamento que se digan en sufragio de sus almas ya quinientas, ya mil misas de la Concepcion. Por eso he dicho mas de una vez que vivimos en un tiempo en que Dios quiere honrar de todas suertes á su madre santísima, aunque esta devocion es muy antigua en la iglesia, como atestan las historias, que pueden leerse en los autores que las han recopilado: á mi me basta una sola para confirmar la creencia en que debemos estar de la incomparable bondad de la Virgen.

II. Cesáreo, monje cisterciense y escritor fidedigno por no haber escrito, segun atesta, mas que lo que vió por sus ojos ó supo por personas veraces, afirma haber oido lo que voy á referir de Juan de Xaintes, varon de mérito y testigo ocular del hecho. Cuando mas furiosos estaban los albigenses, dos eclesiásticos que caminaban

(1) Ses. XXII, c. 3.

en direccion del ducado de Borgoña, llegaron un sábado á una capilla desierta, donde determinaron celebrar la misa de la Virgen, porque llevaban consigo el recado necesario. Aun no habian acabado de decirla, cuando fueron sorprendidos por los herejes, quienes sacaron al celebrante de la capilla, le insultaron y le cortaron la lengua dejándole medio muerto. Su compañero le llevó á Cluny y le recomendó á los monjes, los cuales considerándole como á un glorioso confesor de Jesucristo y de la Virgen le cuidaron mas que si hubiera sido uno de ellos. La vigilia de la Epifania por la noche cuando los monjes iban á cantar maitines, el herido llamó á su enfermero y le pidió encarecidamente que le llevase á la iglesia. Fué con efecto llevado ante un altar de la Virgen, donde se encomendó á ella de todo corazon. No tardó nuestra señora mucho tiempo en consolarle apareciéndosele y diciéndole que pues él habia perdido la lengua por el honor de su hijo y el suyo, le traia ella otra, para que de allí adelante publicase las maravillas de los dos. Dijo, y poniéndole la mano en la boca le restituyó la lengua y el habla. Razon era que el sacerdote desatase por primera vez su lengua en alabanza de su bienhechora: así es que empezó á entonar el Ave María y la repitió tantas veces y con voz tan fuerte y sonora, que los monjes acudieron del coro para presenciar el milagro y dar gracias á María santísima. Todos vieron despues la lengua, y especialmente Juan de Xaintes, con una rayita roja en el lugar donde habia sido conservada, en el monasterio de Cluny, en el cual entró el siervo favorecido de la Virgen para acabar allí sus dias cantando las alabanzas de Dios y de María.

§. II.—El segundo rasgo de devocion es comulgar con frecuencia sacramental y espiritualmente y abicionarse mas y mas al culto del santísimo sacramento del altar.

I. Aunque acabo de hablar del santo sacrificio de la misa, quiero añadir algo acerca del santísimo sacramento, donde se quedó Jesucristo para habitar con nosotros y ser el sustento y el consuelo de nuestras almas. Con esto me propongo hacer ver que en lo que mas desea la Virgen santísima le demos muestras de devocion, es en frecuentar el sacramento de la Eucaristía.

II. Esta es la prenda mas preciosa que tenemos de ella, porque es comun sentir de los santos padres que ese don divino se le debemos á ella despues de su hijo como á la tierra virgen que sin simiente humana, ni otro cultivo de la mano de la criatura produjo el trigo puro de que se hizo este pan. Se le debemos como á la mujer casera que le amasó con las tres medidas del cuerpo, del alma y de la divinidad y la levadura de su fé. Se le debemos como al dichoso tabernáculo de Abraham ó de la buena Sara, donde se coció este pan bajo la ceniza con el fuego de la divinidad. Se le debemos como al horno intelectual encendido con el fuego divino, de donde se sacó caliente para que nos restituyera la vida. Se le debemos como á la Betlehem espiritual, es decir, á la casa del pan celestial, donde se depositó para sustento de los mortales. Se le debemos como á la vasija de oro donde se guarda este maná del cielo. Se le debemos como á la mesa en que está expuesto. Dándonos este augusto sacramento no solo bajo la especie de pan, sino bajo la de vino, los santos padres no han dejado de referirle á la Virgen. San Juan Damasceno y S. Epifanio la llaman por esto la viña fértil que produjo el dulce racimo y el néctar de la vida eterna. S. German de Constantinopla dice que es la

vid misteriosa plantada por la mano de Dios para dar á las iglesias las uvas de incorrupcion, y S. Ambrosio toma el simil de la copa hecha á torno, de que se habla en el capítulo VII de los Cantares, y dice que es el vientre de la Virgen, en el que la sabiduría divina puso el vino precioso que promete en su banquete solemne. En fin los otros santos padres afirman que si el sacramento de la Eucaristía es el árbol de vida, María es el paraíso: si aquel es la manzana de la inmortalidad, María es el árbol que la produjo: si aquel es el cordero místico, María es el que le dió: si aquel es el carbon de que habla Isaías, María es como la tenaza con que fué cogido en el altar de la divinidad: si aquel es la perla oriental que contiene el precio de nuestra salvacion, María es la madre perla (1). A este propósito no puedo pasar por alto la bella observacion de un diligente lapidario, el cual dice que las perlas se forman en el mar no por el rocío del cielo concebido en el nácar, como comunmente se ha creído hasta aquí, sino de la leche misma de la madre, cuyo color y semejanza conserva: singular figura de la verdadera perla eucarística, que fué formada de la leche y de la sangre de su dulcísima madre; de la sangre mientras estuvo en el sagrado vientre, y de la leche cuando estuvo fuera.

III. Pero obsérvese en el modo de hablar de los santos doctores que no refieren este sumo beneficio á la Virgen en razon solamente de la Encarnacion, sino en cuanto está en el sacramento dicho bien, como muestran las palabras de aquellos. Y aunque es mas difícil averiguar la manera con que nuestra señora influyó en el sacramento, segun se dice en las escuelas, para que se le atribuya bajo este titulo, voy á apuntar dos ó tres razo-

(1) Joan. Damasc., Orat. 4 de dormitione Virg.

nes que á mi parecer ilustran la devota opinion de los santos padres. La primera presupone la verdad del elogio que el angélico doctor hace del santísimo sacramento, cuando le llama el complemento y como la perfeccion última del don que Dios nos hizo de su hijo en la Encarnacion. Con efecto habiendo querido el Padre eterno darnos enteramente su hijo y habiendo querido el hijo darse en don perfecto, era necesario hallase el medio admirable que el amor le sugirió para darse á cada hombre en particular é incorporarse con él. La segunda razon presupone lo que los santos padres alegados con otro motivo en el capitulo VI del tratado segundo afirman de comun consentimiento; á saber, que somos deudores de esta donacion y de su cumplimiento no solo al Padre que es el primer principio, y al Hijo que se dió á si mismo, sino á la Virgen, la cual conformando su voluntad con la del Padre y la del Hijo nos le dió como cosa verdaderamente suya por el derecho de maternidad. De donde inferí en otro lugar que esta union y conformidad de voluntades sobre una cosa que le era comun con el Padre, bastaba para que se juzgase que le habia ofrecido con este sacrificio sobre el ara de la cruz y para que fuésemos deudores de nuestra salvacion á ella. Del mismo modo y en virtud de las mismas pruebas deduzco ahora que esta union de voluntad con el Hijo que se da á si mismo en el sacramento, basta para decir que le tenemos tambien de la madre, tanto porque es el complemento de la primera donacion que ella hizo en la encarnacion dándonos su hijo de todos los modos y en toda la perfeccion con que habia resuelto darse su hijo, cuanto porque perteneciéndole la cosa dada, no nos la dió el hijo sino con el consentimiento de la madre, bajo cuyo poder se habia puesto al hacerse hombre. Si no me equivoco, esto es lo que quiso apuntar S. Epifanio cuando llamó á la Virgen sacerdotisa que

ofreció en el ara sacrosanta el pan celestial para el perdón de los pecados (1).

IV. La segunda razon es porque parece que el Salvador instituyó primeramente este admirable sacramento por amor de su madre; pues habiéndole instituido para consuelo de los suyos á quienes dejaba en este mundo, y para mitigar la pena de su ausencia, segun lo entienden comunmente los santos padres en estas palabras de S. Mateo: Yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos (2), no dudo que atendiese mas al consuelo de su madre que de todos los otros juntos como mas afligida que ellos por su ausencia. De aquí se sigue que estamos particularisimamente obligados á nuestra señora por haber sido instituido en consideracion suya este augusto sacramento. Un doctor moderno (3) añade que el hijo de Dios tuvo tanta complacencia la primera vez que por nuestro amor se encerró en las entrañas de la Virgen, y fué tan honorífica y amorosamente tratado por ella, que para gozar á menudo de este contentamiento discurrió el medio de volver allí y renovar en cierto modo el misterio de su encarnacion haciendo posible lo que Nicodemo tenia por imposible, á saber, que un hombre adulto entrase de nuevo en el vientre de su madre. Él entró siempre que comulgaba Maria santísima, y no hay duda de que comulgaria todos los dias, como era entonces la costumbre de la iglesia y como formalmente afirma Metafrasta refiriéndose á un autor anónimo. «Acercábase, dice, todos los dias á la sagrada mesa y recibia en sus entrañas el mismo cuerpo de su hijo que habia llevado antes de parirle.»

(1) Serm. de laudibus Virg.

(3) Salazar in IX Proverb.

(2) Mat., cap. ult.

núm. 453.

V. La tercera razon nos obliga á ser aun mas devotos y reconocidos á nuestra amorosa madre, y es que se nos da propia y realmente su misma sustancia, comemos su carne y bebemos su sangre, porque la carne del hijo es la carne de la madre, segun hemos dicho tantas veces. Asi lo observa S. Bernardino de Sena cuando dice (1) que toda la belleza y toda la fuerza de los sacramentos de la iglesia tiene su perfeccion en la carne de la Virgen, porque todos los demas sacramentos miran al de la Eucaristía como á su último fin y como al que se llama por excelencia santísimo. Ahora bien, este contiene el precioso cuerpo del hijo de Dios, que fué formado de una parte de la sustancia de la madre. Los griegos en su liturgia tienen una ceremonia algo diferente de la nuestra en cuanto á la hostia que ha de consagrarse, porque no la llevan preparada al altar como nosotros, sino la toman de un pan grande, en medio del cual se ve una imagencita de Jesucristo crucificado casi del tamaño y forma de nuestras hostias. A estas imágenes las llaman la marca y el sello de la oblation, porque el sacerdote corta todo al rededor esta sola parte y la saca para ofrecerla y consagrarla. Lo restante del pan se guarda hasta el fin de la misa para distribuirle á los que no han comulgado, como nosotros repartimos el pan bendito. Llámante ellos bendicion. El patriarca san German dice (2) que el pan de donde se saca la hostia, es la figura de la Virgen madre, del medio y del vientre de la cual fué sacado este divino cuerpo marcado con la forma sustancial de Dios hecho hombre. Y aunque por esta separacion tomó otra hipóstasis, en la cual subsiste aparte; no obstante es la carne y la sustancia de la Virgen, así como la hostia es una parte de la sustancia de

(1) Tom. 4, serm. 64.

(2) De myst. cont. rer. eccl.

aquel pan. Nuestro glorioso patriarca S. Ignacio se sintió un dia muy dulcemente consolado con la consideracion de esta verdad, segun dejó escrito en algunos papeles donde de notaba las gracias é ilustraciones recibidas del cielo. «Consideraba yo, dice, que el hijo y la madre son naturalmente una misma carne y una misma sangre, ó á lo menos que el hijo es una parte de la sustancia de la madre, y que así en la sagrada mesa recibia yo la santísima carne no solo del hijo, sino de la madre, y que el que se acerca santamente á aquella, se une y hace una misma carne con el hijo y la madre, pues segun la máxima de los filósofos cuando dos cosas se unen á una tercera, no pueden menos de unirse entre sí.

VI. Esta tercera razon está fundada no solo en que el adorable cuerpo de que nos sustentamos en el santísimo sacramento, fué formado originariamente de la carne y sangre de la virgen Maria como de su materia notable y por la accion de ella como por la causa eficiente, sino en lo que enseñan muy probablemente algunos insignes doctores (1); á saber, que Jesucristo no perdió nunca esta sustancia primera y originaria que recibió de su madre en su concepcion, sino que la tiene aun en el cielo y que se nos da en el sacramento juntamente con la que añadió despues por el alimento y el crecimiento natural. Con efecto aunque los filósofos y los médicos afirman comunmente que el calor natural y las otras causas que obran de afuera contra nuestro cuerpo, van poco á poco consumiendolo el húmedo radical como ellos le llaman, que significa principalmente aquella sustancia primera y originaria para cuya restauracion hemos menester del alimento, no obstante añaden que esta sustancia es tan fuerte y está tan sólidamente

(1) S. Bern. Sen., tom. 4, d. 4, sec. 3: Spin., c. 8, n. 23 serm, 64: Suarez, t. 2, 15 p. 3, el 24 etc.

amásada, que nunca llega á perderse enteramente como no sea acaso en la edad decrepita; lo cual parece á lo menos ser cierto en cuanto á los huesos y las ternillas, que están firmemente constituidos. Aun niegan algunos doctores que el hombre pierda jamás por la fuerza del calor natural ú otras causas semejantes la primera carne que recibió de sus padres: en favor de esta opinion diré que la destruccion continua del húmedo radical, de que hablan los filósofos y médicos, no tanto ha de tomarse por una destruccion de la sustancia, cuanto por una alteracion accidental de las calidades y del temperamento, que es propia de las operaciones de la vida, y que el alimento que tomamos, no sirve mas que para reparar ese temperamento ó hacer crecer al hombre hasta su estatura natural.

VII. Sea de esto lo que se quiera, debemos de tener por cosa cierta que Jesucristo posee real y verdaderamente en la sagrada hostia alguna parte de la sustancia de la madre segun la sacó de su cuerpo virginal: en primer lugar porque es comun sentir de los fisicos que generalmente en todos los hombres queda alguna parte de ella hasta la muerte, segun acabo de decir: en segundo porque aunque no sucediese así en el comun de los hombres, sería razonable creerlo de nuestro señor Jesucristo por el respeto de la union hipostática, la cual es tan perfecta y fiel, que no deja nada de lo que una vez ha tomado. Si bien los escolásticos mas sutiles hacen á esto algunas objeciones, tengo en mucho el modo comun de hablar de los santos padres, los cuales afirman simplemente que Jesucristo conservó aun despues de su resurreccion la misma carne que habia recibido de Maria, y que nos da á comer la misma. S. Agustin lo dice así en un sermón de la Virgen, y Pedro Blesense se expresa en estos términos: «La misma carne que nació entonces de la Virgen, es ahora consagrada en el pan por la

palabra de vida (1).» S. Bernardino de Sena dice formalmente que la carne sacada de la Virgen para formar un cuerpo al Verbo eterno le fué unida con un vinculo tan fuerte y estrecho, que la muerte pudo separarla de su propia forma, es decir, del alma; pero no de la persona del Verbo. En tercer lugar añado que aunque fuera verdad que hubiese perdido por la fuerza del calor natural ú otras causas semejantes aquella primera sustancia tomada de la Virgen, se habria de decir sin embargo que la tiene ahora en el santísimo sacramento, porque tiene el mismo cuerpo que volvió á tomar en su resurreccion. Ahora bien es doctrina de santo Tomás (2), de S. Buenaventura (3) y otros eminentes doctores (4) que cada hombre tomará en su resurreccion la materia y la sustancia de que fué primeramente formado, ya la haya perdido antes de la muerte, ya la haya conservado siempre.

VIII. Basta para prueba de que debemos á la Virgen santísima el sumo don del sacramento de la Eucaristia y de que todos los devotos de ella deben manifestar aqui su devocion. Ahora diré tres cosas en cuanto á la práctica. La primera es que no nos acerquemos nunca á este sacramento sin recordar el amoroso reconocimiento á que estamos obligados para con aquella de quien y por quien le hemos recibido. «Considerad, amados míos, decia S. Pedro Damiano (5), cuán obligados estamos á la virgen Maria y cuánta gratitud le debemos despues de Dios: porque recibimos en el altar el mismo cuerpo que ella engendró, llevó en su vientre, parió, fajó y crió, y bebemos su sangre en este sacramento de

(1) Tract. de Eucharist., c. 1. sacram., c. ult.: Ricard., d. 4

(2) 4. d. 44, q. 1, a. 2. a. 44, q. 1 etc.

(3) D. 2, a. 30, q. 3.

(4) Hug. à S. Vict., p. 6, de

(5) Serm. de nat. B. Virg.

redencion. Todas las alabanzas que podamos tributarle, no pueden jamás igualar al singular beneficio de haber sacado de su propia carne y de sus propias entrañas el sustento de nuestras almas, á saber, aquel que dice de sí mismo: Yo soy el pan vivo que he bajado del cielo. Digamos pues con amor: Bendito sea el vientre que nos dió tal fruto: bendito sea el árbol que produjo este manjar de vida eterna: bendita sea la madre que nos alimenta con un pan tan sabroso. Oh madre verdaderamente buena, que habiéndonos engendrado espiritualmente á todos cuando engendraste corporalmente al hijo de Dios, no quisiste fiar nuestra crianza á otra persona como suelen hacer las madres, sino que tú misma quisiste servirnos de nodriza dándonos la leche y la miel de los hijos de Dios, y lo que excede á toda bondad, sustentándonos con la carne de tu mismo hijo y aun con la tuya para unirnos mas íntimamente á ti y completar la generacion celestial y comunicándonos enteramente por este medio tu espíritu y tu vida, que no es otro que el espíritu y la vida de tu hijo. ¿Qué madre ha llegado jamás hasta ese punto? ¡Oh bondad! ¡Oh amor! ¿Qué mayor testimonio queremos?

IX. La segunda cosa que tengo que decir, es que pues nuestra buena madre preparó este pan celestial para sustento de nuestras almas, desea con ansia que nos acerquemos con frecuencia á recibirle. Parece que la veo estimulada de aquel amor, que hacia gritar en alta voz á la sabiduria divina por todos los ángulos del orbe: Venid, hijos míos, comed mi pan, bebed el vino que os he preparado: vuestras almas tienen mucha necesidad de él: aquí está toda vuestra vida: esto es lo que mas desea vuestra madre y en lo que principalmente quiere que se fije vuestro corazón sobre todos los ejercicios de devoción. Si teneis empeño en servirme, ¿qué mayor servicio podeis hacerme que dar gracias al Omnipotente

y glorificarle por las grandes cosas que ha obrado en mí? ¿Y qué mejor accion de gracias que la que hagais por su propio hijo, cuando teniéndole en vuestras manos y en vuestros pechos se le presentais en mi nombre? ¿Qué servicio mas grato que el honor á mi hijo y vuestro Dios? ¿Y en qué podeis honrarle mas que recibiendo su cuerpo sacrosanto que os dejó en este sacramento? Vosotros manifestais vuestra devoción á los otros santos visitando sus reliquias, besándolas y venerándolas y os quejais de que no hayan quedado en la tierra reliquias mías; pero cesad en vuestras quejas: ahí teneis el cuerpo vivo de mi hijo, que es carne de mi carne, parte de mi sustancia y el todo de mis afectos: fijad en él francamente el vuestro. Si deseais unir vuestros corazones al mio, llegaos á mi hijo, con quien soy una misma cosa y en quien comeis juntamente mi propia sustancia para recibir con mas abundancia mi espíritu. En fin ya sabeis que nada deseo tanto como limpiar vuestras almas de todo pecado, perfeccionarlas y unir las á su sumo bien; y ¿dónde se efectúa mejor esto que en el sacramento de union y de amor? Por lo tanto acercaos á él frecuentemente, si me quereis tener contenta. Si es sensible para una madre ver morir á sus hijos ó porque no tienen pan, ó porque no quieren comerle, juzgad cuánto sentiré yo ver morir vuestras almas por no querer comer el pan del cielo. Cuando considero el amoroso deseo que mi hijo tiene de darse á vosotros, ¡cuánto siento ver que deseais tan poco recibirle con los tesoros de gracias y bendiciones que lleva consigo!

X. Lo tercero será tomar de la misma Virgen el modo y manera de comulgar bien. En la antigua ley estaba prohibido (1) cocer el cabrito en la leche de su madre;

(1) Exod., XXIII.

pero en la ley nueva no hay mejor salsa para sazonar esta vianda divina, en que comemos al que habiéndose hecho semejante á nosotros se comparó á un cabrito, que tomar la leche de devocion de los pechos de su misma madre. Para eso recurriremos primero á su favor y ayuda. S. Juan Crisóstomo nos lo enseña en su liturgia cuando dispone esta oracion antes de comulgar: Señor, por la intercesion de la inmaculada siempre virgen Maria madre de Dios hazme digno de recibir tu don inmaculado para la remision de los pecados y la vida eterna y no para mi condenacion. Ciertamente creo que una invocacion humilde y cordial de esta gloriosa señora por los méritos de la preparacion con que la dispuso Dios para recibir á su hijo en la Encarnacion, será de mayor eficacia que cuanto pudiéramos hacer por nuestra parte.

XI. A mas hay que imitar las virtudes con que se preparó. Supuesto que como dice S. Pedro Damaseeno, no es menor maravilla recibir á Jesucristo tantas veces que concebirle una (1), y supuesto que segun observacion de santo Tomás (2), el que comulga se hace semejante á la Virgen madre recibiendo en su vientre al mismo que aquella concibió; ¿quién no ve que todos los que comulgan, tienen particularisima obligacion de imitar lo mejor que puedan, las disposiciones que puso aquella señora para concebirle dignamente? Ea pues, hijos queridos de la Virgen, venid y aprended de vuestra madre el modo de hospedar en vuestro pecho al Salvador. ¿Qué decis en primer lugar de su admirable pureza? Fueron menester tantos siglos para hacerla mas pura que los serafines: fué menester forzar las leyes de la naturaleza y de la gracia ordinaria para eximirla de toda mancha é

(1) Serm. de nativ. Virg. (2) Opusc. de sanct. sacram.

imperfeccion: fué menester que el Espiritu Santo bajase personalmente para adornar su cuerpo y su alma de las gracias que le tenia reservadas; y al cabo de todo esto la iglesia cree hacer mucho en honor de la Virgen diciendo que Dios no tuvo horror de hospedarse en el vientre de ella. Estas palabras os hacen temer vuestra indignidad ú os sirven mas bien de poderoso estímulo para incitaros á adquirir la pureza conveniente á tan alto misterio? Porque ¿qué santidad se requeriria en el corazón, qué modestia en los ojos, qué honestidad en los oídos, qué inocencia en las manos, qué claridad en el entendimiento, qué rectitud en la voluntad del que se une tan estrechamente al principio de toda santidad, simplicidad, honestidad y doctrina! Despues que hayais procurado imitar la pureza de la Virgen, considerad su humildad. Reparad que la que es elegida por madre de Dios y reina del cielo y de la tierra, se llama su sierva, se humilla y se abate por el desprecio de si misma hasta el centro de la tierra; y si no podeis llegar á su extraordinaria pureza, á lo menos abatios hasta el fondo de vuestra nada para sacar en algun grado su humildad. Contemplad las llamas del amor divino que consumia su pecho en los suspiros que exhalaba, y en los ardientes deseos que tenia de la encarnacion del Verbo: fijad los ojos en ese fénix de santidad que arde en las llamas de su caridad, y á su ejemplo arded en santa impaciencia de veros pronto unidos á aquel por quien anhela vuestro corazón: practicad actos fervorosos de amor de Dios que os hagan vencer vuestra tibieza y caminar aprisa por la senda de la perfeccion. Cuando le tengais dentro de vuestro pecho, avivad vuestra fé lo mas que podais, para que ella sea la primera que rinda homenaje al rey de paz sentado en su solio. En pos de ella preséntense para adorarle todos los hábitos de las virtudes y especialmente de las infusas: sobre todo la gratitud y los hacimientos de gracias pre-

párenle un concierto que arroba á los ángeles, y entonen con la Virgen á coros el celestial cántico *Magnificat* que esta cantó en los montes de Judea: conviden á la capilla real del cielo á acompañarlos; y apresúrense con santo anhelo á recibir al rey de la gloria, que es también el hijo de la Virgen. Con estas ingeniosas invenciones honraris al hijo y á la madre, os hareis agradables al uno y al otro y sabreis pronto por experiencia lo que vale para el alma el haberse granjeado su amistad.

§. III.—El tercer rasgo de devocion es rezar á menudo la salutacion angélica.

I. Despues del santo sacrificio de la misa en vano se buscará una devocion mas agradable á la Virgen que la salutacion angélica, arenga compuesta por la beatissima Trinidad, pronunciada por uno de los ínclitos príncipes del cielo, dirigida á la mas pura criatura, destinada á anunciar y llevar al cabo la mas alta empresa, llena de misterios en todas y cada una de sus palabras. A medida que uno reza esta oracion, dice un devoto escritor (1), el cielo se regocija, la tierra se pasma, es ahuyentado Satanás, tiembla el infierno, el mundo disgusta, el corazon se penetra del divino amor, crece la devocion, se aumenta la esperanza y el consuelo, el espíritu se recrea y se afirma en la justicia. «Cuántas veces se repite, dice santa Brigida en el libro cuarto de sus Revelaciones, el arcángel Gabriel recibe un nuevo rayo de luz celestial. Es cosa cierta que no sube esta oracion al cielo sin hacer bajar alguna nueva merced ya para el cuerpo, ya para el alma.» Los libros estan llenos (2) de

(1) Alanus à Rupe, Psalter. cap. 26, etc.: Thom. Cantiprat., D. Virg., c. 17. lib. 2 apum.

(2) Cæsar., lib. 7 exempl.,

los prodigios obrados por esta sucinta, pero eficaz oracion, y así solamente referiré algunos casos. Estando enferma en la cama santa Gertrudis y muy afligida por no poder orar segun su costumbre, con solo decir algunas palabras de la salutacion angélica mas de corazon que de boca mereció ver á la madre de Dios vestida de una túnica preciosa con muchas flores bordadas de oro, que significaban el contento que recibia de esta salutacion. Un monje converso del Cister era tan tardo de entendimiento, que nunca pudo aprender otra oracion que estas cuatro palabras: *Ave, Maria, gratia plena*; pero era tan aficionado á repetirlas cuantas veces podia, que despues de su muerte salió de su sepultura un árbol desconocido, en cuyas hojas estaban escritas con letras de oro las mismas palabras. Vieron el árbol innumerables personas, y habiendo llegado á oídos del obispo la noticia del suceso, fué á presenciar el milagro, mandó cavar al rededor y se halló que el árbol salia de la boca del monje difunto: inmediatamente se secó aquel á vista de todos. S. Elzeario, conde de Arian, se valia de la salutacion angélica como de una llave de oro para entrar en la oracion sin dificultad y alcanzar cuanto deseaba. Santa Catalina de Suecia hacia maravillas con esta oracion: restituia la salud á los enfermos, reducia al camino recto los extraviados, confortaba á los débiles, alentaba á los fervorosos: en fin juzgaba que con esas pocas palabras no habia nada imposible para ella. En esto descubrió principalmente que habia mamado la leche de santa Brigida su madre, como se lo repitió diferentes veces el papa Urbano VI, cuando aquella hacia las diligencias para la canonizacion de esta última. Infinitas personas armadas de las palabras de la salutacion angélica como de las cinco piedras de David derribaron en tierra al soberbio enemigo de su salvacion, rechazaron sus sugeriones y vencieron sus importunos asaltos. ¡Y cuántas gracias

párenle un concierto que arroba á los ángeles, y entonen con la Virgen á coros el celestial cántico *Magnificat* que esta cantó en los montes de Judea: conviden á la capilla real del cielo á acompañarlos; y apresúrense con santo anhelo á recibir al rey de la gloria, que es también el hijo de la Virgen. Con estas ingeniosas invenciones honraris al hijo y á la madre, os hareis agradables al uno y al otro y sabreis pronto por experiencia lo que vale para el alma el haberse granjeado su amistad.

§. III.—El tercer rasgo de devocion es rezar á menudo la salutacion angélica.

I. Despues del santo sacrificio de la misa en vano se buscará una devocion mas agradable á la Virgen que la salutacion angélica, arenga compuesta por la beatissima Trinidad, pronunciada por uno de los ínclitos príncipes del cielo, dirigida á la mas pura criatura, destinada á anunciar y llevar al cabo la mas alta empresa, llena de misterios en todas y cada una de sus palabras. A medida que uno reza esta oracion, dice un devoto escritor (1), el cielo se regocija, la tierra se pasma, es ahuyentado Satanás, tiembla el infierno, el mundo disgusta, el corazon se penetra del divino amor, crece la devocion, se aumenta la esperanza y el consuelo, el espíritu se recrea y se afirma en la justicia. «Cuántas veces se repite, dice santa Brigida en el libro cuarto de sus Revelaciones, el arcángel Gabriel recibe un nuevo rayo de luz celestial. Es cosa cierta que no sube esta oracion al cielo sin hacer bajar alguna nueva merced ya para el cuerpo, ya para el alma.» Los libros estan llenos (2) de

(1) Alanus à Rupe, Psalter. cap. 26, etc.: Thom. Cantiprat., D. Virg., c. 17. lib. 2 apum.

(2) Cæsar., lib. 7 exempl.,

los prodigios obrados por esta sucinta, pero eficaz oracion, y así solamente referiré algunos casos. Estando enferma en la cama santa Gertrudis y muy afligida por no poder orar segun su costumbre, con solo decir algunas palabras de la salutacion angélica mas de corazon que de boca mereció ver á la madre de Dios vestida de una túnica preciosa con muchas flores bordadas de oro, que significaban el contento que recibia de esta salutacion. Un monje converso del Cister era tan tardo de entendimiento, que nunca pudo aprender otra oracion que estas cuatro palabras: *Ave, Maria, gratia plena*; pero era tan aficionado á repetir las cuantas veces podia, que despues de su muerte salió de su sepultura un árbol desconocido, en cuyas hojas estaban escritas con letras de oro las mismas palabras. Vieron el árbol innumerables personas, y habiendo llegado á oídos del obispo la noticia del suceso, fué á presenciar el milagro, mandó cavar al rededor y se halló que el árbol salia de la boca del monje difunto: inmediatamente se secó aquel á vista de todos. S. Elzeario, conde de Arian, se valia de la salutacion angélica como de una llave de oro para entrar en la oracion sin dificultad y alcanzar cuanto deseaba. Santa Catalina de Suecia hacia maravillas con esta oracion: restituia la salud á los enfermos, reducia al camino recto los extraviados, confortaba á los débiles, alentaba á los fervorosos: en fin juzgaba que con esas pocas palabras no habia nada imposible para ella. En esto descubrió principalmente que habia mamado la leche de santa Brigida su madre, como se lo repitió diferentes veces el papa Urbano VI, cuando aquella hacia las diligencias para la canonizacion de esta última. Infinitas personas armadas de las palabras de la salutacion angélica como de las cinco piedras de David derribaron en tierra al soberbio enemigo de su salvacion, rechazaron sus sugerencias y vencieron sus importunos asaltos. ¡Y cuántas gracias

han conseguido por este medio los devotos siervos de María!

II. Sépase que el cielo ha atestiguado muchas veces con milagros cuánto se complacia el Señor en oír esta dulce oración, según se descubre claramente por lo que aconteció al P. Ignacio Martínez, de la compañía de Jesús, quien dejó el honroso cargo de predicador del rey D. Sebastian de Portugal para dedicarse enteramente al ejercicio de la doctrina cristiana. Enseñándola un día en Coimbra y preguntando si había alguno que quisiese decir en alta voz la salutación angélica, no se presentó nadie: entonces un niño de seis meses que estaba mamando, se incorporó en los brazos de su madre y la dijo distintamente sin faltar una sílaba, ni titubear en lo más mínimo. Pasmáronse todos los presentes, y muchos se curaron de la mal entendida vergüenza que los impedía de hablar en público.

III. Ya dije más atrás con otro motivo que santa Catalina de Sena, siendo niña, tenía siempre en la boca esta oración: que S. Alberto, monje del monasterio de S. Crispin, la rezaba ciento y cincuenta veces cada día, santa Margarita de Hungría mil veces en cada un día de los ocho anteriores á las festividades principales de la Virgen, el B. Romeo, de la orden de santo Domingo, otras tantas todos los días del año; Renaldo Aggel, religioso de la misma orden, otras tantas arrodillándose cada vez: la beata Bienvenida, monja dominica, observaba la misma costumbre cuando no tenía aun más que siete años. Los sábados la rezaba dos mil veces, y el día de la Anunciación tres mil por la mucha devoción que tenía á este misterio. A este propósito se cuenta de ella una cosa muy graciosa, y es que vió en la iglesia á un niño más hermoso que lo ordinario, el cual se acercó á ella como suelen hacer los niños pequeñitos: Bienvenida entonces le preguntó si sabía el Ave María, y el niño

respondió que sí y le hizo á ella la misma pregunta rogándola que la rezara. Hizolo Bienvenida gustosísima y al llegar á las palabras: *Benedictus fructus ventris tui*; le dijo el niño: Yo soy el fruto bendito de ese sagrado vientre; y desapareció. Santa María de Oignies rezaba el Ave María hasta mil y cien veces, y así otros muchos siervos y siervas de Dios que sería molesto citar. Esto es lo que movió á los sumos pontífices sucesores de S. Pedro á abrir liberalmente los tesoros de la iglesia en favor de los que practicaren esta devoción. El papa Urbano IV concedió treinta días de indulgencia á cuantos rezaren devotamente el Ave María y pronunciaren el nombre de Jesús: Juan XXII duplicó poco después el número de las indulgencias; y en nuestro tiempo apenas hemos visto concedida ninguna indulgencia á instancias de particulares en que no se otorgue alguna gracia apostólica á esa oración.

IV. En cuanto á los sentimientos que podemos tener mientras la rezamos, quiero que mis lectores lo aprendan del cielo mismo de donde fue traída. Estando santa Matilde elevada en extática contemplación un sábado mientras se decía la misa de la Virgen, se vió como impelida á hablar á nuestra señora de esta suerte: Oh madre incomparable, el mayor contento que podría yo tener, sería de saludarte con la salutación más agradable que el corazón humano ha inventado jamás. En el instante mismo vió á la Virgen santísima, que llevaba sobre el pecho la salutación angélica escrita con letras de oro, y oyó estas palabras de boca de ella: Hija mía, es desatino que la criatura presume subir más arriba que su criador y se imagine que puede hallar una salutación igual á la que me envió el cielo. ¿Qué cosa más dulce puede haber que las palabras de salud con que el Padre eterno me confortó y me manifestó que había alejado enteramente de mí la maldición del pecado? ¿Qué cosa

mas agradable que el nombre de María, el cual me fué traído de parte del Hijo que habla de encarnar en mis entrañas, y por el que supe que yo estaba destinada como un astro de primera magnitud á alumbrar al cielo y á la tierra? ¿Qué cosa mas afectuosa que la embajada del Espíritu Santo mi esposo, que llamándome llena de gracia obró en mí en el mismo instante lo que decia por medio de su celestial parainfo? Cuando me dicen que el Señor es conmigo, me recuerdan la unión admirable del Verbo eterno con mi carne y el gozo que recibí cuando se efectuó en mis entrañas ese misterio incomprendible. Cuando oigo que soy bendita entre las mujeres, me acuerdo de que la misericordia de Dios me ensalzó sobre todas las criaturas. Cuando se añade que es bendito el fruto de mi vientre, el cielo se regocija conmigo por que mi hijo vivificó y bendijo para siempre todo lo criado. Habiendo intentado santa Matilde acabar lo restante y suplicado á la Virgen se dignase de asistirle entonces y á la hora de su muerte, respondió nuestra señora: Yo lo haré seguramente; pero quiero que para este fin mereces todos los dias tres Ave Marias. A la primera pedirás que así como el Padre eterno con la magnificencia de su infinito poder me encumbró tanto en el cielo, que quiso que despues de él no hubiese otro poder igual al mio, del mismo modo te asista yo y te conforte en aquella hora peligrosa ahuyentando á todas las potestades enemigas. A la segunda pedirás que así como mi hijo segun su infinita sabiduria infundió en mi alma tanto conocimiento y ciencia divina, que nadie penetra como yo los incomprendibles arcanos de la santísima Trinidad, así en aquella hora aumente yo en tí la luz de la fé, para que no sea oscurecida por ninguna nube de ignorancia ó de error. A la tercera pedirás que así como el Espíritu Santo derramó en mi alma la dulcedumbre de su divino amor, de suerte que hizo mi corazón el mas tierno y

compasivo que hubo jamás, así yo derrame en tu alma tal dulcedumbre de caridad, que prevalezca sobre todos los temores que pudieras tener de la muerte. ¿Qué práctica mas grata pudiera inventarse para mantener la devoción mientras se reza esta oración?

V. La misma Virgen enseñó otra á santa Gertrudis, como se ve en el libro de sus Revelaciones, diciéndole que cuando pronunciara las palabras *Dios te salve, María*, pidiese el alivio de los que padecen en el cuerpo y en el alma: que al decir las palabras *llena eres de gracia*, pidiese por los que no tienen el gusto debido de la gracia divina, para que les ablande el corazón: que á las palabras *el Señor es contigo*, la suplicase como á madre de misericordia que alcance el perdón á los pecadores: que cuando dijera: *Bendito es el fruto de tu vientre*, la rogase por el aprovechamiento espiritual de los predestinados; y al pronunciar el sagrado nombre de Jesús le pidiese el cabal conocimiento y el amor cordial de su amado hijo añadiendo estas palabras: *Jesús, splendor paternæ claritatis et figura substantiæ ejus*, que quieren decir: Jesús, esplendor de la claridad del Padre y figura de su sustancia.

De la costumbre de tocar al Ave María por la mañana, al mediodía y al anochecer.

VI. Diré algo acerca de la piadosa costumbre de saludar á nuestra señora tres veces al dia cuando se hace la señal con la campana por la mañana, á mediodía y al anochecer. No convienen todos en cuanto al origen de ella; pero es cierto que se fué añadiendo algo poco á poco y al fin vino á parar á la forma en que ahora se observa en toda la iglesia. Algunos juzgan que el primero que mandó saludar á la Virgen al anochecer, fué el papa Juan XXII, el cual concedió veinte dias de in-

dulgencia á los que rezaran tres veces el Ave Maria al oír tocar la campana. El motivo de esta institucion fué un hecho ocurrido en Aviñon por los años de 1320: habiendo sido condenados á la hoguera dos reos, empezó el uno á implorar el auxilio de la Virgen santísima con tanta devocion, que no pudo llegar el fuego mas que á las cuerdas con que estaba atado: el otro quedó reducido á cenizas. Conmóvidos los circunstantes y reconociendo la proteccion especial de la madre de Dios impetraron el perdon de aquel infeliz y le llevaron á la iglesia catedral de nuestra señora para dar gracias á su misericordiosa libertadora. Otros atribuyen á Teodorico, arzobispo de Colonia, la invencion de saludar á la Virgen por la mañana, aunque el autor de la vida de S. Buenaventura le da la gloria de haber practicado el primero esta devocion por la mañana y por la tarde. Todo bien considerado me parece ser mas probable, segun escriben otros, que esta santa costumbre principiò en el concilio de Clermont por decreto del papa Urbano II, que le presidió en persona, y mandó que por la mañana y por la tarde se tocasse la campana para convidar al pueblo cristiano á saludar á la reina del cielo, bajo de cuyo amparo se habia publicado la cruzada de la tierra santa, á fin de que se dignara de tomar bajo su proteccion á los que arriesgasen su vida por la propagacion de la fé. Escriben varios historiadores que el rey Luis XI de Francia añadió por consejo de los prelados de su reino la oracion que se hace á mediodia, y que poco á poco imitando los países confinantes el ejemplo de Francia, toda la iglesia en general abrazó la costumbre y la puso en práctica en la forma que ahora tiene. Cualquiera que haya sido su autor y la causa de su institucion, ya sea para recordarnos los tres misterios mas grandes de nuestra fé, la encarnacion, la muerte y pasion y la resurreccion de Jesucristo, y dar gracias á Dios y á la Virgen

por los inefables beneficios recibidos en el cumplimiento de ellos, ya para hacer en tres diversas épocas del dia una protesta pública de la necesidad que tenemos de la asistencia del cielo desde la mañana hasta la noche, ya haya querido la iglesia manifestarnos que necesitamos guardarnos de nuestros enemigos invisibles, siempre en acecho de la ocasion de sorprendernos, y enseñarnos á levantar los ojos al cielo é implorar el auxilio de lo alto; lo cierto es que la costumbre es muy piadosa, y mientras se conserve en la iglesia, servirá como de prenda de las gracias y beneficios que debe de esperar por la mediacion de Maria santísima. El papa Paulo V concedió mil dias de indulgencia á los que saluden á la Virgen cuando toca la campana segun la costumbre de la iglesia.

§. IV.—El cuarto rasgo de devocion es rezar con frecuencia el oficio de la Virgen.

I. El oficio de nuestra señora, que contiene sus mas excelentes elogios tomados de la sagrada escritura para honrarla, fué compuesto ó á lo menos ordenado por S. Pedro Damiano en tiempo de Gregorio VII. Despues como en el concilio de Clermont se discurriessen todos los medios de obligar á la madre de Dios á socorrer á la iglesia atribulada y particularmente á recibir bajo de su proteccion á los cruzados de la tierra santa, adquirió muchísimo crédito, y en el año 1094 ordenó Urbano II que todos los que estaban obligados al rezo del oficio canónico, añadiesen el de nuestra señora, aunque luego S. Pio V en 1571 lo limitó solamente á los que asisten al coro y eso en los dias nombrados en el breviario. Mas no ha dejado de exhortar al pueblo cristiano con palabras eficaces á que le rece privadamente con frecuencia, abrien-

do liberalmente para este efecto los tesoros de la iglesia, como puede verse en la bula que se pone al principio de las horas de nuestra señora.

II. Pocos religiosos y religiosas de coro hay que no se hayan impuesto la obligacion de rezarle todos los dias para granjearse el favor de la reina del cielo. Los primeros que empezaron á practicar esta devocion, fueron los monjes de S. Benito y especialmente los del monasterio de Gamuge: pero habiéndola dejado al cabo de tres años por pereza, fueron afligidos de tantas enfermedades, males y miserias, que llegaron á aborrecer la vida. S. Pedro Damiano se aprovechó de esta ocasion para motejarles su negligencia y decirles no era extraño que hubiesen entrado en su monasterio todas las desgracias despues que ellos habian echado de allí á la madre de piedad y misericordia. Con esto abrieron los ojos, pidieron humildemente perdon de su culpa y prometieron seguir rezando el oficio de la Virgen, que no dejaron jamás. No tardaron en experimentar los efectos de la bondad de nuestra señora, porque inmediatamente quedaron libres de todos los males y miserias y recobraron su contento y alegría antigua. En el tratado primero, capítulo XII, declaré el motivo por el cual los monjes cartujos se obligaron desde el origen de su institucion á rezar el oficio de nuestra señora; lo que han continuado despues con la mayor religiosidad y con tanto fruto, que sería imposible contar los beneficios recibidos por ellos del cielo. Otro tanto habria que decir de todos los demas religiosos en particular, si no bastase haber hablado ya de ellos en general.

III. También sería prolijo formar una lista de todos los que han observado fielmente esta piadosa costumbre. Mas áribiñablé de S. Luis, que por todas las ocupaciones de su reino no hubiera dejado nunca de rezar el oficio de la Virgen. S. Carlos, le decia de rodillas.

S. Vicente Ferrer practicó constantemente esta devocion desde su mocedad hasta la muerte: lo mismo hizo el B. Santiago, también religioso dominico. De santa Isabel, reina de Portugal, de santa Brigida y de su hija santa Catalina, de S. Estanislao de Kostka y de otros innumerables leemos lo mismo. Santa Francisca, viuda romana, lo practicaba así igualmente, y se lee en la bula de su canonizacion que rezándole un dia en un paraje descubierto mientras llovia á chaparron, no le cayó encima ni una gota de agua. Con el libro de las horas que usaba, se obraron despues muchos milagros. El hermano Alfonso Rodriguez, coadjutor de la compañía de Jesus, rezaba todos los dias el oficio parvo de la Concepcion que la misma Virgen le habia enseñado, y sacaba grande provecho, como sucede hoy á infinitas personas que imitan su ejemplo. Vendrá Dios mediante el anhelado dia en que nos congratulemos con ellos de las innumerables mercedes que la madre de misericordia les alcanzó por las alabanzas recibidas.

S. V.—El quinto rasgo de devocion es rezar con frecuencia el rosario.

I. El rosario es como una corona de rosas tejida para ceñir las sagradas sienas de la madre de Dios, y este modo de hablar no es nuevo, porque S. Gregorio Nazianceno ofrecia ya á la Virgen una corona de alabanzas tejida de las flores que habia cogido en el jardin del cielo. También se llama comunmente el salterio de la Virgen, porque se compone de ciento y cincuenta Ave Marias como el salterio de ciento y cincuenta salmos, aunque para mayor comodidad de los fieles se divide en quince dieces, segun el número de los salterios gozosos, dolorosos y gloriosos; y para facilitar aun mas su uso se reduce á tres partes, y general-

do liberalmente para este efecto los tesoros de la iglesia, como puede verse en la bula que se pone al principio de las horas de nuestra señora.

II. Pocos religiosos y religiosas de coro hay que no se hayan impuesto la obligacion de rezarle todos los dias para granjearse el favor de la reina del cielo. Los primeros que empezaron á practicar esta devocion, fueron los monjes de S. Benito y especialmente los del monasterio de Gamuge: pero habiéndola dejado al cabo de tres años por pereza, fueron afligidos de tantas enfermedades, males y miserias, que llegaron á aborrecer la vida. S. Pedro Damiano se aprovechó de esta ocasion para motejarles su negligencia y decirles no era extraño que hubiesen entrado en su monasterio todas las desgracias despues que ellos habian echado de allí á la madre de piedad y misericordia. Con esto abrieron los ojos, pidieron humildemente perdon de su culpa y prometieron seguir rezando el oficio de la Virgen, que no dejaron jamás. No tardaron en experimentar los efectos de la bondad de nuestra señora, porque inmediatamente quedaron libres de todos los males y miserias y recobraron su contento y alegría antigua. En el tratado primero, capítulo XII, declaré el motivo por el cual los monjes cartujos se obligaron desde el origen de su institucion á rezar el oficio de nuestra señora; lo que han continuado despues con la mayor religiosidad y con tanto fruto, que sería imposible contar los beneficios recibidos por ellos del cielo. Otro tanto habria que decir de todos los demas religiosos en particular, si no bastase haber hablado ya de ellos en general.

III. También sería prolijo formar una lista de todos los que han observado fielmente esta piadosa costumbre. Mas áribiñablé de S. Luis, que por todas las ocupaciones de su reino no hubiera dejado nunca de rezar el oficio de la Virgen. S. Carlos, le decia de rodillas.

S. Vicente Ferrer practicó constantemente esta devocion desde su mocedad hasta la muerte: lo mismo hizo el B. Santiago, también religioso dominico. De santa Isabel, reina de Portugal, de santa Brigida y de su hija santa Catalina, de S. Estanislao de Kostka y de otros innumerables leemos lo mismo. Santa Francisca, viuda romana, lo practicaba así igualmente, y se lee en la bula de su canonizacion que rezándole un dia en un paraje descubierto mientras llovia á chaparron, no le cayó encima ni una gota de agua. Con el libro de las horas que usaba, se obraron despues muchos milagros. El hermano Alfonso Rodriguez, coadjutor de la compañía de Jesus, rezaba todos los dias el oficio parvo de la Concepcion que la misma Virgen le habia enseñado, y sacaba grande provecho, como sucede hoy á infinitas personas que imitan su ejemplo. Vendrá Dios mediante el anhelado dia en que nos congratulemos con ellos de las innumerables mercedes que la madre de misericordia les alcanzó por las alabanzas recibidas.

S. V.—El quinto rasgo de devocion es rezar con frecuencia el rosario.

I. El rosario es como una corona de rosas tejida para ceñir las sagradas sienes de la madre de Dios, y este modo de hablar no es nuevo, porque S. Gregorio Nazianceno ofrecia ya á la Virgen una corona de alabanzas tejida de las flores que habia cogido en el jardin del cielo. También se llama comunmente el salterio de la Virgen, porque se compone de ciento y cincuenta Ave Marias como el salterio de ciento y cincuenta salmos, aunque para mayor comodidad de los fieles se divide en quince dieces, segun el número de los misterios gozosos, dolorosos y gloriosos; y para facilitar aun mas su uso se reduce á tres partes, y general-

mente lo que se reza, es una tercera parte ó sean cinco dieces (1).

II. Paréceme muy necia la objecion de nuestros adversarios de que rezamos por cuenta; porque en todo tiempo se ha practicado así en la iglesia, sin que se la haya tachado de supersticion. Eliseo se echó siete veces sobre el hijo de la viuda haciendo oracion cada vez: David alababa á Dios siete veces al dia: Jesucristo oró tres veces en el huerto: S. Bartolomé se arrodillaba cien veces cada dia; y así otros muchos que se refieren en la Escritura y en las historias sagradas. Mas viniendo al origen del rosario confieso que me cuesta trabajo afirmar fuesen Ave Marias las trescientas oraciones que rezaba el abad Pablo, llevando la cuenta con otras tantas piedrecitas: mejor lo diré de la devocion que instituyó Pedro el ermitaño con aprobacion de la santa sede para la comodidad de los cruzados, dando á cada uno como una corona ó rosario de cuentas engarzadas. Y lo que me persuade fácilmente á que fué para rezar cada dia cierto número de Ave Marias, es que segun he apuntado ya varias veces, habia puesto todas sus esperanzas en la Virgen despues de Dios. Esto no obstante la creencia comun fundada en la historia y autorizada por las bulas de diversos papas y señaladamente de S. Pio V y de Gregorio XIII es que santo Domingo por los años de 1215 recibió del cielo este nuevo modo de orar, á lo menos en cuanto al número determinado de ciento y

(1) Adicion de la madre *Maria Jacoba de Blemur*. — «Sabemos por Alano, religioso dominico, que el esclarecido patriarca S. Benito fué el inventor del salterio de la Virgen, compuesto de ciento y cincuenta Ave Marias, y que saludaba todos los

dias á nuestra señora con esta devocion; que la introdujo entre sus monjes mas por costumbre que por precepto; y que sus hijos la propagaron donde quiera que fundaron monasterios, tributando gozosos este culto á la madre de Dios.»

cincuenta Ave Marias de que se compone el rosario. La causa y la manera de esta institucion se refirieron mas largamente en el tratado primero, á donde remito al curioso lector para decirle que Dios obró tales y tantas maravillas con motivo de esta devocion naciente, que fué un asombro. Pueden registrarse los autores que hacen la enumeracion de las principales.

III. Mas este discurso me obliga á recopilar algunos de los mas señalados beneficios que redundan de esta devocion, de la cual me parece que podré decir todo lo que S. Gregorio Niseno dice de la oracion; á saber, que de ella depende la buena disposicion de nuestros cuerpos, el bien de las casas particulares, el estado floreciente de las ciudades, el vigor y firmeza de los reinos, el próspero suceso de las guerras, la consecucion de la paz y la conciliacion de los ánimos alterados: que es el sello de la virginidad, la fé del matrimonio, la seguridad de los caminantes, la guarda de los que duermen, y el muro de los que velan: que bendice el trabajo del labrador, da la bonanza á los marineros, nos iguala á los espíritus bienaventurados, nos hace gustar al presente los frutos de nuestros afanes y esperar el galardón para lo futuro. Podré decir todo lo que asentaron Tertuliano, S. Cipriano, S. Cirilo, S. Juan Crisóstomo, S. Gerónimo, S. Agustín y otros infinitos de las ventajas que sacamos de la oracion dominical, y todo cuanto queda dicho y mas que se ha omitido acerca de la salutacion angélica, pues son las dos preciosas flores de que se compone esta corona.

IV. El bienaventurado siervo de Dios Alano Rupense fué elegido por un milagro extraordinario de la Virgen hácia el año 1440 para restaurar la devocion del rosario, que habia decaido en algun modo. A este fin María santísima le colmó de gracias y hasta se desposó con él; en señal de lo cual le puso en el dedo un anillo hecho

de sus mismos cabellos y le echó un rosario al cuello. Son tantas las finezas que le hizo en diferentes ocasiones, que sería imposible contarlas. Con qué afectuoso ahinco se dedicó Alano á restaurar esta excelente devocion, á erigir cofradias y á propagar la honra de la reina del cielo no hay para qué decirlo. Ya estuviese sentado, ya en pie, ahora trabajando, ahora descansando, en el camino y en la ciudad, disponiéndose para los sermones ó las conferencias, siempre tenia en la boca la salutacion angélica. En el libro del Salterio de la Virgen, donde declara las excelencias del rosario, le atribuye los mejores efectos de los instrumentos músicos que se citan en la sagrada escritura, diciendo que ahuyenta á los demonios y lleva en triunfo la verdadera arca de humildad del Salvador como el arpa de David; que canta la derrota de los enemigos de Dios como el pandero de Maria, la hermana de Moisés; que excita el espíritu profético como el cántico de Eliseo; que celebra las victorias del Salvador y de su santa madre como los laudes de las hijas de Israel; que publica las grandezas y maravillas de Dios como la voz de Maria, la madre de Jesus, en las montañas de Judea. Luego empieza á contar los efectos señalados de que mereció él ser el instrumento las mas de las veces, y afirma haber conocido á algunas personas muy vanas mudadas notablemente por ese santo ejercicio, á mujeres perdidas que se han arrepentido de sus desórdenes, á usureros que se han vuelto generosos y limosneros, á blasfemos que se han corregido de su infame vicio, á apóstatas que se han convertido, á satélites de Satanás que después de haber renegado de Jesucristo se han transformado en predicadores zelosísimos, á hombres desesperados por sus atroces delitos que se han calmado y han entrado otra vez en el camino recto. Testifica haber visto comarcas estériles que se han hecho fértiles, y países insalubres que se han vuelto sanos luego

que sus moradores empezaron á rezar devotamente el santo rosario. Protesta haber visto serenas y tranquilas á personas de ambos sexos que eran atormentadas con apariciones de espectros y fantasmas, endemoniados curados, príncipes antes enemigos reconciliados, reyes destronados repuestos en el solio, muertos resucitados, todo por la virtud y eficacia de esta oracion que puede llamarse omnipotente.

V. Abundan tanto las historias en ejemplos de los prodigios obrados por la virtud del rosario, que no hay para qué detenerme: así solamente elegiré dos ó tres para consuelo de los devotos de Maria. Cuenta el docto Dionisio Richel que habia un monje cisterciense, que por nada del mundo hubiera dejado de rezar el rosario antes de comer: un dia que estaba convidado en casa de sus padres, se acordó casi á la hora de sentarse á la mesa de que no habia practicado aquella devocion. Retiróse pues á un aposento, y habiendo empezado á rezar vió delante de sí á la reina de los ángeles vestida de un rico manto bordado de oro y sembrado de salutaciones angélicas, excepto en una punta que estaba vacia, y le aseguró que en cuanto él la llenase, entraria en el reino de los cielos. Desde entonces se aumentó su devocion á la Virgen, la cual por su parte cumplió la promesa llevándole á donde pudiese bendecirla sin intermision. Yendo S. Antonio de Pádua camino de Vicencia advirtió en el cielo un nubarron que iba á descargar sobre él, y no sabiendo con qué cubrirse cogió su rosario y se le puso sobre la cabeza en forma de corona. ¡Cosa prodigiosa! No dejó de llover hasta que entró en la ciudad, y en todo el camino no le cayó encima una sola gota de agua. La bienaventurada Cecilia, religiosa de santo Domingo, tenia casi siempre el rosario en las manos, y después de su muerte se notó que los dedos que le habian maneado con tanta frecuencia, tenian olor de rosas.

VI. Yo he conocido en Aviñon á un coadjutor de nuestra compañía, que en tres años que estuvo ciego antes de morir, rezó mas de treinta y dos mil partes de rosario, porque su tarea ordinaria era de treinta á lo menos cada día. Los que le conocieron, saben bien que ni por la conquista de un reino hubiera sido mas puntual y diligente. Eran maravillosas las invenciones que Dios y su madre le sugerian para la aplicacion de sus oraciones. Empezaba por la iglesia en general; continuaba por el sumo pontifice y los prelados; y así iba recorriendo todos los órdenes de la gerarquía eclesiástica. Extendia su zelo y el fruto de su devocion á los que trabajan por la propagacion de la fé, y especialmente á los que cultivan la dilatada viña de Etiopia, hácia quienes le habia dado Dios una particular inclinacion. Además considerándose como inútil á la compañía por sus achaques tenia sus rosarios dispuestos por los superiores que la gobiernan, por los que están empleados en diversos ministerios en beneficio del prójimo, sin olvidar á los que se dedican al servicio doméstico para alivio de los demas. Así orabá desde el amanecer hasta la caida de la tarde, y pasaba la mejor parte de la noche en semejante ejercicio. Si alguna ocupacion ó achaque extraordinario le impedia de pagar su tributo diario á la Virgen, no descansaba hasta que le satisfacía. La madre de Dios en recompensa le alcanzaba tantas gracias del cielo, que los varones mas espirituales tenían á dicha el aprender algo de él. Se burlaba de los esfuerzos de los espíritus malignos que le acometian visiblemente, y gozaba de una imperturbable serenidad de conciencia. Sus palabras eran saetas de fuego y siempre estaban empapadas en el espíritu de Dios, aunque acompañadas de una singular simplicidad que le hacia amable á todos. Mas lo mejor era cuando se tocaba el punto de las perfecciones y del servicio de la Virgen, á quien llamaba su buena madre: en-

tonces no se le podia oír sin enternecerse. Murió con tanta confianza en nuestra señora y tanto contentamiento interior, que en su molestísima enfermedad no se le pudo ver triste sino cuando se le dijo, como se hacia algunas veces por chanza, que no moriria aquella vez (1).

Modo de rezar el rosario.

VII. Pasemos á la práctica de esta devocion. Así como hay tres especies de oracion, mental, vocal y mixta, de la misma manera hay tres especies de atencion. La primera se refiere á las palabras, es decir, á pronunciarlas clara y distintamente con ánimo de dar culto á Dios segun la intencion de la iglesia: la segunda al sentido que tienen, y la tercera á Dios mediante cierta consideracion ó afecto que nos une á él por espíritu. Por donde se ve que siendo el rosario una oracion mixta de mental y vocal admite estas diversas atenciones y que por lo tanto puede haber infinitos modos de rezarle; no obstante los referiré á cuatro principales.

VIII. El primero será por palabras. Este es el mas

(1) Adicion de la madre *Maria Jacoba de Blemur*.—«Ve aquí un lance de nuestro siglo, que he sacado de una relacion de la Nueva Francia escrita por el padre Pablo Lejeune, de la compañía de Jesus, uno de los primeros apóstoles del Canadá. Una cristiana que huía de los iroqueses con dos hijos pequeñitos que apenas podian seguirla, anduvo seis dias perdida por los bosques. A su regreso como la preguntase uno de los padres de qué se habia mantenido en aquel tiempo, respondió ella sencillamente: Me he mantenido de ora-

ciones: cuando estaba débil, rezaba el rosario y al punto cobraba fuerzas y proseguía mi viaje: á mis hijos les buscaba raicillas y ramas tiernas de los arbustos, con que se mantienen los animales en los bosques. Por la noche los hacia dormir, y yo que no podia descansar, la pasaba casi toda orando y rezando el rosario. Solo la Virgen santísima me ha salvado la vida, y así quiero servirla de todo corazón hasta la muerte. La devocion y piedad de que aquella mujer habia dado muestras por muchos años, merecia tal proteccion del cielo.»

sencillo de todos y propio de las personas faltas de instrucción, ó incapaces de fijar la consideracion, ó que tienen la cabeza débil. A esos tales les basta saber que esta forma de oracion se instituyó para dar culto á la Virgen y recordar los misterios de su vida y muerte: pónganse en la presencia de Dios con decencia y compostura de cuerpo y pronuncien distintamente las palabras queriendo por este medio glorificar á Dios y á su madre.

IX. El segundo será por el sentido de las mismas palabras. Los que las entiendan, podrán levantar su alma á Dios y entrar en la consideracion de los misterios escondidos debajo de la corteza de ellas sembrándolo todo con santos afectos segun les sugiera el Espíritu Santo. El doctor Navarro (1) aconseja que se siga ordinariamente este método y le aprecia mucho mas que los pensamientos extraviados de los que remontan mas su vuelo.

X. El tercero es por misterios, tomando, latísimamente esta palabra por toda clase de asuntos que pueden servir de alimento al entendimiento mientras la boca pronuncia las palabras. Este método puede variarse tanto como los diferentes asuntos de consideracion en la madre de Dios. Unos se deleitan en meditar los misterios de su vida, que estan casi todos incluidos en los de la vida del Salvador, y se dividen en tres órdenes, á saber, cinco misterios gozosos, cinco dolorosos y cinco gloriosos. Quién elige uno para meditarle mientras reza el rosario; quién toma uno para cada diez ó mas; porque eso depende enteramente de la voluntad y disposicion del que reza. Los otros tienen mas aficion á considerar las singulares virtudes de que nos dió ejemplos la

(1) Miscell. de psalt. et rosar.

Virgen; y para eso escogen algunos segun su conocimiento ó capacidad para considerarlas y admirarlas durante el rosario. Algunos gustan sobre todo de contemplar los privilegios y grandezas de la madre de Dios, á cuyo fin forman á manera de un ramillete de ellas. Para esto pudieran servir tal vez los discursos anteriores sobre las grandezas de nuestra señora. Hay otros diversos asuntos segun las diversas inclinaciones de las personas, que deberán siempre de ir mezcladas con algun afecto para que no sea estéril la consideracion, no tenga demasiado tirante al entendimiento y no se parezca mas al estudio que á la oracion. Yo he tratado mucho á un buen siervo de Dios, el cual no podia tener otro coloquio que este mientras pasaba el rosario: Jesus hijo de María y María madre de Jesus.

XI. El cuarto es por afectos. Este método no admite menos variedad que los otros á causa de la muchedumbre de afectos que pueden practicarse aquí. Quién escoge diversos para una vez; quién se fija en uno principalmente: los gustos varian tanto como los genios y los caractéres. Yo daré la preferencia al devotísimo método que el doctor Navarro nos dejó recomendado y que dice practicaba él á la edad de setenta y un años en que le escribió: le llamaré afecto de bendicion. Al fin de cada diez como para recrear el espíritu hablaba á la Virgen diciéndole al fin del primero: Diez mil veces bendita seas, oh Virgen gloriosa de los ángeles, arcángeles, virtudes, principados, dominaciones, tronos, querubines, serafines, en cuya compañía esperamos un dia verte y bendecirte en el cielo. Al fin del segundo: Veinte mil veces seas bendita, oh Virgen gloriosa de los patriarcas, de los profetas y de todos los padres del antiguo testamento, en cuya compañía esperamos un dia verte y bendecirte en el cielo. Al fin del tercero: Treinta mil veces seas bendita, oh Virgen gloriosa de los san-

tos apóstoles y mártires. Al fin del cuarto: Cuarenta mil veces seas bendita, oh Virgen gloriosa de los santos confesores. Al fin del quinto: Cincuenta mil veces seas bendita, oh Virgen gloriosa de las santas vírgenes.

XII. El segundo afecto será congratularse de este modo: Yo me congratulo contigo, oh dulcísima y venerada madre mía, por la gracia que recibiste cuando el Padre eterno te escogió por su hija, el Hijo por su madre y el Espíritu Santo por su esposa, y doy gracias de todo corazón á esas augustas y adorables personas divinas por el amor que te tuvieron y las mercedes que te hicieron. Al siguiente diez habrá que escoger algún otro privilegio ó misterio y congratularse igualmente con ella por los portentos que obró Dios en ella y por ella, y así sucesivamente.

XIII. El tercero será la adoración; para lo cual podrá servir lo que se ha dicho mas arriba de la adoración interior á fin de no incurrir en repeticiones. Algunos añaden á cada salutación angélica una adoración exterior, como doblar la rodilla, inclinar la cabeza ú otra semejante.

XIV. El cuarto será el deseo de verla honrada y servida de los fieles, de los infieles, de los herejes y en general de todos los que son capaces de hacerle algún servicio ó tributarle algún honor. A este afecto puede referirse el ofrecimiento de todo el honor y servicio que se le da en el cielo y que ha recibido desde el principio del mundo y recibirá hasta el fin de los siglos.

XV. Lo mismo digo del amor, de la contrición, de las diversas maneras de peticiones y de otros semejantes afectos, que cada uno podrá practicar segun se sienta mas animado de estos ó de aquellos. Concluyo el discurso con tres advertencias. La primera es que muchos empiezan el rosario por esta antifona de que usa la iglesia para principiar el oficio divino: *Domine, labia mea*

aperies etc.; ó por estotra: *Dignare me laudare te, Virgo sacrata. Da mihi virtutem contra hostes tuos.*

XVI. La segunda es que así como la iglesia ha instituido que el salterio se cante alternativamente en el coro para tomar aliento, excitarse á la devoción oyendo que los demás bendicen á Dios con nosotros é imitar á los serafines de Isaías, segun dice S. Juan Damasceno en el tratado del trisagio; de la misma manera pueden dos ó mas rezar provechosamente á coros el salterio de la Virgen.

XVII. La tercera es que para que nadie se excuse de practicar esta devoción pretextando sus muchas ocupaciones, conviene saber que puede dividirse de modo que se rece ya un diez, ya dos, ya tres; y aun cuando todos los dias no se pasase de un diez, al cabo de la semana se habria rezado mas de una tercera parte de rosario. La iglesia nuestra madre me sugiere esta idea, porque para acomodarse á nuestra flaqueza divide como en siete estaciones el oficio divino que sus ministros estan obligados á rezar diariamente.

§. VI. = El sexto rasgo de devoción es rezar á menudo la corona de la Virgen.

I. Las mas de las cosas que se han dicho del rosario, convienen tambien á la corona de la Virgen, y lo demás puede reducirse á dos capítulos, es decir, á su institución primera y á algunos prodigios que ha obrado Dios para mostrar que le es agradable esta devoción.

II. En cuanto al primer punto es cosa averiguada que la corona es una prenda hereditaria del cariño de la madre de Dios á la orden de S. Francisco, así como el rosario lo es del que profesa á la de santo Domingo. S. Juan Capistrano, religioso franciscano observante, que murió en Hungría el año 1456, fué elegido por la madre de Dios para publicar esta devoción, como Alano

tos apóstoles y mártires. Al fin del cuarto: Cuarenta mil veces seas bendita, oh Virgen gloriosa de los santos confesores. Al fin del quinto: Cincuenta mil veces seas bendita, oh Virgen gloriosa de las santas vírgenes.

XII. El segundo afecto será congratularse de este modo: Yo me congratulo contigo, oh dulcísima y venerada madre mía, por la gracia que recibiste cuando el Padre eterno te escogió por su hija, el Hijo por su madre y el Espíritu Santo por su esposa, y doy gracias de todo corazón á esas augustas y adorables personas divinas por el amor que te tuvieron y las mercedes que te hicieron. Al siguiente diez habrá que escoger algún otro privilegio ó misterio y congratularse igualmente con ella por los portentos que obró Dios en ella y por ella, y así sucesivamente.

XIII. El tercero será la adoración; para lo cual podrá servir lo que se ha dicho mas arriba de la adoración interior á fin de no incurrir en repeticiones. Algunos añaden á cada salutación angélica una adoración exterior, como doblar la rodilla, inclinar la cabeza ú otra semejante.

XIV. El cuarto será el deseo de verla honrada y servida de los fieles, de los infieles, de los herejes y en general de todos los que son capaces de hacerle algún servicio ó tributarle algún honor. A este afecto puede referirse el ofrecimiento de todo el honor y servicio que se le da en el cielo y que ha recibido desde el principio del mundo y recibirá hasta el fin de los siglos.

XV. Lo mismo digo del amor, de la contrición, de las diversas maneras de peticiones y de otros semejantes afectos, que cada uno podrá practicar segun se sienta mas animado de estos ó de aquellos. Concluyo el discurso con tres advertencias. La primera es que muchos empiezan el rosario por esta antifona de que usa la iglesia para principiar el oficio divino: *Domine, labia mea*

aperies etc.; ó por estotra: *Dignare me laudare te, Virgo sacrata. Da mihi virtutem contra hostes tuos.*

XVI. La segunda es que así como la iglesia ha instituido que el salterio se cante alternativamente en el coro para tomar aliento, excitarse á la devoción oyendo que los demás bendicen á Dios con nosotros é imitar á los serafines de Isaías, segun dice S. Juan Damasceno en el tratado del trisagio; de la misma manera pueden dos ó mas rezar provechosamente á coros el salterio de la Virgen.

XVII. La tercera es que para que nadie se excuse de practicar esta devoción pretextando sus muchas ocupaciones, conviene saber que puede dividirse de modo que se rece ya un diez, ya dos, ya tres; y aun cuando todos los dias no se pasase de un diez, al cabo de la semana se habria rezado mas de una tercera parte de rosario. La iglesia nuestra madre me sugiere esta idea, porque para acomodarse á nuestra flaqueza divide como en siete estaciones el oficio divino que sus ministros estan obligados á rezar diariamente.

§. VI. = El sexto rasgo de devoción es rezar á menudo la corona de la Virgen.

I. Las mas de las cosas que se han dicho del rosario, convienen tambien á la corona de la Virgen, y lo demás puede reducirse á dos capítulos, es decir, á su institución primera y á algunos prodigios que ha obrado Dios para mostrar que le es agradable esta devoción.

II. En cuanto al primer punto es cosa averiguada que la corona es una prenda hereditaria del cariño de la madre de Dios á la orden de S. Francisco, así como el rosario lo es del que profesa á la de santo Domingo. S. Juan Capistrano, religioso franciscano observante, que murió en Hungría el año 1456, fué elegido por la madre de Dios para publicar esta devoción, como Alano

Rupense para ser el pregonero del rosario. Ya queda dicho lo que le acaeció predicando un día en una plaza de Aquila, ciudad del reino de Nápoles. Otro religioso de la misma orden, que dedicó al papa Sixto IV un libro sobre el origen, progresos y prodigios de la corona de la Virgen, afirma que el mismo santo referia el origen de ella á lo que voy á decir. Un clérigo que acostumbraba poner todos los dias una corona de flores á una imágen de nuestra señora, entró en la religion de S. Francisco á poco de fundada y comenzó á acongojarse y afligirse porque en su nuevo estado no tenia libertad para practicar aquella devocion. Ya revolvía en su ánimo el proyecto de dejar la orden, cuando se le apareció la madre de Dios y le dijo que se guardase de abandonar su empresa y no se apurase por no poder hacerle el obsequio que antes, porque ella le enseñaria el modo de ofrecerle otra corona incomparablemente mas agradable. Esta será, le dijo la bondadosa señora, una corona de oraciones en honor de los siete gozos principales que recibí en la concepcion de mi amado hijo, en la visitacion á mi prima santa Isabel, en la natiuidad del Verbo, en la adoracion de los magos, en la coronacion de mi hijo, al saber la noticia de su resurreccion y en mi Asuncion al cielo. A este fin dirás siete veces la oracion dominical y despues de cada una diez Ave Marias. En quanto se divulgó esta devocion, la recibieron todos los fieles con afecto cordial, y fué creencia comun que Maria santisima habia dispuesto aquel número de Ave Marias en reverencia de los años que vivió en el mundo. Como despues se ha averiguado que la madre de Dios vivió setenta y dos años á lo menos, muchos para satisfacer su devocion han añadido un diez entero, constando así la corona de ocho Pater noster y setenta y tres Ave Marias.

III. Los prodigios con que la Virgen ha autorizado esta devocion y declarado el contentamiento que de ella

recibia, se refieren mas extensamente en la crónica de la orden seráfica y en el libro dedicado á Sixto IV, de que acabo de hablar. Ve aquí dos casos que he bebido en esas fuentes. Un religioso observante que guardaba fielmente la costumbre de rezar todos los dias la corona antes de comer, se acordó una vez de que no lo habia hecho, en ocasion que la comunidad estaba ya en el refectorio. Habiéndoselo manifestado al prelado, fácilmente obtuvo licencia para ir á rezar su devocion; mas como tardase demasiado en volver, el guardian envió á buscarle. El religioso encargado de esta comision percibió al acercarse al lugar donde estaba su hermano, un gran resplandor y divisó en medio de él á la virgen Maria acompañada de dos ángeles, quienes recibian de boca de aquel piadoso siervo una rosa muy fresca y hermosa cada vez que decia la salutacion angélica, y la colocaban primorosamente en la cabeza de nuestra señora. Tambien advirtió que siempre que se pronunciaba el nombre adorable de Jesus, la Virgen y los dos ángeles hacian una reverencia. Acabada la corona desapareció la vision.

IV. Una señora muy discreta y virtuosa tenia tan bien enseñados á sus hijos, que ninguna mañana salian de casa sin rezar antes la corona arrodillados delante de la imágen de la Virgen. Un dia cuando iban á la escuela, uno de ellos, distraído y travieso como los de su edad, al pasar un puente se cayó al río. Mientras la gente corría á socorrerle, no faltó quien fuera á dar parte á su madre. Esta señora dió una prueba cierta de su sólida virtud, porque en vez de afligirse desmedidamente y aturdir la casa y las calles con sus gritos y llanto se fué en derecha á la imágen de la Virgen, ante la cual acostumbraban rezar sus hijos, y le recomendó encarecidamente el niño que se hallaba en tan inminente riesgo, diciendo una Ave Maria. Luego se encaminó hácia el puente, y

asi que llegó, apareció su hijo sobre el agua y le dijo que tuviese buen ánimo, porque no le costaría mas que el susto. Sacáronle del rio sin lesion alguna, y llegado á su casa confesó que la señora á quien rezaban todos los dias, se le habia aparecido y le habia sacado del agua. El devoto lector se figurará fácilmente el regocijo que habria en aquella casa, y las bendiciones que se darian á la madre de misericordia por tan señalada merced. Así me abstengo de decir una palabra.

§. VII.—El séptimo rasgo de devoción es rezar á menudo la corona de las doce estrellas.

I. Esta es la tercera corona que pondremos en las sienes de la madre de Dios, digna de ceñirse millares de ellas. Se llama la corona de las doce estrellas, y es devoción que practican diariamente infinitas personas. Los que se escudan con sus muchas ocupaciones para rezar oraciones breves, no sé qué pretexto podrán alegar para excusarse de esta, que puede despacharse mientras se da una vuelta por una sala, pues no consta mas que de tres Pater noster y doce Ave Marias. Es menester no hacer mucho caso de su salvacion para estimar en tan poco el favor de nuestra señora, cuando puede granjearse á tan poca costa.

II. El Espíritu Santo sugirió la idea de esta corona en el capítulo XII del Apocalipsis bajo la figura de la mujer misteriosa coronada de doce estrellas, las cuales en opinion de los santos doctores alegados al principio de esta obra significan los doce privilegios de la madre de Dios. Se han añadido tres Pater noster en honor de la santísima Trinidad, que suministró la materia y la forma de esta preciosa corona, es decir, que enriqueció con tantas gracias á la Virgen santísima. El modo de rezar esta corona es el siguiente. Despues del primer Pater

noster y las cuatro Ave Marias se dan gracias al Padre eterno por cuatro señalados favores hechos á su querida hija, esto es, su predestinacion eterna, su inmaculada concepcion, su santa natiuidad, su admirable anunciacion y el inefable misterio de la encarnación del Verbo: en reverencia de estos altos misterios y en consideracion de tan singulares gracias se piden por la intercesion de la Virgen la salud eterna, la sincera detestacion de los pecados pasados, el ardiente deseo de aspirar á la santidad y á la abundancia de las gracias del Espíritu Santo para cooperar á la salvacion de muchos, refiriendo cada gracia á cada uno de los susodichos misterios. Despues del segundo Pater noster y de las cuatro Ave Marias se dan gracias al hijo por las otras cuatro estrellas que puso sobre la cabeza de su santísima madre; á saber, por haber habitado en sus entrañas nueve meses y haber salido de ellas sin lesion de su virginal pureza, por haber mamado de sus castisimos pechos, por haberla tenido como aya y guardadora de su persona durante la menor edad y por haberla elegido para compañera de sus trabajos, de sus gozos y de su pasion. Las cuatro peticiones que corresponden á estas cuatro prerogativas, se enderezan á alcanzar la completa pureza de cuerpo y alma, la verdadera aficion á la carne de Jesucristo, que es el sustento de nuestras almas, la entera sumision á sus disposiciones y la humilde paciencia en las adversidades. Despues del tercer Pater noster se dan gracias al Espíritu Santo por cuatro insignes dones que concedió á su amadísima esposa, haciéndola virgen y madre juntamente, descansando en ella como en su santuario, ensalzándola al cielo en cuerpo y alma y constituyéndola reina y señora del universo. Las cuatro gracias que se piden en favor de estos cuatro privilegios, son una recta intencion en todos los actos, un corazon dócil á las mociones del Espíritu Santo, una vida santa y una buena muerte y la protec-

cion especial de la madre de Dios. No es decir esto que las doce saluciones angélicas esten precisamente anexas á las doce prerogativas nombradas: se pueden sustituir otras en su lugar, porque la principal regla es la devocion particular del que reza esta oracion; de manera que si alguno quisiera servirse del orden que he guardado en los tratados anteriores para representar las grandezas de excelencia, poder y bondad de la madre de Dios, tendria á la mano doce grandezas de cada especie y por consiguiente tres modos diferentes de honrar á la Virgen rezando su corona. Algunos dicen el credo á la conclusion: otros añaden ademas la salve, la antífona *Sub tuum præsidium* con el versículo *Ora pro nobis, sancta Dei genitrix*, y la oracion *Concede nos*.

III. Para terminar referiré un caso admirable sacado del suplemento del Espejo de los ejemplos. Atravesando tres hombres por un bosque, les salieron unos ladrones y mataron á dos de ellos: el tercero que iba detrás mas despacio, pidió á los malhechores que le dejaran saludar á la madre de Dios y rezar la corona antes de morir. Se apartó un poco para este fin y se hincó de rodillas. Los ladrones que le observaban cuidadosamente, vieron al rededor de él tres señoras de peregrina hermosura: la principal de ellas estaba sentada en un trono de oro, y las otras á manera de damas de honor permanecian en pie, y á medida que el infeliz caminante rezaba, si era un Pater noster, salia de su boca una rosa encarnada, y si era una Ave Maria, una rosa blanca. Las dos damas las iban enhebrando en un cordon de oro en forma de corona y las presentaban con mucho respeto á su reina, la cual desapareció con su comitiva en cuanto la hubo colocado en la cabeza del que se encomendaba á ella de todas veras. Esta oracion le valió la vida y no fué menos provechosa á los malhechores, porque habiéndole preguntado quiénes eran aquellas señoras con

las cuales habia conversado, y hallando que él no sabia nada de lo que habia acontecido, se lo contaron todo punto por punto; por donde vino en conocimiento de que aquella reina extraordinariamente bella y majestuosa no era otra que la madre de Dios, y las dos damas santa Lucía y santa Catalina. Este espectáculo hizo tanta mella en aquellos corazones empedernidos, que se convirtieron é hicieron penitencia. El caminante agradecido á su bienhechora creyó que de ningun modo mejor podia pagar un beneficio tan señalado que consagrándose al servicio de aquella señora toda su vida.

§. VIII.—El octavo rasgo de devocion es acostumbrarse á rezar la corona de diez Ave Marias.

I. Aquellos que aunque devotos de la Virgen prefieren las devociones mas breves ó se excusan con sus negocios y ocupaciones para no practicar otras mas largas, hallarán aquí una oracion de su gusto y que tambien agrada á la madre de Dios. Si le niegan hasta este corto obsequio, no tengan jamás la osadía de llamarse siervos suyos. Aludo á la corona de diez Ave Marias que nuestro Señor inspiró á la B. Juana de Francia, fundadora de la orden de la Anunciada, para honrar á Maria santísima. La sierva de Dios intentó reverenciar por este número las diez virtudes principales que llamaba las diez satisfacciones de la Virgen, esto es, su singular pureza de cuerpo y alma, su acendrada religion, su religiosa prudencia, su prudente humildad, su humilde obediencia, su ingénua verdad tanto en las palabras como en las obras, su estrechisima pobreza, su incontrastable paciencia, su ardentísima caridad, la entera conformidad de su voluntad con la de su amado hijo así en la vida como en la muerte. Rezaba esta oracion con tanta atencion y fervor y gastaba por lo comun tanto tiempo, porque los

sentimientos que tenía de las grandezas de la Virgen, la arrebataban hasta el cielo, que era fácil de ver la preferencia con que la madre de Dios aceptaba su devoción. Juana se fijaba principalmente en las cuatro palabras *Ave, Maria; Dominus tecum*, saboreándolas con indecible dulzura y gusto interior, imposible de declarar como no fuera por ella sola.

II. Repartía sus rosarios á las religiosas de su orden y á los seglares que iban á visitarla, como otros tantos tesoros del cielo, y para hacer su uso mas provechoso impetró del papa Alejandro VI diez mil dias de indulgencia en favor de los que rezasen todos los dias esta corona. Leon X las aumentó luego hasta diez mil años estimulando así á los fieles á apreciar y practicar esta devoción.

§. IX. — El noveno rasgo de devoción es habituarse á rezar diversas oraciones que la iglesia ofrece á la Virgen santísima.

I. Mucho gusto da ver un ramillete primorosamente compuesto de las flores mas vistosas y aromáticas de un jardín, la rosa, el clavel, el alhelí, el amaranto, el tulipán, el jazmín, la violeta, el pensamiento etc.: parece un presente digno de una gran señora. Pero ¿cuán diferente es el ramillete místico que voy á ofrecer á la reina del cielo, compuesto de varias oraciones excelentes como otras tantas flores cogidas en los amenos jardines de la iglesia! Si el lector tiene la curiosidad de entrar en ellos, verá primero un cuadro de preciosos cánticos é himnos, luego otro de bellísimas antifonas, en seguida otro de responsorios y otro de varias oraciones singulares; de modo que podrá formar un ramillete vistoso y de mucho valor.

El himno *Ave, maris stella*.

II. Páreceme dulcísimo el himno *Ave, maris stella*, como que se compuso para reverenciar el misterio mas dulce entre todos los de la Virgen, siendo su autor segun graves escritores el melifluo S. Bernardo, tierno siervo de María. Creo que una de las mas fuertes conjeturas que los induce á pensar así, la sacan de aquellas amorosas palabras: *Monstra te esse matrem*; que parece son las mismas que el santo pronunciaba cuando se le apareció nuestra señora y le favoreció con una de las mas regaladas finezas de que pueden preciarse los validos de María. Yo no los contradigo, porque no tengo objecion poderosa que hacerles. Acuérdomme con este motivo del caso de cierto mancebo, que habiéndose entregado al diablo en cuerpo y alma recibió la cédula que le habia dado, al tiempo de estar rezando aquellas mismas palabras en el santuario de Loreto. Referiré otro milagro que se cuenta en la historia de nuestra señora de Montserrat. Viendo los monjes de aquel célebre monasterio que la imagen de nuestra señora estaba muy estropeada llamaron á un famoso pintor para que la restaurase. No bien hubo este puesto el pincel en la efigie, cuando quedó ciego, y así permaneció por espacio de tres meses, hasta que discurrió que la medicina debia de venir de la misma mano de donde habia venido el mal. A este fin rogó á los monjes que pues ellos eran la causa de su trabajo, interpusieran sus oraciones para alcanzar el remedio. Con efecto estando ellos cantando el himno *Ave, maris stella*, al llegar á aquellas palabras: *Profer lumen cæcis*, muestra la luz á los ciegos; recobró el pintor la vista. Con estos ejemplos y otros muchos ha manifestado la Virgen el contentamiento que recibe de ser saludada con un himno tan devoto. Así es que muchos siervos suyos

sentimientos que tenía de las grandezas de la Virgen, la arrebataban hasta el cielo, que era fácil de ver la preferencia con que la madre de Dios aceptaba su devoción. Juana se fijaba principalmente en las cuatro palabras *Ave, Maria; Dominus tecum*, saboreándolas con indecible dulzura y gusto interior, imposible de declarar como no fuera por ella sola.

II. Repartía sus rosarios á las religiosas de su orden y á los seglares que iban á visitarla, como otros tantos tesoros del cielo, y para hacer su uso mas provechoso impetró del papa Alejandro VI diez mil dias de indulgencia en favor de los que rezasen todos los dias esta corona. Leon X las aumentó luego hasta diez mil años estimulando así á los fieles á apreciar y practicar esta devoción.

§. IX. — El noveno rasgo de devoción es habituarse á rezar diversas oraciones que la iglesia ofrece á la Virgen santísima.

I. Mucho gusto da ver un ramillete primorosamente compuesto de las flores mas vistosas y aromáticas de un jardín, la rosa, el clavel, el alhelí, el amaranto, el tulipán, el jazmín, la violeta, el pensamiento etc.: parece un presente digno de una gran señora. Pero ¿cuán diferente es el ramillete místico que voy á ofrecer á la reina del cielo, compuesto de varias oraciones excelentes como otras tantas flores cogidas en los amenos jardines de la iglesia! Si el lector tiene la curiosidad de entrar en ellos, verá primero un cuadro de preciosos cánticos é himnos, luego otro de bellísimas antifonas, en seguida otro de responsorios y otro de varias oraciones singulares; de modo que podrá formar un ramillete vistoso y de mucho valor.

El himno *Ave, maris stella*.

II. Páreceme dulcísimo el himno *Ave, maris stella*, como que se compuso para reverenciar el misterio mas dulce entre todos los de la Virgen, siendo su autor segun graves escritores el melifluo S. Bernardo, tierno siervo de María. Creo que una de las mas fuertes conjeturas que los induce á pensar así, la sacan de aquellas amorosas palabras: *Monstra te esse matrem*; que parece son las mismas que el santo pronunciaba cuando se le apareció nuestra señora y le favoreció con una de las mas regaladas finezas de que pueden preciarse los validos de María. Yo no los contradigo, porque no tengo objecion poderosa que hacerles. Acuérdomé con este motivo del caso de cierto mancebo, que habiéndose entregado al diablo en cuerpo y alma recibió la cédula que le habia dado, al tiempo de estar rezando aquellas mismas palabras en el santuario de Loreto. Referiré otro milagro que se cuenta en la historia de nuestra señora de Montserrat. Viendo los monjes de aquel célebre monasterio que la imagen de nuestra señora estaba muy estropeada llamaron á un famoso pintor para que la restaurase. No bien hubo este puesto el pincel en la efigie, cuando quedó ciego, y así permaneció por espacio de tres meses, hasta que discurrió que la medicina debia de venir de la misma mano de donde habia venido el mal. A este fin rogó á los monjes que pues ellos eran la causa de su trabajo, interpusieran sus oraciones para alcanzar el remedio. Con efecto estando ellos cantando el himno *Ave, maris stella*, al llegar á aquellas palabras: *Profer lumen cæcis*, muestra la luz á los ciegos; recobró el pintor la vista. Con estos ejemplos y otros muchos ha manifestado la Virgen el contentamiento que recibe de ser saludada con un himno tan devoto. Así es que muchos siervos suyos

tenian la costumbre de ofrecérsele todos los dias. Santa Brigida la observaba fielmente, y á imitacion suya su hija santa Catalina y Pedro Olave, confesor de las dos. La reina del cielo la habia mandado congregar toda su familia á cierta hora del dia para cantar este himno, prometiéndole que mientras se practicase esta devocion, ella tendria muy particular cuidado de todos los de la casa y los protegeria siempre.

Quem terra, pontus, æthera.

III. Este himno que se canta en los maitines del oficio de la Virgen, fué compuesto por Fortunato, obispo de Poitiers, el cual vivia hácia el año 470.

O gloriosa domina.

IV. El himno de laudes *O gloriosa domina* se debe á la pluma de S. Ambrosio, así como el *Memento*, *salutis auctor* que se reza á prima, tercia, sexta, nona y completas. Ya hice ver en otro lugar cómo S. Antonio de Padua ahuyentó por medio de este himno al enemigo que le apretaba el cuello para ahogarle, y el auxilio que recibió S. Ricardo, obispo de Chichester en Inglaterra, repitiendo con frecuencia á la hora de la muerte estas palabras: *Maria mater gratie*. Un mancebo que habia perdido cuanto tenia, fué llevado por un encantador á un bosque y allí acosado tan reciamente por el demonio para que renegara de la madre de Dios, que es probable hubiera consentido, si nuestra señora no hubiese acudido á su auxilio en el instante sugiriéndole esta devota oracion, que acostumbraba él rezar todos los dias. El espiritu maligno se indignó tanto al ver que se le escapaba la presa, que descargó su furia sobre el encantador y le retoreió el peseuezo allí mismo. A estos prodigios

añadiria yo con gusto otro no menos notable ocurrido con un novicio de la orden de S. Francisco, á quien su prelado mandó preguntara á la Virgen qué himno le agradaba mas; pero me abstengo de ello por haber hablado ya en otra parte de este caso extraordinario.

Stabat Mater.

V. S. Antonino y algunos otros atribuyen á S. Gregorio el Grande la prosa ó lamentacion de la Virgen, que empieza: *Stabat mater dolorosa*.

Te matrem Dei laudamus.

VI. S. Buenaventura compuso á imitacion del *Te Deum*, obra de S. Ambrosio y de S. Agustin, un himno que merece copiarse aquí entero tanto por no ser comun, como por las alabanzas que en él se tributan á la virgen Maria. Dice así:

*Te matrem Dei laudamus: te Mariam virginem profitemur.
Te æterni Patris sponsam omnis terra veneratur.
Tibi omnes angeli et archangeli, tibi throni et principatus fideliter deserviunt.
Tibi omnes potestates et omnes virtutes, cœli cœlorum et universæ dominationes obediunt.
Tibi omnes chori, tibi cherubim et seraphim exultantes assistunt.
Tibi omnis angelica creatura incessabili voce proclamatur:
Sancta, sancta, sancta Maria Dei genitrix, mater et virgo.
Pleni sunt cœli et terra majestatis gloriæ fructus ventris tui.
Te gloriosus apostolorum chorus sui creatoris matrem colaudat.
Te beatorum martyrum cœtus candidatus Christi genitricem glorificat.
Te gloriosus confessorum exercitus Trinitatis templum appellat.*

Te sanctarum virginum chorus amabilis virginitatis et humilitatis exemplum prædicant.

Te tota cœlestis curia reginam honorat.

Te per universum orbem ecclesia invocando concelebrat.

Matrem divinæ majestatis,

Venerandam te veram regis cœlestis puerperam,

Sanctam quoque, dulcem et piam.

Tu angelorum domina, tu paradisi janua.

Tu scala regni cœlestis et gloriæ, tu thalamus, tu arca pietatis et gratiæ.

Tu vena misericordiæ, tu sponsa et mater regis æterni,

Tu templum et sacrarium Spiritus Sancti, totius beatissima Trinitatis nobile triclinium.

Tu mediatrix Dei et hominum amatrix.

Tu agonizatrix pugnantium, advocata pauperum, miseratrix et refugium peccatorum.

Tu erogatrix munerum, superatrix ac terror dæmonum et superborum.

Tu mundi domina, cœli regina, post Deum sola spes nostra.

Tu salus te invocantium, portus naufragantium, miserorum solatium, pereuntium refugium.

Tu mater omnium beatorum, gaudium plenum post Deum, omnium supernorum civium solatium.

Tu promotrix justorum, congregatrix errantium, promissio patriarcharum.

Tu veritas prophetarum, præconium et doctrix apostolorum, magistra evangelistarum.

Tu fortitudo martyrum, exemplar confessorum, honor et festivitas virginum.

Tu ad liberandum exulem hominem filium Dei suscepisti in utero.

Per te, expugnato hoste antiquo, sunt aperta fidelibus regna celorum.

Tu cum filio tuo sedes ad dexteram Patris: tu ipsum pro nobis roga, virgo Maria, quem nos ad judicandum credimus esse venturum.

Te ergo poscimus nobis famulis tuis subveni, qui pretioso sanguine filii tui redempti sumus.

Æterna fac, pia Virgo, nos cum sanctis tuis gloria numerari.

Salvum fac populum tuum, domina, ut simus particeps hereditatis filii tui.

Et rege nos, et custodi nos in æternum mente et voce.

Dignare, dulcis Maria, nunc et semper nos sine delicto conservare.

Miserere pia nobis, miserere nobis.

Fiat misericordia tua magna nobiscum, quia in te, virgo Maria, confidimus.

In te, dulcis Maria, speramus, nos defendas in æternum.

Te decet laus; te decet imperium; tibi virtus et gloria in sæcula sæculorum. Amen.

Magnificat.

VII. El himno *Gaude flore virginali* es obra de santo Tomas Cantuariense.

VIII. No quiero tocar aquí al *Magnificat*, cántico celestial de nuestra señora, porque es claro que debe de sobrepujar á los demas himnos y cánticos, tanto como la que le dijo excede á todos los que fueron inspirados de Dios.

Regina cœli.

IX. El B. Jordan, general de la orden de predicadores, rezaba todos los dias en reverencia de las cinco letras de que consta el nombre de Maria, el cántico *Magnificat* y los cuatro salmos *Ad te levavi oculos meos*, *Retribue servo tuo*, *In convertendo* y *Ad te levavi animam meam*.

X. La antífona *Regina cœli* tiene la excelencia de haber sido compuesta en el cielo, dictada á los ángeles y enviada á la tierra en la notable ocasion de que habló en el capítulo VII del tratado tercero.

Salve, regina.—Alma Redemptoris mater.—Ave, regina caelorum.

XI. La salve, por mas que digan algunos, es obra de Herman Contracto, muy devoto de la Virgen: tal es el sentir de todos los buenos autores (1). Le compuso por los años de 1040, y fué tan del agrado de nuestra señora, que en muy poco tiempo se propagó esta devoción en diferentes lugares y particularmente en Alemania y Francia. El papa Gregorio IX ordenó por los años de 1227 que se cantase en toda la iglesia despues del oficio divino y en ciertas épocas del año, como se practica aun hoy. Escribe el doctor Navarro (2) que antiguamente se oyó en Roncesvalles á los ángeles que bajaban á cantar la Salve todos los sábados junto á una fuente, la cual por este motivo se nombra la fuente de los Angeles. Añade que se llama la antifona de los marineros, porque la rezan estos en cuanto amenaza el naufragio. Bosio dice ademas que apenas hay un buen cristiano que deje de rezarla todos los días en honor de la Virgen. El que desee saber los muchos prodigios acontecidos á causa de esta antifona, puede leer los autores que anotaré aquí aparte (3). S. Bernardo tenia una devoción muy particular á esta antifona: habiéndolo sabido los canónigos de la catedral de Spira le rogaron fuese á ver su iglesia y le recibieron cantando melodiosamente la Salve: el santo dobló tres veces la rodilla al cantar estas dulces palabras: *O clemens! O pia! O dulcis virgo Maria!* En memoria de esto se ven aun hoy en Spira esas mismas palabras grabadas en tres planchas de cobre en el

(1) Trithem. De viris illustr. O. S. B., l. 2, c. 48.

(2) Manual. de orat., c. 49, n. 448.

(3) S. Anton., part. 3, tit. 23, c. 3: Specul. exempl., dist. 7, exempl. 42, 43, 44: Thom. Cantiprat., l. 40, Apum etc.

lugar donde S. Bernardo se arrodilló. El seráfico patriarca S. Francisco mostró aun despues de muerto su afecto á esta devota antifona, segun refiere S. Buena-ventura, porque habiéndole invocado una mujer de Arezzo que llevaba siete dias de parto sin poder dar á luz la criatura, se le apareció el santo y le preguntó si le conocia bien á él y si sabia rezar la Salve: como la mujer respondiese que si, Francisco se la mandó decir asegurando que no bien la hubiese acabado, pariria sin dolor. Comenzó la mujer á rezar, y al llegar á las palabras *et Jesum benedictum fructum ventris tui* parió un hermoso niño y quedó buena y sana.

XII. Los mas de los autores que acabo de citar, tienen por indudable ser obra del mismo Herman la antifona *Alma Redemptoris mater*, que se canta en la iglesia desde el Adviento hasta la Purificación.

XIII. Ciertamente es muy antigua la de *Ave, regina caelorum*, que se canta desde la Purificación hasta la Pascua, aunque no he podido averiguar precisamente su autor.

Sancta Maria, succurre miseris.

XIV. Respecto de los responsorios no creo que se encuentre otro mas antiguo que el que principia: *Sancta Maria, succurre miseris*. Se equivocan los que hacen autor de él á S. Fulberto de Chartres, en quien se halla ciertamente en un sermón de la Asunción; porque san Agustin le usó mas de seiscientos años antes, como se ve en el sermón 18 de los santos.

Sub tuum praesidium.

XV. El responsorio *Sub tuum praesidium* está tomado en la mayor parte del segundo sermón de adviento de S. Bernardino. La crónica de la orden seráfica contiene

una relacion sobre este responsorio tan veridica como capaz de infundir devocion hácia él. Tres doctores de la universidad de Paris caminaban juntos de Francia á Italia, y atravesando el monte Genis, los cogió una furiosa tempestad, de modo que no veian mas luz que la que despedian los relámpagos. En medio de aquella horrorosa oscuridad oyen una voz espantable que grita: Mata, mata; y al mismo tiempo se desprende de la nube un rayo y derriba en tierra á uno de los caminantes. Los otros dos echaron á huir; pero se volvió á oír la misma voz y cayó otro rayo que derribó del caballo á uno de los dos. Es imposible ponderar el miedo que se apoderó del tercero llamado Agustín: espantado y lleno de terror repetia sin cesar *Sub hum præsilium* etc., y se encomendaba á la Virgen. Entretanto se oye por tercera vez la triste voz: Mata, mata; pero el que lanzaba el rayo, respondió que no podia matarle, porque habia recurrido á la Virgen. Dios sabe con qué entrañable afecto y cuán de corazón se encomendó el doctor á María santísima cuando oyó esto. No tenia á la sazón mas deseos que de asegurar su salvacion y consagrarse á Dios el resto de sus dias, haciendo mil promesas de que si se libraba de aquel peligro, entraria en la órden de S. Francisco. Apenas pronunció este voto, cuando se apaciguó la borrasca y el cielo quedó despejado y sereno. El doctor reconocido á Dios y á la Virgen santísima cumplió inmediatamente la promesa que habia hecho.

Gaude, Maria virgo.

XVI. Antiguamente á la antifona *Gaude, Maria virgo*, se añadian ciertas palabras en reverencia de la perpetua virginidad de nuestra señora, que los judios impugnaban entonces á todo trance. En tiempo del papa Bonifacio IV un clérigo de la iglesia romana, ciego de na-

cimiento, recobró instantáneamente la vista delante de todo el pueblo estando cantando estas mismas palabras el día de la Purificacion; con cuyo motivo se puso la antifona en el oficio de esta festividad. Algunos autores opinan (1) que era composicion del mismo ciego; pero yo me inclino mas á creer que su uso es mas antiguo en la iglesia. Tambien se cuenta de un muchacho que acostumbraba cantarla por la tarde en las calles; lo cual enojó tanto á los judios, que le cogieron, le mataron ocultamente y le cubrieron con tierra; mas la Virgen compadecida le restituyó la vida, de suerte que al otro día se halló el muchacho sin lesion alguna.

Felix namque es, sacra virgo Maria.

XVII. Cuenta el docto Tomás Cantipratense que cerca de Soissons se oyó muchas veces á los ángeles cantar melodiosamente en honor de su reina el motete *Felix namque es, sacra virgo Maria*, de que la iglesia ha usado largo tiempo sin publicar su autor.

*O intemerata.—Obsecro te.—O domina mea.—Sancta Maria.—
O Maria, Dei genitrix virgo.*

XVIII. Entre las oraciones de que usa la iglesia para honrar á la virgen Maria, las mas conocidas y admitidas son estas cuatro: *O intemerata*, que S. Edmundo rezaba todos los días, y por medio de la cual se libró uno de las asechanzas del enemigo, segun refiere el obispo de Beauvais (2); *Obsecro te*; *O domina mea, sancta Maria*; *O Maria, Dei genitrix virgo*. Son innumerables las perso-

(1) Specul. exempl. dist. 8, Cantiprat., lib. 2 in append. 29. exemp. 58: Felbart. Stellarii. (2) Specul., lib. 7, cap. 101. l. 3, part. 1, art. 2, cap. 3.

nas que las rezan todos los dias á la reina de los cielos con gran provecho de sus almas. La misma Virgen enseñó dos á santa Brigida que merecen ser conocidas, y quiero ponerlas aquí, porque son preciosas, breves y poco comunes. La primera dice así: *Omnipotens sempiternus Deus, qui pro nobis de castissima Virgine nasci dignatus es, fac nos, quæsumus, tibi casto corpore servire et humili mente placere.* La segunda está concebida en estos términos: *Oramus te, piissima virgo Maria, mundi regina et angelorum, ut eis, quos purgatorius examinat ignis, impetres refrigerium, peccatoribus indulgentiam, justis in bono perseverantiam; nos quoque fragiles ab omnibus defende periculis. Per Christum Dominum nostrum. Amen.* Fr. Simón García, religioso mínimo, tenia casi siempre en la boca la devota oracion que está escrita con letras de oro en la sacristia de nuestra señora de Loreto: allí se advierte que hay concedida indulgencia plenaria por todas las veces que se diga. Es como sigue:

Ave, filia Dei Patris: Ave, mater Dei Filii: Ave, sponsa Spiritus Sancti: Ave, templum totius Trinitatis.

Las letanias de la Virgen.

XIX. Solamente con las letanias de la Virgen se podría formar un ramillete de alabanzas. S. Buenaventura trae unas muy bellas en el tomo segundo de sus opúsculos, y hay otras de diversos autores. Las mas célebres de todas son las que se cantan en Loreto los sábados y fiestas de la Virgen y que por esa razon se llaman lauretanias. Abundan en magníficos elogios de la reina de los ángeles y en las figuras mas insignes del antiguo testamento y estan sacadas de los escritos mas piadosos de los santos padres. Representan sumariamente las grandezas de excelencia, poder y bondad de nuestra señora y

los títulos de que goza á causa de su relacion con el Verbo encarnado, los que le cuadran en razon de la superintendencia sobre toda la iglesia, y los que le ha granjeado su bondad sin par, como puede verse fácilmente examinando esos mismos títulos. Ya que viene al caso, contaré por incidencia lo que sucedió al P. Santiago Rhem, de la compañía de Jesus, que tenia singular devocion á la madre de Dios y una habilidad particular para dirigir las congregaciones de la misma señora. Un dia que sentia cierta congoja por saber qué epiteto ó titulo honorífico agradaba mas á la reina de los ángeles, oyó clara é inteligiblemente que era el de *Mater admirabilis*, madre admirable, por el cual como en compendio se manifiesta que fué tan admirablemente madre y virgen á un tiempo mismo, que ninguna elocuencia humana puede explicarlo dignamente. Otro dia que se cantaban á música las letanias de la Virgen en la capilla de la congregacion, al llegar á las palabras *Mater admirabilis* se le presentó nuestra señora resplandeciente como el sol y le inundó el corazon de un gozo tan extraordinario, que saltando él de repente del sitio donde oraba, comenzó á gritar: *Mater admirabilis*; y mandó que los cantores lo repitiesen tres veces. Bien sé que á otro le manifestó la Virgen que se complacia con preferencia en oír estos dos títulos: *Mater amabilis* y *Virgo fidelis*; pero en eso no hay contradiccion alguna, porque esta diversidad es solo respecto de las personas de quienes quiere ser honrada diferentemente segun sus disposiciones ó segun los sentimientos que juzga serles mas convenientes. Me parece que mientras se van repasando estos preciosos elogios de la madre de Dios, seria una grata ocupacion imaginarse cómo los espíritus bienaventurados la adoran á medida que es reverenciada en la tierra, y en particular cómo se postran á sus plantas todos los órdenes de los santos, á medida que la

llamamos reina de los ángeles, reina de los patriarcas y así de los demás. En el capítulo XII diré dos palabras acerca de aquellos que se asocian para rezar todos los días las letanías á fin de pedir á Dios les conceda una buena muerte.

§. X.—El décimo rasgo de devoción es encomendarse eficazmente á nuestra señora por la mañana y por la noche. *á señoras tal*

I. Un hijo de buena indole y bien criado creería faltar á su deber si no diese los buenos días y las buenas noches á sus padres: pues bien, seria una falta de urbanidad y no leve que los hijos de la madre de amor no la saludasen por la mañana y por la noche. S. Estanislao de Kostka, novicio de la compañía de Jesus, no hubiera dejado por nada en el mundo de volverse todas las mañanas y todas las noches hácia la iglesia de nuestra señora la mayor para saludar á su buena madre, pedirle la bendición de rodillas y ofrecerle sus servicios: esta devoción pareció tan digna de ser imitada á los otros novicios, que todos quisieron practicarla. Yo me persuado á que ninguno que lleve el título de siervo ó hijo de la Virgen, dejará de hacer otro tanto: por eso me he resuelto á poner aquí una breve oracion para encomendarse á nuestra señora por la mañana y por la noche, de que podrán usar los que no tengan otra mejor.

II. Por la mañana despues de rezar cada uno el ejercicio diario del cristiano continuará con la oracion *O domina mea* y la deprecacion siguiente:

III. Santísima é inmaculada madre de Dios, mi venerada señora, dulcísima madre mia y mi única esperanza despues de Dios, yo te reverencio y te bendigo por todas tus grandezas y todas las gracias que recibiste de la augusta Trinidad: me congratulo contigo de todo corazón y adoro por cada una de ellas á la misma beatísima Trini-

dad. Te doy gracias por todos tus beneficios asi generales como particulares y señaladamente por tal ó cual que conozeo haber recibido de tu mano. Me dedico y consagro enteramente á tu servicio en compañía de todos tus fieles siervos y te ofrezco en union de sus mas gratos servicios mi cuerpo y mi alma con todas sus facultades y potencias, sin que haya en mi cosa alguna de que no te rinda particular homenaje. En especial te ofrezco este dia y determinadamente tal ó cual obra ó designio, suplicándote por tu bondad te dignes de aceptarlos y bendecirlos, para que tengan feliz término en honra y gloria tuya y para que en todo cumpla yo puntualmente la santa voluntad de tu amado hijo. Asi sea.

IV. Se podrá añadir el responsorio *Sub tuum præsidium*, el versículo *Ora pro nobis, sancta Dei genitrix*, y esta oracion: *Protege nos, Domine, famulos tuos subsidiis pacis, et beatæ Mariæ semper virginis patrocinio confidentes à cunctis hostibus nos redde securos. Per Dominum nostrum Jesum Christum etc.*

V. Por la noche se podrá repetir el mismo ejercicio á excepcion de que en lugar de la oracion *O domina mea* puede decirse la que empieza *O Maria Dei genitrix*, y en lugar de los hacimientos de gracias y peticiones correspondientes al dia las que son peculiares de la noche. Finalmente en lugar del responsorio *Sub tuum præsidium* puede decirse *Maria mater gratiæ etc.* con el mismo versículo y oracion.

CAPITULO X.

DE LA MORTIFICACION; NOVENO RECONOCIMIENTO DEBIDO A LAS GRANDEZAS DE LA MADRE DE DIOS.

La casta esposa de los Cantares, no contenta con subir al collado del incienso, es decir, de la oracion y

TOMO IV. 18

llamamos reina de los ángeles, reina de los patriarcas y así de los demás. En el capítulo XII diré dos palabras acerca de aquellos que se asocian para rezar todos los días las letanías á fin de pedir á Dios les conceda una buena muerte.

§. X.—El décimo rasgo de devoción es encomendarse eficazmente á nuestra señora por la mañana y por la noche. *á sanctis tal*

I. Un hijo de buena indole y bien criado creería faltar á su deber si no diese los buenos días y las buenas noches á sus padres: pues bien, sería una falta de urbanidad y no leve que los hijos de la madre de amor no la saludasen por la mañana y por la noche. S. Estanislao de Kostka, novicio de la compañía de Jesus, no hubiera dejado por nada en el mundo de volverse todas las mañanas y todas las noches hácia la iglesia de nuestra señora la mayor para saludar á su buena madre, pedirle la bendición de rodillas y ofrecerle sus servicios: esta devoción pareció tan digna de ser imitada á los otros novicios, que todos quisieron practicarla. Yo me persuado á que ninguno que lleve el título de siervo ó hijo de la Virgen, dejará de hacer otro tanto: por eso me he resuelto á poner aquí una breve oración para encomendarse á nuestra señora por la mañana y por la noche, de que podrán usar los que no tengan otra mejor.

II. Por la mañana despues de rezar cada uno el ejercicio diario del cristiano continuará con la oración *O domina mea* y la deprecación siguiente:

III. Santísima é inmaculada madre de Dios, mi venerada señora, dulcísima madre mía y mi única esperanza despues de Dios, yo te reverencio y te bendigo por todas tus grandezas y todas las gracias que recibiste de la augusta Trinidad: me congratulo contigo de todo corazón y adoro por cada una de ellas á la misma beatísima Trini-

dad. Te doy gracias por todos tus beneficios así generales como particulares y señaladamente por tal ó cual que conozco haber recibido de tu mano. Me dedico y consagro enteramente á tu servicio en compañía de todos tus fieles siervos y te ofrezco en union de sus mas gratos servicios mi cuerpo y mi alma con todas sus facultades y potencias, sin que haya en mi cosa alguna de que no te rinda particular homenaje. En especial te ofrezco este día y determinadamente tal ó cual obra ó designio, suplicándote por tu bondad te dignes de aceptarlos y bendecirlos, para que tengan feliz término en honra y gloria tuya y para que en todo cumpla yo puntualmente la santa voluntad de tu amado hijo. Así sea.

IV. Se podrá añadir el responsorio *Sub tuum praesidium*, el versículo *Ora pro nobis, sancta Dei genitrix*, y esta oración: *Protege nos, Domine, famulos tuos subsidiis pacis, et beatæ Mariæ semper virginis patrocinio confidentes à cunctis hostibus nos redde securos. Per Dominum nostrum Jesum Christum etc.*

V. Por la noche se podrá repetir el mismo ejercicio á excepcion de que en lugar de la oración *O domina mea* puede decirse la que empieza *O Maria Dei genitrix*, y en lugar de los hacimientos de gracias y peticiones correspondientes al día las que son peculiares de la noche. Finalmente en lugar del responsorio *Sub tuum praesidium* puede decirse *Maria mater gratiæ etc.* con el mismo versículo y oración.

CAPITULO X.

DE LA MORTIFICACION; NOVENO RECONOCIMIENTO DEBIDO A LAS GRANDEZAS DE LA MADRE DE DIOS.

La casta esposa de los Cantares, no contenta con subir al collado del incienso, es decir, de la oración y

TOMO IV. 18

devocion, prueba á trepar al monte de la mirra, que es la mortificacion (1). El real profeta no se satisface (2) con que cantemos las alabanzas del Señor con todo género de instrumentos de cuerda y de aire, que segun S. Gregorio son las señales de la alegría interior de un corazon complacido en la oracion, sino que quiere ademas le alabemos con cimbalos sonoros, que son el símbolo de la mortificacion. Acompañemos pues con ella la devocion de que se ha hablado en el capitulo anterior, para honrar á la madre de Dios de todos los modos que juzguemos hayan de agradarle.

§. I.—Que la mortificacion es un reconocimiento muy grato á la madre de Dios (3).

I. Seria poco razonable creer que la virgen Maria, cuyas entrañas son todo amor y compasion, se complacia en vernos padecer, si no hubiera algun secreto en la mortificacion.

II. Pero en primer lugar ella es la que hace que sea cabal nuestro sacrificio: porque enseña el angélico doctor (4) que para que este sea perfecto, no basta que presentemos á Dios los bienes espirituales por medio de la oracion y de la devocion ó los bienes exteriores llamados de fortuna por medio de la limosna, sino ademas hay que darle los corporales y honrarle con la otra mitad de nuestro todo, que es el oficio propio de la mortificacion. De este modo cumplimos toda la justicia y ofrecemos á la divina majestad un sacrificio suave y un holocausto de que no queda parte alguna, por pequeña que sea, que no se

(1) Cantic., IV. que va en la nota G al fin del tomo.
 (2) Salmo CL.
 (3) Véase la adición de la madre Maria Jacoba de Blemur, art. 5 ad 2.
 (4) Secunda secunda, q. 85, art. 5 ad 2.

consume enteramente por el fuego de la caridad y se evapore en dulcísimo olor.

III. En segundo lugar nuestra bondadosa madre tiene muy cabal conocimiento de los excelentes frutos que cogemos de los ejercicios de la mortificacion. Los santos padres los enumeran; mas yo no puedo detenerme en esto: solo tocaré de paso que al decir de ellos (1) la mortificacion seca la sentina de los vicios, refrena la insolencia y rebeldía de la carne y la reduce á su deber: que introduce la paz en la casa manteniendo la autoridad de la razon y abatiendo la arrogancia de la parte rebelde de nuestra alma (2): que libra al espiritu de todas sus turbaciones y perplejidades (3) y le facilita el elevarse por la contemplacion de las cosas eternas: que satisface por los pecados pasados (4) y merece un aumento de gracia para lo futuro: que hermosea y enriquece la corona de gloria que ha de ponerse en nuestras cabezas (5): que aplaca á Dios irritado (6) y le hace propicio á nuestras súplicas: que contiene el furor de los enemigos de nuestra salvacion (7) y les quita la facultad de hacernos mal: en fin que glorifica á Dios (8) y le paga el tributo de nuestra vida mortal. ¿Quién seria tan enemigo de sí mismo, que quisiera consentir que la madre y tutora de su alma por una indigna compasion viniese á privarle de tantos y tan provechosos bienes? As no hay que esperarlo, porque ella lleva mas adelante los ojos de su consideracion y atiende mas á lo que ha de regocijarnos por una eternidad, que á lo que nos contrista por un poco de tiempo.

IV. Y aun cuando no hubiera nada de esto, ¿no

(1) S. Ciprian. (5) S. Agust.
 (2) S. Basil. (6) S. Geron.
 (3) S. Juan Crisost. (7) S. Atanas.
 (4) S. Bernard. (8) S. Gregor.

bastaria saber que ella fué el verdadero modelo de la mortificacion, para que diésemos de mano á todos los gustos y satisfacciones de la vida regalada y abrazásemos las austeridades y penitencias que nos asemejan á ella? S. Buenaventura atesta (1) que nuestra señora misma manifestó un dia á santa Isabel, reina de Hungría, que no habia recibido ninguna gracia del cielo sino mediante una oracion fervorosisima, continuas lágrimas y una vida trabajosa. La esposa de los Cantares dice (2) que no se extrañe que esté morena, porque el sol de las adversidades y trabajos le ha cubierto el color; y siente que la llamen hermosa estando toda llena de amargura. Su esposo conviene en que ella huele al aloe y la mirra, y ella misma se jacta de eso diciendo que es el olor mas suave y grato que puede salir de sus vestidos. Aunque ha recibido de arriba tan duro tratamiento como una de las mayores finezas del cielo, no se crea por eso que ella no ha contribuido en gran manera con su eleccion. Me refiero á lo que se lee en el capitulo I de los Cantares. Su esposo le habla de joyas y de brazaletes de oro esmaltado, y ella desecha estas palabras diciendo que su amado le hará un ramillete de mirra, que llevará sobre su pecho y tendrá hasta la muerte. Con efecto si bien se considera, se hallará que su vida fué una tela de mortificacion tejida de continuos trabajos, penas y fatigas. ¿Y será posible haya un verdadero siervo de la Virgen que quiera descansar mientras ella trabaja continuamente, y vivir sin mortificarse cuando ella sufre un martirio perpetuo de cuerpo y alma? Tan lejos de que pueda ser esto me persuado mas bien á que dirán todos con el prudente y esforzado Urias (3): «El arca de

(1) Medit. vitæ Christi, c. 3. (3) II Reg., XI.
 (2) Cantic., I.

Dios, la morada de la santísima Trinidad, la amada del cielo habita en pabellones y los mas valerosos del ejército que la guardan dia y noche, se quedan sobre la haz de la tierra; ¿y yo he de estarme refocilando y regalando con toda clase de comodidades y conveniencias? Por mi vida que nunca abrigaré este pensamiento, ni mi conciencia sufrirá el remordimiento de tan vergonzosa cobardía.»

V. Ve ahí la firme resolucion de una alma fiel y de un corazon digno de la madre de Dios, á la que añadiré solamente unas palabras de oro de santa Magdalena de Pazzis. Contemplando esta santa virgen el altísimo misterio de la Asuncion de nuestra señora á los cielos fué arrebatada en un éxtasis que duró desde visperas hasta las siete de la tarde: en ese tiempo fué iluminada con luces extraordinarias y perfectísimas nociones de las grandezas de la Virgen y del servicio que le es debido. Cuando volvió en sí, guardó al pronto un largo silencio y luego de repente comenzó á decir con rostro resplandeciente como el de un ángel: «Las dotes necesarias al que quiere subir y llegar á María, son ligereza en el cuerpo, gozo en el corazon, ansia en el entendimiento, recuerdo de los beneficios en la memoria, pureza en la intencion, simplicidad en las obras, verdad en las palabras, mortificacion en los sentidos.»

§. II.—Diversos rasgos de mortificacion.

El ayuno.

I. Lo primero es honrar á la Virgen con la abstinencia y el ayuno, porque habiéndose ejercitado en él nuestra señora toda su vida pide la razon que sus queridos hijos hagan lo mismo por su amor. El emperador Federico III ayunaba á pan y agua todas las vigiliass de la

Asuncion. Lo mismo hacian S. Carlos Borromeo y Gualtero de Bibrach, de quien se habló en el capítulo IV, todas las vigiliass de festividad de la Virgen. Jesucristo nuestro señor ordenó exactamente la misma práctica en la regla que dictó por su propia boca á santa Brigida, y la santa se lo mandó de parte de Dios á un eclesiástico que le pedia un método de vida al cual pudiera ajustar todos sus actos. S. Nicolás de Tolentino, de la orden de S. Agustin, y S. Diego de Alcalá, franciscano observante, añadian además todos los sábados del año, y S. Francisco guardaba una cuaresma entera en reverencia de la Virgen desde la fiesta de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo hasta la de la Asuncion. Esa era tambien una de las seis cuaresmas que S. Pedro Celestino acostumbraba guardar todos los años. El cardenal Francisco Toledo, de la compañía de Jesus, observaba la misma práctica á mas de ayunar á pan y agua los sábados del año. Santa Isabel, reina de Portugal, estaba á pan y agua desde san Juan y además los sábados y visperas de festividades de la Virgen. Otros muchos, cuyo nombre está escrito en el cielo, siguieron las huellas de esos insignes siervos de Dios y de la Virgen, y es casi infinito el número de los que hoy los imitan de diversas maneras. Solo figurándose que la madre de Dios no agradece lo que se hace por ella podrá creerse que echa en olvido todos estos servicios. Mas júzguese por lo que voy á referir, de lo que será para sus buenos siervos.

II. En las cercanias de Trento hubo un famoso malhechor, cuyos delitos le habian reducido al extremo de desesperar de su salvacion; pero Dios que queria salvarle, le infundió insensiblemente en el alma una centellita de confianza. Como no podia esperarse que abandonara del todo su mala vida, el Señor le pidió solo que en honor de la Virgen ayunase un dia á la semana y que en ese mismo dia se abstuviese de hacer mal á nadie.

El malhechor lo prometió de grado y lo cumplió fielmente, porque no solo impedia cuanto estaba de su parte que los otros ladrones de la cuadrilla cometiesen ningun robo el sábado, sino que siendo perseguido en tal dia por la justicia prefirió dejarse prender y ser conducido á Trento mejor que exponerse al peligro de derramar sangre humana. En cuanto llegó, se le juzgó y fué condenado á pena capital. Mientras se hacian los preparativos para ejecutar la sentencia, la madre de misericordia trabajaba en el corazon del reo y le disponia á morir santamente, como en efecto lo hizo acusándose en público de todos sus delitos, pidiendo perdon con lágrimas y protestando que no habia hecho nada bueno en su vida. A la noche siguiente aconteció una cosa mucho mas singular, que asombró sobre manera á los que guardaban las murallas de la ciudad. Al rededor de la sepultura del malhechor se vieron en medio de un gran resplandor cinco señoras de extraordinaria hermosura: cuatro de ellas que sacaron el cadáver de la tierra, tenian en una mano un cirio encendido y con la otra llevaban el ataud, siguiéndolas la otra señora, que excedia á todas las demas en grandeza y majestad. Luego que llegaron á las puertas de la ciudad, dirigiéndose esta á las guardias les habló asi: «Decid á vuestro obispo que mande enterrar á este mi siervo en tal iglesia.» Y nombró aquella en que queria fuese enterrado. Por la mañana muy temprano se difundió por todas partes la noticia, y el obispo con el clero y mucha gente del pueblo fué allá en procesion: abierto el ataud no solo se halló la cabeza perfectamente unida al tronco (es de advertir que el reo habia sido decapitado), sino el cuerpo puesto sobre un rico paño de grana bordado, que no parecia labrado por mano de hombre. Aumentóse la admiracion con tantos prodigios juntos, y nadie se hartaba de contemplar el cuerpo y el ataud y de dar gracias á

nuestra señora, hácia la cual creció la devoción en tales términos, que pocos dejaron de ayunar los sábados de allí adelante por hacérsela propicia.

Las vigiliás.

III. El segundo rasgo es privarse de una parte del sueño para vacar á la oración y á la contemplación de las cosas celestiales. En otro lugar (1) hice ver cómo ya se practicaba esto en Constantinopla, y el gran concurso del pueblo cristiano que había todos los miércoles al templo de la Virgen sito en la plaza de los Fundidores y los martes al de nuestra señora de la Guía, á donde solía concurrir de las primeras la emperatriz Pulqueria para celebrar las vigiliás y orar con los demás fieles. Las crónicas de los cartujos atestan que en tiempo de Guido, general de toda la orden, hubo un monje converso muy sencillo en sus costumbres, pero lleno de celestial sabiduría y sumamente devoto de la Virgen nuestra señora, cuyas grandezas meditaba muchas veces mientras descansaban los otros. No pudiendo sufrirlo el enemigo maligno le inquietó en diferentes ocasiones y una noche entre otras envió á la celda del monje una legión de demonios transformados en jabalies, que aparentaban querer devorarle; pero sin atreverse á llegar á él. Entonces apareció un terrible gigante, que motejándoles su cobardía amenazó despedazar al monje con un garfio de hierro que tenía en la mano. El pobre monje atribulado recurrió á Dios y á su santísima madre, la cual acudió al punto en su ayuda y ahuyentando á los demonios le recibió de nuevo bajo su protección, le aseguró que le eran agradables sus servicios, y le dejó en prenda de su

(1) Trat. 3., cap. 7.

cariño tres advertencias dignas de tal maestra: la primera que escogiese los manjares mas ordinarios; la segunda que vistiese pobremente; y la tercera que se aficionase al trabajo de manos como muy propio de su vocación. Habiendo el monje practicado muy cuidadosamente todo esto el resto de su vida murió en gran opinión de santidad.

La maceración del cuerpo por medio de cilicios etc.

IV. El tercero es macerar su cuerpo con cilicios, disciplinas y otros ejercicios de penitencia, estimados por los santos como medios eminentes para aprovechar en la virtud, porque se persuadian á que se ofrecían al Señor como víctimas de amor.

La mortificación de las pasiones.

V. Pero sobre todo la Virgen aprueba la mortificación interior de las pasiones y de los impetus desordenados de nuestra alma como la verdadera palestra de donde saca mas honor y gloria. Cuenta Vicente, obispo de Beauvais, que yendo cierto caballero á un torneo que debía de celebrarse en Normandía, se hospedó en casa de un pobre, á quien la miseria había cegado hasta el extremo de entregar á dicho señor una hija suya que había hecho voto de virginidad. La infeliz doncella puesta en tan duro trance no perdonó medio para ablandar al caballero; mas viendo que nada adelantaba le conjuró por el nombre de María (era el de ella) y por el día del sábado dedicado particularmente á nuestra señora que le salvase el honor y la dejase cumplir su voto. El caballero no solo accedió á tan justa petición, sino que al otro día la condujo á un monasterio aprontando la dote necesaria para que la doncella tomase el velo. No

fué ingrata la Virgen, porque habiendo perecido en el torneo el caballero, reveló nuestra señora á una fiel sierva suya que habia muerto en buen estado y que ella le habia impetrado el perdon de sus pecados en consideracion de aquella accion tan loable.

VI. A fin de facilitar la mortificacion de las pasiones daré cierta práctica suave y eficaz á un mismo tiempo. Consiste en coger todos los dias una flor de una victoria de sí mismo en las ocasiones que ocurren en el dia: con esas flores se forma un ramillete para presentarle á la Virgen á la hora de la muerte y granjearse por este presente su gracia y la de su hijo en aquel terrible trance. Para obligarse á este ejercicio se hace un cuaderno de papel y se escribe por título: *Ramillete de flores que he cogido todos los dias de mi vida para regalársele á la Virgen á la hora de mi muerte. La primera la cogí el dia tal de tal mes y año, que era el vigésimo, trigésimo etc. de mi vida.* Cada dia antes de acostarse se señala con una cruz la flor que se ha cogido en el dia, ó dos, ó tres, si se ha vencido uno otras tantas veces en la ocasion. Si se han dejado pasar todas las ocasiones de vencerse, se pone un cero para denotarlo.

VII. Es admirable (como han experimentado los que practican esta devocion) qué disgusto se recibe de poner los ceros y cómo ese disgusto estimula á vencer las ocasiones para coger las flores.

CAPITULO XI.

DE LA IMITACION; DÉCIMO RECONOCIMIENTO DEBIDO A LAS GRANDEZAS DE LA MADRE DE DIOS.

No se tenga en menos estima la imitacion, porque viene detras de otras varias especies de reconocimiento. De propósito le he guardado este lugar, porque no tanto

es una virtud particular y diferente de las otras, quanto un conjunto de todas las virtudes, á las que añade solamente un motivo general de practicar actos para parecerse á la persona á quien honra. Por lo demás quando se considere atentamente, se hallará que la reina del cielo la ha apreciado y aceptado qual ninguna.

§ 1.—Que la imitacion es una de las maneras mas gratas de reconocimiento que se presentan á la madre de Dios.

I. El preguntar por qué debemos imitar á la Virgen es lo mismo que preguntar por qué debemos amarla, supuesto que el amor es padre de la imitacion. Dice Aristóteles que el amor no puede existir sin la semejanza, de suerte que si no se funda en ella y no la encuentra formada, es menester que la produzca. Se priva de todos los gustos, desprecia todos los bienes y ventajas por asemejarse al objeto amado, y todo lo da, todo lo hace, todo lo acomete porque el objeto amado se asemeje á él. Pero especialmente el amor maternal vive y se alimenta de la semejanza. El amor de las madres se fija con preferencia en los hijos que mas se les parecen. Este es el motivo del prudente consejo que nos da san Buenaventura. «Si quereis, dice (1), adelantar mucho en poco tiempo con vuestra madre, ser obsequiados de ella y no sufrir jamás repulsa en ninguna cosa de las que le pidais; procurad imitarla en quanto os sea posible.» «Grandemente os equivocariais, dice S. Agustin (2), si juzgárais que hacéis mucho con recurrir á ella sin tratar de asemejaros á ella: hasta que hayais imitado su humildad y sus otras virtudes, persuadios á que no habeis hecho nada, porque la verdadera piedra de toque del

(1) Stimul. divin. amoris, c. 7. (2) Serm. 35 de sanctis.

fué ingrata la Virgen, porque habiendo perecido en el torneo el caballero, reveló nuestra señora á una fiel sierva suya que habia muerto en buen estado y que ella le habia impetrado el perdon de sus pecados en consideracion de aquella accion tan loable.

VI. A fin de facilitar la mortificacion de las pasiones daré cierta práctica suave y eficaz á un mismo tiempo. Consiste en coger todos los dias una flor de una victoria de sí mismo en las ocasiones que ocurren en el dia: con esas flores se forma un ramillete para presentarle á la Virgen á la hora de la muerte y granjearse por este presente su gracia y la de su hijo en aquel terrible trance. Para obligarse á este ejercicio se hace un cuaderno de papel y se escribe por título: *Ramillete de flores que he cogido todos los dias de mi vida para regalársele á la Virgen á la hora de mi muerte. La primera la cogí el dia tal de tal mes y año, que era el vigésimo, trigésimo etc. de mi vida.* Cada dia antes de acostarse se señala con una cruz la flor que se ha cogido en el dia, ó dos, ó tres, si se ha vencido uno otras tantas veces en la ocasion. Si se han dejado pasar todas las ocasiones de vencerse, se pone un cero para denotarlo.

VII. Es admirable (como han experimentado los que practican esta devocion) qué disgusto se recibe de poner los ceros y cómo ese disgusto estimula á vencer las ocasiones para coger las flores.

CAPITULO XI.

DE LA IMITACION; DÉCIMO RECONOCIMIENTO DEBIDO A LAS GRANDEZAS DE LA MADRE DE DIOS.

No se tenga en menos estima la imitacion, porque viene detras de otras varias especies de reconocimiento. De propósito le he guardado este lugar, porque no tanto

es una virtud particular y diferente de las otras, quanto un conjunto de todas las virtudes, á las que añade solamente un motivo general de practicar actos para parecerse á la persona á quien honra. Por lo demás quando se considere atentamente, se hallará que la reina del cielo la ha apreciado y aceptado cual ninguna.

§ 1.—Que la imitacion es una de las maneras mas gratas de reconocimiento que se presentan á la madre de Dios.

I. El preguntar por qué debemos imitar á la Virgen es lo mismo que preguntar por qué debemos amarla, supuesto que el amor es padre de la imitacion. Dice Aristóteles que el amor no puede existir sin la semejanza, de suerte que si no se funda en ella y no la encuentra formada, es menester que la produzca. Se priva de todos los gustos, desprecia todos los bienes y ventajas por asemejarse al objeto amado, y todo lo da, todo lo hace, todo lo acomete porque el objeto amado se asemeje á él. Pero especialmente el amor maternal vive y se alimenta de la semejanza. El amor de las madres se fija con preferencia en los hijos que mas se les parecen. Este es el motivo del prudente consejo que nos da san Buenaventura. «Si quereis, dice (1), adelantar mucho en poco tiempo con vuestra madre, ser obsequiados de ella y no sufrir jamás repulsa en ninguna cosa de las que le pidais; procurad imitarla en quanto os sea posible.» «Grandemente os equivocariais, dice S. Agustin (2), si juzgárais que hacéis mucho con recurrir á ella sin tratar de asemejaros á ella: hasta que hayais imitado su humildad y sus otras virtudes, persuadios á que no habeis hecho nada, porque la verdadera piedra de toque del

(1) Stimul. divin. amoris, c. 7. (2) Serm. 35 de sanctis.

amor y la devoción está en imitar aquello que se honra.»

II. Digaseme si aun cuando no nos tocase nada, no sería bastante para imitarla que fuera, como en realidad es, el dechado más excelente de todas las virtudes que podemos escoger después de Dios. No quiero alargarme más, porque ya la representé en otro lugar como la reina de las virtudes (1). Pero ahora que el lector puede considerarla como madre, ¿no es cosa de mucho consuelo que no haya necesidad de ir á buscar lejos objetos de imitación y que tengamos los ejemplos domésticos de toda virtud, es decir, un padre que es la santidad misma, y una madre que es la idea completísima de toda perfección? Esta es la dicha y la ventaja de los hijos de la mujer fuerte de los Proverbios, verdadera figura de la madre de Dios, que todos los de su casa están provistos de dos vestidos; lo cual quiere decir no solamente que tienen vestidos de invierno y estío, esto es, según la observación del cardenal Hugo, santos hábitos que los defienden de la pernicioso influencia de las estaciones, como son la fortaleza, la paciencia, la mansedumbre y la humildad, y los que son á propósito para el buen tiempo, como la piedad, la devoción, la prudencia y otras, sino que á más están vestidos por imitación de las diferentes libreas de sus padres, vistiéndose no solo de Jesucristo, como aconseja el Apóstol (2), sino adornándose de María, la regla perfecta de toda pureza, como dice S. Buenaventura. Así el profeta Isaías no contento con que pongamos los ojos en Abraham, padre de los creyentes, quiere á mayor abundamiento que tengamos siempre delante la imagen de su casta Sara, una de las antiguas figuras de nuestra señora. Me disgusta sobre manera que descendiendo nosotros de tan buena casa

(1) Trat. 4, cap. 40.

(2) Ad rom., XIII.

MATER DOLOROSA

PLEGARIA.

Virgen del infortunio, doliente Madre mía,
En busca de consuelo me postro ante tu altar,
Mi espíritu está triste, mi vida esta sombría,
Pasaron sobre mi alma las olas del pesar.

Estoy en desamparo, no tengo quien me acoja;
Hay horas en mi vida de bárbara aflicción,
Y solo... siempre solo, no tengo quien recoja
Las lágrimas secretas que llora el corazón.

Es cierto que del mundo en la corriente impura
Cayeron deshojadas las rosas de mi fe,
Que en pos de mil fantasmas de juvenil locura
Corriendo delirante, Señora, te olvidé.

Que me cegó el orgullo satánico del hombre,
Y en mi ánima turbada la duda penetró;
Y se olvidó mi labio de pronunciar tu nombre
Y de mi mente loca tu imagen se borró.

Es cierto... ¡pero escucha!... De niño te adoraba,
Al pie de tus altares mi madre me llevó...
Llorando, arrodillada, la historia me contaba
Del Gólgota tremendo cuando Jesús murió.

Y vi sobre tu rostro la angustia y el quebranto,
Caía sobre tu frente la sombra de una cruz,
Tus lágrimas rodaban y negro era tu manto....
Todo de un cirio pálido a la siniestra luz.

Entonces era un niño, no comprendí tu duelo;
Pero te amé, Señora, ¡tú sabes que te amé!
Que dulce, immaculado, alzabase hasta el cielo
El infantil acento de mi sencilla fe.

Por esa fe de niño, por el ardiente ruego
Que al lado de mi madre con ella repetí,
¡Virgen del infortunio, cuando a tus plantas llego,
Virgen del infortunio, apiádate de mí!

Tú miras, Reina augusta, la senda que cruzamos:
Con llanto la regaron generaciones cien,
A nuestra vez nosotros con llanto la regamos,
Y las que vienen luego la regarán también.

A nuestro paso vamos dejando en sus abrojos
Pedazos palpitantes del roto corazón;
Y andamos... y andamos... y no hallan nuestros ojos
Ni tregua a la jornada, ni tregua a la aflicción.

Más tú eres la esperanza, la luz y el consuelo,
Tus ojos levantados suplican al Señor,
Tus manos están juntas en dirección al cielo....
Tú ruegas por nosotros, ¡oh Madre del dolor!

En busca de consuelo yo vengo a tus altares
Con alma entristecida y amargo corazón;
Y pongo ante tus ojos, Señora, mis pesares,
Y en lágrimas se baña la voz de mi oración.

No mires que olvidando tu imagen y tu nombre
Al viento de este mundo mis creencias arrojé,
Acuérdate del niño y olvídate del hombre....
Mi frente está en el polvo.... perdóname.... pequé....

¡Oh! por mi fe de niño, por el ferviente ruego
Que al lado de mi madre con ella repetí,
Virgen de los Dolores, cuando a tus plantas llego,
Virgen de los Dolores, ¡apiádate de mí!

nos a los revueltos piélagos de la política sin una sólida preparación y sin una organización fuerte y vigorosa. Pegarnos nada más a la espalda de otros partidos, es poco decoroso para hombres cristianamente libres.

Es también una verdad de política católica, que, en no habiendo un candidato bueno, conviene votar por el menos malo. Pero también es verdad que hasta ahora, no se ha probado con razones contundentes que entre los tres candidatos contendientes haya alguno menos malo bajo todos conceptos.

Bonillas no trae pedazos de carne humana en sus manos, como los demás revolucionarios; pero ¿no traerá arrastrando los despojos mortales de la Patria? Bonillas no tiene palacios levantados a base de rapiñas escandalosas y conocidas; pero ¿no traerá hipotecada nuestra autonomía a las sectas protestantes y sus bolsillos no vendrán repletos con los treinta dineros de la iniquidad?

orta en los católicos

co es para educar de verdad; esto es, para moralizar y para instruir: moralizar, inculcando las doctrinas y prácticas cristianas; instruir, enseñando la verdadera ciencia.

Fundados en estas consideraciones, razón tuvimos para asombrarnos; y seguros estamos de que nadie presentará consideraciones que contrarresten, que superen a las nuestras.

Remitimos a las profesoras católicas que *toleran* la moda pagana en sus alumnas, al número 74 de este semanario, a fin de que lean nuestro artículo "UNIFORMES EN UN COLEGIO CATÓLICO," y mediten sobre las consideraciones que en él hacemos, completándolas con

Mal huésped tenemos, o mejor dicho tienen los carrancistas antiguos y los de cuño reciente.

Nos referimos a Blasco Ibáñez, escritor de la extrema izquierda, que no por ser español deja de ser acérrimo carrancista.

En efecto: si la inmoralidad debe mucho a don Vicente, el carrancismo no le debe menos, y por esto se le festeja como a príncipe de las letras bolcheviques y se le trata a cuerpo de rey.

De la comisión organizadora de los festejos ibañescos, forman parte los poetas "Acólito del Alcañor" y "Rajita de Canela," con lo que dichos festejos tienen para estar muy olorosos y sabrosos.

Añádase la cooperación como conferencista del académico ex-gobernador de Jalisco, Pepe López Portillo y Rojas, que empezará su conferencia sobre la novela mexicana, haciendo su profesión de reciente carrancista. Esto lo pide la lógica.

Y como digno remate de los festejos, la salutación que la Universidad Nacional le dirigirá en latín lapídeo.

¡ALLA LE VA UN APLAUSO!

Aunque sea por carambola o como la Burra de Balán, el señor Comendador ha dicho una verdad grande como un Himalaya. Hablando en un editorial de la enseñanza de la Historia, dice: "El relato de los hechos pasados sirve siempre para que los escritores exhiban sus pasiones políticas y sus preferencias interesadas o puramente afectivas.... Y hemos cedido, sobre todo, a la infantil vanidad de forjar héroes y de inventar epopeyas." Muy bien dicho, bien habló el señor Comendador. Pero ¿y quiénes son esos falsos historiadores, forjadores de héroes e inventores de epopeyas? ¿No podría decirnoslo su Eminencia?

El pequeño Weishaupt

El padre del iluminismo en el siglo XVIII ignoraba que en esta tierra de Anáhuac había de nacerle un retoño en el siglo XX. Pero, nada, el hecho se ha verificado y ahí tienen ustedes al pequeño Weishaupt encumbrándose entre las vaporosas nubes de un iluminismo, parte con tonos de mística suavidad y parte con agresiones de soberbia calvinista.

Refiriéndose nuestro pequeño iluminado a un suelto nuestro en

y no pudiendo levantar los ojos sin tener delante los singulares ejemplos de tales padres seamos tan tardos para caminar en pos de ellos. Con efecto ¿cómo, ni con qué pretexto cohonestaremos nuestra negligencia y cómo sufriremos el cargo que mudamente nos hacen tantas buenas acciones y ejemplos?

III. Hablemos solo de la Virgen, pues aquí no se trata mas que de ella. Si se alegare que esas dotes son inimitables como tan levantadas sobre el común de los hombres, replica S. Bernardo: «¿No hay en ella otra cosa alguna que pueda ser imitada? ¿Juzgamos que si carecemos de mansedumbre, de humildad, de magnanimidad, de compasión, podremos excusarnos con la singularidad de sus perfecciones (1)?» Si se dice que no podemos llegar a ser la madre de Dios, ¿qué se responderá a S. Gerónimo (2), S. Ambrosio (3), S. Pedro Damiano y Hugo de S. Victor, los cuales sostienen paladinamente la afirmativa? Dice el primero: «Tenemos medio de ser madre de Dios; pero es por espíritu.» «Hagamos la voluntad del Padre, dice el segundo, y seremos la madre del Hijo.» «La Virgen santísima, dice el tercero, concibió al Verbo divino en su seno corporal, y nosotros le concebimos en el seno de nuestra alma: ella le crió con la leche preciosa de sus pechos virginales, y nosotros con los regalados manjares de nuestras santas obras.» «No nos engañemos, hermanos míos, dice el cuarto, porque si intentamos gozar de la bienaventuranza eterna que nos está preparada, es necesario que seamos antes las madres de Jesucristo; quiero decir que le concibamos, le llevemos, le paramos y le poseamos como nuestro. Le concebiremos por la fé, le llevaremos por la

(1) Serm. in Signum magnum.

(2) Epist. 22 ad. Eustoch.
(3) In cap. XXI Luc.

buena voluntad, le pariremos por las buenas obras y finalmente le poseeremos en el cielo cuando sea todo nuestro y nosotros todo de él.» Si esas cualidades que tan distantes parecen de nosotros, no estan sin embargo fuera de nuestros alcances; ¿qué será de su singular modestia, su anonadamiento sumo, su pobreza voluntaria, su admirable confianza, su perfecta caridad para con Dios y el prójimo y sus otras virtudes, que son mas humanas y asequibles por decirlo así? Pero no nos adelantemos, porque tiempo habrá para considerarlas en particular y aficionarnos á imitarlas.

IV. Entretanto digamos por conclusion que estamos tambien obligados á imitarla por los grandes frutos que nos redundan de esa imitacion. ¿Qué mas queremos, pues desde luego hallamos la dicha en este santo ejercicio? Oigamos á su devoto siervo, y él nos declarará en qué consiste particularmente esta dicha. «La Virgen santísima, dice, conoce de un modo especial á los que la aman, y se acerca á los que la imploran, particularmente cuando procuran parecerse á ella en la castidad y la humildad: quiere singularmente á los que han puesto toda su confianza en ella despues de Dios y la sirven de todo corazon. Ademas acordáos de que no es tan poco el haberse granjeado su gracia y amistad, porque es omnipotente en el cielo y en la tierra, la vida de nuestra alma está en sus manos, los ojos de todos los cristianos estan fijos en ella, y ella les da el sustento de la gracia, como que es la verdadera fuente, la madre y la inventora de todas las virtudes.» ¿Quién no querrá correr en pos de ella á tanto precio, especialmente oyéndola gritar á voz en cuello que quien la ame y la siga, será lleno de sus frutos y colmado de sus bendiciones? Vamos á ella en virtud de su palabra, y mediante su favor aprendamos la ciencia de imitarla.

§. II.—Que todos en general han de procurar imitar las excelentes virtudes de la Virgen.

I. S. Pablo decia á los filipenses que resplandecian como lumbreras en el mundo entre los judios y gentiles: ¡con cuánta razon pues podré yo decir que los santos en el cielo brillan como estrellas en el firmamento! Y si añado que entre ellos Jesus y Maria son como el sol y la luna, los dos luminares del universo, no haré sino repetir lo que sentaron antes infinitos santos y con mucha razon, supuesto que no exceden tanto el sol y la luna en claridad é influencia á los otros astros como Jesus y Maria á todos los demas santos en la excelencia de las virtudes y en la generalidad de sus efectos. En cuanto á lo primero es tan importante el consejo que nos dan los santos de proponernos siempre alguna idea grande de la perfeccion, como congruente que despues de las divinas virtudes de Jesus tengamos siempre los ojos fijos en las de Maria á causa de su eminencia. «Esta es la razon, dice el abad Ruperto, de que la amada y aun la muy amada entre todas las amadas sea la regla y el modelo de las otras.» Pero no debo de decir mas tocante á este punto, pues en el capítulo X del tratado primero dije ya bastante de sus virtudes en general, y al tratar de ellas en particular se palpará la ventaja que llevan á las demas.

II. En cuanto á la generalidad puedo decir en primer lugar que lo que obliga en extremo á toda clase de personas á tomar por abogada á la madre de Dios, es que estuvo universalmente adornada de todo género de virtudes heróicas. Si queremos saber la diferencia que hay entre la Virgen y los otros santos, consiste principalmente segun el angélico doctor en que estos por lo comun se distinguieron por una virtud particular, quién por la devocion, quién por la caridad, el uno por su

mortificacion, el otro por su mansedumbre, este por la abstinencia, aquel por la humildad; pero la madre de Dios las poseyó todas en un grado muy alto, es decir, todas en general y cada una en particular como si no hubiera poseído más que una sola. Puedo decir además que muchos santos se asemejan á ciertas estrellas, las cuales se ven en cierta region y dominan sobre un país ó nacion particular; esto es, hay santos que no son conocidos más que en Italia, ó en Francia, ó en España, ó en Alemania etc. Pero la suave y benéfica influencia de la Virgen se extiende general é igualmente á todas las naciones y lugares de la tierra, y como canta la iglesia, su vida ilustre alumbra á todas las iglesias del mundo sin excepcion. El resplandor de sus incomparables virtudes penetra en ambos hemisferios, y no hay ningun rincón debajo del cielo á donde no lleguen los rayos de su santidad. En tercer lugar puedo decir que así como las más de las estrellas estan limitadas á algunos particulares efectos, del mismo modo muchos santos parece que son propiamente para cierta clase de gentes. Así Dios que ha dotado á su iglesia de todo lo necesario con la mayor liberalidad, ha puesto á algunos de ellos para que sirvan de norma á los solitarios, á otros para que guien y dirijan á los que viven en comunidad: unos son buenos para los casados, otros para las doncellas y viudas: los hay para los príncipes, los prelados y los diversos órdenes, gerarquías, condiciones, estados, edades y sexos. Mas la madre de Dios, dice S. Ambrosio, fué tal, que puede servir de espejo y dechado á todas las personas: los grandes y los pequeños, los principiantes y los provecos, los hombres y las mujeres, los jóvenes y los ancianos hallarán en ella materia para su aprovechamiento, y el que quiera acercarse á ella por imitacion, saldrá iluminado é inflamado juntamente. Esto es lo que me propongo dilucidar hasta el fin de este capítulo.

§. III. — De su viva fé y cómo debe ser imitada por todos.

I. La fé que S. Pablo llama el fundamento de nuestra esperanza, y S. Paulino el pábulo y alimento de todas las buenas obras, fué tan cabal y perfecta en la Virgen, que el sabio Abulense se atreve á llamarla el caudillo de todos los creyentes (1), no porque este título no corresponda propia y principalmente á su amado hijo, el cual es por excelencia la cabeza de todos los escogidos y de consiguiente de todos los creyentes, sino porque Maria santísima tiene un derecho especial á esa prerogativa por haberla llevado al mas alto punto de su perfeccion, siendo así que esta virtud no existió en Jesucristo. Entrando en mas particularidades, me parece que la fé de nuestra señora estuvo dotada de tres calidades eminentes y que fué muy clara y constante.

La fé de la Virgen fué muy clara.

II. Digo muy clara, porque antes de la promulgacion de la ley evangélica, antes de todos los discursos de los predicadores, antes de los infinitos milagros, antes de la confesion de los mártires y otras señales sin fin que hoy apoyan nuestra fé, la Virgen creyó mas viva y distintamente que nadie los misterios de la Trinidad, de la encarnacion, de la glorificacion de su hijo y otros, y como enseña S. Bernardo (2), fué la primera criatura que tuvo claro conocimiento de todas las circunstancias particulares de la economia de nuestra salvacion. Esto movió al glorioso S. Ildefonso (3) á darle el título de

(1) Paradox 4, cap. 31.

(2) Epist. 77.

(3) Serm. 4 de Assumpt.

clara y perspicaz en la fé, y á S. Gregorio Taumaturgo á llamarla el depósito y retrete de todos los misterios (1). Ve aquí cómo le habla este mismo santo en la primera oracion de la Anunciacion: «Tú sabes, oh Virgen santísima, lo que ignoraron los patriarcas: tú aprendiste lo que no habia sido revelado á los ángeles: tú viste lo que no habian oido tantos profetas inspirados de Dios. Es verdad que Moisés, David, Isaias, Daniel y otros muchos hablaron abiertamente de los misterios de nuestra salvacion; pero estaban muy lejos de penetrar como tú el modo con que habian de cumplirse. En una palabra lo que estuvo escondido á todos los siglos pasados, se te descubre á ti; pero ademas tienes la particularidad de que depende tambien de tí la ejecucion de las mas de estas maravillas.»

Fué simplicísima.

III. Fué simplicísima, porque pasó por cima de todas las consideraciones capaces de hacerla vacilar y de acongojarla. Nadie hubo mas humilde que ella en el mundo, dicen S. Bernardo (2) y el Abulense (3), y ninguna criatura tuvo mas bajo concepto de sí. Por otra parte era inaudito que una Virgen pudiese concebir, y la calidad de madre de Dios era mas alta que todo cuanto puede haber en el entendimiento humano ó angélico. No obstante esto María á la primera palabra del ángel maduramente examinada creyó sin dificultad ni contradiccion que seria madre de Dios y virgen á un mismo tiempo, y consintió en lo que le proponia el nuncio celestial de parte de la santísima Trinidad: con ese consentimiento

(1) Orat. 2 de Assumpt.
(2) Serm. in Signum m.

(3) Paradox. 4, cap. 30.

mereció segun S. Agustin (1) abrir el cielo, que hasta allí habia estado cerrado. Con efecto podemos decir con S. Anselmo (2) que la fé de María fué la puerta por la cual vino al mundo nuestro redentor Jesus, ó mejor dicho fué la puerta por la cual entraron con Jesus infinitas maravillas, que solo habian de efectuarse en la Virgen. Esto quiso significar su prima Isabel cuando dijo: «Bienaventurada tú que creiste, porque se cumplirá lo que te fué dicho de parte del Señor.»

Fué muy constante.

IV. Finalmente fué muy constante, porque no desdijo jamás de sí por ninguna dificultad ó apuro. La Virgen fué la primera que vió á Dios en el estado de infancia y necesitado de su auxilio: vió la fortaleza flaca, la sabiduría infantil, la majestad temblando: vió al rey de la gloria hacer la vida de un artesano: le vió abandonado de los suyos y enclavado en una cruz: vió todo esto y mucho mas sin desconfianza, sin turbacion y sin congoja de espíritu. Por el contrario vió prodigios de grandeza entre esa bajeza, y nunca dudó de que dejase de cumplirse hasta en la mas pequeña circunstancia lo que le habia sido revelado. No solo lo creyó de corazon, sino que hizo profesion pública de ello al pie de la cruz, cuando la tormenta de la persecucion habia ahuyentado á los discipulos y á los apóstoles mas animosos y zelosos del Señor, y con todas sus fuerzas procuró reducirlos al aprisco como á ovejas descarriadas.

V. A ejemplo de la virgen María sus queridos hijos pondrán en primer lugar todo su conato en tener una fé

(1) Serm. 46 de natal. Do-
mini. (2) In cap. X Luc.

viva ó en tener los ojos de la fè claros, como dice el Apóstol. Se deleitarán en ejercitarse en la meditacion de los misterios de la fè y profundizar todo lo posible esa ciencia divina acordándose de que el Salvador del mundo enseña por S. Juan que en ella consiste la vida eterna, es decir, la felicidad del hombre, que comienza en esta vida y se perfecciona en la otra; y que S. Pablo en consideracion de esa luz divina desecha todo lo que tiene alguna apariencia de deleite, hermosura ó grandeza en este mundo. Dirán muchas veces con los santos apóstoles: Señor, aumenta en nosotros la fè; especialmente cuando en alguna ocasion se necesite de un entendimiento iluminado y de una luz mas que ordinaria, segun dice elegantemente el Crisóstomo explicando el título del salmo XLIV, donde David significa que es un cántico que ha menester de entendimiento (1).

VI. Ultimamente procurarán apoyar con tanta firmeza su fè en Jesucristo como el único fundamento de toda recta creencia, que nada pueda commoverla, ni las tentaciones, ni los asaltos, ni los sucesos desastrados, ni las adversidades, ni las persecuciones, ni todos los esfuerzos de los enemigos visibles ó invisibles. Aunque soplen con violencia los vientos de las calumnias, aunque se hinchen desmedidamente los torrentes de las amarguras interiores, aunque las borrascas de desconfianza, de oscuridad y de temor amenacen destruirlo todo, ellos se mantendrán siempre firmes, porque estan sentados sobre la piedra y se apoyan en la verdad certísima y en la palabra indefectible de aquel que no puede engañarse.

(1) Véase la adición de la puesta al fin del tomo en la nota madre M. J. de Blemur, que va en la H.

§. IV.—De su singular confianza y cómo debe ser imitada de todos.

La confianza de la Virgen fué muy elevada.

I. La esperanza ó la confianza, en la que S. Agustin despues de S. Pablo pone la felicidad de esta vida (1), fué muy elevada, firme y fiel en la Virgen santísima. Digo muy elevada, porque si de alguna criatura ha podido verificarse lo que decia David: Muy alto has puesto tu refugio; es de la madre de Dios. Con efecto si la alteza de la esperanza depende de la solidez de la fè, acabamos de ver que nunca hubo una fè igual á la suya. Si la confianza sube á la par del conocimiento que tenemos de la fidelidad de Dios; ¿en quién fué mas claro ó excelente que en ella? Si á proporcion que un corazon está mas desasido de todos los afectos terrenos, se eleva con mas gusto y se une directamente á su bien sumo; ¿qué corazon hubo nunca mas libre y puro que el suyo? Si cuando una alma desconfia enteramente de sí y se abisma mas en la consideracion de su nada, está mejor dispuesta á fiarse de Dios y echarse en brazos de su amorosa providencia; ¿quién tuvo mas conocimiento de sí y desconfió mas de sus fuerzas que la madre de humildad? Si S. Juan dice con razon que si nuestro corazon no nos reprende, tenemos confianza delante de Dios (2); ¿en quién se cumplirá mejor esto que en la Virgen bienaventurada, á la cual nunca reprendió nada su corazon? En fin si cuanto mas pura es la esperanza, mas alto sube; ¿qué confianza podrá igualar en pureza á la de la hija, madre y esposa de Dios?

(1) De civit. Dei, l. 19, c. 4. (2) Epist. I, cap. III.

viva ó en tener los ojos de la fè claros, como dice el Apóstol. Se deleitarán en ejercitarse en la meditacion de los misterios de la fè y profundizar todo lo posible esa ciencia divina acordándose de que el Salvador del mundo enseña por S. Juan que en ella consiste la vida eterna, es decir, la felicidad del hombre, que comienza en esta vida y se perfecciona en la otra; y que S. Pablo en consideracion de esa luz divina desecha todo lo que tiene alguna apariencia de deleite, hermosura ó grandeza en este mundo. Dirán muchas veces con los santos apóstoles: Señor, aumenta en nosotros la fè; especialmente cuando en alguna ocasion se necesite de un entendimiento iluminado y de una luz mas que ordinaria, segun dice elegantemente el Crisóstomo explicando el título del salmo XLIV, donde David significa que es un cántico que ha menester de entendimiento (1).

VI. Ultimamente procurarán apoyar con tanta firmeza su fè en Jesucristo como el único fundamento de toda recta creencia, que nada pueda commoverla, ni las tentaciones, ni los asaltos, ni los sucesos desastrados, ni las adversidades, ni las persecuciones, ni todos los esfuerzos de los enemigos visibles ó invisibles. Aunque soplen con violencia los vientos de las calumnias, aunque se hinchen desmedidamente los torrentes de las amarguras interiores, aunque las borrascas de desconfianza, de oscuridad y de temor amenacen destruirlo todo, ellos se mantendrán siempre firmes, porque estan sentados sobre la piedra y se apoyan en la verdad certísima y en la palabra indefectible de aquel que no puede engañarse.

(1) Véase la adición de la puesta al fin del tomo en la nota madre M. J. de Blemur, que va a H.

§. IV.—De su singular confianza y cómo debe ser imitada de todos.

La confianza de la Virgen fué muy elevada.

I. La esperanza ó la confianza, en la que S. Agustin despues de S. Pablo pone la felicidad de esta vida (1), fué muy elevada, firme y fiel en la Virgen santísima. Digo muy elevada, porque si de alguna criatura ha podido verificarse lo que decia David: Muy alto has puesto tu refugio; es de la madre de Dios. Con efecto si la alteza de la esperanza depende de la solidez de la fè, acabamos de ver que nunca hubo una fè igual á la suya. Si la confianza sube á la par del conocimiento que tenemos de la fidelidad de Dios; ¿en quién fué mas claro ó excelente que en ella? Si á proporcion que un corazon está mas desasido de todos los afectos terrenos, se eleva con mas gusto y se une directamente á su bien sumo; ¿qué corazon hubo nunca mas libre y puro que el suyo? Si cuando una alma desconfia enteramente de sí y se abisma mas en la consideracion de su nada, está mejor dispuesta á fiarse de Dios y echarse en brazos de su amorosa providencia; ¿quién tuvo mas conocimiento de sí y desconfió mas de sus fuerzas que la madre de humildad? Si S. Juan dice con razon que si nuestro corazon no nos reprende, tenemos confianza delante de Dios (2); ¿en quién se cumplirá mejor esto que en la Virgen bienaventurada, á la cual nunca reprendió nada su corazon? En fin si cuanto mas pura es la esperanza, mas alto sube; ¿qué confianza podrá igualar en pureza á la de la hija, madre y esposa de Dios?

(1) De civit. Dei, l. 19, c. 4. (2) Epist. I, cap. III.

Fué muy firme.

II. Además fué muy firme, porque desde que se unió á Dios, ninguna cosa pudo separarla ya de él. Veamos cómo se porta en algunas críticas circunstancias. Si el cielo la manda que se case, ella consiente al punto no obstante el firme propósito que tiene de guardar su virginidad, estando cierta de que el Señor no permitirá que José haga otro papel que el de guardian de su castidad. Si José forma en su interior la resolución de repudiarla ocultamente, tampoco se acongoja, porque cree firmemente que Dios no abandonará su obra. Si parece que su hijo la trata con aspereza en las bodas de Caná y rechaza su petición, no por eso deja de informar á los criados de la casa de lo que tienen que hacer, y los prepara para el milagro que no duda ya á obrarse. En una palabra si la esperanza de los otros muere con su hijo, la suya vive entre las sombras de la muerte, y ya columbra ella al Salvador glorioso y todos sus enemigos puestos á sus pies.

Fué muy fiel.

III. Fué muy fiel, porque descansó en su Dios, de manera que no omitió nunca nada de cuanto pudo hacer por su parte. Si el ángel le habla de la encarnación del Verbo, ella le propone sus dificultades con todo respeto y no da su consentimiento hasta estar bastante ilustrada. Si ve á su esposo acongojado, se echa en los brazos de Dios con entera tranquilidad: sin embargo cuida mucho de no dar motivo alguno á la desconfianza ó la sospecha. Si tiene que ir á Bethlehem en el último mes de su preñez, marcha sin contradicción; llero provista de lo necesario para atender al niño que peva en sus entrañas. La misma conducta observa el

resto de su vida, y confía tanto en la divina providencia como si de nada valiera lo que hace, y pone en todo tanta diligencia como si el buen éxito dependiera solo de sus desvelos (1).

IV. Aquí es donde los hijos queridos de la Virgen procuran imitar el vuelo de su buena madre y remontarse sobre todas las cosas criadas para fijar su esperanza en el sumo bien. Aquí es donde después de una larga experiencia de la fidelidad de Dios dicen con S. Pablo: «Ahora conozco en quién me he fiado, y sé muy bien que el depósito de mi corazón está seguro entre sus manos.» Aquí es donde después de haber considerado maduramente la dicha de todos aquellos que no han querido otro apoyo que Dios, dicen con David que los que le conocen, ponen confiadamente su esperanza en él, porque no será confundido ninguno de los que lo hacen. Aquí es donde protestan una y mil veces que se quieren entregar enteramente á la conducta de Dios y abismarse en el seno de su amorosa providencia. Aquí es donde se derretirían gustosos en sentimientos de gratitud para dar gracias al Salvador del mundo que les ha abierto la puerta de tan profunda confianza, y para ofrecerle todos los frutos que han cogido y cogen diariamente de ella.

V. Pasan mas adelante y trabajan por confortar su confianza de suerte que esté á prueba de todas las ocasiones peligrosas. Con ese broquel se cubren para atravesar por medio de sus enemigos. En esa áncora se afirman para resistir á las borrascas y temporales. De ese cordial se valen contra los desmayos y flaquezas. A ese castillo se guarecen cuando mas estrechados se ven.

(1) Véase al fin del tomo la Blemur, que va en la nota J. adición de la madre M. J. de

y desde ahí se burlan de las amenazas y embestidas de los espíritus malignos. ¿Qué mas diré? La confianza enseñoreándose de sus almas ahuyenta todo temor, de manera que Jesus sentado en medio del corazon calma los vientos de los vanos temores, apacigua los apetitos desordenados, sosiega las tentaciones y dispone el espíritu para recibirlo todo de la mano de Dios; de donde se sigue una paz y tranquilidad inalterable.

VI. Pero no es una paz inútil y una vida vergonzosamente ociosa; al contrario la misma confianza en Dios, de donde nace esa paz profunda, ocupa todas las potencias del alma y todo lo mantiene en orden. La paz y la guerra los tienen igualmente vigilantes, y asi como el tiempo de la turbacion los hace recurrir á Dios y poner manos á la obra de todas veras, del mismo modo la bonanza los hace temer las sorpresas y á no tenerse por seguros mientras estén rodeados de sus enemigos. Así en todo tiempo rinden á Dios el homenaje de sus desvelos y diligencias como si todo dependiera de ahí; son tan puntuales en las cosas grandes como en las pequeñas; y no omiten nada de lo que puede obligar á Dios á socorrerlos, aunque no confían de modo alguno en lo que ponen de su parte, sino sólo en la fidelidad del amante corazon del Señor y en el auxilio que esperan de arriba (1).

§. V.—De su excelente caridad y cómo ha de ser imitada por todos.

I. Lo que he dicho en otro lugar de la gracia de la Virgen y de su amor de tres grados (2), puede bastar para

(1) Véase la adición de la madre M. J. de Blenur, puesta al fin del tomo en la nota J.

(2) Trat. 4, c. 7, y cap. 8, §. 3.

darnos á conocer hasta dónde llegaron las ansias de su santa alma. Por ahora no diré mas sino que su casto pecho fué una fortaleza de santidad, y la bandera de esta un corazon todo ardiendo con este lema: Mi amado está todo en mí, y yo estoy toda en él. Y á la verdad ¿por qué no habia de ser ella toda de él, cuando él se dignó de ser todo de ella? Figurémonos lo que queramos: despues del amor sustancial que une entre-sí á las personas divinas, y del que la persona divina tiene á la sagrada humanidad, á quien se unió en un mismo supuesto, no hallaremos otro igual al que Dios tuvo á la Virgen, á la cual amó tierna, noble y ardientemente. La amó tiernamente, en cuanto la eligió por objeto de su cariño y de sus finezas, para tener con ella sabrosas pláticas, para gustar de las delicias mas puras y las satisfacciones mas dulces, y porque se comunicó mas particularmente á ella que á nadie y le inundó el corazon de dulcedumbres inefables. La amó noblemente, por cuanto le abrió todos sus tesoros, la enriqueció con todo género de bienes y la constituyó señora de todos sus estados. La amó ardientemente, porque para tenerla enteramente para sí le dió su hijo no obstante todas las consideraciones de congruencia, á lo menos segun nuestro modo de comprender.

La caridad de la Virgen fué muy tierna, noble y ardiente.

II. ¿Qué tiene pues de extraño que el amor de la Virgen participase de las mismas condiciones y fuese el mas tierno, noble y ardiente que ha existido jamás en ninguna simple criatura? Tierno en su trato familiar con Dios y en el goce de las inocentes caricias que recibió de su querido hijo, en sus coloquios amorosos, en sus abrazos, en sus éxtasis, en sus designios y en su union con el divino esposo. Noble en el desprecio de todas las

cosas criadas hasta aborrecerse á sí misma: noble en la traslacion voluntaria que hizo del derecho á que podia aspirar sobre las potencias de su alma y los afectos de su corazon; y noble en que se conformó con todos los decretos de Dios y con la mas leve señal de su voluntad. Ardiente en el deseo de los trabajos, tribulaciones y adversidades, en buscar las ocasiones de agradar á su amado, en anhelar por su compañía y en despreciar todo lo que podia impedirle de transformarse enteramente en él (1).

III. Digo á ejemplo de la madre de amor, porque ¿á qué otra escuela querriamos enviar sus amados hijos? ¿Y quién podrian encontrar que les inspirase mas suave y eficazmente el amor tierno que ella, cuyo corazon fué un verdadero horno de amor tierno y dulce? Aprendan de ella á tomar gusto á la consideracion de las grandezas de Dios y de las perfecciones que le hacen infinitamente amable. Aprendan de ella á saborear los inefables contentamientos que ha reservado el amante eterno para las almas desapegadas de los vanos deleites de la tierra. Aprendan de ella á fijar su mansion principal en el costado del Salvador, á chupar la sangre que mana de sus sacratissimas llagas, á hacerle compañía en el desierto, en los lugares y ciudades, á visitarle en el pesebre, á llevarle á Egipto, á seguirle de aldea en aldea, á estar á su lado en el Calvario, á considerar sus milagros, á imitar sus ejemplos, á aprovecharse de su doctrina, á morir á sí mismo como él y á resucitar y subir al cielo con él. Aprendan de ella á derretirse en lágrimas de dulzura viendo la gloria que Dios recibe de sus criaturas en todas las partes del mundo, en oriente

(1) Véase la adición de la que va puesta al fin del tomo en madre Maria Jacoba de Blemur, la nota K.

y occidente, en el septentrion y el mediodia, y mucho mas aun contemplando la que se le da en el cielo, é infinitamente mas admirando la que tiene en sí, de sí y por sí en toda la serie de los siglos.

IV. Esto no obstante juzgan no haber hecho nada si su amor no es todo noble y regio á imitacion del de Maria. Se figuran que serán siempre niños, hasta que con S. Francisco de Sales se hayan sacrificado para siempre al amor puro y santo. Dicen paladinamente con él que no desean ya vivir mas que en Dios, ni trabajar mas que en Dios, ni regocijarse mas que en Dios. Con él no quieren ya ser de nadie, ni que nadie sea de ellos, sino en Dios y para Dios solo. Con él estan contentos de que se les saque el corazon ó que no quede en él nada que no sea para el santo amor. Con él protestan que si conocieran habia en ellos un hilito de amor que no fuese á Dios ó de Dios, no se fijarian en él ni un instante. Todo lo que no es Dios ó no los lleva en derechura á él, les parece tan vil y bajo, que ni siquiera se dignan de mirarlo. Nada del mundo les da contento sino lo que los conduce al amor puro, y nada los contrista sino lo que los impide de llegar á él.

V. No nos figuremos sin embargo que paran ahí. Mientras sepan que la reina de caridad pasó mas allá, en vano se les objetarán dificultades: ellos forzarán cuanto se les ponga por delante, para llegar al amor ardiente, como que saben que solo vive y se mantiene entre dificultades y obstáculos. Sus rosas son las espinas; sus gustos son los disgustos; sus gozos son las tristezas; sus satisfacciones son los sinsabores; sus dulzuras son las amargas; sus consuelos son los desconsuelos; sus riquezas son la pobreza; sus honores son los desprecios; su fortaleza es el desamparo. Por muchas contradicciones que encuentren, aun desean mas, porque siendo infinito su objeto, sienten ansias en algun modo in-

finitas, que los hacen tan sedientos de padecer, que nada puede hartarlos.

§. VI.—De su singular devoción y cómo debe ser imitada de todos.

La devoción de la Virgen fué muy eminente.

I. La devoción, que segun S. Ambrosio (1) es el fundamento de las virtudes morales y el camino del alma á Dios, fué en la virgen Maria muy eminente y abstraída. Fué muy eminente, por quanto Maria era el águila mística, que con las alas de su contemplacion se remontó sobre todas las criaturas y con sus ojos clarísimos sufrió los rayos del sol de justicia. Fué muy eminente, porque la Virgen no careció de los auxilios que pueden conducir la devoción hasta el mas alto punto, pues estuvo dotada de un entendimiento sumamente perspicaz, de una voluntad inclinada á todo bien y de una memoria felicísima; fué prevenida con una gracia excelente, que colmó por medio de continuos ejercicios de santidad; tuvo perfectísimo conocimiento de sí, de Dios y de todos los misterios de nuestra redención; pasó una buena parte de su vida en compañía del Verbo encarnado; tuvo singularísimamente por maestro á su esposo el Espíritu Santo; recibió en muy alto grado los dones de sabiduría, de ciencia, de entendimiento y de consejo, las cuatro ruedas que llevan el alma al conocimiento de las verdades mas sublimes y mas distantes de nuestros sentidos. Fué muy eminente, porque Maria no tuvo ninguno de esos impedimentos ordinarios que hacen tan cruda guerra á nuestra devoción. Ella no estuvo privada jamás del uso de la razon, como nos sucede á nosotros

(1) Lib. 4 de Abraham.

en cierta edad en que casi nos asemejamos á los brutos. El cuerpo que se corrompe y entorpece el alma, no le puso nunca dificultad. Las pasiones del apetito sensitivo que nosotros sentimos hervir en afectos desordenados, y que turban la tranquilidad del espíritu y la paz de la oracion, fueron en ella mas dóciles y mansas que unos corderillos. La imaginacion que santa Teresa de Jesus llamaba la locura del alma, nunca se desordenó, ni la atormentó, porque estuvo en todo y por todo sujeta y obediente á la razon. La ignorancia no existió en su entendimiento, ni la veleidad ó inconstancia en su voluntad. En fin el pecado, que es el muro de division que levantamos entre Dios y nosotros, no se atrevió jamás á llegarse á ella. ¿Quién extrañará que siendo tal excediese á los querubines en conocimiento y á los serafines en amor (1)?

La devoción de la Virgen fué muy recogida.

II. Fué muy recogida viviendo continuamente en la presencia del cielo y la mayor parte de su vida en la presencia del Verbo encarnado. Fué muy recogida en todas las cosas guardando cuidadosamente sus sentidos exteriores, sus palabras, su portè y toda su conducta. Fué muy puntual en no hacer cosa alguna que pudiera ofender en nada los ojos de Dios, sabiendo muy bien que la devoción es la perla del Evangelio, por la cual es preciso dejarlo todo: que es el bálsamo precioso que se evapora en cuanto le da el aire: que es el pozo profundo, de donde no pueden sacarse sin trabajo las aguas misteriosas de las celestiales dulcedumbres: que es la

(1) Véase la adición de la que va puesta al fin del tomo en madre Maria Jacoba de Blemur, la nota L.

paz del alma, la cual no puede adquirirse mas que por el vencimiento de los enemigos: en fin que basta una risa desordenada, una palabra supérflua, una mirada indiscreta, una pregunta curiosa, una vanidad, un movimiento de impaciencia ó precipitacion, una muestra de inconstancia para agotar en todo ó en parte la gracia en la devocion. Ella se apartaba cuanto podia de la compañía no necesaria de los hombres para gozar de la de los patriarcas, de los profetas, de los ángeles y de Dios. Y aunque no ignoraba las gracias con que habia sido prevenida, y la proteccion especial del cielo que apartaba de ella todo lo que hubiera turbado algun tanto la tranquilidad de su espíritu, no obstante vivia (¡oh ejemplo admirable!) con tanto recato y circunspeccion, como si la conservacion de su devocion no hubiese dependido mas que de ella sola y de su vigilancia.

III. A imitacion de la madre de Dios sus fieles siervos aspiran siempre á la devocion mas eminente que se puede adquirir. Con este loable propósito se ejercitan lo mas que pueden en la oracion y en la consideracion de las cosas celestiales, se dan á la leccion de los buenos libros, oyen la palabra de Dios, frecuentan los santos sacramentos y procuran que ninguna obra de estas se haga por costumbre y que no éntre en sus corazones la tibieza, enemiga capital de la devocion. Con el mismo propósito se esfuerzan á adquirir por diligencia lo que no han tenido por naturaleza ó no han merecido alcanzar por una gracia especial: reciben con aprecio las luces que les son enviadas del cielo para purificar su entendimiento; adornan su voluntad de santos hábitos: llenan su memoria de buenos pensamientos: se hacen diligentes para lucrar las gracias recibidas: acechan todas las ocasiones de tratar y conversar con Dios: procuran hacerse dóciles á las mociones del Espíritu Santo para que se encargue de su conducta: refrenan con

austeridades la rebeldia de la carne: mortifican sus depravados apetitos: amansan poco á poco la imaginacion sujetándola á la razon: combaten la ignorancia con el estudio de las sagradas letras; y declaran una guerra irreconciliable al pecado y á la imperfeccion. Ve ahí los grados por donde suben á una devocion eminente.

IV. Además podria subir hasta el tercer cielo con S. Pablo é igualar á la de los ángeles: si no es pura, ellos no tienen motivo de reputarse por verdaderos imitadores de la madre de Dios. Con efecto si su devocion no es mas que la flor del amor y la llama del fuego de caridad, segun han juzgado algunos, ¿cómo puede ser devocion si no es pura, pues que la pureza es una de las partes principales del amor perfecto? Si como dicen otros, es mas bien el vigor y la sal de la religion; ¿cómo puede subsistir sin pureza? Porque la religion no es un tráfico de contentamiento, ni el torpe anhelo de la satisfaccion propia. Seria envilecer desmedidamente esa virtud divina el querer emplearla en las vanidades ó en los intereses particulares. Los que la poseen, tienen otros sentimientos y aspiran á otra cosa. Sirven á Dios por Dios y no por ninguno de sus bienes, y en la práctica de la devocion no piden otro gusto que el de solo Dios. El consuelo y el desconsuelo es para ellos una misma cosa, y no hallan menos su descanso en la sequedad que en la abundancia, pues que ambos estados los llevan igualmente á Dios. El próspero suceso de sus ejercicios ordinarios no los engrie, asi como tampoco los abate el adverso, y para ser fieles á Dios creen que les es necesario recibir con una misma mano todo lo que les viene de su parte.

V. Sin embargo esta indiferencia de los resultados no los hace despreciar los medios; al contrario nunca estan mas vigilantes, ni mas recogidos que cuando se hallan mas agitados. En la lóbrega noche de su oscuri-

dad y en sus desamparos interiores se acuerdan de Jesucristo, el cual en su agonía redoblaba su diligencia acostumbrada y oraba mas prolija y fervorosamente que en otras ocasiones. Se acuerdan de lo que dice san Bernardo: que muchos se quejan de la devocion, quando la devocion tendria que quejarse de ellos, porque solo la practican por el bien parecer y por ceremonia. Cuando todo les sale á medida del paladar, todo son fervor y fuego; pero al primer revés caen en tierra mas frios que el hielo. Les falta el valor y la resolucion: no tienen manos para obrar, ni pies para andar, ni lengua para hablar, ni corazon para querer. ¡Oh cuán distantes estan de la verdadera devocion y de las disposiciones que tenia la madre de Dios!

§. VII.—De su generosa humildad y cómo debe ser imitada por todos.

La humildad de la Virgen fué muy profunda y animosa.

I. La humildad, que es segun S. Cipriano (1) la introduccion á la vida devota, el apoyo de las otras virtudes y la confianza del alma deseosa de agradar á Dios, fué en la Virgen muy profunda, animosa y reconocida. Fué muy profunda en la estimacion que hizo de sí, no reconociendo en lo que le pertenecia de suyo, mas que inclinacion al mal, miseria, bajeza, nada. Eso y no otra cosa quiso significar segun doctos intérpretes (2) cuando protestó en su cántico que Dios habia atendido á la bajeza de su sierva y que el Omnipotente habia obrado en ella grandes cosas. Fué muy profunda, porque su corazon no se desconoció por ningunas gracias

(1) Orat. de nativ. Christi. sen., Maldon., in cap. II Lucæ.

(2) Teofilact., Eutim., Jan-

que recibiera, ni por ninguna excelencia á que se viera ensalzada. Fué muy profunda en el desprecio de las alabanzas de los hombres y no menos en la turbacion que se apoderó de su espíritu cuando el ángel la saludó llena de gracia y añadió: *El Señor es contigo; bendita eres entre las mujeres.* Fué muy profunda en ocultar las mercedes que recibió del cielo, aun á los que podian saberlas por otro lado y hasta á su digno esposo, cuya fidelidad, prudencia é integridad le eran enteramente conocidas, y cuando podia parecer que estuviese obligada para salvar su honor y tranquilizar á aquel santo varon. Fué muy profunda en anticiparse á visitar á su prima; en lo cual, dice S. Buenaventura, se mostró sierva fiel y muy diferente de Agar, que despreció á su señora asi que tuvo un hijo. Fué muy profunda en sufrir la confusion y la contradiccion, atento á que todas las calumnias esparcidas contra su hijo y todas las injurias que recibia este, recaian sobre ella y le traspasaban el corazon de parte á parte sin hacer ella ninguna demostracion. Fué muy profunda en su conversacion, la cual dió siempre fiel testimonio de la humildad que moraba en su alma. Fué muy profunda en su silencio, en elegir el último lugar y el empleo mas bajo, en su trato con las personas de humilde esfera, en una palabra en todo lo que puede descubrir una alma enteramente anonadada delante de Dios.

II. Con todo no impidió esto que su humildad fuese muy animosa, porque aunque se reputara del todo indigna de las gracias mas pequeñas del cielo, no dejaba de aceptar las de mas entidad cuando le eran presentadas y veia en ellas la mayor gloria de Dios. Asi es cierto que no hay nada mas generoso que la verdadera humildad, la cual desconfiando enteramente de sí misma se funda y apoya en Dios como en una piedra firmisima.

dad y en sus desamparos interiores se acuerdan de Jesucristo, el cual en su agonía redoblaba su diligencia acostumbrada y oraba mas prolija y fervorosamente que en otras ocasiones. Se acuerdan de lo que dice san Bernardo: que muchos se quejan de la devocion, quando la devocion tendria que quejarse de ellos, porque solo la practican por el bien parecer y por ceremonia. Cuando todo les sale á medida del paladar, todo son fervor y fuego; pero al primer revés caen en tierra mas frios que el hielo. Les falta el valor y la resolucion: no tienen manos para obrar, ni pies para andar, ni lengua para hablar, ni corazon para querer. ¡Oh cuán distantes estan de la verdadera devocion y de las disposiciones que tenia la madre de Dios!

§. VII.—De su generosa humildad y cómo debe ser imitada por todos.

La humildad de la Virgen fué muy profunda y animosa.

I. La humildad, que es segun S. Cipriano (1) la introduccion á la vida devota, el apoyo de las otras virtudes y la confianza del alma deseosa de agradar á Dios, fué en la Virgen muy profunda, animosa y reconocida. Fué muy profunda en la estimacion que hizo de sí, no reconociendo en lo que le pertenecia de suyo, mas que inclinacion al mal, miseria, bajeza, nada. Eso y no otra cosa quiso significar segun doctos intérpretes (2) cuando protestó en su cántico que Dios habia atendido á la bajeza de su sierva y que el Omnipotente habia obrado en ella grandes cosas. Fué muy profunda, porque su corazon no se desconoció por ningunas gracias

(1) Orat. de nativ. Christi. sen., Maldon., in cap. II Lucæ.

(2) Teofilact., Eutim., Jan-

que recibiera, ni por ninguna excelencia á que se viera ensalzada. Fué muy profunda en el desprecio de las alabanzas de los hombres y no menos en la turbacion que se apoderó de su espíritu cuando el ángel la saludó llena de gracia y añadió: *El Señor es contigo; bendita eres entre las mujeres.* Fué muy profunda en ocultar las mercedes que recibió del cielo, aun á los que podian saberlas por otro lado y hasta á su digno esposo, cuya fidelidad, prudencia é integridad le eran enteramente conocidas, y cuando podia parecer que estuviese obligada para salvar su honor y tranquilizar á aquel santo varon. Fué muy profunda en anticiparse á visitar á su prima; en lo cual, dice S. Buenaventura, se mostró sierva fiel y muy diferente de Agar, que despreció á su señora asi que tuvo un hijo. Fué muy profunda en sufrir la confusion y la contradiccion, atento á que todas las calumnias esparcidas contra su hijo y todas las injurias que recibia este, recaian sobre ella y le traspasaban el corazon de parte á parte sin hacer ella ninguna demostracion. Fué muy profunda en su conversacion, la cual dió siempre fiel testimonio de la humildad que moraba en su alma. Fué muy profunda en su silencio, en elegir el último lugar y el empleo mas bajo, en su trato con las personas de humilde esfera, en una palabra en todo lo que puede descubrir una alma enteramente anonadada delante de Dios.

II. Con todo no impidió esto que su humildad fuese muy animosa, porque aunque se reputara del todo indigna de las gracias mas pequeñas del cielo, no dejaba de aceptar las de mas entidad cuando le eran presentadas y veia en ellas la mayor gloria de Dios. Asi es cierto que no hay nada mas generoso que la verdadera humildad, la cual desconfiando enteramente de sí misma se funda y apoya en Dios como en una piedra firmisima.

La humildad de la Virgen fué muy reconocida.

III. En fin la humildad de la Virgen fué muy reconocida, segun se ve claramente en la ocasion siguiente. Cuando su prima Isabel llena del Espiritu Santo comenzó á bendecirla llamándola madre de su Señor, admirándose de que se habia bajado hasta visitarla y de que su hijo habia dado saltos de gozo en sus entrañas con solo oír la palabra de ella, alabando su gran fé y diciéndola bienaventurada por haber creído las palabras del ángel; María por el contrario apartando el pensamiento del discurso de santa Isabel y levantándole á Dios entonó su misterioso cántico, como si hubiera dicho: Querida prima, tú me engrandesces á mí; pero mi alma engrandece al Señor, el único autor de todos esos bienes. Tú te admiras de que vengo á ti; pero yo me quedo asombrada considerando que el Dios de la majestad se ha abatido hasta mí. Tú te sorprendes de que tu hijo ha dado saltos de gozo en tus entrañas; pero mi alma se inunda de contento por la honra que Dios recibirá un día de estos admirables misterios. Tú dices que soy bienaventurada por haber creído las palabras del ángel; mas yo me reconozco infinitamente obligada á Dios por su gran misericordia y porque ha puesto sus ojos en mí, la mas vil criatura de las nacidas (1).

IV. El que quiere, dice S. Gregorio, levantar una torre alta, echa los cimientos profundos á proporcion; y el que intenta edificar la torre de la perfeccion, ha de fundarla en una humildad profundisima. Los que tienen afecto á esta virtud singular, en todas partes hallan mo-

(1) Véase la adición de la en la nota M al fin del tomo. madre M. J. de Blemar, que va

tivos de ella; porque si se contemplan á si mismos y ven lo que les pertenece, al momento caen en el abismo profundo de su nada. Si llegan á considerar qué han venido á ser por el pecado, hallan que han rodado de precipicio en precipicio y al cabo han caido en otro abismo mas profundo que el primero. Si ponen los ojos en la reina de los ángeles, que no reconoce en si mas que bajeza y abyeccion, aunque sea elegida para madre de Dios, todavia quisieran bajar mas. Pero cuando consideran á un Dios enclavado en la cruz y profundamente anonadado, entonces desearian poder abismarse en el abatimiento; entonces son aun menos en su estimacion: entonces juzgan en verdad que lo mas vil es demasiado honroso para ellos; entonces se tienen por dignos de todo desprecio y experimentan una sed insaciable de oprobios y de ignominias.

V. Si no obstante Dios por su infinita misericordia quiere recompensarlos con algun don ó hacerlos instrumentos de algun bien, son generosos y magnánimos hasta no mas; porque desde la profundidad de su abismo suben hasta el trono de la majestad divina y les parece que en cierto modo han sido hechos omnipotentes como él. Digo que suben, pero por otros escalones que aquellos por donde habian bajado. Con efecto, inmediatamente olvidan lo que son de suyo y lo que han venido á ser por el pecado, y desprecian todas las consideraciones que pudieran abatirlos, para reanimarse por medio de nobles pensamientos dignos de la grandeza de aquel en quien realmente se apoyan. Traen á la vista la gracia de la divina adopcion, por la cual fueron ensalzados á la semejanza de Dios y hechos herederos de todos sus bienes. Se anegan en las dulcedumbres infinitas del corazon amante de Jesus, donde el amor y la confianza los han hecho hallar un lugar, que no dejarian por todas las vanidades del mundo. Ven claramente que nada puede

igualar los méritos del mismo Salvador, que se digna de ponerles en las manos el precio de ellos. La experiencia los hace palpar que nada hay imposible para los que saben valerse de ellos como es debido, y que hasta mudan el corazón de Dios si lo intentan. A la sombra de tales sentimientos suben de escalon en escalon hasta la participacion de la omnipotencia de Dios, y cuanto mas suben, mas crece en ellos la confianza y se aumenta su valor; cuanto mas experimentan la fidelidad de Dios, mas conocen que tienen razon de confiar en él; cuanto mas se disponen á hacerle señalados servicios, mas adelantant por ellos en la gracia y amistad del Señor.

VI. El agradecimiento se aumenta en ellos con el ánimo y con la poca estimacion que tienen de sí, porque como ven claramente que de sí no tienen nada mas que la pobreza y la miseria, y no obstante Dios no deja de valerse de ellos para obrar á veces grandes cosas, le ofrecen en holocausto todo el honor que redunde de sus actos. Guárdanse bien de tocar á la gloria que él se ha reservado singularmente, porque saben que nada es mas á propósito á hacerlos perder todo favor que el usurpar esa posesion de Dios, tan querida para él como la niña de sus ojos. Así acumulan un capital de méritos inestimable, y ellos mismos no saben decir lo que ganan: tan bueno y generoso es el Señor para con los que le son fieles.

§. VIII.—De su gran paciencia y cómo debe ser imitada por todos.

La paciencia de la Virgen fué muy heróica.

I. La paciencia, que segun el apóstol Santiago purifica las almas y las hace mas perfectas (1), fué muy heróica y cumplida en María santísima.

(1) Epist. cathol., I.

II. Fué muy heróica, porque si las penas del espíritu son incomparablemente mayores que las del cuerpo, ¿cuáles debieron de ser las de la Virgen, cuando vió la perplejidad de su esposo José, cuando inundaron su alma torrentes de angustia y amargura y cuando fué traspasada con el cuchillo de dolor? Si el amor es la medida de la pena, ¿qué no debió de sufrir ella viendo que su amado hijo padecía extrema pobreza y miseria al venir al mundo? ¿Qué dolor no sentiria al verle bañado en su sangre á los ocho dias y poco despues amenazado de muerte y obligado á huir á Egipto? ¿Qué dolor no sentiria cuando le perdió á la edad de doce años, cuando oyó que le apellidaban samaritano, endemoniado, ébrio, seductor é infractor de la ley? ¿Qué dolor sobre todo no sentiria cuando supo que era condenado á morir en cruz como un malhechor? Si el ver padecer á una persona querida nos causa sentimiento y pena, ¿cómo estaria el alma de aquella madre sin par, cuando su hijo, inocente cordero, fué prendido, maniatado, llevado por las calles de Jerusalem de tribunal en tribunal, insultado y maltratado por la insolente soldadesca y el populacho desenfrenado? ¿Cómo estaria el alma de la bendita señora cuando le vió abofeteado, escupido, azotado, acardenalado, llagado, clavado, abrevado de hiel y vinagre, blasfemado y maltratado de todos los modos imaginables? Si es necesario un corazón de buen temple para sufrir la separacion del objeto amado y verle morir á fuerza de suplicios; ¿en qué estado se encontraria el de María, cuando su hijo se despidió de ella desde la cruz y le dió en vez del maestro el discípulo y en vez de Dios el hombre? Si el punto mas alto de la paciencia consiste en padecer los mayores males con firmeza y resolucion, confesemos que fué heróica la de la Virgen, pues que vió padecer tan extremados males al mejor hijo, le vió espirar y le tuvo muerto en sus brazos sin cambiar de

color, sin inmutarse y sin dar ninguna señal de flaqueza. Aquí tendria yo infinitas cosas que decir, si con otro motivo no hubiera pintado con vivos colores la espada de dolor que traspasó el corazon de la Virgen, y la paciencia increíble con que sufrió esa herida mortal (1).

La paciencia de la Virgen fué muy mansa.

III. Aun es de mas entidad que la paciencia de la Virgen fué muy mansa, porque su corazon no sintió nunca el menor impulso de indignacion, de ira ó de venganza contra los que maltrataban tan cruelmente á su hijo. Al contrario dentro de su alma los encomendaba muy encarecidamente á Dios y le suplicaba por la muerte de su hijo les perdonase su ceguedad: cuando furiosos derramaban la sangre preciosa del mansísimo cordero, ella se la ofrecia al Padre eterno y le pedia apartase la vista de tan atroz carnicería y la fijase en el rostro adorable de su unigénito, que se daba en holocausto para impetrarles el perdon.

La paciencia de la Virgen fué muy cumplida.

IV. Por último su paciencia fué muy cumplida, porque con increíble perseverancia resistió hasta el fin para ofrecer á Dios un sacrificio cabal y perfecto. Así lo significó el evangelista cuando dijo que Maria, madre de Jesus, estaba en pie junto á la cruz, queriendo con esto dar á entender que aunque su corazon estaba anegado en un abismo de angustia y dolor, resistió hasta el fin sin temer la furia de los fariseos ó la felonía de los verdugos, sin espantarse de las tinieblas generales y del

Trat. 2, cap. 6, §. 5.

movimiento de todas las criaturas, perseverando inalterablemente fija en la consideracion de la inmensa paciencia, de la terrible justicia y de la infinita misericordia de Dios y en la expectacion invariable de la gloria de su mismo hijo y del cumplimiento de todas las promesas del cielo. No paró ahí su paciencia, sino que la acompañó hasta lo último de su vida aliviándole el fastidio del cautiverio y haciéndola sufrir mansamente la ausencia de su querido hijo mediante la fortaleza que le daba la palabra de Dios, la cual la guiaba por entre las revueltas de esta vida hasta el monte Horeb.

V. Ea pues, amados hijos de la Virgen paciente, acudid á esta escuela y aprended cómo debeis portaros en las aflicciones que os sobrevienen. Primeramente acordáos de que para llevar con justo titulo ese nombre precioso no basta mostrar una paciencia mediana, sino que ha de ser insigne y heroica á imitacion de la de Maria. Acordáos de recibir todo lo que os acontezca como venido de la madre de Dios, de aceptar con igualdad de ánimo las desgracias que permita caigan sobre vosotros, ya de parte de los malos, ya de los buenos, tanto de los parientes y amigos como de los extraños y enémigos, y recibidlas con todas las circunstancias que las acompañen. Acordáos de que todos los lenitivos que busqueis por otro lado, no servirán sino de agravar vuestro mal y enflaquecer vuestro ánimo. Acordáos de que es demasiado honor para vosotros acompañar al Señor en sus trabajos; que Dios no ha usado de esta misericordia con todos; y que á los que han tenido mas resolucion que vosotros, les ha dado mejor parte de ellos, así como de las exquisitas gracias que acostumbra dispensar á sus amigos. Acordáos de que si arrugais el entrecejo, si volveis la cabeza y os quejais, retirará su mano con grandísimo perjuicio vuestro. Por tanto poned vuestro principal conato en alargar alegremente el cuello para

recibir su amable yugo y presentar la espalda para que descargue los azotes que quiera. Acordáos de que el consuelo mas puro consiste en padecer con Jesucristo; que son increíbles los frutos que cogereis de la paciencia, porque por ella purgareis vuestros pecados, os preservareis de caer en otros mayores, os perfeccionareis en la caridad y os asemejareis al rey del cielo; y que si los santos que están en las moradas eternas, pudieran envidiar alguna condicion, sería la de los que padecen por Dios y con Dios como vosotros.

VI. Vaya vuestra paciencia acompañada de una verdadera mansedumbre cristiana, y nunca os acontezca murmurar de este ó de aquel, ni acusar á nadie, ni conservar ira ó encono en vuestra alma contra aquellos que os han proporcionado males. Besad mas bien la mano de Dios que os aflige; pedid por ellos de todo corazon y procurad tenerlos por los mejores amigos, pues os proporcionan el mayor bien de todos. Mostrad este sentimiento en lo exterior, y que experimenten ellos los efectos de un corazon verdaderamente cristiano cuando se ofrezca la ocasion. No aguardéis á que vengan á buscaros aquellos á quienes habeis ofendido; antes id vosotros á buscarlos: ese es el medio de ganar los corazones mas fieros, alcanzar el perdon de sus pecados y llegar en poco tiempo á una altísima perfeccion.

VII. Por último tened siempre presente esta máxima de S. Gerónimo: que no basta haber principiado bien: que entre los cristianos no tanto se atiende á los buenos principios como á los santos resultados; y que entre todas las virtudes que bajan á la palestra, sola la perseverancia es coronada. Levantad á menudo los ojos á aquel que os espera al fin de la carrera, y que para alentáros se burló de sus enemigos, cuando le incitaban á bajar de la cruz y dejar imperfecta nuestra redencion. Confortáos con el pensamiento del descanso eterno que

no os puede faltar, y mucho mas con la consideracion del gusto que el cielo todo recibe de veros en la pelea, especialmente el rey Jesus, que os prepara la palma y la corona, así como os hizo partícipes del combate. En esos devotos afectos como en una hoguera celestial se encenderá y conservará el fuego de un deseo ardiente de padecer siempre mas por Dios, el cual consumirá en vosotros todo lo que pudiera ser contrario al amor puro, y os llevará al empireo, donde nunca se extingue ese fuego celestial.

§. IX.—De su admirable mansedumbre y cómo debe ser imitada por todos (1).

Segun el angélico doctor la mansedumbre es una apacibilidad de espíritu que proviene de cierta bondad de corazon y tiene horror á todo aquello que puede contristar al prójimo. Esta es la razon por que está estrechamente unida á la caridad y ocupa un lugar entre las principales virtudes. S. Basilio la llama la mayor de todas (2), y dice que por ese motivo mereció figurar entre las primeras bienaventuranzas. Esta consideracion debiera de bastar para persuadirnos á que la madre de Dios no podia menos de tenerla en un grado muy excelente. Con efecto si la caridad fué en ella tan perfecta como hemos visto; ¿no es preciso que fuese muy completa la mansedumbre, que la acompaña siempre? Si la mansedumbre es una virtud régia, segun vemos por S. Ambrosio (3); ¿hubiera sido congruente que no la poseyese en toda perfeccion la reina del universo? Si en frase del Crisóstomo (4) esa es una de las primeras pren-

(1) Véase la adición de la madre Maria Jacoba de Blemur, que va en la nota N al fin del tomo.

(2) S. Bas., in ps. XXXIII.

(3) Lib. 2 offic. 7.

(4) Homil. 23 ad popul. antioch.

recibir su amable yugo y presentar la espalda para que descargue los azotes que quiera. Acordáos de que el consuelo mas puro consiste en padecer con Jesucristo; que son increíbles los frutos que cogereis de la paciencia, porque por ella purgareis vuestros pecados, os preservareis de caer en otros mayores, os perfeccionareis en la caridad y os asemejareis al rey del cielo; y que si los santos que están en las moradas eternas, pudieran envidiar alguna condicion, sería la de los que padecen por Dios y con Dios como vosotros.

VI. Vaya vuestra paciencia acompañada de una verdadera mansedumbre cristiana, y nunca os acontezca murmurar de este ó de aquel, ni acusar á nadie, ni conservar ira ó encono en vuestra alma contra aquellos que os han proporcionado males. Besad mas bien la mano de Dios que os aflige; pedid por ellos de todo corazon y procurad tenerlos por los mejores amigos, pues os proporcionan el mayor bien de todos. Mostrad este sentimiento en lo exterior, y que experimenten ellos los efectos de un corazon verdaderamente cristiano cuando se ofrezca la ocasion. No aguardéis á que vengan á buscaros aquellos á quienes habeis ofendido; antes id vosotros á buscarlos: ese es el medio de ganar los corazones mas fieros, alcanzar el perdon de sus pecados y llegar en poco tiempo á una altísima perfeccion.

VII. Por último tened siempre presente esta máxima de S. Gerónimo: que no basta haber principiado bien: que entre los cristianos no tanto se atiende á los buenos principios como á los santos resultados; y que entre todas las virtudes que bajan á la palestra, sola la perseverancia es coronada. Levantad á menudo los ojos á aquel que os espera al fin de la carrera, y que para alentáros se burló de sus enemigos, cuando le incitaban á bajar de la cruz y dejar imperfecta nuestra redencion. Confortáos con el pensamiento del descanso eterno que

no os puede faltar, y mucho mas con la consideracion del gusto que el cielo todo recibe de veros en la pelea, especialmente el rey Jesus, que os prepara la palma y la corona, así como os hizo partícipes del combate. En esos devotos afectos como en una hoguera celestial se encenderá y conservará el fuego de un deseo ardiente de padecer siempre mas por Dios, el cual consumirá en vosotros todo lo que pudiera ser contrario al amor puro, y os llevará al empireo, donde nunca se extingue ese fuego celestial.

§. IX.—De su admirable mansedumbre y cómo debe ser imitada por todos (1).

Segun el angélico doctor la mansedumbre es una apacibilidad de espíritu que proviene de cierta bondad de corazon y tiene horror á todo aquello que puede contristar al prójimo. Esta es la razon por que está estrechamente unida á la caridad y ocupa un lugar entre las principales virtudes. S. Basilio la llama la mayor de todas (2), y dice que por ese motivo mereció figurar entre las primeras bienaventuranzas. Esta consideracion debiera de bastar para persuadirnos á que la madre de Dios no podia menos de tenerla en un grado muy excelente. Con efecto si la caridad fué en ella tan perfecta como hemos visto; ¿no es preciso que fuese muy completa la mansedumbre, que la acompaña siempre? Si la mansedumbre es una virtud régia, segun vemos por S. Ambrosio (3); ¿hubiera sido congruente que no la poseyese en toda perfeccion la reina del universo? Si en frase del Crisóstomo (4) esa es una de las primeras pren-

(1) Véase la adición de la madre Maria Jacoba de Blemur, que va en la nota N al fin del tomo.

(2) S. Bas., in ps. XXXIII.

(3) Lib. 2 offic. 7.

(4) Homil. 23 ad popul. antioch.

das de una buena índole; ¿cómo había de faltar á la que la tenia tan cumplida, según vimos en el capítulo V del tratado primero? Recordemos que el elocuente S. Ambrosio pintaba con vivos colores la mansedumbre de la Virgen como la mejor parte de su excelente índole. Si esa es una propiedad casi inseparable del espíritu maternal; ¿á quién debía de convenir mejor que á la madre amorosa de los hijos del Salvador? Si este mismo Señor que fué manso por excelencia, recomendó tan particularmente esta virtud (1); ¿cómo la Virgen que era el alma de su escuela celestial, había de hacer poca estima de aquella? Resta pues que haya buenas razones para que la santa iglesia la llame virgen mansísima despues de llamarla singular, y asegure que tan precioso título le conviene excelentemente entre todos los otros.

La mansedumbre de la Virgen fué muy cordial.

I. Si se me quiere obligar á proponer algunas de las propiedades mas notables de esta virtud, según he hecho hasta aqui con las otras, diré que la mansedumbre de la Virgen fué muy cordial, muy obsequiosa y muy amable. Digo muy cordial, porque nos equivocáramos mucho figurándonos que la mansedumbre de Maria no pasaba de los labios y consistia solamente en palabras dulces, en afectadas ofertas de vanos servicios y otros muchos cumplidos de ese jaez, que son los caracteres ordinarios de la civilidad cortesana. Era la Virgen demasiado sincera para que se entretuviese en esas apariencias artificiales y en esos ademanes estudiados: ella no supo nunca lo que era ficcion, ni disimulo. Su mansedumbre estaba en el fondo del corazon, el cual tenia un temple

(1) Mat., XI.

tal, que no podia saber la tribulacion ajena sin enter necerse. Las miserias comunes eran las suyas propias, y nadie podia creer que fuese extraño para ella. Así decia con S. Pablo y mas verdaderamente que este apóstol: ¿Hay alguno que esté enfermo y no sienta yo sus enfermedades, ó que se escandalice y su escándalo no abra mi pecho? Ella podia decir con Job y mejor que él que la bondad y la mansedumbre nacieron con ella del vientre de su madre y se criaron con ella. Podia decir á Dios con David y con mas razon que él: «Acuérdate, Señor, de David y de toda su mansedumbre;» porque si hubo jamás un corazon tierno, compasivo y benigno, fué el de la madre de Dios.

La mansedumbre de la Virgen fué muy obsequiosa.

II. A mas de cordial la mansedumbre de la Virgen era muy obsequiosa: no se reducía á sentimientos, sino que se manifestaba por las obras y había penetrado en todas las potencias de su alma y en todas las partes de su cuerpo. La Virgen amaba verdaderamente la soledad mas de lo que se puede imaginar; pero preguntemos á S. Ambrosio (1) si esto la impedia de salir cuando la llamaba alguna necesidad del prójimo. El santo doctor asegura que estaba siempre pronta para socorrer á los necesitados, visitar á los enfermos, consolar á los tristes y cargar, si hubiera sido posible, con todo el peso de los desgraciados. Si le faltaban facultades para asistir á los menesterosos, los consolaba á lo menos con palabras y les hablaba en tales términos, que quedaban cien veces mas satisfechos que de la asistencia de los otros. Si no podia hacer ni lo uno, ni lo otro, en tal

(1) Lib. 2 de Virg. (1)

caso empleaba sus caritativas oraciones, que no dejaban nunca de alcanzar algun resultado favorable para aquel por quien las interponia.

La mansedumbre de la Virgen fué muy amable.

III. Esto hacia tan amable su mansedumbre, que era imposible no amarla con pasion. Que no me hablen de Moisés, de quien dice la Escritura que fué el hombre mas manso de cuantos vivian en su tiempo (1): que no me diga el santo Job que sus criados le tenian tanto cariño, que hubieran querido digámoslo así comerle y devorarle á caricias: que no venga S. Ambrosio (2) con su dulce elocuencia á mostrar á David como el verdadero dechado de un príncipe amable por su mansedumbre, porque si creen entrar en comparacion con la virgen Maria, yerran la cuenta. Pero no piensan tal cosa: su humildad tiene demasiadas raices para descomedirse hasta ese punto, y ademas ven claramente que Dios habia reservado á esta criatura para erigir en ella el altar de la clemencia en el cielo y hacerla el amor y las delicias de todas las naciones de la tierra. Con efecto obsérvese y se verá que en todas partes el concepto de mansedumbre de la madre de Dios se ha arraigado tan profundamente en los corazones, que seria mas fácil concebir al hombre sin razon ó el fuego sin calor que comprender á Maria sin mansedumbre. Los mismos que no saben qué es amar, sienten que se enternecen sus corazones cuando les pasa por la mente la madre de amor y de bondad.

IV. Aquí me parece que la veo volverse hácia sus queridos hijos y dirigirles las palabras que Jesus decia

(1) Num., XII.

(2) Lib. 2 offic., cap. 7.

á sus discipulos: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon. No quiero que vayais á otra escuela que á la mia despues de la de mi hijo para aprender esta virtud. Deseo que esteis obligados á vuestra buena madre por haberos servido de dechado perfecto de la mansedumbre cristiana. Así os pido ante todas cosas que dejéis á los hijos del siglo esa bondad ceremoniosa, que está en la punta de la lengua y solamente consiste en palabras y cortesias. A vosotros os dejo por herencia la verdadera mansedumbre de corazon y quiero os asemejéis á la esposa, la cual no solamente tiene la miel en la boca, sino la leche que nace de los pechos. Dígase cuanto se quiera: despues de bien pensado se hallará que un buen corazon es la mejor prenda del hombre de bien. Llamo buen corazon el que está verdaderamente bañado en mansedumbre y lleva la marca de la sinceridad. Esas son las dos calidades del corazon de mi amado hijo: esas son las que he procurado tener singularmente despues de él: con esas cambió de aspecto el mundo en cuanto se hizo cristiano. Cuando consideréis que el Salvador quiso mejor perder la honra, la salud y la vida que desdeir en nada de su mansedumbre acostumbrada; que amó con tanta ternura á los que le perseguian de muerte, y que os pide en la cruz que guardéis para las almas á quienes va á redimir con su sangre, el mismo corazon que teneis para él; ¿dejareis de estimar lo que él quiere tanto (1)?

V. Si nuestra mansedumbre es cordial, pronto se hará obsequiosa, porque el corazon tiene extraordinaria influencia en lo demas, y nada hay mas fácil para él que poner en movimiento todos los afectos del alma. Inme-

(1) Véase la adición de la ta O, puesta al fin del tomo. madre M. J. de Blemur en la no-

diatamente formará á nuestro espíritu en la afabilidad y le hará accesible á toda clase de personas. Derramará arroyos de leche y miel en nuestra lengua y la hará instrumento acomodado para mitigar las amarguras de los que padecen. Ella llenará nuestras manos de beneficios y nos hará encontrar una satisfacción indecible en derramarlos. Ella pondrá alas en nuestros pies y les dará la celeridad del gamo, cuando haya que socorrer á los desgraciados. En fin ella será la que dé vida y movimiento á todos nuestros afectos. Por lo demás si puede algo para con el lector el deseo de seguirme y complacerme, le ruego que las mejores pruebas de su mansedumbre las dé siempre en favor de aquellos que le causen mas repugnancia. Esta virtud será mas pura, cuanto menos se deje llevar de motivos humanos; y cuanto mas imite la mansedumbre de Dios, menos buscará su propia satisfacción. El tráfico mas lucrativo que se puede ejercer para ganar el cielo, y uno de los servicios agradables que se pueden hacer á Dios, consiste en sufrir con paciencia las flaquezas del prójimo y las contradicciones de los genios y de la condicion de cada uno. La ganancia será grandísima y tanto mayor cuanto mas ordinaria y cuanto mas se acerque al ejercicio de la caridad (1).

S. X.—De la perfecta resignacion de la Virgen y cómo debe ser imitada por todos.

La resignacion de la Virgen fué muy humilde.

I. La resignacion en la divina voluntad, que es el centro y la suma de todas las virtudes cristianas, fué en

(1) Véase la adición de la que va en la nota P al fin del tomo. madre María Jacoba de Blemur, tomo.

la Virgen muy humilde, cabal y tranquila. Fué muy humilde en la estimacion que nuestra señora tenia de sí misma, porque comparándose con todas las criaturas se consideraba como nada y comparándose con Dios se tenia en menos que nada. Fué muy humilde, porque para conformarse enteramente con las disposiciones de Dios bajó hasta el grado mas infimo de servidumbre de que podia tener conocimiento; de suerte que cuando pronunció estas palabras, en que mostró al mundo su extraordinaria resignacion: Yo soy la sierva del Señor, hágase en mí segun su palabra; tenia en la mente todas las ideas mas bajas que puede concebir un entendimiento en punto de sumision. Decia mas que Abraham cuando se llamaba polvo y ceniza, y mas que David cuando se reputaba por un perro muerto, por un mosquito y por un gusano. En fin hacia solemne protesta de aceptar los decretos de Dios en la condicion mas baja que pudiera caber á una criatura. Fué muy humilde, porque se sujetó á su soberana voluntad teniéndose por enteramente indigna del cuidado que él se servia tomar de su conducta, y extrañando infinito que su adorable grandeza se dignase de acordarse de ella y tenerla en consideracion.

La resignacion de la Virgen fué muy cabal.

II. Fué muy cabal, porque no tuvo límites y porque sujetó la Virgen á la voluntad de Dios sin medida, ni restriccion. Con efecto aunque las palabras indicadas parecia que se encaminaban directamente á la aceptacion de la oferta que se le hacia de concebir al Verbo, no obstante es muy cierto que ella interiormente daba carta blanca á Dios para escribir en su alma absoluta y generalmente todas sus voluntades. Decia con David de todas veras: Mi corazon está dispuesto para ser gobernado como tu

divina majestad quiera dirigirle: que me ensalce ó que me abata, que me haga grande ó pequeña, que se valga de mí ó que no se valga, que haga como le parezca, yo no tengo mas que decir sino que estoy enteramente entregada á su divina providencia. Si dispone de mi vida natural para la salud ó la enfermedad, para la robustez ó la flaqueza, no tengo mas inclinacion á un estado que á otro. Si dispone de mi vida civil para la honra ó la deshonra, para el trato ó la soledad, para el favor ó el disfavor, mi corazon nunca se inclinará mas que al lado donde se manifieste su voluntad. En cuanto á mi vida espiritual quiero que se haga enteramente en mi su santa voluntad para adelantar ó atrasar, para la abundancia ó la escasez y en general para todos los accidentes y vicisitudes que la acompañen hasta la medida de la gracia y de la gloria.

La resignacion de la Virgen fué muy tranquila.

III. Fue muy tranquila, porque la Virgen descansó con respecto á todo lo que tocaba á ella, en el cariño paternal de Dios. La paz de su alma fue tan grande, que nunca se alteró por suceso alguno. Ni siquiera queria pensar en lo que podia serle provechoso ó perjudicial, por no desconfiar en lo mínimo de la diligentísima caridad del que pensaba bastante en ella. Hasta hubiera deseado no tener otra voluntad que la de Dios, para que este lo hiciese todo en ella sin cooperar ella con el menor movimiento de su parte. ¡Oh cuán dulcemente descansaba esta casta amante en el seno de su amado! ¡Oh cómo se deleitaba en paladear el santo olvido de sí y la memoria de Dios! ¡Oh qué contento era para el esposo de su corazon tenerla estrechada sobre su pecho y estorbar que nadie turbara su sosiego! ¡Oh con qué encarecimiento ro-

gaba á las hijas de Jerusalem que no interrumpieran su sueño, ni la despertaran por ninguna consideracion! ¡Oh qué eficaz es el ejemplo que ella dió á sus queridos hijos de una tranquilidad enteramente resignada y de una resignacion enteramente tranquila!

IV. Pero ¿quién me dará entendimiento y palabras para declarar la obligacion que tienen de imitarla, y los frutos que deben de esperar de esa santa imitacion? ¿Quién me ayudará á publicar lo que comprendo de la alteza de una resignacion humilde, cabal y tranquila á ejemplo de la de la madre de Dios? ¿Quién dispondrá los corazones de los siervos de Maria, para que se echen en los brazos de la divina providencia con esas tres condiciones, que son como un cordel con tres lazadas para tenerlas inseparablemente unidas al principio de su felicidad? Resignacion humilde: ¡qué admirable es esta expresion! Resignacion cabal: ¡oh colmo de la perfeccion! Resignacion tranquila: ¡qué piélago de dulzura! Resignacion humilde: ¿dónde hay cosa mas razonable en el mundo? Resignacion cabal: ¿dónde hay cosa mas útil? Resignacion tranquila: ¿dónde hay cosa mas deleitable? Resignacion humilde: si, debe de serlo por todo derecho; porque ¿quién se atreverá á preguntar á Dios por qué dispone de él de este ó del otro modo? ¿No es el alfarero que nos tiene en sus manos como una porcion de barro? ¿Qué osadía querer averiguar por qué nos ha hecho grandes ó pequeños! ¿No es el piloto que dirige la nave de nuestra vida? ¿Qué presuncion querer residenciar su conducta ó informarse por qué toma tal ó cual rumbo! ¿No es el dueño de nuestras acciones y de todo lo que tenemos ó somos? ¿Y cómo hemos de resistirnos á sus designios? ¿No es el médico soberano de nuestras almas? ¿Creeremos nosotros saber mejor que él lo que es necesario para nuestra curacion? ¿No es nuestro padre, nuestro rey y nuestro soberano? ¿No dispone de noso-

tros con una sabiduría, una bondad y una prudencia infinita? ¿Cómo pues hemos de hacer otra cosa que adorar y recibir á ojos cerrados sus disposiciones? En lo antiguo hubo discípulos en las aulas de los filósofos, que no querian mas razon que la palabra de sus maestros para creer y profesar sus doctrinas; y no nos bastará á nosotros para aceptar los diversos accidentes de la vida el saber que Dios los envia y que Dios lo ha dispuesto asi para su gloria y nuestra felicidad? Esta sola expresion *Dios lo quiere* es capaz de hacer temblar al cielo, de llenar de horror al infierno y de trastornar la naturaleza entera; y no bastará para que un ruin gusanillo se sujete á las leyes de la majestad divina?

V. Pero aun hay que hacer mas, y es que nuestra resignacion sea entera y completa; porque ¿á qué fin se ha de dividir sujetándonos á una disposicion de Dios y no á otra? ¿No son todas ellas santas, sabias y divinas? Pues ¿por qué hemos de hacer distincion resistiendo á unas y consintiendo otras? El girasol tiene la propiedad particular de que no solo toda la flor, sino cada hoja y cada fibrilla giran con el sol; pues ¿por qué el corazon humano no ha de imitarle en una perfeccion que le es tan natural? ¿Por qué no ha de ajustar todos sus planes y movimientos á la voluntad de Dios? Esta voluntad hizo correr á los santos en pos del Señor: ella los hizo abrazar la cruz, despreciar los deleites, aceptar la muerte, padecer alegres los trabajos y tribulaciones y morir contentos en los suplicios. La seráfica santa Catalina de Génova tenia en tanta estima este punto, que no habia para qué preguntarle qué queria ó qué deseaba, porque nunca respondia otra cosa sino que queria ó deseaba lo que era y lo que hacia en el instante de preguntárselo. El jugo y la sustancia de todos sus documentos espirituales era que el alma ejercitándose continuamente en las buenas obras segun los deberes del estado y profesion no qui-

siera, ni deseara cosa alguna mas que lo que era y lo que hacia en cada instante de su vida.

VI. Y supuesto que se trata de llevar el discurso hasta el punto de esta virtud celestial, que es la paz y la mansedumbre poseidas por su medio, la misma santa acostumbraba llamar reina del cielo y de la tierra á esa resignacion, porque no está sujeta á ninguna cosa, ni nada puede causarle congoja, tristeza ó tedio. Decia que si pudiera ella declarar con palabras lo que veia y concebía de tan maravillosa virtud, no habria corazon por altivo y obstinado que fuese, que no se amansara y aborreciera la voluntad propia mas que al diablo y al infierno. Decia que esta resignacion le servia de muro tan fuerte entre Dios y lo que no es Dios, que aun cuando todos los deleites de la carne y del mundo hubieran sido cañonazos parecidos á los rayos del cielo, no habrian podido comover la piedra mas chica. Decia que si hubiera caido en el infierno una sola centella de aquel fuego celestial que abrasaba su pecho, habria bastado para trocarse en paraíso y convertir los demonios en serafines, porque habria aniquilado toda la rebeldia que tienen contra Dios, quitada la cual no quedaria diablo, ni infierno. Santa Magdalena de Pazzis corria á veces por los claustros del convento del Cármen en Florencia con los ojos alzados al cielo y repitiendo estas palabras: Voluntad de Dios, voluntad de Dios; y si encontraba á alguna religiosa, la cogia de la mano y le decia con el rostro encendido: «Hermana mia, ¿no saborea la dulzura que hay oculta en estas tres palabras: *voluntad de Dios*? Yo por mi parte tengo tal idea de ellas, que si supiera ser la voluntad de Dios que padeciese las penas del infierno, yo misma me precipitaria en él.» Imaginen de esto lo que quieran los espíritus profanos: por mi juzgo que si tuviéramos tanta resignacion como esas buenas almas para recibirlo todo de la mano de Dios, gozaríamos de

las mismas gracias y estaríamos animados de los mismos sentimientos. Aunque la dureza de mi corazón me lo impida, á lo menos no dejaré de envidiar la condición de esos Benjamines de la providencia, que descansan tranquilos en los brazos del Señor y en el seno del amor y la misericordia y tienen á su disposición el torrente de las delicias que jamás hastian, sin poder ser separados de allí sino por su propia voluntad. Continúen siempre firmes en la fuente de todos los verdaderos contentamientos; pasen de las delicias de esta vida á las de la otra para contemplar el bien que poseen ya sin conocerle; y allí esten perpétuamente unidos á la divina voluntad, de la que no pudo separarlos nadie en la tierra (1).

S. XI. — Cómo debe ser imitada en particular por las vírgenes.

I. No ignoro que la Virgen es el sol brillante que despide los claros rayos de sus ejemplos admirables no solo sobre todas las iglesias, como vemos por el oficio divino, sino sobre todas sus partes; que es el bálsamo oloroso que se percibe donde quiera, y la vid lozana y fértil que con las ramas de su santa protección abarca todo el ámbito de la tierra y la regocija con la flor de sus excelentes virtudes. Pero me acuerdo también de la observación de S. Ildefonso: que las mujeres tienen especialísima obligación de imitarla, porque ella ensalzó indeciblemente su sexo y fué el honor de él. Esto me obliga á mostrarles en particular cómo han de expresar en sus costumbres los rasgos de perfección que les ha puesto delante.

(1) Véase la adición de la que va puesta al fin del tomo en madre María Jacoba de Blemur, la nota Q

II. El primer lugar corresponde á las vírgenes, de quienes dice S. Cipriano que son la flor del jardín de la iglesia, el ornamento y la gloria de la gracia espiritual, la muestra y la esperanza de la santidad, la obra acabada de distinción que nunca se empañó, ni echó á perder, el verdadero retrato de Dios sacado al vivo del castísimo cordero su hijo, la grosura del rebaño del Salvador, el gozo y contento de la iglesia, que es la madre común de todos los cristianos, cuya fecundidad aumenta á medida que pare vírgenes. Voy á ponerles delante con S. Ildefonso un espejo: cuanto mas á menudo se lleguen á él, mas semejantes y agradables á su esposo se harán. Este espejo será la madre del mismo esposo. Voy á presentarles con S. Ambrosio una imagen, cuyas pinceladas serán otros tantos prodigios de castidad y modelos de virtud. Voy á darles con S. Juan Crisóstomo una maestra, que será la guardadora fiel y la depositaria segura del tesoro que llevan. Será la abanderada de las vírgenes y la Virgen por excelencia cuya naturaleza y sustancia se separará tan pronto como se separe de ella el título honroso de Virgen; porque como dice S. Epifanio, ¿quién se ha atrevido jamás á nombrar á María sin añadir al punto la calidad de virgen? Así sepan todos que á la manera que Abraham mereció para siempre el nombre de amigo de Dios, y Jacob fué llamado Israel, es decir, el que ve á Dios, asimismo mientras haya criaturas María será apellidada siempre la Virgen á pesar del infierno, y nunca le será arrebatado este título.

III. A decir verdad tanto mérito habia en ella para ser digna madre de Dios como congruencia en que quedase siempre virgen. A la virginidad se debía, dice San Ambrosio, la prerogativa de parir la salud del mundo y la vida de todos; y como observa muy oportunamente S. Bernardo, si Dios habia de ser concebido, no podia serlo sino por una virgen, y si habia de parir una virgen,

las mismas gracias y estaríamos animados de los mismos sentimientos. Aunque la dureza de mi corazón me lo impida, á lo menos no dejaré de envidiar la condición de esos Benjamines de la providencia, que descansan tranquilos en los brazos del Señor y en el seno del amor y la misericordia y tienen á su disposición el torrente de las delicias que jamás hastian, sin poder ser separados de allí sino por su propia voluntad. Continúen siempre firmes en la fuente de todos los verdaderos contentamientos; pasen de las delicias de esta vida á las de la otra para contemplar el bien que poseen ya sin conocerle; y allí esten perpétuamente unidos á la divina voluntad, de la que no pudo separarlos nadie en la tierra (1).

S. XI. — Cómo debe ser imitada en particular por las vírgenes.

I. No ignoro que la Virgen es el sol brillante que despide los claros rayos de sus ejemplos admirables no solo sobre todas las iglesias, como vemos por el oficio divino, sino sobre todas sus partes; que es el bálsamo oloroso que se percibe donde quiera, y la vid lozana y fértil que con las ramas de su santa protección abarca todo el ámbito de la tierra y la regocija con la flor de sus excelentes virtudes. Pero me acuerdo también de la observación de S. Ildefonso: que las mujeres tienen especialísima obligación de imitarla, porque ella ensalzó indeciblemente su sexo y fué el honor de él. Esto me obliga á mostrarles en particular cómo han de expresar en sus costumbres los rasgos de perfección que les ha puesto delante.

(1) Véase la adición de la que va puesta al fin del tomo en madre María Jacoba de Blemur, la nota Q

II. El primer lugar corresponde á las vírgenes, de quienes dice S. Cipriano que son la flor del jardín de la iglesia, el ornamento y la gloria de la gracia espiritual, la muestra y la esperanza de la santidad, la obra acabada de distinción que nunca se empañó, ni echó á perder, el verdadero retrato de Dios sacado al vivo del castísimo cordero su hijo, la grosura del rebaño del Salvador, el gozo y contento de la iglesia, que es la madre común de todos los cristianos, cuya fecundidad aumenta á medida que pare vírgenes. Voy á ponerles delante con S. Ildefonso un espejo: cuanto mas á menudo se lleguen á él, mas semejantes y agradables á su esposo se harán. Este espejo será la madre del mismo esposo. Voy á presentarles con S. Ambrosio una imagen, cuyas pinceladas serán otros tantos prodigios de castidad y modelos de virtud. Voy á darles con S. Juan Crisóstomo una maestra, que será la guardadora fiel y la depositaria segura del tesoro que llevan. Será la abanderada de las vírgenes y la Virgen por excelencia cuya naturaleza y sustancia se separará tan pronto como se separe de ella el título honroso de Virgen; porque como dice S. Epifanio, ¿quién se ha atrevido jamás á nombrar á María sin añadir al punto la calidad de virgen? Así sepan todos que á la manera que Abraham mereció para siempre el nombre de amigo de Dios, y Jacob fué llamado Israel, es decir, el que ve á Dios, asimismo mientras haya criaturas María será apellidada siempre la Virgen á pesar del infierno, y nunca le será arrebatado este título.

III. A decir verdad tanto mérito habia en ella para ser digna madre de Dios como congruencia en que quedase siempre virgen. A la virginidad se debía, dice San Ambrosio, la prerrogativa de parir la salud del mundo y la vida de todos; y como observa muy oportunamente S. Bernardo, si Dios habia de ser concebido, no podia serlo sino por una virgen, y si habia de parir una virgen,

era preciso que pariese un Dios. La que habia de dar al mundo el santo de los santos, era menester que fuese santa de alma y cuerpo: para este último efecto le servia la virginidad, así como la humildad para el primero. Ella estaba obligada por todo derecho, dice S. Anselmo, á asemejarse á Dios, de quien debia de ser madre, y unirse estrechísimamente por la pureza al que es la pureza misma. Por eso estimó tanto la conservacion de su virginidad, como opina sabiamente S. Gregorio Niseno, que se quedó parada en cuanto el ángel habló de concebir; y no sabemos qué hubiera resuelto no obstante ser tan honorífica la embajada, si no se le hubiese asegurado que nada tenia que temer por su integridad. ¿Qué documento mas insigne podía dejar á las vírgenes y de qué modo mejor podía enseñar á estimar la preciosa joya de la castidad sobre todos los bienes y promesas del mundo?

IV. Si se me pregunta en qué grado poseyó esa pureza, responderé que fué tan eminente, que S. Antonino de Florencia, siguiendo las huellas de Alberto Magno, no consiente compararla con la de las otras criaturas mortales, porque en estas la castidad se ve forzada á estar siempre con las armas en la mano para defenderse de los continuos asaltos de sus enemigos, donde muchas veces es ofendida y otras se ve á pique de ser herida mortalmente. Exceptúan aquellos dos doctores á los que por una merced especial han sido confirmados en gracia, como los apóstoles y algunos otros santos. Pero María estaba libre de todo peligro de ser ofendida, aunque fuese levemente, y hasta exenta de todos los asaltos que nos da la naturaleza corrompida, cuyos movimientos no causaron jamás ninguna alteracion en el alma, ni en el cuerpo de nuestra señora. No contentos con esto ensalzan su pureza sobre la de los ángeles, porque no solamente adornó el espíritu, sino el cuerpo de la Vir-

gen, y porque fué voluntaria y de consiguiente estuvo acompañada de grandísimo mérito; lo cual falta á los espíritus puros. Vasto campo tendria yo aquí para entre- tenerme en esta cuestion, si en otros lugares (1) no hubiera discurrido largamente acerca de la virginidad de María santísima (2).

V. Mas lo que principalmente tienen que notar las vírgenes para su enseñanza, es que no obstante que María santísima no ignoraba la custodia que Dios habia puesto en torno de la virginidad de ella, ni la especial proteccion de los ángeles y aun del rey de los ángeles, que la preservaba, puso suma diligencia en guardarla como si hubiese estado siempre en medio de los enemigos. Por eso decia S. Gregorio de Neocesarea (3) que nadie llevó nunca con mas precaucion una lámpara encendida, ni ninguna novia atendió mas á conservar el precioso vestido nupcial que la Virgen á mantener el lustre de su virginidad. A este fin le dió por escolta cuatro virtudes, de que es necesario que esten siempre acompañadas las vírgenes, si no quieren correr diversos peligros de perder su honestidad ó por lo menos de empañarla.

La primera compañía de la virginidad de María fué el amor al retiro.

VI. La primera fué el amor al retiro y la fuga de toda suerte de amistades y compañías no solo perniciosas, sino no necesarias. Esto ha dado motivo á algunos doctores para notar que la voz hebrea *Hahalmach* usada en el capítulo I de Isaias, donde se dice que concebirá una virgen, no significa simplemente una virgen, si-

(1) Trat. 4, c. 3, §. 4 y 5, madre M. J. de Blemur, que va cap. 5, §. 3; tratad. 2, c. 2, §. 3. en la nota R al fin del tomo.

(2) Véase la adición de la (3) Serm. 2 de Annuntiat.

no una virgen que se mantiene cerrada y oculta y guarda cuidadosamente la casa. En tales términos observó nuestra señora esto último, que nunca salió á la calle, como no lo exigiesen la caridad ó la necesidad, y aun entonces se volvía lo mas pronto posible á su amada soledad. Hablando S. Lucas en el capítulo I de su Evangelio del viaje que hizo la Virgen para visitar á su prima santa Isabel, no olvidó la circunstancia de que le hizo con toda diligencia y sin detenerse en el camino. Aun es mas importante lo que da á entender el mismo escritor sagrado, y es que habiendo habitado unos tres meses en casa de Zacarías se marchó á Nazareth antes que pariese Isabel, para evitar el encuentro no necesario de los parientes, amigos y vecinos, que no dudaba acudirían en cuanto tuviesen la primera noticia del nacimiento milagroso de S. Juan Bautista (1). «Si se la tiene por una andariega, dice S. Ambrosio (2), se incurre en un gran error, porque por lo comun no salía de casa sino cuando tenia que ir al templo, y entonces iba en compañía de sus padres. Siempre se la veía ocupada en su aposento, y siempre salía acompañada, aunque nadie velaba sobre ella mas cuidadosamente que ella misma.»

VII. No se me hable de esas andariegas que no pueden estarse en su casa y cuya devocion consiste en correr, como si tuvieran hormigas en los pies y azogue en la cabeza. Quanto mas corran, menos devocion encontrarán, y quiera Dios que no pierdan lo que nunca se conserva bien sino en el retiro. Aun cuando hiciesen milagros, con dificultad persuadirán á los santos padres que son muy castas: remito entre otros á Tertuliano, S. Cipriano, S. Gerónimo y S. Ambrosio, quienes en-

(1) Rupert., l. 1 in Cant.

(2) De virginib., l. 2.

señan á las madres el modo de gobernar y educar á sus hijas. Estos preclaros doctores dicen francamente que si ellas quieren salir á la calle con Dina para ver y ser vistas, para requebrar y ser requebradas, podrán correr la misma suerte que aquella desdichada moza, y que si el mundo tiene ciertas hablillas que no les son muy favorables, ellas dan motivo. Dicen que otras tan avisadas como ellas han incurrido en censura por sus conversaciones demasiado libres y frivolas; que nadie se pierde de un golpe; y que basta una chispa para encender una hoguera tal vez inextinguible. Dicen que nada conviene tanto al pudor como la soledad y que el retiro es la verdadera escuela de la honestidad. Dicen que el deseo solo de ponerse á la vista es contrario á la castidad; que solamente las miradas de los hombres y mucho mas la afición á agradarles, por virtuosos que sean y por buena intencion que se tenga, son como otras tantas estocadas dadas en el seno de la honestidad; y que con semejantes lances se acostumbra el rostro á no alterarse, ni sonrojarse. Dicen que el único medio de evitar tantas complacencias y tantas pláticas perjudiciales es estarse en su casa y que tan difícil es descubrir las huellas de los mozos delante de la casa de una doncella que les da con la puerta en los hocicos, como hallar vestigios del águila en el aire y el surco de la nave en el mar y de la serpiente en las quiebras y peñascos. Traen el ejemplo de Asella, noble y virtuosa doncella romana, que no tenia otro deleite, ni otra gloria en este mundo mas que el estar sola en su aposento, y se hallaba tan apartada del trato de los hombres, que le subian los colores al rostro cuando se encontraba con su hermana, aunque doncella y casta como ella. En fin dicen prodigios de las Ineses, Aguedas, Cecilias, Lucias y otras infinitas, á quienes nunca se vió en público sino para recibir la palma del martirio; y advierten que

si las doncellas prefieren seguir los ejemplos de las andariegas y disipadas mas bien que los de estas vírgenes modestas y recatadas, esperen confusion é ignominia y no estimacion, ni gloria.

La segunda compañera de la virginidad es la modestia.

VIII. Mientras lo piensan, les diré que la segunda virtud de que estuvo acompañada la castidad de la Virgen, fué la modestia y el pudor. S. Gregorio Nazianceno enseña que hay tal relacion del interior con el exterior, que si aquel es ordenado, por necesidad este ha de ser compuesto y se ha de advertir la modestia en los ojos, la moderacion en la lengua, la gravedad en el andar, la decencia y honestidad en todos los movimientos del cuerpo. En esto fué admirable la reina de los ángeles, segun refiere S. Epifanio, presbítero de Constantinopla. Siendo pequeña no fijaba la vista en nadie, y nunca hizo ninguna accion mala por leve que fuese. Asi es que su modestia pareció tan nueva al mundo, que todos los hombres de juicio la miraban como á una persona venida del cielo mas bien que nacida en la tierra y se veían obligados á confesar que no habian visto nunca una modestia tan singular, ni un rostro tan divino. Por eso la saluda S. Juan Damasceno en los siguientes términos (1): «Atraído por tu amor recurro á ti, oh Virgen sin par, dulce fruto de las entrañas de santa Ana; mas ¿cómo podré expresar con mi pluma tu gravedad en el andar y tu modestia en el vestir? ¿Qué palabras bastarán para pintar la hermosura y apacibilidad de tu rostro y la madurez de la edad perfecta que se advertia aun en tu niñez? En tus vestidos no se notó la delicade-

(1) Orat. 4 de nativ. Virg.

za, ni la pulcritud y mucho menos en tu porte y continente. Tu aspecto era grave y agradable juntamente. Los hombres no entraban á tu presencia; que lo diga sinó el temblor que se apoderó de ti cuando se te apareció el ángel.» Hasta aqui S. Juan Damasceno. A propósito de este temblor nótese por un lado la turbacion de Maria, que segun dicen muchos graves doctores, no procedía de ver á un ángel en su aposento, sino de verle en forma humana; lo cual era de todo punto extraordinario. Adviértase por otro lado con S. Pedro Damiano (1) cómo guardó el riguroso silencio acostumbrado no dando respuesta alguna al nuncio celestial, hasta que este le declaró en particular cómo había de ejecutarse la empresa decretada por la santísima Trinidad.

IX. S. Ambrosio, gran maestro de las vírgenes, las envia á la escuela de la madre de Dios, para que aprendan el casto pudor y se acuerden de que una verdadera vírgen debe de tener por sospechosas todas las palabras de los hombres y sonrojarse cuando encuentre á alguno (2). S. Bernardo les advierte (3) que el mejor lustre que pueden llevar, es un porte modestamente vergonzoso, que santa Inés llamaba el carmin extendido en sus mejillas. S. Agustin (4) aconseja que guarden con el mayor esmero la vista y no la claven jamás en ningun hombre. Y no hay que decirle que la verdadera castidad está en el corazon y que las que están resueltas á guardarla no necesitan de tantas minucias; porque el santo doctor les tapa la boca diciendo que si la vista anda vagueando libremente, nunca creará él que pueda residir la verdadera honestidad en el corazon. S. Gerónimo di-

(1) Serm. 4 de nativ. Virg.

(2) Lib. 2 in Lucam.

(3) Serm. in Signum magn.

(4) Epist. 169.

ce (1) que el trato de los mozos, las miradas, las señas, las sonrisas y otras monadas semejantes son los primeros accesos de su fiebre ardiente y los sintomas de la enfermedad que pone en peligro la castidad. En fin todos claman que por falta de gravedad y recato se han perdido las que se creían mas honestas, y que es tan resbaladizo el camino de la frivolidad, que en cuanto pongan el pie en él, tomarán el de su perdición (2).

La tercera compañera de la virginidad es la sobriedad.

X. La tercera compañera de la virginidad de Maria fué la sobriedad y la abstinencia, la cual era tan grande segun testimonio de S. Ambrosio (3), que apenas tomaba nuestra señora lo necesario para vivir. S. Juan Crisóstomo llama á su abstinencia excesiva y superior á todas las fuerzas de la naturaleza y dice que movió al rey de la gloria á elegir á Maria por madre de su hijo. S. Gerónimo asegura haber sido tan compasada, que un ángel le traía todos los días una corta racion, para que no traspasase en nada los limites de la necesidad. No hay que pensar que ella obrase así para impedir los movimientos desordenados de la sensualidad, la cual estaba enteramente sujeta á su razon, sino por obedecer á esta, que enseña no se tome el alimento mas que para sustentar el cuerpo, dar alas al alma, como dice S. Juan Crisóstomo (4), á fin que pueda remontarse por la contemplacion, y hacerla superior á todos los halagos del cuerpo. ¿Por qué no se me ha de permitir añadir que aunque ella en particular no necesitaba refrenar la insolencia de la carne, que en todo y por todo seguia al

(1) In vita S. Hilarionis. en la nota S al fin del tomo.
 (2) Véase la adición de la madre M. J. de Blemur, que va (3) De virginib., l. 2.
 (4) Homil. 4 in Genes.

espíritu, no obstante debia de hacer comprender con su ejemplo á las vírgenes cuán necesaria les es esta virtud? En ellas propiamente han de venir la templanza y la sobriedad en auxilio de la castidad para debilitar á su enemigo doméstico y estorbar el refuerzo que se llega de fuera. Los antiguos entendian bien este punto, cuando llamaban al vino la leche de la diosa de la torpeza, desfigurando la expresion de nuestros libros santos, que dicen que es cosa lujuriosa (1). Oigamos á los santos padres. «Si se me cree capaz de aconsejar, dice S. Gerónimo (2), y si mi experiencia merece algun crédito, el primer consejo que doy y la primera súplica que hago, es que la esposa de Jesucristo huya del vino lo mismo que del veneno. Ese es el primer fuego que los demonios como verdaderos incendiarios acostumbran dejar en nuestro cuerpo para abrasar la juventud. La avaricia, la soberbia y la ambicion no hacen por lo comun tanto estrago, porque es mucho mas fácil precaverse y resguardarse de los otros vicios que de este, que es doméstico y nos acompaña á todas partes. El vino y la mocedad son como dos hogueras encendidas. ¿No es gracioso á la verdad que echemos aceite en la lumbre y alimentemos los vicios que inflaman nuestro cuerpo y arruinan nuestra alma?» S. Juan Crisóstomo sienta que nunca tendrá por una mujer cuerda y honesta á la que beba voluntariamente vino. Los demas dicen lo mismo poco mas ó menos, y me parece que basta esto para que comprendan las vírgenes la regla y la moderacion que han de guardar en su vida, si quieren conservar la agradable flor de su castidad y el buen olor que debe de difundir por todas partes.

(1) Proverb., XX.

(2) Epist. 22 ad Eustoch.

La cuarta compañera de la virginidad es la ocupacion.

XI. La cuarta compañera de la integridad de la Virgen fué la continua ocupacion, porque sabia muy bien que el vicio engorda en la ociosidad y que por falta de ejercicio los fuertes se hicieron débiles y los sábios perdieron su sabiduría (1). Así se ve en Sanson y Salomon, que habiéndose mantenido firmes mientras estuvieron ocupados, se perdieron en cuanto se entregaron á la ociosidad. Quiero copiar aquí en favor de las virgenes lo que han escrito los santos padres acerca de la ocupacion interior y exterior de la madre de Dios, para darles la idea cabal de un dia espiritual. S. Buenaventura reunió estas particularidades ya de las memorias de S. Gerónimo, ya de las revelaciones hechas por la misma Virgen á santa Isabel de Hungría. Dice pues (2) que nuestra señora se levantaba ordinariamente á media noche, y postrándose ante el sitio donde habia descansado antiguamente el arca de la alianza, pasaba un buen rato en oracion dando gracias, bendicion y alabanza á Dios, practicando actos de fé, esperanza, caridad y religion y pidiéndole siete cosas. La primera era la gracia de amarle con todo su corazon y todas sus fuerzas: la segunda la de amar al prójimo tanto como Dios manda y todo lo que desea que amemos por amor de él: la tercera la virtud de aborrecer todo lo que le desagrade: la cuarta la humildad, la paciencia, la mansedumbre y las otras virtudes que debian de hacerla amable al esposo de su corazon: la quinta la dicha y la honra de ver con sus ojos, oír con sus oídos y servir con sus manos á la que debia de tener la suerte de ser madre de su criador, segun

(1) Aug., Sermo 46 ad fratres in eremo. (2) Medit. vite Christi, c. 3.

habia aprendido en los libros sagrados: la sexta el auxilio necesario para cumplir puntualmente todas las disposiciones de sus superiores. En la última encomendaba á Dios el santuario que habia elegido, los ministros del templo y generalmente su pueblo escogido, para que los conservase á todos y los hiciese crecer en su santo servicio. Despues tomaba algun descanso y hacia la madrugada volvia á la oracion, en la que perseveraba hasta las nueve de la mañana. Desde esta hora hasta la de mediodia se ocupaba en algun trabajo manual, segun le estaba mandado, especialmente en labrar telas de seda ó lana para el servicio del templo; lo cual sabia perfectamente. Despues de mediodia continuaba los ejercicios espirituales de leccion y oracion hasta que el ángel le traia á la caída de la tarde su corta refaccion. La tomaba, y bendecia y adoraba á Dios: algunos santos dicen que conversaba un rato con los espíritus bienaventurados que venian á verla. Acto continuo dormia un poco; mas este sueño no interrumpia sus dulces y afectuosos coloquios con Dios, segun he dicho en otro lugar conforme á la autoridad de ciertos doctores. Hasta aquí llega la relacion de S. Buenaventura, con la que concuerda grandemente lo que escriben S. Gregorio Niseno (1), San Gerónimo (2), Sofronio (3), Andres Cretense (4), San Juan Damasceno (5), S. German de Constantinopla (6), Epifanio, presbítero de la misma iglesia (7), Jorge de Nicomedia (8), Cedreno (9), Nicéforo (10), Pedro Damiano (11) y otros varios. ¡Oh tiempo acertadamente

(1) Orat. de nativ. Domini.	(8) Orat. de Deip. oblatione.
(2) Hist. Deiparæ.	(9) Compend. historiæ.
(3) Epist. de Assumpt.	(10) Hist., l. 4, c. 7.
(4) Orat. de Assumpt.	(11) Serm. de nativ. Mariæ:
(5) Lib. 4 Fidei orthod.	Christoph. á Castro, Hist. Deiparæ, c. 3.
(6) Encom. Deip.	
(7) Vita Virg.	

ocupado! ¡Oh vida mas propia de un ángel que de una criatura mortal! ¡Oh días verdaderamente llenos, como los desearon los santos y antes que ellos el profeta David! ¡O série de obras todas dignas de ser presentadas á la majestad de Dios! ¡Oh coloquios que sobrepujan la condicion de las personas sujetas á las necesidades de un cuerpo corruptible y mortal! Bien sé que las otras virgenes no llegarán nunca á ella; mas no por eso están dispensadas de seguir en pos de las doncellas que acompañan á la esposa. Esta corre, vuela, traspasa los montes y salta los valles corriendo tras su amado: ellas acuérdense de que aprovecharán tanto mas en la virtud, cuanto sigan mas inmediatamente á su reina y su guia (1).

§. XII.—Como debe ser imitada por las casadas y las viudas.

I. Las casadas hallarán tambien grandes virtudes que imitar en la que Dios escogió para que sirviera de ejemplo generalmente á todas las mujeres, cualquiera que fuese su condicion, en la que S. Gregorio de Neocesarea llama la gloria de las virgenes y el regocijo de las casadas (2). El principe de los apóstoles será mi guia en su epistola primera, donde va recopilando las calidades que se requieren en las mujeres cristianas.

La primera calidad es el respeto á sus maridos.

II. La primera es el respeto que deben á sus maridos, acompañado de una obediencia sincera y proveniente de un amor cordial. Por eso las mas esclarecidas se han distinguido comunmente mas aprovechando para

(1) Véase la adición de la madre M. Jacoba de Blemur, que va en la nota T al fin del tomo. (2) Serm. 4 de Assumpt.

la virtud la nobleza de su origen. La casta Sara, dice el santo apóstol, no llamaba á Abraham mas que su señor; y él en reconocimiento y por muestra de cariño le mudó el nombre de Jesca, que ella tenia antes, en el de Sarai, el cual significa señora, segun observan algunos doctos intérpretes. Lo mismo hicieron santa Natalia y santa Mónica con sus maridos S. Adrian y Patricio. S. Gerónimo lo aconseja á todas las otras mujeres en la persona de Celantia diciéndole que debe ser la primera á honrar á su marido y dar ejemplo de respeto á sus criados; que por su humildad y continuos servicios ha de presentarle digno de ser honrado de todos; y que debe poner toda su grandeza en condescender con él y ceder en cuanto pueda. Con efecto siendo el hombre segun san Pablo la cabeza de la mujer, el mayor honor que esta puede recibir, es tener una cabeza que á imitacion suya juzguen todos digna de ser honrada. En esto no tuvo semejante la virgen María, porque como S. José le habia sido dado inmediatamente por el cielo, ella le miraba no solo como á su señor á ejemplo de Sara, sino como á Dios mismo, á quien obedecia en la persona de él. Consideraba que en calidad de esposo y guardador de su virginidad merecia doble honor, y ella se le tributaba con un esmero extraordinario. Fué tanto el respeto que le tuvo, que aunque le vió acongojado con motivo de su preñez, no se atrevió á decir una sola palabra para quitarle los temores que le atormentaban, y fué menester que el ángel tranquilizase al santo patriarca.

La segunda calidad es la casta fidelidad.

III. La segunda calidad que S. Pedro apetece en las mujeres cristianas, es la casta fidelidad, que ha de manifestarse en sus miradas, en sus palabras, en sus obras y en todo su porte; porque aunque la castidad conyu-

ocupado! ¡Oh vida mas propia de un ángel que de una criatura mortal! ¡Oh días verdaderamente llenos, como los desearon los santos y antes que ellos el profeta David! ¡O série de obras todas dignas de ser presentadas á la majestad de Dios! ¡Oh coloquios que sobrepujan la condicion de las personas sujetas á las necesidades de un cuerpo corruptible y mortal! Bien sé que las otras virgenes no llegarán nunca á ella; mas no por eso están dispensadas de seguir en pos de las doncellas que acompañan á la esposa. Esta corre, vuela, traspasa los montes y salta los valles corriendo tras su amado: ellas acuérdense de que aprovecharán tanto mas en la virtud, cuanto sigan mas inmediatamente á su reina y su guia (1).

§. XII.—Como debe ser imitada por las casadas y las viudas.

I. Las casadas hallarán tambien grandes virtudes que imitar en la que Dios escogió para que sirviera de ejemplo generalmente á todas las mujeres, cualquiera que fuese su condicion, en la que S. Gregorio de Neocesarea llama la gloria de las virgenes y el regocijo de las casadas (2). El principe de los apóstoles será mi guia en su epistola primera, donde va recopilando las calidades que se requieren en las mujeres cristianas.

La primera calidad es el respeto á sus maridos.

II. La primera es el respeto que deben á sus maridos, acompañado de una obediencia sincera y proveniente de un amor cordial. Por eso las mas esclarecidas se han distinguido comunmente mas aprovechando para

(1) Véase la adición de la madre M. Jacoba de Blemur, que va en la nota T al fin del tomo. (2) Serm. 4 de Assumpt.

la virtud la nobleza de su origen. La casta Sara, dice el santo apóstol, no llamaba á Abraham mas que su señor; y él en reconocimiento y por muestra de cariño le mudó el nombre de Jesca, que ella tenia antes, en el de Sarai, el cual significa señora, segun observan algunos doctos intérpretes. Lo mismo hicieron santa Natalia y santa Mónica con sus maridos S. Adrian y Patricio. S. Gerónimo lo aconseja á todas las otras mujeres en la persona de Celantia diciéndole que debe ser la primera á honrar á su marido y dar ejemplo de respeto á sus criados; que por su humildad y continuos servicios ha de presentarle digno de ser honrado de todos; y que debe poner toda su grandeza en condescender con él y ceder en cuanto pueda. Con efecto siendo el hombre segun san Pablo la cabeza de la mujer, el mayor honor que esta puede recibir, es tener una cabeza que á imitacion suya juzguen todos digna de ser honrada. En esto no tuvo semejante la virgen María, porque como S. José le habia sido dado inmediatamente por el cielo, ella le miraba no solo como á su señor á ejemplo de Sara, sino como á Dios mismo, á quien obedecia en la persona de él. Consideraba que en calidad de esposo y guardador de su virginidad merecia doble honor, y ella se le tributaba con un esmero extraordinario. Fué tanto el respeto que le tuvo, que aunque le vió acongojado con motivo de su preñez, no se atrevió á decir una sola palabra para quitarle los temores que le atormentaban, y fué menester que el ángel tranquilizase al santo patriarca.

La segunda calidad es la casta fidelidad.

III. La segunda calidad que S. Pedro apetece en las mujeres cristianas, es la casta fidelidad, que ha de manifestarse en sus miradas, en sus palabras, en sus obras y en todo su porte; porque aunque la castidad conyu-

gal, dicen S. Cipriano y S. Ambrosio, no se lleve la primera corona, debida solamente á las vírgenes, sin embargo no deja de ser gloriosa delante de Dios, en atención á que no es pequeña alabanza guardar la fé en medio de tantas tentaciones y peligros y mucho mas moderar en el matrimonio el deseo de las cosas lícitas. Es verdad que las azucenas son la gala del jardín de la iglesia y que irguen su plateada cabeza sobre las otras flores; pero eso no es decir que aquellas envidien á estas la hermosura y lozania que cada una tiene segun su clase. Los vergeles deleitan cuando estan bien cultivados y regados; pero ¿no gusta tambien ver en la falda de una colina una viña bien cuidada y cargada de sabroso fruto y en la llanura las ricas mieses, que son la esperanza de toda la comarca? Pues así como en sentencia del Sabio no hay nada comparable con una alma casta, tampoco hay nada tan sucio, ni pestilente como una mujer sin recato. Sobre todo, dice S. Gerónimo (1), la mujer discreta y prudente tenga sumo cuidado de su honor, que es el apoyo de todas las virtudes de su sexo y el punto mas alto á donde pueden llegar. El honor hace recomendable á la mujer pobre, da realce á la rica, encubre la fealdad, aumenta la hermosura, es un nuevo blason para las nobles, sirve de timbre á las que no tienen ilustres abuelos y es un bien inestimable en medio de las mas terribles calamidades, pues en el saco de una ciudad por ejemplo no hay desgracia igual á la de las mujeres que tienen que sufrir la insolencia de un hombre extraño. La castidad, dice S. Cipriano (2), es el honor de los cuerpos, el ornato de las costumbres, la firmeza del pudor, la paz de la casa y la conservacion de la concordia: ella nos hace agradables á Dios, nos une á Jesu-

(1) Contra Jovin., l. 4.

(2) De bono pudicitia.

cristo, hace bienaventurados á los que la poseen, y es respetable para los que no la tienen y quieren profanarla. Es el terror y la ruina de la infamia, la firmeza de la fortaleza, el realce de la nobleza, el muro de la probidad, la destruccion de los inicuos intentos, la victoria del alma, el trofeo del cuerpo, la madre de la gloria, la esterilidad de los vicios, el candelero de la santidad, la muestra de la sinceridad, la cárcel de la incontinencia, el puerto de la honestidad, la coraza del pudor, la espada de la seguridad, la muerte de la disolucion, la cumbre del honor, el precipicio de la deshonor, el objeto del triunfo, el descanso saludable, el preservativo de la perdicion, la vida del espíritu, la muerte de la carne, en una palabra, una imitacion del estado angelical y un olvido de todo lo humano. Mas aunque mi ánimo sea mostrar que la Virgen sirvió de perfectísimo modelo en este punto á las mujeres casadas, no quiero detenerme aquí mas tiempo, contentándome con lo que se ha dicho de la castidad en diversos lugares y recientemente en el discurso que he dirigido á las vírgenes.

La tercera calidad es la sencillez y la modestia en el vestir.

IV. La tercera calidad es la sencillez y la modestia en el vestir, porque así el príncipe de los apóstoles como S. Pablo reprueban esos tocados de las mujeres que asemejan su cabeza á una torre, y las cabelleras rizadas, empolvadas, perfumadas y aderezadas con perlas y otras piedras preciosas, y condenan esas telas bordadas y ricamente labradas como lazos inventados por Satanás y como galas nada decentes para las hijas de Jesucristo. La verdadera honestidad, dice san Cipriano, no há menester de todos esos artificios, porque es bastante hermosa y agraciada de suyo sin otros atavíos. Así respondió S. Hilario á su hija Abra, tentada de engalanarse como

sus compañeras. Pedia ella perlas, y el santo le prometió una de tan subido precio, que teniéndola no estaría nunca enferma, ni envejecería, ni moriría: esa perla era la castidad. Mas añadió que para tenerla era necesario despreciar las otras perlas, porque era tan bella y preciosa, que quería estar ella sola. Fácilmente se lo persuadió Hilario, como S. Gerónimo se lo había persuadido á su hija espiritual Demetrias (1), de quien escribe el santo doctor que era un tormento para ella tener que adornarse y que á imitación de Ester hubiera llevado con tanto gusto los vestidos mas sucios y desaliñados como las galas y atavios. Por mi confieso que no sé con qué conciencia las mujeres cristianas y particularmente las que profesan la piedad y devoción, emplean tanto tiempo en adornarse, ni cómo pueden dormir tranquilas en la necia persuasión de que no hay mucho mal en eso. Las ruego que tengan un poco de paciencia para considerar maduramente lo que escriben acerca de ello los santos doctores, de quienes deben tomar las reglas de la vida espiritual. Algunos hay, dice S. Gregorio (2), que quieren poner en cobro el vicio y hacer creer que no es malo usar vestidos preciosos: pues que me digan por qué la santa escritura señalando los capítulos de la condenación del rico avariento menciona solo estos dos; que vestía preciosamente y que daba espléndidos banquetes. Respóndanme si llevan otra mira que la vanidad y por qué se curan de ataviarse cuando no salen de casa y no han de ser vistos de nadie. Mas no se juzgue que aquí se trata solamente de una vanidad: los santos lo acriminan mas. «Estáis vestidas suntuosamente», dice S. Cipriano (3), y ataviadas y emperifolladas como unas nin-

(1) Ad Demetriad. De virg.

(3) De habitu virginis.

(2) Hom. 40 in Evang.

fas; correis las calles con paso y ademanes afectados; llamáis la atención de la juventud insensata; la encendeis en deseos; le arrancais profundos suspiros; fomentais el fuego de su concupiscencia; echais aceite en la lumbre; ¡y os figurais que sois inocentes! Supongo que no os perdais vosotras; pero ¿no teneis en cuenta que sois la causa de la ruina de los demas, á quienes causais no menor daño que si los hiciérais tragar un tósigo ó les metiérais la daga en el seno? ¡Y todavía quereis persuadirme que sois castas! No, no lo creeré jamás, y aun cuando lo intentárais, os desmentiría vuestro vestido.»

V. No os engañeis, dice S. Juan Crisóstomo (1), queriendo pagarnos con buenas palabras, porque sabemos bien lo que es el mundo. Sostengo que es imposible cuidar tanto de componerse y mirar por su alma; porque ¿cómo habeis de poder pensar en ella teniendo que hacer tanto con el cuerpo, estando engolfadas enteramente en la vanidad y agobiadas con el peso de vuestros innumerables pecados? «La admirable santa Paula, dice S. Gerónimo (2), ese portento de gravedad y virtud, no encontraba jamás á una de esas mujeres muy peinadas y compuestas, á quien no diese una reprimenda con el rostro y con la vista; y acostumbraba decir que la hermosura del cuerpo tan estudiada y solicitada denotaba indefectiblemente la fealdad del alma.» «Las vírgenes y las casadas honestas», dice S. Cipriano, huyan como de la peste de esos trajes primorosos, propios solo de las deshonestas y que son la enseña de las que han perdido su honor. Es imposible que las que van vestidas de seda y de grana, vayan revestidas de Jesucristo, y donde se ve tanto oro, tantas perlas y tantos diamantes, por necesidad hay que decir que falta el

(1) Homil. 37 in Gehes.

(2) Epist. 27 ad Eustoch.

principal ornato del cuerpo y del alma. Si no ¿cómo no habian de tener reparo de llevar lo que cuesta tan caro á otro y hacer alarde de las armas que estan aun teñidas con la sangre de su prójimo? S. Gregorio Nazianceno tratando de las singulares virtudes de su hermana Gorgonia reprueba todos esos arreos de vanidad como una máquina del príncipe de las tinieblas. «Nadie, dice (1), vió jamas sus vestidos (los de su hermana) cubiertos de hojuelas de oro, ni sus cabellos primorosamente rizados ó tocados. Nunca usó de afeites, ni artificios para hermostear el rostro ó alterar lo que la naturaleza le habia dado. Juzgaba que ese cuidado era solo propio de mujeres de mala fama, porque las que tienen su honor en estima, estan persuadidas á que no hay belleza igual á la que resplandece en el alma. Su carmin no era otro que el rubor de la castidad: su albayalde era el color originado de la larga abstinencia: lo demas lo dejaba á las comediantas y á las que se vanaglorian de no ruborizarse.» Pero ¿á qué fin voy yo buscando otros ejemplos, cuando tengo en las manos uno tan excelente? Con efecto ¿qué modestia se pareció jamás á la de la madre de Dios? ¿No quedó S. Dionisio absorto y como fuera de sí al contemplarla? ¿No dicen expresamente Nicéforo, Cedreno y los demas historiadores que nuestra señora no gastó nunca otro vestido que de lana sin teñir? Yo no dudo que fuese de aquellas de quienes dice Clemente Alejandrino (2) que á imitacion de la mujer fuerte de los Proverbios manejan la lana y el lino y que con sus manos labraria los vestidos de sus criados y particularmente de su hijo; testigo aquella túnica inconsútil, que reconocen unánimemente por obra suya los santos padres. Aquí pre-

(1) Orat. 44.

(2) Pedagog., l. 3, c. 44.

guntaria yo de buena gana á las señoras cristianas si creen que esta reina del cielo gastaria tres ó cuatro horas al dia en componerse y emperifollarse, y qué fin honesto puede llevarse en un esmero y una afectacion tan desordenada. Si es por agradar á sus maridos, ¿por qué no se estan en casa? ¿A qué es darse tanto á ver, hacer tantas visitas y correr de aquí para allá? ¿A qué tantas conversaciones vanas y sospechosas? ¿Quién se persuadirá nunca á que el marido se complace en tantas superfluidades, que con frecuencia arruinan completamente á las familias mas acomodadas? ¿Quién le creerá tan poco discreto, que no juzgue que eso es mas bien cebo de incontinencia que muestra de lealtad? Mas ¿qué dirán las mujeres de tanto tiempo perdido en esas frivolidades y bagatelas? La mañana se va en vestirse y acicalarse, la tarde en visitas: ¿dónde hay en el mundo una vida mas inútil que esa? ¿Qué tiempo les queda para Dios y para el gobierno de su casa? ¿Qué ejemplo dan á sus criados, á sus hijos y á sus prójimos? Si practican algun acto de piedad y devocion, es de pura ceremonia y por cumplir. ¡Oh de qué diversa manera obran las que quieren vivir cristianamente á ejemplo de la Virgen! ¡Cuán pronto derriba la devocion toda esa pompa de Satanás, como la llaman los santos doctores, luego que de veras fija su asiento en una alma! ¡Cuán diferentes planes y aficiones se advierten! ¡Oh qué cierto es que todos esos cuidados son diametralmente opuestos al de agradar á Dios! Pero quizá me he detenido demasiado en este punto.

La cuarta calidad es un espíritu tranquilo y sentado.

VI. La última calidad que el apóstol pide, es un espíritu tranquilo y sentado, que él dice ser rico en la presencia de Dios: porque á la verdad es un tesoro no solo para la mujer cristiana, sino para toda su fami-

lia un espíritu bondadoso, dócil y templado. ¡Qué bien gobernada anda una casa donde no hay disputas y se vive á ejemplo de la sacra familia, donde no se oyen mas que palabras de bondad, de cariño, de respeto y de caridad, donde el marido manda con honor y la mujer gobierna sin voces, donde Dios es honrado y servido de todos! Al contrario afirma el Sábio (1) y atesta la experiencia que mas vale morar en tierra yerma que con mujer rencillosa é iracunda. S. Juan Crisóstomo añade (2) que preferiria vivir entre serpientes, leones y tigres mejor que con una mujer de mal genio, mas difícil de amansar que aquellas fieras. Semejante casa es un infierno abreviado; y las mujeres que así se dejan llevar de su mala cabeza, corren grandísimo riesgo de no entrar jamás en la casa de paz y de amor.

Qué deben hacer las que piensan en casarse.

VII. Aquí creía yo concluir con el apóstol; pero se presenta á mi vista una consideracion que no puedo desechar, porque es el capítulo principal en que deben imitar á la virgen Maria las que piensan en casarse. Hablo del cuidado con que han de tratar con Dios de su matrimonio, con que han de indagar y seguir su santa voluntad y apreciar los prudentes consejos de los que buscan el bien de ellas y no sus caprichos y sus afectos veleidosos. En esto se manifestó singularmente la prudencia celestial de la madre de Dios, que he comenzado á proponerles por modelo; porque realmente se dejó guiar del Espíritu Santo y gobernar por aquellos á quienes debia obediencia por amor de él, y

(1) Proverb., XXI.

(2) Hom. 45 de variis in Matth. locis.

de su parte no puso mas que sus fervientes oraciones y su humildísima sumision. Con este motivo propondré lo que sabemos por S. Epifanio (1), S. Gregorio Niseno (2), Sofronio (3), S. German de Constantinopla (4), Simeon Metafrasta (5), Nicéforo (6), Cedreno (7) y algunos otros historiadores y doctores (8). Todos ellos dicen de comun acuerdo que cuando la Virgen se acercaba á la edad de quince años, deliberaron sus padres qué harian con ella, no juzgando conveniente que una doncella de tan peregrina hermosura y singulares partes estuviese mas tiempo sin tomar estado; y resolvieron esperar la llegada de los parientes á Jerusalem con motivo de la fiesta de los nuevos frutos á fin de conferenciar con ellos. Luego que llegaron, se ventiló la cuestion, y la resolucion fué que era preciso casar cuanto antes á Maria. Llamada esta para que exponga su parecer dice con modestia angelical, con tono respetuoso y encendido el rostro de rubor que no puede ser, ya porque sus padres la han ofrecido á Dios, ya porque ella misma se ha obligado por voto formal á guardar su virginidad. Al oír estas palabras quedaron extraordinariamente sorprendidos los sacerdotes y parientes: por un lado semejante voto era cosa inaudita; pero por otro los detenia el gran concepto que habian formado de la virtud de la santa doncella, y el temor de cometer un sacrilegio dando dominio á ningun hombre sobre un cuerpo consagrado á Dios. Por una parte parecia que habria medio de cumplir la voluntad de sus padres casándola

(1) Hæres. 78.	tionem Deiparæ.
(2) Orat. de sancta Christi	(6) Hist. eccles., l. 2, c. 7.
nativ.	(7) Compend. hist.
(3) Orat. de obitu Mariæ.	(8) Cristoph. à Castro, His-
(4) Orat. de oblatione B. V.	toria Deiparæ, c. 4.
(5) Orat. de vita et dormi-	

con un sacerdote, y así estaría siempre dedicada al servicio del Señor; pero por otra se oponía la ley, la cual prohibía que una heredera única fuese entregada á un hombre de otra tribu que la suya: además quedaban perplejos con la consideración del voto de la Virgen. En medio de esta perplejidad se recurrió á Dios para saber cómo habían de gobernarse, y la respuesta fué que se congregase á todos los individuos de la familia de David hábiles para casarse y residentes entonces en Jerusalem; que aquel sobre quien recayera la suerte por disposición del cielo, fuese el esposo de María; y que Dios proveería tocante á lo demás. Es fácil de imaginar cuáles serían entre tanto las oraciones de la santa doncella y cómo encomendaría al Señor su castidad. Los ángeles no dejaban de visitarla y advertirle que se echara sin temor en los brazos de la divina providencia y que Dios cuidaría de ella; que obedeciese el mandato de los sacerdotes y que todo saldría á medida de su deseo. Llegado el día señalado y reunidos los de la tribu real, cayó la suerte sobre José, natural de Betlehen, de oficio carpintero y conocido de todos por hombre de singular mérito; por lo cual nadie dudó que Dios andaba de por medio en aquel negocio. Así el sacerdote, habiendo obtenido los consentimientos requeridos en tales casos, tomó la mano de la novia y del novio y celebró el matrimonio más santo y admirable que se ha celebrado jamás en la tierra, bendiciendo los asistentes á Dios y adorando su incomprensible sabiduría. Si se trataran así los matrimonios cristianos; si se consultase de veras á Dios y se dirigiese todo con pura intención; ¡cuán de otra manera se llegarían los fieles á celebrar un sacramento, que S. Pablo llama grande delante de Dios y de su iglesia! ¡Qué diferentes efectos surtiría de los que surte en el día! ¡Qué concordia, qué paz y amor, qué gracias y bendiciones del cielo se ha-

llarian en él para llevar las cargas del estado y alcanzar sucesión! Pero como los más de los matrimonios se ajustan con miras sensuales, por intereses terrenos y consideraciones bajas é indignas del nombre cristiano, no es extraño que resulten tantos desórdenes y que Dios sea tan poco glorificado.

Cómo deberían las viudas imitar á la Virgen.

VIII. Aquí faltaba todavía que hacer ver á las viudas la obligación en que están de imitar á la Virgen en su viudez y los medios de conseguirlo; pero bastará leer lo que se refiere en el tratado primero en el paralelo de María santísima y de la casta Judit, que son dos verdaderos espejos y dos dechados perfectos de viudas santas.

§. XIII.—Cómo debe ser imitada de los religiosos de ambos sexos.

Que la virgen Maria fué religiosa.

I. Parece bastaría decir que á la Virgen no le faltó ningún género de perfección para mostrar que fué un dechado muy acabado de la vida religiosa; no obstante estimo conveniente dilucidar más este razonamiento, para que se descubran mejor los singulares ejemplos que dejó á los religiosos conforme á su estado.

II. En primer lugar no puede negarse sin temeridad que los santos apóstoles, como que habían recibido las primicias del espíritu y habían de ser los maestros de toda la santidad cristiana, fueron llamados á la perfección de los consejos evangélicos y la sellaron y confirmaron con voto. S. Gerónimo escribiendo contra Joviniano, enemigo jurado de toda religión, se vale de las palabras de S. Pedro, quien hablando de sí y de sus compañeros dice: «Nosotros lo hemos dejado todo y te he-

con un sacerdote, y así estaría siempre dedicada al servicio del Señor; pero por otra se oponía la ley, la cual prohibía que una heredera única fuese entregada á un hombre de otra tribu que la suya: además quedaban perplejos con la consideración del voto de la Virgen. En medio de esta perplejidad se recurrió á Dios para saber cómo habían de gobernarse, y la respuesta fué que se congregase á todos los individuos de la familia de David hábiles para casarse y residentes entonces en Jerusalem; que aquel sobre quien recayera la suerte por disposición del cielo, fuese el esposo de Maria; y que Dios proveería tocante á lo demás. Es fácil de imaginar cuáles serían entre tanto las oraciones de la santa doncella y cómo encomendaría al Señor su castidad. Los ángeles no dejaban de visitarla y advertirle que se echara sin temor en los brazos de la divina providencia y que Dios cuidaría de ella; que obedeciese el mandato de los sacerdotes y que todo saldría á medida de su deseo. Llegado el día señalado y reunidos los de la tribu real, cayó la suerte sobre José, natural de Betlehen, de oficio carpintero y conocido de todos por hombre de singular mérito; por lo cual nadie dudó que Dios andaba de por medio en aquel negocio. Así el sacerdote, habiendo obtenido los consentimientos requeridos en tales casos, tomó la mano de la novia y del novio y celebró el matrimonio más santo y admirable que se ha celebrado jamás en la tierra, bendiciendo los asistentes á Dios y adorando su incomprendible sabiduría. Si se trataran así los matrimonios cristianos; si se consultase de veras á Dios y se dirigiese todo con pura intención; ¡cuán de otra manera se llegarían los fieles á celebrar un sacramento, que S. Pablo llama grande delante de Dios y de su iglesia! ¡Qué diferentes efectos surtiría de los que surte en el día! ¡Qué concordia, qué paz y amor, qué gracias y bendiciones del cielo se ha-

llarian en él para llevar las cargas del estado y alcanzar sucesión! Pero como los más de los matrimonios se ajustan con miras sensuales, por intereses terrenos y consideraciones bajas é indignas del nombre cristiano, no es extraño que resulten tantos desórdenes y que Dios sea tan poco glorificado.

Cómo deberían las viudas imitar á la Virgen.

VIII. Aquí faltaba todavía que hacer ver á las viudas la obligación en que están de imitar á la Virgen en su viudez y los medios de conseguirlo; pero bastará leer lo que se refiere en el tratado primero en el paralelo de María santísima y de la casta Judit, que son dos verdaderos espejos y dos dechados perfectos de viudas santas.

§. XIII.—Cómo debe ser imitada de los religiosos de ambos sexos.

Que la virgen Maria fué religiosa.

I. Parece bastaría decir que á la Virgen no le faltó ningún género de perfección para mostrar que fué un dechado muy acabado de la vida religiosa; no obstante estimo conveniente dilucidar más este razonamiento, para que se descubran mejor los singulares ejemplos que dejó á los religiosos conforme á su estado.

II. En primer lugar no puede negarse sin temeridad que los santos apóstoles, como que habían recibido las primicias del espíritu y habían de ser los maestros de toda la santidad cristiana, fueron llamados á la perfección de los consejos evangélicos y la sellaron y confirmaron con voto. S. Gerónimo escribiendo contra Joviniano, enemigo jurado de toda religión, se vale de las palabras de S. Pedro, quien hablando de sí y de sus compañeros dice: «Nosotros lo hemos dejado todo y te he-

mos seguido. Muestra que los apóstoles no habían dejado solamente sus bienes (lo cual correspondía á la pobreza), sino también sus mujeres con propósito de guardar perpetua castidad, y que además habían seguido al Salvador prometiéndole obediencia. S. Agustín lo dice expresamente (1), y el doctor angélico lo confirma (2) por la excelencia del voto que había de ilustrar todos los hechos de los apóstoles, como que era el consejo más relevante y distinguido. Siendo esto así, ¿no habrá de confesarse con más razón que la Virgen, norma é idea de toda perfección y maestra de los mismos apóstoles, fué ensalzada á ese estado eminente por un privilegio especial debido al título excelente de madre de Dios, el cual comprende en sí toda la santidad imaginable?

III. En segundo lugar el ya citado santo Tomás enseña (3) que aunque Jesucristo, propiamente hablando, debía de enarbolar el estandarte de la perfección, eso no quitó para que su madre echase los cimientos de ella en sí misma, así como no dejó de tener la plenitud de gracia en segundo grado aun antes de haberle concebido, bien que el Señor debía de ser la fuente de quien dijera S. Juan un día: «Le hemos visto lleno de gracia y de verdad.»

IV. En tercer lugar sabemos por el abad Ruperto (4) y por Dionisio el cartujo (5) que la Virgen instituyó en Jerusalén y gobernó poco después de la muerte de su hijo una congregación de hasta ciento y veinte vírgenes, las cuales vivían en la práctica continua de las virtudes propias del estado religioso. Esto no parecerá extraño á

(1) De civit. Dei, l. 17, c. 4. cap. 3, etc.
 (2) Secunda secundæ, q. 88, art. 4. Véase Alvar. Pelag., De planetu eccles., lib. 2, cap. 56: Suar., t. 3 de relig., lib. 3.
 (3) P. 3, q. 28, art. 4.
 (4) Lib. 5 in Cant.
 (5) In 4 sent., dist. 16, q. 2.

quien considere que la iglesia primitiva como un campo recién regado con la preciosa sangre de Jesucristo, según la llama S. Gerónimo (1), fué asombrosamente fértil en esos nuevos frutos de santidad y que por todas partes brotaron las semillas sagradas de la perfección evangélica. La Palestina, la Siria y el Egipto se cubrieron al punto de esas plantas celestiales y produjeron personas de ambos sexos, que dejándolo todo convirtieron las ciudades en desiertos y los desiertos en ciudades y las unas y los otros en una imagen del paraíso. Entonces S. Pablo convidaba á todos á dedicarse á Dios y consagrarle su castidad sin temer las persecuciones que semejantes amonestaciones habían de ocasionar á la iglesia en general y á él en particular. Entonces santa Marta, formada por la mano de la Virgen y salida de su escuela, erigió otras academias semejantes en Aviñón y Tarascon. Entonces santa Ifigenia, libertada milagrosamente por S. Mateo del incendio que su mismo padre le había preparado, y reservada para propagar el reino de la castidad, conducía hasta doscientas vírgenes en pos del cordero. Entonces innumerables personas se alistaban bajo del estandarte blanco de la virginidad, que la madre de Dios había desplegado.

Pobreza de la Virgen santísima.

V. En cuarto lugar ya que la esencia del estado religioso consiste propiamente en los tres votos de pobreza, castidad y obediencia y en la profesión que se hace de observarlos, no es difícil mostrar que la Virgen abrazó con el estado religioso la perfección de esas tres virtudes y de todas las demás que las acompañan y cons-

(1) Epíst. 8.

tituyen los consejos evangélicos. Por lo que toca á la pobreza, nuestra señora misma se lo reveló un dia á santa Brígida diciendo que se obligó por voto á no poseer nada en este mundo; que á consecuencia de tal obligacion se despojó generalmente de todos sus bienes, no reservándose mas que lo necesario para mantenerse con mucha frugalidad; y que ella y su esposo S. José de comun acuerdo se descargaron de aquello sin lo enal podian pasar. Por aqui se ve que la pobreza de la reina del cielo no fué forzada, sino una dejacion voluntaria de las cosas superfluas, teniendo presente en esta parte que S. Joaquin y santa Ana (de quien Maria era única heredera) poseian muchos bienes, supuesto que la tercera parte bastaba para mantener á una familia dilatada y distinguida. La Virgen que abrazó voluntariamente la pobreza, la observó con mucho afecto toda su vida; porque sin repetir lo que queda dicho sobre su manutencion y vestido, ¿cuán estrechamente no se uniria con aquella virtud cuando se casó con san José, á quien tuvo que ayudar á ganar la vida con el trabajo de sus manos? Su viaje á Nazareth, donde no pudo encontrar posada por su pobreza, el parir en un establo, la ofrenda que hizo cuando su purificacion, lo que padeció en Egipto y durante toda su vida, ¿no son las consecuencias necesarias de su pobreza voluntaria? La donacion que hizo á los pobres de los ricos presentes de oro, incienso y mirra ofrecidos por los magos en cuanto los recibió, segun observan san Bernardo (1), S. Buenaventura (2), S. Antonino (3), Dionisio el cartujo (4) y el Abulense (5), ó el generoso desprecio con que los miró segun otros, habiéndolos

(1) Apud S. Anton. en el lugar citado.

(2) Medit. vitæ Christi, capit. 9.

(3) Parte 44, tit. 15, c. 32, S. 2.

(4) In cap. II Mat.

(5) Ibidem.

tocado solamente por cumplir el misterio y por no ofender á los príncipes que venian de tierras tan lejanas, ¿no son señales inequívocas del amor que tenia á la pobreza? Los dos únicos y pobres vestidos que le quedaron á la hora de la muerte, ¿no manifiestan su gran desnudez y el absoluto despojo de todo? En fin ¿quién negará que fué convenientísimo que el rey de la gloria bajado del cielo á la tierra por amor de la pobreza diese parte de este tesoro ignorado á su amada madre antes que á nadie? Léase el tratado de Alberto Magno, quien componiendo de varios escalones la escalera de la pobreza hace ver cómo la madre de Dios llegó al mas alto grado de esa virtud (1).

Su castidad.

VI. Nada hablaré de esta virtud contentándome con lo que dije en el capítulo III del tratado primero.

Su obediencia.

VII. En cuanto á la obediencia así como nadie conoció mejor el precio de ella despues de su hijo, así tampoco nadie se distinguió mas en su observancia. Consideremos con qué presteza cumple todos los mandatos de los sacerdotes y de la maestra de las doncellas en los once años de su morada en el templo. Oigamos lo que responde al ángel y cómo se apellida la mas humilde sierva del Señor. Veamos con qué resignacion de voluntad y juicio obedece á su esposo S. José en los treinta y un años que vivió en su compañía. Notemos que por amor de Dios se some-

(1) Véase la adición de la que va en la nota V al fin del tomo. madre María Jacoba de Bleimur,

tió al edicto de Augusto y emprendió el viaje para empadronarse no obstante el rigor del invierno, la aspereza del camino y el estado adelantado de su preñez. Contemplémosla yendo á Jerusalem para cumplir en todas sus partes la ley de la purificación, sin embargo de que no la obligaba. Sigámosla en su huida á Egipto y observemos con qué presteza se levanta á media noche, coge al niño en los brazos y se parte sin quejarse, ni alterarse, ni escandalizar por tan inicua orden. Veamos con qué sumision recibe todas las disposiciones del cielo, ya cuando su hijo se despide de ella para predicar el reino de paz, ya cuando comienza su dolorosa pasion. En fin admiremos la constancia con que esta señora consume su sacrificio, y cómo ofrece sin contradiccion su hijo á la muerte para conformarse con la voluntad de su eterno padre. ¿Hay nada que se parezca á esto entre los espíritus bienaventurados, los cuales estan esperando siempre una mirada de Dios para volar á donde disponga?

Sus demas virtudes religiosas, y particularmente cómo se dedicó á Dios desde su niñez.

VIII. ¿Qué diré de todas las demas virtudes propias del estado religioso, que sirvieron para realzar las tres principales de que acabo de hablar? ¿Qué de la diligencia en sus obras? ¿Qué del cuidado que mostraba en todo, aun en las cosas mas pequeñas? ¿Qué de su fervor en buscar los oficios mas viles y penosos? ¿Qué de su zelo en promover el aprovechamiento de sus compañeras y de su caridad para servir las en todas ocasiones? ¿Qué de su afabilidad y mansedumbre para sufrir las imperfecciones ajenas? ¿Qué finalmente de su continuo adelantamiento en el estudio de la santidad y de los escalones que á imitacion de David iba disponiendo en su

corazon? Aquí se descubren maravillas capaces de arrebatarse á los entendimientos mas aventajados. Pero por quanto esto excede la capacidad del mio, pongo fin á mi discurso con un hecho muy importante y no menos imitable de los que son llamados por Dios á su servicio; y es que nuestra señora dejó el mundo antes de conocerle y consagró su primera edad al servicio de la majestad divina. Con efecto escriben Evodio, sucesor de S. Pedro en la silla de Antioquia, S. Gerónimo, S. German de Constantinopla, Epifanio, presbítero de la misma iglesia, Cedrenó, Nicéforo y otros que fué ofrecida á Dios y admitida en el templo á la edad de tres años, para que se preparase á ser digna madre y esposa de Dios por una perfectísima inocencia de costumbres y por todo género de virtudes; privilegio de las almas escogidas que ninguno ha conocido jamás en esta vida tal como es; pero los ángeles le admiran en el cielo y bendicen de continuo la infinita bondad del Criador en favor de aquellos á quienes es otorgado. El profeta Jeremías tenia un particular conocimiento de él cuando exclamaba: ¡Oh qué bueno es llevar desde la mocedad el yugo del Señor y ponerse desde temprano á su servicio!

IX. Espíritus bienaventurados, que sentís y conocéis esta dicha como conviene, ayudadme á expresarla para provecho de aquellos á quienes Dios va separando del comun de las gentes á fin de prevenirlos con las dulcedumbres de su infinita misericordia. ¿Qué suerte y qué condicion hay en el mundo comparable con la de aquel que da todo á Dios de quien lo tiene todo, le honra á ejemplo de los ángeles desde la aurora de su vida, le ha amado en quanto ha podido, no ha tenido otro dueño que él y ha ignorado mas bien que combatido el vicio? ¿Qué suerte es comparable con la del que pueda decir un dia en el cielo: Veo á aquel á quien nunca ofendí mortalmen-

te, á aquel cuya gracia no perdí una vez recibida, conservando la hermosa túnica de la inocencia que vestí en el bautismo, á aquel que fué el único objeto de mi amor y el centro de mis afectos? ¿Qué suerte hay comparable con la del que pueda gloriarse como la casta esposa de haberle guardado los frutos añejos y los nuevos y poder decirle con Jacob: Tú eres el Dios que me llevaste en tus brazos desde mi niñez; con David: Tú eres mi porción, mi heredad y mi todo; y con S. Francisco: Dios mio y todas las cosas? El que se acostumbre temprano á servir á Dios, dice S. Ambrosio (1), y en su mocedad presente el cuello al yugo del Señor, se verá libre de las pasiones importunas gozando tranquilamente del apacible y sosegado retiro y de la contemplación de las cosas celestiales. No tendrá que pelear todos los días con su cuerpo, ni que sufrir el asalto de sus concupiscencias, porque el yugo que lleva desde la mocedad, habrá debilitado las fuerzas de su enemigo doméstico. ¡Oh cuán diferente es decir: Dios mio, que me sustentas desde mi menor edad; á tener que llorar con David los deslices de la juventud y clamar al Señor diciendo: No te acuerdes, Señor, de las culpas de mi juventud! Estas últimas palabras son un confortativo de la flaqueza; pero las primeras denotan una salud robusta: aquí se trata de tomar la medicina; allí se dan gracias por la robustez: aquí hay que sufrir los agudos remordimientos de los pecados pasados, la fuerza de los malos hábitos, los impetus y la inestabilidad del corazón corrompido por el error y combatir continuamente los vicios envejecidos; allí no hay mas que gozar de los sabrosos frutos del silencio y penetrar los profundos arcanos de los oráculos divinos, que son para las almas

(1) Serm. 2 in psalm. CXVIII.

purificadas y apartadas á tiempo de la confusion del mundo: aquí siempre está uno con temor y en peligro; allí todo es paz y confianza. Dichosa el alma á quien Dios abre desde luego los tesoros de su gracia, y que por su parte se deja gobernar y poseer de su sumo bien, porque podrá decir: Hallé cuanto podía desear; lo hallé y no lo dejaré jamás.

§. XIII. — Cómo debe ser imitada de todos para disponerse á bien morir.

I. Es un excelente dicho de S. Juan Damasceno que el hombre no es mas que un misterio, cuyo principio es salir de Dios y el fin volver á él (1). A decir verdad es un misterio muy profundo el de la predestinacion del hombre, el cual á medida que crece en edad, se va ya descubriendo, ya encubriendo mas y siempre llevando tras si un número infinito de misterios. Sus adelantamientos y atrasos, sus subidas y bajadas, sus desvíos y rodeos, sus caidas y levantadas, sus alternativas de bien y de mal, de alegría y de tristeza, de consuelo y desconsuelo, de luz y oscuridad, de prosperidad y adversidad, de favor y de desgracia, de salud y enfermedad, de honra y deshonor son otros tantos misterios, que deben de hacerle respetar siempre la adorable providencia de Dios. Pero la conclusion de todos ellos es volver á Dios de donde salió. Este es el punto en que el alma entrando en el esplendor de los santos empieza á abrir los ojos y á ver la série de todos los misterios que han pasado en ella. La muerte es un camino necesario y un tránsito inevitable para llegar á ese estado; ó digamos mejor con el Espíritu Santo, ese es el instante de que depende la eternidad, el período que absolutamente nos

(1) Fidei orthodox., l. 2, c. 42.

te, á aquel cuya gracia no perdí una vez recibida, conservando la hermosa túnica de la inocencia que vestí en el bautismo, á aquel que fué el único objeto de mi amor y el centro de mis afectos? ¿Qué suerte hay comparable con la del que pueda gloriarse como la casta esposa de haberle guardado los frutos añejos y los nuevos y poder decirle con Jacob: Tú eres el Dios que me llevaste en tus brazos desde mi niñez; con David: Tú eres mi porción, mi heredad y mi todo; y con S. Francisco: Dios mio y todas las cosas? El que se acostumbre temprano á servir á Dios, dice S. Ambrosio (1), y en su mocedad presente el cuello al yugo del Señor, se verá libre de las pasiones importunas gozando tranquilamente del apacible y sosegado retiro y de la contemplación de las cosas celestiales. No tendrá que pelear todos los días con su cuerpo, ni que sufrir el asalto de sus concupiscencias, porque el yugo que lleva desde la mocedad, habrá debilitado las fuerzas de su enemigo doméstico. ¡Oh cuán diferente es decir: Dios mio, que me sustentas desde mi menor edad; á tener que llorar con David los deslices de la juventud y clamar al Señor diciendo: No te acuerdes, Señor, de las culpas de mi juventud! Estas últimas palabras son un confortativo de la flaqueza; pero las primeras denotan una salud robusta: aquí se trata de tomar la medicina; allí se dan gracias por la robustez: aquí hay que sufrir los agudos remordimientos de los pecados pasados, la fuerza de los malos hábitos, los impetus y la inestabilidad del corazón corrompido por el error y combatir continuamente los vicios envejecidos; allí no hay mas que gozar de los sabrosos frutos del silencio y penetrar los profundos arcanos de los oráculos divinos, que son para las almas

(1) Serm. 2 in psalm. CXVIII.

purificadas y apartadas á tiempo de la confusion del mundo: aquí siempre está uno con temor y en peligro; allí todo es paz y confianza. Dichosa el alma á quien Dios abre desde luego los tesoros de su gracia, y que por su parte se deja gobernar y poseer de su sumo bien, porque podrá decir: Hallé cuanto podía desear; lo hallé y no lo dejaré jamás.

§. XIII. — Cómo debe ser imitada de todos para disponerse á bien morir.

I. Es un excelente dicho de S. Juan Damasceno que el hombre no es mas que un misterio, cuyo principio es salir de Dios y el fin volver á él (1). A decir verdad es un misterio muy profundo el de la predestinacion del hombre, el cual á medida que crece en edad, se va ya descubriendo, ya encubriendo mas y siempre llevando tras si un número infinito de misterios. Sus adelantamientos y atrasos, sus subidas y bajadas, sus desvíos y rodeos, sus caidas y levantadas, sus alternativas de bien y de mal, de alegría y de tristeza, de consuelo y desconsuelo, de luz y oscuridad, de prosperidad y adversidad, de favor y de desgracia, de salud y enfermedad, de honra y deshonor son otros tantos misterios, que deben de hacerle respetar siempre la adorable providencia de Dios. Pero la conclusion de todos ellos es volver á Dios de donde salió. Este es el punto en que el alma entrando en el esplendor de los santos empieza á abrir los ojos y á ver la série de todos los misterios que han pasado en ella. La muerte es un camino necesario y un tránsito inevitable para llegar á ese estado; ó digamos mejor con el Espíritu Santo, ese es el instante de que depende la eternidad, el período que absolutamente nos

(1) Fidei orthodox., l. 2, c. 42.

importa, el negocio de los negocios que tenemos en el mundo. Aunque todos los demas hayan salido bien, si este solo se pierde, se perdió todo; al contrario aun cuando todo se perdiese, si se gana este, no hay nada que temer. De aquí infiero que la ciencia de las ciencias es aprender á bien morir, porque solo la falta de una buena muerte no puede repararse jamás. Mas ¿de quién lo aprenderemos mejor despues de Jesucristo, dechado perfecto de nuestra vida y nuestra muerte, que de aquella de quien hemos aprendido hasta aquí á bien vivir? Con este propósito voy á concluir la imitacion de la Virgen sin pensar por eso detenerme mucho en su tránsito; pero presupongo como la idea cumplidísima de una buena muerte lo que dije largamente en el capítulo XI del tratado primero.

Habituarse desde temprano al pensamiento de la muerte.

II. Ante todas cosas hay que convenir en que el gran secreto de este negocio es habituarse á la idea de la muerte contemplándola con frecuencia y conociéndola por lo que es. El fruto de este provechoso ejercicio es que cuando llega, no la tenemos por una desgracia terrible, sino por la entrada á la libertad de los hijos de Dios; que no nos apegamos á las cosas transitorias de la tierra sino como á cosas prestadas y que hay que devolver cuanto antes; que no somos arrancados de esta vida con violencia y como quien es separado de lo que amaba locamente, sino que salimos gozosos y contentos como de un calabozo; que nos alistamos en el partido de los hijos de Dios, á quienes es tan enojosa la vida como para los hijos del mundo la muerte, segun dice S. Agustín; y que con tiempo ordenamos nuestros asuntos por no ser sorprendidos. Con efecto pues que por lo comun una buena muerte corona una buena vida, es preciso procurar

que el fin diga relacion al principio, y pues el camino es difícil de seguir, todo está en tomarle bien. Es una ceguedad sin igual aguardar á hacer el aprendizaje de una cosa tan importante, que no se hace nunca dos veces y que una vez mal hecha no puede repararse, para cuando flaquean el cuerpo y el alma y no somos de nosotros mas que á medias. Los que quieren de veras salvarse, proceden de otra suerte, porque se acostumbran á morir todos los dias y á vivir como ciudadanos del cielo y peregrinos en la tierra á ejemplo de la madre de Dios, cuya muerte fué mas dulce que el sueño mas apacible, porque su conversacion, su corazon, su alma y todas sus aspiraciones estaban allá arriba. Los justos no dejan por eso de tener un cuidado mas particular cuando sienten llegar la hora de la partida.

Arreglar con tiempo los asuntos temporales.

III. Es señal de mucha prudencia y cordura no aguardar á aquella hora para arreglar sus asuntos temporales, sino tenerlos ordenados y dispuestos con anticipacion. Cuando no fuese así, lo primero que hay que despachar es esto, habiendo tiempo para todo, no porque sea el negocio mas urgente, sino para salir de él y quedar con el espíritu libre y tranquilo á fin de no pensar sino en Dios y en la salvacion. Lo principal en esto es restituir lo mal adquirido y pagar las deudas si las hay; por descuidar estas dos obligaciones sufren muchas almas largos años las penas del purgatorio, sin que puedan aprovecharles los sufragios de los vivos.

Hacer todo el bien que se pueda.

IV. Despues viene el mandar limosnas á los pobres y necesitados sin incurrir en el abuso tan comun de dar á

los que tienen ya de sobra, para ensancharles la tabla que ha de conducirlos á los infiernos. La virgen María, que no tenía mas que dos vestidos de poco valor, dispuso de ellos en favor de dos doncellas pobres ó segun otros de dos viudas, que los guardaron con muchísimo cuidado como dos preciosas reliquias. Confieso que presagio muy mal de una persona acomodada, en cuyo testamento no tienen buena parte los pobres y las obras pias, porque me figuro que Dios, que es el fiador de los pobres, no quiere tomar nada de ellos por no debérselo. Siempre estimaré en mucho, como es debido, las disposiciones de aquellos fieles, que dejan todos sus bienes (no teniendo herederos) ó parte de ellos (en caso de tenerlos) para sufragios y obras pias aplicables por su alma.

Aceptar gustoso de la mano de Dios la muerte con todas sus consecuencias.

V. Dejemos lo accesorio para venir á lo principal y hablemos del cuidado del alma. La primera cosa que hizo la Virgen cuando el ángel le trajo la tan deseada nueva de su muerte, fué entonar el cántico de Simeon *Nunc dimittis* y aceptarla como una señalada merced de su hijo. A mi juicio esto es lo primero que Dios desea de una alma que se ha criado en su fé y en su temor, cuando es llamada á pensar en sí y prepararse para la muerte. Sientan dejar la vida los que no esperan otra felicidad que la de la tierra: lloren como quien todo lo ha perdido, y estremézcanse con solo oír el nombre de la muerte; pero los que esperan la herencia del cielo adquirida por el Salvador, han de levantar las manos á lo alto en cuanto se les avise que se acerca su fin, y con toda su alma han de resignarse en la voluntad de Dios aceptando la nueva de su partida y recibéndola como una esquila de convite de su bondadoso padre. Doblen

el cuello á sus mandatos, ofrézcanle cuanto tienen y son, y denle humildemente las gracias porque se ha dignado de acordarse de ellos. Algunas personas espirituales se mueven por devocion á aceptar gustosos no solo la muerte, sino en particular todas sus consecuencias y dependencias, como son las enfermedades, las angustias, los dolores, las debilidades de cuerpo y alma, los tormentos de la agonía, el féretro, la podredumbre y los gusanos, las penas del purgatorio y todo lo que Dios se sirva disponer ya en vida, ya despues de la muerte. Enseñan muchos teólogos abonados que este es el medio de hacer meritorio aun aquello que nos pasa despues de la muerte, que no es poco tesoro; pero aun cuando no fuese así, este acto es de suyo tan noble y agradable á Dios, que el deseo que debemos tener de no omitir entonces nada de cuanto puede contentar á la divina majestad, basta para inclinarnos á practicarle.

Recurrir con tiempo á las últimas armas del cristiano. Hacerse amigos en vida entre los justos.

VI. La Virgen alcanzó del Señor que los santos apóstoles se hallasen presentes á su muerte tanto para que la asistieran, como para que recibieran su último á Dios y algun buen consejo. En este hecho descubro tres singulares documentos que nuestra amorosa madre da á todos sus hijos. El primero es pertrecharse á tiempo de las armas de salvacion y pedir cuanto antes el auxilio de los santos sacramentos ya á fin de evitar las sorpresas, ya por hacer mas meritorios los actos siguientes y tener mas fortaleza para pelear con los enemigos y sufrir las incomodidades de la enfermedad por medio de aquel que venció la muerte y el demonio y derribó en tierra á todos nuestros enemigos. El segundo es ganarse amigos en vida entre los justos, de quienes pue-

dan recibir asistencia en el último trance y á quienes el derecho de la amistad y de la caridad dé atrevimiento para entrar á servirlos sin ser llamados. La presencia de tales personas contiene los esfuerzos de los espíritus invisibles é impide los gritos inútiles de los de la casa: sus propósitos despiertan los sentidos embargados del moribundo, y sus oraciones impetran de Dios las fuerzas necesarias al alma en aquella hora terrible. El tercero es hacer y decir algo que pueda servir de memorial á los que sobrevivan, porque las últimas palabras de los moribundos son como saetas encendidas que traspasan y abrasan los corazones y muchas veces son causa de notables conversiones.

Dejar algun memorial de piedad á los hijos, amigos etc. Tratar con Dios de la salvacion.

VII. La madre de Dios habiéndolo ordenado todo de esta suerte empleó diligentísimamente el tiempo que le quedaba hasta espirar, en dulces y amorosos coloquios con su amado hijo, que habia bajado del cielo para recibir el alma de su queridísima madre, y en actos de fé, esperanza, caridad y religion, que arrebatában á los asistentes y les daban ganas de seguirla. Esos actos son como las aletadas del alma cristiana que deben de disponerla á volar hácia el cielo, sin olvidar el perdon cordial de las injurias recibidas, la humilde satisfaccion por las que se han hecho al prójimo, las lágrimas y el dolor por los pecados cometidos, los abrazos á la cruz, el recurso á la preciosa sangre de Jesucristo, la firme confianza en su santa madre, la invocacion fervorosa de los santos á quienes se tiene particular devocion y sobre todo al ángel de la guarda, todo lo que puede ayudar á detestar la ofensa hecha á Dios y unirse al sumo bien. Siempre me han gustado aque-

llos que asegurando la jugada en cuanto se puede en un negocio de tal trascendencia, preparan de antemano su testamento espiritual y ponen por escrito todas las protestas que quisieran hacer entonces, las consideraciones mas eficaces para rezarlas en forma de versículos ó de breves oraciones sacadas de la Escritura y santos padres ó inventadas por ellos, y particularmente aquellas á que estan mas habituados, porque nada tiene entonces tanta virtud sobre el alma como los sentimientos á que se halla acostumbrada. Todavía aprecio mas la laudable práctica de otros, que se preparan algunas veces en el año para una buena muerte por medio de ejercicios espirituales, suplicando al Señor que en su infinita misericordia los acepte desde entonces para la hora de la muerte como su última é inalterable voluntad, principalmente en caso de muerte imprevista y repentina que no les dejase tiempo para disponerse. Quiera Dios otorgarnos la gracia de morir con la muerte de los justos, entregar nuestra alma en sus manos y las de su madre santísima y acabar tan felizmente nuestra vida, que la beatísima Trinidad sea glorificada en el fin así como en el principio y en el medio.

CAPITULO XII.

DE LA ASOCIACION; UNDÉCIMO RECONOCIMIENTO DEBIDO A LAS GRANDEZAS DE LA MADRE DE DIOS.

Así como vemos que un rio cuanto mas se acerca á desembocar en el mar, mas se hincha con los arroyos y torrentes que recibe al paso, de la misma manera cuanto mas tocamos al fin de esta obra, mas se refuerzan las diferentes especies de reconocimiento por la union de otras varias que arrastran consigo. La asocia-

dan recibir asistencia en el último trance y á quienes el derecho de la amistad y de la caridad dé atrevimiento para entrar á servirlos sin ser llamados. La presencia de tales personas contiene los esfuerzos de los espíritus invisibles é impide los gritos inútiles de los de la casa: sus propósitos despiertan los sentidos embargados del moribundo, y sus oraciones impetran de Dios las fuerzas necesarias al alma en aquella hora terrible. El tercero es hacer y decir algo que pueda servir de memorial á los que sobrevivan, porque las últimas palabras de los moribundos son como saetas encendidas que traspasan y abrasan los corazones y muchas veces son causa de notables conversiones.

Dejar algun memorial de piedad á los hijos, amigos etc. Tratar con Dios de la salvacion.

VII. La madre de Dios habiéndolo ordenado todo de esta suerte empleó diligentísimamente el tiempo que le quedaba hasta espirar, en dulces y amorosos coloquios con su amado hijo, que habia bajado del cielo para recibir el alma de su queridísima madre, y en actos de fé, esperanza, caridad y religion, que arrebatában á los asistentes y les daban ganas de seguirla. Esos actos son como las aletadas del alma cristiana que deben de disponerla á volar hácia el cielo, sin olvidar el perdon cordial de las injurias recibidas, la humilde satisfaccion por las que se han hecho al prójimo, las lágrimas y el dolor por los pecados cometidos, los abrazos á la cruz, el recurso á la preciosa sangre de Jesucristo, la firme confianza en su santa madre, la invocacion fervorosa de los santos á quienes se tiene particular devocion y sobre todo al ángel de la guarda, todo lo que puede ayudar á detestar la ofensa hecha á Dios y unirse al sumo bien. Siempre me han gustado aque-

llos que asegurando la jugada en cuanto se puede en un negocio de tal trascendencia, preparan de antemano su testamento espiritual y ponen por escrito todas las protestas que quisieran hacer entonces, las consideraciones mas eficaces para rezarlas en forma de versículos ó de breves oraciones sacadas de la Escritura y santos padres ó inventadas por ellos, y particularmente aquellas á que estan mas habituados, porque nada tiene entonces tanta virtud sobre el alma como los sentimientos á que se halla acostumbrada. Todavía aprecio mas la laudable práctica de otros, que se preparan algunas veces en el año para una buena muerte por medio de ejercicios espirituales, suplicando al Señor que en su infinita misericordia los acepte desde entonces para la hora de la muerte como su última é inalterable voluntad, principalmente en caso de muerte imprevista y repentina que no les dejase tiempo para disponerse. Quiera Dios otorgarnos la gracia de morir con la muerte de los justos, entregar nuestra alma en sus manos y las de su madre santísima y acabar tan felizmente nuestra vida, que la beatísima Trinidad sea glorificada en el fin así como en el principio y en el medio.

CAPITULO XII.

DE LA ASOCIACION; UNDÉCIMO RECONOCIMIENTO DEBIDO A LAS GRANDEZAS DE LA MADRE DE DIOS.

Así como vemos que un rio cuanto mas se acerca á desembocar en el mar, mas se hincha con los arroyos y torrentes que recibe al paso, de la misma manera cuanto mas tocamos al fin de esta obra, mas se refuerzan las diferentes especies de reconocimiento por la union de otras varias que arrastran consigo. La asocia-

cion de que voy á hablar aqui, será una prueba perentoria de esto.

§. I.—Que la asociacion es una manera de reconocimiento muy grato á la madre de Dios.

I. Nunca dudará esto el que considere la gloria que Dios saca y el gran provecho que redundá á la iglesia tanto en general como en particular. A mi juicio nadie ha expresado mejor todas las ventajas de la asociacion que el real profeta cuando decia: «Mirad cuán bueno y cuán gustoso es habitar los hermanos en union: como el perfume en la cabeza, que bajó por la barba muy crecida de Aarón, que bajó á la orla de su vestido; como el rocío de Hermon, que desciende al monte de Sion; porque allí envió el Señor bendicion y vida hasta el siglo (1).» Voy á explicar las dos comparaciones, que usa David.

II. La una está tomada de uno de los montes mas alegres y fértiles de la Palestina y de las suaves influencias del cielo que descienden sobre él. Semejante union ó asociacion, dice, se parece al rocío que bajando del monte Hermon fertiliza la campiña aledaña, ó al que desde el monte Sion abona los valles de los contornos. Aquí es de notar, dice un sabio obispo, que hay dos montes de Hermon: el primero, unido al monte Libano por un vallecito, está situado entre la tribu de Neftalí y el territorio de Damasco y sirve de muro á la Palestina por el lado del norte, por donde salen los dos famosos rios Abana y Farfar, asi como á la parte opuesta corre la fuente plateada, que es el nacimiento del Jordan. El segundo monte Hermon está en Galilea cerca

(1) Salmo CXXXII.

del mismo Jordan y de Salim, donde bautizaba S. Juan. Los dos gozaban de una situación ventajosa y eran fértiles en yerbas, pastos, árboles y frutas de todas clases, asi como el monte Sion que alegra la vista con su verde y espesa alfombra. Los tres son fértiles por la abundancia del rocío del cielo, cuya benéfica influencia sienten aun los valles inmediatos con gran contentamiento de los que los cultivan. ¿Quién no descubre ya los rasgos de semejanza en este precioso simil? Con efecto asi como todos esos montes contiguos entre sí participan del mismo rocío, asi tambien los que pertenecen á una asociacion ó congregacion, son rociados con las mismas gracias del cielo; y asi como dichos montes son desiguales en magnitud y elevacion, asi en toda asociacion hay desigualdad y unas almas se elevan mas que otras. Pero á la manera que los montes mas pequeños se aprovechan del rocío que cae sobre los mas altos, y hasta los valles sienten aquella saludable influencia, del mismo modo en estas asociaciones los menos perfectos se aprovechan siempre de los prudentes consejos y de los buenos ejemplos de los mas provecos. El Eclesiastes (1) lo declara excelentemente cuando dice: «Mejor es que esten dos juntos que uno solo, porque tienen la ventaja de su compañía. Si uno cayere, le sostendrá el otro. ¡Ay del que es solo! Cuando cayere, no tiene quien le levante. Si durmieren dos juntos, se calentarán mutuamente; mas uno solo ¿cómo se calentará? Si alguno prevaleciere contra el uno, los dos le resisten.»

III. ¡Oh cuán cierto es esto en las congregaciones santamente instituidas y diligentemente conservadas, donde es indecible el provecho que sacan los unos del

(1) Eccles., IV.

trato y familiaridad de los otros! Con efecto ¿cuántos no se hubieran levantado jamás de peligrosísimas caídas á no ser por alguno de aquellos con quien tenían contrahida amistad espiritual! ¿Cuántas personas de conducta relajada se han convertido por el frecuente trato de otros con quienes estaban unidas en relaciones espirituales! ¿Quién mas impío que Saul, que habia ido á Ramata con resolución de apoderarse de David y quitarle la vida? ¿Quiénes mas determinados al mal que los satélites enviados por él unos tras otros para cogerle y llevarle atado de pies y manos? No obstante no bien llegaron al lugar donde estaban congregados los profetas con Samuel y David, ellos mismos no se conocian, y olvidándose del propósito que llevaban, pasaron un dia y una noche en cantar las alabanzas del Señor. Con esto quiso manifestar el que es dueño de todos los corazones, cuánto aprovecha á los malos acompañarse con los buenos. ¿Cuántos que estaban mas fríos que el hielo, sin ningún sentimiento de devoción, ni deseo de obrar bien, de pronto se han inflamado y movido á la frecuencia de sacramentos, á la práctica de la oración y á los ejercicios de la caridad por solo el ejemplo y la compañía de otros! No es fácil, dice S. Gregorio (1), explicar en pocas palabras la influencia que tienen los ejemplos de nuestros hermanos en nuestra alma, porque la vida de los buenos es una lección viva que tenemos siempre delante, y su compañía es un socorro para ayudarnos á llevar al cabo todas nuestras santas empresas. ¿Cuántos hay cuyas oraciones no hubieran surtido jamás ningún efecto á no haber sido elevadas al cielo con otras muchas que Dios no podia desoir! ¿Cuántos no hubieran resistido á los asaltos y tentaciones del enemigo, sino que hubieran

(1) Moral., l. 24, c. 6.

venido á tierra al menor sacudimiento, si no hubiesen sido asistidos y confortados por otros más diestros y aguerridos que ellos! ¿Qué ventaja para los flacos, exclama san Bernardo (1), estar en compañía de muchos y en particular de los que estan hechos á todos los ardidés de la guerra espiritual! Porque una asociación espiritual no es menos formidable á los demonios que un batallón apiñado de soldados valerosos á un enemigo cobarde. «Mas diré, añade S. Leon papa (2), y es que aun cuando de antemano estuvieras ducho y acostumbrado á todos los ejercicios militares, te aconsejaria que formaras con muchos bajo las órdenes de un capitán experimentado mas bien que hacer frente tú solo al enemigo, porque muchos pelean con mas osadía y menos peligro que uno, y el que no solo está protegido por su broquel, sino defendido por sus compañeros, tiene menos temor para entrar en la refriega. «Mas especialmente en el último asalto al fin de la vida las potestades invisibles del aire nos embisten con todas sus fuerzas, porque entonces se trata de ganarlo ó perderlo todo. Y ¿cuántos llevarian lo peor de la batalla, si no recibieran refuerzos y tropas de refresco de aquellos con quienes vivieron unidos espiritualmente! ¿Cuántos no pasarían en el peso de la divina justicia, como decia el P. Santiago Eguía, confesor de nuestro padre S. Ignacio, si no fuesen presentados en compañía de muchos, donde pasan entre los otros! Así acontece de ordinario en un gran pago que no se hace caso de alguna moneda de poco peso, y si se levase sola, se pesaría rigurosamente.

IV. La otra comparación del salmista está tomada del unguento sacerdotal que se derrama sobre la cabeza

(1) Serm. 4 de Circumcis.

(2) Serm. 4 de jejun. septi- mi mensis.

de Aaron: esta comparacion me sugiere algunas consideraciones muy adecuadas al presente discurso. En primer lugar aquel unguento no era profano, sino consagrado para ungir y santificar al sumo sacerdote Aaron y sus sucesores, asi como el arca de la alianza, el altar de los perfumes, el de los sacrificios, el candelero, la mesa de proposicion y todos los utensilios del santuario. Fuera de eso á nadie le era licito usarle, y en particular estaba prohibido expresamente bajo pena de muerte emplearle en los usos ordinarios. Esto quiere decir que el unguento místico de la bendicion particular de Dios es solo para los vasos sagrados y para los que estan particularmente dedicados al servicio de su majestad en cualquiera piadosa congregacion. Esos solos son capaces de la dulzura de esta uncion celestial, porque los otros que tienen sentimientos carnales y espiritu profano, no se hallan con disposicion para participar de ella.

V. En segundo lugar aquel precioso unguento era una composicion misteriosa de cuatro diversas especies escogidas inmediatamente por Dios: la primera la mirra que espontáneamente mana del arbol sin ninguna incision; la segunda el jugo de la misma mirra destilada que se llamaba *estacte*; la tercera el cálamo aromático, y la cuarta la casia. Estos cuatro ingredientes debian de hervir en aceite, el cual los incorporaba entre si, los desleia y soltaba y comunicaba á cada uno las propiedades de todos y á todos las de cada uno. ¿Qué quiere decir esto sino que todos los que forman una congregacion santa y son partes de ese divino unguento, vienen á ser como otras tantas especies aromáticas escogidas por Dios y su madre, para que de diversas inclinaciones y modos de vivir se haga un perfume celestial que alegre á Dios y á los ángeles? Ahí se encaminaba la sábia máxima de S. Antonio abad, el cual segun testimonio de Casiano decia que no habian de esperarse de uno solo

toda suerte de virtudes, sino que el uno era recomendable por la ciencia, el otro admirable por el discernimiento de espíritus, este por su paciencia, aquel por su humildad; en una palabra que la simplicidad, la continencia, la magnanimidad y la vigilancia andaban esparcidas por aquí y acullá; y así el hombre espiritual debia como abeja diligente coger ya de un lado, ya de otro y procurar aprovecharse de los ejemplos de todos. Pero S. Leon (1) y S. Agustin (2) dicen algo mas para mi propósito, y es que aunque estas virtudes parecen propias y peculiares de algunos, no obstante el aceite de la caridad y la santa sociedad que tienen entre si, hace los bienes de cada uno de tal manera comunes á todos, que para poseerlos no hay mas que mirarlos sin envidia, bendecir á aquel de quien vienen todos, y aspirar á ellos por el derecho de la union espiritual. Así pensaba David cuando decia de lo intimo de su alma: Yo participo de las obras buenas y loables hechas por todos los que te temen. Espíritus avaros, ¿en qué pensais cuando desperdiciáis tan preciosa ocasion de multiplicar vuestros bienes y ganar diez mil por uno? Verdaderas almas terrenas, ¿hasta cuándo olvidareis el cielo? Insensatos, ¿hasta cuándo estareis encenagados en la tierra? ¿Hasta cuándo despreciareis la oportunidad de negociar á tan poca costa vuestra salvacion? Hombres inconsiderados, ¿hasta cuándo estareis ciegos (3)?

(1) Serm. 40.

(2) Hom. 45.

(3) Adicion de la madre Maria Jacoba de Blemur.—«El samita comprendia muy bien esta verdad cuando la explicaba por las siguientes palabras: Yo estoy unido en sociedad con todos los que te temen, Señor, y guardan tus mandamientos. Aquí

vemos la perfecta union que debe de haber entre todos los fieles, que es propiamente lo que se llama la comunión de los santos. Todo el enfriamiento de la caridad proviene de no reflexionar que siendo nosotros miembros de Jesucristo lo somos tambien unos de otros. Así como la mano izquierda se acomoda con

VI. En tercer lugar este unguento baja de la cabeza á la barba de Aaron, que está contigua á la cabeza, para mostrar la dependencia debida á aquellos á quienes ha escogido Dios para gobernar tales congregaciones, y la union que los miembros de ellas deben tener entre sí y con su cabeza, sin lo cual se disipa y pierde la unción.

VII. En cuarto lugar este perfume es tan agradable, que llena el santuario con la parte del templo donde se ofrece el incienso, el atrio de los sacerdotes, el del pueblo y el de los extranjeros, y hasta se difunde fuera del templo embalsamando el aire con suavísimo aroma. Este es el grato olor de las virtudes y buenas obras que sale de tales sociedades y que no solo alegra á los individuos de ellas, sino que recrea á los que están fuera y suele atraerlos á desear el goce de semejantes bienes.

VIII. El real profeta concluye que todos esos privilegios proceden de la bendición que el cielo derrama liberalmente sobre tales congregaciones, y que no se comunican con facilidad á los extraños. Con efecto Dios

la derecha, porque una sola alma mantiene la paz en todo el cuerpo; de la misma manera nuestro señor Jesucristo mantiene una completa inteligencia entre todos los que son sus miembros; lo cual hace que amen los dones de Dios en los otros como en sí mismos lejos de envidiarlos. La misma caridad que nos une con nuestro padre celestial, nos une con nuestros hermanos, y el amor que tenemos al hijo de Dios, nos inclina á amar á nuestro prójimo, porque en él vemos al Salvador. Explicando S. Ambrosio este mismo versículo dice excelentemente que no toma uno de veras parte en

todos los que temen á Dios, si no se compadece de sus flaquezas y las sobrelleva sin cansarse, si no comparte con ellos sus bienes y sus males. Por eso el santo doctor tan humilde y sabio confiesa que no se atreve á proferir esas palabras: porque ¡cuántos hay, dice, que temen á Dios, y de quienes yo no me compadezco! ¡Cuántos hay que imploran mi asistencia, y yo no los asisto! Mas volviendo á nuestro asunto digo: ¿es posible que esas personas que son tan interesadas, desprecien un medio tan fácil de enriquecerse y prefieran naderías á unos bienes tan sólidos?

que es dueño de sus gracias, las distribuye como bien le parece; y como por lo comun hay en esas corporaciones muchos individuos dignos de sus mercedes y dádivas, las derrama á manos llenas, particularmente cuando aquellas están bajo la proteccion de la virgen Maria. Entonces por complacer á esta señora y en reconocimiento de los buenos servicios que ella le hizo, da todo cuanto le piden sin poder negar nada. Todavía juzgaremos mejor por lo que sigue, de la dicha de los que se alistán en esas congregaciones.

§. II. — Diversas asociaciones erigidas en honra de la madre de Dios.

Congregacion de nuestra señora de S. Annon.

I. No es nueva la piadosa costumbre de formar asociaciones y unirse en espíritu y voluntad para servir á la Virgen santísima. Hace cerca de seiscientos años que S. Annon, arzobispo de Colonia, no contento con haber labrado y dotado en esta ciudad un magnífico monasterio en forma de cabildo á honra de la madre de Dios, instituyó en otros diversos lugares segun un antiguo autor muchas congregaciones bajo la advocacion de la inmaculada virgen Maria. Y estimaba tanto á los cofrades, que sus delicias eran conversar con ellos y darles algun testimonio de su afecto por amor de aquella cuyos hijos predilectos eran.

La cofradia del Rosario.

II. Por los años 1213 recibió del cielo santo Domingo la devocion del rosario é inmediatamente despues la forma de la cofradia, de la que nombró cabezas y como generales á Juan del Monte y Tomás del Templo, religiosos de su orden, segun declara la historia. Vé aquí

VI. En tercer lugar este unguento baja de la cabeza á la barba de Aaron, que está contigua á la cabeza, para mostrar la dependencia debida á aquellos á quienes ha escogido Dios para gobernar tales congregaciones, y la union que los miembros de ellas deben tener entre sí y con su cabeza, sin lo cual se disipa y pierde la unción.

VII. En cuarto lugar este perfume es tan agradable, que llena el santuario con la parte del templo donde se ofrece el incienso, el atrio de los sacerdotes, el del pueblo y el de los extranjeros, y hasta se difunde fuera del templo embalsamando el aire con suavísimo aroma. Este es el grato olor de las virtudes y buenas obras que sale de tales sociedades y que no solo alegra á los individuos de ellas, sino que recrea á los que están fuera y suele atraerlos á desear el goce de semejantes bienes.

VIII. El real profeta concluye que todos esos privilegios proceden de la bendición que el cielo derrama liberalmente sobre tales congregaciones, y que no se comunican con facilidad á los extraños. Con efecto Dios

la derecha, porque una sola alma mantiene la paz en todo el cuerpo; de la misma manera nuestro señor Jesucristo mantiene una completa inteligencia entre todos los que son sus miembros; lo cual hace que amen los dones de Dios en los otros como en sí mismos lejos de envidiarlos. La misma caridad que nos une con nuestro padre celestial, nos une con nuestros hermanos, y el amor que tenemos al hijo de Dios, nos inclina á amar á nuestro prójimo, porque en él vemos al Salvador. Explicando S. Ambrosio este mismo versículo dice excelentemente que no toma uno de veras parte en

todos los que temen á Dios, si no se compadece de sus flaquezas y las sobrelleva sin cansarse, si no comparte con ellos sus bienes y sus males. Por eso el santo doctor tan humilde y sabio confiesa que no se atreve á proferir esas palabras: porque ¡cuántos hay, dice, que temen á Dios, y de quienes yo no me compadezco! ¡Cuántos hay que imploran mi asistencia, y yo no los asisto! Mas volviendo á nuestro asunto digo: ¿es posible que esas personas que son tan interesadas, desprecien un medio tan fácil de enriquecerse y prefieran naderías á unos bienes tan sólidos?

que es dueño de sus gracias, las distribuye como bien le parece; y como por lo comun hay en esas corporaciones muchos individuos dignos de sus mercedes y dádivas, las derrama á manos llenas, particularmente cuando aquellas están bajo la proteccion de la virgen Maria. Entonces por complacer á esta señora y en reconocimiento de los buenos servicios que ella le hizo, da todo cuanto le piden sin poder negar nada. Todavía juzgaremos mejor por lo que sigue, de la dicha de los que se alistán en esas congregaciones.

§. II. — Diversas asociaciones erigidas en honra de la madre de Dios.

Congregacion de nuestra señora de S. Annon.

I. No es nueva la piadosa costumbre de formar asociaciones y unirse en espíritu y voluntad para servir á la Virgen santísima. Hace cerca de seiscientos años que S. Annon, arzobispo de Colonia, no contento con haber labrado y dotado en esta ciudad un magnífico monasterio en forma de cabildo á honra de la madre de Dios, instituyó en otros diversos lugares segun un antiguo autor muchas congregaciones bajo la advocacion de la inmaculada virgen Maria. Y estimaba tanto á los cofrades, que sus delicias eran conversar con ellos y darles algun testimonio de su afecto por amor de aquella cuyos hijos predilectos eran.

La cofradía del Rosario.

II. Por los años 1213 recibió del cielo santo Domingo la devocion del rosario é inmediatamente despues la forma de la cofradía, de la que nombró cabezas y como generales á Juan del Monte y Tomás del Templo, religiosos de su orden, segun declara la historia. Vé aquí

lo que se lee del principio de esta devota asociacion. El santo fundador habia sido apresado por los piratas y ya estaba sentenciado al remo, cuando de pronto se levantó una furiosa borrasca en que todos esperaban perecer: entretanto Domingo postrado en tierra oraba y pedia á la madre de Dios la deseada serenidad. Maria se le apareció y aseguró que no les sucederia nada malo, con tal que todos los de la tripulacion admitiesen la condicion de rezar todos los dias el rosario y fundar una cofradia del mismo título y para igual objeto. Convenidos todos, el mar quedó tan sereno como si tal borrasca hubiera habido. Desde entonces la cofradia tomó tanto incremento, que hoy se ha propagado por todos los paises del mundo con notable fruto. Los sumos pontifices Pio IV y Pio V autorizaron por bulas formales la antigua creencia; á saber, que Dios habia facilitado al mundo por este medio como una medicina general de todos los males y que especialmente esta devota congregacion seria como el baluarte de la fé y el terror de las herejias. En efecto se ha observado que á medida que se aumentaba la devocion del rosario, eran derrotadas las herejias de los albigenses, sacramentarios, petrobrusianos, henricianos y otros semejantes. En el proceso de canonizacion de santo Domingo se halla que solo en la Lombardia se convirtieron mas de cien mil herejes por el valor de los cruzados, los esfuerzos de los frailes predicadores y las continuas oraciones de los cofrades del rosario. Así es que los papas han concedido á esta congregacion muchos privilegios é indulgencias, como se ve por las bulas de Urbano IV, Juan XXII, Sixto IV, Inocencio VIII, Alejandro VI, Julio II, Leon X, Adriano VI, Paulo III, Gregorio XIII, Clemente VIII y Paulo V.

Cofradia de la Virgen santisima en Florencia.

III. Apenas habian transcurrido veinte años desde la institucion de esta cofradia, cuando la Virgen eligió la ciudad de Florencia para ser venerada por una congregacion de personas escogidas, que se intituló la congregacion de los que alaban á la madre de Dios. De ahí salió poco despues como de un árbol fértil un fruto sazoadísimo; es á saber, la orden de los servitas, de la que se habló largamente en el capitulo XII del tratado primero.

Cofradia de los disciplinantes en Sena.

IV. Al mismo tiempo, si no fué antes, enarbolaron algunos un nuevo estandarte de devocion á la madre de Dios en la ciudad de Sena, esto es, la cofradia de disciplinantes erigida en el hospital de la Escala. Allí comenzaron á practicarse con grandísimo fervor toda clase de buenas obras, y particularmente el ejercicio de la disciplina se acreditó tanto, que dió nombre á la cofradia. De ella salieron á bandadas muchos valerosos capitanes de la milicia de Dios, que hicieron prodigios peleando contra el mundo y el demonio: tales fueron S. Juan Columbino, fundador de la orden de los jesuatos, su compañero Francisco Vicenté, Bernardo Tolomeo, Ambrosio Piccolomini y los otros que instauraron la orden del monte Olivete; Petronio de Petroniis, que luego fué dignísimo ornamento de la religion de los cartujos, san Bernardino de Sena y otros infinitos, cuyos nombres estan escritos en el cielo.

Cofradia del escapulario de la virgen del Cármen.

V. Inmediatamente despues Simon Stock, de nacion inglés y gran siervo de la reina del cielo, fué elegido

especialmente por esta para propagar su culto. Tomó Simon el cognomento de Stock del tronco de un árbol donde habitó algun tiempo esperando una religion dedicada enteramente al servicio de Maria santísima, á quien se habia consagrado él de antemano. Sucedió pues que cuando S. Luis trajo de ultramar á Francia algunos religiosos carmelitas, dos barones ingleses de vuelta á su patria se llevaron unos pocos: informado de esto Simon Stock por un criado suyo, el único que sabia el lugar á donde se habia retirado, se unió al instante á ellos. No pudiendo ocultarse por mas tiempo su gran santidad, fué elegido sexto general de la orden el año 1250. Desde entonces se tuvo por mucho mas obligado que antes á promover de todas maneras la gloria de Dios y de su santa madre, señora y abogada de la religion que gobernaba. A este fin le pedia con frecuencia sellase con alguna nueva gracia la cédula de filiacion que habia otorgado á los suyos. Su plegaria ordinaria era esta: «Lozana y grata flor del Carmelo, sargado sarmiento que echaste la flor real, astro brillante, virgen y madre, pero madre y virgen sin par, virgen purísima y madre piísima, dignate de conceder una nueva merced á la orden que has escogido.» Esta oracion agradó tanto á Maria, que una noche estando él rezando ante una imágen de nuestra señora, se le apareció rodeada de un resplandor extraordinario y en medio de un coro de ángeles y dándole el escapulario añadió que aquella seria en adelante la prenda hereditaria de su amor á la orden, la insignia de su cofradía, la gracia pedida por él, la seguridad en los peligros, la señal de la alianza eterna que hacia con los suyos. Al punto la madre de Dios inspiró á muchos principes el deseo de incorporarse á esta santa asociacion, siendo los primeros S. Luis, rey de Francia, Eduardo, rey de Inglaterra, Enrique, conde de Nortumberland, Angela,

hija del rey de Bohemia, y otros muchos cuya lista seria muy larga. Luego se difundió por todo el mundo esta devocion, y la abrazaron infinitas personas de todas edades y condiciones. Los papas Juan XXII, Gregorio XIII, Sixto V, Gregorio XIV y Clemente VIII le comunicaron liberalmente los tesoros de la iglesia excitando asi la piedad de los fieles para alistarse en esta cofradía.

VI. La orden de los ermitaños de S. Agustin no carece tampoco de pruebas de la proteccion de la Virgen, á quien honra y sirve por una cofradía titulada de la Correa, porque los que entran en ella, llevan la librea de esa religion en honor de la madre de Dios, de san Agustin y de santa Mónica. Esta devocion empezó el año 1446 bajo el pontificado de Eugenio IV, cuando canonizó á S. Nicolás de Tolentino. Muchos movidos de los milagros y de la santidad singular de este gran siervo de Dios desearon llevar la correa que él habia honrado por sus virtudes, y formaron una congregacion, que aprobó con autoridad de la santa sede el P. M. Fr. Gerardo de Arimini, general á la sazón de la orden de los ermitaños, concediendo á los hermanos de esta cofradía la participacion de todas las buenas obras y satisfacciones de los religiosos presentes y futuros en cualquiera parte del mundo que estuviesen. En el año 1375 el papa Gregorio XIII la unió á la de nuestra señora de la Consolacion de Bolonia y mandó por un breve que de las dos se formase una, comunicando indistintamente á unos y otros cofrades los mismos privilegios, segun se ve por la bula de union. La cofradía de la Consolacion habia sido erigida en la iglesia de los agustinos de Bolonia el año 1495 por el zelo de Fr. Martin de Vercelli, el cual predicando entonces la cuaresma en el mismo templo mandó pintar á la puerta de él una imágen de nuestra señora titulada de la Consolacion y estimuló á

un gran número de habitantes á entrar en la congregación erigida por él para dar culto á Dios y á su santísima madre. Muchos papas han confirmado la cofradía y la han enriquecido con copiosas indulgencias.

VII. En el capítulo VI del tratado tercerò hablè de la congregación de la Paz fundada en la ciudad de Puy (Francia) el año 1183 con motivo de las desavenencias que habia entre el rey de Aragon y Raimundo, conde de S. Gil, los cuales se reconciliaron por este medio.

Cofradía de la Concepcion.

VIII. En el año 1506 el gran cardenal Jimenez de Cisneros, arzobispo de Toledo, erigió en esta ciudad la cofradía de la inmaculada concepcion de nuestra señora, cuyo principal fin es socorrer todas las necesidades asi públicas como particulares. Todas las noches desde Todos santos hasta el mes de abril dos hermanos de la cofradía recorren con faroles las calles de la ciudad para recoger á los pobres que no tienen dónde albergarse y los llevan al hospital fundado con tal fin por aquel esclarecido prelado, dando órden de que se les asista con todo lo necesario.

Cofradía de la Anunciacion.

IX. El sabio y piadoso cardenal Torquemada, religioso dominico, erigió en Roma unos años antes de su muerte (que ocurrió en Roma en el de 1468) una famosísima cofradía en la iglesia de nuestra señora de la Minerva, propia de su órden, intitulándola de la Anunciacion y poniéndola bajo la proteccion de la gloriosa virgen Maria. Le dejó pingües rentas para socorrer á doncellas pobres, cuya honestidad pudiera peligrar por su pobreza. Todos los años el dia de la Anunciacion el

papa va á nuestra señora de la Minerva con los cardenales, y despues de la misa solemne que canta uno de estos, Su Santidad por su propia mano distribuye dotes á doscientas doncellas elegidas ya de antemano dando un bolsillo con cien escudos de oro á cada una de las que quieren abrazar el estado religioso, y ochenta á las que aspiran al matrimonio. El sumo pontífice Urbano VIII dejó en herencia todos sus bienes á esta cofradía con gran contentamiento y edificacion del pueblo romano.

Diversas congregaciones.

X. No acabaria yo jamás, si dejara correr la pluma y tratara de individuar las muchas é ilustres congregaciones y hermandades que la devocion de los fieles ha erigido á honra y gloria de la virgen Maria en todas las ciudades y lugares de la cristiandad.

La de S. Carlos.

XI. Con todo eso no debo de pasar por alto la singular piedad de S. Carlos Borromeo, en cuya vida leemos que todas las congregaciones erigidas por él, y fueron muchas, llevaban el titulo y las armas de la madre de Dios.

La de las letanias de nuestra señora.

XII. Tampoco debo de omitir la asociacion de los que sin mas formalidades de estatutos, reglas y juntas se unen de corazon y de intencion para rezar diariamente las letanias de nuestra señora unos por otros, principalmente á fin de alcanzar la gracia de una buena muerte por la intercesion de Maria santísima. Esta asociacion por tener grandísimas ventajas y muy pocas obligaciones

es hoy tan numerosa como las estrellas del cielo y las arenas del mar.

La de la coronilla de la Virgen.

XIII. La de la coronilla de la Virgen se va propagando hoy por todo el orbe de tal suerte, que es casi infinito el número de los que la rezan todos los días. Ya hablé de ella en otro lugar (1): ahora añadiré que para pertenecer á esta asociacion no hay mas que decir por una vez tres Pater noster y tres Ave Marias por la intencion de todos los que tratan de promover esta devocion en testimonio del deseo de cooperar con ellos al servicio de la Virgen para el bien público y particular de cada uno y rezar todos los días la coronilla con tres fines: el primero para dar gracias á Dios por todas las gracias y mercedes que hizo á nuestra señora y por su medio á todo el mundo: el segundo para impetrar por intercesion de la misma la extirpacion de las herejias y demas vicios que afligen á la iglesia; y el tercero para conseguir una vida cristiana y una buena muerte á todos los que estan asociados á esta devocion. Los que temen tanto contraer obligaciones, desechen todo temor, porque los primeros á quienes Dios inspiró este piadoso ejercicio, nunca tuvieron intencion de sujetarlos á ninguna cosa, sino solamente de manifestarles que cada dia que recen la corona, tendrán parte en las indulgencias concedidas por esta devocion y en las oraciones que los demas hagan en el mismo dia: cuando se olviden de rezarla ó la omitan voluntariamente, se privarán de ambas cosas. ¿Quién será tan enemigo de sí, que rehuse un tesoro dado á tan poca costa (2)?

(1) Cap. 9, §. 7.

(2) Véase la adición de la

madre M. Jacoba de Blemur, que va en la nota V al fin del tomo.

§. III.—De las congregaciones de la Virgen erigidas en las casas de la compañía de Jesus.

I. ¿A quién podrá parecer mal que habiendo yo emprendido hablar de las grandezas de la Virgen, principalmente en favor de los que la sirven en las congregaciones, trate con brevedad de las que se han erigido en las casas de nuestra compañía en todas las partes del mundo, para dar á conocer los santos ejercicios que en ellas se practican?

Origen de las congregaciones de la Virgen.

II. Si la reina Ester es con razon comparada á una fuentecita, que aumentando el caudal de sus aguas se transformó en un rio caudaloso y se derramó por todas partes; ¿por qué no diré yo lo mismo de esta asociacion, que procediendo de muy pequeños principios se ha dilatado hasta los últimos términos del mundo y por su esplendor ha cautivado los ojos y los corazones de infinitas personas? Si valia poco la cuna de Moisés con todo de encerrar un tesoro tan precioso, aun menos esta congregacion, porque su nacimiento no tuvo nada de ilustre mas que el haberse efectuado en la capital del orbe. Un regente de gramática del colegio romano de la compañía de Jesus llamado Juan Leon la fundó y la tuvo, digámoslo así, en mantillas por espacio de un año, que fué el de 1563. Habia reunido un puñado de estudiantes, que todos los días despues de la clase rezaban algunas breves oraciones y tenian un rato de leccion espiritual en una de las aulas, donde habian dispuesto un lindo altar. En los días de fiesta duraban mas los ejercicios de la mañana y por la tarde se citaban para rezar las vísperas entre sí. Estimulados los de-

mas estudiantes por el ejemplo de estos, que se distinguían entre todos como tiernas, pero olorosas flores de virtud, se despertó la emulación, y al año siguiente se escogieron hasta setenta de los mas sobresalientes para establecer una congregacion bajo la proteccion de nuestra señora y con el título de la Anunciacion. Desde luego se hicieron ciertos estatutos para la frecuencia de sacramentos, práctica de buenas obras, tiempo y orden de las juntas, nombramiento de oficios y otras cosas semejantes. Este embrión favorecido con la asistencia de Dios y el auxilio especial de su madre santísima medró y prosperó en tales términos, que los mas de los colegios de la compañía desearon tener una congregacion semejante. En fin el papa Gregorio XIII se dignó de aprobarlas, las tomó bajo su proteccion y les concedió muchas indulgencias abriendo liberalmente los tesoros de la iglesia. El día 3 de diciembre (vispera de san Nicolás, que es el patrono de los estudiantes) del año 1584 erigió la congregacion del colegio romano bajo el título de la Anunciacion como la matriz de todas las demas y dió facultad á los padres de la Compañía de erigir otras semejantes con el mismo título en todos los colegios y agregarlas á la de Roma. Experimentándose despues los frutos de estas congregaciones, se admitió en ellas no solo á los estudiantes, sino á todos los fieles que deseasen entrar. Los sumos pontífices Sixto V y Clemente VIII ampliaron dichas facultades, y gracias á la proteccion del cielo y á la bendicion apostólica se han multiplicado tanto estas congregaciones, que solo en una ciudad de Nápoles se cuentan hasta quince con mas de dos mil congregantes de diversos estados y condiciones.

III. Si yo hubiera de particularizar los frutos extraordinarios que estas santas asociaciones producen con sus ejercicios, necesitaria mucho tiempo y papel; pero no hay

para qué, siendo cosa que ve y palpa todo el mundo. Sin embargo permitaseme hacer aquí algunas reflexiones saludables. Ellas sirven á formar la infancia, contener á la juventud, perfeccionar la edad viril y confortar á la vejez. Ellas aprovechan á todos los órdenes y condiciones del estado: los eclesiásticos aprenden á honrar su ministerio, los grandes á poner la verdadera nobleza en la virtud, los jueces y magistrados á administrar la justicia, los mercaderes á negociar para el cielo, los menestrales y artesanos á vivir pacífica y quietamente cada uno en su oficio y profesion. Las ciudades y lugares donde estan erigidas tales congregaciones, sacan gran utilidad, porque los pobres son mejor socorridos, los hospitales servidos con mas caridad, las limosnas mas fielmente distribuidas, las doncellas cuya honestidad peligra, puestas en cobro, y los presos asistidos con mayor esmero. De esas escuelas de virtud salen diariamente ciudadanos los mas aptos para desempeñar las diferentes carreras y profesiones de la república y para levantar las cargas del estado que abrazan. ¿Dónde se frecuentan los santos sacramentos con mas piedad, se ora con mas fervor, se hace mas diligente exámen de conciencia, se practica la mortificacion con menos ostentacion y todos los otros ejercicios de la vida cristiana con mas puntualidad? ¿Dónde hay mas oportunidad de unir la devocion con las obligaciones de su estado y empleo, mas ocasion de hacer el bien, mas medios de levantarse el que llega á caer, mas buenos ejemplos para alentarse á la virtud, mas consuelo en las enfermedades, mas asistencia á la hora de la muerte? ¿Dónde hay mas facilidad para obrar su salvacion, mas tesoros de indulgencias para satisfacer la pena del pecado, mas apacibilidad en el trato y comunicacion de unos con otros? ¿A dónde echa la Virgen mas amorosas miradas? ¿Dónde derrama mas abundantemente celestiales dulcedum-

bres? Y en punto al reconocimiento que se le debe, ¿de quién es mas estimada que de aquellos que continuamente estan oyendo hablar de sus grandezas? ¿Quién tiene mas confianza en ella que sus amados hijos, que la miran como á su única esperanza y su único refugio despues de Dios? ¿Dónde es amada con mas ternura que donde es mejor conocida y donde distribuye mas beneficios? Lo mismo digo de las otras maneras de reconocimiento que dejo enumeradas.

IV. Yo no puedo ocultar mi profundo gozo y agradecimiento por haber merecido de la Virgen la gracia de emplearme muchos años en esos santos y loables ejercicios. Paréceme una obligacion de conciencia el publicar que he visto y experimentado en diversos lugares tan excelentes rasgos de virtud, que cuando considero esas devotas congregaciones, me siento precisado á confesar que el dedo de Dios está ahí, como decian los que presenciaban los prodigios de Moisés (1), á reconocer con el mismo que este es un terreno especialmente favorecido por el Señor (2), á decir con el real profeta que esta es la vid y la posesion escogida de su santa madre (3), vid que ha extendido sus ramas y sus hojas de un mar á otro mar; á confesar con Jacob que esta es verdaderamente la casa de Dios y la puerta del cielo (4), á decir con el mismo que estos son los escuadrones del Dios de los ejércitos (5), á exclamar con Balaam: ¿Qué hermosos son tus pabellones, Jacob, y tus tiendas, Israel (6)! En fin me parece tener delante una imágen de la ciudad santa, de que habla S. Juan (7) y donde contempló tantos reyes como ciudadanos, que acudian de

(1) Exod., III.
 (2) Deuter., XI.
 (3) Salmo LXX.
 (4) Genes., XXXVIII.

(5) Genes., XXXII.
 (6) Numer., XXIV.
 (7) Apocal., XXII.

todas partes cada uno con tren y pompa régia. ¡Oh cómo me arrebató y hace remontar el vuelo lo que veo en la tierra! ¡Oh cuál será la hermosura de la Sion celestial, que se compondrá de tantas hermosuras! Dios santo (digo yo para mi), ¿cuáles serán las riquezas provenientes de tanto cúmulo de riquezas y la grandeza nacida de tantas grandezas particulares sin hablar de la hermosura, de las riquezas y de las grandezas del principe de la gloria, que serán capaces de eclipsar todas las del mundo, si su bondad no se complaciera infinito en darles esplendor mas bien que en disminuir su claridad?

CAPITULO XIII.

DEL DUODECIMO RECONOCIMIENTO DEBIDO A LAS GRANDEZAS DE LA MADRE DE DIOS, QUE ES PROMOVER SU SERVICIO Y EXTENDER SU GLORIA.

No sé de qué modo mejor pudiera yo concluir estos discursos sobre las grandezas de la madre de Dios que tratando de la manera de promover su servicio y amplificar su gloria: á mi juicio este es el coronamiento de todas las demas especies de reconocimiento.

§. I.—Que el promover el servicio de la madre de Dios y amplificar su gloria es un reconocimiento muy grato para ella, y enán obligados estamos á hacerlo.

I. Aunque Dios esconde en sus manos la luz y la manda que venga de nuevo, como se lee en el libro de Job, no pensemos que la esconda á su amada hija la Virgen santísima; porque ¿cómo habia de privarla de la luz cuando ella es la fuente de luz, segun la llama S. Juan Damasceno (1) con Crisippo (2), y es la madre de la mis-

(1) Orat. 4 de nativ. B. Virg. (2) Orat. 2 de sancta Maria.

bres? Y en punto al reconocimiento que se le debe, ¿de quién es mas estimada que de aquellos que continuamente estan oyendo hablar de sus grandezas? ¿Quién tiene mas confianza en ella que sus amados hijos, que la miran como á su única esperanza y su único refugio despues de Dios? ¿Dónde es amada con mas ternura que donde es mejor conocida y donde distribuye mas beneficios? Lo mismo digo de las otras maneras de reconocimiento que dejo enumeradas.

IV. Yo no puedo ocultar mi profundo gozo y agradecimiento por haber merecido de la Virgen la gracia de emplearme muchos años en esos santos y loables ejercicios. Paréceme una obligacion de conciencia el publicar que he visto y experimentado en diversos lugares tan excelentes rasgos de virtud, que cuando considero esas devotas congregaciones, me siento precisado á confesar que el dedo de Dios está ahí, como decian los que presenciaban los prodigios de Moisés (1), á reconocer con el mismo que este es un terreno especialmente favorecido por el Señor (2), á decir con el real profeta que esta es la vid y la posesion escogida de su santa madre (3), vid que ha extendido sus ramas y sus hojas de un mar á otro mar; á confesar con Jacob que esta es verdaderamente la casa de Dios y la puerta del cielo (4), á decir con el mismo que estos son los escuadrones del Dios de los ejércitos (5), á exclamar con Balaam: ¿Qué hermosos son tus pabellones, Jacob, y tus tiendas, Israel (6)! En fin me parece tener delante una imágen de la ciudad santa, de que habla S. Juan (7) y donde contempló tantos reyes como ciudadanos, que acudian de

(1) Exod., III.
 (2) Deuter., XI.
 (3) Salmo LXX.
 (4) Genes., XXXVIII.

(5) Genes., XXXII.
 (6) Numer., XXIV.
 (7) Apocal., XXII.

todas partes cada uno con tren y pompa régia. ¡Oh cómo me arrebató y hace remontar el vuelo lo que veo en la tierra! ¡Oh cuál será la hermosura de la Sion celestial, que se compondrá de tantas hermosuras! Dios santo (digo yo para mi), ¿cuáles serán las riquezas provenientes de tanto cúmulo de riquezas y la grandeza nacida de tantas grandezas particulares sin hablar de la hermosura, de las riquezas y de las grandezas del principe de la gloria, que serán capaces de eclipsar todas las del mundo, si su bondad no se complaciera infinito en darles esplendor mas bien que en disminuir su claridad?

CAPITULO XIII.

DEL DUODECIMO RECONOCIMIENTO DEBIDO A LAS GRANDEZAS DE LA MADRE DE DIOS, QUE ES PROMOVER SU SERVICIO Y EXTENDER SU GLORIA.

No sé de qué modo mejor pudiera yo concluir estos discursos sobre las grandezas de la madre de Dios que tratando de la manera de promover su servicio y amplificar su gloria: á mi juicio este es el coronamiento de todas las demas especies de reconocimiento.

§. I.—Que el promover el servicio de la madre de Dios y amplificar su gloria es un reconocimiento muy grato para ella, y enán obligados estamos á hacerlo.

I. Aunque Dios esconde en sus manos la luz y la manda que venga de nuevo, como se lee en el libro de Job, no pensemos que la esconda á su amada hija la Virgen santísima; porque ¿cómo habia de privarla de la luz cuando ella es la fuente de luz, segun la llama S. Juan Damasceno (1) con Crisippo (2), y es la madre de la mis-

(1) Orat. 4 de nativ. B. Virg. (2) Orat. 2 de sancta Maria.

ma luz, como la nombra Hesiquio con S. Epifanio? ¡Oh Virgen santísima, dice este último, madre de la luz eterna, que alumbrá los coros angélicos y da en los ojos penetrantes de los serafines, de quien el sol toma su claridad, que ahuyenta las tinieblas del mundo y que con sus hermosos rayos regocija al cielo y á la tierra! ¿Cómo habia Dios de negar la participacion de la luz á aquella á quien él hizo incomparablemente mas resplandeciente que los astros de la mañana y que el sol? ¿Cómo se habia de mostrar ruin de gloria con aquella á quien crió para ser teatro de gloria? ¿Cómo habia de escasear sus gracias á la que no omitió nada para dilatar el reino de él y con todas sus potencias despidió continuamente el agradable olor de la gloria de Dios? ¿No tiene empeñada su palabra de hacer gloriosa á la que fué tan digno instrumento de su gloria y trató de promoverla por todos los medios? Y si está obligado por promesa, ¿puede faltar á ella? Seria un delito dudar de la fidelidad de nuestro Señor. Asi que cuando consideramos el honor y la gloria que se le da en todas partes, no hemos de reconocer otro autor, ni otro promovedor que él mismo, porque ¿quién podia conmovier fuertemente los corazones é inflamar tan ardientemente las voluntades del mundo entero para tributar tanto honor á una simple criatura sino solo aquel que gobierna los corazones, dispone las voluntades y dirige los afectos? Confesemos pues sin disputa que él puso en el alma los primeros impulsos y los primeros instintos y atrajo á los pueblos del oriente y del poniente, del norte y del mediodia para que viniesen á rendirle un homenaje indeciblemente mas respetuoso que el que se debe á las otras criaturas. Confesemos que él quiso hacerla un prodigio de gloria como la habia hecho un prodigio de gracia y santidad. Adoremos los designios que tuvo sobre ella, y confesemos que esta señora no puede menos de deleitarse en el cuidado y esmero con

que promovemos su servicio, ni de recibir esta accion como un reconocimiento muy agradable de los bienes que nos vienen de su mano.

II. Asi lo requiere la entera conformidad que debe de tener con la voluntad de Dios, y el estado en que ahora se halla. Con efecto pues conoce claramente que Dios está resuelto á dar esplendor á su gloria y hacer que su nombre resuene en todas las partes del mundo, ¿por qué ha de poner resistencia, ó mejor por qué no ha de agradecer á los que se emplean en tan honrosa empresa? ¿Por qué no ha de admitir su buena voluntad? ¿Por qué no ha de estimar su afecto? ¿Por qué no ha de coadyuvar á sus intentos? Pero especialmente en su estado actual cuando se halla libre de los asaltos y sorpresas de la vanidad, cuando el honor que se le da, va en derechura á Dios como á su origen y fin, ¿no puede ella apeteerlo sin temor ni recelo? Porque si las sagradas escrituras atestan que los santos ahora que estan cerca de Dios, le piden venganza, siendo mucho mas peligroso solicitar esta que la gloria; ¿cómo hemos de creer que no se complazcan en el honor que les tributamos, y se reconozcan obligados por el ahinco con que los damos á conocer y honrar? Quede pues resuelto que la madre de Dios tiene un particular agradecimiento á los que trabajan para promover su servicio y amplificar su gloria, y que les otorga favores mas singulares y les prepara mas señaladas recompensas. Aprendamos lo que han hecho sus siervos fieles en esta parte y lo que exige de nosotros una buena correspondencia.

§. II.—Diversos medios de promover el servicio y la honra de la madre de Dios.

I. Considerando que las sagradas letras comparan á la virgen Maria con un ejército en orden de bata-

lla (1), que con el lustre de sus armas y su marcial continente pone en fuga al enemigo, creo tener motivo para decir que los que pelean á fin de promover su servicio, componen tambien un ejército sobre manera terrible al infierno. Voy á pasar muestra de él para satisfaccion del lector.

II. El estandarte de esta milicia es una virgen de plata, rodeada de un sol de oro en campo azul con esta divisa, tomada de los deseos que el pueblo hebreo manifestaba respecto de la valerosa Judit (2): *Para que no se aparte tu alabanza de la boca de los hombres.* El capitán general del ejército es Jesus, rey de la gloria, que nunca tuvo igual en promover el servicio y la honra de su amada madre y á cuya orden y por cuyo amor han tomado todos los demas las armas. Los que bajo de su conducta mandan los escuadrones, son los que han instituido congregaciones y levantado compañías de gente resuelta á no perdonar trabajo, ni fatiga para promover la gloria de la reina del cielo. De este número son los fundadores de las órdenes militares y regulares dedicadas especialmente á honrarla y los otros esclarecidos siervos de que he hablado en el capítulo anterior. Solo haré aquí mención de Santiago Rhem, de la compañía de Jesus, el cual hará unos treinta años instituyó en Alemania la congregacion de la Anunciacion, cuyo principal objeto era hablar y tratar con frecuencia de la Virgen; lo que practicaba con tales sentimientos de devocion, que se veia bien que su boca hablaba segun lo que abundaba en su corazon.

III. La punta correspondé á los santos doctores, que por su eminente ciencia y su zelo singular merecieron ser escogidos de Dios para romper las filas de la ignorancia y de la infidelidad á fin de dar al mundo conocimien-

(1) Cantic., VI.

(2) Judith., XIII. et á 127

to de las grandezas de Maria. Aqui se distinguen S. Gregorio Taumaturgo, S. Andrés Cretense, S. Metodio, san German de Constantinopla, S. Ildefonso, S. Anselmo, san Bernardo, S. Alberto, S. Buenaventura, el abad Ruperto, S. Bernardino y otros muchos, que inmortalizaron sus nombres con los insignes servicios hechos á nuestra señora.

IV. La caballeria se compone de una multitud de invencibles guerreros, que en defensa de los privilegios y títulos honoríficos de la Virgen resistieron á las embestidas de los herejes y forzaron sus escuadrones. El mas notable de ellos es S. Cirilo, patriarca de Alejandria y legado de la santa sede, que presidió el concilio de Efeso, compuesto de doscientos padres, donde se confirmó á Maria santísima el título glorioso de madre de Dios. En pos de estos vienen otros innumerables, todos ellos gente escogida y animosa, que en diversas épocas pelearon generosamente contra los satélites de Satanás, poseidos de furor y decididos á exterminar, si pudieran, el nombre de Maria. ¿Por qué no he de poner yo aquí á esos valerosos campeones de nuestra señora, que en España y en otros países han hecho una liga santa para defender la inmaculada concepcion de la virgen Maria y particularmente los que promovieron esa gloriosa empresa y la llevaron al cabo venciendo infinitas dificultades? Algunos de ellos sellaron con su sangre la promesa que habian hecho de defender esa creencia mientras la iglesia no definiese lo contrario: de este número fué Juan Berkman, religioso de nuestra compañía, como se probó por un escrito encontrado entre sus papeles despues de su muerte.

V. La infanteria que puede igualar á las gotas de agua del Océano, comprende á todos los que se han alistado en alguna congregacion especialmente dedicada al servicio de la Virgen, ó á los que fuera de tales ase-

ciaciones han procurado y procuran por sus santas pláticas y otros medios darla á conocer y honrar á los otros.

VI. Las trompetas y clarines de este gran ejército, que sirven para alentar á los soldados de la Virgen y por consiguiente pelean por las manos de todos, son los predicadores, que en todo tiempo han animado el mundo al servicio de nuestra señora. Ya he dicho mas arriba de S. Buenaventura que no contento con haberlo hecho siempre él mismo mientras hablaba en público, luego que fué elegido general de su orden, mandó formalmente á los predicadores que lo hicieran con frecuencia en sus sermones, acordándose de que este era uno de los medios soberanos para atraer la gente á la devocion. Los sabios y devotos escritos de S. Bernardino de Sena manifiestan bien con qué ahinco procuraba inculcar en el ánimo de sus oyentes la excelencia de la reina de los ángeles é inflamarlos en su amor. El P. Alfonso Salmeron, uno de los diez primeros sacerdotes de la compañía de Jesus y bien conocido por sus escritos, observaba fielmente la santa costumbre, cuando predicaba la cuaresma, de dedicar los sábados á la Virgen y hablar de sus alabanzas á los oyentes, sin contar las frecuentes ocasiones que buscaba en sus otros sermones para inflamar á aquellos en el amor de Maria santísima. Lo mismo leemos de otros muchos singularmente afectos á infundir en las almas el sentimiento de esta devocion. Me parece que debo de hacer mencion particular del P. Gonzalez, de grata memoria, el cual tuvo la dicha de dar su vida por la fé cristiana en el reino de Monomotapa. Ardía tanto en su corazon la devocion á la Virgen, que en cuanto se embarcó para aquellas regiones, procuró captarse la amistad del capitán de la nave para poder reunir todos los dias á una hora cómoda la tripulacion, como lo hizo, y hablarles de las prerogati-

vas de Maria, verdadera estrella del mar, y de la manera de servirla y honrarla. Con el consentimiento del mismo capitán hizo cantar las letanias de la Virgen primeramente los sábados por la tarde y luego todos los dias, convocando antes por medio de la señal ordinaria á todos los tripulantes.

VII. Los maestros y directores de la artillería son los intérpretes de la sagrada escritura y los otros escritores que emplean la autoridad de los libros santos y de los padres de la iglesia para cañonear á los enemigos y destruir sus trincheras.

VIII. Los ingenieros son los que han discurrido diversas invenciones para honrarla con provecho de las almas y exaltacion del nombre de la misma señora.

IX. Pero hace mucho tiempo que columbro una compañía de caballos ligeros mandada por S. Felipe Benicio, propagador de la orden de los servitas, que viene á reunirse al grueso del ejército. Ya he hablado de él en dos diferentes lugares del tratado tercero. A poco de haber sido confirmada su religion recibió del cielo por especialísima gracia de la madre de Dios el collar de una nueva orden y uno de los títulos mas gloriosos que se han comunicado nunca á ningun hombre. Le recibió en Montamieta cerca de Sena, á donde se habia retirado para impedir su eleccion de sumo pontífice, que tenia ya resuelta el consistorio de cardenales. Tuvo seguridad de ello cuando por la primera vez fué á visitar el corto rebaño de servitas que vivian junto á Florencia. En cuanto bajaron del cielo estos despachos, comenzó á correr la Italia, la Francia, la Alemania, la Sajonia, la Polonia y otros muchos países llevando las nuevas de su legacion é inflamando á cuantos hablaba en el amor y devocion de la Virgen santísima. De vuelta á Italia encontrándose con sus compañeros en un lugar desierto y destituido de todo auxilio humano y estando todos en extremo fatigados y molidos

se pusieron en manos de la divina providencia. En esto Felipe que se habia apartado un trecho para orar, vió venir hácia él unos pastores cargados de pan blanco y otros bastimentos, que se los dieron diciendo: «Tomad, siervos de la Virgen; ahí teneis para el camino.» Dicho esto no se los volvió á ver mas (1).

X. Escoja cada cual su puesto y tome su partido en este gran ejército que pelea para promover la gloria de la virgen María: yo digo francamente que no puedo tener buen concepto del que no quiera alistarse en él. Mas sobre todo los buenos siervos de esta señora procuren formar una serie sin fin de personas dedicadas á su servicio: no se contenten con atraer á algunos, sino obliguenlos á que ganen á otros, y estos á otros, y así hasta el infinito para conspirar con ellos á tan santa empresa y cumplir los deseos del rey David, que decía: «Todo lo que mandó el Señor á nuestros padres que

(1) Adición de la madre María Jacoba de Blemur. — «Así pues el que tributa profundo respeto á la madre de Dios, sigue la autoridad de la iglesia y el ejemplo de los santos y entra en los designios de nuestro señor Jesucristo. La devoción particular que se profesa á la Virgen, constituye una parte principal de la piedad cristiana; de consiguiente no puede un cristiano cumplir enteramente lo que debe á Dios, si no sirve y venera á aquella que el Señor quiere sea singularmente venerada despues de él; porque es cierto segun el testimonio de S. Bernardo que toda la veneración dada á esta celestial criatura redundará en mayor gloria de su divino hijo. ¡Desgraciadas

aquellas personas, que viviendo entre católicos muestran indiferencia para con la Virgen! Es un ardid del demonio apagar ó por lo menos debilitar esta devoción en el corazón de algunos fieles y desviarlos de muchas prácticas santas aprobadas por toda la iglesia en honor de la madre de Dios, como si fueran contrarias al espíritu primitivo del cristianismo y rebajasen algun tanto el sumo respeto que se debe á Dios solo. Pero lejos de incurrir en esta falta es cierto que uno de los medios mas excelentes de honrar á nuestro señor Jesucristo es el culto religioso que damos á su madre, á quien quiso someterse y obedecer, á quien ensalzó sobre todos los coros de los ángeles.»

hiciesen conocer á sus hijos para que lo supiera la otra generacion, los hijos que nacerán y se levantarán, lo contarán tambien á sus hijos (1).» Háganlo pues así, hasta que se complete el número de los escogidos por la mediación de nuestra amorosa madre. Acuérdense de que así como los pecados mayores son aquellos que no mueren con sus autores, sino que pasan de padres á hijos, de una casa en otra, de ciudad en ciudad y de reino en reino, del mismo modo las buenas obras mas gratas á Dios son las que van multiplicándose y renaciendo siempre de sí por una semilla de inmortalidad que tienen, y por una bendición extraordinaria del cielo. ¡Dichoso el siglo que vea cumplidos estos deseos! ¡Felices las personas á quienes Dios y su santa madre den esta voz de virtud para ser oídas hasta del último hijo de los hombres! ¡Oh qué santa asociación la de los que se emplean con todas sus fuerzas en hacer decir á los siglos siguientes: *Viva Jesus y María: viva María y Jesus!*

CAPITULO XIV.

CONCLUSION DE TODA LA OBRA.

A LA MADRE DE DIOS.

I. Virgen y madre sin par, honor del cielo y de la tierra, ya que no está en mi mano presentarte mas agradables palabras que las de tus siervos, lleva á bien, oh dicha de nuestras almas y objeto de nuestro amor y de nuestras alabanzas, que te diga con S. Ildefonso

(1) Salmo LXXVII.

so (1) que se verian colmados mis deseos si pudiera alabarte tanto como mereces, amarte tanto como es posible, y servirte tanto como puedes desear de una criatura. Pero ¿á dónde voy á parar? ¿Qué es lo que digo? ¿A dónde me lleva mi afecto? La Virgen deja que usen este lenguaje los santos eminentes, en cuya boca está mejor que en la mia. Por mi parte prefiero decirte lo que te decia tu abuelo David despues de cantar las alabanzas del Señor: «Aquí faltan las alabanzas á David, hijo de Jesé;» porque ya quisiese decir que estaba pronto á morir despues de concluida su obra, ya confesase ingénuamente que le faltaban las palabras y conceptos y desconfiaba de llegar á la majestad del asunto, me parece que leyó en el fondo de mi alma para expresar ese sentimiento. Con efecto ya confiese yo que me he rendido al peso de tus grandezas y no he hecho mas que tartamudear en materia tan elevada; de lo cual me glorio, y nada me consuela tanto como el verte tan encumbrada, que no solo los pigmeos, sino los gigantes no pueden llegar al escabelo de tu trono; ya diga yo que terminado el plan de mi obra no me detiene en esta vida mas que tu mandato; entrambas á dos cosas sienten mi corazon. Una cosa es subir á contemplar este teatro de magnificencia en el alto empireo y otra desfigurarle en la tierra y hacerle desconocido en algun modo. No obstante pues no ignoras por qué he emprendido esta obra, me basta que lo sepas para decirte con tu querido hijo S. Andrés de Candía (2) que confieso delante del cielo y de la tierra que lo dicho hasta aquí acerca de tus grandezas no es nada en comparacion de lo que es en realidad, y que eso poco proviene de tu bondad, que se ha servido inspirarme el deseo y la vo-

(1) De virginit. Mariæ, c. 4. (2) Homil. 2 de dormit. S. Deip-

luntad de hacerte este corto servicio, sugerir á mi entendimiento los conceptos y llevar mi mano y mi pluma para trazarlos. En esto me reconozco obligado por un nuevo título y quiero que lo sepan todos. Si por ventura en lo que he escrito, hay algo que te agrade y pueda servir para hacerte amar y honrar, á ti sola despues de Dios sea la gloria, y á los que se aficionen á quererte mas y mas, la dicha de cantar tus alabanzas eternamente en el cielo.

II. Y tú, hijo dignisimo de tal madre y gloria de la ciudad santa, no desprecies mi última súplica y permite que te diga con tu gran siervo S. Agustin (1), que tanto te amó, que si es verdad lo que he escrito de tu excelsa madre, á ti antes que á nadie debo las gracias, porque sin tí no era posible hablar acertadamente; y que te suplique humildisimamente aceptes mi buena voluntad y la hagas aceptar de los que te aman. Si por el contrario he faltado á mis deberes; concédeme el perdon que te pido, como que eres mi señor y mi Dios, á quien sea honor y gloria con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amen.

FIN.

A la mayor gloria de Dios y de su inmaculada madre la virgen Maria.

(1) Sermo de Assumpt.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

NOTAS.

A.

Empiezo por la práctica habiendo hablado de los motivos en los tratados anteriores, y digo que la primera cosa que el amor nos inspira, es ofrecernos á nuestra divina señora por una donacion solemne é irrevocable, consagrarle nuestras personas cuanto podemos por la cesion del derecho que tenemos en nuestras buenas obras, por continuos respetos, por una preferencia de sus intereses á los nuestros y por una entrega generosa de lo que poseemos, para que disponga ella segun su voluntad. Las personas que se hallan en este estado, atienden á Dios solo y se olvidan completamente de sí mismas, y sabiendo que la Virgen santísima obra siempre para la mayor gloria de Dios, no se curan de si despues de haberse despojado de su mérito padecerán mas en el purgatorio. El amor puro no atiende jamás á sí, está plenamente satisfecho cuando Dios está contento, y no teniendo ya propia voluntad no quiere mas que lo que Dios quiere para él y sus amigos. Con este puro amor y por conformidad á nuestro señor Jesucristo amamos á su santísima madre y queremos perseverar en su amor sin poder salir jamás de este empeño. Este es el privilegio de nuestra donacion, que siendo mas fuerte que la muerte nos une á ella no solamente en el tiempo, sino en la eternidad. Ella despoja al alma de cierta propiedad que se introduce en las obras mas santas, dejando la aplicacion á nuestra señora, que obra por Dios solo y para su mayor gloria. Ella conoce las inclinaciones de su hijo y distingue las almas en quienes será mas glorificado con los auxilios que se les dan; y así poniéndolo todo en sus manos se paga con

aquello que la naturaleza podria mezclar con la gracia. En fin si uno es fiel en no hacer nada para sí, no tener nada, no ser ya de sí, sino todo de nuestra gloriosa reina, ha llegado al punto mas alto de la perfeccion; porque siendo de ella es de Dios, supuesto que no se pasa á sus manos sino para quedar en las de Dios, no se la ama sino por amor de Dios, no se busca su gloria sino por la gloria de Dios, que es el fin único de todas las devociones. No hay pues que condenarla como una invencion vana, porque es sólida y llena de gracia y bendicion. S. Buenaventura estaba bien persuadido de ello, cuando enajenado de amor decia á la Virgen: Tú eres el camino que nos lleva á Jesucristo, oh santa señora. El que tenga la desgracia de desviarse de tí, no hallará jamás el camino de la paz (*Adicion de la madre M. J. de Blemur*).

B.

Bien persuadidos estaban de esta verdad (tal es nuestra conviccion) Claudio de Lorena, príncipe de Joinville, duque de Guisa y de Aumale, y su esposa Antonia de Borbon, cuando fundaron un monasterio y una iglesia contiguo á su castillo de Joinville en honor de nuestra señora de los Dolores, llevando allí monjas benedictinas de la abadía de S. Pedro de Reims. Esta fundacion se hizo el año 1550 con las dádivas de dichos príncipes, que resplandecen en toda la fábrica; pero principalmente en el templo. Los vidrios en que el pincel de los mejores pintores de Italia ha representado la pasion de nuestro Señor, son de un tamaño y belleza singular: en el retablo del altar mayor hay una imágen de bulto de nuestra señora de los Dolores: el Salvador del tamaño natural aparece muy dolorido, y su santísima madre, S. Juan y la Magdalena están tan bien representados, que parece se ven salir los suspiros de su boca. Todas estas figuras han venido de Italia, y hasta ahora no han podido descubrir los artífices franceses de qué materia son; pero se cree que es una de las obras mas preciosas y singulares que hay en el reino. La devocion á nuestra señora de los Dolores es tan grande en toda la comarca, que no puede cerrarse el templo á nin-

guna hora del dia; de suerte que sus puertas á manera de las de la ciudad santa, de que habla S. Juan, están siempre abiertas, para que puedan entrar cuantos acuden á saludar á la madre de misericordia y contemplarla en sus dolores. El viernes principalmente se llena la iglesia de gente que acude de todas partes. Muchos habitantes de la ciudad tendrian por grandísima negligencia si pasaran un viernes sin ir á adorar á su soberana reina.

Todos los dias al fin de la misa las monjas cantan el *Stabat mater* por fundacion, y lo hacen con tal devocion y recogimiento, que parecen ángeles.

Los duques de Guisa les dieron muchas santas reliquias, y en particular las que pertenecen á los misterios dolorosos, en cuya veneracion mostraron tanto zelo, como un pedazo de la columna donde fué azotado nuestro Señor, tierra del huerto de las Olivas regada con el sudor de sangre del divino maestro etc. Tambien poseen algunas reliquias de S. José, es decir, de cosas que le sirvieron para su uso, porque es piadosa creencia que él está en el cielo en cuerpo y alma.

Aprovechémonos del ejemplo de las devotas monjas benedictinas dedicadas singularmente á venerar el martirio de la madre de Dios, y acordémonos que tanto sus dolores, como su divina maternidad, todo es grande, singular y admirable en esta criatura celestial. Ella no solo es la reina de los mártires por excelencia como la mas ilustre é invencible, sino por la grandeza y variedad de sus penas como la mas affigida de todas las criaturas, viendo espirar á su divino hijo en la cruz despues de despreciado, azotado, coronado de espinas y enclavado; y sin embargo el exceso de sus dolores no es el que forma toda la pena de su martirio, sino la ardiente caridad con que los sufrió. Ve aquí un asunto excelente de meditacion para las almas devotas (*Adicion de la madre Maria Jacoba de Blemur*).

C.

Estos dos ilustres personajes deben de ocupar el primer lugar con S. José en el corazon de los devotos de la Virgen.

Es doctrina constante que Dios dá siempre gracias conformes al estado á que nos llama su providencia, y de este principio ha de sacarse la medida de la santidad de los bienaventurados padres de la madre de Dios. ¡Oh divina niña, la maravilla de los siglos, la hija de los patriarcas, la luz de los profetas, el deseo y expectacion de los justos, la esperanza de los pecadores! ¡Qué dichosa es la casa de David de donde saliste, y los pechos que te criaron! ¡Oh Ana, madre de María, que mereciste llevar en tus entrañas y dar al mundo esa augusta niña, que ha de llevar á Jesus, fruto de la tierra y flor del cielo! Oh dichosísimo Joaquin, que produjiste una semilla tan pura y santa, la prenda mas cierta de la gran promesa de Dios, el último esfuerzo y la disposicion mas inmediata para la venida del Mesías, María, la mas santa entre los santos, por el fruto que tú y tu esposa dais al mundo, se dispararán nuestras tinieblas, la maldicion se trocará en bendicion, la muerte cederá su derecho á la vida y se borrará la iniquidad. Venga toda criatura á congratularse con estos dos santos por la gracia que recibieron de Dios: vengan todos en tropa á su casa para honrar á aquellos á quienes Dios quiso honrar tanto: vengan á postrarse ante esa cuna y rendir homenaje á esa niña que nació reina de los ángeles y los hombres. La gracia con que comienza su camino, es mas sublime que la que consume á los serafines. Puede decirse que la gloria y las riquezas están en la casa de san Joaquin y santa Ana y que si la nobleza de sus mayores los hizo ilustres, la de sus descendientes les da otro esplendor. María, madre de Jesus, es su verdadera hija: Jesus, hijo único de Dios, es su nieto segun la naturaleza humana. Aquí será preciso acabar su elogio, porque no se puede pasar adelante, y cualquier otra grandeza es inferior á esta; mas digamos con la muchedumbre de los santos padres que san Joaquin y santa Ana eran de la familia real de David. Esto es indisputable, porque la Escritura nos enseña que debia de salir una vara de la raiz de Jesé; lo cual se refiere segun S. Gerónimo á la venida del Mesías. Jesucristo salió como una flor de la raiz de David, y habiendo nacido de una virgen pura recibió el Espíritu Santo en toda su plenitud. Es

preciso pues que S. Joaquin fuese de esta estirpe, para que su hija descendiese de ella y de ambos nuestro Señor (*Adicion de la madre María Jacoba de Blemur*).

D.

Digamos además de su esterilidad: Oh divina niña, objeto de las santas ansias de tus padres, por tí fueron hechos semejantes á dos árboles frondosos plantados en la corriente de las aguas, que dan su fruto á su tiempo: á resultas de la palabra del ángel fué dada la paz á la tierra: por tí fué destruido el muro de division que habia entre Dios y los hombres: por tí fué desarmada la muerte y despojado el infierno: en tí se cumplió en el tiempo la bendicion prometida á tus mayores. El consejo que se tomó en el cielo tocante á tu exaltacion, es una prenda de nuestra salud, y cuando tus santos padres te dieron el ser, no pretendieron despojar de tal suerte á la tierra de su precioso ornamento, que solo el cielo pueda gloriarse de él. Te suplico pues por la santidad de su matrimonio me des alguna parte en el gozo que recibieron en tu bendita concepcion. Tú eres el maravilloso producto de la esterilidad, y por este título eres sin duda mas liberal con las almas estériles como lo es la mia: riégala con esa lluvia voluntaria que Dios quiso poner á tu disposicion. Tú contribuiste á hacer un hombre Dios de la familia de los hombres; pues haz tambien que él nos adopte en la suya: tú nos le diste por hermano y puedes tambien hacerle propicio á nuestros deseos. Mas no reparo que habiéndome obligado á tratar de los padres de nuestra reina, los dego insensiblemente para volver á ella. Asi continuemos considerando las virtudes que los santificaron y completaron su parentesco espiritual con Jesus y María; porque su mayor ventaja no está en haber sido los ascendientes del Mesías por la carne, sino en haber sido sus hijos por el espíritu y haber estado mas estrechamente unidos á él por la gracia que por la naturaleza. En eso consiste su gloria y su dicha: eso los hace ilustres en la iglesia y en el cielo: eso los ensalza sobre los ángeles y los acerca

tanto al Verbo encarnado (*Adición de la madre María Jacoba de Blemur*).

E.

El verdadero y fiel matrimonio de la Virgen y S. José recibió esta bendición; que ni se menoscabó la gloria de la virginidad, ni se alteró la fecundidad. Es un mal inseparable del matrimonio, aunque sea el mas puro y santo, que el corazón se divide entre el cielo y la tierra; pero S. José se unía á Dios por la Virgen y tenía la ventaja de que amando á su esposa amaba á la madre de su Dios: todo cuanto veía en ella, le infundía sentimientos de piedad: sus palabras le elevaban á Dios; su modestia regulaba sus obras; y cuando la miraba, se inflamaba en caridad. ¡Qué castos coloquios tuvo con su esposa! ¡Cuánto aprovechó en la virtud durante un trato tan largo é íntimo! ¡Cuántos oráculos oyó de su boca! ¡Cuántas verdades sublimes aprendió de la maestra de la iglesia!

Algunos enemigos de este gran santo quieren disputarle la dignidad de esposo de la Virgen, diciendo que no había verdadero matrimonio entre ellos, porque ambos habían hecho voto de virginidad, y habiéndose consagrado á Dios habían renunciado á casarse. Pero basta para convencerlos que los mismos filósofos han admitido que el matrimonio mira mas bien á la union de los corazones que á la de los cuerpos. Los padres de la iglesia no han tenido nunca por prohibido este sacramento á los que deseaban vivir en continencia: testigos el emperador Marciano y santa Pulqueria. En fin aquel matrimonio era la figura de la union de Jesucristo con su iglesia, y es tanto mas perfecto, cuanto mas conforme á su original: así como nuestro Señor y la iglesia han conservado su pureza en su union, así la integridad de S. José le preparó para la honra de ser esposo de la madre de Dios.

Dios ordenó en lo antiguo que se colocase un velo de púrpura delante del santuario, para que el arca y el propiciatorio no estuviesen expuestos á las miradas de los profanos: así tambien quiso que este matrimonio sirviese de velo para

ocultar el misterio de la Encarnacion y la virginidad de María. El consejo era digno de la sabiduría infinita; porque sabemos que Satanás observaba á las vírgenes, constándole la prediccion de los profetas; á saber, que una virgen concebiria un hijo, el cual quitaria al demonio el imperio del mundo que habia usurpado. La soberbia del ángel malo le habia hecho abusar de la luz infusa recibida en su creacion, y Dios por su justicia quiso tenerle en la ignorancia de la virginidad de María, de su parto milagroso y de la gloria escondida bajo los oprobios de la cruz. Habia engañado al hombre por medio de la mujer, y era justo fuese engañado por otra mujer.

Tambien era necesario conservar por este matrimonio la honra del hijo y la fama de la madre en la opinion de los que no podian conciliar la virginidad con la fecundidad, ni comprender cómo el Espíritu Santo habia formado una virgen madre. Con efecto la gloria de la virginidad perpétua no hubiera parecido con tanto lustre en el mundo, si esta Virgen admirable no hubiese tenido un testigo irrecusable de su integridad. En fin era designio del Padre eterno que fuese casada la madre de su hijo unigénito para consagrar los dos estados en su persona y dejarnos la figura de su matrimonio con la iglesia, la cual en calidad de madre y virgen hace gala de imitar la pureza de la madre de su señor y esposo. Pero para que sepa toda la tierra que el cielo bendice un matrimonio, cuyo fundamento es la pureza, los dos consortes serán vírgenes y no estériles: María será la madre del Verbo encarnado y José se llamará su padre, y en esta union sagrada habrá fidelidad, habrá sacramento, porque no se hará divorcio; habrá un hijo, porque Jesus nacerá de María, y María le dará á José.

Algunos han estrañado que los sacerdotes que disponian de la mano de la Virgen y conocian sus méritos y prendas, su clase distinguida y la calidad de ser única heredera de su familia, le diesen por esposo un carpintero. A esto se responde primeramente que los judíos se apegaban menos á la dignidad y á las riquezas que al tronco de donde descendian las personas, y que no era ignominia ejercer un

tanto al Verbo encarnado (*Adición de la madre María Jacoba de Blemur*).

E.

El verdadero y fiel matrimonio de la Virgen y S. José recibió esta bendición; que ni se menoscabó la gloria de la virginidad, ni se alteró la fecundidad. Es un mal inseparable del matrimonio, aunque sea el mas puro y santo, que el corazón se divide entre el cielo y la tierra; pero S. José se unía á Dios por la Virgen y tenía la ventaja de que amando á su esposa amaba á la madre de su Dios: todo cuanto veía en ella, le infundía sentimientos de piedad: sus palabras le elevaban á Dios; su modestia regulaba sus obras; y cuando la miraba, se inflamaba en caridad. ¡Qué castos coloquios tuvo con su esposa! ¡Cuánto aprovechó en la virtud durante un trato tan largo é íntimo! ¡Cuántos oráculos oyó de su boca! ¡Cuántas verdades sublimes aprendió de la maestra de la iglesia!

Algunos enemigos de este gran santo quieren disputarle la dignidad de esposo de la Virgen, diciendo que no había verdadero matrimonio entre ellos, porque ambos habían hecho voto de virginidad, y habiéndose consagrado á Dios habían renunciado á casarse. Pero basta para convencerlos que los mismos filósofos han admitido que el matrimonio mira mas bien á la union de los corazones que á la de los cuerpos. Los padres de la iglesia no han tenido nunca por prohibido este sacramento á los que deseaban vivir en continencia: testigos el emperador Marciano y santa Pulqueria. En fin aquel matrimonio era la figura de la union de Jesucristo con su iglesia, y es tanto mas perfecto, cuanto mas conforme á su original: así como nuestro Señor y la iglesia han conservado su pureza en su union, así la integridad de S. José le preparó para la honra de ser esposo de la madre de Dios.

Dios ordenó en lo antiguo que se colocase un velo de púrpura delante del santuario, para que el arca y el propiciatorio no estuviesen expuestos á las miradas de los profanos: así tambien quiso que este matrimonio sirviese de velo para

ocultar el misterio de la Encarnacion y la virginidad de María. El consejo era digno de la sabiduría infinita; porque sabemos que Satanás observaba á las vírgenes, constándole la prediccion de los profetas; á saber, que una virgen concebiria un hijo, el cual quitaria al demonio el imperio del mundo que habia usurpado. La soberbia del ángel malo le habia hecho abusar de la luz infusa recibida en su creacion, y Dios por su justicia quiso tenerle en la ignorancia de la virginidad de María, de su parto milagroso y de la gloria escondida bajo los oprobios de la cruz. Habia engañado al hombre por medio de la mujer, y era justo fuese engañado por otra mujer.

Tambien era necesario conservar por este matrimonio la honra del hijo y la fama de la madre en la opinion de los que no podian conciliar la virginidad con la fecundidad, ni comprender cómo el Espíritu Santo habia formado una virgen madre. Con efecto la gloria de la virginidad perpétua no hubiera parecido con tanto lustre en el mundo, si esta Virgen admirable no hubiese tenido un testigo irrecusable de su integridad. En fin era designio del Padre eterno que fuese casada la madre de su hijo unigénito para consagrar los dos estados en su persona y dejarnos la figura de su matrimonio con la iglesia, la cual en calidad de madre y virgen hace gala de imitar la pureza de la madre de su señor y esposo. Pero para que sepa toda la tierra que el cielo bendice un matrimonio, cuyo fundamento es la pureza, los dos consortes serán vírgenes y no estériles: María será la madre del Verbo encarnado y José se llamará su padre, y en esta union sagrada habrá fidelidad, habrá sacramento, porque no se hará divorcio; habrá un hijo, porque Jesus nacerá de María, y María le dará á José.

Algunos han estrañado que los sacerdotes que disponian de la mano de la Virgen y conocian sus méritos y prendas, su clase distinguida y la calidad de ser única heredera de su familia, le diesen por esposo un carpintero. A esto se responde primeramente que los judíos se apegaban menos á la dignidad y á las riquezas que al tronco de donde descendian las personas, y que no era ignominia ejercer un

oficio. Tenemos un ejemplo de esto en S. Pablo, el cual era ciudadano romano y hombre instruido en letras y sin embargo construía tiendas para mantenerse. Pero tomemos la cosa de mas arriba y digamos que desde la infausta hora en que el hombre perdió la inocencia, le fué fatal la grandeza. Ve aquí un ejemplo insigne de la vanidad de las pompas mundanas y de la inconstancia de lo que se llama fortuna. Aquella nobleza tan distinguida que habia tenido origen en la persona del principe de todos los patriarcas, que habia echado tan hondas raíces en la sangre de los profetas, y que habia sido honrada con la corona de los reyes y la tiara de los pontífices, se termina y esconde en la persona de una pobre virgen y de un carpintero, á quienes estaba reducida toda la familia real de David. Así María y José hallaban la verdadera grandeza en el abatimiento, y la casita de Nazareth no tenia nada de extraordinario mas que esta pobreza gloriosa.

Una alma de las mas iluminadas de este siglo en todo lo que pertenece á la santa infancia de nuestro Señor, dice que la beatísima Trinidad habia dispuesto á S. José desde su nacimiento para el gran ministerio á que estaba destinado: que fué santificado en el vientre de su madre como Jeremías y el Bautista: que siempre fué justo y dirigido por el Espíritu Santo: que nunca tuvo trato con el mundo, ni amistad profana: que el Señor le habia preservado de la corrupcion del siglo por medio de una proteccion particular: que sabia todas las artes por ciencia infusa, de manera que hubiera podido hacer toda clase de obras como Beseleel y Ooliab, á quienes Dios llenó de inteligencia para que fabricaran el tabernáculo; pero que por humildad no quiso trabajar mas que al oficio de carpintero, el cual solamente le obligaba á tratar con personas sencillas: que la divina providencia le habia proporcionado empleos conformes á este espíritu de humildad y abstraimiento, y que él no se habia ocupado sino en cosas honestas, aunque de poco valor. Este modo de pensar concuerda con lo que S. Justino dice de nuestro Señor: que construía yugos para los bueyes y arados para la labranza.

Dice ademas aquella alma que S. José fué el mas sabio en las cosas de Dios y el mas inteligente que hubo en la tierra despues de la Virgen: que se aventajó en conocimientos á todos los teólogos y poseyó la sabiduría mas verdaderamente que Salomón: que sobrepujaba á los otros santos tanto mas cuanto sus calidades de padre putativo de Jesus y esposo de la Virgen eran infinitamente superiores á las de ellos: que fué el mas perfecto en cuerpo y alma despues de nuestro Señor y su madre. Decia cosas singulares sobre el matrimonio de estos dos nobles esposos y la union que de sus corazones hizo la santísima Trinidad. Al instante que S. José, añade, fué propuesto á María, vió esta su justicia y conoció algo de su grandeza; pero no en toda su perfeccion. Como los dos habian consagrado su virginidad por una singular inspiracion de que habian sido prevenidos, no tuvieron ideas humanas sobre su matrimonio, sino que se entregaron con confianza á la divina conducta, que les fué manifestada sobre este punto.

S. José fué preparado por una superabundancia de gracias para la sublime dignidad de padre putativo, custodio y ayo de Jesucristo. Aunque no debia de saber el motivo de la encarnacion hasta poco tiempo antes de la natividad del hijo de Dios, no dejó de participar de la gracia de este divino misterio. El Salvador escondido en su purísima madre produjo en él efectos admirables, que no somos capaces de comprender, y obró en él no solo inmediatamente por sí, sino por la Virgen como por su órgano, segun hizo con santa Isabel y S. Juan.

Añade que no ha de profundizarse el misterio escondido en el sentimiento que tuvo S. José cuando vió preñada á su esposa: que no formó juicio detenido de la conducta de ella, sino que sintió una cruelísima pena interior: que cuando resolvió separarse ocultamente de ella, fué por una perplejidad del ánimo y no por un pensamiento determinado contra ella: que esto fué una prueba de Dios, el cual aflige reciamente á las almas cuando lo tiene por conveniente: que así que el ángel le dijo: José, hijo de David, no temas; se desvaneció su congoja: que fué ilustrado completamente acerca

del misterio de la Encarnacion y la dignidad de madre de Dios, y que entonces este le llenó de las gracias adecuadas á su vocacion: que no habló de su pena á la Virgen; y que estas dos criaturas admirables no habian tenido ninguna conversacion de cosas indiferentes. Todo este razonamiento es de una gran sierva de Dios, y no he querido privar de él á mis lectores.

El santo Evangelio hace mencion de la duda de S. José no sin misterio, y en esta ocasion es cuando le llama justo, porque practicó virtudes muy sublimes. Hacia extraordinaria estimacion de la pureza de la Virgen y creia mas que á sus propios ojos la luz recibida del cielo acerca de la honestidad de ella. Pero como la ve preñada y está cierto de no haberla conocido carnalmente, duda. Como no tenia pruebas, ni autoridad, se encierra en los límites de una simplicidad que no puede menos de ser divina, pues que pudo resistir á semejante asalto; sin embargo se apesadumbra de lo que no puede negarse, y tal vez siente aun mas lo que ha de responder á los sacerdotes, de cuyas manos ha recibido aquel tesoro. Es muy probable que podia pensar que Maria estaba elegida para madre del Mesías, porque decian muchos que su venida estaba próxima y que habia de nacer de una virgen; pero como no era sacerdote, no se atrevia á juzgar de los misterios y le detenia el respeto: esta es otra santa y celestial simplicidad. Ademas no habiéndole dado los sacerdotes instruccion, y siendo demasiado humilde para creer fuese llamado de Dios para esposo de aquella virgen, persevera en su pequeñez y continúa firme en no juzgar de Maria lejos de querer difamarla: esta es una caridad á prueba. Pensó en volverla á aquellos de quienes la habia recibido, juzgándose indigno de ser su depositario: este era un pensamiento que se fundaba en la prudencia y la fidelidad.

El ángel que consoló al santo patriarca, le manifestó que Maria estaba preñada por obra del Espíritu Santo y que pariría al hijo único de Dios: que por esta razon poseia él la dignidad de esposo de la madre de Dios; idea que no se habia atrevido á admitir cuando le ocurrió, considerándose indigno de que Dios pusiese los ojos en él para co-

sas tan grandes; y sin embargo así como Maria es virgen y madre por su hijo, del mismo modo S. José es virgen y padre del niño Jesus por Maria. Está en esta celestial pureza y en esta paternidad divina para ser asociado dignamente á Maria y servirla y con ella al divino niño; y es todo esto por dependencia, conformidad y relacion, por las oraciones, la eficacia y la virtud de Maria.

Como el misterio de la Encarnacion es un desorden admirable, todas las personas que pertenecen á él, se sienten de esta santa confusion y llevan sus caracteres. Nuestro Señor, que es el término sagrado de él, es contra las reglas de la naturaleza: el hijo es siervo de su padre: Maria es virgen y madre: S. José es un padre sin hijo y un esposo sin mujer, porque habiendo consagrado la virgen su pureza, es en dictámen de S. Gregorio de Neocesarea aquel libro sellado de que habla Isaias, que fué entregado á un sabio, el cual no le pudo leer porque estaba sellado. Pero digamos mas bien que es un esposo que contra las leyes del matrimonio debe todas sus grandezas á su esposa, un padre que saca todas las ventajas de su hijo y que solo es padre de él por su esposa. Habiendo hablado bastante del primer título, vamos á explicar el segundo.

El matrimonio es una sociedad legitima instituida por la naturaleza y la ley; pero una sociedad tan estrecha, que todas las cosas son comunes entre los que la componen: no pueden darse, ni prestarse nada, porque poseen en comun sus bienes: no pueden obligarse á Dios por voto, porque estan unidas sus voluntades; y la razon, que es el alma de la ley, nos enseña que siendo la mujer de su marido, el hijo que esta lleva, es tambien de él, porque es producido en una tierra de su propiedad. Supuesto pues que la Virgen es de san José como esposa suya y que este es dueño del terreno en donde brotó la flor de los campos y el lirio de los valles, ha de inferirse que el niño Jesus es de él. S. Gerónimo dice claramente que el evangelista da un nombre tan grande como verdadero á S. José, porque si este es el esposo de Maria, es el padre de Jesus. S. Agustin defiende que el santo patriarca posee estos dos titulos no segun la carne, sino se-

gun el espíritu, que es el fundamento de las uniones mas santas y verdaderas. S. José, dice Gerson, tiene alguna parte en la formacion del cuerpo de Jesucristo, porque este es sacado de una carne cuyo dominio se transfere á aquel por el matrimonio. Maria es la madre de Jesus y José su padre: los dos son vírgenes y los dos producen un mismo hijo; y aunque sola la Virgen contribuye con su sangre para formarle, no deja de tener parte S. José, porque le pertenece legitimamente la sangre que le forma. Nuestro Señor es llamado hijo de David ó hijo de Abraham, porque la Virgen descendía de estos patriarcas y la paternidad de ellos miraba á la generacion del Mesías; pero S. José es constituido padre de una manera mucho mas santa, eficaz y lata al tiempo de cumplirse los consejos de Dios, y su paternidad se refiere principalmente á la educacion del divino niño. Ella es una participacion especial de la divina paternidad de Dios Padre cuanto puede serlo: ella es elevada sobre la carne y la sangre, y la sagrada escritura nos lo declara por boca de la Virgen. Tu padre y yo, dice hablando á nuestro Señor: ¿puede haber mayor claridad, ni mayor respeto? Supuesto que da la preferencia á S. José, este es el padre de Jesucristo: supuesto que el Evangelio que no puede mentir, nos lo asegura, y el Señor mismo le dió este nombre, su palabra, que hace las cosas diciéndolas, produjo esa calidad en su alma. Es su padre, porque le alimentó con el trabajo de sus manos y el sudor de su rostro, le dirigió en su niñez, le cuidó y acompañó en sus viajes y fué su tutor durante la menor edad. La sagrada escritura para dar un testimonio eterno de su poder estampa estas palabras: Jesus estaba sujeto á José y á Maria. Digamos aquí con el parainfo de nuestro esclarecido santo: ¿Qué cosa mas gloriosa que mandar á aquel que lleva escrito en su muslo: Rey de reyes? José sin duda usó de la autoridad de padre cuando puso al santo niño el nombre de Jesus, y le mostró el tierno amor de tal cuando le buscó despues de perdido y le halló en el templo, y cuando le libró del furor de Herodes sacándole de Judea de noche y llevándole á Egipto.

Añádase que la dignidad de padre del niño Jesus es tan

peculiar suya, que no se ha comunicado jamás á nadie despues de él. Nuestro Señor nos dice en el Evangelio que el que hace la voluntad de su padre, es su hermano, su hermana y su madre; pero reserva el título de padre á S. José.

Dios mio, ¿quién podrá expresar lo que pasó en el alma del santo, cuando vió al Verbo encarnado acostado sobre un poco de paja? El divino niño despidió rayos de extraordinario resplandor, que le penetraron el alma y le hicieron conocer el estado de su santa esposa y la pureza del parto. En aquel instante adoró al amable niño, le besó los pies y se ofreció á emplear su vida en servicio del mismo. Despues oró cuarenta dias, habiendo permanecido todo este tiempo absorto en Dios sobre la profundidad de sus consejos y de los misterios obrados en el portal de Betlehem. Sor Margarita del santísimo sacramento, de quien ya hemos hablado, dice que S. José vió á los ángeles que bajaron á millares á adorar al niño, y oyó la música y la alegría del cielo por su nacimiento: que durante aquellos cuarenta dias no habló, aunque veía á los pastores y á los santos reyes y tenia conocimiento de la gracia de ellos. Dice tambien que el oficio de S. José no habia sido servir al hijo y á la madre en ese tiempo, sino guardar á esta y adorar á aquel: que la Virgen y S. José salieron en silencio del portal y llevaron el niño al templo sin hablar: que cumplieron todo lo que mandaba la ley, y no hablaron á Simeon, ni á Ana: que el Espíritu Santo los gobernaba y dirigía todos sus actos: que volvieron á Nazareth con el mismo silencio; lo cual era digno de la grandeza y majestad de los misterios, de la santidad, de la humildad y de la sublime oracion de estos dos esposos incomparables (*Adicion de la madre Maria Jacoba de Blemur*). ®

Concluyo este capítulo con la devota elevacion del señor de Priezac, que tan dignamente ha tratado de los privilegios de nuestra soberana. Es motivo de gran consuelo que un hombre engolfado en el siglo y en los negocios del estado haya

tenido tiempo para hablar de las maravillas de la madre de Dios. Ve aquí cómo habla á S. José.

Pero ¿por qué ingratitud y culpable silencio habia de concluir yo esta meditacion sin saludarte á tí, que ocupas un lugar tan honorífico en la genealogia del hijo de Dios? ¡Oh lugar tan honorífico en la genealogia del hijo de Dios! ¡Oh casto esposo de su gloriosa madre! ¡Oh fiel testigo del cumplimiento de las promesas del Padre eterno! ¡Oh digna cabeza de su familia en la tierra! Tú formas el último escalon de esa larga generacion ó de esa escala misteriosa, que tocando con un extremo en la tierra llegó con el otro hasta el cielo y sirvió de apoyo y sosten al divino Verbo. La fortuna, como dirian los mundanos en su lenguaje gentílico, te habia reducido á una condicion muy distante del esplendor de tu origen, siendo así que se deleita á veces en ceñir la real diadema en las sienas de un siervo ó de un advenedizo; pero la sabiduría infinita que te queria poner en las manos el depósito del cielo con el tesoro de la divinidad, te ensalzó no solo sobre todos los grandes y magnates de la tierra, sino sobre todos los serafines mas cercanos á su majestad. Con efecto ¿á qué ángel dijo jamas: Tú eres mi padre? Y si leemos que sentó su trono sobre las cabezas de ellos, ¿dónde hallamos que les haya dispensado el honor de sentarse en sus brazos? A la verdad cuando te escogió para su padre putativo y quiso que fueses el esposo de su madre, cuando se hizo súbdito tuyo y te concedió la gloria de ser su salvador en Egipto como él lo era de todos los hombres en el mundo, te encumbró á una grandeza digna de ser envidiada por los espíritus bienaventurados. ¡Oh hijo de David! Ese es el nombre que el ángel te da, y lo eres tanto por la sangre como por la santidad: no solo viste lo que tantos reyes desearon ver, sino que lo tuviste en tus manos, lo llevaste, lo alimentaste y guardaste. ¡Oh confidente querido de los secretos consejos del Padre eterno! Mas gloria te redundó de tu pobreza que de tu noble extraccion. y cuando ganaste el sustento del hijo y de la madre con el trabajo de tus manos, no dejaste nada que desear para completar la idea de la verdadera grandeza. Te ruego pues por esos impulsos de gozo y admiracion que te arrebataron cuan-

do viste la gloria del Mesias y las primeras maravillas de su Evangelio, me concedas tu proteccion, la cual no puede menos de ser poderosísima para con el hombre Dios, cuyo tutor y ayo fuiste. Como él quiso obedecerte en la tierra, no te negará nada en el cielo. No puede expresarse con palabras la menor parte de tus grandezas; no obstante cuando yo diga que eres el verdadero esposo de María y el padre putativo de Jesus, y cuando por estos dos titulos pidas la conversion de un pecador como yo, habré dicho todo y tú lo conseguirás todo (*Adicion de la madre Maria Jacoba de Blemur*).

F.

Despues de las tres virtudes teologales la religion ocupa sin duda el primer lugar, porque su ejercicio, que es el culto de Dios, precede al de todas las otras virtudes morales; y me parece que habiendo acudido las primeras una tras otra á rendir homenaje á la reina de ellas, está muy puesto en razon que la religion cumpla el mismo deber y pague tambien su tributo de reconocimiento. Sin tratar de lo esencial de esta virtud, esto es, del espiritu de sacrificio, que no es de este lugar, diré solamente que parece que nuestro Señor no vino á este mundo mas que para traer el respeto y amor de su padre y establecer su reino y su religion. Para eso trabajó treinta y tres años y con ese mismo designio quiso morir en la cruz enseñándonos que toda criatura debe dar su vida por Dios en testimonio de la grandeza y santidad de él; que todo debe sacrificarsele, manifestando así que todo es vil y despreciable en su presencia; y que como hostias debemos ser consumidos por el fuego á gloria de Dios. Ve ahí cuál es la propiedad esencial de la virtud de la devocion; pero ahora queremos decir algo de tres actos pertenecientes á ella, á saber, el hacimiento de gracias, el honor y la devocion. El angélico doctor santo Tomás defiende que el hacimiento de gracias es hijo de la religion por el culto que rinde á Dios en consideracion de su excelencia. Tal vez lo siente así la iglesia cuando canta en el *Gloria in excelsis*: Te damos gracias por

tu gran gloria. El profeta evangélico se vale del hacimiento de gracias de una manera peculiar suya segun creo. «Te doy gracias, mi Dios, dice, porque te has enojado conmigo; pero se ha aplacado tu furor y me has consolado.» Nosotros tenemos cuidado de pedir al Señor que no se enoje con nosotros; pero son pocos los que reciben con gratitud los efectos de su ira aparente; sin embargo eso es lo que le hace trocar sus castigos en consuelos, que son el fruto de nuestra sumision. Nos hemos alegrado, dice el salmista, á proporcion del tiempo que nos has alligido, y de los años que han durado nuestros males. El alma que es pobre y humilde, es tambien reconocida; conoce que ella no es mas que flaqueza y que Dios es su fortaleza; su concupiscencia es como un fuego que la abrasa y la consume, y la gracia de Jesucristo es su refrigerio. Si es verdad que una alma fiel recibe con ánimo reconocido todo lo que viene de la mano de Dios, y dice en las adversidades y trabajos con la misma serenidad que el paciente Job: El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó; bendito sea el nombre del Señor; tambien es cierto que el objeto mas comun y natural del hacimiento de gracias y de la gratitud es la liberalidad, y ese era el motivo de prorumpir el real profeta en este desahogo de su pecho agradecido: Bendice, alma mia, al Señor, y no olvides la muchedumbre de sus beneficios. ¿Qué daré al Señor por todos los beneficios que me ha hecho? Naciones, dice tambien, alabad todas al Señor, porque ha ostentado con nosotros su misericordia (*Adicion de la madre M. J. de Blemur*).

G.

Seria un testimonio de nuestra devocion á la Virgen el excitar los demás á la veneracion de sus imágenes con nuestros ejemplos, nuestras palabras y nuestra liberalidad, regalándolas á los que puedan sacar provecho, procurando que las haya en las iglesias pobres de las aldeas y despoblados para infundir algun sentimiento de veneracion en los que las ven, y haciendo quitar al mismo tiempo las efigies defectuosas é indecentes que haya, segun prescribe el concilio tridentino.

No puedo terminar este capítulo sin decir dos palabras sobre la veneracion que se da á las imágenes de la Virgen en la abadía real de la natividad de nuestra señora en Brié. Hugo de Chatillon, conde de Saint-Paul, edificó la iglesia y labró el altar mayor en el mismo sitio que le habia señalado la madre de Dios en una vision. Despues mandó hacer una imagen de nuestra señora, que es de marfil y tiene á su divino hijo en los brazos. No sé qué atractivo hay en aquella imagen; pero sí que en el año 1579 el conde de Chabanes la pidió á su hermana, abadesa entonces de aquel célebre monasterio, para colocarla en una capilla del convento de mínimos del bosque de Vincennes. Tenia el conde un tan sincero afecto á aquella imagen, que despues de la muerte del rey Enrique III la trasladó á la Auvernia, de donde era originario; pero cuando Dios dispuso de él, cayó la Virgen en manos de un calvinista, pariente del difunto. Sin embargo el conde de Saint-Aniol la sacó del poder de este para dársela al hermano mayor del de Chabanes, que al morir ordenó se restituyese á las monjas de la abadía de Brié. Los dos comisionados para conducir á nuestra señora llegaron á la abadía un sábado dia 22 de junio del año 1659. La imagen fué recibida en el locutorio por la abadesa á la cabeza de la comunidad y luego llevada á la iglesia y entregada á los monjes encargados de la direccion espiritual de las religiosas, los cuales la recibieron con profundo respeto. Echáronse las campanas á vuelo y se cantó un *Te Deum*, despues de colocada la imagen en un trono en medio del coro con muchos cirios al rededor, que ardieron toda la noche. Esta solemnísimas fiesta puede muy bien compararse con la de los israelitas cuando llegó á su campamento el arca de la alianza: como diesen gritos de júbilo, los filisteos se preguntaban unos á otros: ¿Qué es ese gran ruido que viene del campamento de los hebreos? No estaban tan contentos ayer, ni anteayer. Toda la comunidad veló en oracion delante de la santa imagen y las religiosas la besaron una despues de otra con sentimientos de amor y gratitud hácia la reina del cielo por una merced tan singular, persuadiéndose á que queria tomar otra vez bajo su proteccion el monasterio. El predicador encargado del panegirico escogió por texto aquellas palabras de los

tu gran gloria. El profeta evangélico se vale del hacimiento de gracias de una manera peculiar suya segun creo. «Te doy gracias, mi Dios, dice, porque te has enojado conmigo; pero se ha aplacado tu furor y me has consolado.» Nosotros tenemos cuidado de pedir al Señor que no se enoje con nosotros; pero son pocos los que reciben con gratitud los efectos de su ira aparente; sin embargo eso es lo que le hace trocar sus castigos en consuelos, que son el fruto de nuestra sumision. Nos hemos alegrado, dice el salmista, á proporcion del tiempo que nos has alligido, y de los años que han durado nuestros males. El alma que es pobre y humilde, es tambien reconocida; conoce que ella no es mas que flaqueza y que Dios es su fortaleza; su concupiscencia es como un fuego que la abrasa y la consume, y la gracia de Jesucristo es su refrigerio. Si es verdad que una alma fiel recibe con ánimo reconocido todo lo que viene de la mano de Dios, y dice en las adversidades y trabajos con la misma serenidad que el paciente Job: El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó; bendito sea el nombre del Señor; tambien es cierto que el objeto mas comun y natural del hacimiento de gracias y de la gratitud es la liberalidad, y ese era el motivo de prorumpir el real profeta en este desahogo de su pecho agradecido: Bendice, alma mia, al Señor, y no olvides la muchedumbre de sus beneficios. ¿Qué daré al Señor por todos los beneficios que me ha hecho? Naciones, dice tambien, alabad todas al Señor, porque ha ostentado con nosotros su misericordia (*Adicion de la madre M. J. de Blemur*).

G.

Seria un testimonio de nuestra devocion á la Virgen el excitar los demás á la veneracion de sus imágenes con nuestros ejemplos, nuestras palabras y nuestra liberalidad, regalándolas á los que puedan sacar provecho, procurando que las haya en las iglesias pobres de las aldeas y despoblados para infundir algun sentimiento de veneracion en los que las ven, y haciendo quitar al mismo tiempo las efigies defectuosas é indecentes que haya, segun prescribe el concilio tridentino.

No puedo terminar este capítulo sin decir dos palabras sobre la veneracion que se da á las imágenes de la Virgen en la abadía real de la natividad de nuestra señora en Brié. Hugo de Chatillon, conde de Saint-Paul, edificó la iglesia y labró el altar mayor en el mismo sitio que le habia señalado la madre de Dios en una vision. Despues mandó hacer una imagen de nuestra señora, que es de marfil y tiene á su divino hijo en los brazos. No sé qué atractivo hay en aquella imagen; pero sí que en el año 1579 el conde de Chabanes la pidió á su hermana, abadesa entonces de aquel célebre monasterio, para colocarla en una capilla del convento de mínimos del bosque de Vincennes. Tenia el conde un tan sincero afecto á aquella imagen, que despues de la muerte del rey Enrique III la trasladó á la Auvernia, de donde era originario; pero cuando Dios dispuso de él, cayó la Virgen en manos de un calvinista, pariente del difunto. Sin embargo el conde de Saint-Aniol la sacó del poder de este para dársela al hermano mayor del de Chabanes, que al morir ordenó se restituyese á las monjas de la abadía de Brié. Los dos comisionados para conducir á nuestra señora llegaron á la abadía un sábado dia 22 de junio del año 1659. La imagen fué recibida en el locutorio por la abadesa á la cabeza de la comunidad y luego llevada á la iglesia y entregada á los monjes encargados de la direccion espiritual de las religiosas, los cuales la recibieron con profundo respeto. Echáronse las campanas á vuelo y se cantó un *Te Deum*, despues de colocada la imagen en un trono en medio del coro con muchos cirios al rededor, que ardieron toda la noche. Esta solemnísimas fiesta puede muy bien compararse con la de los israelitas cuando llegó á su campamento el arca de la alianza: como diesen gritos de júbilo, los filisteos se preguntaban unos á otros: ¿Qué es ese gran ruido que viene del campamento de los hebreos? No estaban tan contentos ayer, ni anteayer. Toda la comunidad veló en oracion delante de la santa imagen y las religiosas la besaron una despues de otra con sentimientos de amor y gratitud hácia la reina del cielo por una merced tan singular, persuadiéndose á que queria tomar otra vez bajo su proteccion el monasterio. El predicador encargado del panegirico escogió por texto aquellas palabras de los

Cantares: *Revertere, Sunamitis, revertere* etc., como convidándola á volver á sus antiguos dominios, porque siempre le ha estado dedicada aquella abadía. La abadesa, deseosa de que se acrecentara mas y mas la devoción á nuestra señora, hizo poner la santa imagen en un altar exterior; pero las monjas tienen el consuelo de verla por entre una verja que da al mismo altar. Día y noche arde una lámpara, que servirá de monumento eterno de la piedad de dicha abadesa.

Hay que añadir en su elogio que su zelo por la honra de la Virgen era ardentísimo y que no se cansaba de mandar labrar imágenes de bulto, que estan distribuidas en todos los lugares del monasterio, sin hablar de las que hay en cada altar de la iglesia, y de una de mármol blanco que está sobre la reja grande del coro y se cree fué dada por el conde de Chabanes en cambio de la de marfil ya referida.

Todos los dias durante la salve que se canta al fin de completas en todo tiempo, se encienden dos velas delante de las muchísimas imágenes de nuestra señora: asisten á este acto todas las religiosas, aun las enfermas, como no esten imposibilitadas. Tambien estan obligadas á acudir las conversas posponiéndolo todo al homenaje que es debido á Maria santísima. Lo mismo se practica los sábados durante la misa cantada en honor suyo y las letanias, asi como en el oficio de las festividades de nuestra señora y de sus vigiliás, á las que se prepara la comunidad con muchas penitencias y mortificaciones (*Adición de la madre María Jacoba de Blemur*).

H.

La mortificación en sentir de S. Juan Climaco es un convenio, por el cual se obliga uno á Dios á emprender otra vida diferente de la primera; es una continua renuncia que el espíritu hace de los gustos y satisfacciones corporales; es un juicio perpetuo que pronuncia uno contra sí mismo; es el estado de una alma ocupada enteramente en el cuidado de su salvación y libre de cualquier otro; es una purificación de la conciencia, un padecimiento voluntario de toda clase de

penas y trabajos. Esta virtud consta de dos partes, de la interior y la exterior.

La mortificación interior, que sin duda es la principal y la que da valor á la exterior, lleva consigo tres disposiciones absolutamente necesarias; á saber, una santa confusión delante de Dios, un sincero pesar de haberle ofendido y una entrega total á su justicia y su santidad para sufrir los efectos de la venganza que sea del agrado de sus divinas perfecciones, que son las mas rigurosas consideradas en sus operaciones respecto de la criatura pecadora.

Aquí entendemos indistintamente la penitencia y la mortificación y reconocemos que el espíritu de penitencia es el espíritu mismo de Jesucristo difundido por él en su iglesia. El divino Salvador puede llamarse justamente el penitente de la nueva ley: él parece lleno de temor y terror en su interior al considerar los juicios de Dios Padre enojado contra él como fiador de los pecadores. En este estado padecía penas interiores que excedian infinito á las exteriores, las cuales fueron vistas de todos y le hicieron un varon de dolores instruido por su propia experiencia en todas nuestras miserias. En el instante de su encarnacion comenzó á gustar la amargura de este cáliz, porque venia de intento á hacer penitencia y sufrir los estados interiores y exteriores debidos á los pecadores, y eso habia de ser con toda la vehemencia de las pasiones, á las que permitia levantarse para alligir su parte inferior. Ve ahí el gran modelo de penitencia y mortificación, al que hay que entregarse para revestirse de su espíritu y hacerse penitente en él, protestando que estamos sometidos en general á todos los mandatos de Dios, porque él solo conoce la medida de las satisfacciones que desea, y nosotros la ignoramos. Es preciso resolverse á perder la vida animal en la práctica de la vida crucificada cuando lo tenga por conveniente, no limitando nuestros trabajos y penas para honrar por este medio el zelo infinito de Jesucristo en toda su magnitud; y como recibió y cumplió los mandatos de su padre cuando fué enviado y llevado al desierto para hacer penitencia, es justo recibir y practicar las penitencias que se nos imponen, con cabal submission de espíritu sin examinarlas, ni contradecirlas, subiendo

tan animosamente al Calvario para padecer y morir con nuestro maestro como si fuéramos llamados al Tabor para gozar de su gloria. La fiel esposa de los Cantares no se contenta con subir al collado del incienso, que representa la oración y la dulce comunicacion con Dios, sino que prueba á trepar al monte de la mirra, es decir, de la mortificacion tan amarga para los sentidos como provechosa al alma. Aun cuando no tuviéramos otro motivo para preferir el Calvario al Tabor que la conformidad de nuestra maestra celestial, que se halla en el primer monte de aquellos y no en el segundo, bastaria para un corazon que hace gala de amarla. Daniel alcanzó de Dios tan señaladas mercedes por los ejercicios de la penitencia. Es necesario que las penas correspondan á la gracia y que las diligencias sean proporcionadas al galardón en nosotros que aspiramos á la posesion de Dios. ¿Qué trabajos pueden compararse con este fin? Sin duda no hay ayunos, vigillas, disciplinas, cilicios, ni austeridades que dejen de parecer agradables al alma que busca á Dios por la destruccion de sí misma, la pena y la sujecion de los sentidos: la mortificacion ahuyenta del hombre todo lo que es contrario á Dios, establece la paz en su conciencia, sostiene la autoridad de la razon abatiendo la arrogancia de la parte rebelde del alma, libra al espíritu de todos sus tropiezos y dificultades y le facilita el medio de elevarse á la contemplacion de las verdades eternas, satisface por los pecados pasados y merece el auxilio de la gracia para lo futuro. Como la Virgen santísima conoce todo lo que es provechoso y desea el bien sólido de los suyos, se alegra de que abracen generosamente la cruz y se conformen á su hijo y á ella (*Adicion de la madre María Jacoba de Blemur*).

Sobre lo cual dice S. Bernardo estas preciosas palabras: que la fé de la iglesia quedó en la Virgen sola durante el tiempo de la pasion: todos vacilaban; pero la que habia concebido por la fé, perseveraba siempre firme en la fé. María es la única bendita entre las mujeres: ella sola persis-

tió en la fé durante el triste día del sábado; y en ella se conservó toda la iglesia.

Pero si nuestra bendita madre fué bienaventurada por haber creído, estemos ciertos de que la imitacion de su fé nos hará participar de su dicha. El reino de los cielos es semejante á la fé de María, dice el mismo padre, porque la ruina de los ángeles fué reparada por aquella virtud. Procuremos pues hacer frecuentes actos de fé tocante á los principales misterios de nuestra religion, particularmente cuando asistimos al santo sacrificio y recibimos el precioso cuerpo de Jesucristo: creamos simplemente todas las verdades católicas y toda la doctrina del Evangelio: demos gracias á Dios con santa Teresa de que somos hijos de la iglesia y hemos recibido el bautismo: pidámosle por la intercesion de su santa madre nos la aumente y conserve hasta el último instante de nuestra vida: confesemos decididamente que Jesucristo es nuestro maestro y que no queremos otra gloria que sus ignominias: pensemos en las verdades de la fé y no ocultemos su luz en la oscuridad de las máximas del mundo. La gracia de la fé es la mas necesaria, y sin embargo casi no se hace reflexion en ella, ni los cristianos piensan en dar gracias á Dios por un don tan grande. ¡Ay! Esta ingratitud es tal vez la causa de haberla alejado de tantos reinos, antes mansion de los santos y hoy sumergidos en la ceguedad. Ha de tenerse gran zelo para procurar la instruccion de los pobres infieles de naciones remotas y de nuestros aldeanos y gente del campo, cooperando con limosnas ú oraciones á la prosperidad de las misiones.

Tambien es una dependencia de la fé vivir sumisos y unidos á la santa sede. Vemos que los herejes se separan de ella, la calumnian, rebajan su autoridad y no quieren acatarla ni obedecerla: es preciso pues obrar de un modo enteramente contrario, hacer aprecio de las ceremonias de la iglesia aun las mas leves, de las indulgencias, de las hermandades y de todas las devociones aprobadas y hablar siempre con respeto de todo esto, teniendo horror á aquellas personas que se precian de despreocupadas, presumen de mas entendidas que sus maestros, andan en quisquillas en materia de religion, adulteran la Escritura, la aplican á sus bufonadas y cho-

carreras y componen cantares profanos por la música de los himnos sagrados. Es necesario además evitar cuidadosamente las novedades en punto á doctrina y las curiosidades peligrosas: adhirámonos á lo que nos propone la iglesia, sin dar oídos á argumentos y discursos en contrario: suframos con gozo que la cautividad de nuestro entendimiento honre el triunfo de la fé y no olvidemos este dicho de S. Agustin: que Dios no estaría muy elevado sobre los hombres, si no pudiese hacer nada que nuestro entendimiento no pudiera comprender. El único medio para entender las verdades que la fé nos enseña, es creerlas con entera sumision, porque Dios oculta sus arcanos á los sabios y prudentes y se los revela á los pequeños.

Y cuando las cosas repugnan á los sentidos y al juicio, es preciso desmentir á aquellos y desdeñarse á este convenciéndose á sí mismo. En fin pidamos á Dios con eficacia se sirva extirpar las herejías y convertir á los que estan sumidos en el error; y pues la Virgen parió á la verdad y tiene particular oposicion á cuanto la contradice, roguémosla tambien emplee su poder para un designio tan provechoso y continúe destruyendo todas las herejías como canta la iglesia (*Adicion de la madre M. J. de Blemur*).

J.

Pero el gran punto de su virtud y su total entrega en las manos de Dios se manifestó principalmente en la muerte de su divino hijo. Viendo los discípulos las ignominias de la cruz desmayaron, y todas sus esperanzas vinieron á tierra. Mientras nuestro Señor mostraba su divinidad por medio de milagros, ellos esperaban que redimiría á Israel y le reconocian por el Mesías; pero habiéndole visto desfigurado y afeado como un leproso quedaron tan asombrados, que parecia habian perdido la fé y la esperanza: solo la Virgen perseveró incontrastable estando estrechamente unida al que lleva por uno de sus títulos honoríficos: Yo soy el Dios inmutable. Estaba firmemente persuadida de que el Señor que sacó la luz de las tinieblas, sabria sacar su gloria y la salud de los hom-

bres de en medio de aquella confusion espantosa y de las sombras de la muerte que la rodeaban al pie de la cruz. Tenia una esperanza de vida en su corazon y estaba segura de que el Salvador despues de consumir el sangriento sacrificio en el Calvario apareceria glorioso y lleno de majestad y resucitaria al tercer dia tomando nueva vida. Podia pues decir que si era negra por el extremo de su dolor al pie de la cruz, era hermosa por la firmeza de su esperanza. Por esta razon en sentir de algunos autores la Virgen que habia permanecido con tanta fortaleza y amor junto á su hijo mientras estaba enclavado en la cruz, no se halló con las santas mujeres que fueron al sepulcro para embalsamar el cuerpo del Señor: como estaba certisima de su resurreccion, no tuvo por conveniente ir á buscar en aquel lugar de muerte al que esperaba ver muy pronto con vida.

Conservó esta misma disposicion despues de la Ascension en las mas recias persecuciones de la iglesia esperando que la predicacion del Evangelio daria opimos frutos á pesar de la resistencia del mundo y del infierno. Así se lo persuadia al pequeño rebaño de Jerusalem alentándolos é infundiéndoles confianza con sus palabras y ejemplo cuando estaban casi caidos de resultas de aquellas violentas borrascas. Así probaba el precioso nombre que se le da de madre de la santa esperanza (*Adicion de la madre M. J. de Blemur*).

K.

Para imitar á la Virgen en la práctica de esta virtud hay que desechar todo apoyo humano asi de dentro como de fuera sabiendo que está escrito: Maldito el hombre que confia en el hombre. Hay que desconfiar de su propia virtud, de sus luces, de sus buenos sentimientos y hasta de sus buenas obras y poner toda la esperanza de nuestra salvacion únicamente en la infinita misericordia de Dios, renovando á menudo el propósito de cooperar á su gracia y serle fiel hasta la muerte y pasando del pensamiento á la obra en las ocasiones. Pero despues de haber hecho cuanto depende de la

criatura se ha de sacar en consecuencia que es gran mal poner su confianza en la honra, en la hacienda, en los amigos, en la salud y en su propia industria y que es propio de una alma celestial no esperar mas que en Dios solo y aguardarlo todo de su providencia en el tiempo y en la eternidad. Los que le buscan de veras, tienen mucha confianza en su auxilio; por lo cual decia S. Pablo: Todo lo puedo en aquel que me conforta.

Pero asi como es preciso cuidar de no tener presuncion en sus fuerzas, tampoco se ha de caer en el desaliento por su flaqueza. Dios permite que se tropiece con dificultades en el camino de la perfeccion ó que el demonio persiga á sus siervos para probar la virtud de ellos y hacerlos conocer si esperan en él de buena fé. En este estado debemos levantar los ojos al cielo y decir con el profeta: Ten piedad de mí, Señor, porque mi alma confia en tí: me esconderé debajo de la sombra de tus alas, hasta que pase el tiempo de la violencia. Le enviaré mis suspiros sabiendo que todo lo hace por mí. Señor, yo pongo en tí mi esperanza y no seré confundido nunca jamás. Sé para mí una ciudad de refugio, porque tú eres mi protector. Los mismos actos se han de practicar en todas las tribulaciones, peligros y necesidades en que pueda encontrarse el alma, y tener por máxima cierta que el tiempo mas á propósito para esperar en Dios es cuando nos abandonan las criaturas: la esperanza es mas perfecta y pura cuando se pone en Dios solo y no en ningun objeto extraño. El tiempo de la oracion ha de destinarse, á lo menos en parte, para practicar la virtud de la esperanza, la cual ha de acompañar las peticiones que hacemos á Dios; y cuando queramos emprender alguna cosa de importancia para su gloria, hemos de hacerlo con entera confianza segun este consejo del Espíritu Santo: Tened buen ánimo y fortaleced vuestro corazon todos los que esperais en el Señor.

Diré de paso cuán admirable era en esta parte S. Cayetano, fundador de los teatinos. Es sabido que instituyó su congregacion en una pobreza estrechísima sin rentas en particular, ni en comun, no queriendo ni aun que pidiesen sus hijos limosna, sino que esperasen en la divina providencia;

Fué tan constante en sostener este instituto, á juicio de todos imposible, que no quiso consentir nunca en la menor relajacion. Estando en Nápoles y habiendo rehusado las pingües rentas que le ofrecia el conde de Oppido, este hizo que le rogaran algunos religiosos para que las aceptase; pero el santo les respondió: Padres, ¿cómo están ciertos VV. RR. de sus rentas? Repusieron ellos: Tenemos títulos en virtud de los cuales podemos compeler á nuestros deudores. Pues yo, replicó Cayetano, tengo unas escrituras mas auténticas que dicen así: Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará de añadidura. Luego les declaró cómo lo habia experimentado en Venecia, donde en tiempo de una gran carestía no careció de nada de lo necesario sin pedir limosna. El conde que asistia á esta conferencia, dijo que Venecia era muy diferente de Nápoles; á lo que replicó el santo con mucha vehemencia que el Dios de Venecia era tambien el Dios de Nápoles. El conde que no estaba persuadido de eso, envió pingües limosnas á los padres teatinos: el santo tomaba lo necesario y devolvia lo demás; pero no pudiendo resistir ya á tantos obsequios se salió un dia con su comunidad, cerró la iglesia y la casa y envió las llaves al conde diciendo que se marchaba con sus hermanos para probar si el Dios de Venecia era tambien el Dios de Nápoles (*Adicion de la madre Maria Jacoba de Blemur*).

El sagrado corazon de Maria santísima es un horno de amor, un piélago inmenso, un abismo insondable, el templo, el trono, el altar y el santuario del amor divino; no se alimenta mas que de sus llamas. Ese amor puro fué el principio, el medio y el fin de su vida y de tal modo la penetró y la transformó en él, que parece que no es mas que amor. Ella comenzó á amar en el instante de su creacion y no cesó jamás; el amor la hizo vivir y morir; todos los dias de su vida fueron dias del amor. No interrumpia este noble ejercicio durante el sueño, porque en las operaciones de su voluntad para con Dios no tenia necesidad de conocimientos

adquiridos por los sentidos siendo iluminada interiormente por una luz celestial que llenaba su alma de resplandor y la abrasaba en vivas llamas de caridad. Ella sola cumplió plenamente la ley del amor y la obligacion de amar á Dios con todo nuestro corazon, toda nuestra alma y todas nuestras fuerzas. Los santos no creyeron que pudiera cumplirse perfectamente ese gran precepto en esta vida: ese es el privilegio de la madre de Dios, cuyo amor excedia al de los bienaventurados aun antes de haberse desprendido del cuerpo.

Defienden algunos teólogos que su caridad era diferente en especie de la de todos los justos y de un órden mas elevado. S. Epifanio absorto en esta consideracion llama á la Virgen el misterio del cielo y de la tierra, el milagro asombroso de la gracia. S. Ignacio mártir dice que es un prodigio; S. Juan Damasceno un abismo de milagros. Aquí debe de enmudecer toda lengua, dice santo Tomás de Villanueva, porque la grandeza del amor de Maria sobrepuja cuanto se puede decir y aun todo lo que se puede pensar. En sentir de S. Anselmo no hay entendimiento tan perspicaz que pueda penetrar, ni elocuencia que pueda declarar la perfeccion del amor que consumió á aquel corazon virginal. Es llamada la única paloma, porque entre todas las esposas del Espiritu Santo ninguna amó tanto: ella no dividió jamás su cariño, sino que le puso en Dios única é invariablemente.

Este amor de la Virgen no era solo afectivo, sino efectivo, ni producía solo afectos muy puros y ardientes hácia Dios, sino actos de todas las virtudes que podian hacerla agradable á sus ojos. El amor era su primer móvil, que hacia obrar á todas las potencias de su alma y á todos los órganos de su cuerpo, y porque no ignoraba que es mas honesto padecer que hacer por el objeto amado, abrazaba con gozo todas las ocasiones de padecer por Dios y habria dado mil vidas por manifestar su amor. En fin siempre propendia á la union de su amado: su alma estaba siempre aplicada á Dios por la oracion, y despues que su hijo instituyó el sacramento adorable de la Eucaristía, se acercaba á recibirle todos los dias con una ansia extraordinaria alimentándose del amor sustancial que se nos da en ese divino sacramento.

Deleita sobremanera leer todo lo que dicen los santos del amor de la Virgen. S. Bernardo, uno de los mas elegantes cuando se trata de esta materia, habla así en el sermón 29 sobre el Cantar de los cantares: «Hay una saeta escogida que es el amor de Jesucristo, la que no solo hizo una herida en el alma de Maria, sino que la traspasó de parte á parte, para que nada estuviese vacío de amor en aquel corazon virginal, sino que amase con todo él, y con toda su alma, y con todas sus fuerzas, y estuviese toda llena de gracia, ó á lo menos la traspasó para que viniese hasta nosotros, recibiésemos todos una parte de la plenitud de gracia que habia en ella, y fuese la madre del amor, cuyo padre es Dios, pariendo y poniendo su tabernáculo en el sol, para que se cumpliera este dicho de la Escritura: Te di á las naciones para servirles de luz, para que seas mi salud hasta los términos de la tierra.» Esto se efectuó por Maria, que dió á luz é hizo visible al que era invisible, y recibió en todas las partes de ella una profunda y gustosa herida de amor. «Por mí, continúa el santo, tendria á grandísima dicha si sintiera que me pinchaban alguna vez con la punta de esa espada, para que habiendo recibido á lo menos esta leve herida de amor pudiese decir tambien mi alma: Estoy herida de las flechas del amor.» S. Bernardino de Sena sale enteramente fuera de sí cuando considera los efectos del amor de esta celestial criatura y cuál fué su poder para con Dios. Ve aquí cómo explica su pensamiento, digno de nuestra atencion: «¡Oh humildad inefable del Criador! ¡Oh virtud inestimable de la Virgen madre! ¡Oh profundidad incomprendible de los misterios de Dios! Una doncella hebrea ha hecho un robo en el palacio del rey eterno: una tierna criatura con no sé qué maña, por no sé qué lisonjas ó violencias ha encantado por decirlo así, ha sorprendido, ha herido y robado el corazon de Dios, ha hurtado la sabiduría divina. Por eso el Señor se queja de esta virgen dichosa diciendo: Tú has herido mi corazon, mi hermana, mi esposa; tú has herido mi corazon.» En otro lugar dice el mismo santo que el corazon de Maria fué todo inflamado y aun transformado por la operacion del amor divino y que la Virgen no concibió solamente al Salvador en su corazon por la fé y la caridad, sino que

la vehemencia del amor sagrado formó el cuerpo de su hijo de su purísima sangre en sus entrañas. No se puede decir mas. ¡Oh amor mas ardiente que el fuego mismo y mas fuerte que la muerte, mas invencible que el infierno y mas precioso que todos los tesoros del mundo! ¡Oh amor, que dejas al alma vacía de sí misma y de las criaturas y la haces capaz de Dios! ¡Oh amor, que no deseas mas que la pura gloria del amado y no tienes mas interés que el de contentarle! ¡Oh amor, el único que ofreces un sacrificio perfecto á aquel de quien has recibido el ser y la vida! ¡Oh amor, que siempre ardes y nunca te consumes! ¡Oh amor, que sales con bien de todas las empresas, regocijas á los que te buscan, haces dichosos á los que te hallan, regulas las buenas obras, y eres la forma y el precio de todas las virtudes, la muerte de los vicios, el vencimiento de las tentaciones, la ruina de los afectos desordenados! ¿Cuándo pondrás nuestros corazones en el estado que Dios desea? ¿Cuándo romperás nuestras cadenas y venerás al amor profano para ser el soberano de nuestras almas? Únanos de tal suerte al sumo bien, que podamos decir en verdad con el Apóstol: Vivo; mas no vivo yo, sino Jesucristo vive en mí.

Aprendamos de la madre del amor hermoso á amar como es debido: reconozcamos delante de Dios y confesemos para gloria de su infinita bondad que es muy suave y gustoso el precepto de amarle con todo nuestro corazón y que somos muy dichosos en vivir bajo de su ley. Digamos con S. Agustín: «Dios mio, ¿quién soy yo para obligarte á imponerme el precepto de amarte bajo tan grandes penas? ¡Ah! ¿No es una gran desgracia el no amarte? Examinemos nuestro corazón tocante á la práctica de este mandamiento y preguntémosle cómo ha amado al amor. Dios mio, yo no me atrevo á hacer este exámen, porque me espantan mi indiferencia y mi infidelidad. ¡Ah! No me atrevo á asegurar que te he amado una sola vez en toda mi vida con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas. Empecemos, alma mia, en este instante y no lo dilatemos mas: tarde te he amado, oh hermosura y bondad infinitas!»

Para reparar en algun modo las faltas pasadas será me-

nester hacer con frecuencia actos de puro amor de Dios, buscar el gozo en la consideracion de sus perfecciones, unir nuestras débiles alabanzas á las de los ángeles y santos, pero particularmente á las de la reina de ellos, formar ardientes deseos por la dilatacion de su reino, contristarse cuando es ofendido, no consentir jamás que lo sea en nuestra presencia, y cuando no podemos estorbarlo, satisfacer aquel agravio con algun acto interior de sumision y amor, querer antes la muerte que consentir en el pecado, levantarse de él cuando se ha caido por flaqueza, desterrar de su corazón todo lo que no es Dios ó no lleva en derecho á él, trabajar por pagar el amor de nuestro señor Jesucristo conformándonos á su vida y ejemplos, conversando á menudo con él en la oracion y acercándose á recibir la sagrada eucaristía con disposiciones de fuego. Entonces le hemos de pedir que sienta el trono de su amor en nuestras almas y erija en ellas un altar, donde no se apaguen jamás las llamas de ese amor sagrado (*Adicion de la madre María Jacoba de Blemur*).

M.

La devocion de la Virgen santísima fué muy pura.

Suele confundirse la devocion con la oracion, aunque tiene mas latitud, y bien considerada es una voluntad pronta y dispuesta á los actos de virtud; con todo es cierto que tiene mas correspondencia con la oracion. De cualquier modo que la comprendamos, la Virgen la poseyó en toda su magnitud, pureza y recogimiento: la ocupacion de su alma tenia mas del cielo y de los espíritus bienaventurados que de la tierra y de los peregrinantes de este mundo; por eso su oracion no experimentó jamás éxtasis, así como su dolor no la hizo desmayar nunca, porque uno y otro suponen imperfeccion ó flaqueza en las potencias y el temperamento: el éxtasis suspende la funcion de los sentidos por la demasiada ocupacion del espíritu, que no puede atender al mismo tiempo á la luz de la contemplacion y á las funciones corporales. Aunque es tan brillante la claridad del cielo, nunca habrá

la vehemencia del amor sagrado formó el cuerpo de su hijo de su purísima sangre en sus entrañas. No se puede decir mas. ¡Oh amor mas ardiente que el fuego mismo y mas fuerte que la muerte, mas invencible que el infierno y mas precioso que todos los tesoros del mundo! ¡Oh amor, que dejas al alma vacía de sí misma y de las criaturas y la haces capaz de Dios! ¡Oh amor, que no deseas mas que la pura gloria del amado y no tienes mas interés que el de contentarle! ¡Oh amor, el único que ofreces un sacrificio perfecto á aquel de quien has recibido el ser y la vida! ¡Oh amor, que siempre ardes y nunca te consumes! ¡Oh amor, que sales con bien de todas las empresas, regocijas á los que te buscan, haces dichosos á los que te hallan, regulas las buenas obras, y eres la forma y el precio de todas las virtudes, la muerte de los vicios, el vencimiento de las tentaciones, la ruina de los afectos desordenados! ¿Cuándo pondrás nuestros corazones en el estado que Dios desea? ¿Cuándo romperás nuestras cadenas y venerás al amor profano para ser el soberano de nuestras almas? Únanos de tal suerte al sumo bien, que podamos decir en verdad con el Apóstol: Vivo; mas no vivo yo, sino Jesucristo vive en mí.

Aprendamos de la madre del amor hermoso á amar como es debido: reconozcamos delante de Dios y confesemos para gloria de su infinita bondad que es muy suave y gustoso el precepto de amarle con todo nuestro corazón y que somos muy dichosos en vivir bajo de su ley. Digamos con S. Agustín: «Dios mio, ¿quién soy yo para obligarte á imponerme el precepto de amarte bajo tan grandes penas? ¡Ah! ¿No es una gran desgracia el no amarte? Examinemos nuestro corazón tocante á la práctica de este mandamiento y preguntémosle cómo ha amado al amor. Dios mio, yo no me atrevo á hacer este exámen, porque me espantan mi indiferencia y mi infidelidad. ¡Ah! No me atrevo á asegurar que te he amado una sola vez en toda mi vida con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas. Empecemos, alma mia, en este instante y no lo dilatemos mas: tarde te he amado, oh hermosura y bondad infinitas!»

Para reparar en algun modo las faltas pasadas será me-

nester hacer con frecuencia actos de puro amor de Dios, buscar el gozo en la consideración de sus perfecciones, unir nuestras débiles alabanzas á las de los ángeles y santos, pero particularmente á las de la reina de ellos, formar ardientes deseos por la dilatación de su reino, contristarse cuando es ofendido, no consentir jamás que lo sea en nuestra presencia, y cuando no podamos estorbarlo, satisfacer aquel agravio con algun acto interior de sumisión y amor, querer antes la muerte que consentir en el pecado, levantarse de él cuando se ha caído por flaqueza, desterrar de su corazón todo lo que no es Dios ó no lleva en derecho á él, trabajar por pagar el amor de nuestro señor Jesucristo conformándonos á su vida y ejemplos, conversando á menudo con él en la oración y acercándose á recibir la sagrada eucaristía con disposiciones de fuego. Entonces le hemos de pedir que sienta el trono de su amor en nuestras almas y erija en ellas un altar, donde no se apaguen jamás las llamas de ese amor sagrado (*Adición de la madre María Jacoba de Blemur*).

M.

La devoción de la Virgen santísima fué muy pura.

Suele confundirse la devoción con la oración, aunque tiene mas latitud, y bien considerada es una voluntad pronta y dispuesta á los actos de virtud; con todo es cierto que tiene mas correspondencia con la oración. De cualquier modo que la comprendamos, la Virgen la poseyó en toda su magnitud, pureza y recogimiento: la ocupación de su alma tenía mas del cielo y de los espíritus bienaventurados que de la tierra y de los peregrinantes de este mundo; por eso su oración no experimentó jamás éxtasis, así como su dolor no la hizo desmayar nunca, porque uno y otro suponen imperfección ó flaqueza en las potencias y el temperamento: el éxtasis suspende la función de los sentidos por la demasiada ocupación del espíritu, que no puede atender al mismo tiempo á la luz de la contemplación y á las funciones corporales. Aunque es tan brillante la claridad del cielo, nunca habrá

allí éxtasis, porque serán fortalecidos el cuerpo y el espíritu. Aun aquí vemos que unos ojos enfermos no pueden sufrir la luz, que alegra á los que están sanos: por este principio decimos que siendo ensalzada la Virgen sobre todos los santos tenia bastante fortaleza para sufrir las operaciones divinas sin caer en éxtasis. En otro lugar dijimos que en sentir de los santos padres cuando estaba en el templo siendo aún niña, conversaba con los ángeles disponiéndose para la sagrada comunicacion que habia de tener un día con el Verbo encarnado. El Espíritu Santo, que la habia escogido por su esposa, le dió la sabiduría, la ciencia, el entendimiento y el consejo para penetrar las verdades mas sublimes y distantes de nuestros sentidos: su oracion no fué jamás interrumpida, porque Dios apartaba milagrosamente las cosas que hubieran podido distraer la continua contemplacion, é impedía que se engañasen sus sentidos. Esa oracion continuaba mientras comia, y no estaba sujeta á los ensueños causados por los vapores, porque su temperamento era perfecto. Si Aristóteles escribe que ha habido personas tan bien constituidas, que nunca han tenido ensueños, no puede negarse este privilegio á la Virgen santísima. Ella podia tenerlos sobre el asunto de su lectura ó de alguna conferencia espiritual, porque su imaginacion estaba llena de cosas santas y de especies divinas; pero aun en aquel tiempo velaba su espíritu por luces puramente intelectuales, que son independientes de la imaginacion. Esto quizá hizo que S. Gregorio Niseno llamara *una sublime libertad* al sueño de la Virgen. Se la compara con los ángeles que no duermen jamás, y se le atribuyen aquellas palabras del salmista: que todo su afecto estaba en la ley del Señor y que ella la meditaba dia y noche.

Esta devocion era muy pura: como no buscaba mas que la gloria de Dios, se empleaba con singular fervor en todo lo que tocaba á su culto sin otro interés que el de agradarle, sin mezcla de pena, lentitud ni negligencia; pero siempre mezclado de gozo, el cual no empecía su recogimiento. Era admirable cuán vigilante sobre sí misma estaba aquella criatura celestial, aunque no ignoraba la proteccion del cielo hácia ella, y cuán prevenida habia sido con abundante

gracia; pero como habia de enseñar al mundo con su ejemplo, no decia una palabra, ni daba un paso que no llevase el carácter de la devocion. Aquí es donde debe ser imitada por sus hijos con gran fidelidad, cada uno hasta donde se extiende su gracia. La oracion es el sol del alma, la cual queda en las tinieblas sin su luz: ella es su alimento, y el alma cuando le deja, desfallece, pierde las fuerzas y no puede andar por los caminos de la justicia. Es el alma de nuestra alma, la cual sin ella tiene que morir. Una persona indevota se parece á un soldado que va á pelear sin armas, ó á una ciudad sin murallas. Santa Teresa sienta que el demonio no necesita asaltar á una alma que ha abandonado el ejercicio de la oracion, y que no tardará ella en bajar al infierno sin ayuda de nadie. Debemos orar sin intermision: la oracion es buena para todos, y cuanto mas expuesto está uno á los peligros del mundo, mas debe darse á ella: este es el negocio mas importante de todos y el que atrae la bendiccion sobre los otros. Siempre se halla tiempo para satisfacer las necesidades corporales; pues ¿por qué no se ha de hallar para las del alma? No extrañemos las dificultades con que se tropieza, recordando que nuestro Salvador alargaba su oracion cuando estaba en la agonía desamparado de su padre y de todos los suyos. S. Bernardo dice admirablemente que muchos se quejan de la devocion, siendo así que la devocion tenia motivo para quejarse de ellos. Cuando tienen consuelos y dulcedumbres y no encuentran ninguna contradiccion, son los mas animosos y resueltos; pero cuando no les salen las cosas á medida de su paladar, lo dejan todo. Santa Teresa era mucho mas generosa, pues decia: «Cuéstemelo que me costare, ya llegue, ya muera en el camino, ahora se anegue el mundo, ahora perezca, siempre seguiré el camino de la oracion: es un engaño buscar otro para ir á Dios. Bien sé que está sembrado de cruces; pero tambien sé que estos son los presentes que Dios hace á sus amigos.» Lamento la ceguedad de los hombres que se pierden á millares por falta de oracion. Una señal infalible de que este estado es el mejor, es el gran odio que le tiene el demonio. Si se ve una persona contemplativa en un pueblo ó en una

comunidad religiosa, al momento es denigrada y perseguida y se la pinta como á una ilusa ó alucinada, porque no agrada á los otros, á quienes se aventaja en los caminos de la gracia, y porque Dios la trata como á amiga. La práctica de la oracion y de las virtudes humillantes de Jesucristo crucificado va siempre seguida de las luces mas puras y ciertas del cristianismo. Ella da la muerte al amor propio; ella destruye la estimacion tan peligrosa de la propia excelencia. De ahí procedé que unas mujeres simples, desecho del mundo, escondidas en algun rinconcillo donde viven en la mortificacion, en estrecha pobreza y en un total desasimiento, son mas instruidas en las máximas de la perfeccion que los insignes doctores, que hacen una vida cómoda y regalada segun los sentidos. Es una desgracia, decia la venerable sor Juana Francisca Fremiot, que las mas veces queremos raciocinar, y Dios quiere que no hagamos mas que amar y echarnos en sus brazos como un niño desnudo en el regazo de su madre. Cuando nos acosan las distracciones, hay que hacer la oracion de paciencia: cuando no se puede obrar, hay que hacer la oracion de reverencia y conformidad á la voluntad de Dios y ofrecerle los méritos de los santos y sobre todo de la reina de ellos: sus méritos son un tesoro á donde deben recurrir sus hijos en todas ocasiones. Esta señora no les dará nunca repulsa, con tal que procuren con resolucion imitar sus virtudes, porque es agraviarla y engañarse á sí mismo presumir que nos favorezca en nuestra tibieza y sea la protectora de los que no quieren violentarse para enmendarse de sus desórdenes. Mas al contrario cuando ve personas animadas de buena voluntad y que hacen esfuerzos saludables, escucha sus gemidos y les alarga la mano segun el dicho de un varon que lo habia experimentado felizmente: Estando en la amargura, dice, dirigí mis lamentos á la madre de Dios, mi caritativa señora, y me oyó: levanté los ojos á ella, y fui consolado. Oh reina dulcísima, que reinas en el cielo con tu hijo, nuestro auxilio está en el poder de tu nombre, y nosotros experimentamos continuamente los efectos de él.

Es una devocion muy agradable á nuestra señora rezar el

Magnificat, ese cántico que ella compuso y dijo despues de haber cooperado con Dios á los dos milagros mayores del mundo, la encarnacion del Verbo y la justificacion de una alma. Acababa de pronunciar un *fiat*, que habia hecho bajar á sus virginales entrañas al unigénito del Padre; y esa misma boca sirviendo de órgano al poder de Dios ahuyenta el pecado original del alma del niño Juan y le abre la puerta de la santificacion. Despues de esta maravilla María se eleva sobre sí misma y canta ese cántico, que encierra tantos misterios como palabras. ¡Ojalá que las personas que profesan la piedad, se penetrasen del espíritu de esa celestial cantora cuando entonan el mismo cántico! Oh Señor, si tuviéramos siquiera una centella del fuego que abrasaba su corazon cuando publicaba tus grandezas y los tesoros de tu misericordia para con tu pueblo, no seríamos tan tibios, ni andáramos tan distraidos al rezar las mismas palabras, sino que pondríamos formal atencion y sacaríamos frutos abundantísimos. En efecto ese cántico divino sobre ser el mas augusto que hallamos en la Escritura por la dignidad de la que le compuso, es el mas fecundo en gracias y bendiciones para los que le rezan con un espíritu interior y por homenaje á la devocion de la Virgen. Oh Maria, la mas santa de los santos despues de Dios, dignate de abrir los oidos de tu misericordia para escuchar nuestras súplicas, disipa las tinieblas de nuestros pecados con los rayos de tu santidad y haznos dignos de celebrar tus alabanzas en los siglos de los siglos (*Adicion de la madre M. J. de Blemur*).

N.

¿Qué debemos hacer en vista de tal ejemplo? ¿Dónde se pondrá el pecador, la nada, el gusano de la tierra, el esclavo del demonio? ¿Hay abismos bastante profundos para que nos sumerjamos en ellos considerando la pasmosa humildad de una madre de Dios? ¡Ah! Mientras ella se abate de esa suerte, los que merecen ser sepultados en el infierno, se encumbran por su soberbia sobre los tronós, aunque todo su patrimonio consiste en la nada y en el pecado, en la

pobreza y la miseria. ¡Ay de nosotros que pensamos ser algo, aunque no somos nada, y buscamos la estimacion y aprobacion de los hombres! Dios nos ha sacado de la nada, y si dejara un instante de sostenernos, volveriamos á ella como á nuestro origen. A la nada natural hemos añadido la nada criminal del pecado: asi somos menos que nada, porque el que comete el pecado, se hace esclavo de él. ¡Oh cuán convencido debe de estar de su bajeza el que se conoce á sí mismo y camina con la luz de Dios! Cuanto mas grande y alto le parece este, mas pequeño, incapaz, impotente, débil y desgraciado se ve él. Entonces dice con el profeta: No nos des gloria á nosotros, Señor, sino á tu nombre; y despues de hacer todo lo que se le manda, confiesa que es un siervo inútil. Santa Teresa averiguando por qué Dios ama tanto la humildad, conoció que es por ser la verdad esencial, y los que andan en la verdad, son siempre humildes. La soberbia proviene del error y la ignorancia; por eso los pecadores que estan envueltos en las tinieblas de su propia malicia, estan sujetos á la presuncion; pero los santos creen que todos los exceden en virtud y les llevan ventaja en la gracia, y por esta consideracion regulan sus palabras y sus actos exteriores en el trato. Nos admiramos de que santo Tomás de Aquino no tuvo jamás un pensamiento de vanidad y de que S. Ignacio de Loyola no comprendia cómo podia tenerse; pero mas deberiamos de admirarnos de que siendo nosotros tan miserables caemos tan fácilmente en ilusiones de grandeza, que causan lástima á los ángeles y nos hacen pasar por ridiculos á sus ojos.

Deberiamos de sonrojarnos cuando nos adulan, estando bien persuadidos de que tales alabanzas son indebidas. Llegará un dia en que se descorra el velo y conozcamos cuán abominable es el orgullo y cuán terrible será el juicio de Dios para los soberbios. Veremos (pero tal vez muy tarde) la bajeza de todos esos discursos de nobleza, de clase, de talentos y prendas naturales, de ciencia, de honras y riquezas, de hermosura y cosas semejantes.

Si fuéramos prudentes, nos anticipariamos á esa época, en que la luz no servirá mas que para confundirnos. El que

es verdaderamente humilde, no sale jamás de su nada, no se prefiere nunca á nadie, no se queja, no cree que se le haga nunca agravio; antes cree que es tratado mejor de lo que merece. Cuando vemos á nuestro Señor en el sacramento de la eucaristía insultado por los impíos, despreciado, echado á los puercos y á los hechiceros que le han llevado á sus infames conventiculos; ¿no debe de abismarse todo espíritu en esas consideraciones terribles? En fin el que posee la rarísima virtud de la humildad, se alegra de que todos conozcan su pobreza y de que se le achachen males que no ha hecho, á ejemplo de su divino maestro, que siendo la misma inocencia fué juzgado y condenado á muerte afrentosa de cruz, y á ejemplo de su madre santísima, que siendo la criatura mas pura quiso ser reputada por una mujer pecadora y sujeta á la purificacion legal (*Adicion de la madre M. J. de Blemur*).

O.

El profeta Isaias hablando de las grandezas del Mesías le llama príncipe de paz; y cuando los ángeles anunciaron á los pastores el nacimiento del Señor, especificaron que iba á pregonarse la paz á todos los hombres de buena voluntad. En otro lugar se lee: Mi pueblo descansará en la hermosura de la paz y de la mansedumbre. Esta virtud estimabilísima es el fruto de la gracia y la obra de la justicia: el alma que la posee, descansa en la humilde confianza que tiene en Dios y no en sí misma. La mansedumbre es un descanso lleno de abundancia cuando trae su origen de un amor humilde y fiel. No hay cosa de mayor consuelo que estas palabras atribuidas literalmente á nuestro salvador: Vé aquí mi elegido, en quien me he complacido; yo derramaré mi espíritu sobre él, y hará justicia á las naciones, no gritará, ni quebrará la caña cascada, ni apagará la mecha que humea: le he constituido para ser el reconciliador del pueblo y la luz de las naciones. Vé ahí el ejemplar de una mansedumbre perfecta, pero acompañada de fortaleza. Es preciso que los fieles no se entretengan en gritar y disputar segun el consejo del Apóstol, excelente discípulo de un maes-

tro excelentísimo. Si alguno quiere disputar, dice, nos basta responder que no es esta nuestra costumbre, ni la de la iglesia de Dios. En otro lugar lo repite con estas palabras: Desterrad de en medio de vosotros toda aspereza, todo encono, toda indignación, toda vocería, y sed mansos y cariñosos unos con otros, perdonándoos mutuamente vuestras ofensas como Dios os las perdonó á vosotros por Jesucristo. No habeis de quebrar la caña cascada, ni abandonar á los flacos que han caído por sorpresa en el pecado, sino sostenerlos y alentarlos para que se levanten. No habeis de apagar la mecha que humea, es decir, que en lugar de sofocar la lámpara de una alma que parece ya apagada y solo despide humo en vez de luz, habeis de procurar excitar en ella alguna chispa del amor de Dios, para que vuelva á arder. Es verdad que esta mansedumbre debe de ser sostenida por la fortaleza y no se han de proponer á las almas enfermas mas que las medicinas provechosas para su curación efectiva y no solo aparente, juzgando de las cosas en la verdad de Dios suave y fuertemente.

Isaías dice en otro lugar: «El espíritu del Señor descansó en mí, porque me llenó de unción á fin de anunciar su palabra á los que son mansos, para sanar á los que tienen el corazón destrozado, predicar la libertad á los cautivos, publicar el año de la reconciliación del Señor etc.» La palabra de Dios es omnipotente y obra infinitos milagros; pero se dirige á los que son mansos: amenaza terrible á los soberbios; pero al mismo tiempo les promete su gracia, si quieren pensar eficazmente en su conversión. Cuando el Salvador pronunció el magnífico discurso de la montaña y sentó las máximas de su moral divina, puso á los humildes y pobres de espíritu juntos con los mansos, porque la humildad contradice á nuestra soberbia, la pobreza á nuestra avaricia y la mansedumbre á nuestros apetitos desordenados, que son las tres fuentes emponzoñadas de todos los vicios. La mansedumbre es la hija primogénita de la caridad que debemos á Dios y al prójimo: ella nos hace dóciles y sumisos y nos dispone á recibir de la mano del Señor los bienes y los males de un corazón igual sin engreirnos en la prosperidad, ni abatirnos en la desgracia, diciendo siem-

pre con el salmista: ¿No estará mi alma sumisa á Dios? ¿No es él mi salvador y mi señor?

Esta virtud es la que nos hace agradables en el trato, caritativos y complacientes segun Dios; ella es la que mantiene al alma inalterable así en medio de las injurias como de las alabanzas. El remedio de la ira y del desabrimiento es la humildad y la mansedumbre. Esta llega á su colmo cuando conserva la paz del corazón y la ternura de la caridad para con aquel que nos trata mal, aun cuando esté presente delante de nosotros, porque es axioma que el objeto conmueve la potencia.

Si el Espíritu Santo se llama la paz del alma, como verdaderamente lo es, y si la ira se llama la turbación del alma, como también lo es; ha de inferirse que nada aparta tanto de nosotros al Espíritu Santo como la ira. Esta es la doctrina común de los santos y de los maestros de la vida espiritual, los cuales nos enseñan que es gran mal turbar su alma con agitaciones violentas y manifestar este movimiento desordenado por palabras duras y ofensivas. Reprended, dice S. Pablo, corregid é instad; pero con mucha paciencia. Si quereis quitar una paja del ojo de vuestro hermano, servios de un instrumento delicado y no de uno ordinario y basto. La palabra blanda quebranta la ira; mas la palabra dura la exaspera (*Adición de la madre M. J. de Blemur*).

P.

La Virgen santísima no quiere que sus hijos busquen en otra parte un modelo acabado de la mansedumbre cristiana: su propósito es que esta virtud los diferencie de los hijos del siglo y que se persuadan todos á que los que visten su librea, deben imitar á la esposa santa, que tenía la leche y la miel en la lengua, ser sinceramente pacíficos y acordarse de que su maestro tomó el nombre de cordero para denotar lo que hemos de ser nosotros con nuestros hermanos. Han de tener un corazón franco y obsequioso; pero sin halagar al vicio, que eso sería vileza. Tenemos un ejemplo notable de esto en el pri-

mer hombre: cítele S. Bernardo tratando de las bienaventuranzas y en particular de la misericordia. Dice que este lugar del Evangelio denota la crueldad de Adam, que parecia antes haber pecado por el tierno amor á su mujer. Bien sabemos, dice el santo abad, oh pobre Adam, que ese es el hueso de tus huesos y la carne de tu carne y que por amor de ella caiste en el pecado. Veamos ahora cuánto la amas y hasta qué punto llevarás el cariño. El Señor viene con una espada de fuego para castigar la prevaricacion: oponte al castigo de tu mujer y dí: Señor, esta criatura es más débil y de un sexo más sujeto á la seducción: yo soy el culpable y el pecador; sea pues yo el que sufra el justo efecto de tu ira. Mas no habla así, sino dice: La mujer que me diste, me ha hecho pecar. ¡Oh perversidad! ¿Con que rehusas padecer por ella y no rehusaste pecar? ¿Cómo lo has confundido y trastornado todo siendo benigno en lo que debías ser severo, é inicuaamente desapiadado cuando era menester usar de bondad y mansedumbre! Era deber tuyo perseverar obediente al precepto de Dios; pero debieras haber satisfecho por Eva con un corazón franco y una voluntad determinada. Sabed, pues, hermanos míos (concluye el santo), que un hombre no ha de pecar jamás por amor de otro.

La virtud está en un medio, y los extremos ordinariamente son viciosos. La mansedumbre ha de evitar con igual cuidado la dureza y la falsa complacencia: ha de consolar, socorrer, rogar por los pobres y negociar sus intereses; pero nunca ha de vender los de nuestro Señor por no irritar su clemencia con pretexto de favorecer al prójimo. Para hacer esta virtud enteramente conforme á la de nuestra reina hemos de manifestarla hácia las personas que más nos repugnan, porque ¿qué galardón hemos de esperar de servir y hacer bien á nuestros amigos? Así obran los gentiles. No es á esta especie de mansedumbre á la que está prometida la bienaventuranza, sino á la que sabe vencerse por amor de Dios y tratar á los enemigos como á hermanos. Con una conducta tan caritativa triunfaremos de la repugnancia y la aversion: la mansedumbre y la humanidad conseguirán lo que no conseguirían nunca la severidad y la fiereza; y no solo seremos poderosísi-

mos con respecto á los hombres, sino que alcanzaremos de Dios cuanto le pidamos. Ejemplo de esto tenemos en la persona de Moisés, que siendo el hombre más manso trataba á su Dios y señor con la familiaridad de un amigo íntimo; por lo que dijo S. Bernardo que el privilegio de la mansedumbre era hacerse amar de Dios y de los hombres. Una virtud cuyas ventajas son tan grandes, no debe de ser despreciada. Los pacíficos son llamados hijos de Dios: pueden distinguirse tres especies. Los primeros conservan la paz en sí mismos, son agradecidos á los beneficios y no quisieran hacer daño á nadie. Los segundos sufren con paciencia las injurias sin volver mal por mal. Los terceros están siempre dispuestos á hacer bien á sus enemigos. Los primeros son aun flacos y fáciles de venir al suelo: los segundos poseen sus almas en paz; mas los terceros no solo poseen las suyas, sino que ganan las de sus hermanos con la mansedumbre. Estos últimos son los que merecen principalmente la calidad de hijos de Dios por el cuidado que tienen de reconciliar á los demás con su padre (*Adición de la madre M. J. de Blemur*).

De la obediencia de la madre de Dios.

El alma del justo medita la obediencia, dice el Sabio; es decir, que la fé que nos hace fieles, no es otra cosa que una obediencia interior, por la cual sometemos nuestro entendimiento y corazón á Dios considerándonos como los hijos de la obediencia y de la fé y queriendo vivir de la una y de la otra; y porque Dios es invisible y nos ha preceptuado el modo de servirle, no nos hemos de contentar con obedecerle, sino someternos á sus ministros con entera voluntad y venerar en su boca la verdad de que los hizo depositarios. Hemos de probar á obrar de suerte que toda la vida sea una meditación continua de la obediencia, ó de la que se da á Dios cuando él mismo ilumina por sus inspiraciones secretas, ó de la que se da á los superiores por amor suyo, teniendo presente que Jesucristo dijo con respecto á ellos: El que á

mer hombre: cítele S. Bernardo tratando de las bienaventuranzas y en particular de la misericordia. Dice que este lugar del Evangelio denota la crueldad de Adam, que parecia antes haber pecado por el tierno amor á su mujer. Bien sabemos, dice el santo abad, oh pobre Adam, que ese es el hueso de tus huesos y la carne de tu carne y que por amor de ella caiste en el pecado. Veamos ahora cuánto la amas y hasta qué punto llevarás el cariño. El Señor viene con una espada de fuego para castigar la prevaricacion: oponte al castigo de tu mujer y dí: Señor, esta criatura es mas débil y de un sexo mas sujeto á la seducción: yo soy el culpable y el pecador; sea pues yo el que sufra el justo efecto de tu ira. Mas no habla así, sino dice: La mujer que me diste, me ha hecho pecar. ¡Oh perversidad! ¿Con que rehusas padecer por ella y no rehusaste pecar? ¿Cómo lo has confundido y trastornado todo siendo benigno en lo que debías ser severo, é inicuaamente desapiadado cuando era menester usar de bondad y mansedumbre! Era deber tuyo perseverar obediente al precepto de Dios; pero debieras haber satisfecho por Eva con un corazon franco y una voluntad determinada. Sabed, pues, hermanos míos (concluye el santo), que un hombre no ha de pecar jamás por amor de otro.

La virtud está en un medio, y los extremos ordinariamente son viciosos. La mansedumbre ha de evitar con igual cuidado la dureza y la falsa complacencia: ha de consolar, socorrer, rogar por los pobres y negociar sus intereses; pero nunca ha de vender los de nuestro Señor por no irritar su clemencia con pretexto de favorecer al prójimo. Para hacer esta virtud enteramente conforme á la de nuestra reina hemos de manifestarla hácia las personas que mas nos repugnan, porque ¿qué galardón hemos de esperar de servir y hacer bien á nuestros amigos? Así obran los gentiles. No es á esta especie de mansedumbre á la que está prometida la bienaventuranza, sino á la que sabe vencerse por amor de Dios y tratar á los enemigos como á hermanos. Con una conducta tan caritativa triunfaremos de la repugnancia y la aversion: la mansedumbre y la humanidad conseguirán lo que no conseguirian nunca la severidad y la fiereza; y no solo seremos poderosísi-

mos con respecto á los hombres, sino que alcanzaremos de Dios cuanto le pidamos. Ejemplo de esto tenemos en la persona de Moisés, que siendo el hombre mas manso trataba á su Dios y señor con la familiaridad de un amigo íntimo; por lo que dijo S. Bernardo que el privilegio de la mansedumbre era hacerse amar de Dios y de los hombres. Una virtud cuyas ventajas son tan grandes, no debe de ser despreciada. Los pacíficos son llamados hijos de Dios: pueden distinguirse tres especies. Los primeros conservan la paz en sí mismos, son agradecidos á los beneficios y no quisieran hacer daño á nadie. Los segundos sufren con paciencia las injurias sin volver mal por mal. Los terceros estan siempre dispuestos á hacer bien á sus enemigos. Los primeros son aun flacos y fáciles de venir al suelo: los segundos poseen sus almas en paz; mas los terceros no solo poseen las suyas, sino que ganan las de sus hermanos con la mansedumbre. Estos últimos son los que merecen principalmente la calidad de hijos de Dios por el cuidado que tienen de reconciliar á los demás con su padre (*Adición de la madre M. J. de Blemur*).

De la obediencia de la madre de Dios.

El alma del justo medita la obediencia, dice el Sabio; es decir, que la fé que nos hace fieles, no es otra cosa que una obediencia interior, por la cual sometemos nuestro entendimiento y corazon á Dios considerándonos como los hijos de la obediencia y de la fé y queriendo vivir de la una y de la otra; y porque Dios es invisible y nos ha preceptuado el modo de servirle, no nos hemos de contentar con obedecerle, sino someternos á sus ministros con entera voluntad y venerar en su boca la verdad de que los hizo depositarios. Hemos de probar á obrar de suerte que toda la vida sea una meditacion continua de la obediencia, ó de la que se da á Dios cuando él mismo ilumina por sus inspiraciones secretas, ó de la que se da á los superiores por amor suyo, teniendo presente que Jesucristo dijo con respecto á ellos: El que á

vosotros oye, á mí me oye; y el que á vosotros desprecia, á mí me desprecia. La obediencia es mejor que las víctimas, dice la Escritura. El sacrificio exterior y visible segun observacion de S. Agustin es la señal del interior é invisible, por el cual adora el alma á Dios con entera sumision á su voluntad. Cuando estos dos sacrificios van juntos, Dios ama el primero, que es como el cuerpo, á causa del segundo, que es como el alma que le anima y santifica; pero cuando el primero está separado del segundo, entonces se ha de decir que Dios ama la obediencia mas que las hostias y los holocaustos, porque la sumision de las personas humildes y dóciles que viven en paz en el lugar mas bajo, es agradable á sus ojos.

Son dignas de admirarse las palabras del salmista sobre este particular: Tú mandaste, Señor (dice), que tus mandamientos se guarden muchísimo. Dios manda no que se aprendan de coro sus santos mandamientos, sino que se guarden puntualmente. No es pues la obediencia de los fieles una simple especulacion de la ley divina, sino una sumision total del entendimiento y la voluntad, que estan atentos á lo que la ley ordena para ponerla en práctica. Hay una completa union entre la fé y la obediencia: es preciso contradecir á los sentidos y al raciocinio humano para creer lo que la fé nos propone, asi como es preciso obedecer las cosas que se nos mandan, aunque sean contrarias á nuestras inclinaciones y á nuestra propia voluntad. Si nuestra fé y obediencia son limitadas por el propio juicio ó por las inclinaciones de la naturaleza, sin duda flaqueará la piedad y manifestaremos no estar bien penetrados de la verdad oculta en estas palabras del real profeta: Mandaste que tus leyes se guarden muchísimo. Es justo que el hombre tiemble cuando habla Dios, y el efecto de un terror tan santo debe de ser el puntual cumplimiento de su palabra.

Examinando S. Agustin la prohibicion de comer del fruto de cierto árbol, que el Señor impuso á Adam, dice que no es porque aquel fruto fuera malo en sí, sino porque convenia dar á conocer al hombre su dependencia, para que por un acto de sumision pudiese merecer unirse

algun dia á su criador. Pero ¡ah! aquel prevaricador no se aprovechó de un medio tan fácil, y fué menester que el hijo de Dios hecho hombre obedeciese hasta la muerte para reparar el primer pecado y abrirnos las puertas del cielo, que se nos habian cerrado por la desobediencia, segun la profunda doctrina del Apóstol: «Como por la desobediencia de un solo hombre se hicieron pecadores muchos, asi por la obediencia de uno solo se justificaron muchos.» Por el mismo S. Pablo sabemos que la gloria y exaltacion de la sacratísima humanidad de nuestro señor Jesucristo es el premio de su obediencia hasta la muerte y muerte de cruz: «Por eso, dice, le ensalzó Dios y le dió un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesus se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos.»

En sentir de S. Juan Climaco la obediencia es una negacion completa de su alma; es la mortificacion del cuerpo subsistente con la vida del espíritu; es un movimiento simple por el cual obramos sin discernimiento; es una muerte voluntaria; es una vida exenta de toda curiosidad; es una seguridad en el peligro; es una navegacion segura y un viaje que se hace durmiendo; es el sepulcro de la voluntad propia. Vosotros todos, continúa el santo, los que pasais á nado ese vasto mar sostenidos por las manos de otro, sabed que el camino por donde intentais andar, es el mas corto y el mas agrio, y que solo hay una senda por donde uno puede perderse, que es la que se llama la confianza en su propio juicio y conducta: porque la obediencia consiste en desconfiar de sí en todas las cosas, aunque sean buenas, hasta el fin de la vida. Por la obediencia ofrecemos á Dios un holocausto perfecto de lo mas digno y precioso que tenemos, sacrificándole nuestro juicio, voluntad y albedrío y todo lo que depende de él. En esta virtud se hizo admirable la Virgen santísima habiendo practicado una obediencia tan puntual como si la dignidad de madre de Dios no la hubiese ensalzado sobre la ley y los legisladores. Ella comenzó en el templo á dar insignes muestras de sumision y dependencia, y su casamiento con S. José fué tambien un efecto de esta virtud. Ella obedecia á su esposo como á la cabeza de la familia sin contradecirle.

circle nunca, aunque era mas iluminada y le llevaba muchas ventajas. Ella le siguió á Betlehem para obedecer la órden del emperador Augusto, que era un príncipe idólatra, y á poco marchó de noche para huir á Egipto sin oponer la menor dificultad, ni informarse de la duracion del destierro; de nada cuida, ni por nada se apura obedeciendo simplemente y poniendo su tranquilidad en la sumision.

Así obró hasta la muerte de S. José, y cuando su divino hijo se dió á conocer al mundo por su predicacion y sus milagros, le seguia ella con las santas mujeres dedicadas particularmente al servicio de nuestro Señor. Despues de la Ascension mirándola toda la iglesia como á la madre de su fundador y su maestra, á quien se debia entera sumision, María no se prevaleió de su autoridad, ni mandó nada á nadie, ni hizo su propia voluntad; antes era siempre la primera que cumplia en público los mandatos de los apóstoles, aunque en particular conferenciaban con ella y oian los oráculos de su boca con profundo respeto. En fin podemos decir de la madre lo mismo que del hijo que fué obediente hasta la muerte. S. Ildelfonso asegura que murió tanto por obediencia como por amor y que habiendo bajado su hijo á recibir su alma cuando se separaba del cuerpo, ella repitió las mismas palabras que en el acto de obrarse el misterio de la Encarnacion: Ve aquí la sierva del Señor; hágase en mí segun tu palabra.

Para imitar á esta Virgen admirable es preciso obedecer fielmente las mociones del Espíritu Santo diciendo con el santo Job: Me llamarás, Señor, y yo te responderé. Es preciso practicar los preceptos divinos y los consejos evangélicos, aquellas máximas que publicó Jesucristo mismo para enseñarnos cuáles son nuestras obligaciones y los medios de conseguir la salud eterna. Todos deben obedecer con amor y fidelidad las reglas particulares del estado que han abrazado, no concretándose solamente á los preceptos que llevan aparejado en su transgresion pecado mortal, sino sometiénose á todas las disposiciones de Dios como un hijo amante y respetuoso. El verdadero obediente ha de tomar por empresa estas palabras de nuestro Señor: Yo hago siempre lo que es mas

del agrado de mi padre. No examina si el pecado es mortal ó venial, sino atiende solamente á si desagrada á su maestro para evitarlo: está atento á sus inspiraciones, á sus órdenes y á sus permisiones. La obediencia debe de extenderse á todas las obras y trabajos de la vida y hacer una santa union con la sumision á las órdenes de Dios para aceptar de su parte todos los sucesos, por mas que sea duro para la naturaleza, sin otra ambicion que la de obedecer puntualmente.

Pero no basta ser sumiso á Dios: hay que obedecer á mas sin resistencia, con gozo y prontitud á los superiores revestidos de legitima autoridad para mandar sin tomarse la libertad de examinar si su vida es conforme á su doctrina, porque el inferior no dará cuenta de eso á nuestro Señor, ni es responsable mas que de su obediencia. Jesucristo manifestó á los judíos que su voluntad era que obrasen así con los escribas y fariseos, porque estaban sentados en la cátedra de Moisés, aunque no eran sus discípulos sino de nombre y de ninguna manera le imitaban. S. Pablo nos advierte que es necesario aliviar el trabajo de los que estan encargados de nuestras almas y han de responder de ellas, con nuestra sumision y docilidad. Cuando Saul derrotó á Amalec, y á pesar de haberle mandado el Señor por Samuel que no reservara nada ni de los hombres, ni del botin hizo lo contrario, guardando los mejores rebaños para ofrecerlos al Señor en sacrificio, le dijo el profeta animado de zelo: ¿Por qué no escuchaste la voz del Señor? ¿Por qué te dejaste llevar del deseo del botin? ¿Y por qué pecaste á sus ojos? ¿Por ventura pide holocaustos y víctimas ó mas bien que sea obedecida su voz? El que no quiere obedecerle, ni rendirse á su voluntad, comete idolatría, porque se forja un ídolo de su pasion y deja la certeza de la voluntad de Dios declarada por la Escritura para consultar en cierto modo al demonio haciendo una divinidad de su voluntad propia y de las falsas razones que él mismo ha inventado. S. Gregorio explicando este lugar dice que Saul tiene aun muchos imitadores, los cuales creen obedecer á los que estan autorizados para mandarlos, y sin embargo quitan de las órdenes recibidas lo que los incomoda, y añaden lo que les agrada. Así obe-

deben solo á sí mismos y no deben esperar otro galardón que el prometido al amor propio. Observemos una conducta más cristiana; seamos mansos y humildes para con aquellos á quienes nos ha sometido la divina providencia; y esta docilidad y sumisión será el sacrificio verdadero que Dios nos pide como el culto supremo que le es debido. Para llegar á la perfección de la obediencia extendámosla á nuestros hermanos y aun á nuestros inferiores. El gran patriarca S. Benito, que había recibido muchas luces sobre este punto, exhorta sus monjes á una obediencia mutua, que aprovecha sobremañera para conservar la paz en las comunidades. Cuando uno puede sin faltar á la discreción ceder al juicio de los demás, es un servicio muy agradable á la madre de Dios, porque así obró ella en todos los días de su peregrinación. Solo de los hijos de la nueva ley es propio preferir la satisfacción del prójimo á sus propios intereses y hacer la voluntad de los otros más bien que la suya. Por último es menester obedecer prontamente, sin tardanza ni réplica, con gozo, sencillamente y con los ojos cerrados, porque Dios rechaza la obediencia forzada y acompañada de la murmuración de la lengua ó del corazón (*Adición de la madre María Jacoba de Blemur*).

Del silencio y de la soledad de nuestra señora.

Faltaría algo á este tratado de las virtudes de la madre de Dios, si no dijéramos algo del extraordinario silencio que guardó en toda su vida. Bien sé que se sienta que el silencio no ocupa lugar entre las obras, porque más bien que una cosa real es la cesación de todo acto y de toda palabra, así como las tinieblas son la privación de la luz; pero sin embargo esta privación en cuanto virtud es tan insigne y aventajada, que merece bien toda nuestra atención.

Los antiguos filósofos opinaron que el silencio era el vestíbulo del palacio de la sabiduría, y algunos de ellos obligaban á sus discípulos á guardarle por espacio de cinco años antes de enseñarles nada, como si la lección más importante hubiera sido aprender á callar. También hicieron del si-

lencio una deidad que tenía la boca cerrada. Pero ¿para qué hemos de ir á beber en esas aguas cenagosas increciendo el cargo que el Señor hacía á su pueblo por boca de un profeta, de haberle dejado á él, fuente de vida, y haber cavado cisternas que no podían conservar el agua? Acudamos pues á nuestro divino maestro, de quien se dice que pasó treinta años de su vida retirado y no empleó más que tres en la predicación del Evangelio, aunque el fin de su misión era enseñar al mundo y formar discípulos; pero como su ejemplo había de ser más eficaz que su palabra, empleó mucho más tiempo en lo uno que en lo otro.

Preguntaban un día á un gran siervo de Dios qué le había dicho este en la oración, y respondió: Dios es sabio y habla poco. Pero á lo menos nos enseña con su conducta que debemos adorar su silencio eterno, meditarle despacio y amarle con toda nuestra alma. ¡Oh qué asombroso y admirable es! La naturaleza corrompida se complace en no trabajar con las manos, sino con la lengua; pero la naturaleza reparada hace todo lo contrario, calla y obra.

Es extraño que el Verbo del Padre, la palabra sustancial enmudeciese y cambiando de nombre quisiese llamarse *Verbum silens*. El hijo único de Dios vino á la tierra para dar testimonio de la verdad y comenzó por un silencio de nueve meses y por una humillación la mayor, así como era la primera de su vida santísima. ¡Oh qué profunda eres, sabiduría eterna! ¿No eres tú la que encierras todos los tesoros de la ciencia y todos los arcanos de la divinidad? Pues ¿por qué callas? ¿Por qué guardas tan largo y riguroso silencio? Tú no corrias riesgo de excederte: de tu divina boca no podían salir más que oráculos y palabras de vida eterna según testimonio de uno de tus más esclarecidos apóstoles; y sin embargo no dices nada. Sin duda es para enseñarnos que es mucho más seguro callar que hablar, aunque en tí era igual. Explicando S. Bernardo aquel pasaje del Evangelio: *Este es mi hijo amado; oídle*; se dirige á nuestro señor Jesucristo y le dice: Ve aquí, mi amado maestro, la orden del Padre eterno: que te oigamos. Comienza ¡pues á hablar, si gustas: ¿hasta cuándo guardarás silencio? Has ca-

llado mucho tiempo por no decir demasiado; pero ya tienes licencia del Padre para enseñarnos: ¿cuánto tiempo, oh sabiduría increada, vivirás escondida entre el pueblo como un hombre común é ignorante? Poco despues continúa así el santo: « Cuando el Salvador guardaba este largo silencio y se escondía con tanto cuidado, ¿creeis que temia la vanagloria siendo él la verdadera gloria del Padre? La temia ciertamente; pero no por él, sino por nosotros, que tenemos tanto motivo de temer esa peste. Pero el silencio mas admirable del Señor fué el de su pasion: fué calumniado, acusado injustamente, tratado como sedicioso, loco y blasfemo; fué abofeteado, escupido, azotado cruelmente y coronado de espinas. A todo esto callaba el Salvador, dice el Evangelio: Herodes le pregunta y él no responde, porque no se trataba mas que de satisfacer la curiosidad de aquel príncipe. Se lleva la causa ante Pilato: los príncipes de los sacerdotes y los ancianos llenan de improperios al Salvador: el presidente le insta para que se defienda, y Jesus calla: este silencio asombró al juez. El profeta considerándole muchos siglos antes habia dicho: fué ofrecido á la muerte porque quiso, y no abrió la boca siendo conducido como un carnero al matadero: fué esquilado y aun desollado y aquel tierno cordero permaneció mudo. Ve ahí el gran dechado del silencio y el primer ejemplar de una virtud tan poco conocida en el mundo.»

El segundo es María, madre de Jesus, la copia mas excelente de ese divino original y la que mas participó del espíritu de retiro y soledad de su hijo santísimo. ¿No es para sorprender que el cielo y la tierra, los ángeles y los pastores hablen del misterio del nacimiento de Dios y que su augusta madre la Virgen guarde silencio? Ella conoce las grandezas y las bajezas y participa de la gloria y de las humillaciones del divino niño sin proferir una sola palabra; ella recibe á los pastores, oye lo que dicen de la aparicion de los ángeles, y permanece en silencio. El evangelista nos dice de ella: María guardaba todas estas cosas meditándolas en su corazon. ¿Es posible, oh Virgen bendita, que no tengas palabras para expresar un misterio tan grande y maravilloso? Ciertamente lo harías mu-

cho mejor que unos simples y rudos campesinos: ¿temes que tu testimonio sea sospechoso, porque eres madre? A lo menos podrias elevarte á Dios y celebrar sus alabanzas con tal motivo, como hiciste en casa de Zacarias para responder á tu prima Isabel. Mas obsérvese que su cántico de entonces fué un ardid de su tan singular modestia. Alababa Isabel la fé de María, y esta para divertirla de aquel pensamiento entonó las alabanzas de Dios diciendo: Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se regocijó en Dios mi salvador. Pero ahora que los nuevos adoradores de Jesus se reducen á publicar sus grandezas y no hablan de su madre, ¿por qué esta persevera en su silencio? Si María hablase, necesariamente habia de ser de la infinita misericordia de Dios para con ella por haberle dado su unigénito; porque ¿qué otra cosa podria decir en tal ocasion? Sin embargo ese discurso contendria su mayor exaltacion, porque nada hay comparable á la dignidad de madre de Dios. Ahora bien es resolucion suya formal no decir jamás ni cosa que torne en su ventaja directa, ni indirectamente.

Podemos considerar otra razon del silencio de nuestra señora y mirarle como una imitacion del Padre eterno, cuya dignísima esposa es. El Padre guarda un profundo silencio sobre su hijo, aunque es el único objeto de su complacencia y amor: los dos tienen secreta comunicacion entre sí y se hablan uno á otro; pero él no lo manifiesta á la tierra, que es indigna de conocerle por su soberbia y disolucion, excepto los pastores, los magos, el santo anciano Simeon y la profetisa Ana. El divino niño vive oculto, sin que nadie le rinda homenaje; se mantiene en la sujecion de los otros niños y no habla á nadie, ni aun á su madre, ni á S. José. Queriendo pues la Virgen conformarse con la conducta del Padre eterno y de su hijo guarda silencio. Este silencio sagrado y misterioso es una copia del de Jesus, porque uno de los derechos de su estado escondido es reducirnos al silencio segun este dicho del profeta: «Toda carne calla ante la presencia del Señor, porque ha despertado y se ha adelantado hácia nosotros desde su santuario.» ¿Qué quiere decir la Escritura en este lugar sino que adoremos con nuestro silencio el del Verbo encarnado, en que se manifies-

ta desde que empieza á santificar nuestra naturaleza? Cuando Dios habla, hay que callar y oírle; pero ¿cuánto más obligados estamos á imitar su silencio si él calla también? Así lo hace excelentemente nuestra celestial maestra por su operación para con su hijo y por la impresión de su hijo en ella. Esta es su porción en la infancia del Salvador; este es su camino, su vida. Su estado interior y exterior es un estado de silencio que adora la palabra eterna, á quien ve muda, y pasa del silencio de adoración al de transformación, silencio de luz y de arrobamiento más elocuente en las alabanzas de Jesús que la misma elocuencia. Es un silencio producido por el del divino niño, que atrae á su madre hacia él en su propio silencio y consume en su divinidad abatida toda palabra y todo pensamiento de su criatura. No es un prodigio que los ángeles y los hombres hablen á María y que María no hable, teniendo el silencio de Jesús más virtud para mantenerla en silencio que las palabras de los ángeles y los santos para hacerla hablar de tan gran misterio? Los pastores corren y hablan, y la madre está quieta y silenciosa; llegan los reyes á Jerusalén y hacen que hable toda la ciudad, y María está retirada y silenciosa. El santo anciano Simeón habla en el templo y con él la profetisa Ana y todos los que esperan la redención de Israel; la Virgen lleva, entrega y recibe á su hijo en silencio, porque está ocupada divinamente en el silencio del divino niño, y todas sus obras, todos los servicios que le hace, todo cuanto padece por él y con él, no interrumpe su retiro: ella va á Egipto, vuelve, obedece á su esposo S. José y hace todos sus viajes, sin que se sepa que dijese una palabra.

Cuando el niño Jesús á la edad de doce años se quedó en el templo sin saberlo su madre, esta le dió las quejas de un corazón amoroso y traspasado de dolor, y no comprendiendo su respuesta por secreto designio de la sabiduría increada no le pidió aclaración y permaneció en silencio según su costumbre. Así continuó también en el tiempo de la manifestación del Señor, cuando los discípulos anunciaban ya el Evangelio y hacían diversas preguntas á nuestra señora. Aun se dice que varias santas mujeres que la acompañaban, le hablaban y ella guardaba silencio. Acerca de esto es de notar que su gracia

principal era la de madre de Dios, que tenía por origen el propósito del Verbo de hacerse hombre naciendo y siendo niño: si hubiera querido eximirse de este estado, no habría habido madre de Dios, ni gracia proporcionada á esta dignidad, siendo la una relativa á la otra como á su principio. Diciendo pues la gracia de la madre de Dios relación á la infancia de nuestro Señor, que es un estado de silencio, obliga á la Virgen á vivir retirada y en soledad. Ve ahí nuestro segundo modelo y la maestra de quien debemos aprender la práctica de una virtud, sin la cual nadie puede ser verdaderamente religioso en sentencia de Santiago, hermano del Señor. S. José, esposo de María, aprendió del divino niño y de ella á moderar la lengua: los dos estaban admirando las maravillas que se obraban en Jesús; eran los dos querubines al lado del nuevo propiciatorio que tenían ojos para mirarle y corazón para amarle, esa era su única ocupación principalmente durante los cuarenta días que habitaron en el portal de Betlehem. En todo el Evangelio no se encuentra una sola palabra proferida por S. José, y sin violentar el sagrado texto se le puede aplicar este pasaje: «El silencio cultivará la justicia, porque la justicia se conserva y se aumenta hablando mucho á Dios y poco á los hombres.» El silencio es como el tálamo donde descansan todas las virtudes.

Todas las personas de vida interior, que se llaman de oración, han amado el retiro á imitación de la sacra familia. ¿Dónde creemos que el gran patriarca S. Benito aprendió las reglas del silencio, que practicó desde la edad de catorce años y dejó después á sus discípulos en el excelente libro de su Moral, sino á los pies de la Virgen? Ya hemos hecho ver al hablar de la fundación de su orden que siendo todavía niño pasaba muchas horas al día ante una imagen de nuestra señora y dejaba toda diversión por recrearse en conversar con ella. Desde entonces practicaba el consejo del profeta, que dice: Sentáos, permaneced en silencio, entrad en las tinieblas. Y en otro lugar se expresa así: Ve, pueblo mío, entra en el secreto de tu aposento, cierra tus puertas tras de tí y mantente un poco oculto. Es cierto que Benito siguió al pie de la letra este consejo y que nunca hubiera salido de su

amada soledad á no haberle sacado Dios en cierto modo para hacerle una lumbrera de su iglesia.

El silencio era tan riguroso entre los antiguos monjes benedictinos, que se cuenta de Radulfo, sacerdote de la misma órden, que estuvo diez y seis años sin hablar una palabra con nadie. ¿Y qué sucedió? Que queriendo Dios manifestar cuánto le agradaba la fidelidad de aquel monje, permitió que como se hubiese prendido fuego al monasterio y amenazasen devorarle las llamas, apenas dijo Radulfo: Deteneos, llamas, y no paseis de ahí; se apagó de pronto el fuego. El real profeta debia de conocer bien la importancia del silencio, cuando decia que habia callado y que se habia humillado y abstenido de las pláticas y palabras en que no se advertia nada de edificante. S. Juan Clímaco hizo un escalon de su escala espiritual de los daños causados por la destemplanza de la lengua y del provecho espiritual que acompaña al silencio. Bien merece copiarse aquí lo que dice: «La destemplanza de la lengua es el trono donde se presenta con ostentacion la vanagloria: es el carácter de los ignorantes, la puerta de la murmuracion, la madre de la mofa, el artífice de la mentira, la ruina de la compuncion, la introductora de la tibieza, la precursora del sueño, la disipadora de la meditacion, la destruccion de la guarda interior de sí mismo, el resfriamiento del fervor, el oscurecimiento de la luz del entendimiento en la oracion.

«Al contrario el silencio acompañado de conocimiento y prudencia es el padre de la oracion, la libertad del alma cautiva, la conservacion del fuego divino que la abrasa, la vigilancia sobre sus pensamientos, la centinela para descubrir á los enemigos; es como un calabozo interior donde se entra para llorar sus culpas; es el amigo de las lágrimas, el despertador de la memoria de la muerte, un pintor espiritual que representa al vivo los suplicios del infierno; es un observador discreto y curioso de los juicios divinos y eternos; es el coadjutor fiel de la penitencia, el enemigo de la confianza presuntuosa, el compañero inseparable de la tranquilidad del espíritu, el enemigo del deseo ambicioso de enseñar á los demas, el aumento de las luces celestiales en nuestra alma, una medra invisible en la virtud, una secreta elevacion del

alma á Dios. El amigo del silencio se llega al Señor y entrando ocultamente en su familiaridad es alumbrado con sus luces divinas.»

Confesemos que son preciosas y elocuentes las palabras de ese gran maestro del yermo: hizo la anatomía del silencio con tanta habilidad, que no se puede añadir nada á las calidades que en él descubre. Es muy probable que los padres del desierto participaran de su luz cuando le observaban con tanto esmero. El abad Agaton llevó una piedrecita en la boca por espacio de tres años para no hablar, y cuando le preguntaron la razon, respondió con este dicho del Sabio: El que guarda su boca, guarda su alma; pero el que es inconsiderado en sus palabras, caerá en muchos males. S. Bernardo cree que no puede uno conservar la limpieza de corazon, si se descuida en refrenar la lengua. Con efecto el Sabio no dice que caerá en muchos males el que es maldiciente ó soberbio en sus palabras, sino solo el inconsiderado.

La moderacion y recato en el hablar es un bien tan grande, que dice Salomon: Hasta el insensato pasa por racional cuando calla, y por entendido cuando está con la boca cerrada. Si pues el silencio que no procede acaso mas que de estolidez, honra á los insensatos; ¿cuánto mas provechoso será cuando va acompañado de razon y de luz en las personas discretas?

Paladio asegura que el santo abad Teonas vivió treinta años en su celda guardando rigurosísimo silencio y que una santa virgen hizo lo mismo por espacio de veinte y cinco años, aunque se acusa de locuaz al otro sexo. Nosotros podriamos decir para justificarle que en otro tiempo se llamaban las monjas las hermanas mudas. S. Gregorio Nazianceno alaba principalmente á su hermana santa Gorgonia por la moderacion de la lengua. Mas volviendo á nuestra maestra celestial, pues que en honor suyo hemos emprendido el tratar de esta virtud, concluyamos con estas palabras de S. Ambrosio: «Esta humilde virgen era muy grave en sus palabras: hablaba poco y siempre por caridad ó necesidad: leia mucho gustando mas de la conversacion de los muertos que hablan en sus obras, que de los vivos, porque la primera no per-

judica al recogimiento, al retiro y al silencio. Sus labios como los de la esposa estaban atados con una cinta de grana; lo que equivale á decir que el pudor la impedía de abrirlos. Este es el dechado que deben imitar todos los que aspiran á una sólida devoción; pero principalmente las almas religiosas, que por su estado se hallan obligadas á la perfeccion de los consejos evangélicos, á la separacion de las criaturas y á mas alta santidad. Estas tienen singulares ejemplos en la madre de Dios, lo repito, añadiendo con S. Ambrosio que si el ejemplar es respetable para nosotros y no podemos menos de mirarle con santa complacencia, justo es que procuremos imitarle tan fielmente como lo permita nuestra flaqueza, con el auxilio de la misma señora. Digamos pues con un devoto siervo suyo: «Yo te saludo, Maria, virgen solitaria y amante del recogimiento interior, oh la mas hermosa entre las hijas de Jerusalem: recoge, te ruego, los pensamientos de tu siervo que se disipan con tanta facilidad: contén este espíritu distraído, para que no tenga mas anhelo que el conocer y amar á tu hijo y bendecirte con él por los siglos de los siglos.»

De la santidad de la madre de Dios.

Parece que acometemos una empresa imposible queriendo reunir en breve espacio lo que puede decirse de la santidad de la madre de Dios, cuando por otra parte se ha dado una idea bastante cabal de ella en los tratados anteriores. Sin embargo no desagradará al lector encontrar aquí una suma de esta excelente calidad de nuestra reina soberana.

En primer lugar decimos que la santidad es una separacion total de la criatura y una union perfecta al Criador. Cuando pensamos en la santidad divina y vemos que el Señor por su esencia no solo está exento de las imperfecciones y de los límites del ente criado, habitando en su grandeza inmensa é infinita, sino que está separado de toda criatura, recogido en sí y aplicado simplemente á su esencia, á su sabiduría y á su bienaventuranza; cuando consideramos que posee con plenitud lo que nos da, y que él es quien inspira á sus

hijos mas queridos la aversion al siglo presente y el deseo de vacar á la gloria de su autor por religion y por amor; entonces convenimos en que pues el ser santo consiste en no divertirse á la criatura, Dios debe de serlo mucho mas que todos los ángeles y los hombres, que los sacerdotes y las hostias, cuyas menores manchas mancillan la santidad.

Debemos adorar esa perfeccion incomprendible en su origen, que no pierde nada por el concurso, que santifica los cielos y la tierra, que da en el tiempo la aversion al tiempo y el amor á la eternidad, que infunde en los santos los deseos de su propia destruccion para ser nuevas criaturas estando persuadidos de que todo el mundo debería de perecer en honor de esa santidad divina. Cuando David habla de la morada de Dios, lo hace en estos términos: Tú te estableciste en el lugar santo para alabanza de Israel.

Queriendo un profeta hacernos comprender en cierto modo cuál es la majestad del Dios á quien adoramos, dice que le vió en un alto trono; que los serafines estaban al rededor del trono; que cada uno tenia seis alas; que se cubrian el rostro con dos, con otras dos los pies y con las otras dos volaban; y que clamaban: Santo, santo, santo, Señor Dios de los ejércitos. Ve ahí la ocupacion de esos espíritus bienaventurados: cantar continuamente el cántico divino de la santidad de Dios con un zelo digno de su amor. La palabra santo, que significa separado, denota que los serafines expresan la infinita pureza de Dios, su infinito desasimiento de todo ser criado, su infinita aplicacion á él solo, y debemos de persuadirnos á que no puede decirse una cosa mas sublime, ni mas digna de Dios que esa protesta de los enuembrados príncipes del cielo. Es tan santo, que ni aun está apegado á la vida y á la honra de su hijo, pues exige su sacrificio y no consiente en el cielo mas que lo que está adornado de la santidad del Hijo y del divino espíritu. ¿Qué maravilla de Dios pues no se comprende en esa alabanza y en ese epíteto de santo?

Como es propio de Dios querer el bien para su criatura y no hay bien alguno comparable al que forma á los santos, ha querido tener en todo tiempo ciertas hostias mas santas y

separadas, porque conviene saber que la gracia produce la santidad, y el efecto particular de esta es separar al alma del pecado, separarla de la tierra, separarla de los sentidos, separarla de ella misma y de todo lo que no es Dios; pero con un modo de separacion que llega hasta el odio segun la máxima de nuestro Señor Jesucristo: Si alguno viene á mí y no aborrece á su padre y á su madre, á su mujer y á sus hijos y hasta su propia vida; no puede ser mi discípulo. Ve ahí el gran efecto de la gracia eminente que llamamos santa, y que en todos tiempos ha existido en algunas personas particulares, que han merecido pertenecer á Dios como sus siervos y amigos, y eso aun antes de la ley de gracia por una especie de adelanto sobre el precio que habia de pagar nuestro Señor derramando su preciosa sangre.

Por sí mismo nos mandó ser santos y perfectos como lo es nuestro padre celestial. Este mandamiento tiene por principio su infinita complacencia para con la santidad como su mas excelente perfeccion, si es que hay mas ó menos en Dios. Parécele pues tan amable, que la quiere reproducir en todos los sujetos capaces de recibirla á fin de ver siempre la imágen de ella como en unos espejos donde se contempla; y con verdad se dice que se deleita mas en haber impreso su santidad en una alma pura que en la produccion de todas las criaturas inferiores al hombre y al ángel, los únicos capaces de esas divinas impresiones.

Puede añadirse que Dios nos manda ser santos, porque nos ama y el amor no puede sufrir distincion entre el amante y la cosa amada; y como Dios es santo y nosotros culpados, ha de trabajar por reformar esa imágen para satisfacer la inclinacion de su caridad. Por eso nos manda ser santos, para que siendo los hijos del padre que está en el cielo, llevemos su carácter y semejanza; porque él no tiene otro ejemplar de sus obras que él mismo, y queriendo formar su reino y componer su familia quiere que solo se forme de santos. Jesucristo nuestro rey se llama por excelencia el santo de los santos; luego es preciso que los particulares de su estado sean santos, que todos sus súbditos tengan esa calidad y que tributen á su soberano el homenaje de procurar

hacerse agradables á sus ojos por la práctica de la santidad.

Esta calidad no es del número de las virtudes comprendidas bajo el nombre de consejo, decencia y perfeccion, sino que es de necesidad absoluta, y el que no procura hacerse santo como Dios lo es, no tiene derecho al cielo, es un súbdito rebelde á su príncipe, un hijo desobediente á su padre. Oigamos lo que dice el Apóstol: Sabeis, hermanos, los preceptos que os he dado de parte de nuestro señor Jesucristo: la voluntad de Dios es que seais santos. No os conformeis pues á este siglo; mas cambiad en el estado nuevo del espíritu, para que conozcais lo bueno, agradable y perfecto que Dios os pide. Él nos eligió en Jesucristo antes de la creacion del mundo, para que seamos santos é inmaculados delante de él. S. Pablo explica de la manera mas sólida esta verdad en diferentes lugares de sus epístolas; pero yo quisiera saber quién será el que cumpla ese gran mandamiento en toda su extension. Mis lectores lo saben antes que yo se lo diga, y estoy cierto de que previenen mi pensamiento.

Digamos pues que solo María, madre de Dios, puede ser llamada despues de su divino hijo tres veces santa y única santa, como sabemos por S. Buenaventura. Ella es la única y la perfecta entre las hijas de Jerusalem: parece que la iglesia confirma este pensamiento saludándola con el título de santa María asi en la oracion del Ave María como en las letanías. En efecto la santidad es el fundamento de todas sus grandezas, y si no hubiera estado enteramente unida á Dios y separada de todo lo demas, no habria ascendido nunca á esa dignidad suprema. Ya hemos visto que desde el punto de su inmaculada concepcion fué santificada por un privilegio que le era singular. Desde aquel feliz instante adelantó siempre en los caminos de la gracia, y la que ya era justa y santa, se hizo mas y mas por nuevos grados de pureza y santidad de que Dios colmó su alma.

Debemos honrar y venerar á la Virgen como á una hija de luz, que no participó nunca de las tinieblas de que hablaba S. Pablo á los de Efeso, cuando les decia: Sabeis que no

eráis mas que tinieblas; pero ahora sois luz en Jesucristo: vivid pues como hijos de luz. Nuestra celestial maestra es llamada con mucha razón dia perpetuo. Todos nosotros experimentamos cierta alternativa de noche y dia y andamos entre la oscuridad y la luz: la noche del pecado original antecedió á nuestro nacimiento, y los pecados actuales sucedieron desgraciadamente al dia de la gracia en que entramos por el bautismo; pero la Virgen no sufrió esos fatales eclipses, ni estuvo entre dos noches. Ella es la ciudad santa que baja del cielo y viene de Dios: está toda vestida de claridad y Dios mismo es su sol y su luz; y como este sol divino no tiene ceaso, ni nacimiento, porque es inmutable, ella participó de su esplendor eterno, y las tinieblas no tuvieron influencia en ella: siempre caminó en la verdad y en la union actual de Dios; su entendimiento no se cansó nunca de contemplar este objeto, ni se engañó, ni sufrió disminucion de luz, ni de amor. Es la mujer vestida del sol, y si preguntamos á S. Bernardino de Sena cuándo aparece rodeada de ese astro, nos responderá que es principalmente cuando concibió al hijo único de Dios, cuando la divina sabiduría quiso reconciliar al mundo. Entonces no solo conoció este gran misterio por revelacion, que siempre tiene alguna mezcla de oscuridad, sino que fué plenamente informada de cuanto tocaba al Verbo encarnado. Y no se me acuse de que confundo las luces de nuestra señora con su santidad; porque está escrito: Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios. El conocimiento pues es efecto de la limpieza de corazon y de la santidad; y si el sol quisiera pintar su imágen en la luna de un espejo ó en el agua de una fuente, necesariamente habia de ser aquella sin mancha y estar esta tranquila. La respuesta del ángel Gabriel á la objecion de nuestra señora confirma este pensamiento: La virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. María habia objetado que no conocia varon; y el ángel le da esa respuesta; pero ¿qué conexión hay entre lo uno y lo otro? Si la virtud del Altísimo debe obrar la encarnacion del hijo de Dios y por lo tanto el sutilísimo conocimiento de la divinidad; cómo se habla de sombra, la cual es contraria á

la luz? En verdad esto es sutilísimo. La virtud del Altísimo, que es un astro brillante y una luz de fuego, se promete á la vírgen María bajo la calidad de sombra; acerca de lo cual hay que notar que la sombra es muy útil para fortificar la vista de los hombres, porque modera el resplandor del sol: por eso los párpados defienden la niña del ojo de la luz demasiado viva. Este pensamiento ingenioso es de Alberto Magno. Acostumbramos, dice, poner la mano sobre los ojos cuando queremos mirar un objeto distante, para recoger la potencia visual y distinguir mejor lo que queremos ver. Así pues, oh Virgen bienaventurada, te cubrió con su sombra la virtud del Altísimo, para que estando recogida toda tu vista intelectual, puedas comprender el misterio. Esta expresion figurada denota formalmente en sentir de un sabio que la Virgen debia de estar rodeada de la augusta Trinidad; queriendo decir el ángel que la virtud del Altísimo rodearia por todos lados, revestiria y abrazaria á la Virgen. Esta, cubierta así de tal sombra divina, no podia ver otra cosa mas que á Dios: solo se le presenta ese objeto sagrado y solo se le habla de concebir un hijo que será el santo de Dios. ¿Y qué cosa mas pura y mas separada de toda criatura que esta alma virginal? A lo que pasa en este instante maravillosísimo, habia precedido una vida consagrada toda á Dios por una conversacion mas que angélica. Aquel retirarse al templo á la edad de tres años; y por qué no se ha de decir desde el instante de su concepcion y natiuidad? Oigamos á S. Lorenzo Justiniano: «Todo cuanto uno pueda figurarse de honesto y relevante en mérito, en gracia y en gloria, todo está en María: ella es grande al venir al mundo y mas grande cuando concibe al Verbo: es santa siempre é inmaculada: donde quiera que se consideren sus excelencias, es santa de cuerpo y alma y está llena de gracia y virtud: es la madre y la esposa sin mancilla: ella ha descansado únicamente en Dios sin buscar nada en las criaturas, y Dios ha satisfecho todos sus deseos. Esa alma verdaderamente solitaria hallaba en Dios una vastísima soledad; la santidad era su muro y por ella quedaba separada de todo lo demas. El corazon de María estaba escondido en Jesu-

cristo y el de Jesucristo estaba en María: eran el tesoro el uno del otro.» «Verdaderamente, oh santa señora (dice san Bernardo), el Señor se complació en tí, te eligió por su morada, se fabricó una casa de tu propia sustancia pura y sin mancilla como de los cedros del Libano y la apuntaló con siete columnas de plata: allí hay un lecho de oro macizo. El número siete significa los siete espíritus que asisten siempre delante de Dios; pero María es la mujer única en quien halló el reposo que había buscado en todas partes, y luego derramó en su seno sin tasa ni medida todos sus tesoros de gracia y santidad.»

«¿Quién ha visto ú oído jamás una cosa igual? decía Proclo. ¡Dios encerrado en el seno de una doncella! ;Y este seno es tan puro, que se convierte en un templo donde Jesucristo recibe su divino sacerdocio!» S. Jorge de Nicomedia la llama el santo de los santos, el propiciatorio de la nueva alianza, el altar de oro, el arca de nuestra santificación, y añade que el Criador se ha vuelto su amante; que no ha rehusado hospedarse en ella; que el consejo del Padre se ha cumplido en sus castas entrañas; y que el Espíritu Santo ha descansado en ellas. Oh madre de Dios, tú eres el más bello ornamento de todas las cosas peregrinas y preciosas. Repitámoslo otra vez, tú eres el santo de los santos, donde solo entró el sumo sacerdote Jesucristo señor nuestro. Oh prodigio de la santidad de María, la cual nunca cesó de bendecir á Dios. Oh milagro de amor, que nunca experimentó disminución. Esta criatura celestial amó siempre á Dios con todo su corazón y continuamente adelantó en la santidad.

Se extraña la conducta de la iglesia, que en las festividades de la concepción y natividad de nuestra señora propone el Evangelio de la genealogía de Jesucristo sin decir una palabra de los parientes de esta virgen, que es toda la gloria de la familia. No se habla de su cuna é infancia, y el secretario del Salvador cree que basta decir: Jesús, que se llamó Cristo, nació de María. Pero el nacimiento del hijo ¿ha de ser la fiesta del nacimiento de la madre? ¿Qué hay de comun entre la tierna infancia de la Virgen y los oficios de su ma-

ternidad, si no decimos que la natividad de la una es el principio de la del otro? Esta divina niña vino al mundo para dar á luz el hombre Dios: por eso no se habla de sus padres: en ella no se ve mas que á Dios en todos sus estados y misterios; y el carácter de su santidad la distingue de todo lo demas. Ella es toda para Dios y solo por Dios, aunque es la madre de los pobres y la medianera de los pecadores; porque para reunirlos á Dios quiere llevar esa calidad sin perjuicio de su sublime union con Dios y de la separacion de las criaturas.

Leemos en el Génesis que el espíritu del Señor era llevado sobre las aguas: el agua pues era el asiento del divino espíritu como el elemento mas agradable en su principio. En efecto cuando todo estaba sumergido en tinieblas y no había mas que el caos informe y un abismo profundo, cuando no lucian en el cielo esas hermosas y brillantes lumbreras y la mezcla impedía la pureza de los seres, el agua sola estaba clara y limpia, porque era destinada para carro del Espíritu Santo. En este punto era una figura de la madre de Dios siempre santa, siempre pura, siempre inmaculada. Aunque los demas hombres sean como abismos de tinieblas por la fatalidad de su concepcion en pecado, María, la mas santa entre los santos, no contraerá mancha, ni defecto alguno, porque está destinada para carro triunfal del unigénito de Dios: siempre estará cobijada bajo las alas de la mística paloma, y el divino espíritu calentará el manantial fecundo de esa fuente pura, de ese pozo de aguas vivas.

Dios significó la santidad sin igual de esta virgen por excelencia en muchos lugares de la ley antigua, segun se dijo en el tratado primero al hablar de la zarza ardiendo, la vara de Moisés y otras figuras suyas. Con esto nos queria enseñar que ordinariamente proporciona la gracia santificante á la dignidad del estado á que llama las almas. Y como la soberana grandeza de madre de Dios se aventaja con mucho á lo mas relevante que hay en el orden de los ángeles y los hombres, debemos de inferir que santa María encierra en sí mas tesoros de gracia que todas las otras criaturas. De ella se dice que así como los rios y torrentes van á pa-

rar al mar y este no rebosa, así todas las virtudes de los santos se reúnen en María sin rebasar del abismo de su santidad, ni aun igualarle; y Dios la ensalzó tanto, que no ha hecho, ni hará jamás nada más grande, más santo, ni más digno de él, de su grandeza y de su amor que esa madre celestial, siendo cierto de todas maneras que en el orden de la gracia y de la santidad de las cosas criadas es ella el término de las operaciones, de los efectos y de todas las comunicaciones y efusiones del poder, de la sabiduría y de la bondad de Dios. Ella es una arca de santificación para ella y para nosotros, porque habiendo llevado al propiciatorio de nuestra salud Jesucristo señor nuestro, fué santificada por él y se hizo nuestra medianera. Ella participa con más abundancia de la santidad de su divino hijo y se acerca más á la santidad divina; y como Dios abeterno permanece en su incomprendible pureza, también fuera de sí y en la plenitud de los tiempos gusta de residir en las almas santas, pero principalmente en la Virgen, en cuya pureza, hermosura y santidad se deleita mucho más que en todas las otras. Este es el jardín delicioso del esposo divino y el objeto más digno de su amor.

Si se quisieran tomar las medidas de la santidad de nuestra señora, habría que subir al seno de Dios y considerar que la pureza y la luz que brilla en ese sol divino, es el ejemplar de la suya. Es una propiedad del primer astro del universo el no poder ser manchado, ni eclipsado por las impurezas de la tierra, conservando su pureza lo mismo cuando despide sus rayos sobre el lodo, que cuando los despide sobre el cristal; y lejos de esconder las inmundicias que encuentra, las descubre. Ve ahí un símbolo de la santidad y pureza de la Virgen: todas sus obras son obras de luz, que deben de estar expuestas á la vista de toda la naturaleza: ella concibió la luz esencial concibiendo al Verbo de Dios, y este es el coronamiento y la perfección de su santidad purísima. Todos los días hay una especie de pugna entre las tinieblas y la luz, y todas las mañanas presenciamos que esta vence y luce con más hermosura después de haber ahuyentado las tinieblas.

Me parece que S. Juan Climaco hizo en compendio el re-

trato de nuestra señora en este pasaje que copió á la larga: «Los perfectos, dice, que por una piedad ferviente consagran á Dios todos sus pensamientos y obras, tienen por estudio, por ejercicio y por ley en su conducta conservar el alma siempre libre del funesto cautiverio de las pasiones, procurar adquirir una caridad perfecta, hacer su corazón como una fuente viva de humildad, tener su espíritu como apartado de todas las cosas del mundo y de sí mismo y á Jesucristo siempre presente, guardar el tesoro de sus oraciones y luces contra las asechanzas del demonio que quiere arrebatárselas, enriquecerse con los dones celestiales y las ilustraciones divinas, desear la muerte y aborrecer la vida, huir de cuanto puede dar satisfacción al cuerpo, ser poderosos intercesores por todos para con Dios, hacer violencia á la bondad de este por el mérito y eficacia de sus oraciones, participar del ministerio de los ángeles socorriendo á los hombres, ser abismos de ciencia, intérpretes de la verdad divina, depositarios de los arcanos del cielo, salvadores de los hombres, refrenadores del vicio, dominadores del cuerpo, vencedores de la naturaleza, enemigos irreconciliables del pecado, templos vivos de la paz del alma y en fin imitadores del Señor por el auxilio y la gracia del Señor.»

Pongo á la vista de los siervos de la Virgen esta excelente pintura de la perfección y los suplico se persuadan firmemente á que el alma de nuestra señora posea tesoros de gracia y santidad mucho más relevantes que cuanto podemos pensar é imaginarnos. Esto no ha de desalentarnos para caminar en pos de ella y probar á imitar algún rasgo de sus extraordinarias virtudes para el arreglo de nuestras costumbres. Con efecto sería una falta de juicio y de razón, si oyendo referir las excelencias de esta criatura celestial cayéramos en el desaliento y la desesperación: al contrario nos hemos de aprovechar de su ejemplo ó moviéndonos á imitarla, aunque imperfectamente, ó penetrándonos de los sentimientos de una profunda humildad, del conocimiento de nosotros mismos y de la consideración de nuestra propia flaqueza. S. Ambrosio quiere que tengamos continuamente á la vista la pintura de la vida y virtudes de la Virgen, y afirma que

este espejo fiel y nada lisonjero nos enseñará lo que debemos hacer y lo que debemos imitar para cumplir el mandamiento de ser santos. Con tu auxilio, oh madre misericordiosa, saldremos con bien de una empresa tan difícil como necesaria. Dígnate de concedérnosle y de alargar la mano á tus pobres hijos tú que estás llena de mansedumbre y bondad, de luz y caridad, y pues por tí nos vino la salud de lo alto, sé también el camino por donde volvamos á Dios, de quien nos han desviado nuestros desórdenes (*Adición de la madre María Jacoba de Blemur*).

S.

Cuando el ángel trajo la nueva de la encarnacion del Verbo á la Virgen, su grandísima modestia no la dejó apropiarse las grandezas contenidas en las palabras con que la saludó el ángel, y la pregunta que ella le hizo, se fundaba en la consideracion de su bajeza por un lado y por otro en el derecho que tenia de preguntar cómo habia de efectuarse aquella obra excluyendo la manera que no se conciliase con su voto; lo cual indica su prudencia y fidelidad y la disposicion santa de su alma virginal, que hubiera querido mejor renunciar la altísima dignidad de madre de Dios antes que dejar de observar aquel voto, elevándole al grado mas sublime á que puede llegar por esta resolucion tan firme. Pudiendo fácilmente su entendimiento mas iluminado que los de todos los hombres proponer otros medios al ángel se abstuvo y no especificó mas que aquel que su estado virginal la obligaba á excluir, conteniéndose en los límites de su obligacion. Conviene notar que el ángel Gabriel habló tres veces y la virgen María quedó á la primera admirada y en silencio, á la segunda hizo la pregunta que hemos indicado, é ilustrada por la respuesta del nuncio celestial volvió á su silencio y quedó sumisa; de suerte que la pureza de nuestra señora es el fundamento de su pregunta, y si Dios no la hubiera obligado á esta especie de solicitud tocante á su voto, no hubiéramos oido de su boca ninguna pregunta, sino solamente palabras de fé y sumision.

El ángel hubiera podido declararle desde luego toda la economía de este profundo misterio, manifestarle que iba á ser madre del Verbo encarnado por obra del Espíritu Santo y evitarle así su pena y congoja; pero no tenia órden de eso. El consejo de Dios es que María anuncie el Evangelio de la virginidad y le anuncie al arcángel y que nosotros veneremos en el cumplimiento de esta obra dos anunciaciones; esto es lo que notamos en el coloquio angélico. El ángel anuncia el Evangelio de la Encarnacion á la virgen María y esta anuncia recíprocamente al ángel el Evangelio de la virginidad, es decir, un nuevo estado y una nueva especie de criaturas, que no teniendo mas que el cuerpo en la tierra deben de vivir y conversar en espíritu en los cielos; este estado virginal tiene origen en María y en el instante de la Encarnacion. Los matrimonios de la antigua ley eran proféticos segun S. Agustin y miraban á la generacion temporal de Jesucristo; pero despues de la venida de este varrió de condicion, y el estado excelente á que son convidados ahora los fieles, es el de la virginidad. Verdad es que no todos son llamados á él; pero los que son distinguidos con esta sublime vocacion, han de estimarla mucho y seguirla fielmente.

En todas las demas madres la maternidad triunfa de la virginidad; pero siendo la de María mas divina que la natural respeta la virginidad y se concilia con ella. Véase cómo María permanece firme y constante. No conozco varon, dice; y la maternidad aprobando su fortaleza y resistencia le replica: El Espíritu Santo vendrá sobre tí etc.; para manifestar que aquella maternidad lejos de ser contraria á la virginidad la ennoblece, perfecciona y deifica por su union. En este feliz instante se abre la fuente de la pureza y empieza á dilatarse por el mundo el estado angelical de las vírgenes, que comienza en María concibiendo á Jesucristo en la estimacion de la virginidad y apreciándola en el mas alto punto que puede apreciarse, segun hemos dicho antes, supuesto que no hubiera querido ser madre de Dios sin quedar virgen (*Adición de la madre María Jacoba de Blemur*).

este espejo fiel y nada lisonjero nos enseñará lo que debemos hacer y lo que debemos imitar para cumplir el mandamiento de ser santos. Con tu auxilio, oh madre misericordiosa, saldremos con bien de una empresa tan difícil como necesaria. Dígnate de concedérnosle y de alargar la mano á tus pobres hijos tú que estás llena de mansedumbre y bondad, de luz y caridad, y pues por tí nos vino la salud de lo alto, sé también el camino por donde volvamos á Dios, de quien nos han desviado nuestros desórdenes (*Adición de la madre María Jacoba de Blemur*).

S.

Cuando el ángel trajo la nueva de la encarnacion del Verbo á la Virgen, su grandísima modestia no la dejó apropiarse las grandezas contenidas en las palabras con que la saludó el ángel, y la pregunta que ella le hizo, se fundaba en la consideracion de su bajeza por un lado y por otro en el derecho que tenia de preguntar cómo habia de efectuarse aquella obra excluyendo la manera que no se conciliase con su voto; lo cual indica su prudencia y fidelidad y la disposicion santa de su alma virginal, que hubiera querido mejor renunciar la altísima dignidad de madre de Dios antes que dejar de observar aquel voto, elevándole al grado mas sublime á que puede llegar por esta resolucion tan firme. Pudiendo fácilmente su entendimiento mas iluminado que los de todos los hombres proponer otros medios al ángel se abstuvo y no especificó mas que aquel que su estado virginal la obligaba á excluir, conteniéndose en los límites de su obligacion. Conviene notar que el ángel Gabriel habló tres veces y la virgen María quedó á la primera admirada y en silencio, á la segunda hizo la pregunta que hemos indicado, é ilustrada por la respuesta del nuncio celestial volvió á su silencio y quedó sumisa; de suerte que la pureza de nuestra señora es el fundamento de su pregunta, y si Dios no la hubiera obligado á esta especie de solicitud tocante á su voto, no hubiéramos oido de su boca ninguna pregunta, sino solamente palabras de fé y sumision.

El ángel hubiera podido declararle desde luego toda la economía de este profundo misterio, manifestarle que iba á ser madre del Verbo encarnado por obra del Espíritu Santo y evitarle así su pena y congoja; pero no tenia órden de eso. El consejo de Dios es que María anuncie el Evangelio de la virginidad y le anuncie al arcángel y que nosotros veneremos en el cumplimiento de esta obra dos anunciaciones; esto es lo que notamos en el coloquio angélico. El ángel anuncia el Evangelio de la Encarnacion á la virgen María y esta anuncia recíprocamente al ángel el Evangelio de la virginidad, es decir, un nuevo estado y una nueva especie de criaturas, que no teniendo mas que el cuerpo en la tierra deben de vivir y conversar en espíritu en los cielos; este estado virginal tiene origen en María y en el instante de la Encarnacion. Los matrimonios de la antigua ley eran proféticos segun S. Agustin y miraban á la generacion temporal de Jesucristo; pero despues de la venida de este varrió de condicion, y el estado excelente á que son convidados ahora los fieles, es el de la virginidad. Verdad es que no todos son llamados á él; pero los que son distinguidos con esta sublime vocacion, han de estimarla mucho y seguirla fielmente.

En todas las demas madres la maternidad triunfa de la virginidad; pero siendo la de María mas divina que la natural respeta la virginidad y se concilia con ella. Véase cómo María permanece firme y constante. No conozco varon, dice; y la maternidad aprobando su fortaleza y resistencia le replica: El Espíritu Santo vendrá sobre tí etc.; para manifestar que aquella maternidad lejos de ser contraria á la virginidad la ennoblece, perfecciona y deifica por su union. En este feliz instante se abre la fuente de la pureza y empieza á dilatarse por el mundo el estado angelical de las vírgenes, que comienza en María concibiendo á Jesucristo en la estimacion de la virginidad y apreciándola en el mas alto punto que puede apreciarse, segun hemos dicho antes, supuesto que no hubiera querido ser madre de Dios sin quedar virgen (*Adición de la madre María Jacoba de Blemur*).

T.

El profeta Oseas dice sobre el particular estas excelentes palabras en el capítulo II de su profecía: «Yo atraeré suavemente á mi esta alma, la llevaré á la soledad y le hablaré al corazón.» Cuando Dios tiene á bien bastiar á la criatura de las satisfacciones mortales que hallaba en el vicio, y la hace sentir el gozo celestial del Espíritu Santo, el alma no aspira más que á disfrutar de ese bien, que la saca vencedora de sus pasiones. Entonces se retira á la soledad, huye del trato de los hombres y prueba á mantenerse al lado de ese médico maravilloso, que ha sanado todas sus heridas y es el único que la puede conservar en la salud espiritual recobrada por su asistencia. Entonces sustituye en lugar de las compañías peligrosas la de las personas que por sus oraciones, sus palabras y sus ejemplos pueden ayudarla en su nueva vida. Es tan necesaria esta precaución, que sin ella las conversiones que se suponen verdaderas, no son más que ideales, someras y transitorias y suelen terminar en recaídas más peligrosas que el estado primero, de que creía uno estar libre. Hay que huir del mundo como de una casa apesada. Las malas conversaciones según sentencia de S. Pablo corrompen las buenas costumbres: los ojos persuaden al corazón: se aprende el mal viéndole hacer; y esta vista hace tanta mella en el alma, que pasa á ser como natural aun antes de advertirlo.

Ve aquí un retrato del verdadero solitario digno de nuestra atención. El solitario es el que representa perfectamente en un cuerpo material y corrompido el orden y el estado de los espíritus puros; es el que en todo tiempo y lugar y en todo acto está únicamente apegado á las cosas de Dios; el que continuamente violenta la naturaleza y vela sin intermision por la guarda de los sentidos; el que tiene la carne casta, los labios puros y el espíritu iluminado con la luz divina; el que sintiendo interiormente la tristeza saludable de la penitencia está siempre ocupado en el pensa-

miento de la muerte, ya duerma, ya vele. Es verdaderamente solitario el que tiene siempre el espíritu como elevado al cielo y arrobado en Dios, el que lleva con pena la vida presente, el que se ha casi conaturalizado con la virtud y es iluminado por la luz divina; aquel cuyo corazón es como un abismo de humildad, donde sofoca todos los pensamientos de soberbia, sabiendo que este vicio es la última miseria de una alma que cree ser muy rica. El alma solitaria, que es tan santa como sabia, no há menester de ser instruida por la conversacion, siendo iluminada por la luz de sus propias obras, que hablan más eficazmente que todas las palabras.

El primer grado de la paz interior es apartar de sí todo el tumulto que causan las pasiones, como que turban la profunda tranquilidad del corazón. El último y más perfecto es no temer ni aun ese tumulto y ser enteramente insensible á él.

S. Bernardo se enajenaba tanto en la consideracion de las excelencias de la soledad, que apenas encontraba expresiones para satisfacer su zelo. Escribiendo á los monjes del monasterio del Monte de Dios y congratulándose con ellos por haber renovado el fervor de los antiguos cenobitas de Oriente les dice: «El Señor os defienda de la contradicción de las malas lenguas que os acusan de novedad, y os esconda en el secreto de su santa faz á esos hombres impios, que no pudiendo eclipsar la luz tan brillante de la verdad procuran perjudicarnos con el nombre de novatores. Esos son unas vasijas viejas, que no pueden contener el vino nuevo que el Espíritu Santo derramó en los apóstoles. Si vuestro retiro es una novedad, á lo menos no es una nueva vanidad, sino la antigua posesion de la iglesia de Dios descubierta desde el tiempo de los profetas, resucitada en la persona del Bautista y perfeccionada por el Salvador, el cual se retiraba con frecuencia á los montes y desiertos, imitándole después muchedumbre de solitarios, como los Pablos, Antonios, Macarios, Arsenios y otros.» «Hermanos míos, dice después, guardaos de desuiciar vuestra vocacion y no os pareis: os queda mucho camino que andar; vuestra profesion es muy alta,

pasa de los cielos é iguala á los ángeles, á quienes imita en su pureza. No solo habeis ofrecido la santidad, sino la perfeccion de toda santidad, el fin de toda consumacion: no hay que fijarse únicamente en lo que Dios manda, sino en lo que desea. ¿Cuál es su voluntad mas perfecta? Los otros deben creer en un Dios, conocerle, temerle y amarle; pero vosotros debeis gozar de él.» Segun el mismo santo en el retiro se rescata el tiempo perdido en el tráfigo del siglo: se piensa en las cosas de Dios: el corazon está á sus anchas sin la opresion de los inútiles cuidados exteriores: en la soledad se alegra el alma y se pone á la mesa de su esposo hartándose de los sabrosos manjares y de los vinos exquisitos de su amor. El nombre de vírgen solitaria atribuido á nuestra soberana me ha desviado algo de la materia que tratamos: ya es tiempo de volver á ella (*Adicion de la madre Maria Jacoba de Blemur*).

U.

Pero digamos tambien que habiendo comenzado el Salvador á predicar al pueblo su doctrina celestial despues de treinta años de silencio y oscuridad, no convida á nadie á casarse; mas exhorta á todos á guardar continencia por estas palabras: *Qui potest capere, capiat*. Es verdad que honró las bodas de Caná con su divina presencia: que elevó el matrimonio á la dignidad de sacramento é inspiró al Apóstol para que nos dijese que era un sacramento grande; pero sin embargo este mismo aconseja y persuade la virginidad como un estado mas perfecto, sublime y lleno de gracia, mas separado de las criaturas y mas unido á Dios. Es cierto, dice, que no tengo precepto del Señor tocante á los vírgenes; pero ve aquí el consejo que les doy como prevenido con la misericordia de Dios para serle fiel. Creo pues que á causa de las miserias presentes hace bien un hombre en no casarse: el que no ha abrazado este estado, cuida de servir y agradar al Señor y su corazon no está dividido entre las cosas del mundo y las de Dios. Esto os lo digo para inclinarnos á un estado honroso y que os dejará libertad para en-

tregaros á la oracion, aunque no intento obligar á nadie, sabiendo que todos no son llamados á una condicion tan sublime.

S. Cipriano, cuyo testimonio he citado al principio de este capítulo, continúa las alabanzas de nuestra señora diciendo que la virginidad es un cuidado continuo y una gloriosa anticipacion de la vida bienaventurada; que es una infancia perpetua, una infancia de inocencia y pureza, el vencimiento del mundo, el triunfo de sus gustos y disgustos, la señal de la fecundidad espiritual de la iglesia y la imagen mas natural de la santidad de Dios. En sentir de S. Juan Climaco es una morada singularmente agradable á Jesucristo, el broquel del corazon, un cielo terrenal, una renuncia que se hace de la naturaleza por un movimiento sobrenatural. El que posee esta excelente prenda, destierra el amor sensual por el amor divino y apaga el fuego de la tierra con el del cielo.

Hay tres clases de personas, continúa el santo, que tienen sujeto y cautivo su cuerpo: los unos le refrenan por los combates de la vida religiosa, las faenas penosas y las austeridades corporales, los otros por la humildad y los otros por la secreta infusion de una luz divina. Los primeros se asemejan al lucero del dia, los segundos á la luna llena y los terceros al sol cuando mas brilla. Todos ellos tienen su conversacion en el cielo, y asi como el dia sucede á la aurora y luego viene la luz brillante del sol, asi tambien al primer grado de pureza que se adquiere por los trabajos, se sigue el último y mas relevante, que se alcanza por una gracia extraordinaria y una luz celestial.

Como Dios es incorruptible y todo espíritu, ama la pureza y la incorrupcion; por lo cual los vírgenes son sus predilectos, tienen una santa familiaridad con él y se asemejan á este divino ejemplar en cuanto es capaz la criatura. Los vírgenes igualan á los ángeles en sentencia de los santos; sobre lo cual dice S. Gerónimo: «El sexo es devorado por una doncella pura y casta, que lleva á Jesucristo grabado en su cuerpo como en su corazon, y es ya en cierto modo lo que será mas perfectamente en el estado de la resurreccion ge-

neral, cuando el hijo de Dios asegura que cesarán los matrimonios y los hombres serán semejantes á los ángeles.» En fin los vírgenes tienen el privilegio de seguir al cordero á todas partes, según refiere S. Juan en su Apocalipsis. Este discípulo amado del Señor se complacía en tratar de una materia que le tocaba particularmente, porque fué virgen hasta la muerte: así habla con cierta delectación de la procesión que le fué mostrada, en que solo eran admitidos y tenían licencia de cantar el rey de los vírgenes y su vírginal familia. S. Agustín que conocía muy bien estas verdades, dice elegantemente y acaso con algún dolor interior: «El gozo de los vírgenes de Jesucristo es diferente del de los otros santos que no tienen esa calidad, aunque pertenezcan al mismo dueño: todos tienen motivo para estar satisfechos, pero no es con la misma extensión, ni en la totalidad que los vírgenes, porque no siguiendo á Jesucristo á todas partes, ni siendo sus imitadores en la virginidad están privados del gozo de que es fundamento esa semejanza, y el que poseen no es obrado, ni expresivo, ni tendente á Jesucristo según su estado de pureza.»

Bien sé que todos los fieles en general siguen al cordero; pero también sé que no le siguen á todas partes. Ve ahí cómo debe de entenderse esto según el pensamiento de nuestro santo doctor en el lugar indicado.

«Bienaventurados los pobres de espíritu, dice, porque siguen al Salvador, el cual poseyendo las riquezas inmensas de la divinidad se hizo pobre por ellos.

«Bienaventurados los mansos, porque imitan al que dijo: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.

«Bienaventurados los que lloran, porque se conforman con Jesucristo, que lloró sobre la ciudad de Jerusalem.

«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque entran en la sociedad de nuestro Señor respecto de lo que dijo á sus apóstoles: Mi comida es hacer la voluntad del que me envió.

«Bienaventurados los misericordiosos, porque tienen por modelo á nuestro señor Jesucristo, á quien representaba el caritativo samaritano que socorrió al pobre herido, siendo

así que no se habían compadecido de él ni el sacerdote ni el levita.

«Bienaventurados los limpios de corazón, porque imitan al que no pecó, ni engañó á nadie.

«Bienaventurados los pacíficos, porque se parecen mucho al que pidió en la cruz por sus crueles verdugos.

«Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque imitan al que nos dió el ejemplo de padecer sin quejarse etc.»

Todos los escogidos pueden imitar á nuestro señor Jesucristo en todas estas virtudes y ninguno es excluido, aunque los que están enredados en los negocios y cuidados del mundo, tropiezan con mayores dificultades. Mas cuando el cordero sin mancha se pasea por el hermoso campo de la virginidad, no pueden acompañarle los que han pecado: una vez abandonado ese camino, nunca se vuelve á él. Es pues privilegio vuestro, oh santas vírgenes y esposas del cordero divino, acompañarle, estar siempre á su lado, seguirle de continuo, obsequiarle, abrazarle; pero acordáos de que no basta ser vírgenes, si no sois vírgenes de Jesucristo: no habeis de reditir vuestros pensamientos á la sola integridad del cuerpo, sino elevaros á la del espíritu, por la cual es consagrada á Dios la virginidad. Ese es el don perfecto y una gracia particular que reside en el alma y nos mueve á dedicar al Salvador el cuerpo y el alma como un holocausto entero de todo cuanto hemos recibido de su mano sin reservarnos nada. Pero volvamos á nuestra señora.

Ya hemos advertido que la iglesia guiada por el Espíritu Santo llama Virgen de las vírgenes á la madre de Dios, es decir, soberana de todas las demás, que dependen de ella y le pertenecen como sus más queridas hijas y fieles discípulas, formadas á su imagen y semejanza. La Virgen santísima no posee, ni recibe nada sino por su divino hijo, y todo lo que se le da, pasa por sus manos solo para ser ofrecido más santamente á Jesucristo. Terminemos pues esta materia diciendo que Dios en su consejo eterno ordenó que la virginidad de María fuese la principal disposición para su ma-

ternidad divina y que en homenaje y á imitacion de este misterio la pureza de los fieles de ambos sexos es el estado que los dispone mas eficazmente para entrar en la divina union y en esa especie de maternidad de la que está escrito: Cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre. Este sublime estado tuvo origen en la encarnacion del unigénito de Dios y en la participacion que su santísima madre mereció tener en ella por su pureza virginal, y supuesto que en el orden ordinario todas las cosas suben á su origen, es cierto que la virginidad eleva hasta la Virgen y une con ella á los que la profesan, y con su hijo y Dios por ella. Por medio de esta virtud las almas siguen á todas partes á nuestro Señor y á su madre; es decir que se les asemejan en muchos caracteres por la santidad y en todo por la integridad.

Digamos por último que la inocencia y la pureza tienen por principio á María y por fin á Jesus; que dependen de la madre de Dios como los principales efectos de su potencia; y que nos hacen propender á Jesucristo, el cual tiene tanta conplacencia en ver á unas criaturas vestidas con la librea de su madre, que las introduce en su palacio á vista de toda su corte y con aplauso general de todos los escogidos, haciéndolas participes de todos los tesoros de su imperio eterno y permitiéndolas seguirle á todas partes en la gloria como le imitaron en todo en los caminos de la gracia (*Adicion de la madre Maria Jacoba de Blemur*).

v.

Observan el venerable Beda y el abad Ruperto que despues de la Ascension del Señor vivia la Virgen de las limosnas destinadas para las viudas pobres, que recibia humildemente todos los dias con particular satisfaccion por poder decir en verdad con su divino hijo que las raposas tenian su guarida y las aves del cielo sus nidos para gua-

recerse; pero que María, madre de Jesucristo, no tenia dónde reclinar su cabeza.

Ve ahí el gran modelo de los religiosos, que estan obligados por voto solemne á practicar la santa pobreza. Digamos algo de una virtud tan excelente y tan recomendada por el hijo de Dios.

Es cosa sabida que este la puso por fundamento de la perfeccion en el célebre sermón de la montaña. Bienaventurados los pobres de espíritu, dijo nuestro divino maestro, porque de ellos es el reino de los cielos. Hay muchos pobres á quienes no hace dichosos la pobreza; al contrario son desgraciados, porque la sufren por fuerza y no por amor de Dios. Para tener parte en la bienaventuranza evangélica es necesario amar la pobreza y sufrir con santa alegría las consecuencias de ella, á lo menos con una entera sumision á las disposiciones de la divina providencia. Queriendo el hijo de Dios enseñarnos una virtud tan necesaria, pero tan poco conocida en el mundo vivió pobre, murió desnudo en la cruz y fué sepultado en un sepulcro ajeno. La longitud de los dias está en su diestra, dice el Sabio, y en su izquierda las riquezas y la gloria. El es el único dispensador de estas dos clases de bienes tan diferentes para enseñarnos á preferir los de la derecha, que segun S. Agustin denota los bienes eternos, á los de la izquierda que representa los temporales. Pero aplicándolo á nuestro asunto ha de decirse con S. Bernardo que el hijo de Dios gozando de la abundancia de las riquezas y de la gloria en su primera morada vino á buscar en la tierra la preciosa pobreza que no se hallaba en el cielo. Los hombres la tenian abundantemente; pero no conocian su precio: fué menester que el Verbo tomando nuestra naturaleza enseñase á todos los siglos venideros cuál es la excelencia y el valor de ella.

La santa pobreza pues era un tesoro escondido, y nadie habia podido comprender hasta la venida de nuestro señor Jesucristo que encerraba una bienaventuranza real. Por eso aquel que es la verdad misma, la cual no puede engañarse, ni engañar á nadie, pronunció este oráculo: Bienaventurados los pobres de espíritu. Oh hijos de Adam, continuareis

siendo insensatos y buscando unas riquezas pereceras? Acordáos que Dios mismo pregoná por su boca la bienaventuranza de los pobres. Enhorabuena que los paganos que viven sin Dios, busquen los bienes de la tierra y que corran tras ellos los judíos, á quienes se prometieron tales riquezas; pero es intolerable que el cristiano tenga esa debilidad despues de haber oído la doctrina de su divino maestro. Es menester no tener fé y ser fiel únicamente en el nombre para alabar al pueblo que nada en la abundancia de esos bienes pereceros, mientras el Salvador pronuncia anatema contra los ricos.

Un autor hace una observacion muy juiciosa sobre este particular: dice que el hijo de Dios fué enviado para predicar el Evangelio á los pobres y que á estos en particular se anunció la buena nueva. Ve ahí el principio de la ley de gracia. Se promete á los desgraciados, á los desterrados y á los pobres el reino de los cielos: ¿qué promesa tan halagüeña, Dios mio! Bienaventurados los pobres, que libres de los cuidados del siglo y del peso de los bienes terrenos no quieren mas riqueza, ni mas tesoro que Dios, renunciándolo todo por amor de él y poseyéndolo todo por él mismo; porque ¿no es verdad que es dueño de todas las cosas el que posee al que las contiene todas y dispone soberanamente de ellas? La porcion y la heredad de esos es el Señor, que no queriendo falte á sus siervos nada de lo necesario les dispensa las cosas precisas para su uso reservándose él para su goce.

Pero conviene notar que seria poco renunciar los bienes del siglo, si no se dejaran tambien sus costumbres corrompidas, y aun seria cosa ridícula despojarse de las riquezas y conservar los defectos de los ricos. El demonio no desea ninguno de esos bienes exteriores, ni los posee: la soberbia sola le perdió. No basta dejarlo todo, si no se va en pos de nuestro señor Jesucristo. No hay nada tan aborrecible, ni tan desgraciado como un pobre soberbio, porque por un lado sufre los trabajos de la pobreza, y por otro es esclavo de la soberbia; es pobre en dinero y no rico en virtud. ¡Dichosa la nacion de quien el Señor es Dios! ¿Qué inmediatos

están al reino de Dios los que poseen y llevan en su corazón á este gran monarca, sirviendo al cual se reina! Disputen los demas sobre las heredades de la tierra: yo no quiero otra que mi Dios, en quien mi alma hallará sus delicias y su descanso. ¡Oh preciosa porcion de los pobres! ¡Oh aventajada posesion de los que no tienen nada! No solo basta á remediar todas las necesidades, sino contribuye al honor y á la satisfaccion: es la buena medida que descansa en el seno de los pobres bienaventurados, á la que puede decirse sin temor de equivocacion: En tí y contigo se encuentran las riquezas y la gloria, los tesoros y la justicia.

Para conseguir ciertamente la dichosa humildad es necesario ser pobre de corazón y de espíritu, abandonar el mundo por un retiro ignorado del mundo, ocultar su propia sabiduría, ser sencillo é ingenuo en sus palabras, pedir limosna, encubrir su nobleza, desechar toda confianza vana en sí y omitir todas las pláticas superfluas. No hay nada en el mundo capaz de humillar al alma como ese estado de pobreza y ese método de vida, en que pide uno todos los días su vida dejando todos los cuidados en manos de Dios, en quien se pone la confianza. El pobre voluntario posee la tranquilidad de espíritu que se alcanza por la serenidad de las pasiones, y no estima mas las cosas que están en sus manos, que si no existieran en la naturaleza.

La pobreza evangélica es rica, es regia, es poderosa y se hizo divina en nuestro Señor Jesucristo. Es rica, porque encierra muchos tesoros: es regia, porque el reino de los cielos pertenece á los pobres: es poderosa, porque lleva en pos de sí tantas almas santas; y es divina, porque Dios se hizo pobre. Ella enriquece á sus secuaces con los bienes de la gracia y de la gloria y les da facultad para distribuir coronas á sus amigos: ella diviniza en cierto modo las almas uniéndolas á la divina pobreza del Salvador.

El divino maestro instituyó el reino de los pobres en la ley nueva por su vida, su doctrina y sus preceptos estableciendo tres especies de pobreza en las almas. La pobreza de su vida vivifica á los pobres: la pobreza de su doctrina atrae á los hombres á imitarle; y la pobreza de profesion es ne-

cesaria en la iglesia, aunque no lo sea á todos los miembros de este cuerpo místico. Se recomienda; pero no se manda: es de consejo; mas no de precepto. La pobreza constituye una parte esencial de la vida religiosa, y es uno de los tres votos solemnes de que se hace profesion en el claustro. Es propia de los hijos, discípulos y súbditos de Jesus pobre, necesitado y paciente: es propia de las personas que lo han dejado todo voluntariamente en la tierra, y de los millares de santos que prefirieron los harapos á la púrpura y el pesebre de Bellehem á los palacios de los reyes, queriendo mas carecer de todas las conveniencias anexas á su nacimiento que aventurar su salvacion, bien renegando de la fé, que estaba en peligro en los primeros siglos, bien debilitando su amor á Dios por el apego á las riquezas. S. Bernardo para exhortar su hermana á la práctica de esta virtud celestial le hacia presente la extrema pobreza de nuestro Señor y de su santa madre. «Todo elama pobreza, dice, en el portal de Bellehem: el pesebre, el heno, los pañales y la compañía de los brutos forman un eco, que repite alternativamente la horrible desnudez de un Dios hecho hombre y de su madre.»

No sin razon advierte el Evangelio que la Virgen presentó la ofrenda de los pobres el dia de su purificacion, enseñándonos por medio de este misterio cuánto amaba la pobreza, y entrando así en las disposiciones y en el espíritu de su divino hijo, el cual aunque heredero de las riquezas del cielo se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza. Esa augusta madre, que era reina del cielo y de la tierra y soberana de los ángeles y de los hombres, se alegra de que la medianía de su condicion la reduzca á la ofrenda de los pobres. Esto es lo que debe de llamarse la verdadera pobreza de espíritu y el amor sincero de la desnudez real. Mucho tendrán que andar las almas religiosas antes de llegar á ese punto; pero trabaje cada cual con fidelidad segun la medida de la gracia que le ha sido dada, y persuádase á que para ser enteramente pobre no ha de estimar en nada todo lo que no es Dios, y ha de poder decir con santa confianza: Señor, ¿qué quiero yo en el cielo fuera de tí y qué desearé

en la tierra mas que la posesion de tí mismo? Mi Dios y mi todo: Dios de mi corazon y mi porcion para siempre. ¡Con qué razon decia el profeta: Los pobres del pueblo de Dios esperan en él! ¿No es de mucho consuelo para ellos que tanto el antiguo como el nuevo testamento expresen los verdaderos siervos de Dios por la palabra pobres, que no esperan mas que en él solo? El que espera en sí, es soberbio; pero es humilde y pobre de espíritu el que lo espera todo de Dios solo, el que quiere depender de este en todo, y el que lejos de creerse rico despues de haber recibido mucho es aun mas pobre á sus propios ojos, porque está persuadido de que no usa de los dones de Dios sino por una gracia siempre nueva (*Adicion de la madre Maria Jacoba de Blemur*).

X.

No quiero concluir este capítulo sin hacer ver al lector que nuestro siglo no es mas estéril que los anteriores cuando se trata de honrar á la madre de Dios, y no sé si la piadosa industria de Fr. Santiago Teissier, religioso dominico de la estrecha observancia, prevalecerá sobre los otros siervos de nuestra señora. Ve aquí lo que le ha inspirado su ardiente zelo sobre este punto: ha formado una especie de asociacion nueva y desconocida hasta aquí, que llama ejercicio del amor actual de la madre de Dios. No ignora que los fieles han amado siempre á esta señora; pero dice que no siempre se ha estado en una union y comunicacion de amor actual sin interrupcion y que este ejercicio no principió hasta el 21 de noviembre de 1671. Hace ver en su tratado que este amor actual de la madre de Dios es un tesoro inestimable, una fuente de los mas puros deleites, una imitacion de la caridad con que la previno el Padre eterno, una expresion de la de los ángeles y santos para con su reina; que es una imágen de la eternidad; y que los que se dedican á este santo ejercicio, no terminan jamás el círculo de su amor. Sienta que transforma á los hombres en serafines abrasados en las llamas de la caridad y que los cristianos

por esta práctica se asemejan á unos globos de fuego, que giran de continuo en torno de su madre celestial formando siempre el mismo círculo por revoluciones iguales.

Pero ¿dónde hay cosa mas dulce y grata que amar un objeto de tanto embeleso? Es indudable que una alma iluminada con las bellezas y perfecciones de la Virgen se echa en su regazo para buscar su descanso y sus deleites, porque despues de Dios es el centro donde deben de terminar todos los deseos, pensamientos é inclinaciones de los hombres. Si es verdad que la union es obra del amor; ¿no habrá de inferirse que si uno ama de veras á la madre de Dios, descansa sobre su pecho y contrae una especie de union con la que no puede ser bastantemente buscada? Si solo se tiene el hábito de la caridad y no se practican actos de amor mas que una vez al dia, la union no puede ser sino habitual y no pasa á acto mas que una vez al dia; pero si uno arde continuamente en sus llamas por un amor actual, la union se hace continua y se gana un tesoro de méritos para el dia terrible de la muerte. Teniendo por principio todos los actos de amor á nuestra señora el amor de Dios son dignos de la vida eterna. Los asociados á este ejercicio que emplean una hora al dia en hacer tales actos, se enriquecen en poco tiempo, y cuando estan para salir de esta vida, hallan una protectora que se encarga de presentarlos á su divino hijo y los hace experimentar la verdad de este dicho de la Escritura: Yo amo á los que me aman, y procuro la vida eterna á los que me glorifican. Si solo el pronunciar el nombre de María tiene la virtud de ahuyentar á los espíritus malignos, ¿qué será de su amor actual?

En el discurso de esta obra hemos visto que la Virgen es la depositaria de las gracias de su hijo y despues de él el manantial de las luces, el horno de los celestiales incendios, la forma de las virtudes. Ahora digo con nuestro santo padre que derrama sus dones con exceso sobre aquellos que estan siempre ocupados en glorificarla por un amor no interrumpido, y que siendo esos hábitos sobrenaturales el principio de los méritos y buenas obras encuentran en el cielo una bienaventuranza proporcionada á la muchedumbre de

sus santas obras. Habiendo ardidido siempre en la tierra esos amantes sagrados en el fuego de la caridad divina, que manda y produce los actos de amor á María santísima, son ensalzados en la ciudad eterna entre los serafines y experimentan mas que los otros las caricias de su señora, la cual los embriaga con inocentes deleites, de que es fiel dispensadora. Pero porque parece difícil que una persona haga continuamente actos de amor á la madre de Dios, el autor de este ejercicio exhorta á los fieles á que se unan á lo menos veinte y cuatro; que repartan entre sí las veinte y cuatro horas del dia; y que cada uno emplee una hora entera en hacer actos de caridad. Entonces se dirá con verdad que cada uno de sus amigos espirituales ama sin interrupcion á la Virgen ó por sí, ó por sus asociados. Hallarán muchos motivos y aun actos formados en el libro del P. Teissier con meditaciones y prácticas para todas las semanas del año sobre los misterios y grandezas de nuestra señora. He creido que debia de poner aquí el acto que propone á los asociados para comenzar la hora de ejercicio:

«Divina María, madre de mi Dios, virgen toda hermosa, toda buena, toda amable, yo te amo despues de Dios con todo mi corazon, con toda mi alma y con todas mis fuerzas. Oh divina amante de mi corazon, ¿no te amaré yo jamás con un amor no interrumpido á manera de los santos? ¡Ah! lo quiero y entro gustosamente en una santa comunicacion y union con todos tus amantes, que cooperan al ejercicio del amor actual. Acepto la hora y el tiempo que se me ha señalado, y te consagro todos los instantes, deseando amarte tan ardentemente como el primer serafin y el mas encumbrado de todos los bienaventurados. Oh Virgen santísima, ¿cuándo tendré la dicha de amarte yo solo y sin interrupcion? ¡Ah! ¿que no esté ya en el cielo, donde te amaré de esa suerte! Oh venturosos ciudadanos del paraíso, permitid que me una á vosotros y que ame con vosotros á la madre de mi Dios con una caridad inalterable (*Adicion de la madre María Jacoba de Blemur*).»

por esta práctica se asemejan á unos globos de fuego, que giran de continuo en torno de su madre celestial formando siempre el mismo círculo por revoluciones iguales.

Pero ¿dónde hay cosa mas dulce y grata que amar un objeto de tanto embeleso? Es indudable que una alma iluminada con las bellezas y perfecciones de la Virgen se echa en su regazo para buscar su descanso y sus deleites, porque despues de Dios es el centro donde deben de terminar todos los deseos, pensamientos é inclinaciones de los hombres. Si es verdad que la union es obra del amor; ¿no habrá de inferirse que si uno ama de veras á la madre de Dios, descansa sobre su pecho y contrae una especie de union con la que no puede ser bastantemente buscada? Si solo se tiene el hábito de la caridad y no se practican actos de amor mas que una vez al dia, la union no puede ser sino habitual y no pasa á acto mas que una vez al dia; pero si uno arde continuamente en sus llamas por un amor actual, la union se hace continua y se gana un tesoro de méritos para el dia terrible de la muerte. Teniendo por principio todos los actos de amor á nuestra señora el amor de Dios son dignos de la vida eterna. Los asociados á este ejercicio que emplean una hora al dia en hacer tales actos, se enriquecen en poco tiempo, y cuando estan para salir de esta vida, hallan una protectora que se encarga de presentarlos á su divino hijo y los hace experimentar la verdad de este dicho de la Escritura: Yo amo á los que me aman, y procuro la vida eterna á los que me glorifican. Si solo el pronunciar el nombre de María tiene la virtud de ahuyentar á los espíritus malignos, ¿qué será de su amor actual?

En el discurso de esta obra hemos visto que la Virgen es la depositaria de las gracias de su hijo y despues de él el manantial de las luces, el horno de los celestiales incendios, la forma de las virtudes. Ahora digo con nuestro santo padre que derrama sus dones con exceso sobre aquellos que estan siempre ocupados en glorificarla por un amor no interrumpido, y que siendo esos hábitos sobrenaturales el principio de los méritos y buenas obras encuentran en el cielo una bienaventuranza proporcionada á la muchedumbre de

sus santas obras. Habiendo ardidido siempre en la tierra esos amantes sagrados en el fuego de la caridad divina, que manda y produce los actos de amor á María santísima, son ensalzados en la ciudad eterna entre los serafines y experimentan mas que los otros las caricias de su señora, la cual los embriaga con inocentes deleites, de que es fiel dispensadora. Pero porque parece difícil que una persona haga continuamente actos de amor á la madre de Dios, el autor de este ejercicio exhorta á los fieles á que se unan á lo menos veinte y cuatro; que repartan entre sí las veinte y cuatro horas del dia; y que cada uno emplee una hora entera en hacer actos de caridad. Entonces se dirá con verdad que cada uno de sus amigos espirituales ama sin interrupcion á la Virgen ó por sí, ó por sus asociados. Hallarán muchos motivos y aun actos formados en el libro del P. Teissier con meditaciones y prácticas para todas las semanas del año sobre los misterios y grandezas de nuestra señora. He creido que debia de poner aquí el acto que propone á los asociados para comenzar la hora de ejercicio:

«Divina María, madre de mi Dios, virgen toda hermosa, toda buena, toda amable, yo te amo despues de Dios con todo mi corazon, con toda mi alma y con todas mis fuerzas. Oh divina amante de mi corazon, ¿no te amaré yo jamás con un amor no interrumpido á manera de los santos? ¡Ah! lo quiero y entro gustosamente en una santa comunicacion y union con todos tus amantes, que cooperan al ejercicio del amor actual. Acepto la hora y el tiempo que se me ha señalado, y te consagro todos los instantes, deseando amarte tan ardientemente como el primer serafin y el mas encumbrado de todos los bienaventurados. Oh Virgen santísima, ¿cuándo tendré la dicha de amarte yo solo y sin interrupcion? ¡Ah! ¿que no esté ya en el cielo, donde te amaré de esa suerte! Oh venturosos ciudadanos del paraíso, permitid que me una á vosotros y que ame con vosotros á la madre de mi Dios con una caridad inalterable (*Adicion de la madre María Jacoba de Blemur*).»



INDICE.

Páginas.

TRATADO CUARTO.

DISCURSO FUNDAMENTAL DEL TRATADO CUARTO.

Capítulo I. Que somos excitados por diversos títulos á mostrar reconocimiento á la madre de Dios.	2
Capítulo II. De la alta estimacion que debemos hacer de la reina del cielo; primer reconocimiento debido á sus grandezas.	7
§. I. Alta estimacion que los santos y Dios mismo hacen de la Virgen santísima.	8
§. II. Efectos y práctica de este reconocimiento.	16
Capítulo III. De la confianza, segundo reconocimiento debido á las grandezas de la madre de Dios.	18
§. I. Primer efecto de confianza: no emprender cosa alguna sino con el favor y bajo la conducta de la madre de Dios.	19
§. II. La segunda señal de confianza es recurrir á ella en todas las dificultades.	37
§. III. Tercer rasgo de confianza: descansar enteramente en todas las cosas sin congoja, ni anhelo.	43
Capítulo IV. Del amor, tercer reconocimiento debido á las grandezas de la madre de Dios.	48
§. I. El primer rasgo de amor es ofrecerse á la Virgen santísima por una donacion solemne é irrevocable.	48

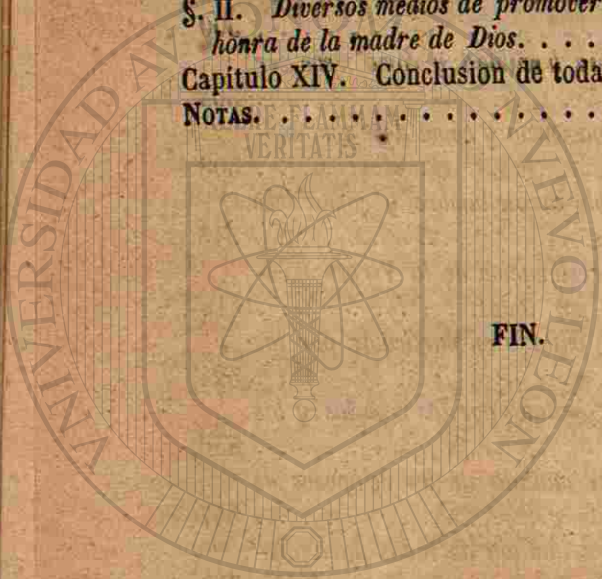
- §. II. *El segundo rasgo de amor es tratar frecuentemente con ella y tenerla siempre en la memoria.* 39
- §. III. *El tercer rasgo de amor es gozarse de sus perfecciones y compadecerse de sus dolores.* 65
- §. IV. *El cuarto rasgo de amor es tener un afecto cordial á su sagrado corazon.* 75
- §. V. *El quinto rasgo de amor es amar con un amor tierno y ardiente á su hijo.* 77
- §. VI. *El sexto rasgo de amor es amar por amor de ella á todos los que son suyos ya por título de parentesco, ya por eleccion: donde se habla especialmente de S. Joaquin, santa Ana y S. José.* . . . 100
- §. VII. *El séptimo rasgo de amor es hablar á María por inteligencias secretas.* 133
- Capítulo V. *Del zelo de las almas, cuarto reconocimiento que se debe á las grandezas de la madre de Dios.* 137
- §. I. *Que el zelo de las almas es un reconocimiento muy grato á la madre de Dios.* 137
- §. II. *Diversos caracteres del zelo de las almas.* . . 140
- Capítulo VI. *De la misericordia, quinto reconocimiento debido á las grandezas de la madre de Dios.* 144
- §. I. *Que la misericordia es un reconocimiento muy grato á la madre de Dios.* 144
- §. II. *Diversos rasgos de misericordia.* 147
- Capítulo VII. *Del nacimiento de gracias, sexto reconocimiento debido á las grandezas de la madre de Dios.* 154
- §. I. *El primer carácter del nacimiento de gracias es recibir los beneficios de la madre de Dios con un corazon franco y reconocido y estimarlos todo cuanto podamos.* 154
- §. II. *El segundo carácter del nacimiento de gracias*

- es publicar los beneficios recibidos en cuanto lo permite el bien parecer, y emplear á cuantos podamos para darle gracias con nosotros.* 156
- §. III. *El tercer carácter del nacimiento de gracias es darle toda la gloria de las empresas que haya llevado ella á feliz término.* 160
- Capítulo VIII. *Séptimo reconocimiento debido á las grandezas de la madre de Dios.* 164
- §. I. *El primer rasgo de honor es adorarla.* . . . 164
- §. II. *Práctica de la adoracion interior de la Virgen santísima.* 167
- §. III. *Práctica de la adoracion exterior de la Virgen santísima.* 171
- §. IV. *Práctica de la adoracion de las reliquias de la Virgen santísima.* 179
- §. V. *Prácticas de la adoracion de las imágenes de la Virgen.* 184
- §. VI. *El segundo rasgo de honor es publicar sus alabanzas.* 190
- §. VII. *El tercer rasgo de honor es celebrar religiosamente sus fiestas.* 201
- §. VIII. *El cuarto rasgo de honor es erigirle iglesias y santuarios.* 213
- §. IX. *El quinto rasgo de honor es visitar los santuarios que le estan particularmente dedicados.* . . 216
- Capítulo IX. *De la devocion, octavo reconocimiento debido á las grandezas de la madre de Dios.* 219
- §. I. *El primer rasgo de devocion es celebrar ú oír misas en honor de nuestra señora.* 219
- §. II. *El segundo rasgo de devocion es comulgar con frecuencia sacramental y espiritualmente y aficionarse mas y mas al culto del santísimo sacramento del altar.* 222

- §. III. *El tercer rasgo de devocion es rezar á menudo la salutacion angelica.* 254
- §. IV. *El cuarto rasgo de devocion es rezar con frecuencia el oficio de la Virgen.* 241
- §. V. *El quinto rasgo de devocion es rezar con frecuencia el rosario.* 243
- §. VI. *El sexto rasgo de devocion es rezar á menudo la corona de la Virgen.* 255
- §. VII. *El séptimo rasgo de devocion es rezar á menudo la corona de las doce estrellas.* 256
- §. VIII. *El octavo rasgo de devocion es acostumbrarse á rezar la corona de diez Ave Marias.* 259
- §. IX. *El noveno rasgo de devocion es habituarse á rezar diversas oraciones que la iglesia ofrece á la Virgen santisima.* 260
- §. X. *El décimo rasgo de devocion es encomendarse eficazmente á nuestra señora por la mañana y por la noche.* 272
- Capítulo X. *De la mortificacion, noveno reconocimiento debido á las grandezas de la madre de Dios.* 275
- §. I. *Que la mortificacion es un reconocimiento muy agradable á la madre de Dios.* 274
- §. II. *Diversos rasgos de mortificacion.* 277
- Capítulo XI. *De la imitacion, décimo reconocimiento debido á las grandezas de la madre de Dios.* 282
- §. I. *Que la imitacion es una de las maneras mas gratas de reconocimiento que se presentan á la madre de Dios.* 283
- §. II. *Que todos en general han de procurar imitar las excelentes virtudes de la Virgen.* 287
- §. III. *De su viva fé y cómo debe ser imitada por todos.* 289

- §. IV. *De su singular confianza y cómo debe ser imitada de todos.* 295
- §. V. *De su excelente caridad y cómo ha de ser imitada por todos.* 296
- §. VI. *De su singular devocion y cómo debe ser imitada de todos.* 500
- §. VII. *De su generosa humildad y cómo debe ser imitada por todos.* 504
- §. VIII. *De su gran paciencia y cómo debe ser imitada por todos.* 508
- §. IX. *De su admirable mansedumbre y cómo debe ser imitada por todos.* 515
- §. X. *De la perfecta resignacion de la Virgen y cómo debe ser imitada por todos.* 518
- §. XI. *Cómo debe ser imitada en particular por las vírgenes.* 524
- §. XII. *Cómo debe ser imitada por las casadas y las viudas.* 536
- §. XIII. *Cómo debe ser imitada de los religiosos de ambos sexos.* 547
- §. XIV. *Cómo debe ser imitada de todos para disponerse á bien morir.* 555
- Capítulo XII. *De la asociacion, undécimo reconocimiento debido á las grandezas de la madre de Dios.* 561
- §. I. *Que la asociacion es una manera de reconocimiento muy grato á la madre de Dios.* 562
- §. II. *Diversas asociaciones erigidas en honra de la madre de Dios.* 569
- §. III. *De las congregaciones de la Virgen erigidas en las casas de la compañía de Jesus.* 577
- Capítulo XIII. *Del duodécimo reconocimiento debido á las grandezas de la madre de Dios, que es promover su servicio y extender su gloria.* . 581

§. I. <i>Que el promover el servicio de la madre de Dios y amplificar su gloria es un reconocimiento muy grato para ella, y cuán obligados estamos á hacerlo.</i>	381
§. II. <i>Diversos medios de promover el servicio y la honra de la madre de Dios.</i>	383
Capitulo XIV. <i>Conclusion de toda la obra.</i>	389
NOTAS.	393



FIN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

